



FLORENCIA
BONELLI

*El cuarto
Arcano*

EL AMOR
Y LA LUCHA
FORJAN LA HISTORIA
DE UN PAÍS

Lectulandia

Buenos Aires, 1806. Las colonias españolas en América inician diferentes procesos revolucionarios para independizarse de la Corona de España, y Buenos Aires será una de las primeras en concretar el sueño de la Independencia. Roger Blackraven es un rico inglés, dedicado a los negocios, con intereses especiales puestos en Buenos Aires, donde es amo y señor de tierras y personas. De carácter dominante, es temido por todos los que lo rodean. Melody Maguire es una joven criolla de padre irlandés, el cual huyó de su tierra natal para evitar ser ajusticiado por las autoridades inglesas.

Cuando las vidas de Roger y de Melody se cruzan, cambian para siempre. Manuel Belgrano, Mariano Moreno, Nicolás Rodríguez Peña y otros personajes claves de nuestra historia pueblan esta maravillosa novela junto con esclavos, indios, ingleses, franceses, españoles y criollos. Los espíritus inquietos y valerosos de nuestros antepasados, que dieron origen a la Argentina están retratados en El cuarto arcano con la portentosa fuerza narrativa de la autora, que nos entrega una historia inolvidable dispuesta a enamorar a miles de lectores en todo el mundo.

Lectulandia

Florencia Bonelli

El cuarto arcano

El cuarto arcano - 1

ePub r1.0

Mangeloso 24.06.14

Título original: *El cuarto arcano*
Florenca Bonelli, 2007
Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*A mi Señor Jesús, en cumplimiento de una promesa,
por una gracia concedida.*

A mi admirador más entusiasta, mi hermano Lucas.

Negrito, éste es para vos.

Y por supuesto, a mi dulce Tomás.

*Deseo agradecer a mi amiga, la escritora Mercedes Giuffré
por haberme permitido que su entrañable doctor Samuel Redhead
dejara de lado por un momento sus investigaciones
en Deuda de Sangre y ayudara a mi querido Roger Blackraven
en dos situaciones complicadas.*

“Omnia vincit amor et nos cedamus amori”.
(El amor todo lo vence, rindámonos
también nosotros al amor).
Bucólicas, Virgilio

Capítulo I

En silencio recibió la paga, una cantidad importante; de hecho, la más generosa que su oficio le había reeditado, y sólo se trataba de un adelanto. Entre otras cosas, exigió libras esterlinas, y Fouché había cumplido. Contó los billetes y los guardó en el bolsillo interno de su gabán.

Fouché entrecerraba los ojos como si intentara descifrar el acertijo que tenía enfrente. El sicario sonrió para sí, acostumbrado a provocar esa clase de curiosidad y difidencia en sus clientes. La fama lo precedía y no había necesidad de explicarse, ni siquiera con Joseph Fouché, el ministro de Policía de la Francia.

Se decía de Fouché que era el creador de la red de espionaje más compleja y eficaz de la Europa. Como jacobino, en 1793 había votado por la ejecución de Luis XVI. Tiempo más tarde, Maximilien de Robespierre, la cabeza del gobierno revolucionario, lo denunció por sus excesos, y Fouché debió aguzar el ingenio para salir del atolladero: *madame guillotine* pendía sobre su cabeza. Finalmente consiguió que fuera la de Robespierre la que cayera sobre el patíbulo. Su habilidad para superar, indemne, los rápidos y dramáticos cambios de la Francia revolucionaria le granjearon el apodo de “el inmortal”. En ese momento, en el año de Nuestro Señor de 1804, después de haber navegado en las turbulentas aguas de la política francesa durante una década y media, debía de creerse más poderoso que el flamante emperador de la Francia, su jefe, Napoleón Bonaparte.

Poco respetaba a los hombres como Fouché, ni siquiera a uno como Bonaparte. Conocía la esencia humana en su fibra más íntima, y la vida le había enseñado que a la gran mayoría la movía intereses bajos que, en última instancia, se relacionaban con el sexo y el dinero. Nadie era mejor que nadie, y todos contaban con un talón de Aquiles al que bastaba descubrir para después golpear.

De hecho, la presencia de Fouché en esa helada noche de invierno, en ese pobrísimo arrabal de París, lo confirmaba. Que el gran ministro de Policía del Imperio se hubiese denigrado a concurrir al encuentro de un sicario ponía de manifiesto su naturaleza vulnerable, más allá de que no se tratase de un sicario cualquiera sino del mejor.

Fouché hurgó en el bolsillo de su chaqueta, demorándose, en tanto se daba tiempo para sopesar la racionalidad del acuerdo que acababa de sellar. Si bien la diosa Razón lo asistía en sus decisiones y él nunca se equivocaba, en esa instancia, después de haber entregado una pequeña fortuna a esa extraña criatura de voz aflautada y rostro cubierto, se preguntaba si no estaría cometiendo un grave error. No había sido fácil llegar hasta La Cobra, el asesino más letal de la Europa, según sus informantes. Nunca fallaba, y ubicaba a su víctima en el punto en que se encontrase. Por esto más que por lo primero, Fouché se había interesado en él. Sacó un papel del bolsillo y se

lo extendió.

—Ahí hay cinco nombres —explicó—. Suponemos que son espías ingleses. Aristócratas además. Suponemos también que, entre ellos, se encuentra el Escorpión Negro.

—¿Qué los convierte en sospechosos? —preguntó La Cobra.

—En primer lugar —expresó Fouché—, son personas que, de uno u otro modo, se han relacionado con el Departamento Exterior inglés, al cual responden los espías. En segundo lugar, han entrado en la Francia en varias oportunidades en los últimos años y sus actividades han sido, en el mejor de los casos, poco claras.

—Dígame lo que sepa acerca del Escorpión Negro.

Fouché metió la mano en el interior de su chaqueta y extrajo una billetera que contenía un pedazo de papel chamuscado y amarillento. Se lo mostró a La Cobra, pero no hizo el ademán de entregárselo.

—Es con lo que contamos —aseguró—. Esta nota fue escrita por el mismo Escorpión Negro y hallada en poder de uno de sus espías hace un mes atrás. Le prendió fuego antes de que pudiéramos impedirlo. Alcanzamos a salvar sólo esta parte. Mire aquí —indicó—, éste es su sello, con el que firmó el mensaje.

Se trataba de un convencional sello de lacre, marcadamente oscuro, con la figura, en relieve, de un escorpión. Un poco por encima, apenas si se apreciaban los trazos de la escritura.

—Necesitaré esa nota —dijo La Cobra, y extendió la mano enguantada.

—¿Para qué? —se sorprendió Fouché.

—Para hacer mi trabajo. ¿Qué hubo del espía que la quemó?

—Murió en prisión. No nos dijo nada de importancia —admitió, al tiempo que entregaba la única prueba con la que contaba para demostrar que su principal enemigo existía y que no se trataba de un personaje de su propia invención—. Lo único que dijo antes de morir fue que la nota pertenecía al Escorpión Negro. Suponemos que estuvo en la Francia hace poco, quizás aún permanece aquí.

—¿Dónde atraparon al espía?

—En la taberna “Paja y Heno”, en las afueras de Calais.

—Necesito saber más sobre el Escorpión Negro.

—No hay mucho más —admitió Fouché—. Suponemos que es inglés y que pertenece a la nobleza. Es el espía más hábil e impredecible con el que me ha tocado lidiar —manifestó, en un acto de sinceridad poco habitual en él—. Ha desbaratado todos los planes de ataque a la Inglaterra, ha interceptado barcos con cargamento de oro para el Emperador, conoce cada paso que darán los ejércitos del Imperio, sin mencionar que, durante la época del Terror, salvó de la guillotina a gran cantidad de aristócratas franceses y contrarrevolucionarios. Hace años que quiero echarle el guante.

—Si el Escorpión Negro es tan hábil como usted asegura —opinó La Cobra—, no se encuentra entre los de esta lista. De todos modos, la conservaré.

Se trataba del discurso más largo que había pronunciado. Fouché se esforzó por discernir la entonación de esa voz tan peculiar. Hablaba en francés, y por momentos lo hacía con acento español, a veces creía haber escuchado un dejo inglés.

—¿Cuál es su nacionalidad?

—La del país que mejor pague mis servicios —contestó el sicario.

—Muéstreme su rostro.

—Pocos lo han visto y vivido para contarlo.

—Usted exigió que fuera yo, en persona, quien arreglara los términos de este acuerdo —le recordó el ministro de Policía—. Sepa que no acostumbro a encargarme de estas menudencias. Para eso tengo a mi gente.

—Y yo no acostumbro a concertar mis trabajos con mentecatos. Lo hago con iguales o no lo hago.

—Exijo al menos que descubra su rostro. Quiero saber con quién estoy en tratos.

La Cobra se quitó el tricornio y jaló de la capucha que le cubría la cabeza por completo. La lobreguez del callejón no impidió que Fouché recibiera el impacto de aquel rostro como una bofetada. El pecho se le contrajo y el corazón le latió precipitadamente. Dio un paso hacia atrás, con torpeza, e intentó empuñar la pistola que ocultaba bajo el abrigo. La Cobra lo redujo en un instante, y la mejilla de Fouché terminó aplastada contra los adoquines sucios y húmedos de la calle, con el brazo derecho en una posición antinatural cerca del omóplato. La fuerza de La Cobra resultaba impensable. Le acercó una daga al ojo, y el brillo de la luna reflejado en el metal lo encandiló.

—Me ha estafado —se quejó Fouché.

—No, no lo he estafado —aseguró La Cobra—. Encontraré al Escorpión Negro donde se oculta y lo mataré. A su debido tiempo, le enviaré una prueba irrefutable de ello. Entonces, volveré y usted me dará lo que me debe.

La presión que lo mantenía en el piso cedió poco a poco, y Fouché pudo levantar la cabeza. Delante de él se erguía La Cobra. Aún sostenía la daga, y su figura negra perfilada en la claridad de la luna resultaba escalofriante. Fouché comenzó a incorporarse.

—Ya sabe cómo y dónde dejarme un mensaje.

—¿Cuándo volveré a saber de usted?

—El día en que vuelva para exigirle la otra parte del pago.

NOTAS DE UN SICARIO

Entrada del día jueves 27 de diciembre de 1804

Si pudieran entender que este cuerpo, una simple cáscara, contiene a un ser

invencible, las reacciones como las de Fouché no existirían. Finalmente, es mi destreza la que habla, y a la rotundidad de los hechos nada se le antepone.

Nos quedaremos en la Francia por un tiempo y luego iremos a Londres; allí iniciaremos la verdadera cacería. Me excito. Desde la inminencia de un nuevo trabajo, la sangre fluye con vigor en mis venas. La sed me invade; una sed abrasadora que sólo aplaco, en parte, con la persecución y totalmente con el éxito de nuestra empresa. Amo lo que hago, lo hago bien.

Sospecho que nos enfrentamos a un rival de nuestra talla, y eso aumenta la excitación que me domina. Contamos con un pedazo de papel medio quemado, sellado al pie con lacre, como toda prueba de la existencia del Escorpión Negro. Ya le he dado a tocar este pedazo de papel a Desirée, pero la acción del fuego parece haber acabado con todo rastro. Lo toca, y nada percibe. La fuerza que normalmente le comunican los objetos, en este caso se encuentra ausente. Es conocido el poder purificador del fuego.

Urge ir a Calais, a la fonda “Paja y Heno”. De seguro, la gente de Fouché la habrá revisado de quilla a perilla, pero los conozco, son ineptos y no habrán sabido ver lo que resultaría ostensible para un experto. Cualquier dato adquiere valor: el nombre de un sastre prendido a una chaqueta, el de un comercio que expende tabaco, rapé o brandy, un simple botón dejado al descuido, una mancuerna o hasta un alfiler. Es probable que, después de tantos días, nada de eso hallemos. De igual modo, visitaremos la posada. La gente se muestra dispuesta a hablar al brillo de las monedas. También contamos con otros métodos.

Escorpión Negro. El nombre evoca a un ser silencioso, astuto, de movimientos precisos, de afiladas tenazas y cola letal, lustroso, difícil de distinguir en la oscuridad, el ámbito donde mejor se mueve. Lo imagino artero, por momentos suave y seductor, por momentos inhumano y mortal.

Vuelvo a mirar el sello, trato de pensar como el Escorpión Negro, quiero ponerme en su piel.

Capítulo II

Buenos Aires, viernes 3 de enero de 1806.

Roger Blackraven extrajo su reloj del bolsillo tirando de la leontina. Cinco y media de la mañana, demasiado temprano. De seguro hallaría su casa del Retiro completamente dormida. Los criollos de Buenos Aires no acostumbraban a despertarse con el alba. Aunque el senescal, Pascasio Bustillo, y su mujer, Robustiana, no tenían un pelo de criollos; eran gaditanos de pura cepa, afectos a holgazanear, al buen vino y al cotilleo. Desde la península habían arrastrado una cáfila de vicios, y en el Río de la Plata los habían aumentado. Los despediría. No entendía cómo no lo había hecho durante su visita el año anterior.

Le interesaba la prosperidad de sus campos del Retiro. Buscaba desarrollar la agricultura industrial en esas tierras generosas, al igual que en sus posesiones de Antigua y de Ceilán. La propiedad a orillas del Río de la Plata contaba con una noria que abastecía de agua por igual a los cultivos y a la casa. Si bien el molino aceitero y las dos tahonas no habían comenzado a producir, él estimaba verlos en funcionamiento antes de dejar Buenos Aires. Convertiría las aceitunas y la linaza en aceite, el lino y el cáñamo en fibras textiles, las frutas y los vegetales en conservas, el trigo y los demás cereales en harinas, y los cueros en productos manufacturados —bridas, monturas, prendas, zapatos—. Para esto último, construía en la zona de Barracas la que se estimaría la curtiembre más moderna de los virreinos españoles.

Sus intereses no se relacionaban exclusivamente con negocios económicos. Años atrás había llegado al Río de la Plata en una misión de delicada naturaleza durante la cual su mente se repartió entre las ventajas de invertir en una tierra de posibilidades ilimitadas y el encargo que la Corona Británica había puesto en sus manos. Le gustaban los desafíos, él se desafiaba, desafiaba en su propia fuerza, a su sagacidad, a su poder. Era inmisericorde consigo, y ambicioso. No admitía la derrota, no contaba entre sus planes. Despediría a los Bustillo. No le servían.

El camino hacia la zona del Retiro, conocido como la calle Larga, se encontraba en pésimas condiciones, empeoradas por la tormenta del día anterior. Ya habían cruzado el precario puente del Zanjón de Matorras y aún estaban vivos, lo cual no dejaba de considerarse un milagro teniendo en cuenta las dimensiones del carruaje.

Blackraven apartó el velo y miró el entorno. La aurora teñía el cielo de un rosado vaporoso. Abrió la ventanilla, y la brisa del amanecer le acarició la frente. Amaba ese momento del día. Golpeó dos veces con su estoque el techo del carruaje y sobresaltó al perro ubicado a sus pies. El familiar rostro de Somar apareció en el ventanuco que comunicaba la cabina con el pescante.

—Detendremos la marcha por un momento —indicó en inglés—. La escalerilla, por favor; voy a descender.

Somar movió la cabeza en señal de asentimiento, y el raso amarillo de su turbante contrastó con la oscuridad que todavía predominaba hacia el oeste. El coche se balanceó cuando el hombre saltó al suelo. Se escuchó el sonido metálico de los escalones al ser desplegados, y la portezuela se abrió.

Antes de descender, Roger Blackraven, con un chasquido de dedos, le indicó a su perro que lo acompañase, un terranova de magnífico porte y de gran tamaño, con el pelaje oscuro y abundante. Su talla y corpulencia intimidaban, a pesar de tratarse de un animal fiel y cariñoso.

Blackraven estiró los brazos y trató de serenarse. A pocas varas de su quinta en el Retiro, no tenía idea de con qué se encontraría. Pocas situaciones lo fastidiaban tanto como aquéllas que le provocaban inseguridad y confusión; le gustaba que nada escapase a su potestad. En el mundo complejo y traicionero en el que se movía, la falta de planificación y el azar podían costarle la vida a muchas personas. Se mantenía en permanente estado de alerta; la tranquilidad y el descuido eran lujos que no se permitía.

El día anterior, en casa de su socio, Alcides Valdez e Inclán, lo habían recibido con noticias que lo enfurecieron. El meticuloso ordenamiento montado antes de dejar Buenos Aires un año atrás se había trastornado por completo, y un gran alboroto se cernía sobre sus propiedades y su gente.

La casa de los Valdez e Inclán se situaba sobre la calle de Santiago, en esquina con la de San Martín, llamada así en honor al santo patrono de Buenos Aires, Martín de Tours. A pocas cuadras del Fuerte y de la Plaza Mayor, se erigía en la zona que la gente de buen ver consideraba como la mejor. Blackraven encontraba simpático el entusiasmo con que españoles y criollos por igual defendían la grandeza de una ciudad que, en realidad, parecía un villorrio. Pero debía aceptar que él mismo había caído bajo el inexplicable influjo de Buenos Aires, que carecía de atractivos y, en cambio, oponía tantas dificultades: un puerto inabordable, calles imposibles, aires mefíticos, jaurías de perros rabiosos, montones de basura y grandes poblaciones de ratas. Se preguntó si el atractivo radicaría en sus mujeres, hermosas en general, algunas cultivadas, la gran mayoría apasionadas; con seguridad, menos pacatas que las inglesas. Le gustaban las porteñas, sus modos desprovistos de artilugios y melindres, y que no se molestaban en ocultar la admiración que un caballero como él les inspiraba.

Golpeó con la aldaba dos veces y escuchó un correteo en el interior. Sesgó los labios con aire vanidoso: las muchachas Valdez e Inclán lo aguardaban con ansiedad. Esa mañana había avisado con un esclavo que se apersonaría por la tarde, alrededor de las cuatro. Al igual que el año anterior, las encontraría en el vestíbulo, formadas en fila, de mayor a menor, con sus miradas desviadas al suelo y las manos sobre el regazo. Las cuatro resultaban prometedoras, pero Elisea, la mayor, le parecía una

beldad. Entre las muchachas, como una más de ellas, se encontraría Bernabela, la esposa de Valdez e Inclán, a quien llamaban doña Bela. Quince años menor que su esposo, parecía su hija. Contrastaban por varias razones, por el carácter animado de ella y el adusto de él, por la sonrisa fácil de uno y la retaceada del otro, por la piel de porcelana de ella y la gruesa y arrugada de Alcides, cuya vida de aventuras había marcado una honda huella en su rostro y en su cuerpo. Contrastaban en especial por la pasión que se reflejaba en los ojos ámbar de Bela, a diferencia de los de Alcides, de una tonalidad oscura difícil de definir, que no se avivaban con luz propia sino ante el brillo prestado del dinero.

Las mujeres de Valdez e Inclán eran, sin duda, magníficos ejemplares, pero la expectación de Blackraven se debía a otro motivo, volver a ver a su querida prima, Marie Teresse Charlotte Capet, a quien ocultaba celosamente en Buenos Aires desde hacía algunos años bajo el nombre de Béatrice Solange Laurent y la tutela de Alcides Valdez e Inclán. Vería también a Víctor, su ahijado y protegido, aunque ese pequeño de grandes ojos verdes le provocaba sentimientos tan contrapuestos que a veces lo llevaban a desear no tenerlo enfrente.

Le abrió el mayordomo, una excentricidad en esas tierras, de peluca blanca y rigurosa etiqueta, con zapatos de hebilla de bronce y tacos altos. A Blackraven lo divertía el cuadro que componía Efrén en semejante atuendo; la peluca empolvada y la piel renegrida del esclavo daban la nota más disonante; lo sorprendía que llevara sus pies calzados y se preguntó cuánto tiempo le habría llevado habituarse a ellos.

El mayordomo se inclinó y, con un movimiento de brazo, le indicó que pasara.

—Gracias, Efrén —dijo.

El negro no hizo ademán de tomar el estoque pues conocía la afición del señor Blackraven, conde de Stoneville, por empuñarlo en toda ocasión; se limitó a retirarle la ligera capa de *durois*. Entró Somar, el inseparable edecán de Blackraven, seguido por dos mulatos que soportaban varias cajas. El mayordomo le lanzó el mismo vistazo de aprensión que aquel infiel con turbante le había provocado años atrás. Los pequeños tatuajes en sus pómulos, justo bajo los ojos, y el sable que llevaba a la cintura eran, por demás, intimidantes.

—Dejen las cajas ahí —señaló Somar a los mulatos en un mal castellano.

—Aguárdame en el coche —ordenó Blackraven en inglés a su sirviente.

—Sí, milord —respondió Somar, y les indicó a los mulatos la salida.

Blackraven avanzó unos pasos hacia el vestíbulo y allí se encontró con el cuadro que había compuesto antes de sacudir la aldaba: las cuatro hijas, la esposa y el dueño de casa.

—¡Excelencia! —exclamó Alcides, y caminó con el brazo extendido, conector del hábito inglés de darse la mano a modo de saludo.

El título de “excelencia” resultaba fatuo en estas tierras y en esas circunstancias,

pero lo cierto era que Roger Blackraven había nacido conde y algún día se convertiría en el duque de Guermeaux, en tanto que Valdez e Inclán no llegaba ni a infanzón. Los títulos nobiliarios impresionaban a los habitantes del Río de la Plata y no importaba que se declarasen adeptos a las ideas revolucionarias de la Francia a la hora de agasajar a un aristócrata.

—Don Alcides, un gusto volver a verlo —manifestó Blackraven—. A usted y a toda su familia —agregó, con una inclinación de cabeza en dirección a las mujeres.

Doña Bela y Blackraven cruzaron una mirada, y así como la de ella fue reveladora, la de él no dijo nada. Enseguida soltó la mano de su anfitrión y frunció el entrecejo, expresión que dotaba a sus facciones de una dureza de la cual no carecían naturalmente.

—¿Y mi prima, la señorita Béatrice? —se impacientó—. ¿Y el pequeño Víctor?

—Verá usted... —se apresuró doña Bela, pero Alcides la interrumpió.

—Enseguida hablaremos de ellos, excelencia. Están bien, muy bien —agregó deprisa—. Pase, por favor, vamos a la sala donde nos aguarda el servicio de té.

—Espero que sea de vuestro agrado —pronunció doña Bela—. El té —aclaró, envolviéndolo con una mirada de ojos bien abiertos, sin pestañeos.

—Efrén —llamó Blackraven, como si fuera el anfitrión—, lleva estas cajas a la sala. Son algunos presentes para las damas.

Roger le explicó a doña Bela que el juego de porcelana provenía de su fábrica inaugurada recientemente en Truro, una ciudad del condado de Cornwall, al sur de la Inglaterra, que a su vez se abastecía del caolín extraído de las canteras que, poco tiempo atrás, un prospector había descubierto en sus tierras, en ese mismo condado.

—¿Acaso no aseguró vuestra merced —preguntó Alcides— que en sus tierras había minas de cobre?

—Y las hay —dijo, sin alteraciones en la voz—. Pero los míos son terrenos muy vastos. Las canteras de caolín se hallan a varias millas de las minas de cobre. Como sé —prosiguió sin pausa— que a las niñas les gusta más el chocolate que el té, les he traído el mejor que existe, el de Jamaica.

Entregó la caja de madera con el preciado contenido a Elisea, que lo tomó con manos inseguras y párpados que aleteaban sin atinar adónde mirar. “Es bellísima”, pensó, aunque, contemplándola con detenimiento, notó que cierta palidez malsana había borrado la lozanía de sus carrillos y el tono carmesí de sus labios. Doña Bela hizo sonar la campanilla con brío e increpó a la esclava por no haber servido el té aún.

—Nosotros lo tomaremos en el estudio de don Alcides —indicó Blackraven—. Si doña Bernabela así lo permite —agregó, con una ligera inclinación de cabeza.

Roger Blackraven no era el tipo de hombre al que se le negara nada. Valdez e Inclán se puso de pie al mismo tiempo que su invitado y lo siguió hasta la habitación

que llamaban “el escritorio”. Sabía que la ausencia de su prima, la señorita Béatrice, y la de su protegido, el niño Víctor, lo fastidiaban y que sólo la presencia de las mujeres había impedido que perdiera los estribos. Apenas servido el té, Valdez e Inclán se apresuró a preguntar:

—¿Hace mucho que llegaste?

—Tres días.

Alcides levantó las cejas. Usualmente, Blackraven se presentaba apenas arribado a Buenos Aires.

—¿Tuviste algún problema en la Aduana? Ahora la Inglaterra y la España están en guerra —observó.

—No, ninguno.

Se hizo un silencio. Alcides iba a romperlo cuando la voz grave y profunda de Blackraven inundó la estancia.

—Me dirás dónde están mi prima y mi ahijado. Ahora.

El imperio de aquel hombre lo abrumaba. Era como un César, temido y admirado, con aquel cuerpo de galeote y ese rostro de pirata. La impresión que causaba no nacía de su ringlera de títulos nobiliarios ni de su patrimonio, que nadie sabía a ciencia cierta dónde terminaba. Se trataba de una firmeza incommovible en su mirada y de un aire reflexivo que mantendría en las situaciones más desesperadas, de su voz carente de inflexiones que utilizaría de igual modo para halagar e insultar, de su desapego para seducir o condenar a muerte. Por otro lado, su fino sarcasmo, su propensión a la broma y una locuacidad vivaz que convencía al más resuelto también formaban parte de sus matices.

Igualmente, Roger Blackraven podía alcanzar exacerbaciones extremas. No se caracterizaba por la tolerancia ni la paciencia. Su carácter, naturalmente afable, se convertía en una tormenta, rugiente e inclemente, cuando sus órdenes no se cumplían o no hallaba satisfechos sus deseos. Una vez desatada, su furia era un espectáculo imponente de contemplar.

Se habría afirmado, entonces, que en Roger Blackraven habitaba su propia antítesis. De todos modos —y esto era lo admirable en opinión de Valdez e Inclán—, cualquier acto de descomunal descontrol que a ojos de un inexperto podría tomarse como espontáneo, resultaba de un plan deliberado y prolijamente trazado. Ninguna explosión de sentimiento, ninguna expresión de indignación o placer le hacían latir el corazón con más frenesí que ante una taza de té, apoltronado en un sofá, como en ese momento.

En definitiva, a ciencia cierta sólo podía asegurarse que Roger Blackraven era un maestro de la simulación.

—Verás, Roger —comenzó Valdez e Inclán, y Blackraven percibió el temor de Alcides.

Lo miró por sobre el borde de la taza para desestabilizarlo aún más. Le gustaba jugar al gato y al ratón.

—Ellos están bien, realmente bien —insistió.

Blackraven bajó la vista para ocultar una sonrisa cargada de burla. Todavía recordaba la primera vez que se topó con Alcides Valdez e Inclán, borracho y lloroso en un club de mala fama de Londres donde acababa de perder su último penique. Le habló en castellano y ofreció llevarlo a casa. Incluso Somar lo ayudó a subir los peldaños y a acertar con la llave. Esa noche conoció a su esposa, Bernabela, una jovencita por aquel entonces, y a las pequeñas Elisea y Marcelina, cuyas miradas de desolación lo conmovieron. Antes de marcharse, habiendo dejado a Alcides roncando en un sillón de la sala, entregó su tarjeta a Bernabela.

Valdez e Inclán no era un jugador empedernido; simplemente había buscado paliar sus desaciertos económicos con los naipes y, sin experiencia alguna, se había convertido en bocadillo de los tahúres, que lo desplumaron. En realidad, se trataba de un hombre de aguda inteligencia, poco propenso a hablar y observador atento. Blackraven le ofreció cubrir sus deudas para salvarlo de la prisión de Newgate a cambio de unos servicios de poca monta, y Valdez e Inclán aceptó. Bajo su tutela, el español se reveló como un hábil y celoso administrador, y pronto se puso de manifiesto que poseía otra gran virtud: la discreción. Ésta cobró importancia sobre las demás, y Blackraven le sacó provecho para sus asuntos de mayor complejidad. Día a día, Alcides Valdez e Inclán se volvía más útil e importante.

La relación entre ellos no se llamaba amistad. Blackraven no lo respetaba. Lo usaba, al igual que Valdez e Inclán se servía de su posición, su dinero y su talento para los negocios. Entre ellos se había establecido la perfecta sociedad en la cual ninguno bajaba la guardia por temor a salir estafado. Blackraven conocía los secretos más perversos de Valdez e Inclán, y éste, algunos de los más delicados de aquél. Hacía años que convivían en esa especie de matrimonio por conveniencia y nadie dudaba de que lo harían por varios años más.

Entre ellos, era Roger Blackraven el que pisaba fuerte. Su absoluta dependencia económica volvía a Valdez e Inclán vulnerable y dependiente. La casa donde vivía, los esclavos que lo servían, las prendas dispendiosas que vestía, los platos exquisitos que se llevaba a la boca, todo provenía del bolsillo inagotable de Blackraven, que atizaba dicha dependencia como el medio más eficaz para someterlo. Valdez e Inclán atendía sus asuntos, se hacía cargo de situaciones complejas, figuraba como su testaferro en más de un negocio, y él lo recompensaba con magnanimidad. Si Alcides Valdez e Inclán hubiese mostrado el mismo celo para administrar sus dineros, a esa altura sería rico. Pero casado con una mujer de la talla de Bernabela Coutinho, siendo el padre de cuatro coquetas hijas, a cargo, además, de una cuñada solterona y un cuñado manirroto y vago, debilidad de doña Bela, el dinero se escurría como el agua

entre las manos.

—Vamos, habla —se impacientó Blackraven, que se puso de pie, con el estoque bajo el brazo.

—Te lo contaré desde un principio, para que comprendas.

Capítulo III

Corno Bernabela confiaba en el buen gusto de la señorita Béatrice Laurent, le pidió que la acompañase a la única tienda decente de la ciudad. La mujer poseía un don para combinar géneros, diseñar trajes y armar tocados que, más tarde, el resto desearía copiar. Aunque le señalase una pieza de tela que le desagradara, Bernabela la compraba igualmente; de seguro, en la próxima tertulia, su vestido se juzgaría como el mejor.

Había cierta cualidad inherente a la naturaleza de la señorita Béatrice que la convertía en una dama superior. Aquella expresión de orgullo sin altanería la posicionaba muy por encima de cualquier mujer del círculo de los Valdez e Inclán, y para nada contaba que se tratase de la pariente empobrecida de Blackraven. Nadie osaba mencionar su calidad de recogida porque, una vez inmersos en la suavidad y delicadeza que acompañaban a Béatrice, caían como hechizados y no lo recordaban. Béatrice era, sin duda, como una princesa desterrada a la que todos gustaban de agasajar en el exilio. Dueña de un andar altivo, a veces, enojada, se ponía a farfullar en alguna de sus dos lenguas, el francés o el alemán. Solía condenar el mal gusto y la ostentación, y la impacientaban los poco cultivados, aunque enseguida prevalecían los principios de humildad y tolerancia que su madre le había inculcado.

Esa tarde, cuando Bernabela le pidió que la acompañase a la tienda de géneros, Béatrice puso como condición que el pequeño Víctor fuera con ellas. A regañadientes, Bernabela aceptó y marcharon los cuatro, pues Leonilda, la hermana pobre y soltera de doña Bela, también fue. Anita, la mulequilla propiedad de Béatrice, correteaba por detrás; no contaba con más de ocho años.

Aunque no se trataba de un día caluroso, la tienda del francés Aignasse parecía un horno, y el aire se había viciado a causa del brasero en el extremo del mostrador. De escasas dimensiones, la habitación lucía aún más pequeña debido a la cantidad de mujeres presentes esa tarde. Bernabela las conocía a todas, a excepción de una muchacha que, más alejada, apreciaba un género y conversaba con la esposa del tendero. Sólo la veía de perfil, pero estaba segura de que no la conocía.

Allí estaba Marica Sánchez de Velazco, recientemente de Thompson, a quien Bernabela admiraba ya que había conseguido lo que ella no: casarse con quien deseaba y no con el pariente viejo y rico que sus padres le imponían. No había sido fácil: disputas, peleas, encierros en conventos y hasta un juicio resuelto favorablemente para Marica y su novio, Martín Jacobo Thompson. La contienda, que llevó varios años y era la comidilla de la ciudad, terminó cuando el virrey Sobremonte emitió una dispensa y por fin Mariquita pudo salirse con la suya.

—De hecho —acotó la señora Thompson—, aquí me tienes, querida Bela, comprando géneros y algunas otras cosillas para redecorar mi casa al gusto de

Martín.

Casimira Marcó del Pont y la señora de Escalada se aproximaron con afabilidad y enseguida preguntaron:

—¿Quién es esa muchacha, la que conversa con la señora Aignasse?

—Me preguntaba lo mismo —admitió Bernabela.

—Es la primera vez que la veo —aseguró Marica Sánchez—. Su cabello —añadió— es un tanto extraño, ¿no creen? ¿De qué color es, ciertamente?

—No es rubio —afirmó Casimira—, pero tampoco castaño. Tiene destellos rojizos. ¡Qué abundancia! —exclamó—. Si parece que se le suelta de las presillas.

Ninguna comentó, aunque todas lo notaron, que el perfil de la muchacha presentaba líneas muy regulares y delicadas. Su ojo derecho, el único que veían, subía y bajaba lentamente, como si le costase arrastrar las largas pestañas oscuras. Su nariz parecía la de una muñeca de porcelana, pequeña y recta, moteada por diminutas pecas. Su boca les llamó la atención, quizá por la coloración natural, de ese rojo casi escandaloso, o tal vez porque era carnosa como la pulpa de una fruta madura. Ellas consideraban a las mujeres de labios finos y pálidos como el epítome de la belleza; los pulposos y encarnados pertenecían a las africanas.

Enseguida repararon en el muchachito asido a su falda, que lanzaba vistazos en dirección a ellas, miradas que no sabían cómo juzgar, si de advertencia o de miedo. Se trataría de su hijo, pues el parecido era notable. No acertaban con la edad del niño, aunque podían afirmar que era de naturaleza enfermiza. Pálido y flacucho, respiraba como si hubiese corrido kilómetros y tenía la frente perlada de sudor.

—¡Oh, señorita Laurent! —exclamó Marica, y salió al encuentro de Béatrice, que, apartada, hurgaba entre los carretes—. Buenas tardes —saludó en francés—. ¿Cómo está usted? Es una agradable sorpresa encontrarla aquí. Hacía tiempo que no la veía.

A Marica Sánchez le encantaba fanfarronear con su fluido francés. Béatrice habría preferido que no lo hiciera: su pronunciación era desastrosa y la crispaba. De igual manera, se mostró cortés y contestó a sus preguntas.

Se escuchó un golpe seco, como si un objeto, macizo y contundente, cayese sobre los tablones de madera. Le siguió un zapateo frenético y continuado. Víctor, tirado en el suelo, padecía otro de sus ataques de epilepsia; se sacudía, ponía los ojos en blanco y tiraba espumarajos por la boca.

Se armó un jaleo de gritos y taconeos. Doña Bela, como de costumbre, sufrió un vahído; su hermana, la señorita Leonilda, corrió a asistirle. Béatrice Laurent miraba fijamente al niño sin atinar a nada. Todo era caos y confusión, y una vocinglería se alzaba en torno al enfermo. Se escuchaba: “¡Llamen al doctor O’Gorman!”, “¡Llamen a un sacerdote! Este crío está endemoniado”.

La muchacha del cabello extraño se abrió paso, se sentó en el suelo sobre sus talones y, con una fuerza extraordinaria, movió al niño hasta apoyarle la cabeza en

sus piernas y colocarlo en posición lateral. Víctor seguía convulso y resultaba difícil mantenerlo firme; el cuerpo se le contorsionaba hacia atrás, al igual que sus ojos, en blanco.

—Señor Aignasse —habló la muchacha con un aplomo admirable—, por favor, sujétele las piernas.

Al sonido de su voz —un tono grave, casi masculino—, sobrevino un silencio pasmoso. El tendero se agachó de inmediato y sujetó a Víctor, que continuó descontrolado.

—Un pañuelo —pidió—. Que alguien me dé un pañuelo. Y esa vara de madera —y señaló con la cabeza la vara para medir los cortes de tela.

Al pedido imperioso de la muchacha, Béatrice Laurent reaccionó y le entregó su pañuelo de lino, mientras la señora Aignasse le extendía la varilla.

—Conseguiré sales.

—Sales no —dijo la muchacha—. Amoníaco.

—Muy bien —respondió Béatrice, y salió de la tienda, con la mulequilla llorando por detrás.

La muchacha limpió la profusión de saliva que se escurría por las comisuras de Víctor y, con dificultad, le cruzó la vara en la boca para evitar que se mordiera los labios y la lengua. Ante esto, las mujeres hicieron un gesto de repulsión y más de una dio vuelta la cara.

Ahora parecía que la muchacha le hablaba al oído. No sabían lo que le decía hasta que cayeron en la cuenta de que, en realidad, canturreaba una canción, incluso se mecía para acunarle la cabeza. El silencio se ahondaba y la voz adquiría potencia. Todos, incluso el niño que comenzaba a aquietarse, habían caído presas del conjuro de esa extraña voz, melodiosa y grave. Cantaba en una lengua extraña, de vocablos duros, pero la tonada resultaba dulce, como una canción de cuna.

Las sacudidas de Víctor menguaron hasta sumergirlo en un sopor inquieto. Mantenía la boca entreabierta y, por los resquicios de los ojos, se insinuaba el iris. Su pecho subía y bajaba como un fuelle alocado. La muchacha le acariciaba el cabello, le besaba la frente y le secaba el rostro.

—Aquí está el amoníaco —anunció Béatrice, y le entregó el frasco de vidrio ya descorchado.

—Gracias —dijo, y lo pasó bajo la nariz del niño, que se movió con espasmos—. Tome —y estiró el brazo en dirección de la señorita Leonilda—. Para que la reanime —indicó, señalando a doña Bela.

—Mi criada —habló Béatrice Laurent— fue en busca del cochero. No podremos cargarlo hasta la casa.

—¿Dónde viven, señora?

—En la calle de Santiago, en esquina con la de San Martín.

—No conviene aguardar. Lo cargaré. Son sólo algunas cuabras.

—¡Oh, no! —se opuso Béatrice—. Os haréis daño.

—Soy una mujer fuerte —manifestó sin ampulosidad, y lo cargó con ayuda del señor Aignasse—. Vamos, Jimmy —dijo en inglés al que parecía su hijo.

La señorita Leonilda y doña Bela prefirieron quedarse en lo de Aignasse, a la espera del coche. Bernabela, acostada en un sofá, recibía las atenciones de su hermana, que, alternadamente, le aventaba aire con el abanico y le pasaba el amoníaco bajo las fosas nasales.

—¡Oh, basta ya, Leo! —se quejó—. No me martirices con eso que huele a grajo.

—¿Quién es esa muchacha? —insistían las mujeres, y el señor y la señora Aignasse sacudían los hombros y negaban con la cabeza.

—Le habló al chiquillo en inglés —indicó la señora de Escalada.

—¿En qué lengua tan extraña cantaba? —se preguntó la Marcó del Pont.

A escasos metros de la casa de Valdez e Inclán, Béatrice divisó el coche que, rauda, partía hacia la tienda. Anita, que corría por detrás, se estaqueó en el suelo al ver a su patrona a las puertas de la casa.

—Ya va Vicente pa'llá, 'ña Béatrice.

—Sí, lo sé, Anita. Lo hemos visto pasar. Vamos, niña, no te quedes ahí. Ve y golpea la aldaba para que Efrén nos abra la puerta.

Efrén tomó en brazos al pequeño Víctor y lo llevó a su dormitorio, mientras Béatrice le ordenaba a su mulequilla que corriese por el doctor O'Gorman, se lo requería con urgencia.

—No sé por qué tuvo que ocurrir esto hoy —se amargó Béatrice—. Hacía tiempo que no tenía un ataque. ¡Pobre, mi Víctor!

—El aire estaba muy viciado dentro de la tienda —observó la muchacha.

—¡No sé qué habría sido de él si no hubieseis estado allí! —exclamó Béatrice, y la tomó de las manos—. ¡Qué calma habéis mostrado! ¡Qué aplomo! Yo me quedé como necia, mirándole. Pobre chiquillo mío. ¡Gracias, gracias! ¿Cómo supisteis lo que teníais que hacer?

—Estoy acostumbrada —fue la críptica respuesta.

—¿Cómo os llamáis?

—Me dicen Melody.

—¿Mélodie? —repitió Béatrice, con marcada entonación francesa—. ¿Habláis inglés?

—Sí. Él es mi hermano, Jimmy.

—El niño Víctor la llama, señorita Béatrice —intervino Efrén.

—Nosotros debemos irnos —expresó Melody.

—Oh, no, de ninguna manera —se opuso Béatrice—. Os haré llevar por el cochero adonde indiquéis.

—No. Preferimos caminar.

—Prometed —rogó Béatrice— que regresaréis mañana, a esta misma hora. Quiero que Víctor conozca a su salvadora.

Al día siguiente, a la misma hora, Melody y Jimmy llamaron a la puerta de la casa de los Valdez e Inclán. La familia los esperaba en la sala, incluso Alcides había aceptado conocerla impelido por la conversación sostenida con la señorita Laurent la noche anterior.

—A su excelencia le complacerá que una muchacha de habla inglesa se haga cargo de Víctor.

—A su excelencia lo pondrá furioso que dejemos entrar en esta casa a una completa desconocida. Además, ¿por qué suponer que es una muchacha sin familia ni medios?

—A juzgar por el modo en que vestía, afirmo sin duda que es muy pobre. Si ella no interpone reparos, quiero a esa muchacha como institutriz de Víctor. Lo ha manejado con tal destreza ayer en la tienda que nunca volveremos a temer cuando otro de sus ataques sobrevenga.

—Señorita Béatrice —rezongó Alcides—, usted mejor que nadie conoce lo delicado de nuestra situación. No sabemos nada de la muchacha. Quizá no sepa leer ni escribir. ¿Quién es? ¿De dónde ha salido? Melody. ¿Qué clase de nombre es ése? —se impaciento.

—No es un nombre. Así la llaman. Mañana averiguaremos lo que necesitamos saber —se empecinó Béatrice y, por la paladina resolución de su mirada, Valdez e Inclán supo que la tal Melody terminaría siendo la institutriz del niño Víctor.

Tomaron asiento. Incluso el hermano de doña Bela, Diogo Coutinho, sintió curiosidad y se presentó en la sala. Contemplaba a Melody con persistencia, a tal punto que Leonilda le asestó un codazo en los ijares. Alcides también opinaba que se trataba de una peculiar belleza, pero dicho juicio no se entreveía en su actitud pues simulaba severidad.

A poco, una esclava condujo a Víctor y lo plantó frente a Melody. El niño ejecutó una pomposa reverencia y, sin levantar la vista, dijo “gracias, miss Melody”, tal como lo había aleccionado la señorita Béatrice. Melody le alcanzó el mentón y lo obligó a mirarla. Para asombro de todos, le corrió el flequillo que le caía sobre la frente y le acarició la mejilla. Los ojos de Víctor brillaron, entre sorprendido y feliz, porque, si bien la señorita Béatrice lo trataba muy bien y la negra Siloé lo mimaba con confituras prohibidas, rara vez lo tocaban. Para él, esa caricia resultó tan sabrosa como una compotera llena de ambrosía. Le supo más dulce aún. Mucho más. La mano de miss Melody era suave y tibia, como él se imaginaba la de su madre.

—De nada, Víctor —replicó Melody, y enseguida agregó—: Éste es mi hermano, Jimmy.

Melody empezó a trabajar dos días más tarde. Había bastado que jurase saber leer, escribir —en castellano e inglés—, cifrar, tocar el piano y el arpa, que sus padres hubiesen muerto tiempo atrás y que se hospedaba en casa de una tía que no podía seguir manteniéndolos, para que Béatrice se convenciera de que nadie mejor para Víctor que miss Melody, incluso para las hijas de Valdez e Inclán, con falencias imperdonables en su educación. Ninguna de las partes presentó objeciones, por lo que el trato se cerró en poco más de media hora, acordando un salario semanal de ocho reales. Ni siquiera hubo reparos cuando Melody exigió que su hermanito Jimmy viviera con ella y que su alazán se alojase en el establo de la casa. Ante la sorpresa de Alcides por la segunda petición —le resultaba inverosímil que una mujer tan humilde poseyera un caballo—, la joven explicó que el animal era lo único que le quedaba de su padre y que nada la separaría de él; sólo pretendía alojamiento.

—¿Cuál dijo que era su nombre? —insistió Valdez e Inclán, y acercó la péñola a un papel.

—Isaura Maguire.

—¿Cómo ha dicho?

—Isaura Ma-gua-ier. Así se pronuncia, y se escribe Maguire. Es irlandés.

—Pero todos la llamaremos miss Melody —terció Béatrice, y le dispensó una cálida sonrisa.

Esa noche, Melody tomó a Jimmy por los hombros y le dijo:

—Sé que fue peligroso dar mi nombre. Pero no tenía alternativa. No me habrían conchabado si no se lo hubiese dado. Y necesitamos ese trabajo, Jimmy. Nos ha venido del cielo. Papá y mamá nos lo han enviado.

—Ese día comenzaron mis problemas —aseguró Valdez e Inclán.

—¿Una jovencita de...? ¿Cuántos años has dicho? —Veintiuno.

—¿Una institutriz de veintiún años un problema? —se burló Blackraven.

—Ninguna institutriz de veintiún años. ¡Un torbellino! ¡Una tormenta! Tú no la conoces. Ah, pero ya lo harás.

La vida de la familia Valdez e Inclán se dividió en antes y después de miss Melody. Víctor se apegó a su institutriz desde un principio, incluso desde antes, porque la misma noche del día en que miss Melody le apartó el flequillo y le acarició el rostro, soñó largo y tendido con ella, y amaneció con una sonrisa. Y semanas más tarde, mientras Melody lo arropaba, le pidió:

—Cuando nadie nos vea ni nos escuche, ¿puedo llamarla “madre”?

—Claro que puedes.

—Y usted, miss Melody, ¿puede llamarme “hijo”?

—Claro que puedo.

—Yo no conocí a mi madre, a mi *verdadera* madre. No sé dónde está.

—Debe de ser una gran mujer para tener un hijo como tú. ¿Quieres que recemos

por ella? —El niño asintió, e hicieron la señal de la cruz—. Señor, protege a la madre de Víctor donde sea que esté, y si ya ha dejado este mundo, permítele compartir la gloria eterna contigo. Amén.

—Amén. ¿Podremos rezar de nuevo mañana?

—Lo haremos todas las noches. —Melody lo besó en la frente y se despidió—: Sueña dulces cosas, hijo mío.

—Buenas noches, madre.

Con el tiempo se produjo una división natural entre los habitantes de la casa: los que apoyaban a miss Melody y los que la querían de patitas en la calle. Porque, entre otras cosas, miss Melody era incapaz de inspirar indiferencia: se la amaba o se la odiaba.

Doña Bela, por ejemplo, la detestaba. Por un lado, la aliviaba que se ocupara de Víctor y que lo mantuviera lejos. Ese niño siempre la había inquietado, desde que, siendo un pequeño de tres años, llegó en brazos de Blackraven que lo traía desde vaya a saber dónde. Bernabela suponía que se trataba de su bastardo, pero Alcides le repetía que no, que era su protegido y ahijado. A decir verdad, no existía parecido físico. Los cabellos rubios y los ojos verdes de Víctor en nada se asemejaban a los renegridos de Roger ni a sus ojos azules. De todos modos, la desigualdad física no era óbice para que Blackraven lo hubiese engendrado. Ahí estaba la menor de sus hijas, Angelita, tan hija de ella como las otras tres, pero una estantigua como su padre.

En resumidas cuentas, desde la aparición de miss Melody, Bernabela vivía con una preocupación menos: Víctor y sus ataques, Víctor y su educación descuidada, Víctor y sus miradas sibilinas, Víctor y sus comentarios insólitos. Igualmente, la institutriz la fastidiaba. Se volvía intolerable la preponderancia que, día a día, ganaba sobre los suyos. No sólo la señorita Béatrice mostraba una manifiesta inclinación por ella, sino que, con el tiempo, se sumaron la de su adorado Diogo, Leonilda y Angelita, por no mencionar a la caterva de esclavos, que la veneraba como a la reina de Saba.

Melody terminó por granjearse el odio eterno de doña Bela la noche en que caminó hasta el patio de los señores y abrió la puertilla de la jaula de los pájaros. A la mañana siguiente no quedaba ni uno.

Esa jaula dorada, enorme y majestuosa, repleta de pájaros exóticos, constituía el mayor orgullo de Bernabela. Sus amigas pasaban largo rato admirando y envidiando los ejemplares que Blackraven le traía de recónditos sitios. Algunos, de extraña morfología, no parecían reales. “La jaula de los pájaros raros”, así bautizada por las porteñas, se había convertido en la excusa de los viajeros para visitar lo de Valdez e Inclán. Las tertulias en la casa de la calle de Santiago se volvían más amenas gracias a los trinos tan variados y melódicos y a la profusión de colores de los plumajes. La nota la daba un ejemplar macho de ave del paraíso, reputado como el pájaro más

bello del mundo, pero también contaban el ruiseñor y su canto sublime, la alondra, la calandria, la aguzanieves, dos tordos, varios zorzales, algunos alcaudones y una pareja de arrendajos, alimentados exclusivamente con bellotas de encina.

Al ver la jaula vacía, Bernabela reaccionó de acuerdo con lo que se esperaba: cayó desvanecida. Diogo la llevó en brazos a su habitación, donde Leonilda la despabiló con sales. Lloró, insultó y tuvo ataques de histeria hasta que, más dueña de sí, pidió a su hermano que le trajera el látigo de tres traillas para azotar a Toribia, la encargada de limpiar la jaula y alimentar a los pájaros.

—Toribia no tiene culpa alguna, doña Bela —aseguró Melody—. Fui yo quien abrió la puerta de la jaula.

En un primer momento, Bernabela no entendió lo que le decía; se quedó mirándola con cara de boba y el látigo colgando de su mano.

—¿Por qué? —atinó a balbucear Leonilda.

—Porque no era justo que estuvieran encerrados cuando han nacido para volar y ser libres.

Bernabela lanzó un grito antinatural y sacudió el látigo en dirección a la cara de Melody, pero, siendo mucho más baja, le causó verdugones en el cuello. Diogo la sujetó por detrás y le ordenó a la institutriz que se marchase. Los aullidos de Bernabela se escucharon hasta que su hermano le sumergió la cabeza en una palangana y la amenazó con azotarla él mismo si no cerraba la boca. Esa noche, al volver de la curtiembre en construcción, Valdez e Inclán llamó a comparecer a Melody y a Bernabela; por supuesto, la señorita Béatrice ya se encontraba allí.

—Lo que habéis hecho no tiene perdón —pronunció el hombre—. Recogeréis vuestras cosas y partiréis mañana mismo, a primera hora. Podría denunciaros. Algunas de esas aves no tenían precio. No sé qué le diré al señor conde de Stoneville cuando venga.

—Miss Melody tiene razón —terció Béatrice, con firmeza—. Ningún ser, que no ha cometido crimen alguno, merece ser prisionero de nadie. Los pájaros están bien en donde están. Miss Melody se queda.

—¿Entiendes ahora —apeló Alcides a la racionalidad de Blackraven— por qué sostengo que esa joven es un torbellino? Para colmo de males, como has podido ver, la señorita Béatrice la apaña en todas sus alocadas decisiones.

Blackraven no le contestó. Mantuvo silencio mientras se masajeaba la boca con el puño en actitud reflexiva. Valdez e Inclán no se atrevió a irrumpir en su meditación. No lucía enfadado por la pérdida de los pájaros; más bien, parecía examinar un asunto de importancia capital. Con Blackraven nunca se sabía. Inmerso en aquella calma chicha podía estar planeando acogotar a miss Melody con sus propias manos.

—Nada de todo este cuento responde a mi pregunta —expresó por fin en un tono impaciente—. ¿Adónde están mi prima y mi ahijado?

—Están en tu quinta, en el Retiro.

—¿Cómo has dicho?

—Desde hace dos meses, desde principios de noviembre, que están en el Retiro.

—¿En aquélla lejanía? ¿En medio de aquel páramo infestado de alimañas y malvivientes? ¿Y tú? ¿Tú los has dejado partir? —se asombró más que enojarse Blackraven.

Se puso de pie. Alcides lo imitó con presteza y se alejó en dirección contraria, restregándose las manos. Todavía le quedaba pasar por las Horcas Caudinas.

En opinión de Blackraven, había que aumentar la población de esclavos, tanto la de la ciudad como la del campo en el Retiro. En especial, la del campo. Y no había que olvidar la futura curtiembre, cuya construcción finalizaría a mediados de 1806.

Para los planes que trazaba, la mano de obra era de fundamental relevancia. Las tareas agrícolas y las del saladero demandarían grandes cantidades de esclavos, tal como había visto en las plantaciones algodoneras de los estados de Carolina del Sur y Georgia, en América del Norte. Cientos y cientos de negros trabajando la tierra, en los molinos, en las curtiembres, en las dehesas, en las tahonas, labrando, cultivando, cosechando, almacenando. En cuanto a los esclavos de ciudad, reservaría una buena parte para que aprendieran variados oficios; el resto se destinaría al servicio doméstico.

Se volvió imperioso, entonces, aumentar la cantidad de esclavos, no sólo a través de la compra en las almonedas sino fomentando la natalidad. Como los esclavos que bajaban de los barcos negreros, en general, estaban más muertos que vivos, se convertía en una proeza hallar uno en buen estado. Por eso, Blackraven se inclinaba a estimular los nacimientos entre su gente, pues, cuidados y alimentados, darían buenos frutos. Si bien habría que aguardar algunos años antes de que esos niños pudieran trabajar, serían hombres fuertes que equivaldrían a tres de los que provenían del continente africano.

—Compra varios negros con cara de semental —le ordenó a Valdez e Inclán—. Paga lo que sea necesario, pero consíguelos. Viaja a Río de Janeiro si es necesario. Una vez que los tengas, los pones a trabajar. Que sirvan a todas las esclavas feraces. A mi regreso, quiero verlas preñadas.

Valdez e Inclán detestaba las almonedas de esclavos. El espectáculo deplorable que componían los negros y las negras enfermos, llenos de pústulas y llagas, se completaba con el hedor que desprendían sus cuerpos embadurnados de orina y heces. Ah, ese hedor. Parecía que quedaba suspendido de sus fosas nasales por días, sin importar cuánta colonia inglesa se pasase después de la rasurada.

Por eso enviaba a su cuñado Diogo, ese bergante de siete suelas, para que lidiara con la pestilencia y el panorama soez, para que se ganara, en parte, el sustento que tan fácilmente recibía gracias a la protección de su hermana Bela. Con el tiempo, Diogo

mostró grandes cualidades para la compra y el manejo de los esclavos. Le temían como al demonio. Los trataba con severidad extrema, tanto que a veces debían llamar al curandero, o quimboto, como se lo conocía entre los negros, para que les reparase los huesos o les cosiera las heridas. Se alegraban cuando los visitaba el amo Roger, porque, en su presencia, don Diogo no les pegaba. De todos modos, ninguno se animaba a denunciar los abusos por temor a las represalias que, de seguro, sobrevendrían después de la partida del conde inglés. Porque él siempre partía, nunca se quedaba más de dos o tres meses.

Desde la llegada de miss Melody la situación tomó otro cariz, y no habían necesitado convocar a Papá Justicia, el quimboto de mejor reputación entre las cofradías y las naciones. Es que el amo Diogo moría de amor por miss Melody y la complacía en cuanto le pidiese. Y ella siempre intercedía por ellos, salvándolos de las palizas que en el pasado no habrían tardado en caer sobre sus cuerpos.

—Gracias, don Diogo —le decía cuando él dejaba en suspenso un castigo.

Le fascinaba la cadencia castellana que adquiría su nombre portugués en labios de miss Melody. Ese don “Yogo” sonaba como música en sus oídos. “Don Yogo, don Yogo”, escuchaba una y otra vez, mientras imaginaba cómo sería besar la boca húmeda de miss Melody.

Diogo Coutinho montó a su picazo dispuesto a participar de una almoneda largamente anunciada en la zona de las barracas, al sur de la ciudad y a orillas del Riachuelo. La orden de su cuñado había sido clara: sementales y mujeres fértiles. Rezagada, a otro ritmo, lo seguía la carreta que esperaba traer cargada de esclavos saludables y jóvenes.

—¡Cómo si fuera tan fácil! —se quejó en voz alta.

Pero había desarrollado un buen ojo y, entre tanta basura humana, distinguiría a los que serían útiles a los fines de Blackraven. Sacó del bolsillo la pequeña lata con esa pasta de trementina que le había preparado el boticario y se untó las losas nasales. El aire se tornó súbitamente frío y le produjo una tiritona.

Se apeó y entró caminando en la sede de la Real Compañía de Filipinas, gestionada por Martín de Sarratea. Tanteó a la altura del corazón y comprobó que el talego gordo de monedas aún seguía allí. Paseó la mirada por la fila de negros que, en exposición, ocupaba la tarima donde se ubicaba el pregonero. Sin necesidad de acercarse ni de médico alguno, reconoció que sólo dos servían: un negro alto y delgado, y una negra que no llegaría a los veinte años.

—¡Hagan posturas, señores! —anunció el pregonero—. Hoy se han de rematar de cuenta de la Real Compañía de Filipinas estos veintitrés negros.

Don Diogo guardó silencio hasta que les tocó el turno a los esclavos que él había seleccionado. Aunque se los disputaron entre varios postulantes, la puja terminó en su favor.

—¡Ambas piezas vendidas al señor Alcides Valdez e Inclán por la suma de mil pesos! —una pequeña fortuna.

Los esclavos subieron a la carreta. El hombre era un negro bozal, es decir, venía directamente de la costa africana, no sabía hablar castellano y poco entendía lo que estaba ocurriéndole. Diogo no necesitó que le informaran que se trataba de un ejemplar de la tribu yolof. Su excelente aspecto —alto, cenceño, con miembros fibrosos y piel retinta— denunciaba su origen. Le pasó un trapo húmedo por el brazo para verificar lo que ya sabía: no había sido untado con pólvora para mejorar su aspecto; la tonalidad saludable de sus miembros era verdadera. Alcides quedaría satisfecho, y él se guardaría de mencionarle que se trataba de un ejemplar yolof porque acarreaban fama de soberbios, belicosos y rebeldes. Había sido un grupo de yolofes el que había protagonizado la primera asonada de esclavos en 1522 en La Española y, aunque los habían sojuzgado fácilmente, no cesaron de intentarlo una y otra vez, hasta el punto de que una real cédula prohibió la importación de los de esa raza debido a que “esta casta de negros soberbios, inobedientes, revolvedores e incorregibles es la causa de los alzamientos de negros y muertes de cristianos”. La cédula cayó en desuso pues la escasez de esclavos imposibilitó los criterios selectivos.

Antes de partir del puerto de Benín, un sacerdote los bautizó en masa, asperjando agua bendita a diestro y siniestro, mientras les gritaba sus nuevos nombres. Al yolof le había tocado Servando.

La muchacha, en cambio, era una ladina, es decir, ya se había relacionado con cristianos y hablaba el portugués, lengua madre de don Diogo. Se llamaba Miora. Nacida en África, de muy niña la habían cazado en la región dominada por el río Cuanza de Angola, para terminar en una hacienda de Minas Gerais, al sureste de Brasil. Sorprendió a Diogo su belleza que en nada se relacionaba con la de las damas que lo circundaban; se trataba de una belleza que hablaba de deseo y desenfreno, lujuria y pasión prohibida. Miora era una hembra magnífica capaz de hacer voltear las cabezas de ricos y pobres, blancos y pardos por igual.

Valdez e Inclán salió a recibir a su cuñado y vio a Miora de pie en la carreta a punto de apearse. La muchacha se levantó la falda, y la piel lustrosa de sus piernas, más oscura en las rodillas, brilló bajo el sol. Saltó. Sus músculos firmes se sacudieron. Dejó caer la falda. La mirada de Alcides subió hasta los senos voluptuosos y se detuvo en sus rasgos dulcificados. Se cruzaron las miradas, y la esclava bajó la vista deprisa. Alcides tuvo una erección. “A ésta”, se dijo, “la serviré yo”.

Servando y Miora entraron por el portón de la cochera. Un grupo de esclavos los aguardaba en el tercer patio. Murmuraban al tiempo que estudiaban a los recién llegados con intriga. Valdez e Inclán tomó por el brazo a su cuñado y lo apartó.

—La muchacha nueva es mía. La quiero en una habitación para ella sola, la más alejada de la cocina.

—Está bien —contestó Diogo—. Deberemos convocar a Papá Justicia. Servando no habla una palabra de lengua cristiana. Necesitaremos su ayuda.

—Haz lo que tengas que hacer. Pero quiero a ese negro copulando con las esclavas esta misma noche si es posible. A excepción de la nueva. De ésa me hago cargo yo. Cuando Blackraven llegue, las quiero a todas preñadas. Ah —dijo, y se volvió—, ¿cómo se llama la nueva?

—Miora.

—Haz que la bañen, le cambien las ropas, quema las que trae puestas, y la envías a mi escritorio para que me cebe mate. ¿No tiene ninguna peste, verdad?

—¿Cuándo te he traído algún empestado?

—Es cierto. Haces bien tu trabajo.

Papá Justicia se presentó ese mismo día, cerca del anochecer.

Melody lo recibió con su habitual cariño y, tomándolo de las manos, le dedicó una mirada compungida.

—Oh, Papá Justicia, es todo tan triste. Hoy han comprado a una muchacha y a un hombre más bien joven. Ella, la pobrecita, sólo habla portugués. Ya se olvidó de su lengua madre. Y el hombre... Pues él no ha dicho palabra. Don Diogo dice que es senegalés, pero ya sabes tú la cantidad de dialectos que existen. ¿Has traído el aceite que te pedí? Aún tienen en carne viva la marca de la carimba. ¿Por qué, Dios mío, siguen con esa práctica inhumana si el mismo rey la prohibió?

Melody se lamentaba por el marcado con hierro candente, al que llamaban carimba, con el que se imprimían, sobre la piel de los esclavos, los símbolos distintivos de la compañía importadora y del propietario. Algunos ostentaban varias de estas marcas, incluso en la cara. Por real cédula de 1783, el rey Carlos III había condenado y prohibido esta práctica. En los hechos, se continuaba con el carimbado.

Miora sabía coser. Su antigua ama le había enseñado el oficio. Pronto se advirtió que su destreza con la aguja no se limitaba a un buen zurcido invisible sino que cortaba y confeccionaba con habilidad. Miora atendía las pruebas de las señoras y las demandas de don Alcides, que la requería cada vez más a menudo en su escritorio, la mayoría de las veces para que le cebara mate, otras para que le masajeara los pies, le recortara el cabello o lo afeitara. La trataba con circunspección, pero jamás le levantaba el tono de voz ni la golpeaba; incluso le enseñaba palabras en castellano que ella asimilaba con rapidez. “Muchacha lista”, murmuraba él, y le palmeaba la mejilla.

Con el paso del tiempo, Miora le perdió el temor que la había dominado el primer día, cuando sus miradas se cruzaron. No recordaría aquella mirada. Deseaba olvidarla. El amo Alcides no era el mal hombre que sus ojos habían reflejado. Debía

cuidarse de don Diogo, del que ya la habían prevenido, y de la negra Cunegunda, una resabiada que practicaba la magia del mal. Su favorita era miss Melody, como lo era de los demás, a excepción de Cunegunda, su hijo Sabas y de la negra Gabina, que creía que don Diogo le pertenecía porque le calentaba la cama de tanto en tanto.

Miora nunca había conocido a un blanco como miss Melody. Ni doña Catarina, su antigua patrona, le había prodigado el mismo cariño y respeto. En honor a la verdad, doña Catarina no la había respetado. Allí afincaba la diferencia con miss Melody. Ella sostenía que los africanos, como los llamaba —jamás se refería a ellos como esclavos o negros—, eran personas. De eso se trataba: miss Melody los respetaba porque los consideraba iguales. “¡Vaya idea tan disparatada!”, cavilaba Miora. “Nosotros y los blancos iguales”. Sonreía y movía la cabeza.

Casi dos meses después de su llegada a la casa de la calle Santiago, exhausta pero contenta, Miora marchó a su pequeña habitación. Se había enterado de la maledicencia de las otras esclavas que se quejaban del trato preferencial que recibía “la nueva”; ninguna, a excepción de Cunegunda, tenía habitación privada; es más, algunas compartían un mismo jergón. La animosidad de sus compañeras la preocupaba.

Se desvistió, se lavó y se echó encima el camisón. Aún se debatía entre la duermevela y el sueño profundo cuando un sonido inusual la puso en alerta. Los goznes de su puerta chirriaron. Se incorporó en la yacija. Don Alcides, palmatoria en mano, entró en la pieza. Miora se estremeció pues, al proyectarse la luz de la vela sobre las facciones de su amo, advirtió aquella mirada que tanto la había asustado el primer día. Tuvo la certeza de la maldad que lo dominaba y de que no escaparía de ella.

Don Alcides, con una mueca similar a una sonrisa, dejó la palmatoria sobre el piso junto al camastro y permaneció acucillado a los pies de Miora desde donde la estudió con detenimiento. La muchacha lanzó un quejido, pero él le puso un dedo sobre la boca y le ordenó que no hiciera ruido.

—He sido bueno contigo, ¿verdad Miora? —La muchacha asintió—. Pues bien, ahora vengo a que me devuelvas los favores con los que te he beneficiado sólo a ti.

Le acarició el empeine de los pies y le besó las rodillas. La obligó a separar las piernas y lo complació descubrir que dormía sin ropa interior. Una rijosa, como él había imaginado. Se puso de pie, y la muchacha se acurrucó contra la pared. Intentó escabullirse, pero Alcides la sujetó por los hombros y la amenazó con un puño. La recostó sobre la yacija y se quitó el camisón. Miora no sabía qué esperar. Era virgen. Alcides lo descubrió demasiado tarde. Fue brusco y la lastimó innecesariamente. Pero, dominado por la excitación, continuó meciéndose y lastimándola. Miora se mordía el puño sacándose sangre, que fluía junto con sus lágrimas de miedo, dolor y deshonor. Hasta que el dolor se tornó insoportable; entonces gritó y gritó, gritó hasta

desgañitarse. Valdez e Inclán la golpeó, dejándola inconsciente.

—Niña ingrata —masculló, agitado, y siguió penetrándola. Un momento después, sonreía, contento de haber sido el primero. Se encargaría también de ser el único, al menos mientras no se cansase de ella.

Escuchó un golpe seco, como a metal contra metal. Se volvió con presteza y atisbó una silueta que se tornó difusa cuando un líquido denso y caliente se escurrió en sus ojos. Se trataba de sangre, de su propia sangre en realidad, y el golpe lo había recibido su cabeza. Cayó desvanecido sobre Miora.

Se incorporó horas más tarde, y una arcada lo arrojó sobre el camastro. La pequeña habitación le giraba en torno y una puntada le horadaba el cráneo. Tardó días en recuperarse. No sólo Miora había desaparecido sino que quien lo golpeó le dejó una nota en su escritorio que rezaba: “No abuse de sus esclavos o se los quitaré uno a uno”.

—¿Me estás diciendo —pronunció Roger Blackraven— que hemos perdido a una esclava que costó cuatrocientos pesos a causa de tu concupiscencia? ¿Qué edad tenía?

—Quince, según le informaron a Diogo en la almoneda. ¡Pero lucía mayor!

—¡Gusano! —escupió Blackraven—. Era una niña. Podría matarte por esto. Años atrás te aclaré que tu preferencia por forzar a las mujeres me resultaba inaceptable. ¿Acaso no te bastó con lo que le hiciste a aquella joven en Madrid?

Blackraven se refería al secreto más perturbador de Valdez e Inclán, por el que había huido de España entre gallos y medianoche, y buscado una vida lejos de su patria natal. En la época en que Alcides comenzó a trabajar a su servicio, Roger envió a su mejor informante a Madrid para averiguar acerca de él. Salió a la luz un asunto oscuro y escabroso que dio a Blackraven el argumento para chantajearlo. ¿Por qué Alcides no huía de Roger Blackraven? Porque estaba harto de huir. Blackraven le ofrecía protección y dinero a cambio de fidelidad y discreción. Era cierto: Blackraven conocía su secreto más abyecto, pero él también conocía algunos de los de Blackraven que constituían su mejor salvoconducto.

—Te mataré con mis propias manos si pones un dedo sobre las mujeres de esta casa. Sobre ellas o sobre cualquier otra que no esté dispuesta a ir contigo a la cama. Para eso existen las putas, carajo.

Se echó de nuevo en el sofá y se llevó la mano a la frente. Valdez e Inclán se inquietó: Blackraven lucía muy molesto, y molesto podía ser letal.

—Te descontaré de tu parte el costo de la esclava —anunció, y Alcides se limitó a acordar con un movimiento de cabeza—. Sírveme una copa. Lo más fuerte que tengas.

Blackraven hizo fondo blanco. El brandy de mala calidad le quemó el esófago.

—Después de todo —dijo, con la voz ronca por la bebida—, ¿qué tiene que ver este cuento con que mi prima y Víctor estén en el Retiro? Me estoy impacientando,

Alcides.

—Verás, Roger —tartamudeó—, fue miss Melody quien me golpeó la cabeza y quien dejó la nota en mi despacho. Fue ella la que hizo desaparecer a la esclava y aún no la devuelve.

Blackraven lo contempló con perplejidad y no supo qué decir. Alcides se apresuró a llenar el silencio.

—Cuando miss Melody se enteró de la existencia de una quinta en el Retiro, decidió que el aire puro del campo le sentaría muy bien a la salud de Víctor. En opinión de ella, durante el verano, el aire de la ciudad se torna pernicioso y eso es malo para él. Por supuesto que me opuse. Le dije que nadie se movería de esta casa. Pero ella insistió. Es muy voluntariosa, ya lo verás. Repitió sus razones y yo, mi negativa. Cuando el asunto parecía zanjado, me confesó que había sido ella la que me había golpeado aquella noche y escondido a Miora. Me dijo que le contaría a Bernabela y a todos en la casa. Me mofé de eso. Entonces, amenazó con iniciar una demanda por violación del “derecho de pudor” de la esclava que se convertiría en la hablilla de los salones. ¿Has escuchado semejante necedad? ¡Derecho de pudor! Pues bien, el Código Negrero habla del derecho de las esclavas de conservar su pudor.

—¿Quieres decirme —se pasmó Blackraven— que tú creíste que una muchacha sin medios ni conexiones te iniciaría una demanda por violar el derecho de pudor de una esclava?

—Oh, no —se defendió Alcides—, sin medio ni conexiones no. El doctor Covarrubias está prendado de ella y haría lo que le pidiese. Incluso presentar una demanda en mi contra. Él ya la había asesorado. No tuve alternativa —admitió.

—Covarrubias —masculló Blackraven.

Se suponía que el leguleyo trabajaba para él. Lo había sacado de un oscuro cargo de asesor letrado del alcalde de primer voto del Cabildo y promovido a fiscal de la Real Audiencia a pesar de que era criollo, inexperto y pobre. Ese tipo de milagros lograban su dinero y su influencia. El joven siempre se mostraba complacido y dispuesto a colaborar, aunque recordó que en su última visita le había descubierto una faceta combativa mientras lo escuchaba declamar las ideas nacidas en la Francia revolucionaria.

—Por otra parte —prosiguió Alcides—, a este punto sería imposible separar a tu ahijado de su institutriz. La muy artera ha sabido ganarse el afecto de Víctor, y ahora el niño sólo ve y respira a través de miss Melody. Cierto es —añadió— que, desde la llegada de miss Melody a esta casa, Víctor presenta una franca mejoría. De hecho, no ha vuelto a tener esos desagradables ataques que tanto disgustan a Bernabela.

—¿Y mi prima? ¿Qué clase de relación se ha entablado entre ella y la institutriz?

—¡Pues como hermanas, Roger! —se ofuscó Alcides—. Ya te referí el episodio de los pájaros cuando, decidido que la institutriz dejara esta casa, la señorita Béatrice

la defendió a capa y espada y tuve que rectificar mi posición. Muy humillante. Muy humillante —insistió en voz baja—. En resumidas cuentas —emprendió con más brío—, miss Melody se ha convertido en un dolor de cabeza para mí. Se cree el adalid de los negros, y éstos la veneran, no sólo los tuyos sino los de los vecinos. El Ángel Negro la llaman. ¡El Ángel Negro! Y acuden a ella para que les solucione cualquier clase de problema. Digo la verdad —enfaticó, ante la expresión incrédula de Blackraven—. Está en boca de todos. Ha ganado una preponderancia intolerable y, como una reina, tiene su corte y seguidores. Pero por otro lado, se ha granjeado el escarnio de las familias de buen ver, alborotando a los negros de la manera en que lo hace. No partió sola con el niño. La señorita Béatrice encontró también muy agradable la idea de pasar una temporada en el Retiro. Incluso mi cuñada, Leonilda, se unió a ellas. Y llevaron consigo a algunos esclavos. Diogo acude a menudo.

Blackraven se puso de pie.

—Me marcho —anunció.

—¿No nos acompañarás en la cena?

—No.

—¿Dónde te alojas? ¿En tu casa o en “Los Tres Reyes”?

—En mi casa.

—¡Pero, Roger! —se quejó Valdez e Inclán—. La casa no estaba preparada para recibirte. No te esperaba sino dentro de algunas semanas.

—La casa está bien.

—¿Qué harás con respecto a miss Melody? —quiso saber Valdez e Inclán.

Pero Blackraven no le contestó. Empuñó su estoque y caminó hacia la sala, donde se despidió de las mujeres, mientras Efrén lo aguardaba con la puerta abierta y la capa en la mano. Ganó la calle de prisa y se dirigió rumbo al oeste, hacia la zona de la Merced.

—¡Excelencia! ¡Excelencia! —escuchó, a pocos metros de lo de Valdez e Inclán.

Se dio vuelta. Angelita, la menor de Alcides, corría hacia él con dificultad pues calzaba chapines de raso y la calle mal empedrada debía de lastimarle los pies.

—¡Ángela! —exclamó cuando la niña se detuvo frente a él—. Por Dios bendito, ¿qué haces aquí fuera y sin tu mantilla?

Angelita respiraba con dificultad. La carrera le había impreso a sus mejillas las tonalidades de un durazno maduro y lucía adorable, a pesar de que no era linda. A diferencia de las mayores, muy parecidas a Bernabela, Ángela tenía el sello de su padre en las facciones. Ciertamente, no ostentaba la belleza rotunda de sus hermanas, pero, desde muy pequeña, parecía nimbada de un halo de pureza y bondad que hablaban de un alma caritativa. Una de sus sonrisas habría cautivado al más feroz.

—Perdón, excelencia. Disculpe mi atrevimiento. Necesitaba hablar con su merced.

—Es impropio que lo hagamos aquí, en medio de la calle. Alguien podría verte.

—Sólo serán unas palabras.

—Anda, dime.

—Sé que mi padre ha estado hablándole de miss Melody.

Blackraven admiró la osadía que vislumbró en sus pequeños ojos pues sabía que Angelita le temía.

—Estoy segura —prosiguió la niña— de que no han sido palabras amables. Debe saber, excelencia, que miss Melody es una gran persona. Muy cristiana. De gran corazón. Mi padre también es un buen hombre, pero no ha sabido interpretar las intenciones de miss Melody. Por favor, excelencia, no la despida —suplicó, uniendo sus manos y llevándolas a la altura del pecho.

—Vamos, te acompañaré a tu casa.

—Debo entrar por el portón de mulas. Mi madre no debe saber que me he escapado.

—Pues bien, por el portón de mulas entonces.

—¿Excelencia?

—Dime.

—¿Sería tan amable de llevar estas cartas a su quinta del Retiro? Una para miss Melody y otra para mi tía Leo. Tío Diogo no quiere llevarlas para no desobedecer la orden de mi padre.

—Sí que le has tomado cariño a la tal miss Melody, ¿verdad? —dijo Roger, mientras tomaba los sobres.

La niña asintió sin mirarlo.

—¿Te gustaría pasar una temporada en el Retiro?

—¡Oh, sí, claro que sí!

—Hablaré con tu padre.

—Gracias, gracias, excelencia —repitió, mientras caminaba hacia atrás y se inclinaba como quien se despide de un monarca.

Blackraven se quedó pensando en el cambio operado en ella en ese último año. Angelita debió de haber hecho gran acopio de valor para escapar de su casa y enfrentarlo en medio de la calle. La pregunta que a continuación surgió fue: ¿Quién diantres era miss Melody para provocar una conducta tan inusual en una niña medrosa y obediente? ¿Quién era para chantajear a un hombre como Alcides Valdez e Inclán?

Capítulo IV

Blackraven abandonó el ensimismamiento en el que había caído. Se preguntó cuánto llevaba ahí, de pie en el camino de realengo, evocando los sucesos del día anterior en casa de los Valdez e Inclán.

Se hizo sombra con la mano. Había amanecido, y el sol bañaba la barranca. Columbró los techos rojos de su quinta “El Retiro”, que le daba nombre a la zona, y la torre del campanario. Se trataba de una soberbia construcción de principios del siglo XVIII, copia de una residencia veraniega de los reyes de la España llamada “El Buen Retiro”. El gobernador de aquel entonces, don Agustín de Robles, la había mandado construir con la palmaria intención de convertir a aquel lugar en el más imponente y lujoso de La Trinidad, como antiguamente se conocía a Buenos Aires.

De dos pisos, contaba con treinta y tantas habitaciones, varias salas, cuatro patios, dos tahonas para moler trigo, un molino aceitero, una noria y cochera para los carruajes. La planta baja se hallaba circundada por un pórtico de elegantes columnas blancas embellecidas con capiteles de hojas de acanto, en tanto a la parte superior la rodeaba una terraza con balaustrada donde convergían las contraventanas de los dormitorios principales. Cercaba la parte posterior de la propiedad una pared de ladrillos cocidos y encalados donde batían las aguas del Río de la Plata. Su parque era soberbio, con lomadas de regulares subidas y bajadas que se perdían en la escalada del terreno.

La propiedad pasó de mano en mano y hasta sirvió de asentamiento negrero de la Compañía Francesa de la Guinea, que años después la abandonó debido a las quejas por los hedores que alcanzaban incluso la ciudad. Blackraven la compró en un estado lastimoso e invirtió una fortuna en remozarla. Pero se sentía satisfecho. En ese viaje se ocuparía de la casa de la ciudad, la que había comprado el año anterior sobre la calle de San José. La pintura se había deteriorado, machones de humedad dominaban las esquinas del cielo raso y algunos tablones del piso se habían combado, como le apuntó Bernabela la noche anterior después de un intenso interludio de sexo.

Bernabela. ¿Qué haría con ella? Debió imaginar que, al saberlo solo en la casa de San José, se atrevería a visitarlo una vez que la noche le sirviera de cómplice. Embozada por completo, franqueó las calles que los separaban con la única compañía de su esclava de confianza, Cunegunda, armada con una lámpara de aceite y un palo para ahuyentar a las jaurías que ganaban la ciudad de noche.

A Bela no la dominaba el miedo sino la agitación que precedía a un encuentro con Roger Blackraven. El primero permanecía nítido en su memoria, la noche en que llamó a la puerta de su misérrimo apartamento en Londres, y Somar, su lacayo, entró con Valdez e Inclán completamente beodo. Blackraven debía de ser de su edad; ella, sin embargo, había recibido la impresión de contemplar a un hombre al que ya no le

quedaba nada por vivir. Sus miradas, sus modos, incluso su estilo para vestir hablaban de alguien maduro, sólido y viril, un hombre al que ella se habría entregado con la fe ciega de un fanático religioso.

No sería el primer hombre con quien traicionaba a Valdez e Inclán, pero sí sería el último. Blackraven la había marcado con su agujón, le había envenenado la sangre con su ardor, esclavizándola, incapacitándola. Camino a la casa de la calle de San José, mientras rememoraba la primera noche juntos, se le erizaba la piel y dolorosos latidos le alborotaban la entrepierna. Nadie la había hecho vibrar como él. Durante sus estancias en Buenos Aires no se había mostrado galante ni la había camanduleado como los otros; más bien había desplegado una actitud indiferente y abúlica. Pero ella sentía que sus ojos la recorrían, la estudiaban, la admiraban, provocándola, incitándola. Su cercanía —se alojaba en la casa de la calle Santiago— lo volvía más apetecible. Se echó encima un abrigo y caminó por el corredor hacia la habitación de huéspedes. Se deslizó dentro sin llamar.

—La esperaba —lo escuchó decir.

Ni siquiera la molestó su descaro. Se limitó a seguir el trazo de su voz en la lóbreguez del dormitorio, para hallarlo apoltronado en un sillón, con los pies sobre un escabel, mientras bebía un líquido ambarino que parecía darle brillo a sus ojos, un brillo que los tornaba malévolos.

Blackraven se echó al colete el último trago de brandy y se puso de pie. Ella permaneció quieta, enervada por su insoslayable presencia. Llevaba el torso desnudo y sólo vestía las calzas y las medias altas que había lucido en la tertulia de Marcó del Pont. Jamás había visto un torso así, magníficamente formado, ancho, saludable, de tendones que se dilataban bajo los delineados músculos. Extendió la mano y le acarició los pectorales, duros como pedernal. “¿Por qué tiene los músculos tan duros?”, se preguntó. Su mente cayó en un vórtice sin fin cuando Blackraven le envolvió la cintura con su brazo derecho y la pegó a su cuerpo; con la mano izquierda le quitó el salto de cama.

Era un experto. Dominante, tiránico, despótico. Ella obedecía sin la menor resistencia, sometiéndose a cada uno de sus caprichos, a cada una de sus exigencias. Él conocía del arte de amar más que ningún otro, y ella, en medio del delirio, se preguntaba dónde habría aprendido lo que sabía. El clímax la dejó sin respiración y el orgasmo fue tan devastador como una sudestada. La azotó, haciéndola gritar como si de una tortura se tratase. Después, perdió la conciencia.

Bela sabía que ese placer inconmensurable y perfecto le había devuelto las ganas de vivir. Nada la detendría en su búsqueda, ni los resquemores por abandonar la casa de su esposo, ni la noche sin luna, ni los perros salvajes ni los malvivientes. Nada. Como hechizada, caminaba por las calles despojada de aprensiones. La sensación de anticipación la volvía audaz e invencible.

Somar llamó a la puerta del estudio donde Blackraven se dedicaba a escribir varias misivas.

—Doña Bela está aquí —anunció, y Roger insultó en voz baja.

—Hazla pasar —ordenó segundos después.

—Querido —dijo Bernabela, mientras se quitaba el rebozo y caminaba hacia él—. Tenía tantos deseos de ti —y, en puntas de pie, le echó los brazos al cuello—. ¡Qué felicidad hoy cuando recibimos tu nota! ¿Por qué tardaste tanto en regresar? ¡Más de un año, Roger! Si no hubieses llegado, habría muerto de esplín.

—Bela, ¿qué locura has cometido? —se enfadó—. Tu esposo reparará en tu ausencia.

—No te preocupes, querido. Cunegunda se ocupó de él. No molestará hasta bien entrada la mañana. ¿Vamos a tu recámara?

Hacía semanas que Blackraven no estaba con una mujer y, si bien aún quedaban asuntos por atender antes de marchar al Retiro, se dijo que podría con ambos. La guió hasta su dormitorio donde, sin prolegómenos y en silencio, comenzaron a deshacerse de la ropa. Bajo el abrigo de fustán, Bernabela llevaba un camisón de muselina que, al través de la luz, la dejaba como desnuda, insinuando un cuerpo aún joven y torneado. Ella, por su parte, no quitaba los ojos de Blackraven, que seguía siendo el hombre más atractivo que hubiese conocido.

Después de un acto rápido, sin frenos ni falsos pudores, Bernabela cayó, agitada, sobre el pecho de Blackraven. Se movió hacia un costado y, con la cabeza apoyada en una mano, se dedicó a recorrer con un dedo el amplio tórax, mientras comentaba banalidades.

—¿Vas a despedir a miss Melody, verdad? —dijo, después de un silencio.

A Blackraven lo irritaba que las mujeres usaran ese momento después del sexo para lograr sus propósitos.

—Vamos, Bela, arriba, debes irte —le ordenó, e intentó levantarse, pero Bernabela lo detuvo.

—¡Roger, liberó a mis pájaros! —se quejó, echándose las de niña—. Todos ellos se escaparon. Todos. Casi muero de la tristeza porque tú me los habías regalado, mi amor. ¡Despídela, Roger!

—No me des órdenes, Bela —advirtió Blackraven, y se deshizo de su mano.

—¡Maldigo el día en que fuimos a esa tienda y la conocimos! Desde ese momento todo cambió. La casa no me pertenece. ¡Le pertenece a ella! No sé cómo lo logra, pero maneja todo a su antojo. Los esclavos la siguen como ciegos. Y tu prima, ah, esa traidora.

Blackraven se dio vuelta y le lanzó una mirada de advertencia.

—Cuidado con mi prima, Bela.

Bernabela ensayó un mohín al que siguieron algunas lágrimas, motivadas, en

parte, por la seguridad de que, por ella, Blackraven jamás mostraría ese implacable sentido de posesión.

Roger se aproximó a la cama y le alcanzó el camisón y el abrigo.

—Vamos, vístete. Le pediré a Somar que te acompañe de regreso.

—¿Irás a la Plaza de Toros el domingo? Yo iré, acompañando a la virreina.

—Quizá, no lo sé.

—¿Cuándo volveré a verte si te vas al Retiro?

—Vendré a menudo.

En ese momento, mientras contemplaba su propiedad, deseó pasar una larga temporada alejado de Buenos Aires, sin preocupaciones ni compromisos. Bela estaba convirtiéndose en ambas cosas.

Somar lo llamó por su nombre y le habló con la familiaridad que acostumbraba cuando se encontraban a solas. Una decena de años mayor que Blackraven, aún conservaba ese aire de fortaleza que lo había caracterizado en la juventud. Su atuendo tan peculiar, exacerbado por los tatuajes en sus pómulos y la cimitarra y el alfanje que llevaba calzados en el tahalí, le conferían un aspecto cruel del cual se aprovechaba. No tan alto como Blackraven, tenía un cuerpo macizo que había soportado las situaciones más extremas sin resentirse.

Hacía quince años que compartían la misma suerte, una vida azarosa que los había conducido por los cinco continentes. Hombres de educación y extracción tan disímiles habían congeniado como hermanos porque coincidían en dos puntos: en la pasión por el riesgo y la aventura y en el sentido más estricto del compañerismo.

Existían pocas personas a las que Blackraven quisiera y respetara tanto como a Somar. Era su gran amigo, quien conocía todos sus entresijos, quien mejor comprendía su naturaleza. Somar, en tanto, le debía la vida y eso, para un turco, era una deuda que nunca se saldaba. La lealtad y la devoción retribuían, en parte, el don que Blackraven le había devuelto.

—Roger —dijo—, ¿qué te detiene en este camino?

—Apreciaba la vista —explicó, sin volverse—. Desde aquí hay una perspectiva inmejorable de mi propiedad.

Somar sabía que se hallaba inquieto. Acarició la cabeza del terranova y volvió a trepar en el pescante, donde aguardaría hasta que su amigo se decidiera a transitar la corta distancia que lo separaba de su mansión.

Blackraven calculó que serían las seis de la mañana. Se disponía a regresar al coche cuando divisó una figura en la lejanía. Un jinete. El hombre se alejaba en dirección norte, cruzando quintas y huertos. Galopaba a gran velocidad y parecía que una urgencia lo impulsaba a soliviantar al animal y a ganar terreno a campo traviesa. Vestía una larga capa, que gualdrapeaba sobre el lomo del caballo, con la capucha sobre la cabeza.

Permaneció inmóvil, admirando la destreza del jinete, que, recostado sobre la cruz del alazán, lo dirigía con mano férrea. A pesar de la velocidad, el animal no estaba desbocado sino que respondía a su conductor. El campo se había silenciado, no lo alcanzaba sonido alguno, ni el de las órdenes del jinete, ni el de la tela fustigando el viento ni el de los cascos castigando el terreno, hasta el trino de los pájaros parecía haberse acallado. Sólo reparaba en el dúo que irrumpía en la quietud, mancillándola.

El jinete se incorporó apenas, y la capucha cayó sobre su espalda. Blackraven se echó hacia atrás y reprimió una exclamación cuando una larga y espesa cabellera de mujer se batió con el viento. Los tímidos rayos del sol acariciaron los mechones rojizos y le arrancaron destellos dorados, que por momentos parecían del color de la alheña o de una tonalidad flamígera que él, en sus incontables viajes, no había visto en ninguna latitud.

La muchacha volvió la cabeza en el ademán de quien mide la distancia que la separa de sus perseguidores. Nadie la seguía, pero, en la rapidez del acto, no advirtió al caballero que, a lo lejos, en la orilla del camino, la contemplaba con expresión atónita.

Blackraven comprendió que se dirigía hacia la cerca de tunas que separaba sus campos de los de Altolaguirre. No lograría saltarla; incluso a él le habría resultado demasiado alta y espesa. Sería una pena verla caer y arruinar la figura tan armónica que componía sobre el magnífico ejemplar. Pagaría caro su temeridad o su ignorancia.

Lo dominó una sensación de expectación que le entumeció el cuerpo. En un acto reflejo, contuvo el aliento. Cinco varas, cuatro varas, tres, dos. La muchacha se paró sobre los estribos, levantó las riendas, y el caballo saltó la cerca con sublime elegancia, encogiendo las patas, que apenas rozaron la parte superior de las tunas. Aterrizó en suelo firme y continuó el galope sin disminuir la velocidad hasta que se los tragó la espesura del oquedal.

Blackraven lanzó un soplido y masculló en inglés: “¡Santo Dios!”. Aflojó las manos en el estoque y respiró hondo. Enseguida pensó: “Hacía tiempo que algo no me sorprendía de la manera en que lo ha hecho esa endiablada muchacha”.

Desde la torre del campanario, Servando veía las inmediaciones del Retiro, una posición privilegiada para abarcar los cuatro puntos cardinales: hacia el río, que parecía mar, hacia el convento de los hermanos Recoletos y hacia el paraje de Los Olivos. Él mantenía la vista fija en el sur.

A punto de amanecer, Servando deseó que el sol asomara. La oscuridad se volvía cómplice de las huidas y de los escondites. Pero comenzó a clarear hacia el este. Con las primeras luces, avistó en el camino de realengo un coche tirado por dos caballos, lo cual lo sorprendió pues la mayoría usaba mulas, a excepción del virrey y de algún otro funcionario encumbrado. Distinguió un diseño en la portezuela negra, tal vez el

escudo de la familia.

Lo preocupó que el carruaje frenara, más aún que su ocupante descendiera en compañía de un perro. A la distancia, la figura se veía empequeñecida, pero Servando apreció que se trataba de un hombre joven, más bien robusto y alto. Caminaba sin prisa, haciendo jugar un bastón en su mano derecha. Se detuvo y contempló los alrededores.

Servando vio a miss Melody antes que el extraño y, aunque había esperado que apareciera, cuando la descubrió, sus ojos se prendaron de la figura tan atípica que componía sobre su caballo en aquel sitio tranquilo y silencioso. Galopaba por los campos sin respetar el camino, saltando ligustros y tranqueras. Servando bajó corriendo las escalerillas de la torre y se precipitó hacia la zona trasera de la mansión, al cuarto patio.

Algunos esclavos ya pululaban, ocupándose de sus oficios. Verían entrar a miss Melody, montada sobre Fuoco, y deducirían que se trataba de otra de sus cabalgatas matinales por la zona de la Alameda. Tampoco los alertaría que vistiese pantalones y botas de caballero ni que montara a horcajadas. Así la habían visto en otras ocasiones. Seguía preocupándole el extraño del camino. Con seguridad, ya la había divisado.

Primero escuchó el sonido de los cascos y después la voz grave de miss Melody que le ordenaba al caballo que se detuviese. Fuoco entró en el patio a trote ligero, con las crines pegadas al cuello empapado en sudor y los belfos blancos de espuma. Los esclavos levantaron la vista y, al ver a miss Melody, la saludaron sonrientes. Tarcisio, el talabartero, se quitó la boina y ejecutó un floreo como si una reina pasara frente a él.

Servando abrió el portón de la caballeriza, y Melody entró sin apearse. Con la puerta cerrada, la lobreguez se apoderó del lugar, y el silencio pareció acentuar el aroma a alfalfa húmeda y el hedor del estiércol. Melody se sintió dichosa con la familiaridad y la seguridad de ese sitio. Agitada aún, se abrazó a la cruz de Fuoco.

—Me salvaste la vida, Fuoco. Sin ti, me habrían atrapado.

—¡Miss Melody! —exclamó Servando, y se acercó al caballo—. No me asuste. ¿Qué quiere decir con eso, que sin Fuoco la hubiesen atrapado?

Melody saltó del caballo y se arrojó a sus cascos.

—Déjame ver, Fuoco. ¿Te hiciste daño cuando saltamos la cerca, cariño? No veo bien. Babá —dijo Melody, que llamaba a Servando por su nombre yolof—, abre un poco el portón, ¿quieres? No logro distinguir si tiene magullones.

—Miss Melody —se enfadó el esclavo—, deje eso. Yo me haré cargo. Debe ir a la casa y prepararse. Pronto despertarán todos.

Melody descinchó al caballo, lo desembarazó de la montura, pasó la mano por el lomo sin detectar excoriaciones y le colocó un paramento de bayeta para evitar el

enfriamiento rápido. Fuoco, entretanto, bebía, boceando ruidosamente, del balde que Servando le había puesto enfrente.

—Cuando termine de beber —indicó Melody—, dejás pasar un momento y, al verlo más tranquilo, le das doble ración de cebada, por favor.

—Sí, miss Melody. Así lo haré. Dígame lo que ocurrió, que moría de la angustia porque usted no llegaba y el sol ya salía. Pasé mucha angustia.

Melody desajustó el roncal de la montura y la alforja cayó al suelo produciendo un ruido amortiguado a hierros.

—Ahí tienes los malditos carimbos, Babá. —Hablabá de los hierros con que se marcaba la piel de los esclavos—. Arrójalos en la gavia y que se los lleve el agua.

—Me subiré a la tapia y los echaré al río —propuso Servando, y Melody asintió—. Dígame, niña, ¿qué fue lo que ocurrió? ¿El joven Tomás y Pablo estaban con usted?

—Sí, claro —respondió Melody, con aire pensativo—. La guardia se percató de nuestra presencia, o quizás alguien los había alertado de que iríamos. Nos descubrieron, Babá y, después, todo fue una gran confusión. No nos atraparon de milagro. Escapé gracias a la velocidad de Fuoco.

—¡Ay, miss Melody! —se lamentó Servando, con las manos en la cabeza—. ¡Ya no más! ¡Ya no más! ¿Para qué? Harán nuevos carimbos y usted habrá arriesgado el pellejo por nada.

—Para ser un bozal —dijo Melody, entre enojada y sarcástica—, hablas tan bien como un castizo. Ya no digas nada, Babá.

Se envolvió en el dominó para ocultar los pantalones y salió al patio. En la cocina, Siloé le lanzó un vistazo reprobatorio.

—Por favor, Siloé, calienta agua para que pueda darme un baño. Me duele todo el cuerpo.

Blackraven se había equivocado: el Retiro parecía un hervidero con gentes que iban y venían. A esa hora tan temprana, los hortelanos atendían la huerta, los labriegos, diseminados en el campo, trabajaban la tierra, la noria hundía sus cangilones en el agua, mientras del molino aceitero y de las tahonas entraban y salían esclavos.

Bustillo y su mujer, Robustiana, con las caras frescas, aseados y bien vestidos, lo aguardaban a pasos del coche. Al verlo escoltado por su perro y el extraño del turbante, los esclavos destinados al servicio doméstico se hacinaron a las puertas de la barraca.

El cuarto patio, con sus corrales de gallinas, pavos y codornices, sus conejares y el establo, usualmente sucio y maloliente, presentaba un aspecto inmejorable. Blackraven paseó la mirada por las paredes encaladas, el piso de ásperos ladrillos mojado y barrido, las herramientas en orden y los sacos de maíz estibados junto al

corral, y experimentó satisfacción. Un aroma a pan recién horneado le flotó bajo las fosas nasales, abriéndole el apetito y haciéndolo sentir contento. A veces, inmerso en las complejidades de su vida, olvidaba el valor de cosas simples como un trozo de pan caliente en la boca.

—¡Don Blackraven! —exclamó Bustillo, pronunciado mal su apellido—. ¡Bienvenido, patrón! —y enseguida ordenó a los esclavos que bajasen los baúles del amo Roger.

Béatrice, asomada a la puerta de la cocina, se restregaba las manos en un mandil y le sonreía. Detrás se atisbaba la negra Siloé, retacona y corpulenta, con el infaltable pañuelo rojo cubriéndole la cabeza.

—¡Roger, querido! —se alegró Béatrice—. ¡Qué maravilloso es tenerte entre nosotros! No te esperábamos hasta dentro de unas semanas. Bienvenido. Buenos días, Somar.

—Señorita Béatrice —dijo el lacayo, y se inclinó apenas.

—¿Qué tienes en el rostro? ¿Harina?

—Oh, sí, un poco —admitió Béatrice, mientras permitía que Blackraven le pasara la mano por la frente—. Siloé está enseñándome a hornear pan. ¿No hueles, querido?

—¿Tú, horneando pan? No necesitas hacer eso, lo sabes.

—Me divierto tanto aquí, Roger —adujo Béatrice, con ese aire melancólico que él conocía bien—. Mis días no son tan largos ni tediosos. ¿Por qué has entrado por la parte trasera? ¿Por qué no has detenido el coche frente a la galería? ¡Qué extraño es verte recorrer estas partes de la casa!

Blackraven la había tomado de la cintura y la guiaba por los patios y los corredores hacia la parte principal, y, mientras la escuchaba paliquear, estudiaba cada rincón advirtiendo la misma pulcritud y esmero del cuarto patio. Al dejar atrás la cocina, los aromas cambiaron, y la sutil fragancia que despedían las ramas secas de espliego se mezclaron con el de la cera de abeja con que lustraban los muebles de jacarandá. En la sala grande, la destinada a las tertulias y bailes, los sahumadores ya habían sido encendidos, y el aceite de jazmín se desvanecía en el aire. Blackraven admitió que nunca le había provocado tanto placer entrar en una casa, fuese propia o ajena.

—Está todo en su sitio, tan limpio y perfumado —comentó—, parece que hubiesen estado esperando mi llegada.

—Así luce la casa a diario —manifestó Béatrice.

—Te felicito. Has logrado con Bustillo y Robustiana lo que yo no conseguí con amenazas.

—Oh, no, esto no es obra mía. Ya conoces mi defecto, querido: soy demasiado abúlica. Además, nadie me preparó para regentear una casa, menos aún una hacienda. Es obra de miss Melody, que nos hace marchar como soldados desde el alba hasta el

atardecer. No me quejo. Me siento llena de bríos y contenta. ¿Sabes, querido? Me siento útil.

Blackraven la besó en la frente, feliz de verla con una sonrisa.

—Debes de estar cansado. ¿Por qué no te retiras a tu dormitorio? Haré que te preparen un baño. ¿Ha venido Trinaghanta contigo?

—Llegaré mañana. Se quedó en la casa de San José a cargo de detalles de último momento. Me urgía venir. Me preocupé, Marie —le reprochó, llamándola por su verdadero nombre—. Al enterarme de que te encontrabas en el Retiro, sola con Víctor, pensé que el buen juicio te había abandonado. Ésta es una región peligrosa, llena de alimañas y mal entretenidos. ¿En qué pensabas cuando decidiste venir?

—Oh, Roger, no te enfades. No estoy sola. Un batallón de gente me acompaña y no me aventuro más allá de los lindes de la propiedad. Aquí estoy, mejor que en muchos años. ¿Es que no puedes ver eso, querido?

Más tarde, mientras su cuerpo se relajaba en la tina y él dormitaba con el agua tibia hasta el cuello, Blackraven se dio cuenta de que alguien entraba en su habitación. Lo había hecho en absoluto sigilo, evitando que los goznes chirriaran y que los tablones del piso crujieran. Un cambio en el aire, una sutil correntada más fresca, y un aroma diferente lo habían alertado. La vio entre los resquicios de sus párpados. Berenice. Se había olvidado de ella. Segó los labios, complacido. Ahora la recordaba. Berenice, la cuarterona voluptuosa y apasionada que se había metido en su cama durante la visita del año anterior y no la había abandonado hasta que él dejó el Río de la Plata.

—¿Quieres lavarme la espalda? —le preguntó, sin abrir los ojos.

—¡Amo Roger! Quería sorprenderlo.

—Sorprenderme a mí, chiquilla, es muy difícil.

Media hora después, Berenice dejó la recámara del patrón con el pelo mojado. Se deslizó por el pasillo en puntas de pie, envuelta en el mismo sigilo que había guardado al entrar en la habitación del amo Roger. Su presencia en la casa levantaría sospechas; durante el día, su lugar era la tahona. Pero fue en vano: Siloé y Melody, que planeaban las comidas de ese día, la vieron pasar. La cocinera sacudió la cabeza, se quitó la pipa de la boca y chasqueó la lengua.

—Ya sabía yo —dijo— que, en cuantito el amo Roger pusiera pie en esta casa, Berenice se metería en su cama.

—¿Crees que la ha forzado?

—No, a fe que no —aseguró la negra—. Berenice se le ofrece y él, por supuesto, la acepta. Hace tiempo que conozco al patrón, miss Melody, y puedo decirle que son las mujeres las que le corretean como perras en celo. Él hace poco esfuerzo pa'tenerlas debajo. Es de ésos que tienen y en abundancia. Es atractivo, cierto que lo es, y alguna vez escuché que Berenice voceaba que nunca había tenido a un macho

tan bien dotado.

—¿Tan bien dotado? —se preguntó Melody.

—Continuemos con las comidas —propuso Siloé, que sonrió y siguió fumando su pipa.

Las risas y las voces infantiles se acercaban por el pasillo. Blackraven abandonó el documento que analizaba y prestó atención. Sin comprender lo que decían, distinguió la vocecilla de Víctor, más risas después, y a continuación la voz de un adulto. Si lo pensaba con detenimiento, era la primera vez que escuchaba reír a Víctor. Alguna vez una tímida mueca, similar a una sonrisa, había despuntado en sus labios, pero una risotada, una fuerte y saludable carcajada, jamás.

Consultó su reloj: las once de la mañana. Se puso de pie, se acomodó la lazada y ajustó los botones superiores de su chupa. Salió.

Melody, Víctor y Jimmy se detuvieron de golpe al verlo. Las sonrisas de los niños se evaporaron para convertirse en una expresión indefinida entre la sorpresa y el miedo. Blackraven era consciente de que su corpulencia lo dotaba de un halo de fiera autoridad a la que Víctor siempre había temido, y parecía provocar el mismo efecto en el otro niño. La mujer —miss Melody, seguramente— lo desconcentró con una mirada fría y desafiante como pocas personas se animaban a sostener en su presencia. Aunque lo llevaba recogido, enseguida se fijó en la extraña tonalidad de su cabello, exaltada por la blancura lechosa de su piel.

—La señorita Isaura Maguire, presumo —dijo, a modo de saludo, en perfecto castellano, aunque con un acento que denotaba su origen inglés.

La muchacha inclinó apenas la cabeza e hizo una corta reverencia. Llevaba a ambos niños de la mano, y de su cuerpo se proyectaba una inconfundible actitud posesiva como la que habría desplegado una madre ante un peligro inminente.

—Yo soy Roger Blackraven, el tutor de Víctor.

—Cuervo negro —dijo Melody, y Roger tardó en reaccionar, pues la voz de la muchacha, de una coloración grave, lo tomó por sorpresa.

—Disculpe, ¿cómo ha dicho?

—Dije: cuervo negro. Blackraven significa cuervo negro. A juzgar por el significado, su apellido no es nada halagüeño, señor.

Blackraven se quedó mirándola, y Melody percibió que Víctor y Jimmy le apretaban las manos y retrocedían.

—Lamento que mi apellido no sea de su agrado.

—Es inglés. Igualmente no me habría gustado.

“¡Menuda desfachatez!”, exclamó para sí, y se debatió entre simular enojo u ofensa.

Víctor lanzó un quejido y Jimmy terminó detrás de Melody, prendido a su cintura. El terranova se acercaba con la cadencia de un felino y los ojos en ellos. Se detuvo

junto a su dueño y gruñó, mostrando los colmillos y los pelos crispados del lomo.

—No teman —ordenó Melody—. Jamás le muestren miedo a un animal.

Se acuclilló y, antes de que Blackraven pudiera impedirlo, estiró el brazo y acarició el hocico del perro.

—Eres hermoso —le dijo.

Pasado un brevísimo momento, el animal le lamió la mano ante el pasmoso estupor de su dueño. Sintió que la furia lo dominaba y no acertó a definir si se debía al miedo experimentado cuando la vio peligrar ante la ferocidad del perro o a su orgullo agraviado, pues, de algún modo, esa condenada muchacha se las había ingeniado para hacerlo sentir como un idiota desde el principio. Por cierto, hacía años que nadie se animaba a tomarlo por idiota.

—Sansón, vete de aquí —gruñó en inglés—. Vuelve al escritorio. Víctor —dijo de inmediato, sin pausa, con el mismo acento de disgusto—, ¿no vas a darme la mano? ¿No vas a saludar a tu padrino? Vamos, ven aquí.

Melody debió empujarlo. Víctor extendió una mano vacilante y Blackraven se la sacudió con energía.

—¿Cómo has estado, muchacho? —le preguntó en inglés.

—Muy bien, señor —respondió Víctor, en igual lengua—. Gracias por preguntar.

—Vaya, vaya —se sorprendió Blackraven—. Tu inglés ha mejorado desde la última vez.

—Miss Melody ha estado enseñándome, señor.

—Ya veo —masculló.

Lo comenzaba a poner de malas ese nombre. No había pasado un día desde su visita a casa de Valdez e Inclán y ya lo había escuchado cientos de veces. Miss Melody esto, miss Melody aquello. Y en ese momento, con ella frente a él, lo confundió un impulso violento. Deseaba borrar de sus facciones ese aire desafiante y vanidoso, y no sabía si hacerlo propinándole una bofetada o besándola hasta quitarle el aliento. No saber qué hacer también lo ponía de malas.

—Si nos disculpa, señor —habló Melody, y de nuevo su voz tan peculiar lo sacó del trance— se hace tarde, nosotros nos retiramos.

—¿Adónde? —preguntó de mal modo.

—A nuestra clase de botánica, señor. Vamos al huerto.

Sin más, tomó a los niños de la mano y pasó junto a él en silencio y con la cabeza erguida. Blackraven dio media vuelta y los observó alejarse. Atónito, sólo consiguió pronunciar por segunda vez: “¡Menuda desfachatez!”.

Capítulo V

Durante el primer almuerzo en el Retiro, Blackraven comió a solas con su prima, la señorita Béatrice. Desde la cabecera, la mesa para veinticuatro comensales lucía triste; el choque de los cubiertos sobre los platos acentuaba la impresión de vacío que reinaba en el ambiente.

Desde pequeño, en la soledad del inmenso castillo de su padre, Blackraven había buscado la compañía de los sirvientes y compartido las comidas con ellos en la cocina, propensión que enfurecía al duque de Guermeaux. Durante los incontables viajes, en cualquiera de sus barcos, en la suntuosa mesa del capitán Black, como lo apodaba su tripulación, jamás comían menos de cinco oficiales. Incluso, de tanto en tanto, como diversión, solía elegir a alguien de entre los marineros, a veces como premio por resolver un acertijo y en otras ocasiones por haber demostrado valor en batalla, para que alternara la discreta cena en el sollado con la exótica que preparaba el cocinero chino del capitán. “Es como arrojar margaritas a los chanchos”, le había susurrado Peterson, su contraemaestre más antiguo, en referencia al rudo marinero que, sentado en el extremo opuesto de la mesa, tragaba un vino del Rin que había costado cuarenta libras como si fuese agua. “Déjalo”, había dicho Blackraven. “Él sabe que está bebiendo algo similar a un néctar de los dioses, más allá de que lo haga con la gracia de un puerco”.

Sonrió ante la evocación y devolvió su atención a Béatrice, aureolada por ese sello de nobleza que jamás la abandonaba, con sus modos impecables y su conversación interesante. Lo admitiría: era a la tigresa que había interceptado en el corredor esa mañana a quien deseaba en su mesa, ahí, junto a él. Miss Melody. Juzgó inapropiado el apodo. Él la llamaría Isaura, así la pensaría.

Isaura, natural de Isauria. Mr. Simmons, su preceptor, le había referido historias fascinantes acerca de esa antigua región griega habitada por saqueadores y piratas. Cuando en el siglo IV antes de Cristo, la capital, Isaura Vetus, a los pies del monte Taurus, fue sitiada por el regente macedonio Perdiccas, los isauros prefirieron incendiar la ciudad antes que rendirse y caer prisioneros. Se los tenía por malvivientes, pero también por gentes de gran orgullo y valentía.

Isaura. ¿Quién le habría puesto el nombre? Quien lo hubiese hecho había acertado. Pocas veces una mirada le había comunicado tanto como la de esa muchacha. Pasión, odio, coraje, orgullo, miedo. Porque había vacilado al enfrentarse a Sansón. Existió un instante en el que su mano tembló antes de apoyarse en el hocico del terranova. Creyó que el animal le engulliría la mitad del brazo, como él lo sabía capaz. Pero Sansón había caído presa del asombro, y finalmente admitió la superioridad de la criatura que se atrevía a desafiarlo. ¿Por qué se había acuclillado y tocado a un animal de estampa tan cruel? Enseguida descartó que se hubiese tratado

de un despliegue de vanidad o falsa presunción. En parte, lo había hecho para dar una lección a los niños, aunque, en el fondo, se había tratado de una contienda consigo misma. Por alguna razón, esa muchacha, casi una niña, se había prohibido sentir temor.

—No estás escuchándome —le reprochó Béatrice.

—Disculpa, querida. ¿Me decías?

—Te preguntaba cuándo llegaste a Buenos Aires.

—Hace cuatro días.

—¿Cuatro días? —se sorprendió Béatrice—. ¿Y recién ahora te presentas?

—Negocios impostergables me mantuvieron muy ocupado antes de poder informarles de mi presencia.

—Es vano preguntar. Sé que no me dirás qué negocios —bromeó Béatrice—. Te gusta el misterio.

—No me gusta aburrirte.

—Jamás me aburres. Y ahora dime, ¿cómo hiciste para entrar en la ciudad? Porque si tenemos en cuenta que la Inglaterra y la España están en guerra, jamás te habrían permitido fondear en uno de sus puertos. Incluso me sorprende que en la Aduana te hayan autorizado a ingresar en la ciudad.

Blackraven sonrió con indulgencia y acarició la pequeña mano de su prima.

—Sabes que viajo con varias banderas. Podría haber entrado en el puerto de Montevideo con la norteamericana y los papeles que así lo acreditan. Pero no lo he hecho. Decidí dejar mis barcos en Río de Janeiro y viajar hasta aquí en una goleta que alquilé. Está a mi disposición en la Ensenada de Barragán. En cuanto a la Aduana, mis contactos son siempre muy útiles, y sólo debí firmar una declaración donde aseguro ser católico.

—¡No lo eres, Roger! Eres anglicano.

—Marie, me extraña. ¿Acaso no te conté que mi madre me bautizó por el rito católico cuando contaba con días de nacido?

—Ah, sí, de veras. Lo había olvidado.

—Yo no —dijo Blackraven, risueño.

—Mi madre y mi padre fueron tus padrinos —evocó, y una sombra pasó sobre sus facciones.

—Nunca nadie ha tenido mejores padrinos —aseguró Blackraven.

—¿De veras lo dices, querido? ¿De veras los amabas?

—Claro que sí. Los amaba.

—Y ellos a ti —enfaticó Béatrice—. ¿Con cuántos de tus barcos viajaste? —dijo, muy deprisa, y sus labios sonrieron y temblaron.

—Con dos, el *Sonzogno* y el *White Hawk*.

—¿Son hermosos?

—Hermosos y poderosos —alardeó Blackraven—. Cuentan con cincuenta cañones de veinticuatro libras de calibre cada uno.

—¿Eso es mucho?

—Mucho, querida. De la más pesada artillería que surque los mares.

—¿Para qué necesitas artillería pesada? ¿En qué nueva aventura te embarcarás ahora?

—Marie, no te es ajeno que el Almirantazgo de mi país me ha concedido desde hace años una patente de corso y represalia. Sabes también que, en parte, he construido mi fortuna con esa patente. Y ahora, en guerra con la España y la Francia, el negocio se ha vuelto muy atractivo. Se obtienen suculentos botines. De hecho, mis hombres no estarán ociosos en Río sino que saldrán de corso en los próximos días.

Prefirieron tomar el café y los licores en la sala.

—¿Qué angustia me provoca imaginarte en medio de una de esas batallas en el mar! ¿Qué haríamos Víctor y yo si algo te ocurriese? Ya nadie me quedaría en este mundo.

—Si algo me ocurriese —habló Blackraven—, mi notario en Londres tiene las instrucciones necesarias para que tú y Víctor paséis el resto de vuestras vidas de modo placentero y feliz.

—¿Placentero? ¿Feliz? —repitió, con voz quebrada y una nota de enfado también—. La vida nunca volvería a ser feliz sin ti. ¿Por qué te expones? Eres tan rico que no te alcanzarán los años de vida para gastar el dinero que has acumulado. ¿Por qué te empeñas en arriesgar tu vida cuando sabes que Víctor y yo dependemos de ti? Y no me refiero al dinero. De seguro, tu tío y tu padre no aprueban tus correrías.

—Me tiene sin cuidado lo que el duque de Guermeaux opina de mí.

Béatrice se reprochó haber mencionado al padre de Blackraven. Conocía y, en parte, comprendía el rencor que su primo albergaba por el viejo duque; no había pretendido traer a colación un tema tan espinoso. Sorbió su café y meditó las palabras que dijo a continuación:

—Roger, he conocido a alguien que ha cambiado mi vida.

—Te refieres a la señorita Isaura —dijo por sentado Blackraven.

—¿A la señorita Isaura? Ah, miss Melody. Sí, claro. En cierto modo, miss Melody ha cambiado mi vida también. Y la de Víctor, por supuesto. Pero, en realidad, me refería a un hombre.

Blackraven levantó la vista y la miró a los ojos.

—¿Qué piensas? —se enfadó Béatrice—. ¿Que estoy vieja para pensar en casarme y formar mi propia familia? ¿Que es un dislate que yo quiera encontrar un compañero para mi vida?

—No, no, Marie, por supuesto que no —se apresuró a aclarar Blackraven—. Me has tomado por sorpresa, de eso se trata.

—Jamás pensaste que alguien pudiese fijarse en mí, pobre y vieja como soy.

—Tú no eres pobre, Marie. Tienes mi riqueza a tus pies. Me lastimas cuando dices que eres pobre. —Béatrice se cubrió el rostro y se puso a llorar—. En cuanto a vieja, ¿qué diantres dices? Eres ocho años menor que yo. ¿Acaso soy viejo? Te aseguro que me siento mejor que nunca.

—Pero una mujer de veintisiete años que aún sigue soltera es considerada vieja. Aquí se dice que está para vestir santos. Me ha complacido que un hombre como William se fije en mí.

—Conque William —masculló Blackraven—. ¿Inglés acaso?

—No, escocés. ¿Te opones?

—Marie, querida, aún no lo conozco y ya me resulta poco para ti. Tú, que estás destinada a emparentar con las casas más importantes de la Europa, casada con un escocés. ¿Quién es este hombre? ¿A qué se dedica? ¿Cómo apareció en tu vida? Nuestra situación es compleja y peligrosa. Implica un gran riesgo intimar con quienes no conocemos.

—¡Oh, Roger! —suspiró Béatrice—. Ya no cuentan las casas más importantes de la Europa. Aquello quedó en un pasado glorioso que ya no existe y nunca volverá a existir. Ahora quiero vivir. Desde muy pequeña el mundo ha sido un infierno para mí. Tú me salvaste de caer aún más bajo y por ello te estoy eternamente agradecida. Pero quiero comenzar a ser feliz llevando la vida de una mujer normal, de una mujer cualquiera, porque eso es lo que soy. ¿Aceptarás conocer a William Traver?

—¿Le has contado la verdad?

—No. Pero me he sentido tentada a hacerlo.

—¡No, jamás! —se exaltó Blackraven—. Eres demasiado inocente e inexperta para conocer este juego, Marie. ¡Júrame que no hablarás de eso con nadie! ¡Júramelo!

—Lo juro. Y tú, prométeme que te avendrás a recibir al señor Traver. Por favor.

—Si tanto lo deseas, así lo haré. Bien conoces la debilidad que siento por ti.

—Gracias, querido mío, gracias.

Béatrice aceptó una copita de jerez para calmarse. El propio Blackraven se la sirvió. Bebieron en silencio.

—Entiendo que la señorita Leonilda también pasa una temporada aquí. ¿Por qué no nos ha acompañado en el almuerzo?

—Tú sabes, Roger, la intimidas tanto. La pobre no ha querido dejar su habitación desde que supo de tu llegada. Y allí le ha llevado el almuerzo Siloé.

—¡Marie, por Dios! —se exasperó Blackraven—. Jamás le he hecho nada para que me tema.

—En fin, querido, eres un poco intimidante, debes aceptarlo.

—Esta mañana he conocido a tu miss Melody. No se ha intimidado un ápice.

—Pensaba hacer las presentaciones esta tarde, mientras tomábamos el té. ¿Has

visto qué ángel es?

—Tu ángel dejó bien en claro que detesta a los ingleses.

—Sí, es verdad. Entiendo que fue su padre, un irlandés, quien le inculcó esa malquerencia hacia los tuyos. Tiempo atrás, cuando supo que, en realidad, quien pagaba su salario no era el señor Valdez e Inclán sino un inglés, estuvimos a punto de perderla.

—¡Qué lástima! —ironizó Blackraven.

—Roger —se enfadó Béatrice—. Miss Melody ha traído alegría a mi vida y a la de Víctor. El niño recibe una buena educación y además cuenta que ha experimentado esos desgraciados ataques cada vez con menor frecuencia. ¿No es eso suficiente para ti?

—Sí, por supuesto —admitió Blackraven.

—Sé que doña Bela y don Alcides no opinan igual que yo, por eso juzgué propicio poner un poco de distancia y pasar una temporada aquí, en el Retiro.

—¿Quién es esta muchacha? —preguntó Blackraven más para sí—. ¿Qué sabemos de ella? Nada, según entiendo.

—Roger, por favor. Es una pobre huérfana a cargo de su hermanito enfermo.

—No tiene aspecto de pobre huérfana.

—Pues lo es.

—Alcides la definió como un “torbellino”.

—Bueno, verás, miss Melody es un torbellino —consintió Béatrice—. En eso don Alcides no se equivoca. Ya has podido comprobar, aunque someramente, lo que ha hecho con este sitio. Debes saber que, cuando llegamos dos meses atrás, encontramos a tus senescales completamente beodos. El lugar era un desquicio: los animales sin alimentar, la hierba sin cortar, el jardín se había perdido, la huerta parecía un matorral y los esclavos deambulando de aquí para allá como almas en pena. Sobre estos hermosos sillones de terciopelo picoteaban las gallinas. Deberías haber visto a miss Melody poniendo todo en su sitio. Fue un espectáculo digno de presenciar. Ni un general prusiano lo habría llevado a cabo de manera tan impecable y eficaz.

—Y don Bustillo —se interesó Roger—, ¿él se avino a que una jovencita le diera órdenes?

—Lo primero que debió hacer don Bustillo fue luchar por su vida —expresó Béatrice, y se cubrió la boca para ocultar la risa—. Miss Melody y Servando, uno de tus esclavos nuevos, lo arrastraron al abrevadero de la porqueriza y lo sumergieron por completo.

Blackraven soltó una carcajada.

—Confieso que me habría gustado ver eso.

—Ahora don Bustillo respeta a miss Melody como si fuera la dueña del Retiro. Yo creo que le teme.

—Quiero conversar con Víctor —señaló Blackraven, de repente—. Esta mañana hablamos muy poco y sólo cuando conseguí que saliera de entre las polleras de la señorita Isaura.

—A esta hora, él y Jimmy, el hermano de miss Melody, duermen la siesta. Tendrás que esperar hasta las cinco.

—¿Qué hay con la señorita Isaura? ¿Ella también duerme la siesta?

—¡No, claro que no! Es demasiado inquieta e industriosa. La encontrarás con los esclavos, en el cuarto patio, o tal vez en el molino, o en los campos —y Béatrice se abstuvo de mencionar que bien podría hallarla entre las lavanderas, a orillas del río—. ¿Por qué la llamas señorita Isaura?

—Me apetece así —desestimó Blackraven—. Entiendo que le ha tomado un gran cariño a los esclavos —prosiguió, y de nuevo echó mano de esa veta irónica tan común en sus modos.

—Verás, querido. Es muy extraña la manera en que miss Melody se conduce con ellos, con una paciencia y dulzura casi maternas. A pesar de que saben que miss Melody, por nacimiento y condición, es superior, se sienten a gusto en su compañía y le cuentan sus problemas y buscan en ella refugio.

—Quería contarte que en esta oportunidad he viajado con un amigo —comentó Blackraven, y Béatrice no supo si el tema de miss Melody y los esclavos lo fastidiaba o le importaba un ardite.

—¿De veras?

—Sí. Me gustaría que lo conocieras. Hablaremos más tarde. Quiero organizar una tertulia una de estas noches. ¿Eso te complacería?

—Mucho, querido. Aunque no olvides que la temporada se abrirá a fines de marzo. Durante los meses estivales, las gentes decentes se retiran a sus quintas. No encontrarás a nadie en Buenos Aires. Ahora bien, si esperas hasta fines de marzo —propuso Béatrice, en la esperanza de retenerlo más tiempo— todos estarán encantados con una tertulia.

—Supongo que haré valer las prerrogativas que me concede ser el futuro duque de Guermeaux. ¿Acaso no crees que saldrían de sus escondites veraniegos y vendrían a lomo de burro hasta la ciudad al saber que el conde de Stoneville los convoca?

Béatrice sonrió como lo hacía habitualmente, cubriéndose la boca, no por recato sino porque juzgaba mala su dentadura.

—En ese caso, ¿podré invitar al señor Traver, verdad?

—Veremos.

—¿Te vas? —preguntó, cuando Blackraven se puso de pie.

—Sí. He decidido recorrer mi propiedad y evaluar qué desmanes ha provocado tu querida miss Melody.

Fidelis Maguire amaba su valle de Glendalough natal, al este de Irlanda. A pesar

de no haber viajado, sostenía que ningún sitio podía ser más bello. Desde las colinas de piedemonte de la cordillera Wicklow, le gustaba pasar largo rato admirando las ondulaciones verdes —de ese verde que sólo existía en Irlanda—, el azul cobalto de los lagos y el cerúleo del cielo, tan límpido que agitaba el aliento y avivaba las emociones.

Si bien los Maguire no contaban entre los clanes más importantes, poseían una parcela de tierra que habían trabajado con denuedo a lo largo de los siglos. La tierra y sus frutos constituían su mayor orgullo y el legado para las generaciones futuras. Jamás entró en sus cálculos perderla hasta que las regulaciones inglesas impusieron tasas cada vez más onerosas, y los Maguire se encontraron en la encrucijada de luchar por su único patrimonio o perder la tierra y el orgullo y perecer de hambre.

Seamus Maguire, jefe del clan, decidió que él y sus dos hijos mayores, Fidelis y Jimmy, formarían parte de una cofradía secreta de resistencia que comenzaba a ganar preponderancia en la isla. A pesar de su juventud, Fidelis se daba cuenta de que en aquellos encuentros clandestinos se reunían hombres llenos de indignación y resentimiento, pero sin poder ni dinero para hacer frente al Imperio Británico. “Puras baladronadas”, mascullaba, y seguía participando pues no se atrevía a contravenir una orden del patriarca.

Hasta que llegó el momento de la acción. Después de tantos meses de polémicas estériles, los cofrades decidieron atacar al enemigo. Eligieron al conde inglés Grossvenor, a quien pagaban la renta para acceder al derecho de trabajar su propia tierra, y que también les vedaba la caza en los cotos que les pertenecían desde la época de San Patricio.

Sabían que el conde de Grossvenor solía viajar a Dublín una vez al mes para concurrir a la ópera. Atracarían su carruaje, lo secuestrarían y pedirían rescate. El dinero se había convertido en la savia de la rebelión: armas, municiones, fondos para costear informantes, transportes y tantas otras cuestiones fundamentales para que aquella quijotada se convirtiera en una lucha verdadera. En cuanto a la suerte del conde inglés, habían decidido ajusticiarlo y entregar la cabeza en una caja a su familia. Fidelis formaría parte del grupo que asaltaría el carruaje, lo tomaría prisionero y se alejaría con él hacia la guarida. Revisó el plan varias veces sin encontrar ninguna falla.

El golpe salió mal. Varios perecieron. Fidelis y dos de sus compañeros fueron tomados prisioneros. Alguien los había delatado, un infiltrado que conocía los detalles a la perfección. Eran tiempos de hambruna, y unas cuantas monedas en la mano de un campesino convertía al irlandés más patriótico en un espía y traidor. Fidelis cobró conciencia de la posibilidad de haber sido traicionado al zambullirse dentro del carruaje aún en movimiento y encontrar que, en vez del conde, tres de sus guardias ocupaban la cabina. Paseó la mirada incrédula por aquellos rostros

desconocidos antes de caer inconsciente de un culatazo. Afuera, el caos se apoderaba de la escena. Gritos, tiros, relinchos.

Durante el tiempo en que Fidelis permaneció en manos de sus captores, deseó morir. Pero lo necesitaban vivo para extraerle la información que los ayudaría a desbaratar el complot que se había vuelto una espina clavada en el flanco de las autoridades inglesas. Lo torturaban hasta dejarlo inconsciente para despabilarlo minutos más tarde y proseguir, sin éxito, pues las técnicas aberrantes que le laceraban la carne, le arrancaban las uñas y le descoyuntaban los huesos, no consiguieron quebrarlo. En medio del dolor, un dolor que jamás creyó posible experimentar, una claridad se colaba entre los resquicios de su mente enturbiada: si hablaba, en pocos días su padre y Jimmy padecerían la misma ordalía. Por fin, los torturadores se dieron por vencidos y lo abandonaron en el bosque para que zorros y chacales se disputaran el despojo en que se había convertido.

—Pero Dios creyó que yo merecía otra oportunidad —solía asegurar Fidelis a sus hijos mayores, Melody y Tommy— y por eso envió a Enda, que me encontró medio muerto en el bosque y me curó y cuidó durante semanas.

Aunque nunca lo vio descalzo, Melody sabía que a su padre le faltaban tres dedos en el pie derecho, que esa renguera que lo acompañaba y que él disimulaba a fuerza de puro orgullo irlandés se debía a los padecimientos sufridos en el potro, y que las crisis epilépticas que lo asaltaban de tanto en tanto habían comenzado después del cautiverio. A veces deseaba que Fidelis no le hubiese contado acerca de su tormento a manos de los ingleses, pero casi de inmediato se avergonzaba de ese pensamiento y su espíritu se levantaba más enfurecido que antes: ella jamás debía olvidar quiénes habían torturado a su adorado padre.

—Las tres maldiciones de Irlanda —declaraba Maguire a menudo— son: los ingleses, la religión y la bebida.

Melody apretó los ojos y tensó el cuerpo al imaginar el gesto de sorpresa y decepción de Fidelis al enterarse de que su hija trabajaba para uno de esa maldita raza de piratas y usurpadores de tierras. Buscaba excusas, señalaba posiciones, analizaba circunstancias, evaluaba pros y contras; elaboraba una justificación y casi de inmediato ella misma la desbarataba. Trabajaba para un inglés, y nada enmendaría semejante traición.

Aunque, en verdad, Roger Blackraven no tenía cara de inglés. Bien habría pasado por gitano. Los ingleses, en realidad, con esos aires de gentes respetables, se caracterizaban por figuras desgarbadas, vestimenta sobria, pero elegante, la piel demacrada y los ojos celestes. Por ejemplo, el señor William White, el comerciante amigo de don Alcides, era del tipo anglosajón. Blackraven, en cambio, tenía la traza de un salteador de caminos. Lo recordó en el pasillo, esa mañana, ocupándolo por completo, como si la autoridad que comunicaban su cuerpo y su prestancia hubiese

invadido el espacio de cada uno, intimidando a los niños, a ella también. Enseguida pensó: “Es tan alto como mi padre”, a quien ella había considerado la persona más alta de sus conocidos. Pero, a diferencia de Fidelis, Blackraven ostentaba una corpulencia nada aristocrática, una solidez concentrada en los hombros tan anchos y en las gruesas piernas.

Lanzó un suspiro y siguió repasando el lomo de Fuoco con la almohaza. Los niños, sentados en el suelo a pasos de ella, repetían la tabla del cuatro.

—¿Cuatro por tres?

—¡Doce! —respondían a coro.

—¿Cuatro por cuatro?

—¡Dieciséis!

Movió apenas la cabeza para mirarlos. Componían un cuadro adorable, ahí, quietecitos en el suelo, con sus caritas morenas y sucias atentas a cualquier movimiento o decir de ella. Los niños le devolvían la esperanza que la vida se empeñaba en arrebatarle.

—¿Cuatro por cinco? —No hubo respuesta—. ¿Cuatro por cinco? —insistió—. Vamos, vosotros lo sabéis. Ayer lo habéis dicho sin dudar. ¿Recordáis el secreto? Debéis sumar cuatro al resultado anterior. ¿Cuánto es dieciséis más cuatro? —Nadie contestó—. ¿Qué ocurre? —preguntó, y se dio vuelta, almohaza en mano.

Roger Blackraven se hallaba en la puerta de la caballeriza. Vestía traje de montar y tenía una fusta en la mano que golpeaba contra el taco de la bota. Melody pensó: “Lleva en prendas lo que a mí me costaría ganar en varios años”.

Los ojos de Blackraven abandonaron al grupo de niños y se detuvieron en ella. Melody también lo miró, con fijeza, sin ánimo de desafiarlo, nuevamente prendada de la fortaleza de su cuerpo. Se dijo: “Es un hombre oscuro”, aunque no pensaba en su piel bronceada ni en el pelo negro. Su condición de oscuro se la confería esa expresión dura, reflejo de un alma compleja, llena de intersticios, de mirada profunda, enmarcada por una línea de cejas negrísimas que apenas raleaban en el entrecejo, donde no se separaban por completo. Se trataba de la cara agresiva de un guerrero.

—¿Qué significa esto? —preguntó Blackraven, y señaló con la fusta al grupo de esclavos, sin quitarle la vista de encima.

Al sonido de su voz, los niños se pusieron de pie para amontonarse en torno a Melody. A ella le molestó que los asustara y que los hiciera sentir incómodos.

—¿No lo ve? Un grupo de niños aprendiendo la tabla del cuatro.

—No sea impertinente —dijo Blackraven.

Melody se ruborizó; aquellas palabras pronunciadas con acento tan medido la alcanzaron con la precisión de un látigo.

—¿De dónde han salido? —insistió, y caminó hacia ellos—. No recuerdo

haberlos visto el año anterior.

—Juan Pedro y Abel son hijos de Tecla, que sí es su esclava. Los demás son hijos de las lavanderas, que trabajan a la orilla del río.

—Sé perfectamente dónde trabajan. ¿Por qué están aquí estos niños si no son de mi propiedad?

—Son mis alumnos —manifestó Melody, y Blackraven se preguntó si en verdad lucía atemorizada—. Les enseñé en mis horas libres —se apresuró a informar.

—¿Alumnos? ¿Desde cuándo los esclavos deben aprender a leer y escribir, o a multiplicar, como parece ser éste el caso?

Melody lamentó que los niños escucharan un comentario tan hiriente. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Soltó la almohaza y los congregó entre sus brazos.

—Vamos, queridos —dijo, y Blackraven percibió una nota de inseguridad en su voz—. Vuelvan con sus madres. No llores, Camila —y, acuclillada, le pasó la mano por las mejillas—. Mañana regresarán, ¿verdad? —Blackraven soltó un juramento—. Vamos, tomados de la mano. No olviden regresar más tarde, antes de que el sol se ponga. Siloé les dará un vaso de leche.

—¡Un vaso de leche! —se exasperó Blackraven.

—¿Quiere callarse? —le espetó Melody en inglés, y se volvió para enfrentarlo—. ¿No tiene corazón que trata a estos niños como si fueran bestias?

Blackraven se desconcertó, se avergonzó después, sensación que no experimentaba usualmente. “¡Condenada muchacha!”, exclamó para sí, sofrenando el impulso de golpearla. Pero el impulso murió casi al tiempo de nacer, dando paso a una extrañeza y curiosidad que lo llevó a preguntarse: “¿Qué clase de mujer es ésta que no me teme ni me admira?”.

—Es fácil desprenderse de los bienes ajenos —manifestó, una vez que quedaron a solas—. Porque he de suponer que la leche que tan generosamente les regala no proviene de vacas de su propiedad. ¿O me equivoco, señorita Isaura?

—No, no se equivoca, señor Blackraven.

—Dentro de poco tendré a toda la negrada de Buenos Aires mendigando un plato de comida.

—Ahora entiendo —pronunció Melody— por qué Jesucristo aseguró que sería más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja que un rico entrara en el Reino de los Cielos.

—¡Basta! —vociferó Blackraven, y Melody retrocedió hasta chocar con Fuoco—. Ha dicho usted suficiente. De ahora en más, nada de leche para esos niños que no son de mi propiedad.

—Señor Blackraven, por favor, es la leche que sobra, la que queda después de alimentar a la población del Retiro. En ocasiones se echa a perder. Por favor, no prive a esos niños de, quizás, el único alimento...

Blackraven la mandó callar con un movimiento de su fusta.

—Usted, señorita Isaura, no está en posición de exigirme nada. Ha provocado tantos desmanes entre mi gente y en mis propiedades como para merecer la cárcel. De una vez se lo pregunto: ¿dónde esconde a mi esclava, la que me costó casi cuatrocientos pesos?

—En la ley cuarta, título veintidós, de la partida número cuatro del Código Negro —citó Melody— se establece que si una esclava es vejada o convertida en prostituta, el señor la perderá.

A Blackraven le causó gracia la importancia que la muchacha le otorgaba a esa letra muerta. De seguro, había sido el pelafustán de Covarrubias quien se la había enseñado.

—Veo que es usted una ilustrada en la materia y que se anima a pronunciar palabras que en mi tierra ninguna dama se atrevería siquiera a pensar. La felicito. Pero eso no viene a cuento de nada. Insisto: ¿dónde está mi esclava? Es de mi propiedad y la quiero de vuelta.

—Su esclava, señor, se llama Miora. Y está escondida. Sí, yo la escondí. Y lo hice para ponerla a buen resguardo. ¿Qué clase de hombre es usted que deja a *su propiedad* en manos de un par de inescrupulosos como don Alcides y don Diogo? Miora fue vejada, y su derecho de pudor violado. ¿Cómo me pide que la devuelva a quien le infligió daño semejante?

—Será mi decisión, no la suya, qué hacer con esa esclava. Ahora dígame dónde la esconde.

Melody quiso volver a quejarse, pero Blackraven avanzó en su dirección tan rápidamente que la dejó callada. Le puso la fusta sobre el mentón antes de hablarle casi en voz baja:

—No se equivoque conmigo, señorita. Yo no soy Valdez e Inclán.

Melody contuvo la respiración. Había algo siniestro, casi peligroso en su modo deliberado.

—Entiendo que a él lo amedrentó con demandas y escándalos. A mí me tienen muy sin cuidado el escándalo y cualquier litigio legal. Si en usted existe un mínimo de juicio, dejará de lado las necedades y me devolverá la esclava. En caso contrario, yo mismo la denunciaré por hurto. No quiero pensar qué será de su hermano con usted en prisión. ¡Suéltese el cabello! —ordenó de inmediato.

Melody se quedó mirándolo.

—Le digo que se suelte el cabello.

—¿El cabello?

—¿Lo hará usted o lo haré yo?

Se movió hacia ella con una actitud intrínseca de comando que hizo imposible rehusarlo. Se llevó las manos a la nuca y se quitó las presillas que le sujetaban el

rodete.

—Sacuda la cabeza —exigió Blackraven—. Quiero que caiga sobre su espalda. Vuélvase. Vamos, hágalo.

Melody así lo hizo y enseguida sintió que, con la fusta, Blackraven le desparramaba la cabellera.

—¿Qué cree que está haciendo? —protestó, tomándose el pelo con las manos, retorciéndolo.

Blackraven sesgó los labios en una sonrisa llena de vanidad.

—Era usted la que, esta mañana, cabalgaba como si el demonio la persiguiera. Vestida de hombre y a horcajadas —agregó—. ¿De qué o de quién huía?

—De nada —respondió Melody—. ¿De qué habría de huir? Salí a cabalgar, eso es todo.

—¿Simplemente a cabalgar? ¿Vestida de hombre? ¿Tratando de ocultarse bajo una capucha? Lo dudo —concluyó, con una seguridad que la acorralaba.

—Me crié en el campo, señor. Pasaba la mayor parte del día montada a caballo ayudando a mi padre en las tareas de la estancia. Haberlo hecho con faldas habría sido muy inconveniente. Aunque le parezca un dislate, he vestido como hombre desde que era pequeña.

—¿Y su madre lo aprobaba?

—No, por supuesto que no. Ella era una refinada dama de ciudad. Pero la voluntad de mi padre dictaba que yo aprendiera a llevar adelante la estancia. Mi madre no tenía autoridad alguna en ese aspecto, y yo recibí la educación y la libertad de un muchacho.

Quedaron en silencio. La tensión crecía e incomodaba a Melody, y decidió no volver a hablar. Blackraven, por su parte, no lucía afectado en absoluto.

—Debo confesarle, señorita Isaura, que es usted una fuente inagotable de sorpresas.

Melody no supo si tomarlo como un halago o un insulto. Se quedó callada, mirándolo. Pensó: “¡Qué azul tan maravilloso!”, refiriéndose al de sus ojos. A pesar de tratarse de un azul oscuro, se diferenciaba del negro del iris. Para un hombre tan varonil, con cejas gruesas y oscuras que le daban el aspecto de malo, sus pestañas resultaban demasiado largas, pobladas y vueltas, como las de un niño. Pero más allá de esa característica que mitigaba la dureza natural de su mirada, Roger Blackraven transmitía una arrolladora masculinidad con cada movimiento, cada gesto, cada aspecto de su cuerpo. Ya se advertía el bozo en sus mejillas cuando ella recordaba que esa mañana las llevaba recién afeitadas. Se preguntó si su torso sería muy velludo.

—¿Qué mira, señorita?

—A usted, señor.

Blackraven soltó una carcajada y, echando la cabeza hacia atrás, rió abiertamente, sacudiendo su prominente nuez, mostrando dientes blancos y parejos, enredando las pestañas de arriba con las de abajo al entrecerrar los ojos. Le había hecho gracia el modo de la respuesta, dicha sin intención de desafiarlo, más bien con sinceridad y algo de perplejidad por tener que responder a algo tan obvio.

—Será mejor que vuelva a la casa —dijo Melody—. Víctor despertará dentro de poco.

—Víctor cenará conmigo esta noche. —Melody asintió—. Y usted también.

—No.

—¿Por qué no? —quiso saber Blackraven—. ¿Porque usted jamás compartiría la mesa con un inglés? ¿Es eso? No la imaginaba prejuiciosa, menos aún racista.

—Me he negado porque no quiero que mi hermano coma solo. Eso es todo.

—Pues su hermano será también bienvenido en mi mesa esta noche y las noches que dure mi estancia en Buenos Aires. La he dejado sin excusas. Lamento que no sea de su agrado mi invitación, pero lo es para mí. Usted aprenderá, señorita Isaura, que siempre se hace lo que a mí me complace. —Y con ese modo que lo caracterizaba de saltar, sin pausa, de un tema a otro, exigió—: Dígame dónde está mi esclava. Hoy mismo enviaré por ella.

—¿No la regresará a lo de Valdez e Inclán, verdad?

—No estoy acostumbrado a que se cuestionen mis mandatos, se lo advierto.

—No volverá a ver a Miora si no promete mantenerla lejos de don Alcides.

—¡Es usted una desvergonzada! —se encolerizó Blackraven, la afabilidad anterior pérdida—. ¡Dígame dónde está!

—¡No!

Con una sola mano, la tomó por el cuello, espantando a Fuoco que se alejó en dirección de los otros caballos. Aunque Melody sabía que, con poco esfuerzo, Blackraven podía rompérselo, no se permitió flaquear, tampoco intentó quitarse la mano de encima, y se mantuvo quieta y erecta, la mirada fija en la de él, respirando agitadamente en tanto aumentaba la presión en torno a su garganta.

Blackraven pensó: “Al igual que con Sansón esta mañana, me *teme*, pero prefiere morir antes que demostrármelo”. Su cuello le pareció esbelto y pequeño, cabía todo en su mano, y el contraste entre la blancura de ella y la tonalidad morena de sus dedos lo llevó a pensar en la delicada feminidad de esa muchacha.

Ella tenía tanto que perder y tan poco que ganar. El bienestar de Miora, eso era todo. Día a día se violentaban cientos de esclavas en Buenos Aires y ella se preocupaba por tan insignificante criatura. Nadie se atrevía a contradecirlo, ni los poderosos de la Inglaterra ni el marinero más raso de sus barcos. Esta muchacha, en cambio, lo provocaba como si detrás de ella se ocultara un ejército multitudinario. A pesar de sí, la admiró. La admiró porque, temiendo, no lo demostraba. Tiempo atrás,

un sabio de la India le había dicho: “No es valiente quien no teme, sino quien, temiendo, arrostra ese temor”. Dejó caer la mano y se alejó de ella.

—¿Por qué es usted así? —preguntó con pasión, y ya ni siquiera la auténtica vehemencia que usó, tan ajena a su carácter, lo irritó.

—¿Y por qué —objetó ella— es tan poco importante para usted que una mujer sufra una vejación horrible a manos de un desalmado?

Levantó de prisa la cabeza y la miró a los ojos. ¿Quién era Isaura Maguire? ¿Cómo había sido su vida? De pronto lo asaltó una necesidad bullente de conocerla hasta la saciedad; quería dominar todos los aspectos de su pasado, y los de su presente también.

—Le prometo que ningún mal caerá sobre la esclava mientras sea de mi propiedad. Le doy mi palabra de honor.

—Yo misma iré a buscarla —manifestó Melody—. Mañana la traeré aquí.

—Bien.

Blackraven volvió a admirar ese cabello que le cubría como un manto la espalda hasta la cintura. Rizado, abundante, pictórico de luz rojiza. Con la soltura que su temperamento despótico admitía, pensó: “Quiero ver esa gloriosa cabellera derramarse sobre el cuerpo desnudo de la señorita Isaura”.

Capítulo VI

Al atardecer, Servando se escabulló del matadero donde trabajaba y se encaminó hacia la zona del río. Si Bustillo lo pillaba, lo mandaría al cepo o le daría cien latigazos. El día anterior no habría barajado esa posibilidad, pues miss Melody no hubiese permitido que se ejerciera violencia sobre él, o sobre ningún otro. Pero con la llegada del amo Roger, la vida placentera transcurrida bajo la autoridad de la dulce institutriz cambiaría por completo. Toda clase de chismes corrían entre los esclavos, ninguno alentador.

Maldijo su cruda suerte, la que lo había arrancado del seno de su tribu y vomitado en esa condición de esclavo. Él, que había sido libre como el viento. En ocasiones, en su tierra, mientras perseguía a una presa, lanza en mano, había imaginado que sus pies se despegaban del suelo, su cuerpo se volvía liviano y volaba. Aquella sensación lo había vuelto invencible. Ningún animal escapaba de la certeza de su lanza. Su fama como cazador le había granjeado un nombre entre los de su tribu. Las mujeres lo admiraban, los hombres lo respetaban, los suyos se enorgullecían. Los dioses se regocijaban en él y lo colmaban de gracias y obsequios.

Un día los dioses lo abandonaron, el día en que, mientras se enjuagaba en un arroyo después de haber cazado un ñu de cola blanca, le cayó encima una red. Luchó en vano para quitársela. El grupo de cazadores, negros igual que él, lo redujo golpeándolo y dejándolo inconsciente. Volvió en sí en una carreta con varios en la misma condición. Llamó a gritos a los cazadores. Apareció un negro joven, costosamente ataviado con una falda de tela vaporosa y brillante identificable con cierta riqueza; el corte de piel de leopardo que le embellecía la cintura confirmaba esa presunción; llamaba la atención la cantidad de anillos y pulseras que lo adornaban, como también el hermoso collar de pelotitas blancuzcas que le llegaba hasta el ombligo. Afortunadamente, hablaba su lengua. Dijo llamarse Pangú. Servando se presentó con su verdadero nombre, Babá, y aclaró que era el cazador más importante de su tribu, por quien el rey pagaría un buen rescate. Pangú desestimó la oferta aduciendo que en la factoría le darían mucho más de lo que un reyezuelo a duras penas llegaría a juntar.

—Un hombre fuerte como tú —agregó— vale mucho por estos días. Soportarás el viaje sin problemas —vaticinó, y Babá no comprendió de qué le hablaba.

Tiempo después supo que a los hombres como Pangú se los denominaba *sobas*, quienes, a la par de portugueses y piratas, cazaban africanos para comerciarlos en los puertos negreros del Atlántico, en especial Azamor, Agadir, Santo Tomé, Whydah o cualquier otro del Golfo de Benín.

En la carreta, las mujeres y los niños lloraban, y los hombres lucían desolados. El viaje hasta alcanzar la costa, donde se asentaban las factorías en manos de europeos,

se convirtió en una pesadilla, preludio, en realidad, de lo que sobrevendría, una tortura que Babá aún se preguntaba cómo había soportado. Al llegar a la factoría, los hicieron bajar de las carretas, empujándolos y pinchándolos con palos que metían entre los adrales. Sus miembros, entumecidos después de varios días de permanecer en la misma postura, no respondían, y caían al suelo como muñecos de trapo. Hombres blancos, que les gritaban, los azotaban y arrastraban de donde se les ocurría asirlos, los tiraron dentro de la quibanga, una especie de corral construido con troncos, sin ventanas. Encima de la quibanga se hallaba la garita de los factores. Durante la noche hasta bien entrada la madrugada, los mantenía despiertos la vocinglera que surgía de sus comilonas que, a veces, a costa de alguna de las prisioneras, se convertían en orgías. Entonces, Babá se cubría las orejas y comenzaba a canturrear una vieja tonada de su tribu para amortiguar los gritos de la muchacha y los jadeos de los factores, y para acallar sus propias voces internas que se preguntaban: “¿Qué nos depara el destino?”.

El hacinamiento constituiría el común denominador de las distintas etapas que debería atravesar. Él, que había sido amo y señor de la sabana, ahora reducido a ese lugar nauseabundo y atestado de gente. Nadie hablaba su lengua, y tiempo después se enteró de que, por temor a las conspiraciones, dos hombres de la misma tribu o nación jamás compartían una quibanga.

Los alimentaban con el mismo potaje todos los días, vertido con grandes cucharones sobre sus manos extendidas entre los troncos del corral. A veces, muy caliente, los quemaba; entonces, lo arrojaban al suelo y lo comían como animales. En los primeros días, Babá se había negado a aceptar revoltijo tan asqueroso, cuyo solo aroma le provocaba arcadas. Lo tiraba al suelo con displicencia y otros lo devoraban. Con el correr de los días, cuando el estómago comenzó a rugir y la cabeza a darle vueltas a causa de la debilidad, terminó por engullirlo.

De tanto en tanto, el hedor de la quibanga se volvía insoportable hasta para los factores; entonces los encadenaban a unos con otros por el cuello y los tobillos y los hacían salir fuera urgiendo a los rezagados con sus látigos de cuero de hipopótamo. Limpiaban malamente y los devolvían al corral poco después. Día tras día se vio llegar a Pangú y a otros como él que, traicionando a su propia raza, cambiaban a cientos de mujeres, hombres y niños por telas, utensilios, joyas, tabaco y, sobre todo, alcohol. El odio, un sentimiento desconocido por Babá, se apoderaba de sus entrañas, volviéndolo incrédulo, desconfiado y poco solidario. Se daba cuenta de que, embrutecido como estaba, se volvía peor persona, sin intención de rectificarse, y se convencía de que, como en la sabana, se trataba de matar o morir.

Hasta que llegó el día del embarque. Los encadenaron como de costumbre y los arrastraron hacia la playa. Allí se encontró con el mar por primera vez. Aquella infinita extensión de agua de un color entre el verde y el azul le pareció la expresión

más soberbia de la libertad. Ahora que lo pensaba, la consideró una jugada irónica del destino que ese mar se hubiese convertido en el medio que lo llevó hacia la esclavitud.

Sus ojos se movieron atraídos por un hombre que, cubierto por largas vestiduras negras, asperjaba agua sobre ellos, salmodiaba palabras incomprensibles y les tocaba la frente con un óleo de buen aroma. En una extraña mezcla de lenguas africanas, un factor le explicó que, desde ese momento, se llamaría Servando. “Ahora vosotros sois hijos de Dios”, expresó el hombre de vestimenta extraña, y el factor tradujo. “Ahora vais a la tierra de los españoles donde aprenderéis las cosas de la fe. No os acordéis más de vuestra tierra ni comáis perros ni ratones ni caballos. Id de buena gana”. Se trataba del discurso *más* estúpido que Babá, o Servando, había escuchado.

Como el barco que los transportaría aguardaba a una milla de la costa, los condujeron hasta cubierta en lanchones. Las mujeres, incluso algunos hombres que también veían el mar por primera vez, sufrieron ataques de pánico y se negaron a subir. Con unas cachiporras cortas y macizas, los golpearon en la cabeza y los echaron dentro como sacos. Ya en cubierta, los obligaron a descender a la bodega, próxima a la sentina, en la que habrían cabido de no haber estado ocupada por sacos y cajas de madera que, tiempo más tarde supo, contenían abarrotos que los negreros contrabandearían en el puerto de Buenos Aires. Al cerrarse el escotillón, Servando pensó que se volvería a abrir para sacarlo muerto.

Al analizar en retrospectiva aquel viaje, Servando concluyó que la sed había sido el peor tormento por sobrellevar, seguido por el hambre, las enfermedades, el hedor y el hacinamiento, en ese orden. Los ubicaron prácticamente unos arriba de otros, en posición fetal, encadenados por el cuello y los tobillos, que se ulceraban y que por fin se gangrenaban. De noche los mordían las ratas, aportando fiebre bubónica a las otras enfermedades que los diezmaban. ¿Cuántos murieron? En algún momento Servando creyó que todos lo harían, de alguna fiebre o de banzo, una especie de suicidio lento causado por la melancolía; el miedo y la nostalgia los quebraban y, simplemente, se dejaban morir.

Una vez por día abrían la escotilla para darles el alimento —tan repugnante que echaban de menos el potaje de la factoría— y para sacar a los muertos y arrojarlos al mar. Con la misma frecuencia que en la quibanga, les ordenaban subir a cubierta para limpiar la sentina, donde desaguaban todos los imbornales del barco. Volvían a ver el sol y a respirar aire puro, aunque el hedor se impregnaba incluso en cubierta, como si la inmundicia se apoderase del velamen, las maderas, las vergas y obencaduras, arruinándolo todo, corrompiéndolo.

Poco tiempo después Servando descubrió que el mar no sólo era libre sino poderoso. Una noche, sacudió la nave como si se tratase de una hoja. Los gritos y lamentos que a diario resonaban en la sentina, recrudecieron hasta convertirse en

alaridos desesperados. Una mujer murió de miedo, el resto vomitó hasta deshidratarse. De algún modo, llegaron a destino, atracando primero en San Felipe de Montevideo y una semana más tarde en la Ensenada de Barragán, a catorce leguas al sur de Buenos Aires; sucedía que el puerto de esa ciudad era malo para fondear debido a su escasa profundidad y a los bancos de arena.

No evacuaron la nave inmediatamente. Pasaron días antes de que la papeleta se completara y el cirujano de la Junta de Sanidad los revisara y certificara la ausencia de epidemias. Servando intuía que, entre ellos, había pestes de todo tipo. Como al final consiguieron el papel con la anuencia del cirujano, él se preguntó si la entrega de una bolsita de cuero bien cargada se relacionaba de algún modo con ese rápido trámite.

El asiento negrero se ubicaba en la zona sur de Buenos Aires. Descalzos, medio desnudos, torturados por el frío y una llovizna de agua helada, marcharon encadenados por caminos legamosos. Iban cayendo, algunos muertos, otros inconscientes. Ahí dejaban a los muertos; a los otros, comprobado a golpes que no fingían, los amontonaban en una carreta. Varias horas más tarde, cruzaron un precario puente de madera que se elevaba sobre un río pequeño y de poco caudal para entrar en la propiedad de la Real Compañía de Filipinas, atestada de negros. El hambre y la sed apretaban, pero el cansancio y la debilidad los tumbaron. Servando se ubicó en un rincón y se durmió en el piso de tierra.

A la mañana siguiente les repartieron alimentos, una lonjas de carne seca que llamaban tasajo y un potaje color amarillo. Les dieron de beber un tazón con una infusión verdosa y desagradable. Horas más tarde, los condujeron al río, tan ancho que en realidad parecía el mar. Los obligaron a desnudarse y a meterse en el agua helada. Algunos se resistían y terminaban sumergidos a fuerza de garrotazos. A pesar del frío, Servando se zambulló de buen grado y se frotó la piel con una piedra buscando quitarse de encima el hedor que, creyó, se imprimiría para siempre en su piel. El agua tonificó sus músculos y le devolvió algo de energía.

De vuelta en la barraca, los empleados los ubicaron en hileras, mujeres por un lado, hombres por otro. El día anterior se habían llevado a los niños a otra locación, suscitando escenas desgarradoras cuando arrebataban a los pequeños del seno de sus madres. El hombre junto a Servando temblaba y castañeteaba los dientes, y tenía la mirada desvariada y vidriosa de los atacados por fiebre. Servando lo sostuvo para que no cayese. Al tomarlo, sintió el calor insalubre de su piel. “Pronto morirá”, se dijo, acostumbrado a ver esos cuadros en la sentina del barco. Un momento más tarde, lo acomodó en el suelo, sin vida.

Los empleados iniciaron el palmeo, la operación por la cual se medía al esclavo y se calificaba su condición para evaluarlos en pesos. Uno tomaba nota, mientras otros los medían con una varilla de madera y los revisaban. Se trató de un momento

denigrante, con los dedos sucios de los empleados hurgando en sus bocas, tocando sus genitales, abriendo sus glúteos.

Servando jamás olvidaría lo que vino a continuación. El carimbado, así lo llamaban: la marca a fuego que les recordaría para siempre su condición de siervos. Al colegir las intenciones de los empleados, que se aproximaban con hierros al rojo vivo, los negros comenzaron a inquietarse, a tratar de huir, a gritar finalmente. Hubo escenas de histeria y llanto. Pero nada detuvo el proceso. La marca de la Real Compañía de Filipinas quedó impresa en el omóplato de Servando para siempre. El dolor lo hizo tambalear y caer de rodillas. Hincado, la frente sobre el suelo, volvieron a marcarlo en el otro omóplato con el sello que indicaba que, por esa “pieza”, ya se habían pagado las tasas pertinentes. Mareado, a punto de devolver el poco alimento que había ingerido, Servando sintió que le arrojaban una sustancia oleosa sobre las marcas en carne viva. Las densas gotas resbalaron por su espalda y por su vientre formando charcos en torno a él. Como en un sueño, lo alcanzaban los alaridos y el llanto de las mujeres, carimbadas en la barraca contigua. Ah, cómo aborrecía a los blancos.

No a todos. A miss Melody la adoraba, no porque fuese la primera persona que le había mostrado algo de compasión sino porque lo consideraba un ser humano. El primer día en lo de Valdez e Inclán, miss Melody en persona, con la ayuda de la señorita Leonilda y del liberto Papá Justicia, les había tratado, a él y a Miora, las heridas, que no cicatrizaban y corrían riesgo de infectarse. Les pasó un ungüento que olía mal, pero que casi de inmediato les calmó el latido, y les dio a beber una infusión amarillenta y dulce que los hundió en un sueño reparador.

Con infinita paciencia, le enseñó a expresarse en castellano y a entender cuando le hablaban. “Eres muy inteligente”, lo alentaba. “Aprendes rápido”. Sabía por los esclavos más antiguos que, gracias a ella, se habían acabado los tormentos sufridos a manos de don Alcides y don Diogo, y que no sólo socorría a los negros de la casa sino a los de los vecinos. La benevolencia de miss Melody había sobrepasado los lindes de lo de Valdez e Inclán y alcanzado las salas más refinadas de la Merced, Monserrat y el Alto. Los negros que habitaban en los barrios del Mondongo y del Tambor, ambos ubicados a la vera del río, también habían escuchado pronunciar su nombre con reverencia.

Contaba el caso de la parda Francisca como ejemplo, la esclava personal de doña Clara Echenique, quien la golpeaba cuando la acometía un ataque de mal humor. Una tarde, la esclava dejó caer el mate sobre la alfombra de la sala, provocando un desquicio. Doña Clara la azotó hasta desmayarla. La mandó encadenar a la reja cancel del patio, donde la abandonó por días, en ayunas y sometida a las inclemencias del tiempo.

La negra Mariaba, cocinera en casa de los Echenique, se armó de coraje y, en vez

de ir al mercado, marchó a casa de Valdez e Inclán. Llamó por el portón de los coches y pidió hablar con miss Melody. “¡Qué bella es!”, pensó al verla, la palidez de su piel acentuada por el vestido negro, pues todavía guardaba luto por la muerte de su padre, Fidelis Maguire. “Es un ángel de negro”, se dijo, y el apodo la acompañó desde ese día.

Toda nerviosa, Mariaba no se expresaba correctamente, farfullaba y embrollaba la explicación. Miss Melody la interrumpió y le dijo:

—Llévame con Francisca.

—Es un buen momento, niña —aseguró la mujer, rumbo a lo de Echenique—. Los patrones han salido.

Al ver a la parda Francisca encadenada a la reja con aspecto de muerta, Melody corrió junto a la mujer y trató de volverla en sí.

—No te rindas —la conminó—. Te sacaremos de este sitio.

Mariaba y el resto de los esclavos nunca supieron adónde llevó miss Melody a Francisca. Al regresar, Clara comenzó a chillar y a restallar el látigo contra sus esclavos. Ninguno abrió la boca y se limitaron a asegurar que no habían visto ni oído nada. Clara pensó en ponerlos a todos en el cepo, pero su marido la disuadió. A los pocos días, un joven notario, el doctor Bruno Covarrubias, se presentó en casa de los Echenique con una demanda presentada contra Clara por maltratos a su esclava conocida como la parda Francisca. Meses más tarde, Clara fue destituida de la propiedad de Francisca, que terminó empleada en el Cabildo como doméstica.

Miss Melody le pidió a Servando que le describiera su experiencia en la Real Compañía de Filipinas; mostraba especial interés en conocer la distribución de las edificaciones, dónde se hallaba la oficina de administración, donde los asientos y depósitos. Un tema trajo a otro, y Servando terminó contándole su amarga experiencia, desde el momento en que Pangú lo cazó hasta el día de la almoneda, cuando don Diogo pagó un precio exorbitante por él. En tanto el relato avanzaba, los ojos de miss Melody se arrasaban, y el brillo de las lágrimas los volvía muy turquesa.

—Ahora soy menos que un animal —dijo Servando, con la voz quebrada.

Melody lo abrazó y él se puso tenso. Nadie lo había tocado últimamente, salvo para asestarle un golpe o pegarle en las manos con la férula porque había cometido un error. Que miss Melody, esa señorita tan blanca y hermosa, que siempre olía de maravilla, lo abrazara, a él, un negro achurador, lo incomodó sobremanera. Melody siguió abrazada a él y, llorando, le dijo al oído:

—Babá, querido Babá, lo siento. Siento tanto lo que los míos te han hecho, a ti y a tantos de los tuyos. Escúchame bien —pronunció—: tú no eres un animal. Eres un hombre magnífico. Nunca lo olvides.

Recordar las palabras de miss Melody lo conmovía. Ella le había devuelto la dignidad. Si para miss Melody, esa criatura perfecta, él todavía era un hombre,

entonces debía de ser cierto. Y por ella se arriesgaba y abandonaba el matadero a esa hora del crepúsculo; sabía lo inquieta que se encontraba por conocer la suerte del joven Tomás y de Pablo. Corrió el último trecho hasta la zona de los troperos. De lejos, cerca de la orilla, divisó a las lavanderas, que recogían las sábanas extendidas sobre piedras y las acomodaban en las bateas. Sus hijos alborotaban en torno, espantando a los pájaros y haciendo cabrillas en la superficie del río. Se preguntó si habrían bebido su tazón de leche; se cotilleaba que el patrón, enfadado con miss Melody, lo había prohibido.

Los troperos conocían a Servando y lo saludaron. Al igual que los esclavos, esos hombres formaban una casta de parias. Llegaban del interior del virreinato, desde Mendoza, Córdoba y Tucumán, algunos del Alto Perú, con sus carretes llenos de mercaderías que entregaban a los ávidos comerciantes porteños. Para no volver con los vehículos vacíos, ofrecían sus servicios de transportistas en especial a los dueños de curtiembres y saladeros. En ocasiones, pasaban meses hasta que conseguían un encargo, por lo que desarmaban las carretes para usarlas como tolderías. Había muchos troperos y poco trabajo.

Años atrás, en 1783, el virrey Vértiz les había prohibido la entrada a Buenos Aires aduciendo que, con sus pesadas carretes de ruedas enormes, hollaban las calzadas, volviéndolas aún más intransitables. Se les destinó un área en la zona norte de la ciudad, despoblada a excepción de algunas quintas y del convento de los padres Recoletos; allí estacionaban y se echaban a esperar una carga para hacer el camino de regreso. Los vecinos los despreciaban, los llamaban vagos, ladrones y mal entretenidos. Los acusaban de encubrir a delincuentes y ocultar a esclavos cimarrones, los que huían de sus amos. Les recriminaban que, a causa de su molesta presencia, se había desbaratado el proyecto de extender la Alameda hasta esos parajes del Retiro.

El joven Tomás y Pablo además de troperos eran changadores, esto es, comerciantes que, en la campaña, intermediaban en la compra y venta de ganado. Los changadores no gozaban de buena reputación y se decía que, en general, vendían ganado robado.

Tomás vio acercarse a Servando y lo llamó. Junto a Pablo y otros, mateaba y se entretenía con una baraja, a pesar de que los juegos de ese tipo estaban prohibidos. Servando se sentó en el suelo y aceptó el mate que un tropero le ofreció.

—He venido porque miss Melody está loca de la angustia por usted, don Tomás.

—¿Ella está bien? —se interesó Pablo, ocultando la ansiedad detrás de los naipes.

—Sí, bien —aclaró Servando, estudiándole el perfil—. Me dijo que la salvó Fuoco, que corre tan ligerito. De no ser por ese pingazo que tiene... ¡Ay, no quiero ni pensar!

—Y de no ser por ella, que es tan magnífica jineta —agregó Pablo.

—Vamos —ordenó Tomás, cortando el juego.

Pablo y Servando lo siguieron. Hasta el momento no habían expresado nada comprometedor. Lo que hablarían a continuación, en cambio, requería absoluta privacidad. Hacía tiempo que se gestaba un alzamiento de esclavos en el que Pablo y Tomás se habían involucrado, en parte por convicciones morales y en parte por aprietos económicos. Ambos se oponían a la esclavitud, tal como Fidelis Maguire les había enseñado, y no sólo pensaban en la de los negros sino en la que el yugo español les imponía a los nacidos en el Río de la Plata. Por otra parte, durante el ataque a los asientos negreros, se harían con la mercadería de contrabando y la revenderían en el interior, sacando buenas ganancias. Desde un punto de vista ideológico, el golpe que asestarían buscaba sacudir a la sociedad, amenazarla, extorsionarla, conseguir a fuerza de violencia lo que no lograrían de otro modo: un trato más humano para los esclavos y ¿por qué no? La abolición de la esclavitud. El desgaste del corrupto gobierno español y el impulso de las ideas de independencia contaban entre sus objetivos. El miedo se convertiría en el arma de persuasión más eficaz. El ataque, la noche anterior, en el que se habían robado los carimbos de la Real Compañía de Filipinas, constituía el prelude.

—Se ha decidido —habló Tomás— que Álzaga, Sarratea y Basavilbaso, los principales negreros de Buenos Aires, deben morir.

Servando asintió reflexivamente. Hacía tiempo que su espíritu clamaba por venganza. La posibilidad de echar el dogal al cuello de quienes medraban a costa de los suyos de ese lado del océano le pareció una buena forma de comenzar su plan. No cejaría hasta destruir cada eslabón de la siniestra cadena del comercio negrero, desandaría el camino y regresaría al África. Pangú sería su última víctima. Aunque en esta maldita tierra llamada Buenos Aires había conocido a alguien que le tenía amarrado el corazón, no se distraería. Un buen cazador jamás reposaba en la persecución de su presa. Sólo con el animal muerto, destripado y desollado, volvía su atención a cuestiones más agradables. Él no se apartaría de esa máxima.

—Me huelen mal estas conspiraciones —declaró Pablo—. Demasiada gente inmiscuida. Se torna incontrolable y nunca faltan los traidores.

—Se requiere de muchos hombres —justificó Tomás—. El golpe será ambicioso. Ya sabes, serán tres grupos los que entren en los asientos de los negreros, los saquen fuera y los conduzcan al barrio del Tambor, mientras otros tantos saquean los almacenes de los asientos.

—Dice miss Melody —comentó Servando— que, en el ataque de anoche, los guardias estaban avisados de sus intenciones. Que escaparon de purito milagro.

—Puede ser —coincidió Tomás—, pero no podemos afirmarlo con certeza.

—Sí, escapamos de purito milagro —repitió Pablo, pero antes nos dimos el gusto de vaciar una de las barracas y prenderle fuego. Los pocos negros que había huyeron

por el Bajo.

—Miss Melody no me contó eso —se extrañó Servando.

—Ella no lo sabe —repuso Tomás—. No lo habría permitido.

—Disculpe, don Tomás —dijo el esclavo—, si me pongo atrevido, pero no me sabe bien que miss Melody ande en correrías con ustedes.

—No le diremos acerca de nuestros próximos golpes —admitió Pablo—. Además, como dijo Tomás, no los admitiría. Para ella, una cosa es robar los carimbos y otra muy distinta matar a esos hijos de puta. Es una hembra de corazón muy blando.

Llegó Papá Justicia, inclinado sobre el bastón de hechicero que jamás abandonaba, emperifollado con ropas elegantes aunque andrajosas y una chistera apolillada, que, paradójicamente, lo revestían de un aura de dignidad. Años atrás, todavía joven, había conseguido que su dueño lo manumitiera. Se murmuraba que don Eustaquio había firmado los papeles dominado por un embrujo que Papá Justicia nunca se avino a revertir, pues, hasta su muerte, el hombre siguió cometiendo torpezas, como liberar al resto de sus esclavos y casarse con una tercerona que le dio varios hijos. El hechizo de don Eustaquio sirvió para convertir a Papá Justicia en el brujo y curandero más célebre de la ciudad; incluso algunos le atribuían fama de talentoso zahorí. Hombre de varios mundos, en todos se movía cómodamente, con la soltura devenida del miedo, y por ende del respeto, que, por igual, les inspiraba a ricos y a pobres. A las puertas de su casa, en el barrio del Mondongo, siempre había un grupo de gente aguardando ser atendido. Le consultaban por el futuro, enfermedades, amores contrariados, fertilidad y embarazos, personas desaparecidas, maridos y esposas infieles. De noche, embozadas y a riesgo de perder la vida, las matronas se deslizaban por las calles hasta la caótica habitación de espeso aroma donde Justicia ejercía el oficio de curandero. Se afirmaba que, vendiendo brebajes y practicando conjuros, se había vuelto rico. Por demás contaban las sumas que obtenía como informante.

Tiempo atrás, Papá Justicia había escuchado con atención a la jovencita pálida y de grandes ojos color turquesa que, con pasión, le decía:

—No entiendo qué ha impedido que vosotros os organicéis y os volváis en contra de aquéllos que os oprimen. ¡Sois tantos! A veces pienso que hay más africanos que españoles y criollos en estas tierras.

Papá Justicia reparó en que miss Melody no los llamó “esclavos” ni “negros” sino “africanos”. La palabra “africano” brotaba de sus labios con naturalidad.

—Si conozco un poco a la gente de mi tierra —contestó el hechicero—, afirmo que se debe a que, incluso aquí, en este sitio lejano y opresor, continúan existiendo las diferencias tribales que nos mantenían desunidos en África. Temo que no será fácil que se organicen en medio de tanta discordia. Sería casi imposible hacerlos poner de acuerdo en nombrar al jefe de la revuelta.

Papá Justicia entendió que miss Melody prefiriera no insistir con ese tema. Exaltar a aquellas gentes, que en ocasiones le parecían como niños, desembocaría en una contienda despareja que de seguro perderían, por mucho que superaran en número a los blancos. Mal alimentados y desarmados, los esclavos conformarían un ejército lastimoso. La invadió una gran desazón al comprender que limitarse a mejorar las condiciones de vida de los africanos en el Río de la Plata era lo más sensato. Debía evitarse una masacre inútil. Había que esperar. Bruno Covarrubias le daba esperanzas al contarle acerca de las ideas que, poco a poco, comenzaban a ganar un lugar entre los filósofos y los políticos europeos: la esclavitud debía terminar.

—Buenas noches —saludó Papá Justicia, y levantó apenas la chistera.

Pablo le indicó que se acomodara a su lado y le convidó un mate.

—¿Cómo están miss Melody y el niño Jimmy, Servando? —se interesó el viejo hechicero—. Me enteré de que llegó el amo Roger.

—Ellos están bien, Papá. Y sí, ha llegado el patroncito nomás. Grandote y con cara de malo, tal como usted me dijo.

Tomás escupió a un lado e insultó.

—Vamos, muchacho —terció Papá Justicia—, no te ofusques. El hombre es muy rico y poderoso. Podría ser de utilidad.

—Antes de pedir ayuda a un inglés me vendo al mismísimo Satanás.

—¡Calla! —se enojó el viejo—. No llames al maligno. Es de mal agüero —y cerró los ojos para mascullar una letanía en voz baja y lengua incomprensible.

Aleccionados por las ideas revolucionarias que llegaban desde Europa, Papá Justicia, Tomás y Pablo eran los cerebros de la conjura, y de inmediato se zambulleron en una larga polémica acerca de la mejor manera de obtener armas, entrenar a los esclavos y organizar los grupos de ataque. Servando escuchaba extasiado, sofrenando a duras penas una energía postergada que pronto encontraría la salida hacia la venganza.

Se despidió momentos más tarde y caminó a tranco rápido tomando la propiedad de Altolaguirre como atajo. Escuchó el crujido de la hierba y se acurrucó bajo un seto. Alguien pasó a su lado, descalzo y con los pantalones desflecados a la altura de las rodillas. Un mal presentimiento lo llevó a seguirlo. El modo de caminar, con la cabeza echada hacia delante, los brazos zangoloteando y las piernas torcidas, le hizo sospechar su identidad. Cerca del campamento de troperos, la luz anaranjada que proyectaban las hogueras le coloreó el rostro. Como había imaginado, era Sabas, el hijo de Cunegunda. El corazón le latió velozmente impulsado por la ira al ver con qué familiaridad saludaba a Tomás, a Pablo, incluso a Papá Justicia.

Capítulo VII

Al entrar en la sala del piano, Melody se dio cuenta de que era la primera. Vaciló en el umbral, esperando que Blackraven advirtiera su presencia y la invitara a pasar. Leía absorto, sentado en un taburete demasiado pequeño para su cuerpo, con un tobillo en la rodilla contraria, mientras se inclinaba sobre el periódico. Un ceño le arrugaba la frente, profundizando y oscureciendo la unión de las cejas. No deseaba quedarse a solas con él, no después del lamentable episodio en el establo. Se preguntó dónde estarían los niños; se suponía que los encontraría allí. Sansón levantó la cabeza y gruñó.

—Tranquilo, Sansón —ordenó Blackraven—. Señorita Isaura, no se vaya. Pase, por favor.

Dejó el periódico sobre el piano y caminó hacia ella con la mano extendida. No quería tocarlo, no se acostumbraba entre los porteños, además la notaría fría y húmeda. No tuvo opción y le ofreció la mano a su vez. Blackraven la tomó por la punta de los dedos y la condujo cerca del sillón, donde le indicó que se sentase.

—¿Toma usted algo? —preguntó—. Siloé, como siempre, me da gusto y ha preparado una sabrosa ratafía de cerezas y un rosoli. ¿Prefiere otra cosa?

—Un poco de ratafía estará bien.

—Buena elección. Yo mismo tomaré un poco —y giró para servir la bebida.

Melody advirtió que, a diferencia de don Alcides, que siempre llevaba una peluca empolvada, Blackraven iba con la cabeza descubierta, el pelo largo, ondulado y negro recogido a la altura de la nuca en una coleta. Le observó la espalda y los hombros, macizos y turgentes, que se destacaban bajo la camisa de cotonía blanca, que parecía irle chica. Hacía calor, por eso no vestía la chaqueta, que descansaba sobre el respaldo de una silla. Su espalda se estrechaba en la cintura, y Melody se ruborizó al darse cuenta de que estaba mirándole la cola, pequeña y firme. Se quedó prendada del juego de sus glúteos que se marcaban en la pana de los ajustados pantalones cuando él movía el peso de una pierna a otra. Blackraven se acercó con las copas, y Melody pensó: “¡Qué apuesto es!”, declaración que la perturbó pues era la primera vez que un hombre le inspiraba ese pensamiento. Al principio, no había reparado en su atractivo, sólo en la firmeza de sus rasgos y en la oscuridad de su mirada, a pesar del magnífico azul de sus ojos. “Ojos de azul negro”, se dijo.

—Usted y yo hemos empezado de mala manera, ¿verdad? —pronunció con soltura, y le entregó la bebida.

Melody no contestó. Bajó la vista y sorbió apenas para no hacer ruido al tragar. Blackraven se ubicó frente a ella y la contempló con determinación. La joven insistía en eludirlo y apenas se mojaba los labios con la ratafía.

—Le pido que me perdone por el exabrupto de esta tarde.

—No lo justifico —manifestó Melody—, pero admito que tenía motivos para irritarse conmigo.

A Blackraven comenzaba a fascinarlo esa voz, que, al bajar algunos tonos, se volvía oscura y profunda, misteriosa.

—He ordenado a Siloé que reparta diariamente un vaso de leche a cada crío de las lavanderas, pero fuera de la propiedad.

Melody levantó la vista. Él también le sostuvo la mirada, y el momento pareció detenerse.

—Gracias —expresó, un segundo después.

En general, las mujeres hermosas lo excitaban, atizando su lado salvaje y primitivo. La belleza de esa muchacha, en cambio, lo sorprendía, lo dejaba callado. Al estudiarla, sus pulsaciones se apaciguaban y la piel se le erizaba, como si las puntas de esos cabellos rojizos le acariciaran el torso, la esponjosidad de sus labios le descansara sobre los ojos o, con los dedos, le recorriera la espalda.

—Ha hecho un gran trabajo con este sitio —concedió Blackraven—. Hoy he visitado la propiedad y se aprecia la mano de alguien avezado. Me decía que fue su padre quien le enseñó, ¿verdad?

Melody asintió. Jimmy y Víctor entraron corriendo, y Blackraven sujetó a Sansón por el lomo.

—James, no corras —lo amonestó Melody, y Roger notó la agitación del niño—. Ven, siéntate aquí. Vamos, respira profundamente. Huele esto —y le acercó una lata que despedía un fuerte aroma a alcanfor; resultaba obvio que siempre la llevaba a mano—. ¿Quieres un poco del tónico de Papá Justicia? —Jimmy sacudió la cabeza—. Te sentirás mejor en un momento.

Le despejó la frente y lo besó. Blackraven contuvo el aliento, su mirada concentrada en los labios carnosos que se aplastaban en la frente del niño, en los párpados que caían lentamente y en las rizadas pestañas oscuras que descansaban sobre la piel diáfana. Lo alcanzó una sensación cálida, envolvente, nueva para él. La ternura de aquel gesto lo precipitó en un vacío al que prefería dar la espalda. Jimmy lo observaba; él, incómodo, se movió hacia Víctor.

—Perdón, miss Melody —dijo el niño, compungido—. Por mi culpa, Jimmy ha corrido. Ya no volveré a correr.

—No es tu culpa, tesoro —lo consoló Melody—. Jimmy sabe que no debe correr. Y tú puedes hacerlo cuando desees.

Como por ensalmo, la carita de Víctor se iluminó. Melody extendió una mano y le acarició la mejilla. A ese punto, Blackraven se dijo: “Isaura Maguire hace lo que quiere, lo que juzga apropiado, en cualquier circunstancia. Habla y procede de igual manera frente a un mendigo o a un rey. Para ella, la importancia de una persona es independiente del rango social”. Ésa era una cualidad; de hecho, a él lo fastidiaban

los que cambiaban de acuerdo con las circunstancias. Su constante apreciación de la joven le provocó un sentimiento de presagio que no le gustó pues, de algún modo, intuyó que se relacionaba con pérdida de poder y sumisión.

—Permíteme ver eso —habló de inmediato para dejar de pensar en ella—. ¿Es éste el barco del que me hablabais momentos atrás?

—Sí, señor —replicó Víctor, y le alcanzó la nave construida a escala—. Me la regaló miss Melody para Navidad.

—Se trata de una fragata —aseguró, mirando la artesanía desde diferentes ángulos.

Melody advirtió, complacida, que Víctor perdía la timidez y se atrevía a preguntar a su padrino el nombre de las velas, los correajes y las distintas partes de la embarcación. Jimmy se movió de su lado para unirse a la clase de náutica.

—¿Es cierto —preguntó Víctor— que vuestra merced participó en la batalla de Trafalgar junto al almirante Nelson? —Blackraven asintió sin apartar su interés del barco, que seguía girando en sus manos bajo un atento escrutinio—. Cuéntenos, señor, por favor, cómo vencieron a los españoles y a los franceses.

La llegada de las señoritas Béatrice y Leonilda impidió que se desarrollara la crónica. Casi de inmediato se anunció la cena. Blackraven se puso la chaqueta, ofreció el brazo a su prima y pasaron al comedor seguidos por el resto. La señorita Leonilda lucía enferma de angustia. Melody le apretó la mano y le sonrió.

—Gracias —susurró la mujer.

En sus treinta y siete años, nadie le había mostrado afecto, ni con palabras ni con gestos. Miss Melody lo hacía con naturalidad y ella se permitía pensar que al menos a una persona le preocupaba su bienestar.

Melody se sentía fuera de sitio en la mesa de quien, ese mismo día, la había tomado por el cuello para acogotarla. En cuanto a los demás, a medida que se habituaban a la rotunda presencia de Blackraven, gozaban de la velada. Hablaban Béatrice y él; los demás respondían cuando el dueño de casa les dirigía una pregunta en particular.

Al mirar a su alrededor, Blackraven contuvo una sonrisa divertida. Niños y mujeres. “¡Qué entorno tan infrecuente!”, se dijo, pues si bien estaba acostumbrado a la compañía de las mujeres, éstas, en general, no abandonaban el perímetro de su cama.

—¿No comes, querida? —se preocupó Béatrice al ver el plato de Melody prácticamente intacto.

—¿No es de su agrado la comida? —quiso saber Blackraven, y cierta picardía que despuntaba en sus ojos y en las comisuras de sus labios la fastidió.

—La comida es exquisita, pero esta noche no tengo apetito.

—Estás tan callada, querida —comentó Béatrice—. ¿Te sientes bien? —y

enseguida concluyó que la pesadumbre de miss Melody se debía a verse obligada a compartir la mesa con un inglés.

Se habló de la tertulia que se daría en el Retiro, de los preparativos y de los invitados.

—No es el mejor momento —insistió Béatrice—. Aún no comienza la temporada. Pero, ¿quién rechazaría una invitación del conde de Stoneville? —agregó con una sonrisa en dirección a su primo.

Blackraven se dio cuenta de que Víctor y Jimmy alimentaban a Sansón por debajo de la mesa con bocados de carne y, más tarde, con pedazos de budín. Y también cayó en la cuenta de que miss Melody se había percatado de la situación y no los regañaba. Sus miradas se cruzaron, y Melody no lo eludió. Lo desafiaba, como lo había hecho esa mañana y esa tarde. “Y bien”, pensó él, “al menos de este modo los niños harán migas con Sansón. Ya estoy cansado de sujetarlo del collar cada vez que alguien se acerca”.

Melody se disculpó, dijo que no bebería café y pidió permiso para retirarse a descansar.

—Vamos, niños, es tarde ya.

Blackraven se puso de pie y le solicitó unas palabras en privado. Le indicó el camino a su escritorio, y Melody marchó delante de él. “Es alta”, pensó Blackraven, concentrado en el movimiento de sus caderas. La simpleza del atavío no la opacaba. La falda, sin tantas enaguas y carente de basquiña, se le pegaba al cuerpo, marcándole la silueta, más bien redondeada. No era enjuta como imponía la moda parisina, y meditó que en la corte de la emperatriz Josefina, donde una mujer nunca era demasiado delgada, se la habría juzgado como “entrada en carnes”. Blackraven imaginó la generosidad de su cuerpo saludable y joven, las piernas bien formadas, las nalgas blancas y mullidas, el vientre apenas abultado, y el ombligo, y los pechos, y sus dedos enterrados en esa carne. ¿De qué color sería el triángulo entre sus piernas? Sintió la presión contra los pantalones, que quedó oculta bajo la chaqueta.

En el escritorio, le indicó que tomara asiento. Le ofreció un poco de rosoli, a lo que Melody se negó. Él se sirvió un brandy. Melody estudió la habitación por primera vez ya que había permanecido cerrada todo ese tiempo, y Bustillo aseguraba que sólo el patrón o su ayudante Somar tenían la llave. “Se trata del sanctasanctorum de su excelencia”, lo había justificado la señorita Béatrice.

La decoración no se asemejaba a nada que Melody conociera. Los muros, revestidos de paneles de madera oscura, presentaban gran cantidad de marinas y retratos, con marcos dorados a la hoja. Detrás del escritorio, sobre la pared, se destacaba una panoplia con mosquetes, pistolas y armas de esgrima; hacia el costado, le llamó la atención un escudo de armas, con un águila bicéfala en relieve y una leyenda en latín al pie; le gustaron los colores predominantes, el azul y el plata, y se

preguntó si pertenecerían a la casa de Guermeaux.

Ésa debía de ser una estufa a leña, un *fireplace*, como la llamaba su padre. Eran comunes en los países europeos, pero no en el Río de la Plata. Había un chispero de bronce delante para proteger la costosa alfombra de Tabriz, y el morillo de hierro no tenía leña; un conjunto de instrumentos para atizar y retirar las cenizas completaban los enseres. El sillón de tres cuerpos, forrado en cuero verde, con botones en el respaldo y en los almohadones, miraba hacia la estufa, dando al ambiente una nota de calidez. La puerta al costado de la enorme biblioteca, apenas entornada, permitía vislumbrar una inusual mesa, de aspecto macizo, con patas cortas, y cubierta por un paño verde donde reposaban bolas de colores y dos bastones de madera que se afinaban hacia la punta.

Blackraven se sentó frente a ella, vaso en mano, y le ordenó:

—Dígame cuánto le costó el barco en escala de mi ahijado. Adicionaré su valor al jornal que cobra semanalmente.

—Fue un regalo —se ofendió Melody.

—Y seguirá siéndolo.

—Dejaría de serlo si usted me entregase la suma que pagué por él.

—Es una excelente miniatura. Debió de costarle una fortuna. Dígame cuánto. Víctor jamás sabrá que le di esa cantidad.

—No acostumbro engañar a los que quiero.

—Es usted la mujer más obstinada con la cual me ha tocado lidiar.

—Lo lamento —expresó Melody—, pero no aceptaré su dinero.

Blackraven lanzó un soplido. Le pidió que le contara acerca de los avances de Víctor y le preguntó sobre las posibilidades de que en un futuro pudiera asistir a la universidad. Melody se explayó en su parecer, gratificada de que Blackraven se mostrara interesado en el porvenir del niño. Íntimamente, antes de conocerlo, lo había despreciado, no sólo por inglés, sino por el desapego al que condenaba a Víctor, que lo consideraba como a un padre.

—Víctor lo ama profundamente, señor Blackraven. —La confesión lo tomó desprevenido y no supo qué decir—. Lo echa de menos y vive triste a causa de su ausencia. Eso no es bueno para él.

—Lo que no es bueno —pronunció Blackraven, refugiándose en la ira para mantener intacto su orgullo— es que usted lo llene de arrumacos inútiles que sólo conseguirán malograrlo. Lo harán débil y melindroso. Y yo quiero un hombre. Después de todo, ¿qué sabe usted de la educación de un niño?

—Sé que un niño necesita del amor para crecer sano y fuerte tanto como necesita de los alimentos.

Le chocó la palabra “amor”, no formaba parte de su vocabulario, las circunstancias la habían erradicado de su corazón. Existió mi tiempo en el que se

sintió amado, y las caricias de su madre lo hicieron feliz. La vida se ocupó de endurecerlo, mostrándole que un hombre, para triunfar, debía prescindir de las ideas románticas al igual que de los principios y de la moral.

—¡Amor! —se mofó—. ¡Puras necedades! Lo que Víctor necesita es una mano férrea que lo guíe y muchas horas de estudio.

—Las necedades son las que usted expresa tan pagado de sí, señor. Por supuesto que Víctor necesita una mano férrea que lo guíe y muchas horas de estudio. Pero para convertirlo en un caballero de corazón noble hay que enseñarle a amar y a respetar a sus semejantes, en especial a los más débiles.

—¿A los esclavos, por ejemplo?

—Por ejemplo —admitió Melody.

—No estoy de acuerdo con sus métodos, señorita Isaura. No los quiero para mi ahijado.

Melody se puso de pie y Blackraven la imitó.

—Usted, señor, no debería juzgar *mis* métodos con tanta prisa. Sepa que cuando me hice cargo de Víctor, él era un niño enfermizo, medroso, que lloriqueaba ante la menor dificultad y se mantenía oculto la mayor parte del día por temor a los demás; le aterraba salir a la calle. Y he olvidado mencionar los frecuentes ataques que sufría. Ahora, en cambio, tiene aspecto saludable, come con fruición, ríe a menudo, ha hecho grandes avances en sus estudios y cada vez se muestra más osado, hasta quiere aprender a montar. ¿No reparó en que se atrevió a dirigirle la palabra para preguntarle sobre la fragata y sobre esa batalla? ¿A usted, a quien más ama y teme en este mundo? Entonces, señor Blackraven, en vista de los resultados, sostengo que *mis* métodos no son perjudiciales para mi pupilo. Seguiré demostrándole afecto y seguiré enseñándole que lo demuestre a los demás, en especial a los débiles. Si no está de acuerdo, entonces, despídame.

En menos de doce horas, esa jovencita de veintiún años lo había dejado boquiabierto tres veces. Lo aceptaba: en ese momento se dirimía con un igual. Isaura Maguire constituía una extraña rareza: era una mujer inteligente y de principios. Volvió a dominarlo ese impulso casi violento que se debatía entre el deseo físico que ella le provocaba y el deseo de subyugarla mental y emocionalmente. Sobre todo eso, quería que ella lo admirara como las demás.

—Tome —dijo Blackraven, y le entregó las cartas de Angelita—. Son de la menor de Valdez e Inclán. Una es para la señorita Leonilda. —Melody tomó los sobres sin pronunciar palabra—. Prefiero que usted se la entregue, pues a mí parece temerme como a una alimaña salvaje.

—Qué temor tan infundado —se mofó Melody, y Blackraven le clavó la vista, perplejo.

—Mañana —pronunció con firmeza—, antes del mediodía, quiero a mi esclava

de vuelta. Ahora retírese.

—Buenas noches —dijo Melody, y abandonó el escritorio.

Somar se cruzó en el corredor con la nueva institutriz y los niños. La saludó con un movimiento de cabeza y ella le respondió de igual manera. Al entrar en el despacho de Blackraven, se sorprendió al encontrarlo en el sofá, con los codos sobre las rodillas y las manos en la cara.

—Acabo de cruzarme con la institutriz de Víctor —manifestó—. Tiene una mirada arrogante y es muy bonita.

—Arrogante es, ciertamente. Me ha sacado de mis casillas tres veces desde que nos conocimos. Y eso fue sólo esta mañana.

Somar se dio vuelta para ocultar una sonrisa al tiempo que meditaba: “Será un cambio saludable que alguna te dé calabazas”. Blackraven se sirvió otro brandy. Había bebido demasiado, pero no le importaba.

—¿Un trago?

—No, gracias —dijo Somar.

—¿Dónde está Sansón? —preguntó, irritado, mientras echaba un vistazo en torno.

—Seguía a miss Melody y a los niños por el corredor. Parecía disfrutar de la compañía de sus nuevos amigos.

—Perro idiota. Lo arruinará a él también. ¿Has estado con Luis?

—Acabo de verlo —confirmó Somar—. Dice hallarse muy a gusto en “Los Tres Reyes” y que la comida es respetable. Asegura haber dormido en zahúrdas que convertirían esa posada en un palacio real. Es un gran muchacho, siempre de buen talante, le gusta ver el mejor lado aun de las peores situaciones.

—¿Milton quedó de guardia? —Blackraven hablaba de uno de sus marineros, el más rápido con el cuchillo.

—Así es, en la habitación contigua. La puerta que conecta ambas recámaras permanece abierta día y noche. A pesar del calor, ordené que mantuvieran las ventanas cerradas. Shackle —otro de los marineros de Blackraven— lo reemplazará por la mañana.

—¿Concertaste las entrevistas con O’Maley y con Zorrilla?

—Mañana por la noche, a la misma hora, en los lugares de siempre. —Blackraven asintió con aire ausente—. ¿Ya viste a Papá Justicia?

—No aún. En un momento lo veré en el cuarto patio. Me apremia hablar con él. Siempre tiene información suculenta.

Dejó el vaso sobre la bandeja, se mesó el cabello y se acomodó la camisa dentro del pantalón.

—Verifica que todas las puertas y ventanas estén cerradas —le ordenó a Somar, mientras se calzaba la chaqueta y empuñaba su estoque—, después márchate a descansar.

—¿Algo en especial para mañana?

—Quiero que te quedes aquí, en el Retiro. Me ausentaré gran parte del día y no confío en Bustillo para verificar que todo marche de acuerdo con mis órdenes.

—Oh, pero está miss Melody —bromeó el turco.

Cinco años atrás, Roger Blackraven había fundado en Londres una sociedad secreta, *The Southern Secret League*, la Liga Secreta del Sur, y, acompañado por los aristócratas y burgueses más poderosos de Gran Bretaña, se disponía a dominar el hemisferio sur del planeta, en su opinión, el más fecundo en recursos naturales, base de la pujante industria inglesa. El imperio económico que había construido tras años de intenso trabajo y la influencia política derivada de dicho poderío y del título de duque asociado a su nombre, lo volvían osado, capaz de emprender cualquier desafío, incluso uno tan complejo como el de gobernar tras bambalinas la mitad del mundo.

A diferencia del sistema colonial, que desplegaba una fuerza militar en la zona de interés, Blackraven se proponía una dominación sutil, casi imperceptible por parte del vulgo, apoyada por un minúsculo grupo nativo, una élite de hombres preclaros con poco poder económico, que adhiriesen a los propósitos de la liga y que, al mismo tiempo, como consecuencia de dicha adhesión, se volvieran ricos.

En general, le interesaban grandes regiones pobremente desarrolladas que, en la mayoría de los casos, ni siquiera conocían la opulencia natural que poseían. Por ejemplo, la América del Sur presentaba vastísimas extensiones de terreno ideal para la explotación ganadera, en tanto la región de los Andes escondía minas de incalculable riqueza; no había que soslayar la zona del Paraguay, donde proliferaban árboles de maderas duras y nobles que a diario probaban su utilidad en la construcción de barcos.

Estas regiones del hemisferio sur se hallaban por lo general bajo el ala de países europeos, otras, sumidas en condiciones cercanas al primitivismo; no resultaría difícil convertirlas en países en apariencia soberanos desde un punto de vista político, aunque dependientes en lo económico y financiero. Guiado por la que él consideraba la obra sublime en materia de estrategia y política, *El Príncipe* de Maquiavelo, pergeñaba con meticulosidad los movimientos que realizaría para poner en marcha lo que algunos menos visionarios juzgarían “una quimera”.

Para el mejor logro del proyecto, los miembros de la liga se habían dividido en cinco grupos en función de las áreas por dominar. Cada grupo contaba con un primer oficial al que reportaban, pero, en definitiva, las decisiones finales las tomaba el consejo de la liga constituido por los seis hombres más importantes, entre los cuales Roger Blackraven ostentaba el título de “gran maestro”. Además, era el primer oficial de su grupo, el que se ocupaba de América del Sur, Central y México.

Su obsesión por la planificación lo llevaba a revisar una y otra vez los pasos por seguir como también a convertirse en un tirano de sus compañeros de liga. La

empresa exigía la dedicación más atenta, la compenetración más profunda, el conocimiento más extenso, la mente en ebullición buscando los posibles puntos de fuga por donde pudiera escurrirse el plan. Blackraven repetía como un lema: “Años de planificación, pocas horas de eficaz ejecución”. El secreto del éxito se basaba en el conocimiento acabado de la región y de la sociedad por dominar. Todo contaba: los aspectos históricos, sociales, religiosos, geográficos, políticos y económicos. En este marco, la información y los informantes constituían el bien más valioso. Él sabía, por ejemplo, que la antipatía por los peninsulares en el Río de la Plata se acentuaba en la medida del creciente número de criollos que quedaba excluido del manejo de la cosa pública.

Papá Justicia emergió de las sombras del cuarto patio, se quitó la chistera descubriendo una mota rapada y blanquecina, e inclinó el cuerpo en señal de respeto.

—Amo Roger, Somar me dijo que quería verme.

—Gracias por haber venido, Justicia. Ven, hablemos cerca del murallón, al final de la propiedad. Aquí duermen los esclavos.

Caminaron un trecho en silencio. Blackraven acortaba sus zancadas para acompañar el ritmo del negro. Habló Papá Justicia:

—Se está armando una revuelta, amo Roger.

—¿De quién contra quién?

—De los esclavos contra los negreros más importantes.

Blackraven se detuvo y estudió las facciones oscuras de su informante al mortecino resplandor de la noche.

—¿Estás detrás de eso?

—Sí. Unos troperos y yo. Un grupo numeroso de esclavos nos apoya.

—¿Y qué hay con ese grupo de franceses del que me hablaste tiempo atrás? ¿Están ellos contigo en esto?

—No.

—¿A quién atacarán?

—A Álzaga, Sarratea y Basavilbaso.

—¿Los tres al mismo tiempo?

—Sí.

—¿Cuándo será?

—No sabemos bien. Necesitamos armarnos primero y entrenar a los esclavos en el uso de las armas. Usted sabe, amo Roger, les está prohibido empuñar armas de cualquier tipo, y por eso son bien torpes. No están acostumbrados. Tenemos que enseñarles todo —agregó.

Blackraven bajó la vista y se acarició el mentón en actitud reflexiva. Papá Justicia lo miró con detenimiento. Era el único hombre blanco al que temía y admiraba, al único que llamaba “amo”, y al que nunca habría intentado hechizar. Conocía el límite

de su magia y sabía que no lograría quebrar la voluntad de un hombre como ése. Lo habría intentado con veinte años menos, pero no en el crepúsculo de su vida.

Blackraven meditó que nada resultaría más conveniente para desgastar al gobierno colonial que una revuelta, de la naturaleza que fuera. Pensó en Álzaga, el gran defensor del virreinato y de la España. El vasco debía su riqueza al contrabando, producto del monopolio impuesto a las colonias americanas por la metrópoli. Su ejercicio era común y generalizado, e incluso las autoridades hacían la vista gorda si sus bolsillos se mantenían llenos. A Blackraven le constaba que los funcionarios de la Aduana fomentaban el comercio ilegal y que el ministro de la Real Hacienda, Félix Casamayor, prestaba su anuencia. El contrabando y sus ganancias desaparecerían en caso de decretarse el libre comercio y la baja sustancial en los derechos de importación y exportación. Definitivamente, Álzaga y los demás contrabandistas, al igual que su corte de sostenedores, combatirían la idea independentista. Mejor si perdían poder. Al fin de cuentas, la revuelta de esclavos colaboraría con el plan de la liga.

—Les proporcionaré armamento —dijo—, pero mi nombre no se deslizará entre tus compañeros.

—Así será, amo Roger.

—Daré indicaciones a Somar. Él será tu contacto de aquí en más. Lo informarás del plan. Quiero saberlo todo. —Papá Justicia asintió—. Ahora dime, ¿qué extranjeros han ingresado en Buenos Aires en el último tiempo?

El contacto en la Aduana le informaría los nombres, las nacionalidades y las fechas exactas de ingreso de cada persona en el Río de la Plata. Blackraven, de todos modos, deseaba escuchar el punto de vista de Papá Justicia.

—De importancia —aclaró el anciano—, un comerciante escocés, William Traver, que le arrastra el ala a su prima, la señorita Béatrice. Dos franceses, hermanos, Didier y Jean-Baptiste Chermont. Compraron campos en el Entre Ríos para cultivar arroz. Hace poco llegó un italiano, pintor, que le hace retratos a las damas y a sus niños, incluida doña Bela. Se llama Piero Mascartti. Olvidaba al peluquero, un francés, que llegó hace casi un año. Se llama Just Levant, pero tuvo que fugarse por ladrón. Mientras peinaba cabezas, se dedicaba a birlar las joyas de las señoras. Entiendo que se cambió el nombre y vive en Montevideo.

—¿Aún se reúnen esos criollos para hablar sobre sus ideas independentistas?

—Sí. Se les han sumado algunos más. Hay uno con una lengua muy afilada. Su nombre es Mariano Moreno. Llegó hace poco de Chuquisaca, donde se hizo doctor de las leyes.

Blackraven lo interrogó acerca de cada criollo que participaba en las reuniones secretas —nombres, situaciones personales, ocupaciones— y le preguntó también por el virrey, el marqués Rafael de Sobremonte, que desde la declaración de guerra entre

la España y la Inglaterra se ocupaba en reunir a un ejército de soldados empobrecidos, indisciplinados y mal entrenados. De todos modos, Sobremonte no se animaba a proporcionar armamento a los soldados por creerlos influenciados por el partido independentista que, como una niebla, ganaba preponderancia. Le escribía una y otra vez a Manuel Godoy, primer ministro de Carlos IV, informándole que Buenos Aires no resistiría un ataque inglés y pidiéndole reclutas, municiones y armas. Godoy le contestaba que no podía acceder a su pedido y que se arreglara con lo que tuviera. Desde un punto de vista militar, el gobierno español, superado por las contingencias europeas, había abandonado a sus colonias.

El año anterior Sobremonte se había asustado al enterarse de que naves inglesas al mando de un comodoro, un tal Popham, habían entrado en Bahía, Brasil, para hacerse de provisiones. No sólo el virrey, el pueblo entero creyó que les había llegado la hora de conocer el célebre fuego británico. Pero la escuadra desvió su rumbo hacia el África y nada aconteció. Los ánimos se relajaron.

—¿Popham has dicho?

—Sí, amo Roger. Así sonaba. Popham.

Blackraven le preguntó acerca de los movimientos de ciertos personajes que él juzgaba sospechosos. En primer lugar, los hermanos Liniers, de origen francés, establecidos en Buenos Aires con enraizados intereses económicos y personales; el menor, Santiago, a cargo de la paupérrima flota del virreinato, era capaz, en opinión de Blackraven, de vender su alma al diablo a cambio de fortuna y admiración. Por demás le interesaban los movimientos del comerciante norteamericano William White, gran amigo de los Liniers y de la familia Perichon de Vandeuil, a quien también mantenía vigilada no sólo por francesa sino por los fuertes intereses que la ligaban a aquéllos que habrían deseado una intervención napoleónica en Buenos Aires, más allá de que Armando Perichon se proclamase realista.

Blackraven podía olfatearlo en el aire: Buenos Aires se había convertido en un hervidero de espías franceses, ingleses y portugueses. Resultaba imperioso identificarlos y neutralizarlos. Ya se había desembarazado del irlandés Burke, muy relacionado con Thomas O’Gorman, esposo de la menor de los Perichon, y amigo de algunos de los muchachos del partido independentista —los hermanos Rodríguez Peña y Castelli—, como también del virrey, a quien le había dicho que era un oficial prusiano.

A lo largo de su vida, Blackraven había desarrollado un agudo instinto para individualizar a aquéllos en quienes confiar y aquéllos que se habrían vendido al mejor postor. Su parecer le dictaba que Buenos Aires, como tierra de oportunidades fáciles, se había llenado de espías de la segunda clase, fueran estos ingleses o franceses. Debían desaparecer porque enturbiaban la escena. Él veía a Buenos Aires como un tablero de ajedrez con varios jugadores y cientos de piezas cuyos

movimientos podían resultar devastadores para los contrarios.

Su mente analizaba la información suministrada por Papá Justicia, sopesaba alternativas, detectaba peligros, reconocía a potenciales aliados. En medio de esa tormenta de datos, el nombre de Isaura Maguire se coló entre sus pensamientos.

—Entiendo que has provisto al hermano de miss Melody con un tónico. —Papá Justicia lo contempló con extrañeza—. ¿Es de gravedad la enfermedad que padece?

—Sus pulmones. Están debilitados.

—¿Tisis?

—No. Miss Melody dice que están poco desarrollados, como si no le alcanzaran para airear todo el cuerpo. Respira con dificultad y se enferma seguido.

—¿Morirá?

—A veces pienso —caviló Papá Justicia— que Jimmy Maguire sigue vivo a fuerza de la voluntad de su hermana.

La confesión afligió a Blackraven.

—¿Qué puedes decirme de miss Melody, Justicia?

—Es del campo, según entiendo, aunque muy refinada, como vuestra merced habrá visto. Al quedar huérfana, debió procurarse el sustento para ella y su hermano, por eso vino a la ciudad. No sé mucho más, amo Roger. Miss Melody es reservada.

Papá Justicia guardó silencio, y Blackraven intuyó que el anciano no le confiaba todo lo que sabía.

—Aquí tienes —dijo, y le entregó un pequeño saco de cuero con monedas—. Es muy tarde ya. Quédate a dormir en la barraca, junto a los demás. Te haré llevar un plato de comida.

—Gracias, amo Roger. Me voy pa'l río, a dormir con los troperos.

—El asiento de los troperos está lejos de aquí.

—Es una buena noche pa' caminar.

Blackraven se despidió y enfiló hacia la casa en dirección a la parte trasera. En verdad, era una noche magnífica aunque calurosa; se quitó la chaqueta y aflojó la lazada permitiendo que la tenue brisa le secase la piel. Caminó, tranquilo, hacia los interiores de la casa. Ya en la cocina, escuchó pasos ligeros en el patio. Podía tratarse de cualquier esclavo. De igual modo, dejó la chaqueta sobre la mesa, sacó la espada que ocultaba en el estoque y miró por la ventana. Alcanzó a distinguir una sombra que se movía en su dirección. Se abrió la puerta de la cocina y el extraño avanzó con el evidente propósito de seguir hacia el interior de la casa.

Blackraven lo sujetó por detrás, apoyando el filo de la espada en su cuello, ahogando un grito del extraño que salió como un débil chillido.

—¡Por favor, no me haga daño!

—¡Isaura! —se asomó Blackraven, y de inmediato la dio vuelta y la empujó contra la pared, donde la mantuvo sujeta con una mano en el hombro.

Aunque lo invadieron muchas ideas nefastas, lo enfureció la certeza de que había salido a encontrarse con su amante. Una mujer como Isaura Maguire no podía estar sola. ¿Quién sería el hombre que le abriría las piernas y se enterraría en su intimidad? Sufrió una erección, la segunda del día a causa de esa condenada, como le habría ocurrido a un descontrolado mozalbete y no a un hombre consumado. Se sintió ridículo, y eso no ayudó a su mal genio.

—¿Qué está haciendo a estas horas fuera de la casa?

—No podía dormir. Salí a tomar el fresco. —Pero Roger no le creyó y le ajustó aún más la mano en el hombro—. Me hace daño. Déjeme ir a mi habitación.

—¿De dónde viene? ¿Con quién fue a encontrarse?

—Con nadie. Ya le dije que fui a tomar el fresco. No podía conciliar el sueño.

Trató de apartarlo, pero, cuando sus manos dieron con el pecho de él, supo que no lo lograría. Blackraven era duro, pesado, inamovible. Una sensación de ahogo le cerró la garganta, enmudeciéndola. La mantenía acorralada, a su merced. Era tan alto, ya nada veía más allá de sus espaldas. El pánico se esparció por su cuerpo, aflojándole las piernas, convirtiéndola en un ser débil, privado de razón.

La luz de luna, que se filtraba por los cristales, le bañaba las facciones. “¡Qué bella es!”, pensó, mientras la estudiaba con interés, olvidando lo irregular de la situación. Su mano abandonó el hombro de la muchacha y vagó por su cuello hasta el mentón, le rozó después el labio inferior, tan lleno como el de una africana pero del color de una fresa. “¡Qué boca tan poco común para una blanca!”, se dijo, e imaginó cómo sería besarla. Le tocó el labio superior, de marcado dibujo, como de corazón; se respingaba apenas para enseñar la blancura de los dientes y dejar escapar el aliento agitado y agradable, que le golpeaba la barbilla.

—Isaura —musitó.

La escuchó sollozar y se impresionó al ver que el gesto altanero se había convertido en uno de pánico.

—No temas —le pidió, pero ella siguió mirándolo como si esperase que él la matara.

—¡Déjeme! —suplicó en un hilo de voz.

La Isaura Maguire desafiante e imprevisible de horas atrás había desaparecido. En su lugar se materializó una muchacha temblorosa que suplicaba con el llanto y la mirada. Actuaba como una virgen cuando él habría apostado que acababa de encontrarse con su amante. Quizá no. Eso le provocó una sensación de alivio y la dejó ir. Melody salió corriendo hacia su habitación.

Blackraven maldijo entre dientes y, con un movimiento preciso, envainó la espada en el estoque. No sólo lo invadía la furia sino que aún no salía de su asombro. Una fuerza superior a la de la razón lo manejó en el instante en que apoyó su mano sobre el hombro de Isaura, despertándole sensaciones tan disímiles y gratas.

Ciertamente, Isaura Maguire era hermosa, pero él había conocido y amado a mujeres más deslumbrantes y sofisticadas que ella y nunca había perdido el juicio. Se preguntaba entonces qué diantres se había apoderado de él. Aún persistía la erección que lo humillaba. Se reprochó que debería estar pensando en el comodoro Popham, en los partidarios de la independencia, en los franceses jacobinos que infestaban Buenos Aires y en la rebelión de los esclavos. “En fin,” se dijo, “debería estar pensando en asuntos de relevancia”.

—Amo Roger —escuchó a sus espaldas.

No necesitó darse vuelta; se trataba de Berenice. Se preguntó cuánto tiempo habría estado allí, escuchando y viendo. Sintió las pequeñas manos que le subían por la espalda y se detenían en sus hombros.

—¡Qué fuerte es usted, amo Roger! ¡Hágame suya otra vez! ¡Por favor!

Blackraven esbozó una sonrisa entre amarga y sarcástica. Habría deseado que Isaura Maguire pronunciara esas palabras, y que lo hiciera con esa voz grave que lo cautivaba.

Se volvió bruscamente, asustando a la muchacha. Le envolvió la cintura con un brazo y, sin esfuerzo, la levantó para sentarla en el borde de la mesa. Ella comprendió enseguida y se quitó la blusa, mientras Blackraven se desabrochaba el pantalón.

Capítulo VIII

NOTAS DE UN SICARIO

Entrada del día sábado 16 de marzo de 1805

El Escorpión Negro avanza sin dejar huella. Y yo, La Cobra, capaz de seguir cualquier rastro, me encuentro sin dirección. Es escurridizo, hábil, brillante. Comienzo a respetarlo. Sospecho que tiene a su cargo un ejército de espías que mueve como piezas de ajedrez sobre el mapa de la Europa. Hemos sabido que sus hazañas lo llevaron hasta la corte del zar Alejandro e incluso se rumorea que, disfrazado de mariscal de campo, participó en el golpe de Estado del 18 de brumario. Pero son meras especulaciones de Ringleau, a quien, por algunas monedas, le haríamos recitar el Padrenuestro en sánscrito.

A diferencia de otros espías, como la Pimpinela Escarlata o la Rosa Azul, no hay noticias de sus gestas en los periódicos ingleses. El pueblo no lo conoce, nadie sabe a quién le debe que la Inglaterra no haya sido invadida por los ejércitos napoleónicos o que Jorge III aún rija los destinos de Gran Bretaña y que su garganta no haya conocido en dos ocasiones el filo de un estilete. Él es sólo una leyenda en los suburbios de París, atestados de confabulaciones y confabulados, que pronuncian su nombre con una mezcla de miedo y admiración.

Su absoluta carencia de vanidad o necesidad de reconocimiento torna compleja nuestra tarea. Me pregunto qué lo impulsa a actuar. Nadie arriesga el pellejo sin un sólido propósito. No pienso en el dinero, lo imagino como a un personaje demasiado excéntrico para buscar ventajas pecuniarias; no lo necesita, y me atrevería a afirmar que se trata de un hombre rico. ¿Es un hombre? ¿Por qué no una mujer? ¿Existe una mujer de esa talla, de esa inteligencia y sagacidad prodigiosa? Me vienen a la mente Germaine de Staël y Julie Récamier. Las conozco. Cultivadas, seductoras, distinguidas. ¿Dónde están ahora? Entiendo que madame de Staël ha sido exiliada y ahora viaja por la Italia en compañía de Schlegel y de Sismondi. ¿Y madame Récamier? Napoleón aún la soporta en París a pesar de sus manifiestas inclinaciones por la “ancienne noblesse”. Como de costumbre, su salón seguirá constituyendo el centro de la literatura y la filosofía europeas. ¿Sería alguna de ellas capaz de despojarse de sus tocados, vestidos y joyas y convertirse en el Escorpión Negro? Ideales no les faltarían.

Sé que el hombre como especie es impredecible, sé que debo esperar lo inesperado de cualquiera, aun de mí. ¿Por qué, entonces, asumir que el Escorpión Negro es inglés y que es hombre?

La excursión en el “Paja y Heno” no fue del todo en balde. El examen del

mamotreto de registro de huéspedes, de cumplimiento obligatorio desde que la Convención así lo exigió en 1793, arrojó algo de luz. Encontramos tres de los nombres del listado provisto por Fouché: lord Ridley, sir Víctor Pensomby y Simon Miles. Ya podemos tacharlos. El Escorpión Negro jamás usaría su verdadero nombre. Debe de echar mano a tantas identidades como artificios para hacerse invisible, y no me sorprendería que fuese cierta la historia que lo tiene con el uniforme de mariscal el 18 de brumario. ¿De qué otros disfraces se servirá?

No fui yo sino Desirée, con su infinita paciencia y su lánguido dedo que recorría la columna de firmas, quien notó la similitud entre, al menos, diez de ellas registradas entre 1803 y 1804. Imposible asociarlas a simple vista. Pero una mirada más atenta nos permitió detectar ciertos aspectos comunes entre algunos trazos y ringorranos. “¿Qué sientes?”, le pregunté, sin ocultar mi ansiedad, y Desirée, apoyando la yema del dedo en una de las firmas, me dijo, pasado un silencio: “Alboroto. Demasiadas energías confluyen en este papel”. Se quedó mirando la hoja, inmutable, aunque sus ojos saltaban de una firma a la otra. “Es de naturaleza reservada y tranquila”, expresó, “aunque se trata de una pantalla. Por dentro está al rojo vivo. Pasión, pura pasión”.

Ante esas palabras, “pasión, pura pasión”, me invadió una excitación repentina, que me sorprendió y me aflojó. Cerré los ojos e inspiré hasta inflar mi pecho. “Arde”, dijo por último, y ya no habló más. Se sentó en una silla, agotada.

Sin duda, el Escorpión Negro estuvo allí.

La noticia no surtió efecto. Fouché seguía inconmovible, con la mirada fija en el austero y enorme escritorio.

—Señor —insistió el agente—, Le Libertin cree haber encontrado a Madame Royale.

Se refería a la hija del decapitado Luis XVI. Entre los miembros del gobierno, incluso entre los realistas —los emigrados y los que aún vivían de incógnito en la Francia—, se murmuraba que la joven que sostenía ser la legítima princesa descendiente en línea directa del gran Rey Sol, era una impostora. Se sospechaba que la verdadera había sido sustituida por esa muchacha de modos toscos, facciones exageradas y piel engrosada llena de marcas; en especial, quienes habían departido con los Borbones en los años previos a la Revolución se oponían a creer que ésa fuera Madame Royale, hija de la delicada María Antonieta.

Y, de hecho, no lo era. Algunas técnicas persuasivas de los agentes de Fouché la llevaron a confesar, entre espasmos histéricos y lágrimas, que había sido obligada a adoptar esa nueva personalidad. En cuanto al destino de la verdadera princesa, ella

nada sabía. Es más, jamás la había visto. Un día su vida era la de una campesina de manos llagadas y ropas andrajosas y, al siguiente, vestía sedas y brocados y habitaba, junto con algunos sirvientes, en una casa de la campaña a las afueras de Laon, apartada del mundanal ruido.

—Muéstreme el mensaje —dijo Fouché de repente.

En el mensaje cifrado, el espía Le Libertin —el libertino—, de los más astutos y eficaces del régimen, aseguraba haber ubicado a la verdadera hija de Luis XVI, pero no aclaraba nada respecto a las circunstancias de su hallazgo. Fouché sonrió con un sesgo amargo. “Típico de Le Libertin”, pensó, “guardarse información para no quedar jamás desprotegido”. Lo asaltó una idea perturbadora: ¿Sería Le Libertin en realidad el Escorpión Negro? ¿Sería Le Libertin espía de los ingleses y de los franceses al mismo tiempo? Habían pasado semanas desde el último contacto con La Cobra y aún no obtenía ninguna información. Comenzaba a impacientarse.

Llamaron a la puerta. El agente se apresuró a abrir. Se trataba de Rigneau, un informante y espía con sólidos contactos en los arrabales de París; de hecho, Rigneau había concertado el encuentro entre La Cobra y Fouché, misión nada simple. Rigneau, a pesar de su pierna más corta, su ojo tuerto que cubría con un parche y su voz afeminada, lo había logrado. Al verlo, Fouché pareció recuperar el interés. Se puso de pie y le preguntó:

—¿Has estado con La Cobra?

—No con La Cobra, señor. Jamás con él. Con su mensajera.

—¿Qué te ha pasado en el rostro? —se interesó el ministro de Policía.

Rigneau se palpó el tajo recién cosido en la mejilla izquierda. El barbero le había asegurado que la marca no se borraría jamás.

—Me lo ha hecho la mensajera cuando intenté seguirla, como usted me ordenó, señor.

—Entonces —caviló Fouché—, no sabes dónde se ocultan.

—No, señor —admitió el informante—. Después de herirme, se escabulló en la noche. Ya no volví a verla.

Fouché insultó por lo bajo.

—Dime qué hablaste con la mensajera. ¿Dónde te citó?

—En una calleja en el barrio de Saint-Honoré. Demasiado oscura para verla bien —se adelantó Rigneau—. Bajo la capucha llevaba una de esas máscaras que se usan en los Carnavales.

—¿Y bien? —se impacientó Fouché—. ¿Qué te dijo? ¿Ya descubrieron algo sobre el Escorpión Negro?

—Nada de importancia. La Cobra descartó a tres de los nombres de la lista que usted le entregó, aunque no explicó los fundamentos en que se basó para tomar esa determinación. A lord Ridley, a Simon Miles y a sir Victor Pensomby, señor.

Fouché se alegró interiormente. Él mismo había descartado a esos tres tiempo atrás. Que su percepción coincidiera con la de La Cobra lo ponía de buen humor, en realidad, lo halagaba.

—La Cobra —prosiguió Ringleau— dejará París en pocos días. Su mensajera no quiso decirme hacia dónde. Siguen una pista. Es todo lo que me aclaró.

—Sólo resta esperar —manifestó Fouché entre resignado y molesto.

Despidió al informante y al agente y se acomodó en su butaca. Era pasada la medianoche y estaba levantado desde muy temprano. Pero aún no podía retirarse a descansar. Pronto llegaría la emperatriz Josefina del teatro y él debía cuidar que no importunara al emperador en su habitación. Napoleón no se hallaba solo. La amante de turno le concedía sus favores en la esperanza de darle lo que la emperatriz no había conseguido hasta el momento: un heredero al trono.

Capítulo IX

Melody ensilló a Fuoco y lo condujo fuera del establo. Aún no comenzaba la actividad en el Retiro, y la calma y el silencio dieron un poco de reposo a su espíritu. La noche anterior, después del encuentro con el señor Blackraven en la cocina, había llorado con la cara enterrada en la almohada hasta que, vencida por el cansancio, se durmió. No se trató de un sueño tranquilo, más bien de una duermevela asolada por la misma pesadilla que, de tiempo en tiempo, regresaba. Se despertó al alba, con el ánimo caído, y se echó varias veces agua al rostro para despabilarse.

Ya en la grupa de Fuoco, el viento y la calidez del sol le devolvieron la seguridad y la hicieron sonreír. Le gustaba el cielo del amanecer y también el aroma a humedad que conservaba la naturaleza después de una noche de rocío, que brillaba en la grama y en las hojas. A la derecha, la imponencia del Río de la Plata le recordó la fuerza de los brazos que la habían sujetado pocas horas atrás. Sacudió la cabeza para apartar las imágenes, sin remedio. No podía olvidar. Lo vivido la noche anterior agitaba las memorias de una parte de su vida que deseaba enterrar para siempre y simular que jamás había existido; todo en vano, pues el pasado se abría camino y tomaba impulso como si del presente se tratase.

La voz de Blackraven la había atravesado. A pesar del timbre autoritario, la pasión con que había pronunciado su nombre la sorprendió primero, la dejó callada y quieta después. La había tocado y, aunque en un principio sólo experimentó pánico, después, al verlo tan concentrado en su boca, una sensación nueva le hizo cosquillas en las piernas. Blackraven, con su mano enorme como de labriego, le había tocado los labios con una suavidad inesperada. Los besos y las caricias de Pablo no habían causado el efecto de esa mano sobre su cuello, su mejilla y su boca. En las ocasiones en que Pablo la besó, ella permaneció consciente, nunca perdió el sentido del tiempo ni del lugar, y, aun en su ignorancia, había sabido que el frenesí que lo dominaba a él nada tenía que ver con lo que ella experimentaba. La noche anterior, aunque se había tratado de un instante, el mundo se detuvo y su corazón dejó de latir.

—¡Es inglés! —dijo entre dientes, y se recordó también que había jurado jamás estar con hombre alguno, jamás desvelar la marca de su vergüenza, todavía le quedaba orgullo para resistir.

Divisó de lejos la casa color ocre, de tejas rojas, y la inundó cierta paz, como si volviese al hogar, al abrigo de los seres amados. Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y soliviantó a Fuoco que galopó el último trecho. La casa de madame Odile se hallaba camino al paraje de Los Olivos, apartada de la ciudad y de la mirada condenatoria de las gentes decentes. Era un burdel, el más refinado de Buenos Aires. Sus chicas se jactaban de hablar al menos dos idiomas, conocer de música, pintura y literatura y de estar limpias y sanas como una monja de clausura, aunque empapadas

en los secretos de las artes amatorias como las heteras de alto nivel que eran.

Melody saltó del caballo y entró por la parte trasera, cuidando de no toparse con algún cliente que hubiera amanecido en el burdel y fuera conocido de don Alcides o de don Diogo, incluso del propio doctor Covarrubias. La recibió la cocinera, la negra Cleofé, que la abrazó y la besó, y empezó a llamar a gritos a las demás. Enseguida se presentó Miora, con una costura en la mano, que arrojó sobre la mesa para abrazar a Melody. Hacía semanas que no la visitaba.

—Te ha traído madame con el pensamiento —aseguró Ana Rita, la preferida de un alto funcionario del Cabildo—. Ayer mismo decía que necesitaba hablarte. Parece que anduvo estudiando la posición de tus planetas. Nada halagüeño —agregó, con mirada significativa—. Me despido, querida. Me retiro a dormir. Ha sido una noche de muchísimo trabajo.

—¿Cómo está el pequeño Jimmy? —preguntó Jimena, la más hermosa en opinión de Melody.

—Ya sabes, con sus achaques, como siempre.

—Luces muy atractiva en tus pantalones y botas de hombre —comentó Apolonia, y le puso las manos en la cintura, como si le tomara el talle.

—¡Déjala! —se interpuso Arcelia—. A ella le gustan sólo los hombres.

—No me gustan los hombres —manifestó Melody—. ¡Los odio!

—¿Y las mujeres? —quiso saber Apolonia, y le acarició la mejilla.

—Tampoco —aseguró Melody, y le retiró la mano con gentileza.

—¿Quieres que te depile? —preguntó Atalía—. Hace tiempo que no te quito el vello de las piernas.

—Lo hice yo misma días atrás. Siloé por fin aprendió a preparar la cera, tal y como me indicó Cleofé.

—¡Vaya! —se sorprendió la muchacha—. Si ahora dejará de ser costumbre exclusiva de mujerzuelas para pasar a serlo de señoritas bien.

—Yo no soy una señorita bien —se quejó Melody.

—Pero lejos estás de ser una ramera —expresó madame Odile desde la puerta, y las demás voltearon al sonido de su voz.

Melody se refugió en su abrazo de senos voluminosos y manos regordetas con uñas pintadas. Como era más alta que madame, se inclinó sobre ella, apoyó la cabeza en su hombro y se echó a llorar. Esa meretriz francesa, que aseguraba haberse destacado entre las cortesanas de Versalles, se había convertido en una madre para Melody.

—¿Qué le sucede a mi niña preciosa? —se preocupó la mujer, mientras con una mano indicaba a las demás que las dejaran a solas—. Ven, tesoro, sentémonos aquí. Cuéntame —le pidió, mientras con un pañuelo le secaba las lágrimas.

—No, madame. Usted debe de estar agotada después de trabajar toda la noche.

—Pues fíjate que no. Dejé el negocio a cargo de Lila y me retiré temprano. Acabo de levantarme. ¡No sabés cuánto deseaba verte! Casi mando a Emilio con un mensaje al Retiro para que vinieras.

—¿Le ha dado Miora algún problema?

—Oh, no. Esa niña es un cordero. Cose como los dioses. Nunca hemos llevado mejores vestidos.

—Me alegro de que su presencia aquí no haya causado inconvenientes. Ha sido tan generosa, madame, en aceptarla. No sabía dónde esconderla.

—¿Y dónde la ocultarías si no es en este sitio? ¿Acaso te rechacé cuando viniste con la parda Francisca? —Melody sacudió la cabeza—. Bien. Entonces, nunca dudes de mi hospitalidad.

—Jamás —expresó la muchacha con vehemencia y le besó las manos.

—A ver, a ver. Dime ahora, ¿a qué se deben esas lágrimas? Melody comenzó con vaguedades, pero, ante una mirada de reproche de madame Odile, terminó por soltar la verdad. Detalló los encuentros con Blackraven, las discusiones, los puntos de vista tan disímiles, la violencia que se desataba entre ellos y la manera descarada en que él la había arrinconado en la cocina.

—Creí que volvería a suceder. Cuando comenzó a tocarme anoche, pensé que otra vez pasaría por aquel suplicio. Casi muero de pánico. ¿Cómo regresar a esa casa y enfrentarlo? Le temo —admitió—. ¡Es un cerdo inglés!

—Y de seguro —conjeturó la mujer—, además de cerdo inglés, es un viejo desagradable, con la narizota de un palmo y mal aliento.

—¡Oh, no! Todo lo contrario. Es muy guapo. Él no es joven, pero tampoco viejo —agregó, en voz más baja.

—El nacido bajo la influencia del dios Marte —manifestó Odile.

—¿Cómo dice?

—No lo digo yo, lo dicen mis sueños. Hace días que me inquietas, soñé contigo varias veces, y siempre había detrás de ti un hombre que vestía como el dios Marte, el guerrero, mientras tú arrancabas manzanas del árbol de oro, que significa amor y prosperidad. Estudié tus planetas y ahora quiero leerte las cartas. Veamos —y extrajo el ajado mazo que la acompañaba a todas partes—. Vamos, querida, corta.

Melody se inquietó; las sesiones de tarot solían demorarse y ella debía volver al Retiro con Miora. Cortó con la izquierda y acomodó las cartas según las indicaciones. Madame Odile dio vuelta la principal y lanzó un grito de complacencia.

—El Emperador —dijo—, el cuarto arcano mayor. Ésta es la carta que esperaba. —¿Qué significa?

—Poder —aseguró Odile—. Fuerza, aquí, representada por los carneros. Está cubierto con una armadura, símbolo de su invulnerabilidad. El Emperador es invencible. La barba y el bigote simbolizan su vasta experiencia. ¿Notas sus ojos,

fijos en el horizonte? Habla de una actitud reflexiva, de quien piensa antes de actuar. La lógica y el razonamiento preceden sus decisiones.

—¿Y el cetro?

—Poder, querida, mucho poder, al igual que el trono. En cuanto al águila, representa la soberanía que ejerce sobre sus posesiones y vasallos. Él es el emperador, quien decide el destino de todos los seres, pero igualmente, como consecuencia de la responsabilidad de su poder, es clemente, benévolo y comprensivo. Ante todo, el emperador es justo. Él representa el orden perfecto, la armonía.

Una a una, las siete cartas desvelaron su significado. Aparecieron el loco, como símbolo de la insensatez y la imprudencia; los amantes, el de la atracción profunda entre dos seres; el ahorcado, entendido como sacrificio y renuncia; la muerte, que, según Odile, no debía tomarse literalmente ya que también significaba la conclusión de una situación, el cambio; y así, madame habló largo y tendido de cada arcano y de la influencia de los planetas, y se refirió a Venus, a Mercurio, y a un sinnúmero de cuestiones. Pero cuando comenzó a describir la personalidad del supuesto hombre nacido bajo el influjo de Marte, dios de la guerra, Melody se sintió cautivada.

—Los hijos del gran guerrero son los mejores amantes de entre los signos del Sol, y la pasión que prodigan con generosidad en la cama se halla presente en los demás aspectos de su vida. No cualquier mujer puede con tanta hombría. Son insaciables, intensos, y pueden dejarte medio muerta si no estás a la altura. Así como los domina la pasión, son de una racionalidad apabullante, por eso triunfan en casi todos los emprendimientos en que se lanzan. Si se enfurecen, de sabios es huir. Pero si deciden ser complacientes, conquistarán al corazón más endurecido. Ah, nunca olvidaré a Jean-Pierre du Renni, mi primer hombre, el único amante que tuve bajo la influencia del guerrero. El mejor, querida. Lejos, el mejor.

—Madame —pronunció Melody—, he de llevarme a Miora. Su dueño, el señor Blackraven, así lo exige.

—¿El nacido bajo la influencia de Marte?

—¡Oh, madame! Eso fue sólo un sueño.

—Es él, lo sé, lo siento aquí —enfaticó, llevando la mano al corazón—. El Emperador —expresó con grave acento—. ¡Llévasela pues! No lo hagas enfadar. — De inmediato se arrepintió—. ¿Qué será de esa pobre niña en manos de Valdez e Inclán? Vicioso, perverso. Ya sabes que le prohibí volver después de la tunda que le propinó a Ana Rita.

—El señor Blackraven prometió que nada malo le ocurriría a Miora. Creo que pretende mantenerla alejada de don Alcides. Sé que no puedo confiar en la palabra de un inglés, pero no tengo escapatoria. Es un hombre inflexible, y amenazó con encarcelarme si no la devuelvo.

—Y lo haré, tenlo por seguro. Un hombre como ése ante nada se detiene.

Miora, llorando, empacó sus magras pertenencias, mientras Melody le explicaba que Blackraven había jurado protegerla. Ya en el patio trasero, montada sobre Fuoco, ayudó a subir a Miora, que se tomó a su cintura. Habían pasado las nueve de la mañana. En el Retiro la echarían de menos y se alarmarían por su demora. Traspuso el portón del burdel y salió al camino.

Allí, frente a la casa de madame Odile, montado sobre un caballo negro, se hallaba Roger Blackraven. Sus miradas se encontraron, y Melody contuvo el aliento, alarmada ante el desprecio que se filtró por esos ojos oscuros.

—Esto es un burdel —dijo— y usted, una ramera.

Picó espuelas, y el caballo salió a todo galope. Segundos más tarde, sólo se veía una nube de polvo en el camino.

Blackraven almorzó en casa de su vecino Martín Joseph de Altolaguirre, un hombre sensato y de gran influencia, siempre impecable, con su peluca empolvada de blanco, casaca y calzón encarnado y bastón de comisario de Guerra. Simpatizaba con Blackraven, incluso con su ideología, ya que ambos se declaraban fisiócratas. Solían tomar jerez, fumar habanos y realizar la exégesis de los párrafos de *Tableau économique* o de *Droit naturel*, ambos escritos por François Quesnay, fundador de la escuela fisiócrata. Altolaguirre encontraba muy estimulantes las discusiones con Blackraven y le llevó poco tiempo aceptar que contendía con uno de los hombres más inteligentes de entre sus conocidos.

Honesto como pocos funcionarios del gobierno español, Altolaguirre había ocupado hasta hacía pocos años el puesto de factor oficial de la Real Hacienda, a cargo del registro y la administración de los ingresos en especie. El órgano que controlaba a la Real Hacienda era la Contaduría de Cuentas, cuya máxima autoridad, el contador mayor, trabajaba bajo el influjo de Blackraven. En una ocasión en que, por un asunto de contrabando, se puso en duda la intachable conducta de Altolaguirre, Blackraven ordenó a Juan Bravo de Turdillo, el contador mayor, que dejase sin efecto la causa y archivase el expediente. Altolaguirre llegó a saber de la intervención de su vecino del Retiro y, agradecido, le devolvía el favor a menudo.

Por tal motivo organizó un almuerzo al que invitó a un grupo de porteños con quienes Blackraven parecía interesado en relacionarse. Al menos así le había dado a entender en el billete que le envió días atrás para informarle de su presencia en el Río de la Plata. Concepción Cabrera, esposa de Altolaguirre, y otras mujeres compartían la mesa. Una, la que se sentaba frente a Roger, muy agraciada, le echaba miradas lánguidas y le sonreía. Se llamaba Melchora Sarratea y era sobrina del anfitrión.

Blackraven le devolvía las miradas y sonrisas y pensaba en Isaura Maguire. Esa mañana, por temor a los asaltantes y a los troperos, la había seguido. El estupor que le causó verla entrar en la casa color ocre —Alcides le había contado que con ese

nombre se conocía al burdel en el camino al paraje Los Olivos— casi lo tira del caballo. “Por supuesto”, se dijo, “sólo una puta es dueña de semejante descaró”. La rabia lo dominaba, pero casi de inmediato se deprimió. ¿Cuándo acabaría de sorprenderlo esa endemoniada mujer? En realidad, ya no importaba. Le había perdido la admiración. Si Isaura Maguire no contaba, ¿por qué diablos no podía quitársela de la cabeza?

—Lo cierto es —se quejó Manuel Belgrano, secretario del Consulado— que mientras la España nos exprime para llenar sus barcos con nuestro oro, la Francia se enriquece a costa nuestra para echar abajo a todas las monarquías de la Europa.

—Al entregar una parte del oro americano a la Francia, el rey no hace otra cosa que honrar el tratado de San Ildefonso —le señaló Blackraven.

—¿Acaso, excelencia —preguntó Altolaquirre—, según dicho tratado, la España no debe poner a disposición de la Francia quince barcos de guerra y no sé cuántos hombres todos los años? No recuerdo que mencione pagos en oro.

Blackraven sonrió con suficiencia antes de contestar:

—Esa cláusula del año 96 fue cambiada secretamente a pedido de Bonaparte en octubre de 1803 por una que establece que, en lugar de barcos y hombres, la España debe entregar a la Francia anualmente un subsidio cercano a tres millones de libras.

Los presentes guardaron silencio y nadie se animó a preguntar cómo había llegado su excelencia a contar con esa información.

—Como verán —prosiguió Blackraven—, la España es esclava de Napoleón, mientras los franceses se hacen cada año con una parte de vuestro oro americano.

—¿Una parte? —se quejó Juan José Castelli, primo de Manuel Belgrano—. ¡Podemos ver que son tres cuartos, señor! Eso es lo que le entregamos a Bonaparte. ¿Quién necesita enemigos con compatriotas como los que refrendaron el tratado de San Ildefonso?

—Al refrendar ese tratado —opinó Blackraven—, el canciller español se olvidó de una máxima fundamental en política: “Quien propicia el poder de otro, labra su propia ruina”. Por cierto —agregó, con sarcasmo—, el olvido resulta imperdonable.

—Veo que aprecia a Maquiavelo —intervino Mariano Moreno, el joven abogado del que le había hablado Papá Justicia.

—La pobreza en la que se está sumiendo la España —comentó Saturnino Rodríguez Peña— nos deja indefensos. Doy fe de las continuas cartas que Sobremonte le escribe al ministro Godoy pidiéndole más tropas y municiones. En la penosa situación actual, somos presa fácil de los ingleses —añadió, y de inmediato se disculpó con Blackraven.

—Señores —pronunció el aludido—, yo soy ciudadano del mundo. Por mis venas corre sangre italiana, española, austríaca e inglesa. ¿A qué nación pertenezco? Podría decirse que, por llevar un apellido inglés, lo soy. En realidad, amo a la Inglaterra por

ser el país que es y no por ser la cuna de mi padre.

—Su excelencia no parece inglés —comentó Melchora, con audacia—. Los ingleses son, generalmente, rubios, de ojos claros.

—Nació usted en la Francia, ¿verdad, excelencia? —se interesó Altolaguirre para acallar a su sobrina.

—Así es, señor. Allí viví los doce primeros años de mi vida.

Nadie siguió indagando acerca de las circunstancias que rodearon el nacimiento de Blackraven porque todos, aun aquéllos que lo veían por primera vez, habían escuchado que era bastardo.

—Tenemos algo en común —manifestó Manuel Belgrano—, pues por mis venas también corre sangre italiana. Mi padre era genovés.

—La Liguria —dijo Blackraven—, tierra de grandes comerciantes y navegantes. En mi camino hacia Ceilán, siempre echo anclas en el puerto de Génova. Allí se encuentran los mejores calafateadores del mundo. No exagero.

—¿De qué ciudad italiana proceden sus antepasados? —se interesó Belgrano.

—Mi abuela era siciliana, nacida en la ciudad de Palermo. Mi madre, en cambio, nació en Nápoles.

—Y usted en la Francia —se sorprendió Nicolás Rodríguez Peña, hermano menor de Saturnino—. Nadie puede negar su naturaleza cosmopolita, excelencia.

—Ah, la Francia... —suspiró Altolaguirre—. Hace más de quince años que esa bendita nación viene alborotando al mundo con sus ideas, decisiones y hechos.

—¿El mundo civilizado contra la Francia? —se preguntó Martín de Thompson, el esposo de Marica Sánchez—. ¿O debería decir: la Francia iluminada contra el mundo corrompido de la aristocracia?

—Ni lo uno ni lo otro —declaró Blackraven—. Cuando hay guerras, señores, no son los ideales los que las motivan sino las cuestiones económicas. Los conceptos filosóficos desaparecen ante la mención de esta palabra: dinero. Hay un viejo proverbio francés que dice: *L'argent c'est le nerf de la guerre*. Y el dinero, señores, es necesario para sostener el poder. Los verdaderos mentores de una guerra son, entonces, los poderosos que desean consolidar ese poder. Los políticos y los militares se convierten en... ¿cómo se dice en castellano? *Puppets*.

—Títeres —tradujo Hipólito Vieytes.

—Gracias. Títeres —retomó Blackraven— de quienes verdaderamente ostentan el poder.

—Pero, excelencia —se sorprendió Nicolás Rodríguez Peña—, ¿no es acaso Napoleón Bonaparte militar y político y al mismo tiempo el hombre más poderoso de la Europa?

—Napoleón Bonaparte es el hombre más ambicioso de la Europa, no el más poderoso. Creo que, después de Trafalgar, quedó claro que no es tan invencible como

él desea que el mundo lo vea. *Quiere* ser poderoso, pero aún no lo consigue. Es una lucha estéril —agregó—, los poderosos de la Inglaterra no se lo permitirán.

Y más de un comensal se preguntó si Roger Blackraven, futuro duque de Guerneaux, no formaría parte de ese selecto grupo de “los poderosos de la Inglaterra”. Sus riquezas e influencia eran de leyenda.

—Acá nos alcanzó la noticia de que la armada franco-española hundió a once de los barcos ingleses durante la batalla de Trafalgar —manifestó Saturnino Rodríguez Peña.

—Señores —pronunció Blackraven—, puedo asegurarles, porque estuve allí, que ni un solo barco inglés se perdió, en tanto que veinte de los comandados por Villeneuve conocen hoy el fondo del mar.

Blackraven se explayó en los pormenores de la batalla, explicando la magistral estrategia del Almirante Horatio Nelson que, al mando de una armada más pequeña que la franco-española, destruyó la idea de Napoleón Bonaparte de invadir la Inglaterra.

—Villeneuve —explicó Roger— hizo formar a sus naves en una sola línea de ataque, de norte a sur, mientras que Nelson lo sorprendió agrupando a las suyas en dos flotillas que atravesaron la línea de Villeneuve, demoliéndola.

Los comensales le hicieron varias preguntas, interesados en los pormenores de una batalla que ya empezaba a considerarse “estratégicamente perfecta”.

—Bonaparte —se quejó Vieytes— habrá desistido de atacar a la Inglaterra, pero aún persigue sus sueños de grandeza, mientras nosotros nos empobrecemos a ojos vistas, tal como indicaba momentos atrás mi amigo Manuel.

Con malicia, Blackraven dijo:

—Me viene a la mente el año 83 y la Paz de Versalles. —Se hizo un silencio, pues el resto sospechó lo que vendría a continuación—: ¿Qué pensasteis vosotros, nativos de una colonia española, cuando vuestra Madre Patria apoyó a los Estados Unidos de Norteamérica para que lograra independizarse de la Inglaterra?

Siguió una polémica en la cual Blackraven se dedicó a estudiar a los invitados de Altolaguirre. No le llevó mucho tiempo comprender que se hallaba entre los líderes del partido independentista, como tampoco le costó identificar que Manuel Belgrano, a pesar de su voz afeminada y carácter sensible, era el hombre capaz de llevar a los criollos a la victoria, no por sus dotes de estrategia militar, de los cuales, se notaba, carecía absolutamente, sino por la claridad de sus ideales y propósitos. La seguridad y elocuencia con las que se expresaba resultaban envidiables. De contextura delgada y tez pálida, su erudición lo destacaba de entre los demás. Rara vez Blackraven se había topado con un hombre tan culto. Sus sólidas teorías acerca de la riqueza y el desarrollo económico nacían de la conjunción de las distintas corrientes que imperaban en la Europa desde principios del siglo XVIII. En su discurso se

identificaba la influencia de Adam Smith, Quesnay, Dupont de Nemours, Turgot y Gournay. Citó el *Informe en el expediente de la ley agraria*, de Jovellanos, y reprodujo párrafos *Del contrato social* de Rousseau. Habló de extender la educación primaria a los labriegos y de enseñarles modernas técnicas de cultivo. Condenó al gobierno español por mantener tierras ociosas y propuso la enajenación de los terrenos baldíos por venta o enfiteusis, objetivo que pretendía llevar a cabo desde su puesto en el Consulado.

Blackraven también comprendió que, en ese grupo de jóvenes conspiradores, la otra cara de la moneda la componía Mariano Moreno, el abogado que el año anterior había regresado de Chuquisaca, ciudad que abandonó conminado por amenazas después de haber enfrentado a las autoridades españolas, en especial con relación a la práctica de la mita, el trabajo esclavo de los indios, al cual se oponía.

Así como Belgrano se destacaba por su vasta cultura, Moreno brillaba a la luz de su inteligencia. Después de haberse comportado como una esfinge durante la primera parte del almuerzo, cuando habló descollaron la contundencia de sus comentarios y también cierta tendencia a un fanatismo similar al de los jacobinos. Se quejaba de la indolencia y de la corrupción de los funcionarios españoles.

—Es necesario destruir los abusos de la administración —dijo— y desplegar una actividad completamente nueva en estas costas. Se debe transformar la sociedad aplicando la razón y la inteligencia que son inherentes a nuestra naturaleza. Hay que conseguir excitar el espíritu público, tan deprimido por estos días, y dirigirlo hacia la idea de un suelo libre de cadenas. Educar al pueblo, como dice el doctor Belgrano, es de vital importancia. A ningún lado llegaremos con seguidores ignorantes y salvajes.

La esposa de Altolaguirre, cansada de temas de política, comentó acerca del incidente acaecido en la Real Compañía de Filipinas.

—Hay quienes aseguran —dijo Melchora Sarratea— que fue el Ángel Negro quien llevó a cabo el ataque a la barraca de la Real Compañía.

—¿El Ángel Negro? —se interesó Blackraven, a quien el apodo le sonaba familiar.

—Me extraña, excelencia —replicó la joven—. El Ángel Negro es la institutriz de su ahijado, el pequeño Víctor.

Altolaguirre intervino de inmediato.

—¡Qué dices, muchacha! Que miss Melody se preocupe por el bienestar de los esclavos no la convierte en una delincuente. ¡Es una dama!

—Una dama —porfió Melchora— que monta como hombre.

—¿Qué ocurrió exactamente en la Real Compañía? —demandó Roger—. Y cuándo.

—¿No lo leyó vuestra merced en mi periódico? —preguntó Vieytes en referencia al *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*.

—Lo siento —se disculpó—. He llegado hace pocos días y no he contado con demasiado tiempo para leer los periódicos.

—El jueves por la noche —explicó Altolaguirre—, o mejor dicho, el viernes por la madrugada, un grupo de delincuentes invadió la Real Compañía que está sobre el Riachuelo, robaron los carimbos e incendiaron una barraca, dejando escapar a varios esclavos que esperaban ser vendidos al día siguiente. Los guardias estaban atentos y controlaron el incendio rápidamente. De todos modos, quienes atacaron resultaron hábiles y lograron infligir algún daño antes de escapar.

Blackraven escuchaba parcialmente mientras evocaba al diestro jinete que, el día anterior, había admirado desde el camino y que terminó por revelarse como una mujer: Isaura Maguire. Le pareció que había transcurrido largo tiempo desde esa mañana, y que entre él y ella se había sedimentado una sólida relación, como de años. “Además de ramera, es el adalid de los esclavos”, se dijo.

Antes de despedirse, Blackraven consiguió que Nicolás Rodríguez Peña lo invitase a su casa en la calle de Las Torres, donde se congregaban los partidarios de la independencia, y que Mariano Moreno le pidiese visitarlo en su quinta del Retiro.

—Estoy traduciendo *Du contrat social* —explicó el joven— y, como imagino que vuestra merced debe tener un manejo impecable del francés, me atrevo a pedirle su ayuda con algunos párrafos un tanto complejos.

—Será un gusto recibirlo mañana —aseguró Roger—. Aunque lo haré en mi casa de la ciudad, en la calle de San José número 59.

¿Le viene bien a la hora del almuerzo? Luego revisaríamos esos párrafos.

Blackraven orientó su caballo hacia el Retiro que lindaba con lo de Altolaguirre. Cruzó el portón principal al trote y, a pasos del pórtico, le dio las riendas a un esclavo y entró. Ya desde afuera, lo recibió el sonido del piano y, a medida que se adentraba, voces y risas se sumaban a la música.

Permaneció en silencio a la puerta de la sala mientras contemplaba a Melody, a Víctor y a Jimmy, los tres al piano, que intentaban ejecutar una rápida melodía de la ópera *Salomón*, de Haendel. Melody, sentada entre los niños, se reía ante los yerros de sus alumnos y les impartía indicaciones sin dejar de tocar. Víctor se ocupaba de las notas graves y Jimmy de las agudas, en tanto que los dedos de Melody volaban sobre las teclas del medio.

—Vamos, desde el principio —los instaba, y comenzaban la alegre pieza otra vez.

—¡Esta vez se equivocó Jimmy! —se quejó Víctor.

—¡No, fuiste tú! —se defendió.

Alcanzaron la coda que ejecutaron sin errores, y la melodía terminó de modo impecable. Blackraven, desde su posición, no veía quiénes aplaudían, pero identificó una voz masculina, la de Bruno Covarrubias. Un instante después, el joven abogado apareció ante sus ojos mientras se dirigía al piano, donde aplaudió un poco más.

Melody lucía agitada y sonrojada; los niños reían; Béatrice y Leonilda seguían golpeando las palmas.

—Ha sido una exquisita interpretación de *La llegada de la reina de Saba*, miss Melody —comentó el abogado—. Los felicito —dijo, al tiempo que apoyaba las manos sobre las cabecitas de Víctor y Jimmy—. Me ha comentado la señorita Leonilda que nadie como usted para cantar el aria *Voi, che sapete*. ¿Podría deleitarnos, por favor? Sería un honor para mí.

Melody inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y los niños dejaron el taburete. Las primeras notas sonaron y casi de inmediato Melody cantó. Entonces Blackraven supo por qué la llamaban “melodía”. Su voz le produjo una honda conmoción. A lo largo de su vida había tenido oportunidad de escuchar a los mejores cantantes líricos, pero nada se comparaba con la exquisitez de esa voz, de una gravedad cautivante. Sin duda, Isaura Maguire habría triunfado en cualquier escenario europeo.

—Buenas tardes —saludó, mientras los demás aún aplaudían.

Su entrada causó un efecto que lo fastidió.

—Roger, querido —dijo Béatrice, y salió a recibirlo.

—Excelencia —habló Covarrubias, con nerviosismo, y abandonó su sitio junto a Melody—. Un placer saludarlo.

—Me habría gustado saber de su visita, doctor —manifestó Blackraven—. De otro modo, no me habría comprometido para esta tarde.

—El doctor Covarrubias es asiduo visitante del Retiro desde que estamos alojados aquí —explicó Béatrice—. Por favor, Roger, siéntate. Haré traer café para ti.

Blackraven seguía a Melody con la mirada. Ella había dejado su silla y recogía las partituras, dispuesta a abandonar la sala.

—Vamos, niños —la escuchó susurrar.

—Deseo que os quedéis —ordenó Blackraven.

Melody levantó el rostro y lo miró. No había miedo ni timidez en sus ojos, por el contrario, mostraban provocación y orgullo.

—Víctor debe continuar con sus lecciones, señor —interpuso en un tono diplomático que desmentía el peso de su mirada.

—Lo hará más tarde. Es mi deseo que ahora permanezca aquí.

—Muy bien —cedió—. Ve, querido, siéntate cerca de tu padrino. Vamos, Jimmy —agregó, y lo empujó en dirección a la puerta.

—Vosotros también os quedáis —insistió Blackraven.

Melody se acomodó cerca de Leonilda. El ambiente se había transformado. Nadie hablaba, y parecía inoportuno que el piano volviera a sonar.

—Acabo de enterarme de su llegada, excelencia —dijo Covarrubias.

—¿Valdez e Inclán no le envió aviso?

—No. Hace días que no veo a don Alcides.

—Su visita ha sido oportuna, entonces —señaló Blackraven—. Hay cuestiones que deseo conversar con usted. Más tarde, en mi escritorio.

Béatrice comentó a Covarrubias acerca del sarao que darían en pocas semanas en el Retiro, y le preguntó adónde debía enviar la invitación para su familia, pues, en general, durante la época estival, los porteños dejaban la ciudad y marchaban hacia sus quintas en San Isidro o en San José de Flores. Covarrubias le informó del destino de la mayoría de las familias de fuste y acerca de otros detalles de importancia, como las preferencias en materia gastronómica de las señoras más destacadas; le sugirió servir mate dulce para Cirila Martínez de Hoz, amargo, con un poco de cedrón, para doña Edelmira Otárola y con una cucharada de café para la señora del funcionario virreinal Cornelio Saavedra; le aconsejó contratar a la orquesta del maestro Corelli y que las velas fueran las de don Ponce, hechas con la mejor cera de abeja.

Los ánimos se relajaron y la conversación tomó un giro ameno y dinámico. Blackraven, que guardaba silencio, prestaba atención a las miradas lánguidas que, de tanto en tanto, Covarrubias le destinaba a Melody; ella las devolvía con una sonrisa tímida, de ojos huidizos. “¡Qué bien juega a la virgen!”, se enfureció.

Lo dominaban unos celos negros. “¡Celos de una puta!”, se reprochó, pero no podía dejar de sentirlos. La habría tomado por el cuello y se lo habría apretado hasta que el destello turquesa de sus ojos se hubiese extinguido y el aire, escapado entre esos labios obscenos. ¿Por qué miraba con tanta dulzura a un majagranzas como Covarrubias y no a él, un hombre capaz de hacerla alcanzar el placer más exquisito que no experimentaría en los brazos de ningún otro? Formular esa pregunta atizó su mal humor. Se puso de pie.

—Covarrubias, a mi despacho, por favor.

El abogado se acomodó frente a Blackraven, al otro lado del escritorio, consciente de la hostilidad de su patrón. Enseguida dedujo el motivo.

—¿Qué asuntos lo relacionan con la institutriz de Víctor?

—¿Asuntos, excelencia?

—Valdez e Inclán me informó que usted ha ayudado a Isaura Maguire en ciertas cuestiones relacionadas con los esclavos.

—Sí —admitió Bruno, y su desparpajo molestó a Roger; de pronto, no parecía el pelmazo de costumbre—. Ella acudió a mí hace tiempo para consultarme sobre el destino de una esclava maltratada por su dueña. Desde aquella oportunidad la ayudo en cuanto puedo.

—Veamos, doctor Covarrubias, ¿en qué la ayuda por estos días? —ironizó.

—En dos causas.

Blackraven levantó las cejas, sorprendido.

—¿Dos causas son?

—Una referida a la compra de una casa en el barrio del Tambor por parte de un

esclavo. Como nunca escrituró, el antiguo dueño quiere echarlo y recuperar la propiedad. El otro caso es el de una joven esclava, Felipa, que ha acusado a su patrón de obligarla a ofrecer sus servicios carnales a amigos y parientes mediando pago.

—¿Cómo llega a enterarse de estas situaciones la señorita Maguire? ¿O debería llamarla el Ángel Negro?

Covarrubias sonrió.

—Así la han apodado los esclavos. En un principio la llamaban el ángel de negro, pero el mote fue cambiando. Ahora la conocen como el Ángel Negro. En cuanto a su pregunta, excelencia, debo decir que la bondad de miss Melody es conocida entre ellos. Acuden a verla por cualquier problema. La abordan a la salida de la iglesia, en el mercado, o simplemente llaman a la puerta de la casa de don Alcides y piden una palabra con ella. A veces, alrededor de las tres de la tarde, cuando se sabe que la familia Valdez e Inclán hace siesta, se juntan por docenas en la parte trasera y miss Melody los atiende.

—¡No lo puedo creer! —se indignó Blackraven, y se puso de pie—. La casa de mi socio convertida en un hospicio. ¡Y ésta también! Ayer mismo el establo estaba lleno de mulequillos.

—Miss Melody les enseña a leer y escribir.

—Usted parece conocer todo acerca de miss Melody —apuntó Blackraven—. Ahora quiero saber acerca de las dos causas que tiene entre manos. Nombres de las partes, circunstancias, todo.

Covarrubias se explayó en los detalles mientras Blackraven tomaba nota y le hacía preguntas.

—De ahora en más, yo me haré cargo de estas causas y de cualquiera que se presente en este sentido.

—Excelencia —protestó el abogado—, la ayuda que ofrezco a miss Melody no es en desmedro de las cuestiones que vuestra merced me ha encomendado. Lo hago en mi tiempo libre y para nada perjudico a mis otras responsabilidades.

—No lo dudo, doctor.

—Puedo hacerme cargo de ambas cosas.

—No, no lo hará. Este asunto del Ángel Negro se ha salido de madre y no puedo permitirme un escándalo. Yo me haré cargo —concluyó.

—¿Podré seguir visitando a miss Melody en esta casa? Mis intenciones son serias, excelencia. Deseo convertirla en mi esposa —añadió, con una gallardía que Blackraven vislumbraba por primera vez.

—Lo que usted y la señorita Maguire hagáis con vuestras vidas es asunto que a mí no me concierne. Lo único que os digo es esto: no seguiré admitiendo que mi nombre o el de mi familia se relacione de modo alguno con los escándalos en los que se empeña la señorita Maguire. Y ahora, Covarrubias, a lo nuestro. Ya he perdido

demasiado tiempo en boberías.

Esa noche, Blackraven convocó a Somar a su despacho. El sirviente turco lo encontró estirado en el sofá mientras Trinaghanta, la joven cingalesa que desde hacía años se encargaba de su cuidado personal, le masajeaba los pies.

—¿Trajo a la esclava? —habló Blackraven, sin abrir los ojos.

—Sí, esta mañana. Se llama Miora.

—¿Estuvo con los mulequillos en el establo?

—No. Ella bajó al río.

—Supongo que no tuvo problemas con las lavanderas.

—No. Parecen apreciarla —admitió Somar, y Blackraven rió con burla.

—Claro. El Ángel Negro es el adalid de los esclavos.

—¿Así la llaman?

—Así la llaman. ¿Te ocupaste de que los niños recibieran el vaso con leche?

—Sí.

—Te harás cargo de dos asuntos —indicó Blackraven—. Dentro de mi cartapacio encontrarás el papel con las indicaciones. —Somar se acercó al escritorio y lo leyó—. Al primero, el que intenta quitarle la propiedad al esclavo, le harás una visita en su casa. Lleva a Milton o a Shackle contigo, pero no descuiden a Luis en la posada.

—No, por supuesto que no.

—Le harás firmar la escritura que encontrarás ahí mismo y luego se la llevarás a Covarrubias para que la legalice. En cuanto al segundo, le ofrecerás doscientos pesos por la esclava Felipa. Si no accede a la venta, lo convencerás con otros medios, pero en este caso no le darás ni un cuartillo. Quiero estas dos cuestiones resueltas en cuatro días, no más. Ahora prepara mi caballo. En dos horas me encontraré con O'Maley y Zorrilla.

—¿Deseas que te acompañe?

—No. Comienza con el primer asunto. Hazle una visita esta misma noche. No volveré a dormir aquí, me quedaré en la casa de San José —informó.

Blackraven, asistido por Trinaghanta, tomó un baño rápido y se vistió con prendas cómodas para montar. En el corredor advirtió la silueta de Melody, que se deslizaba en la habitación de Víctor seguida por Sansón. Logró verla a través del resquicio de la puerta, sentada en el borde de la cama. El niño sollozaba tomado a su cuello. Resultaba obvio que había tenido una pesadilla. Melody le hablaba y le pasaba la mano por la espalda. Más calmado, Víctor aceptó volver a acostarse y la institutriz lo arropó. Le cantó una canción en gaélico y esperó a que se durmiese para volver a su dormitorio. Blackraven le salió al paso.

—Sansón, vete de aquí —ordenó en voz baja.

—Hazle compañía a Víctor —dijo Melody, y le palmeó la enorme cabeza.

Blackraven alternó una mirada azorada entre la muchacha y el perro que, con el

hocico, empujó la puerta del dormitorio del niño y se metió dentro.

—En vista de los acontecimientos de esta mañana, creo que usted, señorita Isaura, me debe una explicación.

—Pues yo no lo creo así, señor. Usted dejó en claro que yo soy una ramera. ¿Qué más puedo agregar? Si así lo desea, mañana mismo dejaré esta casa.

Blackraven la acorraló contra la pared.

—Dígame, ¿qué hacía en ese lugar?

—¿No soy acaso una ramera? ¿Qué haría en un burdel si no lo fuera?

—¡Usted *no puede* ser una prostituta!

—¡Pues no lo soy! —exclamó Melody, con los dientes apretados para no gritar—. Pero desearía que algunas de las mujeres más refinadas y católicas de Buenos Aires fueran tan generosas como esas rameritas que nos acogieron a Jimmy y a mí cuando estábamos por morir de hambre y de frío. Ahora, déjeme pasar. Es tarde y estoy cansada.

—Por favor —suplicó Blackraven, y la sujetó por los brazos.

El contacto los afectó por igual. Atrapados en la intensidad del momento, se miraron a los ojos, pero la agresividad de antes se había esfumado. La delgada tela del salto de cama le permitía sentir la carne mórbida de Melody. Ella temblaba, y lucía tan pequeña y desprotegida que de nuevo alentó en él las fuerzas primitivas de un macho en celo. Necesitaba mostrarle su poderío, quería marcarla como de su propiedad, y al mismo tiempo lo urgía protegerla, apartarla del mundo que tanto daño podía causarle y de quienes la reclamaban —los esclavos, Víctor, Covarrubias—, porque Isaura Maguire le pertenecía a él.

Sí, que ella le perteneciera a él, pero él también quería pertenecerle a Isaura Maguire; quería que lo acogiese en ese mundo de alegría que se formaba en torno a ella y que él destrozaba con decir “buenas tardes”. Su fuerza e imperio lo convertían en un hombre torpe y mundano en el trato con la única mujer bondadosa que conocía. Mientras las demás lo halagaban haciéndolo sentir un Adonis, ella lo reducía a una escoria. No soportaba su mirada de desprecio ni la condena en sus ojos. Si ella llegase a admirarlo, él volvería a sentirse completo.

Todo acontecía demasiado aprisa. Esos sentimientos eran tan súbitos y tan nuevos que lo enmudecían. Las ansias que experimentaba —de dominarla, de protegerla, de pertenecerle, de lograr su beneplácito—, tan disímiles unas de otras y tan ajenas a su temperamento, lo exponían en carne viva con una mujer que lo desdeñaba. Ella no lo sabía pero contaba con el poder para herirlo. Aquella certeza lo inquietó. “¿Por qué está pasándome esto?”, e hizo un esfuerzo por zafar del encadenamiento en el que lo sumían esos ojos turquesa.

Su mirada cayó en la boca de Melody, y se preguntó cómo un ángel podía tener la boca de una puta. Su excitación comenzó a elevarle las pulsaciones.

Melody intuyó que Blackraven quería decirle algo pero que no acertaba con las palabras. Ella no se animaba a desviar los ojos de él, le parecía que si lo hacía algo se haría añicos. Sus manos seguían sujetándola con firmeza, sin dañarla. Pablo la había tocado muchas veces y no le había hecho sentir nada. Se había dejado envolver por sus brazos pensando que de eso se trataba, de no sentir nada. Ahora entendía que se había equivocado. Las manos de ese inglés parecían quemarla, al tiempo que agitaban una corriente a veces fría, a veces cálida, que le surcaba el cuerpo.

Al verlo inclinarse con el propósito de besarla, alcanzó a murmurar un “no”, pero cuando él le suplicó al oído: “No me odies”, un aflojamiento se apoderó de ella, echó la cabeza hacia atrás hasta encontrar la pared y cerró los ojos. Se habría deslizado al suelo si los brazos de Blackraven no hubiesen pasado por su talle para sostenerla. “¡Qué agradable sensación!”, pensó, ya del todo relajada, distanciada de sus problemas. Aquellos brazos y la fuerza que transmitían habían expulsado sus demonios. Por primera vez en mucho tiempo se sentía segura y la cercanía de un hombre no la aterrorizaba.

Lanzó un leve quejido al sentir los labios de Blackraven sobre los de ella. Habría preferido permanecer así toda la noche, en silencio, sostenida por su fuerza, los brazos desfallecidos al costado del cuerpo, adormecida por la caricia de la respiración de él en el escote, envuelta en su aroma varonil. De todos modos, le permitió que la besara, dejó que sus labios se apoyaran en su boca y que la acariciaran. Casi de inmediato se dio cuenta de que había cometido un error. Blackraven comenzó a agitarse, y sus manos, que le apretaron la cintura, le confirieron la idea del desenfreno que se apoderaba de él. Le temió. Ahora sus labios devoraban los de ella y, con la lengua, pugnaba por penetrar en su boca. La mordisqueaba, la lamía. No lograría detenerlo, no a él, un hombre con la contextura de un gladiador.

Blackraven arrancó su boca de la de Melody y arrastró los labios por sus mejillas. Entonces notó que lloraba. Se apartó y, sosteniéndola por los brazos, le estudió el rostro. Mantenía los ojos apretados, pero las lágrimas seguían brotando entre sus párpados. Temblaba de miedo, igual que la noche anterior.

—No, Isaura, no, por favor —le suplicó.

La cargó en brazos y la llevó al dormitorio. La dejó sobre la cama y la cubrió con la sábana. Ella se había acurrucado y seguía temblando y sollozando en silencio, de seguro para no despertar a Jimmy, dormido en un camastro junto a la ventana. La compasión lo invadió. Se habría acostado junto a ella y pegado a su cuerpo si no hubiese sospechado que él era el motivo de su quebrantamiento.

Salió del dormitorio. Segundos atrás se había creído pleno y dichoso. En ese momento quedaba un vacío perturbador.

Capítulo X

En silencio, Alcides Valdez e Inclán liberó su miembro erecto y lo acarició. El cuerpo desnudo de Bernabela siempre ejercía ese efecto en él, sin importar cuántos años pasaran. Su cabello largo le bañaba la espalda y se regaba sobre las piernas de Blackraven cuando ella, gimiendo, llevaba la cabeza hacia atrás. Las manos enormes y oscuras de su socio le acariciaban los pechos pálidos, mientras las caderas de Bela danzaban sobre la pelvis de Blackraven. Admiraba el dominio que Roger conservaba hasta el final. Sus ojos, intensos, la seguían, medían sus reacciones, estudiaban sus gestos. La conocía, sabía cuándo y dónde tocarla, la posición en que más disfrutaba, el momento exacto en que la acometería el orgasmo.

Jamás olvidaría la primera vez que los vio juntos, durante la visita anterior de Blackraven, a fines de 1804. El aturdimiento en el que cayó lo salvó de precipitarse dentro de la alcoba y retarlo a duelo. Su vida habría terminado aquella noche, cualquiera que fuera el arma que hubiese elegido. Pocas veces se había topado con un hombre tan diestro con la espada y el cuchillo, sin mencionar que su puntería era infalible. “Tengo que pensar”, se dijo, sin apartar los ojos del cuadro que componía su esposa bajo las pesadas embestidas de Blackraven. En torno a él, poco a poco, el aire comenzó a viciarse de odio. Esa mujer que gemía y cuyas piernas envolvían las caderas de Blackraven no se parecía a su Bela, siempre tan evasiva y recatada en la cama.

Pronto descubrió que le gustaba mirarlos, que la excitación que alcanzaba después entre las ancas de alguna esclava le proporcionaba los orgasmos más intensos. Así, noche tras noche, mientras accedía a la farsa de dejarse drogar con una infusión de Cunegunda, se deslizaba en la oscuridad de su casa hasta alcanzar la ventana de la habitación de Blackraven que se había asegurado de dejar sin pestillo. Y, mientras se masturbaba, pensaba en la forma de destruirlo.

Esa noche había seguido a Bela y a Cunegunda que, como todos los días desde la vuelta de Blackraven del Retiro, se aventuraban en la oscuridad de la ciudad hasta la casa de la calle de San José. A él no le costaba entrar, tenía un juego de llaves. Por fortuna, Somar, Trinaghanta y Sansón, el intimidante terranova, habían quedado en la quinta. Se movía con libertad, sin temor a que los pocos esclavos lo descubriesen pues dormían alejados, en el fondo de la casa. En cuanto a Cunegunda, la negra esperaba en la cocina.

Un imperceptible cambio se había operado en Blackraven en los últimos encuentros; Bela también lo notaba, y el mal humor que la había atacado durante su ausencia no mejoró cuando él regresó del campo. Alcides se preguntó si habría otra mujer, si miss Melody tendría que ver con la mudanza de su socio. Sabas, que a diario le traía noticias del Retiro, aseguraba que el trato con la institutriz no se había

desarrollado en los mejores términos. Bien sabía él que miss Melody podía sacar de tino a cualquiera, incluso al inmovible Blackraven. Pero más le había interesado saber que una de las esclavas, Berenice, juraba haberlos visto una noche en la cocina, en una actitud comprometida. Según refería la anécdota, miss Melody se había escabullido dejando a Blackraven caliente como una brasa.

Se quedó prendado del hermoso sonido que producía Bela cuando alcanzaba el orgasmo. Agitó la mano sobre su miembro y segundos después consiguió el alivio. Al levantar la vista, descubrió que Blackraven ya había dejado la cama y se paseaba desnudo por la habitación en tanto Bela aún permanecía acostada, con los ojos cerrados. Alcides se dio cuenta de que su socio no había encontrado satisfacción, y podía percibir la humillación y la amargura de su esposa. De seguro, presagiaba lo mismo que él: pronto la haría a un lado.

No importaba. Dentro de algún tiempo moriría. Le había costado decidir la manera de eliminarlo. Roger Blackraven no era el tipo de hombre al que se sorprendía con la guardia baja. Entrenado para esperar la muerte a la vuelta de la esquina, vivía con esa creencia. Aunque le costara aceptarlo, lo admiraba. En realidad, le inspiraba una mezcla de odio, envidia y admiración.

Por primera vez en muchos años sentía que su temor a Blackraven se diluía. Después de todo, no se trataba de un ser invencible, y él no se encontraba desprovisto de armas para atacar. El talón de Aquiles de Blackraven estaba expuesto, siempre lo había estado, pero sólo después de descubrir la infidelidad de Bela reunió la fuerza y halló la justificación para golpearlo. Hacía tiempo que había accionado el mecanismo que acabaría con la vida del hombre que le había quitado su tesoro máspreciado.

Lo enorgullecía la sagacidad con que se había movido para obtener una combinación mortal de información secreta y odio que dejaría a Blackraven indefenso. Sus enemigos no tardarían en caerle encima. “Sólo es cuestión de tiempo”, se dijo, “para que el mensaje llegue a los oídos correctos, si no ha llegado ya”. Ansiaba la muerte de Blackraven no sólo por venganza sino porque lo volvería un hombre de gran fortuna ya que la mayor parte de sus propiedades y negocios en el Río de la Plata se hallaban a nombre de su testaferro, Alcides Valdez e Inclán.

Alcides se acomodó la camisa dentro del pantalón, se echó la capa a los hombros y abandonó la residencia de la calle de San José envuelto en el mismo sigilo con el que se había movido las noches anteriores.

Hacía una semana que el señor Blackraven había dejado la quinta del Retiro y no habían vuelto a saber de él. Melody se decía que era mejor así. Sin él, la placentera vida que habían conducido hasta su llegada volvía a transcurrir en paz. Aunque Víctor lo echaba de menos y le preguntaba a Somar cuándo regresaría. El turco se limitaba a levantar los hombros y a negar con la cabeza.

—Su padrino es impredecible, niño Víctor.

Melody apuró a Fuoco y sonrió a Sansón, que se mantenía a trote cerca de los cascotes del alazán. Miró hacia el río, donde el sol comenzaba a asomar en el horizonte.

En realidad, ella también echaba de menos a Blackraven. El último encuentro en la planta alta, al cobijo de la oscuridad y del silencio de la noche, volvía de continuo a su mente. “No me odies”, le había suplicado, y a ella le pareció que él estaba entristecido. ¿Sería genuina su pena? ¿Confiaría en un hombre como él, un seductor consumado? Sabía que se acostaba con la esclava Berenice, y se murmuraba que entre él y doña Bela existía un romance. ¿Enamoraría también a su sierva, la tal Trinaghanta? ¿Las besaría como lo había hecho con ella?

Se acarició los labios tratando de revivir la sensación que le habían provocado los de él. La suavidad del primer contacto se había transformado en un ardor que la asustó y que le trajo malos recuerdos. Le temía a la fuerza de los hombres, a que la sometieran y que ella nada pudiera hacer. Por eso había llorado; entonces, él le había suplicado: “No, Isaura, no, por favor”. Se empeñaba en llamarla Isaura, el nombre que le había dado su madre y que nunca le había gustado a su padre, quien, como de costumbre, impuso su voluntad y la apodó Melody, en honor de su canto. “Isaura”. La voz de Blackraven volvía a atravesarla, enervándola.

La visita de Covarrubias la tarde anterior la había dejado perpleja.

—Nepomuceno ya está en posesión de la escritura que acredita que él es el dueño de la casa en el Tambor.

—¡Oh, doctor! —se emocionó Melody—. ¡Qué maravilloso! Se lo agradezco tanto.

—No me agradezca a mí —declaró Covarrubias, con amargo acento, y, movido por un sentido proverbial del honor, añadió—: Su excelencia, el conde de Stoneville, se hizo cargo del asunto y lo finiquitó en días. —Sin darle tiempo a reaccionar, prosiguió—: En cuanto a la suerte de la esclava Felipa, ayer me llegó una nota de la madre superiora del convento de las Clarisas en donde me decía que la muchacha fue anónimamente donada para que se desempeñe como doméstica en ese claustro. No es necesario que le recuerde, miss Melody, que ése era el deseo más ferviente de Felipa después de que su patrona profesó con el velo negro para esa congregación.

—Sí, lo recuerdo. ¿Su excelencia otra vez? —alcanzó a preguntar, y Covarrubias asintió.

Volvió a mirar en dirección al río y le pareció divisar, alejado de la costa, a un nadador. Se inquietó; nadie en la zona desconocía el peligro de las corrientes del Plata. Brazada tras brazada, el nadador se adentraba en el río, volviéndose cada vez más pequeño; a veces desaparecía de la vista detrás de una onda. Se preguntó si se trataría de Pablo, siempre tan imprudente, pero lo descartó casi de inmediato; el asentamiento de troperos se encontraba distante de allí.

Desmontó y, con la mano sobre la frente, trató de no perder de vista al intrépido que desafiaba al río. Permanecería allí hasta verlo a salvo en la costa, aunque no supiese nadar. Se dio cuenta de que el intrépido habría desaparecido de la faz del río para cuando ella regresase con ayuda; de igual manera, se quedó en el filo de la barranca, atenta. El nadador se adentró más de dos millas pues pasó el malecón donde atracaban los barcos, y hubo un momento en que Melody dejó de verlo. Se impacientó, se movió hacia uno y otro lado, y esforzó la vista. Fuoco y Sansón compartían su inquietud.

A punto de ir por auxilio, volvió a distinguir la diminuta cabeza. Se notaba que nadaba hacia la costa. El alivio la llevó a correr barranca abajo, seguida por Sansón, decidida a alertar al intrépido de la peligrosidad de las aguas. Por un momento volvió a temer que se tratase de Pablo y el corazón se le llenó de aprensión. No quería encontrarse a solas con él.

El nadador se acercaba a la orilla en tanto ella ganaba terreno. A pasos del sitio donde rompían las mansas olas, Melody se dio cuenta de que era Blackraven. “Ha vuelto”, pensó, y se puso contenta. Sansón ladró y sacudió la cola, y se precipitó a saludar a su amo. Melody permaneció a cierta distancia sin decidir qué hacer. Por lógica y educación, se dijo, debería saludarlo; pero como ni la lógica ni la educación habían caracterizado sus encuentros, a él no le extrañaría si ella daba media vuelta y se alejaba a toda prisa.

Blackraven dejó de nadar y se puso de pie para caminar el último tramo hacia la playa. Enseguida divisó a Melody. Siguió avanzando; el río se retiraba y le descubría el cuerpo desnudo. Sus ojos penetraban los de ella. Melody se quedó quieta, con la vista fija en él. Blackraven era perfecto, eso la complacía, y al mismo tiempo la incomodaba porque evidenciaba la imperfección de su propio cuerpo.

El agua se escurría por el cabello de él, largo y suelto, y por su rostro, afilándole los lineamientos. Tenía el pecho cubierto por un vello oscuro. Le gustaron sus piernas, gruesas y sólidas, y los brazos de hierro que habían vencido al río y a sus trampas. Varias cicatrices le surcaban el torso y los miembros, y llegó a distinguir un tatuaje en el brazo izquierdo. La piel en torno a su cintura empalidecía y, entre una espesa mata de vello renegrido, asomaba un apéndice largo que creció y se endureció ante sus ojos. Era la primera vez que veía a un hombre desnudo, y no conseguía determinar si lo encontraba fascinante o repugnante. Se suponía que ese órgano debía penetrar el cuerpo de una mujer. “Es demasiado grande, ¿quién podría contenerlo?”. Un cosquilleo la sorprendió entre las piernas, similar al de la noche en que la besó. “¿Cómo puede él afectarme tanto?”, se preguntó con fastidio.

Ninguno escuchaba los ladridos de Sansón ni el chirrido de las gaviotas ni el sonido del oleaje al lamer las piedras de la costa.

Prisioneros de las emociones, se contemplaban con intensidad. Blackraven

avanzó y Melody retrocedió, levantó la mano y gimoteó un lánguido “no”. Corrió cuesta arriba y saltó a la grupa de Fuoco, que galopó hasta perderse en la fragosidad del bosque de olivos.

Jimmy y Víctor se divertían con una peonza en el pórtico, cerca de la puerta principal, mientras Béatrice y Leonilda estudiaban la evolución de unos esquejes de rosas que él había traído de Holanda. Buscó a Melody por los alrededores. Temía que se hubiese fugado después del encuentro de esa mañana en la playa, aunque la presencia de Jimmy lo tranquilizó.

Durante esos siete días había pensado en ella todo el tiempo, como si se tratara de una presencia que lo acompañaba a cualquier parte y que lo distraía en asuntos de capital importancia.

Había pasado las tardes con Luis en la posada “Los Tres Reyes”, buscando en ese joven de casi veintiún años la clave de un misterio que no conseguía resolver. Como Luis se quejó de aburrimiento, le propuso colaborar con el doctor Moreno en la traducción de *Du contrat social*. Acordaron además una visita al Retiro para la semana siguiente.

Se había entrevistado en varias oportunidades con sus espías, O’Maley y Zorrilla, que le ratificaron la presencia de una logia jacobina en Buenos Aires que, en contra del deseo del movimiento independentista criollo, buscaba la libertad del Río de la Plata con los auspicios de la Francia. Asimismo, O’Maley se había ocupado de seguir al festejante de Béatrice, el escocés William Traver. Se lo tenía por comerciante; viajaba a menudo a Montevideo e incluso a Río de Janeiro. Resultaba alarmante que hubiese visitado en varias oportunidades la casa de quien se suponía que era el cabecilla de la logia francesa y que concurriese a menudo a una librería frente a San Francisco regentada por un francés que vendía libros sin el *nihil obstat* concedido por la Iglesia.

Le había llegado una invitación de Nicolás Rodríguez Peña para compartir una cena en su casa de la calle de Las Torres. Con prudencia, Blackraven había comenzado a exponer sus ideas de libertad para ganarse la confianza de los criollos, tarea nada fácil ya que se sabían perseguidos por el virrey y temían a los traidores. Con Mariano Moreno fue distinto. Había ido a la casa de San José en tres oportunidades, siempre con la excusa de la traducción del libro de Rousseau. El muchacho le había confesado su ambición de romper con la España, a quien tildó de nación retrógrada, poblada por mezquinos y corruptos; su discurso, carente de circunloquios, puso de manifiesto lo que Blackraven había entrevisto en casa de Altolaguirre: que la pasión de Moreno, con tintes extremistas, debía manejarse con cuidado; podía ser útil, pero descontrolada se convertiría en fatal.

Aunque no había vuelto a encontrarse con Papá Justicia, Somar, que había viajado a la ciudad en un par de ocasiones, lo mantenía informado acerca de la rebelión de los

esclavos. Se pretendía llevar adelante el ataque simultáneo a los principales negreros —Álzaga, Sarratea y Basavilbaso— durante la madrugada del Viernes Santo. Faltaban meses. Las armas habían sido entregadas y los esclavos eran adiestrados durante la noche en el barrio del Tambor.

Junto con Valdez e Inclán, visitó a diario las obras de la curtiembre. Cerca de allí se ubicaba la sede de la Real Compañía de Filipinas, y aprovechó para visitar a Sarratea que lo puso al tanto del ataque sufrido días atrás.

—Esperábamos que algo así ocurriese, excelencia.

—¿Por qué? ¿Alguien lo previno?

—No, nadie —dijo, pero Roger no le creyó—. Lo intuíamos porque la negrada anda muy revoltosa, y no es de extrañarse, con tanto francés revolucionario suelto por Buenos Aires. ¡Qué plaga! Además, hace poco llegó un barco con negros haitianos que les llenaron la cabeza de ideas raras.

—Veo que la influencia de Toussaint L'Ouverture ha alcanzado estas costas —comentó, pero Sarratea no sabía de quién le hablaba—. ¿Se conoce la identidad de los atacantes?

—No. Sólo sabemos que eran tres, todos con buenas monturas.

Por un lado lo tranquilizó que no mencionara al Ángel Negro; por el otro, se preocupó al enterarse de que habían sido tres jinetes los responsables del acto de vandalismo. No le quedaban dudas de que Isaura Maguire era uno de ellos, pero lo enloqueció de celos pensar en los otros dos. Por alguna inexplicable razón, se negaba a hacerla seguir, no deseaba investigarla, quizá porque temía descubrir algún secreto de ella que destruyese lo que su instinto se empeñaba en repetir: “Nunca has conocido ni conocerás a un ser más puro que esa muchacha”.

A sus preocupaciones se sumaba el nombre que Papá Justicia había deslizado durante su conversación: Popham. Él conocía a un comodoro inglés, sir Home Popham, amigo del venezolano Francisco de Miranda. Este último, durante años, había mendigado por toda Europa el apoyo para una incursión que liberase a Venezuela del dominio español. Blackraven los conocía bien a ambos, y no resultaba descabellado especular que hubiesen planeado un ataque a Montevideo o a Buenos Aires. Debía deshacerse de ellos.

La variedad de asuntos y responsabilidades lo mantenía despierto hasta la madrugada. La correspondencia le llevaba tiempo, y nunca faltaba la visita de Bela, que llegaba alrededor de las doce en compañía de Cunegunda. Había terminado por darle una llave de la puerta principal para que no usara la aldaba; los esclavos debían mantenerse ajenos al asunto. Cada vez le costaba más complacerla, y ella se daba cuenta. Su obsesión por Isaura Maguire estaba afectándolo más que ninguna otra mujer en su vida.

La divisó a lo lejos. Conversaba con Servando, el esclavo que Valdez e Inclán

había adquirido para semental y que, durante el día, se desempeñaba como achurador, el oficio más humillante entre los negros. Reparó en él por primera vez: se trataba de un hombre joven —veinticinco años, quizás un poco más— de excelente constitución, delgado, fibroso, muy alto y de aspecto saludable; de eso daban cuenta las cuatro esclavas embarazadas que había dejado en la casa de la calle Santiago. Se preguntó si ya habría servido a alguna de las del Retiro.

Caminó hacia ellos, decidido a alejarlo de Melody. ¿Por qué reían? ¿Qué complicidad los unía? ¿Qué tenía que hacer un negro como ése, manchado de sangre y que apestaba a tripas de vaca, con Isaura? La sospecha lo condujo a grandes zancadas. Servando lo vio venir y se quedó mudo. Melody dio media vuelta y se volvió deprisa al ver de quién se trataba.

—Está bien, Babá, yo me haré cargo —la escuchó decir—. Vuelve al matadero ahora.

—Buenos días, amo Roger —dijo Servando, sin visos de temor.

—¿De qué se hará cargo usted? —la increpó—. ¿Acaso no tienes que hacer en el matadero? —se dirigió al esclavo.

—Fue mi culpa, señor —expresó Melody, sin mirarlo, aún de espaldas—. Yo le pedí que me hiciera un servicio.

—¿Se puede saber qué clase de servicio?

—Algo personal. Vete ya, Babá, no pierdas más tu tiempo por mi culpa.

—Con permiso, amo Roger —dijo el esclavo, y se marchó tras una rápida inclinación.

Melody se movió con la intención de volver a la casa, pero Blackraven la tomó por el brazo.

—¿Cómo lo ha llamado?

—Babá.

—Míreme. ¿Por qué no me mira?

—No puedo.

—¿Por qué? —Melody guardó silencio—. ¿Por lo que ocurrió esta mañana en el río? ¿Porque no se atreve a admitir que le resulto atractivo y que su cuerpo la traicionó con un montón de sensaciones al verme desnudo?

—Por favor, no me humille.

—¿Por qué lo ha llamado Babá? —preguntó con imperio, temiendo que se tratase de un nombre que usaban en la intimidad.

—Porque así se llama.

—Su nombre es Servando.

—No —contradijo Melody, y levantó la vista—. Ese nombre le pusieron el día en que lo embarcaron en el África. Su nombre es Babá. Y así lo llamaré yo. Dígame, señor Blackraven, ¿sería de su agrado que, de buenas a primeras, un día le cambiaran

el nombre y le trastornaran la vida, lo arrancaran del seno de su familia y lo llevaran a un lugar distante con personas que no conoce y que no muestran ningún cariño por usted?

La pregunta pareció afectarlo. Desvió la vista y contempló a la lejanía, como si meditase la respuesta.

—No, claro que no —concedió, segundos después—. ¿Se preocuparía usted por mí y me dispensaría el trato afectuoso que reserva para Babá si yo hubiese atravesado por una situación similar?

—Señor Blackraven, no consigo imaginar la situación en la que usted me inspiraría lástima.

Para asombro de Melody, la respuesta lo ofendió.

—Me desprecia. Por inglés y por tener esclavos.

—No, no lo desprecio —y no se animó a agregar: “Aunque debería. Por inglés y por tener esclavos”.

—¿Qué encomienda le encargó a Babá? —Ante la reserva de Melody, insistió—: Si se trata de la suerte de alguno de mis esclavos, exijo saber. Yo resolveré el problema.

—No se trata de la suerte de uno de sus esclavos.

—Aunque se trate de la suerte del esclavo de cualquiera —se impacientó—, de hoy en más, usted acudirá a mí para resolver esas cuestiones.

—El doctor Covarrubias...

—El doctor Covarrubias ya no tiene injerencia en este asunto. El famoso Ángel Negro —pronunció, y Melody levantó la vista rápidamente— está causando una inquietud que no estoy dispuesto a tolerar. Hay quienes la asocian con un ataque ocurrido días atrás a la Real Compañía de Filipinas, el mismo día en que yo la vi cruzar los campos como si huyese de algo o de alguien. No admitiré escándalos relacionados con mi nombre, señorita Isaura. Y usted, aunque no lo desee, está relacionada conmigo.

La desilusión la dejó callada y triste.

—¿Qué le pasa? —preguntó Blackraven, de mala manera—. ¿Acaso le he prohibido que siga con este dislate de creerse el adalid de los negros? Le he ofrecido mi ayuda. Le aseguro, señorita Isaura, que será mucho más efectiva que la del doctor Covarrubias. Y más discreta, también.

—Imaginé... —habló Melody en voz tan baja que Blackraven se inclinó para escucharla—, imaginé que usted ofrecía su ayuda porque se compadecía de los africanos. He sido una cándida al pensar que usted era un buen hombre. Todo lo hace por propia conveniencia.

—Quizá no posea su magnanimidad, Isaura, pero tampoco soy un monstruo —se defendió.

—¡Roger, querido! —exclamó de lejos Béatrice, y Melody amagó con escabullirse hacia la casa.

—Aquí se queda —ordenó Blackraven, y volvió a tomarla por el brazo.

La señorita Béatrice y Leonilda se acercaron, con Jimmy y Víctor por detrás.

—Pensamos que no regresaría a tiempo para cumplir su promesa, señor —dijo Víctor, y Melody se enorgulleció de su aplomo.

—¿Qué promesa es ésa, muchacho?

—Llevarnos a la Plaza de Toros a ver la corrida. Hoy es domingo —le recordó.

Aunque Melody detestaba ese espectáculo, no se opondría si Blackraven decidía llevar a los niños. Hacía tiempo que no veía a Jimmy con esa ansiosa alegría en los ojos. Últimamente, su salud se deterioraba sin remedio. Dos noches atrás había sufrido un desmayo y todavía su semblante conservaba un tinte azulado.

—¡De veras, Roger! —se sumó Béatrice—. Será un refrescante esparcimiento.

Blackraven expresó con picardía:

—Iremos si la señorita Isaura nos acompaña.

—¿Verdad que nos acompañará, miss Melody? —se impacientó Víctor.

—Acompáñanos, Melody —pidió su hermano.

—Sí, iré con vosotros.

Se decidió que, después de oír misa en la iglesia del Pilar y del almuerzo, partirían a pie a la Plaza de Toros, lindante con el extremo sur del Retiro.

Como había dado por sentado que Blackraven no iría a misa, Melody se sorprendió al verlo. Tenía un aspecto demasiado profano para no descollar entre la feligresía. Hombres y mujeres se concentraron en él mientras avanzaba por la nave principal con la señorita Béatrice del brazo. Llevaba la cabeza descubierta, el cabello peinado hacia atrás en una coleta, brillante como el mármol negro a causa del aceite de Macassar.

Una oleada de calor cubrió las mejillas de Melody al evocar el embarazoso encuentro de esa mañana a orillas del río. Apretó el rosario entre sus manos. Juzgaba tan escandaloso dar cabida a esas imágenes en una iglesia como haber permanecido quieta mirándolo en sus partes pudendas. Todavía le costaba entender qué la había poseído. Quería pedir perdón a Dios y olvidar, pero el momento de silencio e intimidad compartido con ese hombre era lo único en lo que pensaba. Cada instante vivido con Roger Blackraven guardaba un secreto, algo que sólo él y ella sabían.

Sintió el peso de su mirada a lo largo de la misa como advertencia de que las cuestiones entre ellos no habían concluido. Aún quedaba el tema de los esclavos por zanjar. Él había ofrecido su ayuda y había dado pruebas al conseguir la escritura de Nepomuceno y al arreglar la aceptación de la negra Felipa en el convento de las Clarisas. Aquellos favores debieron de costarle una fortuna, pero, como lo consideraba un hombre que no movía un dedo si no entreveía un beneficio personal,

no podía dejar de pensar que, de algún modo, aquello le convenía.

Terminada la ceremonia, esperó que se desalojara el templo para dirigirse a la capilla del Sagrado Corazón. Quedaban algunas mujeres, las mismas con las que había rezado el rosario antes de misa. Se acomodó la mantilla y se ubicó en el reclinatorio. Sabía que cuando levantara la vista y se cruzara con la mirada de Cristo lloraría. Le pediría por Jimmy, que no se lo quitara, le ofrecería su salud a cambio.

Blackraven la buscó entre los feligreses, en el atrio. Divisó a los Valdez e Inclán, que almorzarían con ellos para concurrir después a la Plaza de Toros; vio a Béatrice conversando con Concepción, la esposa de Altolaguirre; a Víctor y a Jimmy, que seguían jugando con la peonza; al padre Mauro, gran amigo de Melody, según le había informado Somar; a Covarrubias, a Diogo Coutinho, a los vecinos, a un grupo de esclavos, a todos menos a ella.

Preocupado, volvió a la iglesia. La descubrió de rodillas frente a un oratorio cercano al altar principal. El aire, surcado por filos de luz, olía a cirios y a incienso, aromas agradables que acentuaban el ambiente de recogimiento que lo obligó a moverse con sigilo. Tan absorta se hallaba Melody que no advirtió su presencia, a pesar del juego de luces y sombras que se produjo.

Blackraven era un iconoclasta incapaz de creer en alguien superior a sí, demasiado orgulloso para pedir ayuda. Repetía que, cada vez que necesitó una mano, la encontró en el extremo de su otro brazo. Hacía tiempo que había desterrado a Dios de su vida y se burlaba de quienes apelaban a esa entelequia para solucionar los problemas; los tildaba de cobardes. Con Isaura Maguire, en cambio, nada le evocaba la palabra “cobardía”, ni siquiera en ese momento en que, como en trance, con una mirada sin parpadeos fija en la imagen del Sagrado Corazón, parecía avasallada y débil, sometida a la voluntad del Ser supremo. Su devoción, por el contrario, le inspiró respeto.

Notó las lágrimas que le mojaban las mejillas. Su palidez lo asustó. Una luz alabastrina le transfiguraba el rostro. Blackraven no conseguía articular palabra. Se había convertido en prisionero del silencio y de la solemnidad que la piedad de Isaura infundía. ¿Tenía derecho a la pureza de esa mujer?

Melody sufrió un quebranto y se cubrió la cara con ambas manos. Blackraven cayó de rodillas a su lado, y ella se percató de una mano en su cintura y de la calidez de un aliento agradable que le jugueteó al oído. Las palabras que siguieron parecían parte de un sueño.

—Yo haría cualquier cosa por ti.

Lo miró a los ojos y trató de descubrir la trampa. No confiaba en ese hombre. Hermoso, rico, vano, mujeriego, seductor. Inglés. Frío, calculador, inescrupuloso. Una agobiante sensación de soledad y vulnerabilidad la llevó a confesar:

—Es por Jimmy.

—Lo sé —dijo él, mientras le pasaba un pañuelo.

—Anteayer se desmayó. Pensé que había muerto. No conseguía volverlo en sí — recordó, con desesperación.

—Lo sé. Somar me envió una nota comunicándomelo. Por eso he vuelto.

Se miraron, muy cerca el uno del otro. Nunca había experimentado la ternura que le inspiraba esa muchacha, con su pequeña nariz enrojecida y los ojos brillantes de lágrimas.

—Mañana por la mañana nos visitarán dos médicos, los mejores de la ciudad, y se ocuparán de Jimmy.

—No más médicos. ¿Qué me dirán? ¿Que no le queda mucho tiempo? No soportaré escuchar eso otra vez. Es lo que han venido diciendo desde que nació. No, no quiero un médico ni dos. Jimmy les teme.

—Isaura, debes ser razonable. —Roger había caído en el tuteo, y para ella resultaba extrañamente natural—. Se trata de los mejores. Quizás exista alguna esperanza.

—Costará un dinero que no poseo.

—Yo me haré cargo.

—No.

—Muchacha, no seas obstinada —repuso él, con paciencia—. Un inglés es tan bueno para ayudarte a salvar a tu hermano como un hombre de cualquier otra nacionalidad. ¿Impedirás que Jimmy sea asistido por un buen par de catedráticos y todo por un orgullo estúpido?

Ella bajó la vista, apenada, y no volvió a hablar; se secó las lágrimas y se puso de pie. Blackraven la ayudó.

Bernabela lo vio salir de la iglesia junto con miss Melody. No se tocaban, igual los rodeaba un halo de intimidad y complicidad. Lo que la esclava Berenice le había referido a Sabas no se presentaba tan descabellado a la luz de esa imagen. Había hecho bien en pedirle que investigara el pasado de la institutriz. De alguna manera se desharía de ella. Los hechizos de Cunegunda no surtían efecto y la esclava se negaba a volver a practicar la magia negra.

—Miss Melody tiene un espíritu muy poderoso que la protege. Todo lo que hago se vuelve en mi contra. Estoy segura de que Justicia la protege y yo no quiero terminar muerta, ama Bela.

—Envenénala.

—Yo no sé naa de eso —mintió.

Papá Justicia la había amenazado con matarla si la descubría practicando con venenos otra vez.

Allí iba Diogo a saludarla, con esa cara de cordero que reservaba para su adorada miss Melody. Si al menos le propusiera matrimonio y se la llevara lejos. Se lo

sugeriría, incluso el rapto debía considerarse. Blackraven no permitió que Diogo los demorara, y siguió avanzando hacia la salida; ahora su mano se apoyaba en la parte baja de la espalda de Melody y le abría el paso como si se tratara de un lictor. Un grupo de esclavos intentó acercarse, y Blackraven, mano en alto, ordenó:

—No ahora. Más tarde, por la parte trasera del Retiro.

Ante aquel despliegue, Bela se quedó atónita. La protegía con un celo que jamás habría imaginado en un hombre frío como él. Una risa histérica le trepó por la garganta y se tapó con el abanico. ¿Roger Blackraven enamorado de una criatura anodina como miss Melody? ¿Roger Blackraven enamorado? La ironía le pareció absurda.

Se acordó de la última vez en la casa de San José y se deprimió. Lo había notado distante, se había excitado con dificultad. La torturó pensar que, mientras le hacía el amor, imaginaba a miss Melody. Un sentimiento oscuro llenó de tinieblas su ánimo, y la detestó con una fuerza renovada que no experimentaba por nadie, ni siquiera por Valdez e Inclán.

Diogo Coutinho se ubicó a su lado.

—Veo que miss Melody no está en tan malos términos con Blackraven como nos han cotilleado.

—Si no te apuras —acicateó Bernabela—, otro morderá el fruto que tanto te tienta. —Diogo asintió—. ¿Por qué no la seduces? Eres un hombre lleno de argucias con las mujeres, no comprendo qué esperas—. Meses atrás le propuse matrimonio.

—No me lo habías dicho —se pasmó Bela.

—Me rechazó.

—¡Qué pretenciosa!

—Aseguró que jamás contraería matrimonio.

Bela observó a su hermano por el rabillo del ojo y supo leer la codicia y los celos que se entremezclaban en su gesto despreocupado.

—Ráptala, Diogo. No tendrá opción y se casará contigo.

Coutinho lanzó una risotada vacía y artificiosa.

—La deseo, Bela, pero no arriesgaría mi pescuezo por ella. Conozco a Blackraven y no me interpondría en su camino. A diferencia de ti, sé cuándo retirarme de una contienda. Me parece que tendré que deleitarme con las muchachas de madame Odile y contentarme con la negra Gabina. Tú, querida hermana, deberías buscarte otro amante y no despertar el lado feroz de Blackraven.

El grupo entró en el Retiro, algunos a pie, otros en coche. Los Valdez e Inclán cruzaron el portón principal en su tartana y se asomaron para elogiar la mansión, famosa por sus casi cuarenta habitaciones. Al tiempo que las muchachas alababan la soberbia casa, Bela se juraba: “Algún día todo esto será mío”.

Una muchedumbre se congregaba cerca del pórtico. La vocinglería los alcanzaba

incluso a esa distancia. Se divisaba a Sansón que, frenético, corría de un lado a otro, lanzaba tarascones y ladraba. Blackraven se hizo sombra con la mano y advirtió que se trataba de una gresca. Soltó el brazo de Béatrice y corrió hacia la casa.

—No corras —ordenó Melody a Jimmy, y se lanzó detrás de Blackraven.

Se trataba de Servando y de Sabas, entreverados en una pelea. Melody ahogó un grito al ver el cuchillo de Sabas, que se movía con diestras fintas cerca de su adversario. Nunca le había gustado Sabas, pero en ese momento le temió. La mueca de su rostro, habitualmente desdeñosa y artera, se había transfigurado en una máscara malévol. La parte blanca de sus ojos se había vuelto roja y mostraba los dientes como un perro. No sólo lo castigarían por el escándalo sino por el cuchillo que portaba. Los esclavos tenían prohibido el uso de cualquier tipo de arma; ni siquiera se les permitía comer con cubiertos de metal, por lo que se fabricaban los propios en madera o en asta. Aunque quisiera, Melody no lo salvaría del castigo de Blackraven.

Lo vio quitarse el saco y entregárselo al sirviente turco, que acababa de sumarse al grupo de espectadores.

—¡Sabas! —vociferó—. Entrégame ese cuchillo.

Sabas y Servando permanecían ajenos al tumulto, y ni la voz de Blackraven consiguió arrancarlos del vórtice de odio en que se hallaban atrapados. Melody no reconocía esa mirada en Servando; ahora veía al cazador africano y tuvo la impresión de que el negro disfrutaba de la pelea.

—Te mataré —vociferó Sabas— para que no vuelvas a tocarla. Ella es mía.

Era un asunto de faldas. Servando se abalanzó, armado de su ira solamente. Rodaron por el piso, y el griterío recrudeció. Sabas logró poner a Servando de espaldas en el suelo y le acercó el cuchillo al ojo. El yolof le asía la mano y la apartaba con dificultad.

Blackraven jaló a Sabas por la cintura del pantalón y lo arrojó a un costado sin mayor esfuerzo. El negro se agitó en el suelo y se puso de pie. Estaba ebrio; insultaba y movía el cuchillo. Blackraven, con un puntapié, se lo hizo soltar y, cuando el esclavo trató de atacarlo con los puños, le propinó un golpe en el estómago que lo puso de rodillas. Melody concluyó que Blackraven era del tipo de hombre que, al final de una pelea, siempre se sostenía en pie. Sus brazos se habían inflado bajo la camisa, y un rasgón en la tela a la altura de los abdominales mostraba la tensión de sus músculos.

—¡Babá! —profirió Blackraven—. ¡De pie!

Desde el suelo, algo incorporado, el esclavo lo contempló con estupor. Recién caía en la cuenta de la presencia del amo Roger y de que lo había llamado por su nombre. Movié los ojos en torno y descubrió el círculo de gente que lo rodeaba. Su mirada de desconcierto se cruzó con la de la señorita Elisea, que, junto a su madre y a su hermana menor, sollozaba con la mano sobre la boca. Bajó la cabeza, mortificado.

—Somar —llamó Blackraven—, sujeta a Servando y sígueme a la alquería.

Melody ahogó un grito. La alquería era una pequeña cabaña en los confines de la propiedad donde se guardaban las traíllas y otros avíos de labranza, y el cepo y los látigos.

—Excelencia —interpuso don Alcides—, deje este penoso asunto en manos de don Diogo y de Somar. Ellos se harán cargo del castigo. No se moleste usted, vuestra merced.

—No quiero trifulcas ni armas entre mis esclavos —dictaminó Blackraven, enfrentando al grupo—. Yo mismo castigaré a quien infrinja alguna de estas reglas. Mi palabra es ley.

Melody corrió junto a Blackraven y le tocó el brazo para suplicarle clemencia, pero, cuando él se dio vuelta y le clavó un vistazo, ella retrocedió, asustada. Se contemplaron fijamente por algunos segundos hasta que Blackraven le dio la espalda y se alejó en dirección a la alquería.

Anocheecía. Pronto servirían la cena. Melody debía cambiarse y peinar su cabello que se había escapado de las presillas y ahora le cubría los hombros en un salvaje desarreglo. Le habría gustado que su cabellera luciera como la de la señorita Elisea, tan oscura y dócil, o como la de Angelita, de encantadores bucles dorados. La de ella, en cambio, parecía la de una bruja. Al menos eso le había dicho Paddy y ella le creía. Detestaba su cabello, crespo e indómito, de una tonalidad indefinida entre el rubio y el pelirrojo, más lo segundo que lo primero. También detestaba sus labios, tan gruesos, y sus caderas, tan anchas, y sus senos, tan prominentes. En realidad, odiaba todo su cuerpo.

Venía de pasar unos minutos con Servando en la alquería después de sortear algunas dificultades para dejar la sala de la mansión. Lo había hallado en el cepo, exhausto y dolorido.

—No se preocupe por mí, miss Melody —le había pedido—, que la saqué barata. Tendría que haber visto a Sabas, con los ochenta latigazos que le dio el amo Roger. A mí no me dio ni uno.

Sin cruzar palabra, le curó una herida en el pecho, le dio de comer y de beber y le puso un linimento en las partes donde apretaba el cepo.

Camino a la casa, mientras apuraba el tranco, meditó acerca de la extraña jornada que pronto terminaría, con situaciones que tentaron sus nervios de la mañana al atardecer. El encuentro con Blackraven desnudo en la playa, la conversación que sostuvieron después de misa y la pelea entre Servando y Sabas habrían resultado suficientes para alterar al más equilibrado. Pero no acabó allí. El almuerzo con los Valdez e Inclán se sumó a los momentos del día que la pusieron a prueba.

Olvidándose de los buenos modales, don Alcides mencionó la pelea, lo que llevó a una discusión acerca de la naturaleza montaraz de los negros. Melody, que sabía

que don Diogo se peleaba como gallo de riña en cada bar y antro que frecuentaba, se vio tentada de preguntar si por sus venas corría sangre africana. Decidió guardar silencio y comer. Su prudencia se esfumó cuando doña Bela dijo que los esclavos eran seres inanimados, menos que animales.

—Interesante su punto —manifestó, y Bernabela se quedó mirándola, sorprendida de que se atreviese a dirigirle la palabra—. Si los africanos son seres inanimados, menos que animales, ¿por qué la Iglesia se muestra tan interesada en evangelizarlos? A menos que, dentro de poco, el obispo Lué nos ordene oír misa con nuestros perros y caballos.

Se escucharon risas contenidas, aun de los esclavos que servían la mesa.

—Melody, por favor —interpuso el padre Mauro.

—Es muy desagradable, excelencia —se quejó doña Bela—, compartir la mesa con el servicio doméstico.

—La señorita Isaura no es parte del servicio doméstico —aclaró Blackraven—. Disculpe si lo escandalizo, padre Mauro —dijo a continuación—, pero creo que la señorita Isaura está en lo cierto. Si sostenemos que los esclavos son seres inanimados, ¿por qué preocuparnos en catequizarlos? Los míos pierden dos horas de trabajo cada domingo para oír misa.

—No son seres inanimados, excelencia. Han vivido en estado salvaje, pero no carecen de alma. El deber de la Iglesia es mostrarles la verdad de Cristo y guiarlos por el camino de la salvación.

—Disculpe, padre, pero no creo que la Iglesia esté mostrándoles a Cristo.

A excepción del padre Mauro, que ya conocía a Melody, el resto se quedó expectante y tenso.

—¿Cómo es posible —prosiguió— que los africanos lleguen a creer y respetar a una religión que pregona que todos los seres humanos son iguales y a la vez permite que se los trate peor que a bestias? Incluso las mismas órdenes religiosas y sus sacerdotes en forma privada los esclavizan.

—Usted está blasfemando —apuntó don Alcides.

—¡Hereje! —apostilló doña Bela.

—Ya hemos discutido esto, Melody —terció el sacerdote, con tolerancia—, y te he explicado que es una bendición para los esclavos poder convivir con cristianos que les enseñen modales y les transmitan la única y verdadera fe, la católica.

—¿Les enseñamos la verdadera fe y los buenos modales quitándoles la libertad, castigándolos duramente, marcándolos como si fueran ganado? No me imagino a Cristo aprobando ese comportamiento —insistió.

—¡Esto es escandaloso! —chilló doña Bela—. No soportaré otro comentario como el que acabo de escuchar.

—Si lo desea, doña Bela —habló Roger—, tiene mi anuencia para retirarse.

Puede descansar en la habitación que ocupa la señorita Leo. Ahora, dígame, miss Melody, ¿qué propone usted con respecto al destino de los esclavos?

—Lo que propongo —manifestó, a sabiendas de que Blackraven le tendía una trampa— es una utopía.

—Alguien dijo que las utopías de ayer son las realidades de hoy. Dígame, ¿qué propone hacer con los esclavos?

—Propongo manumitirlos, excelencia, a todos ellos. Regresarlos al África, si es lo que desean, o contratarlos con un jornal digno para que realicen las tareas que hoy no les reeditúan un centavo.

Se levantó un murmullo. Melody notó que sólo Blackraven callaba y la observaba con gesto inextricable.

—Si quieren la libertad —interpuso Valdez e Inclán—, deberán comprarla.

—Me pregunto, don Alcides, ¿cómo podrían los africanos comprar su libertad si usted se queda con el total de los jornales que ganan trabajando?

—¡Esto es inadmisibile! —profirió doña Bela, y Blackraven medió para evitar que la polémica pasara a mayores.

—Ya deberíamos aprestarnos para salir —dijo—. En caso contrario, llegaremos tarde a la corrida.

Melody lanzó un suspiro y se apuró en el último trecho. El crepúsculo languidecía y la noche se apoderaba del cielo. Todavía le quedaba por delante la cena, aunque sería llevadera sin el matrimonio Valdez e Inclán; habían partido algunas horas antes dejando a dos de sus hijas como huéspedes, Elisea y Angelita. Aunque doña Bela también deseaba pasar una temporada en el Retiro, su esposo no se lo permitió, y de nada valió su pequeña escena de llanto ni su mala cara después.

Melody entró en la caballeriza para ver a Fuoco y lo notó inquieto, al igual que el resto de los animales. El caballo de Blackraven piafaba y relinchaba.

La tomaron por detrás y le taparon la boca. Melody se contorsionó y trató de liberar los brazos.

—¡Melody, quédate quieta! Soy yo, Tommy.

—¡Has podido matarme del susto! —se enfureció, mientras se acomodaba la blusa y se quitaba el cabello de la cara—. ¿Qué haces aquí? Si Bustillo te descubre, no dudará en dispararte.

—Vine a buscar a Fuoco.

—Hola, Melody.

Pablo surgió de la penumbra y se detuvo frente a ella. Le dirigió esa mirada de desolación que tanto daño le hacía. Melody lo quería como a un hermano; se conocían desde pequeños y se habían criado juntos.

A diferencia de Lastenia, la madre de Melody, a Fidelis Maguire lo tenía sin cuidado que sus hijos se relacionaran con Pablo, hijo del capataz, su hombre de

confianza y gran amigo. Se los veía juntos la mayor parte del día, a lomo de caballo o enredados en alguna travesura. Desde niño, Pablo había experimentado un sentimiento reverencial hacia Melody. En un principio le gustó el sonido de su risa, tan genuina y contagiosa, y le parecieron bonitas las pecas rojizas de su nariz; después la escuchó cantar, y la dulzura de su voz lo dejó callado y sereno. Con el tiempo, reparó en la hermosa mujer en que se había convertido, y creció en él un fervor por poseerla. Fueron novios, a escondidas; doña Lastenia jamás lo habría consentido. Él la besaba y la abrazaba cada vez que podía, pero jamás pasaba ese límite. Para satisfacer sus instintos había otras. Melody se casaría con él y llegaría virgen al matrimonio. Era un ángel al que él no se atrevía a mancillar.

Nada resultó como Pablo había planeado. Después de la muerte de Fidelis, él y Tommy se vieron forzados a huir para no caer en manos del comisario del pueblo, quien, en connivencia con Paddy Maguire, sobrino de Fidelis, los acusaba de abigeato. De todos modos, a Pablo poco le importaba su destino. Melody ya le había confesado que no lo amaba y había roto con él.

Desde la huida, volvieron a verse en contadas ocasiones, con Tommy siempre presente; eran momentos incómodos, caracterizados por la frialdad y el distanciamiento que Melody imponía. Él seguía amándola y padecía su indiferencia.

—Hola, Pablo —respondió, y desvió la mirada—. ¿Dices que vienes a llevarte a Fuoco? Ni lo pienses, Tommy.

—Lo necesito. Mi caballo perdió una herradura y tengo prisa.

—¿En qué andan? ¿Para qué necesitan mi caballo?

—Tenemos que ir a la ciudad a buscar provisiones.

—No me mientas, Pablo.

—Entonces no preguntes —se impacientó Tommy—. Es por una causa justa. Por la misma que el otro día atacamos la Real Compañía de Filipinas.

—Me enteré de que hubo un incendio. No era eso lo que habíamos acordado. Robábamos los carimbos y nos marchábamos.

—Te preocupas demasiado —expresó Tommy, risueño.

—Y tú no te preocupas lo suficiente —se enfadó Melody—. No has preguntado por Jimmy. Eres un desalmado. Siempre embrollado con tus cuestiones, bien poco te importa de nuestra suerte. Jimmy no ha estado bien, Tommy. Se desmayó el otro día. Ya no sé qué hacer —agregó, y se le quebró la voz.

Pablo se retiró para ocultar las lágrimas y Tommy abrazó a Melody. La familiaridad de aquel contacto la tranquilizó y se permitió fantasear con que no se hallaba sola para enfrentar al mundo, que Tommy y Pablo la acompañaban como cuando niños.

—Quítele las manos de encima. Ahora.

Reconoció la voz de Blackraven, que tronó en sus oídos y alborotó a los caballos.

Le sobrevino un desfallecimiento y se sujetó a Tommy, aunque cobró ánimo de inmediato y lo enfrentó. Blackraven le dio miedo. El ceño que le pronunciaba la línea oscura de las cejas enmarcaba una mirada siniestra. La ignoraba, sólo parecía interesado en el extraño que le pasaba el brazo por los hombros.

—¿Quién es usted?

Blackraven advirtió que Melody se interponía entre él y el muchacho, actitud que no ayudó a enfriar sus celos.

—¿Qué hace en mi propiedad?

—Usted debe de ser el inglés —habló Tommy, y escupió cerca de las botas de Roger.

—¡Tommy! —se enfadó Melody, y lo empujó hacia atrás, hacia la salida—. Vete, vete.

Blackraven lo alcanzó en dos zancadas, lo tomó por las solapas y lo levantó en el aire. Tommy trató de quitarse esas manos de encima, pero casi de inmediato dejó de forcejear al caer en la cuenta de que sus pies se despegaban del suelo. La fuerza de aquel hombre lo mantuvo quieto, entre asustado y perplejo. A pesar de vivir con los troperos, personajes rústicos acostumbrados a derramar sangre ajena, admitió que pocas veces se había topado con una fisonomía que le inspirase tanto miedo.

—¿Quién es usted? —se impacientó Blackraven—. ¿Qué tiene que ver con Isaura?

—¡Por amor de Dios! —suplicó Melody, al borde de un ataque nervioso, y golpeó a Roger en la espalda—. ¡Déjelo! ¡Está lastimándolo! ¡Déjelo! ¡Es mi hermano! ¡Mi hermano! ¡Tomás Maguire!

Las palabras de Melody penetraron en su mente ofuscada. Aflojó la tensión de las manos y regresó al muchacho a tierra firme, sin soltarlo por completo. Movié su cabeza en dirección a Melody y descubrió que sus ojos y mejillas resplandecían en la penumbra a causa del llanto.

—¿Su hermano?

Escuchó un alarido al tiempo que un dolor lacerante en el costado derecho lo replegó sobre su vientre. Cayó al suelo e instintivamente se apretó los ijares. Enseguida reconoció la cálida pegajosidad de la sangre entre sus dedos. No podía respirar, la puntada se tornaba insoportable con cada tentativa por cobrar el aliento. Supo que lo habían herido a traición con un arma blanca y temió que le hubiesen perforado el pulmón. Se lo merecía, por haber permitido que los celos lo obnubilaran y haber descuidado la retaguardia. En otros tiempos jamás habría soslayado ese detalle, pero tratándose de Isaura Maguire comenzaba a actuar como un estúpido.

—¡Pablo! ¿Qué has hecho?

Reconoció la angustiada voz de Melody y se concentró en su imagen mientras las siluetas que lo circundaban se desvanecían en líneas confusas. Cerró los ojos e

inspiró hondo aunque la puntada lo traspasara como una espada. Se puso de pie y se dio cuenta de que lo ayudaban. Era Melody.

—¿Dónde está el felón que me atacó por la espalda?

—Se ha marchado. Mi hermano y él se han marchado.

Alertado por el escándalo, apareció Bustillo.

—¿Qué ha ocurrido, patrón? ¡Está sangrando! —se horrorizó al ver los dedos apretados en el costado, teñidos de rojo.

—Bustillo, ayúdeme a llegar a mi habitación. Y usted, señorita Isaura, vaya por Somar y Trinaghanta.

—¿Podrá subir las escaleras, patrón?

—Podré.

Somar y Trinaghanta entraron en el dormitorio; Melody, en cambio, se quedó bajo el dintel. Blackraven se hallaba solo, recostado en la enorme cama, sin chaqueta ni camisa y aún llevaba los pantalones manchados de sangre. Su pecho subía y bajaba a un ritmo apacible mientras un brazo le descansaba sobre la frente. Trinaghanta revisó la herida y expresó en un duro inglés:

—Necesitaré costura, amo Roger. Somar, tráeme el láudano.

—Sabes que no aceptaré que me atontes con opio. ¿Cuándo has debido dormirme para coserme?

—Es para que no le duela, no sea tozudo.

—Nada de opio. Somar, sírveme un whisky. Vamos, Trinaghanta, limpia la herida y cóselas.

Melody se acobardó; no soportaría la vista de la aguja mientras se hundía en la carne a sabiendas de que Blackraven sufriría cada pinchazo por culpa de ella. Se sintió miserable y prefirió abandonar la habitación.

—Isaura —llamó Roger—, ven aquí, acércate.

Se aproximó hasta el pie de la cama y se apoyó contra el poste del dosel, con la vista baja, percibiendo el par de ojos azules que no la abandonaban.

—¿Quién me hirió? —Ella no contestó—. Dímelo —exigió, con suavidad.

—Pablo.

—¿Otro de tus hermanos?

—Pablo no es mi hermano. Su padre era el capataz de nuestra estancia. Tommy y él son grandes amigos.

Ahora sabía quiénes la habían acompañado la noche de la excursión a la Real Compañía de Filipinas.

—Tommy —repitió—. Tu hermano me ha parecido un zagal un tanto precipitado.

Melody asintió, y le vino a la mente la sesión de tarot cuando madame Odile le habló del arcano número cero, el loco, símbolo de la insensatez y de la imprudencia, y se preguntó si se trataría de Tommy. Y también se acordó del emperador, el cuarto

arcano, la carta principal de la tirada, y pensó en Blackraven. Lastenia, su madre, se habría escandalizado de haber sabido que comenzaba a dar crédito a esas supersticiones.

—¿Qué edad tiene?

—Diecinueve.

—¿Qué hacía en mi propiedad?

—Había venido a buscar a Fuoco. ¿Va a denunciarlos?

—Se lo merecen —dijo, con entonación carente de severidad—. ¿No lo crees así? Mírame, Isaura. Vamos, quiero ver tu rostro. —Melody levantó la vista lentamente—. ¿Qué debo hacer, Isaura?

La muchacha le lanzó una mirada desesperada, y Blackraven se llenó de compasión. Lucía muy pálida, y el cabello suelto y alborotado daba muestras de que había atravesado por un mal momento.

—Ellos...

—Ellos, ¿qué? —instó Blackraven.

—Ellos han padecido tanto desde la muerte de nuestros padres. La vida no ha sido fácil para ninguno de nosotros.

Detestaba apelar a la lástima ajena, pero no tenía fuerzas para envalentonarse y, aunque apretó la garganta para no llorar, las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Siento tanto lo que ha ocurrido —expresó—. Estoy muy avergonzada. Ahora usted tiene que pasar por todo esto, por mi culpa...

—Isaura —la interrumpió Blackraven—, ven aquí.

Se aproximó al borde de la cama, a la altura de la cabecera. Trinaghanta limpiaba la herida. La manga de su peculiar atuendo se derramaba en los pectorales de Blackraven, mientras sus dedos oscuros revoloteaban sobre el tajo con una pericia que infundía seguridad. Melody le estudió el perfil de facciones rotundas y poco comunes; ella también tenía labios gruesos y marcados pómulos, y sus ojos, enormes y rasgados, de un negro impenetrable, parecían abarcarlo todo. Se miraron, y la extraña mujer le sonrió.

—No quiero que te preocupes —dijo Blackraven—, esto no es nada, apenas un corte superficial. Trinaghanta sabrá cómo arreglarlo. Está acostumbrada. Y quédate tranquila pues no denunciaré a Pablo, menos aún a tu hermano.

La sonrisa de Melody mitigó el dolor de la puntada, y Blackraven pensó: “Es la primera vez que me sonrío”.

Después de que Melody dejó la habitación, Somar se aproximó a la cama y le dirigió una mirada sombría.

—Has pensado que el tal Tommy era el amante de miss Melody y has permitido que los celos te encegucieran, olvidándote de tu seguridad. Te desconozco, Roger.

—Yo también me desconozco, amigo —y, como si el cansancio lo abrumara,

cerró los ojos y suspiró.

Elisea Valdez e Inclán apartó la sábana y se bajó de la cama. Una vez lista, calzada con chapines y envuelta en su mantilla, encendió la palmatoria y salió de la habitación. Se dirigiría a la escalera que conducía al patio principal y, de allí, caminaría hacia la parte trasera. Vería a Servando o la angustia terminaría por enloquecerla. Blackraven lo había mandado encepar hacía horas. Se detendría en la cocina para recoger comida y agua.

Al chirrido de la puerta, Servando levantó la cabeza. Cualquier movimiento le causaba una descarga de dolor que se multiplicaba hasta los dedos de los pies. No la reconoció sino cuando se hincó frente a él.

—Bebe —dijo Elisea, y le acercó a la boca el borde de un jarro.

En ocasiones, Servando llegaba a la conclusión de que había cruzado el océano en la sentina de un barco y padecido interminables días de tormento para conocer a la única mujer que le había arrebatado el corazón, Elisea Valdez e Inclán. La belleza de esa joven lo mortificaba, su perfección lo hacía sentirse aún menos digno de lo que la esclavitud y los maltratos habían conseguido. Su porte soberbio, sus costosos vestidos y esa mirada altanera que le dirigía de soslayo lo fastidiaban. Él no era nadie, un negro achurador. Ella, en cambio, era una exquisitez.

Impulsado por la máxima paulista “quien no trabaja que no coma”, don Alcides obligaba a los esclavos a ganarse el sustento aprendiendo un oficio. A excepción de los destinados al servicio doméstico, los demás salían a trabajar a diario y, al regresar, entregaban los jornales a don Alcides, que engrosaban notablemente su faltriquera. Había zapateros, panaderos, sastres, talabarteros, carpinteros, vendedores callejeros y costureras. Debido al manso temperamento y a la rapidez con que aprendían, los negros se transformaban en queridos aprendices. En el caso de Servando, además de embarazar esclavas, tarea en la que se había granjeado una reputación, sólo sabía cazar. Demostró gran habilidad para despostar y despellejar animales, podía hacerlo en minutos, sin desperdiciar siquiera la grasa, por lo que don Diogo no dudó en convertirlo en achurador. Lo envió a trabajar al matadero del Retiro, con el propósito de conchabarlo en la curtiembre que Blackraven y Valdez e Inclán inaugurarían en meses, donde lo pondría a cargo de otros esclavos menos diestros con el cuchillo.

A la par que la tarea le agradaba —en parte le evocaba sus días de cazador en la sabana—, le causaba gran desazón ya que sabía que, entre los esclavos, el oficio de achurador se tenía por el más bajo en la escala laboral. Se los tildaba de sucios y hediondos y, en parte, era cierto. A su paso, dejaban un olor a sangre descompuesta y a carne abombada que obligaba a los paseantes a llevarse un pañuelo a la nariz. Desalentaba el cuadro que componían, ataviados con ropas andrajosas, abrumados bajo el peso de espuelas colmadas de vísceras y cabezas de vacas y perseguidos por un enjambre de moscas.

Servando no permitía que la señorita Elisea lo viera en esa facha. Al terminar la jornada, se bañaba en el río, aun en invierno, con el jabón que él mismo había aprendido a fabricar con grasa, y se cambiaba con una muda que le había ganado a Tomás Maguire en una partida de cartas. Así, marchaba a la ciudad y entraba en la casa de la calle Santiago desmintiendo los estigmas de los de su clase. Podía aceptar que lo supiera achurador, pero jamás admitiría que ella se cubriera la nariz en su presencia.

A Elisea, el oficio de Servando le daba igual. Era su fama de amante la que la desvelaba. Se había enterado de que las esclavas se lo disputaban y que los gemidos se escuchaban desde el primer patio. Aquello la intrigaba. Un atardecer, se escabulló hacia la zona de la servidumbre para aguardar su regreso. Se acuclilló junto al gallinero y simuló interesarse en una carnada de pollitos. Lo vio entrar y aproximarse, y se incorporó de un salto. El libro que descansaba sobre su falda cayó junto a los pies desnudos de Servando. Él, en silencio, se agachó y lo tomó.

—¿Qué es esto?

—Un libro.

—¿Para qué sirve?

—Aquí se escriben historias.

—En mi tribu las historias se cuentan.

—Yo podría contarle esta historia —propuso Elisea.

Él le lanzó un vistazo desconfiado mientras le devolvía el libro. Ella lo recibió sin apartar su mirada de ojos negros.

—Se llama la *Ilíada*. Es un relato fascinante. Podríamos empezar esta noche.

—Esta noche —acordó Servando—. La espero en el cobertizo de junto a la caballeriza.

En pocos días, Elisea se dio cuenta de que Servando era brillante. Preguntaba con agudeza y ensayaba exégesis ingeniosas de párrafos que ella no entendía. Una noche, además del volumen de la *Ilíada*, llevó lápiz y papel y se empeñó en enseñarle a leer y a escribir.

—¿Para qué quiere que aprenda a contar cuentos con los ojos? —se enojó el yolo—. ¿Para qué ha de servirme esto cuando regrese con los míos? Allá no hay libros.

—Mientras esté aquí —adujo Elisea—, podrá serle útil.

—Lo que pasa es que usted no soporta que yo sea un negro ignorante, ¿no? Se avergüenza de mí porque soy lo que soy, ¿no es verdad?

—¿Qué dice?

—¡Claro! Yo no soy como el señorito ése, el copetudo con cara de mequetrefe que la visita.

Los celos de Servando le dieron risa.

—¿De qué se ríe? —se impacientó.

—Me río de usted, porque está celoso de Ramiro Otárola.

—Sí, muy celoso —y la nota profunda de su voz atemorizó a Elisea, que alcanzó a echar el torso hacia atrás en el momento en que Servando la tomaba por la cintura y la pegaba a su cuerpo. Se miraron, él con ojos de depredador diestro, ella, dominada por el pánico de una presa acorralada. Los labios gruesos y oscuros de Servando se abalanzaron sobre los de ella. Pensó que se ahogaría, pero él le dio un respiro antes de volver a saquear su boca. La desvirgó allí mismo, en el cobertizo, y Elisea entendió por qué gemían las demás.

Se encontraban cada noche; hacían el amor y leían la *Ilíada*, a la que siguieron varios libros. Ante el asombro de Elisea, Servando aprendió a leer y a escribir, y se dio cuenta de que el esclavo hacía un esfuerzo por hablar correctamente frente a ella; con los de su casta seguía utilizando la misma jerga. Lo celaba de miss Melody porque Servando la veneraba, si bien se cuidaba de criticarla para no fastidiarlo. Ella podía ser su amante, pero miss Melody era su diosa. Optó por imitarla y simuló interesarse en la suerte de los negros, sin mayor éxito, pues, al no tenerle confianza, declinaban su fingida compasión.

Servando amaba a Elisea, tanto que no pensaba en regresar al África ni en vengarse. Cuando la tenía debajo de él, excitada y predispuesta, se creía capaz de alcanzar cualquier meta. Sus impresiones cambiaban con la llegada del día y, al ataviarse como achurador y cargar las espuelas malolientes y reseca de sangre, se daba de bruces con la verdad. El sueño se hacía añicos a la luz del sol. Él era un esclavo, ella, la hija de su dueño, y antes de permitirles una vida juntos los ajusticiarían a los dos.

Por Elisea, acabaría con ese amor que se juzgaría como antinatural. Lo inquietaba que se echasen a correr habladurías. Notaba nervioso a Sabas, como al acecho, incluso en ocasiones, cuando estaba ebrio, se mostraba violento. Como descuidaba el papel de semental, pululaban los rumores acerca de su nueva amante. El día en que miss Melody le ofreció mudarse por los meses del verano al Retiro supo que la oportunidad había llegado.

—Es muy conveniente para ti, Babá. Ya sabes que el matadero forma parte de la propiedad del señor Blackraven.

—Iré, miss Melody.

Escribió una nota para Elisea, la depositó en el lugar donde escondían el libro de turno y se marchó. Los días se convirtieron en un suplicio comparable con los vividos en el barco negrero. Su cuerpo anhelaba el contacto con la piel de Elisea, necesitaba escuchar sus jadeos y palabras susurradas después, añoraba la complicidad que compartían, las horas de lectura y las despedidas llenas de promesas. Creyó que enloquecería de angustia cuando lo alcanzó la noticia de la extraña enfermedad que la aquejaba, a la que ningún médico acertaba a poner un nombre. Entonces, se decidió a

escribirle y a explicarle el motivo de su huida. Al final de la carta le pedía: “Quiero que vivas por mí y, aunque no sea en esta vida, te prometo que estaremos juntos, siempre, en un lugar donde no importen los colores”. A modo de promesa, le recordaba un párrafo de la *Eneida* con hondo significado para ellos: “Ausente yo, te seguiré con negros fuegos, y cuando la fría muerte haya desprendido el alma de mis miembros, sombra terrible, me verás siempre a tu lado”.

Supo de la convalecencia de Elisea y de los planes que se tejían para su boda con Ramiro Otárola. Calmaba el ardor de su cuerpo en las esclavas del Retiro, pero lo que antes había bastado ahora sabía a poco. La tristeza lo quebraba, y aceptaba emborracharse con sus nuevos amigos, los troperos. Lamentaba provocar el enojo de miss Melody, enemiga tenaz del alcohol.

Elisea lo amaba, de eso estaba seguro. Podía leérselo en la ansiedad de la mirada, allí, arrodillada junto al cepo, con el cabello suelto y el salto de cama ajustado a su hermoso cuerpo.

—¡Vete, no quiero que me veas así! Estoy sucio, huelo mal.

—Servando, por amor de Dios —suplicó Elisea, y apoyó la frente sobre la de él y le encerró la cara con las manos—. Nada de eso me importa. Deberías saberlo.

—¿Para qué has venido aquí? Te dije que no volveríamos a vernos.

—No he podido dejar de pensar en ti, Servando. Así que, cuando el doctor Argerich aseguró que el aire puro me haría bien, acepté sin dudar la invitación del señor Blackraven para pasar una temporada en el Retiro. Te amo, Servando, y no me resignaré a no compartir *esta* vida contigo. Te quiero aquí, ahora, no me importa el más allá.

—Yo también te amo, Elisea —admitió, vencido, inerte a los remordimientos—. Te amo aquí, ahora, y me tiene sin cuidado el más allá.

Hablaron un buen rato, como en las noches del cobertizo. Una serenidad, que procedía de haber adquirido el valor para afrontar lo inevitable, sobrevolaba sus ánimos concediéndoles un momento de paz. Aunque miss Melody lo había alimentado y curado, Servando prefirió callarse y le permitió a Elisea que le diera de comer y de beber.

—¿Por qué peleabais esta mañana Sabas y tú?

—Sabe de lo nuestro.

—¡Oh, Dios mío! —se espantó—. ¿Cómo pudo ser? No se lo he contado a nadie, ni siquiera a mi confesor.

—Leyó la carta que te envié. ¿Acaso no la quemaste como ahí te indicaba?

—No pude hacerlo. La guardé entre mis enaguas.

—Pues el muy pérfido hurgó entre tus enaguas y la leyó.

—Sabas no sabe leer —interpuso Elisea.

—Le llevó la carta a alguien que sí sabe, evidentemente. A Papá Justicia, quizá.

El silencio se ahondó luego de esas últimas palabras. La paz y la serenidad se habían esfumado.

—Se lo diré a mi padre.

—No lo hará. Está loco por ti y, por protegerte de la ira de Valdez e Inclán, callará.

—Huyamos —propuso Elisea.

—No puedo. No aún —fue la respuesta de Servando—. Pero pronto lo haremos. Sólo te pido que te mantengas alejada de Sabas. Es un demonio desatado, Elisea, y hará cualquier cosa para separarnos. ¡Prométemelo! Dime que te cuidarás de él, que nunca estarás sola. ¡Prométemelo!

—Te lo prometo.

Se miraron con intimidad y se besaron en los labios.

—Quiero verte todos los días —exigió ella.

—Es peligroso —interpuso él, sin convicción.

—Me tiene sin cuidado. Te veré todos los días.

—En el campanario —capituló Servando—, al caer el sol, a mi regreso del matadero. Dame tiempo a que me lave y ahí estaré.

Capítulo XI

Napoleón Bonaparte le dijo a Fouché, su ministro de Policía:

—Entre tú, querido Fouché, con tus espías, y Josefina, con sus vestidos, terminaréis por conducirme a la bancarrota.

Fouché festejó la broma, aunque le había caído mal. No le gustaba que el emperador pusiera en el mismo plano su trabajo y la frivolidad de la emperatriz. Napoleón debía, en gran parte, a su red de espionaje el poder que ostentaba.

—La información es costosa, majestad —arguyó.

—Está bien —concedió Bonaparte—. ¿De qué se trata esta vez?

—De nuevo el Escorpión Negro.

El emperador se puso de pie con aire de impaciencia. Le resultaba inconcebible que ése espía inglés siguiera con vida.

—Hace tiempo te autoricé a entregar una fortuna a un sicario para liquidarlo. ¿Por qué su nombre vuelve a resonar en esta sala?

—La Cobra (ése es el nombre del sicario) —explicó— todavía lo busca, majestad. Localizarlo ha sido más difícil de lo que previmos. Ha permanecido inactivo últimamente y eso complica la búsqueda.

—¿De qué se trata, entonces? —se impacientó el emperador.

—Alguien dice saber quién es el Escorpión Negro y exige una considerable suma por esa información.

—¿Cuánto?

—Treinta mil libras.

—¡Treinta mil libras! —se escandalizó Bonaparte—. Podría alimentar a toda la milicia durante un año con ese dinero. ¡Qué disparate!

—Majestad —contemporizó Fouché—, no es necesario que le recuerde los contratiempos que nos ha causado el Escorpión Negro en el pasado.

Bonaparte adoptó una actitud reflexiva que sus subalternos conocían y durante la cual elegían callar. Convencido de que, una vez destruida la monarquía británica, la Europa estaría a sus pies, el emperador analizó los beneficios de contar con un hombre que, desde el corazón mismo de Whitehall, le ayudara a derrotar al poderío inglés.

—A veces pienso que sería muy conveniente para la Francia aliarse al Escorpión Negro. El maldito bastardo parece invencible.

Fouché se puso rígido. Nadie negaba la maestría del Escorpión Negro, y quizás en el pasado hubiera acariciado la idea de transformarlo en hacedor de espías franceses. Pero desde hacía algún tiempo la cuestión entre el Escorpión Negro y él había pasado a un plano personal.

Jamás olvidaría la noche en que lo despertó un aliento acezante. “Fouché”,

escuchó entre sueños. Se incorporó y encendió la bujía. Un terror como nunca había experimentado le impidió moverse. Ahí se quedó, sentado en la cama, con la traza de un palurdo, y ni siquiera atinó a apartar la gorra de dormir, llovida sobre su cara. Alguien de una altura quizás exacerbada por su desventajosa posición, vestido de negro, la cara oculta tras una máscara de cuero, le blandió unos papeles que él enseguida identificó como los documentos secretos que debía alcanzarle a Bonaparte al día siguiente en el campo de batalla. ¿Cómo los había encontrado? ¿Cómo había abierto el cofre? ¿Cómo había sorteado a los guardias que atestaban su casa y las cercanías? Pretendía resolver esas incógnitas cuando la voz del asaltante lo despabiló.

—*Je suis le Scorpion Noir*. Me decepciona usted, señor ministro —y Fouché se dio cuenta de que, a causa de su acento, podría tomárselo por parisino—. Estoy aburriéndome de sus tretas. Son fáciles de eludir.

Atinó a manotear el arma que dejaba sobre la mesa de noche, ante lo cual el espía expresó:

—La encontrará en el retrete —y se sumergió en la oscuridad de la casa, sin arrancar sonido alguno a las tablas del piso.

Fouché dio la voz de alerta, pero los guardias jamás vieron al espía y nunca llegaron a determinar qué dirección tomó.

Y Bonaparte le decía que lo quería entre sus filas.

—Nunca podríamos confiar en él —opinó.

—Todos tenemos un precio —estableció Bonaparte—. Algunos se ofrecen por menos, otros son muy costosos, pero finalmente todos le ponemos valor a nuestra persona. ¿Cuál es el precio del Escorpión Negro?

—Es difícil conjeturar cuando no sabemos nada acerca del hombre. Algunos lo tienen por un patriota, un héroe nacional, en tanto que otros lo acusan de inescrupuloso hombre de negocios.

—Nadie es patriota, Fouché. Quien mueve un dedo lo hace siempre con el fin de obtener un beneficio personal.

Viniendo de Napoleón Bonaparte, pensó Fouché, el comentario resultaba muy intrigante. Guardó silencio y se limitó a esperar. Él sólo quería las treinta mil libras y marcharse de allí para seguir con su trabajo.

—¿Qué sabes del sicario que contrataste para liquidar al Escorpión Negro? —se interesó el emperador—. ¿La Cobra dijiste?

—Así es, majestad.

—¿Qué ha logrado hasta ahora? Hace meses que lo contrataste —se quejó.

—Hasta ahora, no ha obtenido nada de importancia. Creemos que se encuentra en Londres haciendo averiguaciones. Informó que iba tras una pista. No sé más —admitió—. Tiene un modo peculiar de trabajar, pero se dice que es infalible.

—¿Qué seguridad tendremos de que el nombre del Escorpión Negro que nos

vendan sea verdadero?

—Ninguna hasta comprobarlo. De todos modos, la fuente es de fiar. Se trataría de un allegado al espía que, por alguna razón, quiere vengarse de él.

—Bien podría decir que es el papa Pío VII para convencernos.

—Cualquiera pensaría dos veces antes de venderme información falsa —dijo Fouché, y Bonaparte sonrió con benevolencia antes de preguntar:

—¿Por qué debemos comprarle la información? ¿Por qué no atraparlo y quitársela a la fuerza?

—El hombre no es estúpido —admitió el jefe de Policía— y ha tomado precauciones.

Bonaparte volvió a encerrarse en sí. Caminaba con una mano en el mentón, el brazo izquierdo apoyado en la parte baja de la espalda y la mirada en el suelo. Fouché comenzó a inquietarse. Por experiencia intuía que habría cambios de planes y no le agradaba lo que olfateaba.

—Te daré las treinta mil libras y obtendrás el nombre del Escorpión Negro. Contactarás a La Cobra y le entregarás la identidad del espía, pero le ordenarás que lo traiga con vida. Es un hombre demasiado valioso para matarlo sin darle la oportunidad de que sirva al emperador de la Francia.

—Hay un inconveniente —confesó Fouché—. No es fácil ubicar a La Cobra. Quizá para este momento haya liquidado al Escorpión Negro.

—En ese caso —pronunció Bonaparte—, habré perdido treinta mil libras y a un potencial aliado. Pasemos a otra cuestión. ¿Qué sabes de los hijos de Luis XVI? Me informan que el conde de Provence sabe que su sobrino Luis XVII salió con vida de la prisión del Temple y ha contratado a un sicario para matarlo.

—Así es, majestad. Ya tomé medidas en el asunto. Uno de mis mejores espías, Le Libertin, dice haber ubicado a la verdadera Madame Royale que, espera, lo guíe hasta su hermano.

—No quiero errores en este asunto, Fouché —advirtió el emperador—. Pase —dijo, cuando llamaron a la puerta—. Ah, monsieur Talleyrand, es usted. Adelante. Queda excusado, Fouché.

—Gracias, majestad. Con su permiso.

Caminó hacia atrás al tiempo que practicaba cortas inclinaciones hasta dejar la estancia. Se dirigió deprisa a su despacho mientras examinaba las acciones por seguir. Si obtenía la identidad del Escorpión Negro, le enviaría mensaje a La Cobra, pero lejos de sus intenciones estaba mencionarle que lo trajera con vida.

NOTAS DE UN SICARIO

Entrada del día miércoles 22 de mayo de 1805

Hemos viajado a aquellos lugares donde nos conduce la pista del Escorpión

Negro, pero es en París donde más se lo conoce, entre los perdularios de los barrios bajos. Se dice de él que domina varias lenguas, sin acento; es un maestro del disfraz; maneja con destreza cualquier arma, blanca o de fuego. Gran confabulador, astuto comandante, sus planes nunca fallan, sus espías lo veneran. En círculos muy exclusivos, se lo tiene por un héroe casi mitológico. A medida que vamos conociendo sus andanzas, mi respeto y admiración por el Escorpión Negro crecen. Su mente trabaja con rapidez, no pierde detalle, saca conclusiones de hechos que pasarían inadvertidos para uno menos avezado.

Estudia las costumbres de los sitios en donde se mueve hasta apropiárselas y pasar por un lugareño, ventaja que lo mantiene oculto de la mirada de la autoridad. Nada deja al azar, es en extremo meticuloso. Puedo sentir la pasión que lo consume al emprender una misión, la misma que me consume a mí que estoy tras su pista.

Cruzamos el canal. Nos encontramos en Londres. Antes de embarcarnos en Calais, volvimos a visitar el hospedaje “Paja y Heno”. En nuestra pesquisa anterior, habíamos arrancado las páginas del registro de pasajeros donde encontramos aquellas rúbricas con trazos similares. En París, las sometimos al análisis de un experto en caligrafía que confirmó nuestra presunción: pertenecen a la pluma de la misma persona. Infortunadamente, no se logró determinar si las rúbricas del libro de registro eran compatibles con los restos de caligrafía de la nota del Escorpión Negro, aquella medio chamuscada que, de mala gana, me entregó Fouché tiempo atrás; el fuego sólo dejó algunos rasgos insuficientes para la comparación.

Si, como suponemos, el Escorpión Negro se hospedó en “Paja y Heno” en varias oportunidades con distintos nombres, concluí que debió hacerlo ocultándose tras un disfraz, a menos que el dueño de la fonda, M. Randieu, lo protegiera. Si éste estuviera en tratos con el Escorpión Negro, habríamos podido hacerlo hablar y eliminarlo después a riesgo de que la muerte del tabernero lo pusiera sobre aviso de que alguien está buscándolo. En rigor, esto es lo último que queremos, por eso decidimos usar un método menos drástico para saber hasta qué punto se hallaba involucrado en esta guerra silenciosa.

La noche antes de embarcamos hacia Dover, tomamos habitaciones en “Paja y Heno”, y Desirée logró meterse bajo las sábanas de M. Randieu. Conozco sus manos, el poder de su lengua, el ardor de su piel, el modo en que su lascivia libera, excita y conduce por fin a un orgasmo que corta la respiración y endurece los miembros. Saciado y beodo, M. Randieu se convirtió en presa fácil. Mostró sin reparos su fidelidad por la causa de la Revolución y su admiración por el emperador Bonaparte. Como si lo enorgulleciera, dijo saber que su hospedaje era un nido de espías, tanto ingleses como franceses, y

que hacía años que colaboraba con los subalternos de M. Fouché; gracias a su intervención, aseguró, habían caído muchos traidores. Desirée lo incitaba a beber, escanciaba sin tregua la ginebra, y lo sumergía en una niebla de alcohol que se evaporaría al romper el día junto con las confesiones pronunciadas.

Con respecto al Escorpión Negro, el tabernero expuso su propia teoría: era un inglés, Simon Miles, a quien tiempo atrás habíamos eliminado de la lista, “¿Por qué crees que Simon Miles es...? ¿Cómo has dicho que se llamaba ése espía tan especial?”, Desirée simuló no recordar. “Escorpión Negro”, repitió el posadero con una mueca ridícula por lo solemne, y añadió: “Simon Miles se hace pasar por un estudioso de la literatura francesa y va de la Ceca a la Meca sin dificultad. Es amigo de medio París, frecuenta el salón literario de esa traidora, la Récamier, y, con la excusa de su oficio, trae arcones cargados de libros a los que nadie presta atención. Estoy seguro de que los usa para traficar mensajes cifrados. Nadie me cree”, concluyó, y se hundió en esa patética melancolía de los borrachos.

Simon Miles. ¿Lo hallaremos en Londres? ¿Será fácil acceder a él? No, no lo será si, en verdad, es el Escorpión Negro. Un hombre (insisto: ¿por qué no una mujer?) como el Escorpión Negro se mantiene en alerta las veinticuatro horas. Lo veo colocando un cuchillo bajo su almohada, una pistola a mano en la mesa de noche y algunas otras en sitios estratégicos. Su sueño debe de ser liviano, fácilmente quebrado por cualquier sonido que su instinto no reconozca como habitual. ¡Ah, qué daría por una conversación con tan extraordinaria criatura! ¿Quién podría vencernos si él y yo nos uniésemos?

Londres. Amo Londres. Ciudad cruel y magnífica. Hemos tomado habitaciones en un lujoso edificio de Belgravia, en el corazón de la ciudad. Rupert y Peter vuelven a estar a nuestro servicio, unos ladronzuelos con dedos de prestidigitador capaces de desembarazar a cualquier caballero de su billetera; son hábiles seguidores, con una asombrosa capacidad para mantenerse a pasos de la víctima confundidos entre la gente, mimetizados con el entorno. Les hemos ordenado que sigan a los dos hombres remanentes de la lista: Frederick Musgrove y Conrad Phillips, y también a Simon Miles, quien ha vuelto a ocupar el sitio de sospechoso después del comentario de M. Randieu.

Estamos visitando papelerías y tabaquerías, las más famosas de Londres y las más pequeñas de los alrededores —incluso hemos llegado hasta Hampstead—, donde preguntamos por el posible origen del lacre con el cual selló la nota el Escorpión Negro. Se trata de una pasta peculiar, de una tonalidad inusual, un rojo profundo difícil de definir, algo entre el borgoña y el azul oscuro. En cuanto al papel, es de estraza, áspero y basto, y podría comprarse en cualquier parte. Los tenderos nos miran con desconfianza, formamos un extraño dúo

preguntando dónde es posible conseguir un lacre tan curioso.

Nos ocupamos también del sello del escorpión. Podría tratarse de la obra de algún artista. Es sabido que los nobles solicitan la creación de sus sellos y joyas a ciertos orfebres en los cuales depositan su confianza para evitar el robo de metal y la sustitución de piedras preciosas.

Es imperioso que Desirée recupere su vida social en Londres. Concurrirá a los Salones de Almack, los Jardines de Vauxhall y el mercado de Tattersall. Necesito que la inviten a una velada donde departa con lo más selecto de Whitehall; encontrarse con lord Bartleby, jefe del Departamento Exterior, es primordial. Dejará su tarjeta en casa de lady Sommers, avisándole de su estadía en la ciudad, para que la vieja aristócrata se ocupe de organizar su agenda a cambio del pago de algunas abultadas deudas.

Rupert y Peter no pierden tiempo. Ya saben dónde residen los tres caballeros. Simon Miles es amigo de lord Bartleby, aunque nunca lo visita en las oficinas del Departamento Exterior. Conversan en el club de la calle Saint James, en las tertulias, incluso Miles lo ha invitado a cenar a su apartamento de la calle Cockspur. En apariencia, su relación se limita a una amistad entre caballeros, en nada vinculada con las actividades de Bartleby como jefe de los espías ingleses. En cuanto a Musgrove y Phillips, han comparecido en Whitehall en varias oportunidades a lo largo de diez días. Parecen compartir una fecunda amistad, en tanto por sus residencias desfilan no sólo Bartleby y otros miembros del Departamento Exterior sino el propio primer ministro, Pitt el Joven.

Pues bien, esta noche y las que siguen me convertiré en La Cobra para deslizarme en sus mansiones y ver qué puedo encontrar. El instinto me marca que ninguno de ellos es el Escorpión Negro. Igualmente, presiento que estoy cerca.

Capítulo XII

La herida de Blackraven no volvió a mencionarse, y él se comportaba como si no existiera. A Melody la sorprendió encontrarlo al día siguiente a la hora del desayuno, recién bañado y vestido con formalidad. Si bien lucía sereno y de buen humor, se entreveían las huellas de una mala noche.

Blackraven no había pegado ojo, a pesar de la infusión de toronjil y valeriana que Trinaghanta le preparó. Una excitación desconocida, mezcla de ansiedad y angustia, lo mantuvo despierto, erguido en su cama, demasiado grande y vacía. “Isaura, Isaura”, repetía su mente con una tenacidad exasperante. Quería arrancársela de la cabeza, borrarla de un plumazo, pero, a mayor afán, la obsesión empeoraba. No dejaba de reprocharse que él era un hombre consumado, con responsabilidades de extrema delicadeza, y ella, sólo una huérfana desamparada.

—Maldita seas, muchacha —se quejó en voz alta—. Maldita seas, ¿qué estás haciéndome?

Todavía le duraba el fastidio por la escena en el establo con Tomás Maguire. No le importaba el tajo que le latía entre las costillas sino lo que le había marcado Somar: la torpeza en la que había caído a causa de los celos. Podría haberle costado la vida. “¡Por Dios!”, bramó. “Si ni siquiera perdí los estribos cuando supe de la traición de Victoria”.

De nada había servido alejarse del Retiro, llevar a otra mujer a su cama, empeñarse en los asuntos que lo habían arrimado a las costas del Plata. Isaura se había alojado en su cabeza, sólo tenía pensamientos para ella y no conseguía olvidar el beso compartido en el corredor noches atrás.

¿Quién era Isaura Maguire? Lo desconcertaba. A él las mujeres nunca lo desconcertaban, al contrario, le parecían criaturas previsibles, que, por dinero y posición, vendían sus cuerpos al mejor postor. Isaura era distinta, y por esa razón lo tenía en un puño. En un principio le llamó la atención su inteligencia; después lo cautivó la dulzura con que trataba a los niños, la compasión que mostraba por los esclavos, la fidelidad hacia su padre, que había odiado a los ingleses, la consideración que sentía por sí misma. Le gustaba cuando fingía fortaleza siendo que, en realidad, la acometía la debilidad. Lo confundía que pudiera amar tan plena y generosamente. La respetaba. La admiraba. La deseaba para él.

Apenas terminado el desayuno, una esclava anunció la llegada del doctor Argerich, secretario del tribunal del Protomedicato. A pedido de Blackraven, venía en compañía de otro colega, un tal Agustín Fabre. Melody se escandalizó al pensar en el costo de aquella visita. Primero, se ocuparon de Víctor, a quien encontraron en excelentes condiciones, e indicaron a Melody que continuara con el tratamiento de bromuro, que mostraba eficacia para controlar los ataques epilépticos. Después

dedicaron un largo rato a Jimmy. Terminado el examen, los médicos conversaron con Blackraven a puertas cerradas.

—Nos parece altamente improbable —diagnosticó Argerich— que el paciente Maguire alcance la edad adulta. Presenta una insuficiencia coronaria irreversible. Sus pulmones parecen afectados por lo que podría ser un pobre desarrollo, consecuencia, quizá, de la debilidad coronaria.

—¿Hay algo que se pueda hacer? —preguntó Roger—. Cualquier cosa, no reparen en gastos.

—Nada, excelencia —dictaminó Fabre—. Tendríamos que quitarle el corazón y ponerle uno nuevo. Y, como vuestra merced comprenderá, eso es imposible.

—Debo admitir que me sorprende que el paciente haya alcanzado esta edad —comentó Argerich, y Blackraven recordó las palabras de Papá Justicia: “A veces pienso que Jimmy Maguire sigue vivo a fuerza de la voluntad de su hermana”.

—Excelencia —habló Fabre—, hemos coincidido con mi colega, el doctor Argerich, en que sería conveniente medicar al paciente con una dosis de digitalina que tonificaría el corazón y mantendría estable su ritmo. Ya entregamos a la señorita Maguire la prescripción. Es un medicamento costoso —advirtió, y Blackraven, con un ademán, desestimó el problema.

Ni Blackraven ni Melody abordaron el tema de la visita de los médicos. Se mandó preparar la prescripción al mejor boticario y Jimmy comenzó a tomar el tónico, que pareció hacerle bien. Se le borró la tonalidad azulada de los labios y sus mejillas recobraron algo de color. Siloé le preparaba las comidas de acuerdo con la indicación de los médicos, y en algunas semanas ganó peso. Como le hacía bien respirar aire puro y tomar sol, a Béatrice se le ocurrió organizar almuerzos a la canasta en la Alameda. Estiraban manteles sobre la gramilla, se quitaban los zapatos y caminaban hasta el río para remojarse los pies; comían con las manos y se reían cuando los dedos se les pringaban con la mermelada de una bola de fraile.

Blackraven los acompañó en una oportunidad y, aunque creyeron que su presencia le quitaría encanto al paseo, al final del día habían cambiado de opinión, en especial Jimmy, Víctor y Angelita. Blackraven les armó barcos de papel, que guiaron con ramas de sauce; les enseñó a hacer cabrillas, para lo cual se pasaron un buen rato eligiendo las piedras adecuadas; evocaron la tarde en la Plaza de Toros, y Blackraven prometió llevarlos otra vez; después les contó la leyenda de Ícaro, y a Víctor se le ocurrió meterse en el gallinero, recoger las plumas más grandes y pedirle a la negra Siloé que se las pegara con cera; dijo que se tiraría de la torre del campanario y que sobrevolaría el río. A pesar de que los más pequeños la juzgaron una buena idea, a los mayores les arrancó una carcajada. Entre los últimos espasmos de risa, Melody y Blackraven cruzaron una mirada. Ella le sonrió con timidez, y él pensó que quería hacerla feliz.

Se acercaron unos mulequillos que conocían a Melody, y Jimmy, Víctor y Angelita pidieron permiso para jugar con ellos.

—Tomen —dijo Melody, y envolvió los restos del almuerzo en unas servilletas—. Convídenles con un poco de pollo y buñuelos.

Béatrice y Roger intercambiaron una sonrisa condescendiente. La señorita Leonilda y Elisea se excusaron y marcharon, tomadas del brazo, a su caminata habitual por la Alameda.

—Roger —dijo Béatrice—, hace tiempo, apenas llegado, mencionaste que habías viajado con un amigo y que tenías intenciones de presentármelo. ¿Cuándo lo conoceremos, querido?

—Si es conveniente para ti, había pensado invitarlo al Retiro pasado mañana.

—Sí, claro que sí. ¿Podríamos invitar al señor Traver también? Quiero que lo conozcas.

—Puedes invitarlo —consintió, y añadió enseguida—: Ya fijé la fecha para la tertulia. De regreso en la casa, te daré los detalles para que prepares las invitaciones.

—De acuerdo —dijo Béatrice.

Blackraven le habló a Melody.

—Creo, señorita Isaura, que a Fuoco le sentaría el ejercicio de un buen galope, al igual que a mi Black Jack —dijo, en referencia a su caballo—. Me gustaría que me acompañase en una cabalgata por la Alameda.

Melody arguyó que no deseaba cargar a la señorita Béatrice con el cuidado de los niños.

—No te apenes, querida —terció la mujer—. Yo los vigilaré con gusto. Además, Leonilda y Elisea no tardan en volver.

Melody y Blackraven caminaron en silencio hacia el bosquecillo donde ramoneaban los caballos.

—Deseo que montes a horcajadas —manifestó Roger, cayendo naturalmente en el tuteo—, como aquella mañana en que te vi por primera vez, la mañana en que saltaste la cerca de tunas.

Melody le dio la espalda, simulando ocuparse en la cincha de Fuoco.

—¿Por qué habría de montar a horcajadas?

—Porque voy a desafiarte a una carrera y te hallarías en franca desventaja si montases de lado.

—Estaría igual en franca desventaja. Lo he visto montar y sé que no podría ganarle. Y no me gusta perder —admitió.

—No te retaría si supiera que sería fácil vencerte —se ofendió Blackraven.

Melody se encaramó en la montura a horcajadas, levantando un poco la falda y dejando al descubierto los botines y la pierna, sin llegar a la rodilla. Se devolvieron miradas desafiantes hasta que Melody aceptó el reto con un movimiento de cabeza.

—Hasta aquel matorral de agapantos —estableció Blackraven—, después del meandro del río. Sólo de ida.

—¿Qué premio hay para el vencedor? —preguntó Melody, con aire travieso.

—Si tú ganas podrás pedirme lo que te apetezca.

—¿Y si gana vuestra merced?

—Tocarás para mí todas las noches, el piano y el arpa.

—No hay arpa —objetó Melody.

—Encargué una apenas mi prima me informó que la tocas con dedos de ángel. ¡Ahora! —la sorprendió, y los caballos salieron al galope.

Hacía tiempo que Melody no corría una carrera, y su espíritu se colmó de entusiasmo. Escuchaba los cascos de Black Jack, pero no lograba divisarlo. Extrañada, giró apenas la cabeza y lo descubrió detrás de Fuoco, a corta distancia. Se dio cuenta de que Blackraven sujetaba las riendas y sofrenaba al animal. Un instante después, cruzaron la meta. Melody era la vencedora.

—¡Me ha dejado ganar! —lo acusó, casi sin aliento—. Es aún más indigno que haber perdido.

Blackraven saltó del caballo y se acercó a Fuoco. La tomó por la cintura y la obligó a desmontar.

—Tu cabellera se había soltado y era un espectáculo que deseaba volver a ver, mucho más tentador que llegar primero a la meta.

No le dio tiempo a nada. La aprisionó contra el tronco de un álamo y se apoderó de su boca con una determinación que no admitía resistencia. Melody apoyó las manos en sus brazos y, al percibir el latido que comenzaba a dolerle entre las piernas, apretó las uñas en la dura musculatura y soltó un sollozo.

Se maldijo por asustarla, pero no conseguía detener lo que había desatado. Ladeaba la cabeza de un lado a otro restregando sus labios, buscando penetrarla, complaciéndose al notar su inexperiencia, porque sería él quien le enseñase el arte del amor, ningún otro.

—No me temas —le imploró.

Roger inspiraba la agitación de Melody, llenaba sus pulmones del aroma que se evaporaba de su cuerpo sudado, intentaba absorber el miedo y la confusión de ella, quería que gozara, anhelaba devolverle el placer que le daba a él. Eso era nuevo: querer dar placer. En realidad, siempre buscaba deleitar a sus mujeres aunque movido por el mezquino deseo de establecer su hombría y destreza. A Isaura, en cambio, quería hacerla feliz.

Melody abrió la boca, y aquella inocente entrega lo llenó de dicha. Le tomó la cabeza con ambas manos y la penetró con su lengua. Ella no sabía cómo proceder, el desconcierto la dejó inerte con los brazos caídos a los costados del cuerpo. Sus sentidos parecían haberse aguzado, tuvo noción de la rugosidad de los lobanillos del

tronco en contacto con la punta de sus dedos, de la dureza que le empujaba la pelvis contra el árbol, de la aspereza del bozo de Blackraven, del sonido agitado de su respiración y de la loción de lavanda que usaba después de afeitarse. Enredó sus dedos en el cabello de él y se pegó a su cuerpo, gimiendo entrecortadamente, abrumada por el deseo, atormentada por la culpa de gozar con un hombre al que debía odiar.

Una luz de cordura se encendió dentro de Blackraven y lo guió hacia la calma. Su mirada se fijó en los labios de Melody, todavía entreabiertos, enrojecidos e hinchados a causa de su ardor. Ella mantenía los ojos cerrados, lo que le permitió estudiar la delicada piel de sus párpados, surcada por intrincadas y diminutas venas color violeta. Le besó la punta de la nariz y cada pómulos, y le apartó los mechones de la frente.

—Oh, Isaura —susurró él, sobre los labios de Melody—. Dulce Isaura mía.

Melody levantó los párpados y le llevó unos segundos ver con nitidez. La agobiaba una flojedad placentera, como si convaleciera de unas fiebres altas. Miró a Blackraven a los ojos y volvió a pensar: “¡Dios mío, qué hermoso es!”. Quizás era ese rastro gitano el que volvía locas a las mujeres. Él sonrió, y sus dientes blancos y parejos brillaron en contraste con la piel bronceada. Parecía que tenía delineado el párpado inferior, como si lo hubiese repasado con un lápiz de carbón, lo que destacaba el azul del iris. Era un personaje incierto y oscuro, existía algo en él en lo que, simplemente, no se podía confiar. Ella lo había padecido furioso y despiadado, y ahora lo descubría manso y seductor. No quería caer bajo su influjo.

—Usted conoce su poder con las mujeres. No lo utilice conmigo, por favor.

Su fama lo precedía. Tal vez se había enterado de sus asuntillos con la esclava Berenice, incluso del amorío con Bernabela y con algunas mujeres de la alta sociedad porteña. Su discreción era proverbial; no obstante, esas cuestiones siempre terminaban a la luz. Lo tenían por mujeriego, y era cierto. Pero habría preferido que Isaura no lo supiera. A todos sus defectos se sumaba el de tenorio, y eso, a una mujer decente, le daba miedo y desconfianza. ¿Cómo explicarle que hacía días que no tocaba a ninguna porque su cuerpo sólo respondía a ella? ¿Qué Berenice se había ofrecido y que él la había rechazado? ¿Que la última vez con Bernabela le había costado excitarse y que lo logró al imaginársela a ella, a su Isaura, desnuda debajo de él?

Le tomó el rostro con ambas manos para decirle:

—¿No te das cuenta de que eres tú quien tiene el poder entre nosotros? ¿No te das cuenta de que haría cualquier cosa por ti, lo que me pidieses si con eso lograra tenerte?

Volvió a besarla con ímpetu. Estaba muy excitado. Su miembro crecía y se apretaba bajo los pantalones haciéndole pensar en cuánto deseaba estar dentro de ella.

Debía detenerse o la tomaría al pie del árbol, a plena luz del día.

Melody se aferró a sus hombros y le permitió que la besara como un salvaje, entregándose a ese primitivo impulso que le hacía abrir la boca y pegar su cuerpo al de él. Le parecía una hipocresía fingir que no gozaba. Deseaba a Blackraven, a pesar de su dudosa reputación y su nacionalidad. La entrega de él parecía sincera, pero más la pasmaba la voluntad de ella de abrirse y dejarlo entrar en su pequeño mundo, ése que había construido en torno a Jimmy, el refugio que a veces le parecía indefenso y que la hacía sentir sola y débil.

La intimidad de ese beso la abrumaba de sensaciones que jamás había experimentado. Se mezclaban la dicha, la excitación y un raro anhelo de que Blackraven la desvistiera y la tocara en sus partes ocultas. ¿La compararía con las otras? Doña Bela era hermosísima, perfecta. ¿Le marcaría sus defectos? Paddy le había dicho que tenía las caderas y las ubres de una vaca, que era una fea pelirroja a la que nadie prestaría atención. Y esas espantosas cicatrices. Se separó de él de golpe.

—¿Qué tienes? ¿Qué pasa?

—¿Por qué quiere jugar conmigo? ¿Por qué yo? Hay muchas predispuestas. A mí, déjeme en paz. ¿Cree que soy estúpida para pensar que un hombre como usted podría fijarse en alguien como yo?

—¿En alguien como tú? —se extrañó—. ¿De qué hablas, Isaura?

—Yo no soy nadie. Y usted... usted es un conde inglés. Además es rico y... apuesto. ¡Y yo soy pobre y fea! No juegue conmigo. ¡Déjeme! —y forcejeó sin lograr soltarse—. ¡Déjeme, maldito inglés embustero!

—¡Isaura! ¿Qué estás diciendo? Cálmate, por favor. —La envolvió con sus brazos—. Tú eres mejor que yo, mucho mejor.

—No —musitó ella.

—Sí, lo eres. Eres la criatura más exquisita y valiosa que he conocido, Isaura Maguire. ¿Cómo puedes llamarte fea si eres hermosa? Perfecta —le susurró sobre los labios.

Melody quería seguir disfrutando de la intimidad de ese momento aunque el espejismo, tarde o temprano, tuviese que terminar, porque jamás se entregaría, por mucho que lo deseara. La opinión de Blackraven contaba para ella, y no soportaría su rechazo o desprecio. Lo había visto desnudo y daba fe de la perfección de su cuerpo. Jamás le mostraría a un hombre como él sus vergüenzas.

—Déjeme ir.

—¿Es porque soy inglés que me rechazas?

—Sí —mintió—. No podría traicionar a mi padre, que sufrió horrendas torturas a manos de éstos...

—Lamento lo que le ocurrió a tu padre —contestó él, enfadado—, pero nada tiene que ver con nosotros. Nada tiene que ver conmigo, por cierto. No puedes culparme.

Eres caprichosa e infantil al hacerlo. Y una cobarde por tratar de negar lo que sientes por mí, por negar lo que mis besos te provocan.

—¿Qué derecho se arroga para hablarme y tratarme de este modo?

—El derecho que me concede haberte elegido como mi mujer.

Melody corrió hasta Fuoco y se alejó en dirección de Béatrice y los niños. Él, después de verla desaparecer en el recodo, montó a Black Jack y galopó en sentido contrario. Comparó a Isaura con una dríade, la ninfa de los bosques que jugueteaba y serpenteaba sin dejarse atrapar. “La primera mujer a la que realmente deseo y que no puedo tener”, se dijo, incrédulo, amargado.

Volvió al atardecer, cuando las campanadas les anunciaban a los esclavos el fin de la jornada. En grupos, los vio abandonar sus lugares de trabajo y recogerse en los cobertizos donde con certeza armarían una juerga para bailar el candombe hasta quedar exhaustos. El baile estaba prohibido, so pena de varios azotes, amenaza que no hacía mella en los negros, que se aventuraban con tal de zamarrear el cuerpo al son de los tambores, como en el África.

Entró por la parte trasera y le pasó las riendas a Bustillo. Al alcanzar el patio principal, se detuvo cuando divisó en el otro extremo, sentados bajo las glicinas, a Melody y a Covarrubias. El abogado le tomaba una mano y la retenía cerca de sus labios, al tiempo que le dirigía palabras en voz baja. Ella mantenía un gesto indefinido. Irrumpió sin ninguna consideración a las normas de urbanidad.

—Buenas tardes, Covarrubias —saludó, y el susto los puso a ambos de pie—. Lo espero en mi despacho.

Pasó sin mirarla, odiándola. Covarrubias lo siguió con actitud obsecuente que marcó la diferencia entre uno y otro.

Horas más tarde, terminada la cena, Melody se encontraba en ansias mortales. Blackraven se había excusado, dijo que atendería asuntos urgentes y se encerró en su escritorio. Ni siquiera los acompañó después, mientras bebían café. Para atraerlo, tocó el piano y, aunque no tenía ánimos, cantó también, sin ningún resultado.

Dejó a las mujeres en la sala y marchó a la planta alta para acostar a los niños. Cumplida la faena, pensó en acostarse también, pero una excitación angustiosa la mantenía insomne. Volvió a la planta baja y, como las mujeres ya se habían retirado, emprendió la vuelta a su dormitorio muy desilusionada.

Se topó con Trinaghanta, que llevaba la garrafa de brandy vacía. Sus miradas se cruzaron, y la joven, envuelta en esa excéntrica pieza color naranja, le sonrió de nuevo, y Melody volvió a preguntarse si sería otra de las amantes de Blackraven. A veces tenía esa impresión al verlos juntos; la muchacha conocía bien a su amo, y éste le daba a entender lo que deseaba con la mirada o con un simple ademán.

Al pasar frente al escritorio, vio una raya de luz que se filtraba por debajo de la puerta. “Aún sigue allí”, se dijo, aliviada, pues imaginó que había partido hacia

Buenos Aires. Apoyó la mano sobre el picaporte y se quedó pensando en la insensatez que estaba a punto de cometer.

Abrió. A pesar de que la habitación estaba iluminada, no había nadie. Lo encontró en la sala contigua, la de la mesa enorme forrada de lienzo verde. Inclinado sobre ésta, Blackraven golpeó una de las bolas con la vara, produciendo un sonido seco y agradable. Otra recibió el impacto y desapareció en un orificio de la esquina.

Lucía desgreñado, se había soltado el pelo y llevaba la camisa desabotonada fuera del pantalón. Como si advirtiera su presencia, él se volvió con rapidez, y Melody se sobresaltó. Se dio cuenta de que la atemorizaba con la ferocidad de su gesto, y eso lo complació. Si no la hubiera amado tanto, la habría destruido con sus propias manos.

—¿Qué desea, señorita Maguire? —le preguntó, y ella bajó el rostro para ocultar que la había lastimado al no tutearla ni llamarla Isaura.

—Yo... No lo sé, señor —admitió, y su sinceridad apaciguó en parte a Blackraven, que dejó el taco sobre la mesa y avanzó.

—Su noviecito de pacotilla ya se retiró, imagino.

—El doctor Covarrubias no es mi novio —murmuró.

—Pues componíais un cuadro encantador esta tarde, sentados uno junto al otro, bajo la enredadera de flores, tomados de las manos.

—El doctor Covarrubias y yo sólo somos amigos —insistió, en voz baja.

—Entonces —habló él, y la sacudió por los brazos, clavándole los dedos en la carne—, ¿por qué le permitiste que sus ojos te mirasen con codicia, que tocara tu mano y la besara cuando sólo yo tengo ese derecho? Eres mía, Isaura, entiéndelo. Mía —repitió, y volvió a sacudirla, apenas—. Covarrubias no es demasiado hombre para ti y jamás te dará el placer que encontrarás en mis brazos, en mis besos —y su boca cayó sobre la de ella con furia, porque aún estaba resentido y lastimado.

Lo dejó hacer para que su enfado se consumiera.

—¿Por qué me resistes? —le preguntó con más tristeza que disgusto—. ¿Porque soy inglés? No es mi culpa, Isaura. Ni yo ni nadie de mi familia torturamos a tu padre. Lo siento, de veras lo siento, pero no es justo que me achaques las culpas de otros, por más que sean mis compatriotas.

A esas alturas quería confesarle que le importaba un comino que fuera inglés; en realidad, se trataba de ella.

—Yo no soy nada —dijo, con voz quebrada.

—Lo eres todo.

Melody levantó la vista, y él leyó la sospecha que se filtraba por sus ojos.

—Isaura, concédeme el don de tu confianza.

Al sonido de esas palabras, la invadió una profunda sensación de paz y, como si fuera natural y juicioso, decidió entregar su confianza a ese hombre al que tanto había recelado. El alivio le ablandó el cuerpo y la hizo sentir ligera y más pequeña. Apoyó

la mejilla sobre el pecho desnudo de Blackraven y con sus manos le acarició la oscura vellosoidad que lo cubría.

—¿Seré suficiente para ti? —dudó.

—Lo serás todo para mí —la reconfortó él.

—Roger —musitó, y, abriéndole la camisa, lo besó sobre el corazón.

—Sí, llámame Roger, siempre.

Se besaron, y la entrega de Melody conmovió a Blackraven. Aún percibía el temor y la vulnerabilidad de ella, pero confiaba en su naturaleza valerosa, ésa que a él lo había cautivado, la que, al fin de cuentas, acabó por derribar los miedos y las dudas para aceptarlo.

Se abrió la puerta que daba al corredor. Era Trinaghanta, que volvía con la garrafa llena de brandy.

—Mejor me retiro a descansar —dijo Melody, y trató de separarse de él antes de que la sirvienta entrase en la sala de billar.

—Sí, ve a descansar —accedió, aunque le costó apartar sus manos.

Horas más tarde, Roger Blackraven aún no lograba conciliar el sueño. Desde la balconada de la galería superior a la que daban las habitaciones principales, sentado en el suelo, las piernas recogidas y la espalda contra la pared, apreciaba la serena noche de verano que no armonizaba con su ánimo. Inquieto y preocupado, meditaba acerca de los cambios acontecidos en tan poco tiempo. Se llevó la ocarina a los labios, y le arrancó unas notas lentas y melancólicas.

Sansón, echado a su lado, se levantó de pronto y gruñó. Enseguida apareció Jimmy y se quedó de pie, mirándolos. Blackraven, pasmado, soltó la ocarina.

—Muchacho, no te oí aproximarte.

—Escuché la música —se justificó el niño.

—No vuelvas a acercarte tan sigiloso en medio de la noche. Podría haberte lastimado.

—¿Por qué? —se sorprendió Jimmy.

—Porque habría sospechado que eras un ladrón y te habría golpeado.

Jimmy se rió, y Blackraven sintió una gran simpatía por él, tan parecido a su Isaura.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás durmiendo? Si tu hermana despierta, se alarmará al no verte en tu cama.

—Mi hermana está llorando —dijo Jimmy—, y a mí no me gusta cuando llora. Por eso me alejo.

Blackraven se puso de pie.

—Ve a la recámara de Víctor —le ordenó—. Te metes en su cama y te duermes allí. Vamos.

Jimmy obedeció, seguido por Sansón, mientras Blackraven corría al dormitorio

de Melody. Antes de cruzar la puerta, ya lo alcanzaban los lamentos angustiosos y el llanto. Estaba sufriendo una pesadilla. Debía de tratarse de un sueño espantoso a juzgar por el mohín y la forma en que se contorsionaba; tenía las mejillas húmedas de lágrimas.

Se sentó en el borde de la cama, la recogió entre sus brazos y le pegó la cabeza a su pecho desnudo.

—Vamos, amor mío, despierta. Es sólo una pesadilla. A nada debes temer, aquí estoy.

Melody despertó, confundida; aún temblaba y sollozaba. Levantó la vista y, al reconocer a Blackraven, le echó los brazos al cuello y se largó a llorar.

—¡Oh, Roger!

—Cálmate, Isaura, fue sólo una pesadilla. Aquí estoy, ¿qué podría sucederte?

Alguna vez esa pesadilla había sido realidad, de la que nunca se desharía, sus estigmas la acompañarían para siempre. Quiso contárselo, pero la vergüenza y el desánimo la acobardaron. Prefería seguir acurrucada sobre su pecho, en silencio.

—¿Quieres contarme qué soñabas? —Como ella negó con la cabeza, él propuso —: Vamos, recuéstate e intenta dormir. Mira.

—¿Qué es eso?

—Un instrumento musical. Ocarina es su nombre. La tocaré para ti.

La dulzura de la melodía la hizo sonreír. Volvió a evocar al cuarto arcano, el Emperador, y al dios Marte, el guerrero, y se convenció de que madame Odile no se había equivocado. Blackraven era un emperador, un guerrero, pero para ella reservaba una suavidad que a otros ocultaba, quizá para preservarse. Ella misma, al conocerlo, había creído que Blackraven era pura prepotencia y ferocidad. Ahora sabía que en él confluían la pasión y la razón, y se preguntó cómo lograba equilibrarlas. Resultaba admirable que su naturaleza se rigiese tanto por el intelecto como por las emociones. Él podía ser tormenta y calma.

Melody entendió que lo que sentía por Roger Blackraven iba más allá de la admiración y de la fascinación. Lo amaba profundamente, con sus facetas terribles y su lado suave, y se convenció de que la vida sin él sería incompatible con la dicha.

Se durmió al sonido de la ocarina. El ritmo de su respiración cambió. Lucía tranquila y hermosa, ahí en la cama, con el delgado linón pegado al cuerpo. Él le pasó una mano por el brazo desnudo, pues la camisa de noche no tenía mangas, y le apartó la tirilla hasta descubrir el hombro. No quería despertarla, pero el deseo lo llevó a inclinarse sobre el hombro y a besarlo. Melody permaneció quieta, y eso lo alentó. Le recorrió la cabellera de la espalda y, al hacerlo, sus dedos rozaron, a la altura del omóplato, una depresión de textura diferente, más tersa aunque irregular.

La única luz la aportaba la luna, y Roger no conseguía distinguir con claridad. De algo estaba seguro: se trataba de una cicatriz. Encendió una vela con el yesquero y

ocultó el pabito detrás de su mano al pasarlo cerca del rostro de Melody. Lo aproximó a su espalda. Una cicatriz, como había sospechado, una quemadura, en realidad. Muy peculiar, por cierto. Sintió un apretón en el estómago y una dolorosa sequedad en la garganta al entender que se trataba del sello de un carimbo, el hierro que, al rojo vivo, se usaba para marcar a los esclavos. Y junto a ése, en mitad de la espalda, había otro igual, y justo sobre el omóplato izquierdo, en la misma línea, otro más. Isaura había sido marcada tres veces en la espalda con el carimbo.

Se mordió el puño para no gritar de rabia y dolor, y dejó la palmatoria sobre la mesa de noche porque las manos le fallaban. Los ojos se le habían nublado y la cara le dolía de contener el llanto. Se incorporó con dificultad; la sangre le golpeaba las sienes y se había mareado. Abandonó el dormitorio y caminó a trancos irregulares hasta su habitación. Salió a la terraza en busca de aire fresco y apoyó ambas manos sobre la balaustrada, con la cabeza echada entre los brazos. El cuerpo le temblaba y aún se mordía el labio para resistir, hasta que se deslizó por la pared y cayó al piso donde se echó a llorar como un niño.

Capítulo XIII

Lastenia Castaneda y Cazón quedó huérfana de padre siendo apenas una niña, y en poco tiempo perdió también a su madre, no porque hubiese fallecido sino porque la señora de Castaneda y Cazón, en cumplimiento de una promesa hecha a su esposo moribundo, tomó los hábitos e ingresó en el Convento de Santa Teresa de Jesús, utilizando todos los dineros de la herencia para pagar la dote de admisión.

Lastenia, huérfana y pobre, marchó a vivir con su madrina, la señora María Josefa Basurco y Herrera, una matrona influyente y rica de Buenos Aires, alta, morena, enhiesta como una vara y de gesto imperturbable. Lastenia le temía, por eso se lo pasaba en su dormitorio, entre sus mejores amigos: los libros.

La única atracción de la casa de doña María la constituían las visitas diarias de un abogado y canónigo, Juan Baltasar Maziel, a quien la señora doña María llamaba “hijo” y le confiaba todos sus asuntos, materiales y espirituales. El canónigo Maziel, uno de los hombres más cultivados del Río de la Plata, con una biblioteca mentada por lo completa, pidió autorización a doña María para convertir a Lastenia en su pupila. Le brindó una esmerada educación, quizá la que se reservaba para los varones destinados a ocupar puestos de jerarquía, en absoluto para las niñas, a las que, en ocasiones, se negaba la posibilidad de aprender a leer y escribir para evitar que se cartearan con algún hombre.

Lastenia aprendió latín y griego, historia y geografía, literatura y teología; recitaba de memoria párrafos de la *Divina Comedia* y de *Don Quijote de la Mancha*, declamaba los versos de los clásicos —Ovidio, Virgilio, Lucano—, aunque su favorito era Góngora, y también Francisco de Medrano. Resultó talentosa para la música, y por las tardes complacía a su madrina y a su tutor ejecutando piezas en el piano o en el arpa.

A Lastenia le fastidiaba que su protectora dijese frente al canónigo Maziel: “A mi querida Lastenita no le costará nada hacerse de marido a pesar de que no cuenta con un céntimo de dote. ¿Qué niña de fuste ha recibido instrucción más acabada y completa que ella? Ninguna, a fe que ninguna. Además, es virtuosa y pía”. En una oportunidad, el canónigo Maziel agregó: “Y muy hermosa”, comentario que hizo fruncir el entrecejo de doña María y agitar el corazón de Lastenia, que moría de amor por su maestro.

Una mañana, doña María le manifestó:

—Han pedido tu mano, Lastenita, y he decidido aceptar. Conociste al caballero en la tertulia de las Escalante, la semana pasada. No exige dote y parece un buen católico, trabajador y sin vicios. Es irlandés y dueño de una próspera estancia en Capilla del Señor, a unas leguas de aquí hacia el norte. Fidelis Maguire es su nombre.

Lastenia se encerró en su habitación a llorar. Esa tarde, cuando se presentó Maziel

en casa de doña María, adujo un malestar y no lo recibió. Al día siguiente, embozada y a hurtadillas, corrió a su despacho en la Catedral. Maziel se sorprendió al verla.

—¿Qué haces aquí, niña? Y sola —se enfadó—. ¿Por qué no te acompaña una de las esclavas?

—Han decidido casarme, señor. Pero no lo haré.

—Debes obediencia a tus mayores, Lastenia.

—No lo haré —se empeñó la joven—. Y no lo haré porque estoy enamorada de vuestra merced.

Maziel recibió una fuerte impresión y se dejó caer en la butaca. La naturaleza delicada y prudente de Lastenia había desaparecido. Esa joven resuelta que actuaba como loca era una extraña para él.

—Vete a casa. Ahora mismo —le ordenó de mal modo—. Lo que acabas de decir es pecado. Deberás confesarte antes del domingo.

Ese mismo día, por la tarde, Maziel parlamentó largo con doña María. Lastenia nunca supo los pormenores de la charla, aunque sufrió las consecuencias. Pocos días más tarde, conoció a su prometido, un pelirrojo alto como Goliat, de enormes ojos turquesa, de aspecto temible y maneras torpes, que a duras penas pronunciaba el castellano y que, se murmuraba, de tanto en tanto sufría ataques demoníacos que lo tiraban al suelo y le ponían los ojos en blanco.

Para fin de mes ya estaba casada y rumbo a su nuevo hogar. Nunca volvió a ver al canónigo Maziel.

Lastenia y Fidelis no congeniaron. Ella lo encontraba demasiado basto y él, demasiado remilgada. A Lastenia le molestaba que él hiciera ruido al comer, que no se lavara las manos antes de sentarse a la mesa, que entrara con las botas sucias a la sala y que confiriera a los peones, en especial al capataz, un trato de amigos. No sabía leer ni escribir en castellano, y ella dudaba de que supiera hacerlo en algún idioma. Se negaba a comprarle esclavos, y eso resultaba inaceptable.

—Jamás habrá esclavos en esta casa. Usted, que es tan culta y refinada, admite una práctica salvaje, pues salvaje es quien priva de libertad a un semejante.

—Los esclavos no son semejantes a nosotros —aducía Lastenia.

—Eso mismo dicen los ingleses de los irlandeses —argüía Fidelis.

Tampoco coincidieron en la educación de los hijos. Maguire sostenía que se perdía el tiempo entre libros y juzgaba importante aprender las cuestiones de *Bella Esmeralda*, la estancia. Incluso Isaura —Melody para él— debía hacerlo.

—Hará de mi única hija una criatura montaraz igual que usted —le reprochaba.

—Haré de su hija una mujer útil que sabrá defenderse y jamás morirá de hambre.

Melody se pasaba la mayor parte del día a lomo de caballo, recorriendo la estancia junto con su padre, con Domingo, el capataz, con su hijo Pablo y con su hermano Tommy, que había desarrollado un temperamento muy “irlandés”, en

opinión de Lastenia, y que a veces se tornaba inmanejable, aun para Fidelis, con quien reñía a menudo.

La afición de Melody por la música y el canto proveyeron a Lastenia del único artificio para atraerla a los libros.

—¿Quieres que te enseñe a tocar el piano y el arpa? —la seducía—. ¿A modular tu voz y a cantar? Pues primero deberás aprender a leer y escribir.

Sólo James, el más pequeño, a quien llamaban Jimmy, se pasaba el día entre las faldas de su madre a causa de una salud achacosa. A diferencia de sus hermanos mayores, Jimmy era un niño tranquilo y dócil que gustaba de las historias interesantes que Lastenia leía o de jugar en el patio con muñecos de madera.

Melody tenía trece años cuando su tía Enda Feelham y su único hijo, Patrick “Paddy” Maguire, de veinte, llegaron a *Bella Esmeralda* para quedarse. Jimmy Maguire, hermano de Fidelis, había muerto el año anterior de una enfermedad desconocida, dejando en la pobreza a su esposa e hijo. Mediante un agente que viajó a Dublín, Fidelis les envió una carta donde les aseguraba que los recibiría con los brazos abiertos y la suma necesaria para costear el viaje hasta el Río de la Plata.

Fidelis se sabía en deuda con su cuñada, quien, años atrás, lo había encontrado medio muerto en el bosque del valle de Glendalough, Irlanda, como consecuencia de las torturas sufridas a manos de los ingleses, y le había salvado la vida tras esmerados cuidados. Si bien la gente del pueblo murmuraba que Enda Feelham practicaba la brujería, Fidelis aseguraba que se trataba de una buena mujer, excéntrica y ermitaña, pero de corazón noble.

Enda y Paddy se sumaron al círculo familiar y pronto se adaptaron a las costumbres y actividades de la estancia. Paddy se apegó a Fidelis, de quien su madre tanto le había hablado, y, al demostrarle gran habilidad en el manejo del ganado y de los cultivos, se granjeó el cariño de su tío, provocando los celos de Tommy.

Enda, por su parte, callada y seria, desaparecía la mayor parte de la jornada y se presentaba sólo para las comidas. Lastenia le tenía ojeriza y algo de miedo, porque a veces la hallaba como en trance, con insólitos aparejos entre las manos. Nadie le quitaba de la cabeza que, desde la llegada de Enda y Paddy, extraños sucesos tenían lugar en la estancia: ruidos durante las noches, inexplicables muertes de animales, preñeces malogradas, nacimientos de terneros con deformidades, súbitas y violentas tormentas eléctricas, cosechas estropeadas, malestares y enfermedades.

Melody perdió a su madre a los quince años y, aunque nunca habían congeniado, le costó aceptar su muerte, en especial porque Lastenia sufrió una lenta y dolorosa agonía, víctima de una indigestión causada por un hongo. Después de una noche de lluvia, el campo amanecía poblado de diversas setas, que la cocinera y Lastenia recogían para preparar sabrosos estofados, ambas dotadas de una gran destreza para distinguir entre los inofensivos y los venenosos. Alguna falló en esa última

oportunidad, echando a la canasta uno letal que terminó en el plato de Lastenia. Después de la muerte de su esposa, Fidelis prohibió el consumo de hongos en su casa.

Acostumbrado a la compañía de su madre, Jimmy resultó el más afectado y, desde ese momento, Melody abandonó las actividades en el campo y se ocupó de la educación y el cuidado de su hermano menor. En un principio no dio crédito a los comentarios de Tommy y de Pablo en cuanto al comportamiento artero de su primo Paddy. Según los muchachos, el irlandés mostraba una cara a Fidelis que en nada se condecía con su verdadera naturaleza. Era cruel con los peones, manoseaba a las mujeres y encontraba solaz en torturar a los animales. Le prendió fuego al perro de Pablo, que quedó en mal estado y debió ser sacrificado; le gustaba emborrachar gallinas, hacer chillar a los puerquitos, patear a los gatos y quemar insectos con su cigarro. Había hecho migas con el comisario de Capilla del Señor, Gotardo Guzmán, personaje oscuro que manejaba un grupo de abigeos que asolaba los campos de la región.

A Paddy le gustaba apostar en los reñideros, a los perros y a los gallos, y emborracharse en la pulpería del pueblo para terminar en la cama de alguna mujerzuela. Hábil intrigante, consiguió malquistar a Fidelis con su hijo Tommy y así pasar a ocupar el sitio preponderante en la administración de la estancia; ya ni Domingo, el capataz, conservaba sobre Fidelis el mismo ascendiente.

La muerte de Lastenia pareció sentarle a Enda, porque, de silenciosa y distante, se volvió locuaz y participativa, hasta coqueta. Melody sospechaba que planeaba llevar a su padre al altar. Con el transcurso de los años, quedó claro que Fidelis no compartía esa idea. La había acogido en el seno de su familia, la protegía y la mantenía, a ella y a su hijo, movido por el agradecimiento, pero nada más. El matrimonio se hallaba fuera de discusión.

El trabajo de la estancia le pesaba a Fidelis, que comenzaba a delegar ciertas responsabilidades y decisiones en Paddy. A Melody la alarmaba que su padre, fuerte como un toro, de salud inquebrantable, se pasara días enteros en la casa, flojo y desanimado. Montaba con dificultad a causa de los dolores reumáticos en las articulaciones y se cansaba con rapidez. Tenía mal semblante, una palidez enfermiza, y comía con frugalidad, a pesar de que tiempo atrás había engullido con la avidez de un joven. El médico le recetó un tónico y una dieta especial, que parecieron empeorar su estado.

Una mañana en que no pudo dejar la cama, se dijo: “Creo que se aproxima mi hora”, y, como no quería morir *ab intestato*, mandó comparecer al notario del pueblo y le indicó que redactara su última voluntad. Los bienes se dividirían por partes iguales entre sus tres hijos y su sobrino, Paddy Maguire, a quien, además, nombraba como albacea y tutor de Melody, Tommy y Jimmy. Días más tarde, murió.

Melody no salía del estupor. Su padre no podía estar muerto. Los primeros días después del entierro se lo pasó vagando por la casa, buscándolo, creyendo que oía su voz, que lo encontraría en la próxima habitación. No contó con demasiado tiempo para llorarlo ya que las circunstancias la devolvieron de golpe a la realidad cuando el comisario amigo de Paddy vino a buscar a Tommy y a Pablo. Sobre ellos pesaba una denuncia por robo de ganado; aguardarían el juicio en prisión y, en el mejor de los casos, terminarían en la frontera condenados a trabajos forzados.

Melody corrió a alertar a su hermano y a su antiguo novio de la situación. Tras reunirse con apremio, Domingo y otros peones, que sospechaban que “don Patricio”, como llamaban a Paddy, dirigía el entuerto tras bambalinas, determinaron que los muchachos debían huir.

—Los dos, el comisario y don Patricio —pronunció Domingo—, se han ganado el irrespeto de muchos por estos lares. Más de uno se la tiene jurada. No ha de faltar mucho pa’que se conviertan en ánimas del demonio gracias al facón de algún valiente.

La vida se volvió un infierno para Melody, dividida entre la desazón por la huida de su hermano y el asedio de su primo, que quería casarse con ella. Hacía tiempo que Paddy se había fijado en Melody. Apenas llegado a la estancia, le pareció una pelirroja fea y desgarbada, con el cuerpo y los modos de un varón. Después, al ocupar el lugar de Lastenia y al comenzar a llevar sus vestidos, Melody se reveló como una mujer preciosa, de formas generosas y apetecibles. Lo empezó a preocupar que, cada vez que se llevaba a una ramera a la cama, pensaba en su prima. La espiaba cuando se bañaba, cuando leía en la sala, cuando jugaba con Jimmy, cuando caminaba por la estancia. Melody se convirtió en su obsesión.

—Cásate con ella —le aconsejó Enda— y todo esto será tuyo. Jimmy no durará mucho tiempo y Tommy jamás volverá. Yo me haré cargo de eso.

Pero Melody lo rechazó. Le dijo que no lo amaba. Paddy, que no se caracterizaba por la paciencia, desplegó un cortejo digno del más pulido caballero, que no sirvió de nada pues Melody se mantuvo firme en su postura.

—Si no serás mi esposa, entonces te convertirás en mi esclava.

—¡Tendrás que matarme primero! —se resistió Melody.

—No, tú eres demasiado preciosa para mí. No te mataré. En cambio, sí mataré a Jimmy. Con una sola mano.

Mandó quemar su ropa y la obligó a vestir prendas de sirvienta, a comer en la cocina de los peones, a fregar y a lavar, a quitarle las botas cuando terminaba la jornada, a masajearle los dedos de los pies y la espalda, a leerle luego de la cena. A veces, durante alguna comida, le ordenaba sentarse en el suelo y le tiraba bocados que le obligaba a comer. Disfrutaba manosearla e insultarla, llamarla fea pelirroja, vaca tetona y epítetos por el estilo.

—¿Quién te querrá con ese pelo de puta y esas ancas de vaca? —y la golpeaba en las asentaderas—. Estás sucia y vistes harapos. ¿De veras crees que alguien pedirá tu mano? Tienes suerte de que yo lo haga, por la promesa que le hice a tu padre de que cuidaría de ti y de tus hermanos.

Enda adoptaba una actitud indiferente, como si aquel espectáculo no ocurriera bajo sus narices. Cada tanto, apartaba a su sobrina y la prevenía:

—Paddy no claudicará en su decisión de esclavizarte. Es terco y duro como una mula empacada. Mejor te avienes a su deseo y te casas con él.

—¡Jamás! Yo también puedo ser terca y dura como una mula empacada.

Sus fuerzas flaqueaban. El estado al que la había reducido Paddy y el temor constante de que lastimara a Jimmy comenzaban a hacer mella en su cuerpo, en su espíritu y en su mente. Dormía mal y con un cuchillo bajo la almohada. Había perdido peso y lozanía. Tenía el cabello opaco y el rostro demacrado. Las manos le temblaban y, a veces, le costaba modular.

Un día, mientras baldeaba el solado del patio, una sirvienta la sobresaltó.

—Casi me matas del susto, Brunilda. ¿Qué ocurre?

—Se trata de don Patricio. Acaba de llegar de la ciudad y viene con una hilera de esclavos. Negros como el carbón, mi niña.

Melody pensó en muchas cosas: en que su padre había jurado que jamás compraría esclavos; en su propia condición de sierva; en el trato inhumano que les brindaría Paddy y en el odio que, día a día, se multiplicaba en su interior.

Corrió hacia el granero donde, según Brunilda, habían sido conducidos esos infelices. Allí estaban, formados en fila, temblando de frío y de hambre, medio desnudos, lastimados y flacos. Se llevó la mano a la boca al darse cuenta de lo que estaba sucediendo: Paddy, con la ayuda de sus peones y un hierro al rojo vivo en la mano, marcaba a los esclavos como ella tantas veces lo había hecho con el ganado. Ciega de furia se abalanzó sobre él, tomándolo por sorpresa.

—¡Bestia maldita! ¡Monstruo asqueroso! ¡Hijo de mala madre! —prorrumpió, al tiempo que lo golpeaba en el pecho.

A Paddy no le costó someterla. Le sujetó ambas muñecas con una mano y la obligó a hincarse frente a él. Le asestó una cachetada de revés que le partió el labio. Quedó medio atontada e incapaz de luchar mientras su primo le rasgaba la blusa y le desnudaba la espalda.

—¡Me has cansado! —lo escuchó vociferar—. Ahora entenderás que todo este tiempo te he tenido una paciencia que tú no has valorado. Debes entender que me perteneces, que eres mía, al igual que estos negros mugrosos. ¡Mía, mía, mía! —repitió con furia y, a cada exclamación, la marcó con el hierro caliente en la espalda.

Melody lanzó un grito, se arqueó en una postura antinatural y cayó sin sentido. Despertó en su cama, boca abajo y desnuda. Advirtió la presencia de su tía Enda, que

le colocaba paños fríos y emplastos para calmar el latido de las quemaduras. La cuidó durante días, la alimentó con una cuchara y le dio de beber con una bombilla, sin intercambiar palabras.

Después del salvaje ataque, Paddy cayó en una aguda depresión en tanto las botellas de chicha y ginebra se vaciaban todas las noches. Melody le temió más que antes, ahora que la culpa lo atormentaba, segura de que, en su demencia, terminaría descargando en ella sus remordimientos. Lo eludía, pero él la buscaba para insultarla y golpearla. No cabía duda de que su índole perversa se había desatado por completo, y no pasaría mucho tiempo hasta que aquella situación terminase en tragedia. Sola, sin dinero y con un niño enfermo a cargo, aunque aterrada ante la idea de huir, se convenció de que no le quedaba otra salida si quería seguir viviendo.

Una noche, Paddy, muy beodo, se metió en su dormitorio con la furia de un toro embravecido. Le quitó la manta de un jalón y la arrastró por los talones fuera de la cama. Melody cayó al suelo y se golpeó la cabeza. Aturdida, comenzó a gritar y a pedir auxilio hasta que Paddy le metió un trapo en la boca. Le rasgó la camisa de noche con su facón y comenzó a manosearle los pechos, el vientre, entre las piernas. Su aliento a ginebra le golpeó la cara cuando le dijo:

—Esto es lo que debí hacer desde un principio. Es lo que estás necesitando, una buena revolcada conmigo que te deje tranquila y mansa. Así sois todas vosotras, unas putas. Te tendré en la cama varios días, te la meteré una y otra vez hasta que grites de placer y me ruegues que vuelva a poseerte.

Melody agitaba los brazos y las piernas, sacudía la cabeza de un lado a otro y contorsionaba su cuerpo sin lograr mover a Paddy. Él era robusto y pesado, y muy fuerte. Melody recordó el cuchillo que había quedado bajo la almohada, y lágrimas de frustración rodaron por sus mejillas. Pensó: “Señor, ¿por qué me has abandonado?”, y se apaciguó, dejó de convulsionarse y permaneció inerte.

Ante la claudicación de su prima, y como anhelaba besarla en los labios, le sacó el trapo de la boca. Fue un error, porque Melody lo atacó con los dientes y le arrancó un pedazo de mentón. Paddy gritó y se echó hacia atrás sosteniéndose la barbilla con ambas manos. Melody se arrastró sobre sus antebrazos hasta quitarse de encima a su primo y se puso de pie. Se precipitó sobre la almohada y tomó el cuchillo, se abalanzó sobre Paddy y le hundió la afilada hoja en el costado izquierdo. Él alcanzó a levantar el rostro y a mirarla con una expresión incrédula que la perseguiría en sueños casi todas las noches desde ese día. Después, cayó muerto.

Melody se quedó de pie junto al cadáver, medio desnuda, la boca llena de sangre y el cuchillo aún en la mano. No conseguía apartar la vista de ese cuerpo sin vida, azorada de su propio arrebató: le había quitado la vida a un ser humano. Evocó el sonido de la hoja al enterrarse en la carne. Una neblina de sus confusas emociones, se coló la voz de Jimmy, que gritaba su nombre y lloraba. De seguro se habría

despertado a causa del estrépito de la puerta y de los gritos de Melody. Actuó deprisa. Se quitó la camisa de noche y se echó encima la bata. Antes de correr al dormitorio de Jimmy, se enjuagó la boca y se quitó los vestigios de sangre de las mejillas y el mentón. El silencio y la calma le dieron a entender que la servidumbre no se había percatado del ataque y que su tía Enda no se encontraba en la casa sino en otra de sus escapadas nocturnas.

—Jimmy —le dijo—, debemos huir. Ahora mismo.

—¿Qué ocurre?

—No tengo tiempo de explicártelo. Necesito que te vistas solo, sin mi ayuda, y que pongas sobre la sábana tu ropa, en especial la de lana, y la anudes. Arma un lío con ella. ¡Vamos, deprisa!

De regreso en su dormitorio, Melody se vistió y se ató el pelo. Abrió el baúl donde guardaba sus pertenencias e hizo lo mismo que había indicado a Jimmy. Debían abrigarse porque afuera helaba. Antes de ir al establo, pasaron por la cocina y se hicieron de provisiones. Montados sobre Fuoco, el magnífico alazán que Fidelis le regaló cuando cumplió quince años, huyeron a campo traviesa hacia cualquier sitio, sólo contaba poner distancia de *Bella Esmeralda*.

Vagaron por la campiña durante días, evitando los pueblos, temiendo que los interceptase una cuadrilla del comisario de Capilla del Señor y los encerrase. Las provisiones se acabaron, tenían sed y frío, estaban sucios y malolientes. Jimmy mostraba alarmantes indicios de deshidratación, y Melody luchaba para no perder la conciencia y caer del caballo.

La noche del quinto día se desató una tormenta con vientos que los arrastraban y copiosa lluvia que los caló en segundos. Fuoco se movía con dificultad, a riesgo de caer en un pantano que los tragara. Jimmy se había desvanecido y Melody no tenía fuerzas para sostenerlo. Elevó la vista al cielo suplicando piedad y, al bajarla, avistó una luz en la lejanía. Manióbró las riendas con esfuerzo y obligó a Fuoco a encaminarse en esa dirección. Le pareció que jamás alcanzarían la luz, como si se tratase de un espejismo, hasta que, tras la cortina de agua, distinguió una solitaria casa que se levantaba a la orilla de un camino. Desmontó. Le temblaban las piernas y los brazos, le castañeteaban los dientes y tenía las manos ateridas. Apoyó la cabeza en el costado de Fuoco para recuperar el equilibrio. Tomó a Jimmy en brazos y caminó hasta el zaguán. Pateó la puerta, varias veces, hasta que apareció un hombre bajo el dintel y la sostuvo con presteza.

Días más tarde, en condiciones de dejar la casa para tomar sol e inspirar aire fresco, Melody se dio cuenta de que estaba pintada de un color muy particular: color ocre.

Capítulo XIV

A la mañana siguiente, Melody se levantó al alba sintiéndose diferente, entre exultante e insegura. Necesitaba hablar con madame Odile. En la cocina, la negra Siloé ya preparaba el fuego y alistaba el desayuno. Miora sorbía el mate y remendaba unos calcetines.

—Come algo, mi niña —dijo Siloé, y le extendió una taza de café con leche y bizcochos.

—Iré a visitar a madame Odile, Miora. ¿Deseas que le diga algo?

—¿Podría llevarle unas prendas a las muchachas, miss Melody? Terminé anoche de coserlas.

De camino a lo de madame, ni un solo instante dejó de pensar en Roger Blackraven. Todavía le costaba creer que él se hubiese fijado en ella y, aunque le dolía desconfiar, se preguntaba si no la habría elegido como su próxima víctima de seducción. Si bien la noche anterior no había encontrado la voluntad para resistirlo, en ese momento se sentía incapaz de enfrentarlo. Madame Odile le daría una respuesta.

Avistó la casa color ocre y estimuló el paso de Fuoco. Como acostumbraba, entró por la parte trasera, donde se estacionaba el coche y se guardaban los bueyes. Salió a recibirla Valdemar, esposo de la negra Cleofé, y protector de las muchachas. Valdez e Inclán podía dar fe de la potencia del puño de aquel zambo. Cleofé la recibió con el cariño habitual y la invitó con mate. Apareció Emilio, el atractivo y robusto pardo que hacía de mayoral y de mensajero, que también mantenía a raya a los clientes, y que, se decía, era el amante de madame Odile. Conversaron con afabilidad, y Melody sintió nostalgia del tiempo que había compartido con ellos.

—Dice madame —informó Emilio— que la espera en su cuarto. Acaba de despertar.

Melody había entrado infinidad de veces en el dormitorio de madame Odile, tan desenfadado y ostentoso como su dueña, de colores estridentes aunque femeninos, cargado de arrequives y perifollos, e inundado de su fragancia. Apartó las gasas del baldaquín y la halló recostada entre almohadones de satén, aguardando a que le trajeran el desayuno. Melody se inclinó y la besó en ambas mejillas, y madame le ordenó que se echara junto a ella.

—¿Qué te sucede? —preguntó la meretriz—. Luces distinta, algo en tus ojos, no sé, los encuentro más brillantes. Y esa sonrisa que no se te cae de la boca. Es raro verte sonreír, querida. Me pregunto si el Emperador tendrá que ver con esta mudanza.

Melody pronunció su sonrisa. Para madame Odile, Roger Blackraven sería siempre el Emperador.

—Me besó, madame. En los labios —agregó, mientras se los tocaba—. Nunca

había sentido igual. Con Pablo era distinto.

—¡Por supuesto que el beso del guerrero es distinto! Nada se le compara. Por favor, necesito detalles. Vamos, habla, no me tengas en vilo.

—De madrugada, me desperté llorando a causa de un mal sueño y él estaba allí, abrazándome y consolándome. Me sentí tan segura y reconfortada entre sus brazos...

—Los brazos del Emperador —precisó madame.

Melody le contó todo, no sólo acerca del beso en la Alameda y el del despacho sino lo que había experimentado, lo que él le había dicho, la forma en que la había mirado y tocado, y la exquisita sensación de bienestar que la había llevado a confiarse a él sin temor a las consecuencias.

—Jamás podré desnudarme frente a Blackraven —aseguró Melody, y escondió el rostro en un almohadón—. Madame, yo lo vi desnudo una vez. Él es perfecto, magnífico. En cambio yo... ¿Y mis cicatrices, madame? Cuando las vea, ¿qué dirá? Me despreciará. ¡Jamás me entregaré a él!

—Vamos, vamos —la instó madame Odile—. Cálmate y examinemos esta situación por partes. Dime, ¿te gusta el Emperador, verdad? —Melody asintió—. Y te gusta cuando te besa, según acabas de confesarme. Bien. Ponte de pie y alcánzame el *déshabillé*.

Madame se puso el salto de cama, tomó a Melody por el brazo y la condujo hasta un espejo de vestir trifásico, donde se reflejaron sus figuras tan dispares.

—Quítate esa ropa de hombre. Nadie puede apreciar tu cuerpo si vistes como marimacho. Anda, niña, nada de mojigaterías conmigo que lo que veré no es nuevo para mí. Para tu gobierno, he visto a más mujeres y hombres desnudos a lo largo de mi vida que con ropas encima.

—Nunca me he desnudado frente a nadie, madame.

—Pues mira, niña, tienes a tus pies a un hombre por el que nosotras daríamos cofres repletos de oro. Un hombre como el Emperador te mantendrá en la cama la mayor parte del tiempo, porque, como una vez te dije, su índole es insaciable. Entonces, es hora de que comiences a acostumbrarte a verte desnuda.

Melody se quitó las prendas y se cubrió el triángulo de vello con la mano y los pechos con el brazo. Madame los apartó con dulzura y tomó perspectiva, alejándose del espejo. La imagen le devolvía el cuerpo adorable de una mujer joven, bien desarrollada, con las proporciones justas y las curvas pronunciadas.

—¿Cómo puedes pensar que tu cuerpo no es magnífico? Serías la reina de esta casa, los clientes se pelearían por ti. Sucede que no sabes realzar tu belleza, no aprovechas tus encantos. Admira tus senos, querida. Aún se mantienen enhiestos a pesar de su gran tamaño.

—Parecen los de una vaca.

—*Mon Dieu!* —profirió madame, que solía caer en el francés cuando se enfadaba

o se impresionaba—. ¿Te avergüenzas de tener senos grandes? Permíteme que te ilustre: los hombres enloquecen con la generosidad de los senos de una mujer. Para ellos, son símbolos de lujuria y fertilidad. La curva de tu vientre es perfecta, y adorable la tonalidad del vello de tu monte de Venus. Es sensato que conserves la costumbre de quitarte el de las piernas —comentó, mientras le pasaba una mano por el muslo—. Tienes lindas rodillas, Melody, y lindos tobillos, y tus piernas están bien formadas. —La obligó a darse vuelta—. Mira qué cabello. Mira cómo cae, copioso, hasta la cintura. Y ese color tan peculiar, que contrasta con la palidez de tu piel.

—Es pelirrojo —se quejó.

—No lo es, pero, ¿cuál sería el problema si así fuera?

—No me gusta el pelirrojo.

—Tu color no es el pelirrojo, Melody querida. Es una extraña combinación entre un castaño rojizo y el rubio. Difícil de definir —admitió—. Por cierto, ¿has contemplado tus rasgos alguna vez? —Y la tomó por la barbilla—. Digo, mientras te dedicas a salvar a los esclavos de todo el virreinato, ¿te has detenido alguna vez a admirar lo regulares que son? —Melody rió, divertida—. Tu cuerpo guarda la forma de una pera. Fíjate, eres afinada en la cintura y generosa y redondeada a la altura de tu trasero.

Melody se dio vuelta, se apartó los bucles, echándolos sobre el hombro izquierdo, y las cicatrices aparecieron reflejadas en el espejo. Se quedaron calladas, observándolas.

—El deseo que el Emperador muestra por ti no cambiará a causa de eso.

—Son el símbolo de la esclavitud.

—Tú no eres una esclava.

—Sí, soy esclava de estas marcas y de los recuerdos asociados a ellas.

—Si el Emperador es el hombre con el que soñé te hará olvidar esas quemaduras.

Madame Odile agitó la campanilla y apareció su doncella, a la que ordenó alistar el baño para Melody y conseguir, de entre los vestidos de las muchachas, un traje para montar y ropa interior. Melody nunca había entrado en el tocador de madame, una estancia más bien pequeña cubierta por alfombras, con una tina de cobre en medio, espejos por doquier, incluso en el cielo raso, y anaqueles abarrotados con frascos que contenían variedad de potingues, blanquetes, afeites, perfumes y lociones. Había peines, cepillos, bigudíes y presillas, también postizos y pelucas, y finas prendas regadas sobre un diván y un biombo.

Mientras Melody se bañaba, Odile, echada en el diván, le contaba “secretos”. A pesar de las desvergonzadas confidencias, Melody alimentaba una indecorosa necesidad de que madame prosiguiera instruyéndola en las artes amatorias y en los misterios del cuerpo del varón.

—No te diré más —dijo madame, y se puso de pie—. No permitiré que mis

relatos te priven de tu inocencia, un néctar que el Emperador apreciará como nada y que beberá lentamente. Él será tu maestro y mentor. Y, créeme querida, nadie te enseñará mejor que él.

De regreso en la habitación, y antes de peinarla, la doncella la ayudó a ponerse la ropa interior. La suavidad del holán le acarició las piernas, y las ballenas de la cotilla le achicaron la cintura y le subieron los pechos. Madame Odile indicó el tocado y eligió un sombrero pequeño, de paño gris, con plumas de avestruz. El traje, compuesto de un guardapiés y un jubón de tercianela azul marino, con botones de bronce, le sentaba a su figura como hecho a medida.

—Mira cómo hemos reducido tu cintura con la cotilla —señaló madame—. Si puedo rodeártela con las manos.

—No podré montar tan constreñida —se lamentó Melody.

—Nadie dijo que la belleza y la elegancia sean cómodas, querida. Y ahora, el toque final: el perfume. Una mujer que se precie de tal jamás deberá presentarse ante su amante sin perfume. Recuérdalo.

Se escuchó la campanilla de la puerta principal y, momentos después, un revuelo en la planta baja. Algunas de las chicas se habían levantado y alborotaban por algún motivo.

—Habrá llegado el obsequio que el alcalde de primer voto le prometió a Ana Rita —conjeturó madame.

Se escuchó que subían, riendo. Se abrió la puerta de la habitación. Era Arcelia.

—Melody está aquí, con madame —informó a las demás.

—Por aquí, vuestra merced —indicó Apolonia.

—Muchas gracias —dijo Blackraven, y Melody se paralizó al sonido de su voz.

A punto de esconderse en el tocador, Odile la sujetó por la cintura y la mantuvo a su lado. Melody sólo atinó a quitarse el sombrero antes de que Blackraven se asomara a la puerta.

—Déjate —le pidió—, estás preciosa con él.

Por un breve lapso, Odile se quedó en silencio, con azorada expresión.

—*L'Empereur* —dijo—. El nacido bajo el influjo del dios Marte —y caminó hacia Blackraven con la mano extendida.

—*Enchanté* —dijo Roger, y se inclinó para besársela—. Roger Blackraven a sus pies, señora.

Continuó la charla en francés, se trataron con cordialidad y rieron hasta que las demás se quejaron porque no entendían. Melody no apartaba la vista de Blackraven, de impecables maneras, desenvuelto y natural a pesar de la comprometida situación. Percibió la codicia que suscitaba en las muchachas, el modo en que lo estudiaban y las fantasías que imaginaban. Sintió celos, y quiso sacarlo del burdel.

—Es un hermoso anillo el que luce ahí, excelencia —comentó Odile, y tomó la

mano de Blackraven para mirarlo de cerca.

Se trataba de un diseño más bien simple, en forma de trébol de cuatro hojas, sin tallo, que Blackraven usaba en el anular de la mano derecha.

—Tiene un extraño engarce, algo prominente diría yo. Es un ópalo, ¿verdad?

—Así es, madame.

—Se dice del ópalo que cambia su tonalidad de acuerdo con el estado de ánimo de quien lo lleva. A juzgar por este trébol, vuestra merced se encuentra hoy de muy buen talante.

—No se equivoca, madame. Ahora que encontré a Isaura, sí, lo estoy.

—Ya deberíamos irnos, excelencia —intervino Melody.

—Bajemos —propuso madame, y la tomó por la cintura para que caminara junto a ella—. Dígame, excelencia, ¿ha nacido su gracia en el mes de noviembre?

—Así es —se sorprendió Roger—. El 10 de noviembre para ser más exacto. ¿Cómo lo supo?

—Todo indicaba que vuestra merced había nacido bajo el signo solar del escorpión. Su signo está regido por el dios de la guerra, el dios Marte, y eso los convierte...

—En los mejores amantes —la interrumpió Jimena, y las demás soltaron una carcajada, Blackraven también.

—¡Oh, Melody! —exclamó Odile—. No te muestres tan apenada. Dios te ha bendecido poniendo en tu camino a un hombre nacido bajo el signo de Escorpio.

—Mi madre —dijo Blackraven— es muy afecta a los signos zodiacales. Ella también es escorpiana.

—¡Pobre de aquél que se case con una escorpiana! —pronunció Odile—. Habrá nacido para la obediencia y la sumisión.

—Será por ese motivo —manifestó Blackraven— que mi madre nunca encontró esposo.

—En cambio, usted, excelencia —prosiguió Odile, de prisa, desestimando el comentario y atenta al estremecimiento de Melody—, es muy afortunado ya que nuestra querida niña es una mansa leona, con el corazón más grande que se haya visto jamás.

Blackraven tomó la mano de Melody y, sin apartar sus ojos de los de ella, la besó.

—Debo volver al Retiro, excelencia. Los niños ya se habrán levantado.

—Sí, debemos irnos —coincidió Blackraven—, aunque no a casa, Isaura. Hoy te llevaré de compras a la ciudad.

Las chicas rodearon a Melody para aconsejarla acerca de los géneros de moda, los afeites más eficaces, los perfumes más seductores, las tiendas mejor surtidas, si convenía un blanquete o el polvo de arroz y si era más elegante un abanico de plumas o uno de encaje.

Madame Odile apartó a Blackraven y le dijo en francés:

—Excelencia, esto es un burdel y yo, quien lo regentea. Sé que no es sitio para una joven como Melody. Quizá vuestra merced ya no la deje venir aquí a visitarnos. Lo entenderé. Sólo le suplico que, de tanto en tanto, me autorice a enviar un mensajero con una carta y que a su vez le permita a Melody contestarla. Las muchachas y yo nos hemos encariñado con ella y con Jimmy, y nos gustaría conocer su suerte.

—Madame, me complace la franqueza, y con tal le responderé. Es cierto: no permitiré a Isaura regresar aquí, pero sería un honor para mí si usted nos visitase en el Retiro.

—Excelencia, su amabilidad me conmueve.

—Han sido su largueza y magnanimidad con Isaura lo que me ha conmovido. Siempre será bienvenida en mi casa. Ella me contó que usted los recibió, a ella y a Jimmy, en las peores condiciones.

—Nunca olvidaré esa noche —evocó madame—. Había sudestada, y la casa estaba vacía, ni un cliente. Nos encontrábamos solas, con la servidumbre. Alguien llamó a la puerta con una insistencia alarmante, y allí estaban esos dos polluelos, empapados, temblorosos, los labios morados. ¿Cómo ordenaría que los despidieran? ¿En qué clase de cristiana me habría convertido en tal caso? Jimmy se encontraba en malas condiciones, porque es de naturaleza valetudinaria. Mandé por el médico, pero no llegó sino hasta la mañana siguiente. Con el correr de los días, Jimmy recobró la salud y ya no tuve corazón para decirles que se fueran. Todos nos hallábamos a gusto con los nuevos huéspedes y nos habíamos encariñado con ellos. Melody era tan servicial y predispuesta, tan trabajadora. Aquí se quedaron, por largos meses, casi un año, hasta que la contrataron como institutriz de su pupilo.

Lo asaltó el mismo dolor de la noche pasada al descubrir las marcas del carimbo en la espalda de Melody. El profundo amor que ella le inspiraba lo sumergía en una intrincada red de sentimientos a los que se había negado durante años para no sufrir. Volteó para mirarla y se dio cuenta de que las prioridades de su vida, ambiciosas y trascendentes, se opacaban al brillo de esa joven.

Valdemar ató una reata al coche para sujetar a Fuoco y, mientras Blackraven daba indicaciones a Somar y a Trinaghanta, ambos sentados en el pescante, Melody abrazó a madame.

—Querida mía —expresó la mujer—, el Emperador me ha permitido visitaros en vuestra casa del Retiro. Pero no deseo que vuelvas aquí, no es bueno para tu reputación. Hazme caso, mi niña, y no discutas este punto. Sé feliz. Nada temas. Dios te ha compensado por tanto sufrimiento poniéndote en manos de un hombre como Roger Blackraven. Que tus miedos y prejuicios no te impidan ser feliz. Ve, mi niña, ve. Que Dios te bendiga, cariño.

Ya en el carruaje, Melody se asomó por la ventanilla y sacudió la mano hasta que las figuras de Odile y de las muchachas desaparecieron, y aun después se mantuvo de espaldas, tensa y avergonzada. Se sobresaltó cuando Blackraven corrió el visillo y también cuando expresó:

—Tienes una espalda adorable, mi amor, pero ahora siento una necesidad apremiante de tus labios.

Melody cerró los ojos y contuvo el aliento al sentir las manos de él deslizarse por su cintura y ajustarse a su vientre. La pegó a su pecho, le retiró la trenza y la besó en la nuca. Melody dejó escapar un jadeo, y Blackraven sonrió, complacido.

—¡Qué bien hueles! —dijo, y la obligó a darse vuelta—. Mírame, Isaura.

Blackraven la contemplaba con un apasionamiento que le tiñó las mejillas. Él volvió a sonreír, enternecido por su candor. Le apartó un mechón de la frente y, mientras la estudiaba con intensidad, se preguntaba: “¿Qué padecimientos te han tocado vivir, amor mío? ¿Quién ha osado lastimarte y hacerte sufrir? Lo destruiré con mis propias manos. Esto es un juramento”.

—¿Por qué me mira así?

—Quiero recordarte siempre como en este momento, tan hermosa, tan fresca. Tan pura y ajena a las vilezas del mundo del que soy parte. Eres como una brisa que aparta el bochorno de mi vida. Eres especial, distinta de todo cuanto conozco. Tu frescura siempre consigue sorprenderme, algo que no es fácil para un incrédulo como yo. ¿Quién eres, Isaura Maguire?

—No soy nadie, ya se lo dije ayer. Usted no me cree.

—De ahora en más, cuando alguien te pregunte: “¿Quién eres, Isaura Maguire?”, tú dirás: la mujer que le quitó la paz a Blackraven, la que él desea como a nada en este mundo, la que lo vuelve loco. —Melody rió, halagada, incómoda—. No te rías. Creí enloquecer esta mañana cuando no te encontré en la casa. Por fortuna, Miora sabía dónde estabas. ¿Por qué has ido a ver a madame Odile?

—Hablar con madame me devuelve la paz.

—¿Es que la habías perdido? —Melody bajó el rostro y asintió—. ¿Por mi culpa?

Volvió a mirarlo. Blackraven era un hombre fuerte y hermoso, con la barbilla hendida, de lineamientos recios. Le acarició el filo áspero de la mandíbula y del mentón, y le dibujó el contorno de la nariz con la punta del dedo, y también el de la gruesa línea de las cejas, y le tocó los labios, y notó que él había cerrado los ojos y que de su gesto había desaparecido la picardía.

El calor en la cabina se había pronunciado, y el sudor le empapaba el corsé. Blackraven le ajustó el brazo en torno a la cintura e inclinó la cabeza hasta que sus labios acariciaron los de ella, apenas los rozaron, tentándola, incitándola.

—Tus labios, Isaura... Nunca me saciaré de ellos —le confesó, y, como si la paciencia se le hubiese esfumado, la tomó por la nuca y la besó en la boca,

penetrándola con la lengua, comportándose como un basto marinero, sabiendo que se arrepentiría de tratarla como a una mujerzuela y no como a la chiquilla asustada e inexperta que era. ¿Qué estaba ocurriéndole? ¡Por amor de Dios! No podía apartarse, un impulso irracional había tomado control de él, ¡de él!, que jamás abandonaba el sarcasmo, ahora víctima de una pasión como no había experimentado en sus años mozos.

Se trataba de un beso caliente y húmedo en el cual se respiraba la anarquía de Blackraven y el descarado de sus manos enormes, que parecían no conformarse con nada pues la recorrían de la nuca a la parte baja de la cintura, y volvían a subir, y le apretaban la carne y la pegaban a su pecho como si ella pudiera fundirse en su torso y ser parte de él. Melody encontraba estimulante el crujido del cuero del asiento, los jadeos entrecortados de ambos, el frufú de su guardapiés, la fricción de las manos de Roger sobre su jubón, el aroma de su aliento y la suavidad del cabello de él entre sus dedos.

—No —gimoteó, asustada, cuando Blackraven la sentó sobre su falda.

—Nunca vuelvas a marcharte sin avisarme —le ordenó, muy agitado, y descansó la frente sobre la de ella—. Creí que perdía el juicio al no encontrarte en casa. Nadie sabía decirme dónde estabas. El Retiro es una zona de bandidos y mal entretenidos, Isaura. ¡Si algo llegara a ocurrirte! —dijo, con vehemencia, y le tomó el rostro con una mano—. ¡Me comporto como un idiota cuando de ti se trata! ¡Maldita sea, muchacha! ¿Qué has hecho de mí?

—Lo siento, señor.

—No vuelvas a llamarme señor, no después de haber gemido a causa de mis besos. Soy Roger para ti, y prométeme que no te apartarás de mí, nunca.

Ella valoraba su libertad, pero en ese momento no se atrevió a contrariarlo.

—Lo prometo, Roger.

Blackraven abrió ambas ventanillas para que el aire se renovara dentro de la cabina. La brisa les secó el sudor y ayudó a aplacar el ardor de sus ánimos. Melody intentó volver al asiento, pero Blackraven se lo impidió.

—Acuérdate —le susurró— de que estoy en deuda contigo. Ayer ganaste la carrera y tienes derecho a pedirme lo que quieras.

—No necesito nada, de veras.

—Mientes. Ayer escuché cuando Béatrice te decía que estás prácticamente desnuda, que no tienes ropa. No es que no aprecie la idea de verte desnuda, pero eso se limitará a nuestra intimidad. El resto del tiempo te quiero bien cubierta. —Melody se sonrojó—. Amor mío, me complace tu candor, pero tendrás que avenirte a la idea de que, un día no muy lejano, te desnudarás para mí. En realidad, yo te desnudaré.

—Quizá necesite unas blusas —balbuceó.

—Está bien, pero eso no cuenta para el premio. Iremos de compras porque debes

tener el guardarropa más surtido y elegante del Río de la Plata. Pero debes pedirme otra cosa, lo que quieras. ¿No hay nada que desees pedirme?

—En realidad, sí, Roger. Hay algo que deseo.

—Pídeme. Lo que quieras.

—En unos días —habló Melody, con cierta vacilación—, el señor Warnes rematará una familia de esclavos y no...

Roger soltó una carcajada.

—Isaura, quiero que me pidas algo para ti, no para los esclavos.

—Esto que te pido es para mí. A mí me hará feliz. Porque al señor Warnes no le importará vender la familia por separado, y juzgo muy cruel arrancar a dos niños del seno de su madre, cruel y poco cristiano, como si esas gentes no tuvieran sentimientos, como si fuesen animales, que no lo son, Roger, no lo son, y nadie se compadece de ellos.

—Tú lo haces, tú te compadeces de ellos —dijo, mientras le acariciaba la mejilla con el dorso de la mano—. Le enviaré mi oferta por escrito a Warnes para que me venda la familia completa.

—¡Roger, gracias! ¡Qué feliz me haces!

—Te amo, Isaura. —La sonrisa se desvaneció de los labios de Melody y se quedó mirándolo—. Te amo como jamás he amado a nadie.

Ella bajó el rostro para ocultar las lágrimas.

—Tengo miedo.

—No me temas, por amor de Dios, ya no me temas —le suplicó él.

—No te temo a ti, le temo a esta felicidad. Temo que se termine, como los sueños se terminan.

—Isaura —dijo Blackraven con una solemnidad que la llevó a levantar la vista—, ¿no crees que soy bastante hombre para protegerte y proteger nuestro amor?

—Yo no soy bastante mujer para ti, Roger. Tú no sabes nada de mi vida.

—Isaura, no existe nada acerca de tu vida o de tu pasado que pueda cambiar mi amor por ti. Quiero que seas feliz, yo quiero hacerte feliz. Olvídate de que alguna vez la tristeza fue parte de tu vida. Confía en mí. Yo me haré cargo de todo, y nada ni nadie destruirá nuestra felicidad.

Bernabela entró en la casa de la calle Santiago y arrojó los guantes y la mantilla en las manos de Efrén. A gritos, pidió a Cunegunda que buscara a su hermano Diogo.

—Si no está en la casa, lo buscas donde sea. No me importa si tienes que arrancarlo de la cama de Gabina o de alguna otra ramera. Lo espero en mi dormitorio.

Diogo apareció minutos después y caminó hasta Bela con ese aire distendido que empleaba aun cuando los problemas lo acuciaban.

—¿Me necesitas para algo, Bela querida?

—Sí. Te encargaré una comisión de gran importancia.

—¿A cambio de qué?

—¿No te resulta suficiente vivir a la sombra de mi esposo que pides más?

—Me gano lo que recibo —contestó el hombre.

—Sí, por supuesto.

Como Diogo amagó con dejar el dormitorio, Bela se puso de pie y lo retuvo por la mano.

—Está bien —cedió—. Te daré ese dinero que me pediste ayer para cancelar tus deudas de juego.

—No tienes un centavo.

—Venderé el aderezo de rubíes.

—¿Tan importante es la comisión que deseas encargarme?

—Se trata de miss Melody.

—Déjala en paz, por favor —terció Diogo—. Es una pobre muchacha, ¿qué daño puede hacerte?

—¡Cállate! No salgas en su defensa. Haría cualquier cosa sólo para vengarme por haber liberado a mis pájaros. ¡Qué no haría para apartarla de Roger!

—Son puras conjeturas y murmuraciones —tentó Diogo—. Nada cierto. No puedes creer todo lo que Sabas te dice. Es un negro mañero y mentiroso.

—Sí, puras conjeturas y murmuraciones —se burló—. Pues todo es verdad. Acabo de estar en casa de Marica Thompson y, ¿sabes cuál es la hablilla del momento? Que esta mañana vieron a miss Melody y a Roger haciendo compras. ¡Parvas de cajas y paquetes dicen que llevaba!

Diogo cambió el gesto y se acarició el mentón.

—¿Estaban solos?

—No —respondió Bela—. Trinaghanta, la sierva de Roger, estaba con ellos.

—Quizá compraba ropa y enseres para los niños.

—¡Por favor! —se exasperó Bela.

—¿Qué quieres que haga?

—Quiero que averigües todo acerca del pasado de miss Melody. Sabas se enteró de que vivía en Capilla del Señor, al norte de Buenos Aires. Deseo que viajes hasta allí y consigas más información. Mi instinto me dice que algo turbio se oculta en el pasado de esa muchacha.

—Necesitaré dinero para el viaje.

Bela metió la mano en su escarcela y extrajo algunas monedas.

—Con esto te bastará.

—Para mi regreso —habló Diogo— habrás vendido los rubíes y me entregarás, peso sobre peso, la cantidad que te pedí ayer. En caso contrario, la información que haya recabado en Capilla del Señor se irá conmigo a la tumba.

El joven Manuel Belgrano y su primo, Juan José Castelli, montaban a tranco

apacible en dirección a la casa de Roger Blackraven, sobre la calle de San José.

—No sabía que el conde de Stoneville había vuelto del Retiro —comentó Castelli.

—Mis hermanas lo vieron esta mañana en el bazar de Infiestas. Enseguida mandé una nota pidiéndole que nos reciba y accedió. —Manuel Belgrano sacó su reloj del chaleco—. Ya son las cuatro, hora de la cita. Apuremos el paso.

—¿Te fías de él? —preguntó Juan José.

—Me fío de que sus intereses y los nuestros no se contraponen. En todas las entrevistas que hemos sostenido con el conde de Stoneville nos ha dado a entender que coincide con los ideales del partido independentista y que estaría dispuesto a apoyarnos económicamente.

—¿Qué quiere a cambio?

—Lo que todos los ingleses: libre comercio.

—¿Sólo eso?

—Ha propuesto la construcción de un puerto en Buenos Aires —continuó Belgrano—, uno en que los barcos de gran calado puedan fondear sin problemas. Así terminaríamos con la preponderancia de Montevideo —aclaró—. Ha exigido guardarse el derecho del cobro de los cánones por el uso de dicho puerto hasta la recuperación del capital invertido en la obra.

—No me gusta que un extranjero se inmescuya en las cuestiones que hacen a la organización interna del gobierno —opinó Castelli.

—Juan, tienes que entender que para llevar a cabo el plan que nos hemos trazado debemos contar con mucho dinero. Sin él, nos reducimos a un grupo de hombres con nobles ideales y nada más. Para la concreción de nuestro sueño de libertad, necesitamos del vil metal, por muy abyecto que parezca. Con hombres como Álzaga en contra de nuestros planes, no tenemos otra opción que asociarnos a alguien como Blackraven.

—Dicen que el conde de Stoneville es un hombre muy poderoso —comentó Castelli, no con admiración sino con desconfianza— y que, a la muerte de su padre, heredará un título de mucha enjundia.

—Entiendo tu aprensión, pero aliarte con un hombre débil no te serviría de nada.

—Dice don Martín José —Castelli hablaba de Altolaguirre, el vecino de Roger— que Blackraven es un fisiócrata interesado en la explotación de los recursos naturales del virreinato. Que incluso ha hablado de organizar expediciones a lugares vírgenes.

—Sólo con hombres industriosos y emprendedores que aporten al bien común construiremos un país en donde sus habitantes sean felices y prósperos, Juan. Ya se habla de que la producción agrícola del Retiro será excelente, que su cosecha de aceitunas y lino será la más grande de entre las quintas de la zona. Y bien sabes que esa propiedad, años atrás, era un lamentable desperdicio.

Blackraven los recibió en la sala y les ofreció café y bebidas fuertes. De inmediato notó que Manuel Belgrano lucía más a gusto que su primo pero, como advertía la preponderancia del secretario del Consulado sobre los demás, no se preocupó por el prejuicio de Castelli. En el proceso de independencia del Río de la Plata, era Belgrano la cabeza pensante y el iniciador de la idea de libertad, probablemente instilada por sus lecturas de los autores prohibidos nacidos de la Revolución en la Francia.

—He sabido de la sugerencia que el administrador de la Aduana de Buenos Aires, el señor Giménez de Mesa, le ha hecho al rey Carlos —mencionó Blackraven, y percibió el fugaz gesto de sus interlocutores—. Me imagino que el Consulado no está de acuerdo —prosiguió.

—No, por supuesto que no —replicó Belgrano, algo sorprendido porque la propuesta elevada al rey por Giménez de Mesa no era de conocimiento público—. Cerrar la Aduana de Buenos Aires y que sólo funcione una en Montevideo es una patarata.

—Estoy de acuerdo —dijo Blackraven—, pero debemos admitir que las cargas y descargas de mercancías se llevan a cabo en aquella ciudad debido a la incapacidad del puerto de Buenos Aires para recibir a los barcos de envergadura. El señor Giménez de Mesa tiene un punto bastante fuerte en su propuesta —puntualizó— y es probable que el rey Carlos dé lugar a su pedido porque, además, sabe que Montevideo le es más fiel.

Siguieron departiendo. La admiración y sorpresa de los criollos iba en aumento en tanto Blackraven les revelaba los secretos que conocía y sus estrategias.

—No se trataría de un protectorado inglés —contestó al comentario de Castelli—. Yo no hablo en nombre del gobierno de mi país. Considero que el Virreinato del Río de la Plata cuenta con hombres suficientemente preclaros para conformar un gobierno propio, libre de la intervención de la metrópoli, que lleve a esta región a una situación próspera. Yo estaría dispuesto a apoyar la revolución de ideas que vosotros deseáis implantar aquí a cambio de ciertas condiciones, de las más accesibles.

—Lo importante en este punto —señaló Castelli— es definir qué tipo de gobierno queremos una vez lograda la independencia.

—Una monarquía parlamentaria —propuso Belgrano—, como la que rige a la Inglaterra.

Después de Belgrano y Castelli, Blackraven atendió a dos comerciantes interesados en adquirir los frutos de su quinta en el Retiro; se dedicó a poner al día la correspondencia atrasada, y no se olvidó de enviar por escrito su oferta al señor Warnes por la familia completa de esclavos; recibió a Alcides Valdez e Inclán y visitó a Luis en su hospedaje, a quien reiteró la invitación para el día siguiente; el joven se mostró entusiasmado en conocer el Retiro ya que empezaba a fastidiarlo el

confinamiento porque, pese a que ayudaba al doctor Mariano Moreno en la traducción de *Du contrat social*, las horas le parecían eternas.

Blackraven se despidió de Luis cerca de las ocho de la noche, ansioso por regresar a su casa. Allí lo esperaba Isaura. Habían pasado juntos la mañana y las primeras horas de la tarde, y él no recordaba un momento más placentero y divertido. Le había comprado géneros, zapatos, sombreros, guantes, abanicos y cosméticos y, si bien la había obsequiado como a muchas de sus amantes, la experiencia le pareció por completo novedosa. Una sonrisa de Melody hacía la diferencia; la ilusión que se adivinaba en sus ojos valía las horas pasadas de tienda en tienda. Quería que ella supiera que él podía dárselo todo, que nunca volvería a pasar necesidad.

—Estas tiendas están mal provistas —le comentó—. Cuando estemos en París, desmantelaremos las más famosas de la rue de Rivoli.

—¿París? —se sorprendió Melody.

—Sí, París. Amarás París, Isaura, ya lo verás.

Blackraven entró en la casa de San José por la parte trasera, donde se topó con Somar que ajustaba las sopandas del carruaje. El turco asió las riendas de Black Jack y le comentó:

—No podremos volver al Retiro esta noche. Dicen que habrá sudestada. Es riesgoso aventurarse.

—Es verdad —dijo Blackraven—, acabo de ver los nubarrones que se extienden hacia el norte. Haremos noche aquí y, si los caminos no están anegados, marcharemos al Retiro mañana por la mañana. Luis vendrá con nosotros. ¿Dónde está Isaura?

—En la sala. Hace un momento llegó el arpa que encargaste.

Los acordes lo alcanzaron desde el patio principal. Se deslizó en la sala, y ni Melody ni Trinaghanta lo escucharon. Permaneció a cierta distancia, con los ojos cerrados, mientras la música lo envolvía y serenaba. Al terminar de tocar, Melody lo vio y corrió hacia él.

—¡Roger! —exclamó—. ¡Es bellísima! ¡El arpa más bella que he visto!

Blackraven la apretó y le apoyó la mejilla sobre la cabeza.

—Es tuya, la compré para ti.

—Gracias. Me has dado tanto que no sé qué decir.

—Sólo bésame.

Trinaghanta se escabulló cuando Blackraven buscó los labios de Melody y comenzó a besarla con pasión.

—Te eché tanto de menos esta tarde —dijo él.

—Yo, en cambio —bromeó ella—, nunca me acordé de ti —y rió ante la mueca de Blackraven—. Es su culpa, excelencia, por haberme comprado tantas cosas hermosas con que entretenerme. El día ha pasado como un suspiro. Acabo de caer en la cuenta de que ha oscurecido y que debemos regresar al Retiro.

—No regresaremos al Retiro. Pasaremos la noche aquí.

—No —se opuso Melody, y trató de apartarse.

—Isaura, en breve la ciudad será azotada por una fuerte tormenta y no es conveniente aventurarnos. Regresaremos mañana cuando escampe.

—Jimmy jamás pasó la noche lejos mí. Tendrá miedo, no sabrá qué hacer. Se preocupará. Pensará que algo malo me ha ocurrido. Ya debe de parecerle extraño que me haya ausentado el día entero.

—Amor mío, no quiero que te inquietes. Jimmy estará bien. Béatrice y los niños se darán cuenta de que la tormenta nos ha impedido regresar.

—No tendré sosiego, Roger. Si Jimmy sufriera un ahogo en medio de la noche, nadie lo escucharía. Regresaré, ahora mismo.

—Isaura —dijo Blackraven, y la detuvo por los brazos—, ¿tú confías en mí? —Ella asintió sin mirarlo—. Mírame y dime si confías en mí.

—Sí, confío en ti.

—Entonces créeme cuando te digo que nada malo le ocurrirá a tu hermano. Mañana lo encontrarás mejor de lo que lo dejaste. Béatrice es una mujer juiciosa y sabrá cómo conducirse con él.

Melody se abrazó a Blackraven y escondió la cara en su chaqueta. Pese a que la intranquilidad la abrumaba, no quería traicionar su voto de confianza. Dijo una rápida oración, encomendando a Jimmy a la Virgen, y se apartó de Blackraven. Lo miró y le sonrió.

—Es mi deseo verte siempre así, con una sonrisa para mí.

Durante la cena, habló Melody mayormente. Le contó que sus amigos habían acudido a visitarla, y Blackraven no necesitó que le aclarase que se trataba de una cáfila de esclavos llenos de achaques y problemas. Ella lucía tan contenta mientras le refería las anécdotas que él disfrutaba por igual. Después del postre, Blackraven puso sobre la mesa una pequeña caja y un estuche azul. Melody los contempló antes de preguntar:

—¿Son para mí?

—Son tu premio por haber ganado la carrera ayer.

—Ya me diste el premio al prometerme que impedirías que el señor Warnes separase a esa familia.

—Y cumplí mi promesa. Esta tarde le envié por escrito mi oferta. Pero eso no cuenta como premio. Sabía que tú no me lo pedirías y lo compré por ti. Abre este primero —y señaló la caja.

Contenía una pequeña botella con extracto de perfume. Blackraven tomó el frasco de mano de Melody y lo abrió.

—Es extracto de *frangipani* —dijo—, una de mis fragancias preferidas —y acercó el tapón de vidrio a la nariz de Melody.

—Es exquisita de verdad. Gracias.

—Sabía que te gustaría.

Le pasó el tapón por las venas de las muñecas y en la base del cuello.

—Algún día sólo llevarás este perfume para mí.

Melody bajó la vista como si pudiera cerrarse a ese pensamiento y Blackraven le levantó el rostro por el mentón.

—Abre tu otro regalo, cariño.

Melody lo abrió y se quedó mirando el contenido del pequeño estuche en perpleja actitud. Se trataba de un solitario. El brillante, del tamaño de un garbanzo, arrojaba destellos a la exposición del pabilo.

—Habría deseado comprarte algo mejor —adujo Roger—, pero eso fue lo más adecuado que conseguí en vistas de la escasez del lugar. De todos modos, le encargué al orfebre un aderezo de zafiros y brillantes que te sentará de maravilla. Lo lucirás durante la tertulia.

—Roger —musitó Melody—, es bellissimo. Bellísimo —repitió—. Pero no puedo aceptar. Es demasiado para mí. ¿Por qué...? No puedo aceptar.

Blackraven sacó el anillo del estuche y lo deslizó en el dedo de Melody.

—Isaura —expresó—, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Las lágrimas bañaron las mejillas de Melody. La vista se le nubló por completo y el brillo del diamante bajo el influjo de la luz la encandilaba. Blackraven se puso de pie y la tomó entre sus brazos.

—¿No vas a darme una respuesta? —le habló al oído.

—Yo no soy nadie —logró articular.

—Ya te dije que lo eres todo para mí.

—Dice la señorita Béatrice que quien se case contigo algún día se convertirá en duquesa. —Él hizo un ceño y asintió—. Pues yo no sabré comportarme como una duquesa. Ya sabes tú cómo soy. Mi madre siempre decía que yo era una salvaje. Niña montaraz, me llamaba. ¡Mírame! ¿Qué clase de duquesa tendría este pelo, y estas facciones tan poco delicadas, y este cuerpo tan poco agraciado? ¡No soportaría avergonzarte, Roger! No sabría cómo conducirme entre los tuyos ni cómo vestirme, menos aún cómo preparar una mesa ni...

Blackraven la abrazó con pasión y la acalló con un beso. Sin apartarse de sus labios, le exigió:

—Respóndeme, Isaura. Dame la respuesta que quiero escuchar. Di que serás mi mujer para siempre, que lo jurarás ante Dios. ¡Dilo!

—Te avergonzarás de mí.

—¡Necia! —pronunció con un ímpetu que la asustó—. ¿Es que no te das cuenta de que estoy loco de amor por ti? ¿Que no vivo desde que te conocí? ¿Que me has trastornado por completo? ¿Que sólo pienso en ti, noche y día, que actúo sólo por ti?

Ni siquiera yo entiendo la profundidad de este amor. ¡Respóndeme! —le exigió.

—Sí, seré tu esposa. Tuya para siempre.

—Isaura, amor mío. ¡Amor mío! —repitió, mientras le cubría el rostro de besos.

Horas más tarde, Blackraven seguía en su despacho, reclinado sobre el escritorio, sujetándose la cabeza con ambas manos. Pensaba en Melody, dormida en una habitación alejada. Pocas veces necesitó tanto de su voluntad para dejarla ir cuando sólo deseaba tomarla entre sus brazos, llevarla al dormitorio y amarla hasta el amanecer. Pero ella no estaba preparada para recibirlo.

Escuchó el pregón del sereno: las doce de la noche con cielo nublado. Se puso la chaqueta, empuñó su estoque y caminó hasta la parte trasera de la casa. Abrió el portón de la cochera y salió. Se dirigió hacia el Bajo por la calle de Santiago y, cerca de la Alameda, de acuerdo con lo convenido, se encontró con O'Maley, su espía, el que se mezclaba con las clases bajas. Zorrilla, en cambio, su otro informante, lo mantenía al tanto de las actividades de la alta sociedad y de los funcionarios de gobierno.

El irlandés O'Maley habló por algunos minutos en ese duro inglés que Blackraven escuchaba entre sus marineros.

—Buenos Aires amaneció con este pasquín en sus calles —dijo el espía, y se lo pasó.

De contenido revolucionario, el libelo exigía el fin del dominio español y la libertad para la región del Plata. Blackraven lo leyó un par de veces y concluyó que los independentistas nada tenían que ver con ese mensaje.

—Ha sido el grupo de jacobinos —opinó O'Maley.

—¿Sabes dónde los imprimen?

—No con exactitud —admitió el irlandés—. Creo que cuentan con una imprenta en el sótano de la casa en donde se reúnen.

—¿Has vuelto a ver a Traver en esa casa? —Se refería al festejante de Béatrice.

O'Maley le contó sobre las actividades del comerciante escocés. Un comentario, algo que para otros habría pasado inadvertido, llamó la atención de Blackraven.

—¿Me dices que Traver ha comenzado a frecuentar “Los Tres Reyes”? —El espía asintió—. ¿Qué hace allí?

—Concurre todos los días, a la misma hora, las cuatro de la tarde. Se sienta a la misma mesa, bebe café, a veces chocolate, lee el *Telégrafo Mercantil*, de parte con algún parroquiano. No más que eso.

Si bien no existía una razón válida para dudar de aquella conducta, Blackraven no creía en las coincidencias. Allí se hospedaba Luis y eso bastaba para alarmarlo. Se preguntó por qué un hombre que no acostumbraba a concurrir a “Los Tres Reyes” decidía comenzar a hacerlo en ese momento y, para peor, a las cuatro de la tarde, la hora en que se encontraban Mariano Moreno y Luis para trabajar en la traducción del

libro de Rousseau. Volvió al tema de la logia jacobina y del libelo.

—Tengo que quitarme a estos franceses de encima —declaró Blackraven—. Están enturbiando la escena. Enviarás un anónimo al virrey donde le sugerirás acerca de las posibles actividades de los franceses. Le indicarás el lugar donde se reúnen. Veremos qué sucede.

Entregó unas monedas al espía y se alejó hacia la zona del Mondongo, el barrio a orillas del río que ocupaban los negros. No se detuvo a pensar en lo oscuro y tenebroso del lugar y se adentró por sus calles de tierra. No sabía dónde quedaba la casa de Papá Justicia y caminó sin rumbo en la esperanza de toparse con alguno que le indicara. No era noche de candombe, y el silencio volvía más lóbrego aquel arrabal de casuchas de adobe y zarzo y olores nauseabundos.

Un ruido casi imperceptible llamó su atención. Podía tratarse de algún animal, aunque no desechó la posibilidad de que fueran atracadores. Siguió caminando al tiempo que pugnaba por identificar el origen del sonido. Segundos más tarde, una figura corpulenta le salió al paso, y supo que tenía, al menos, un hombre a sus espaldas. Evaluó las posibilidades y permaneció quieto en medio de la calle. El hombre avanzó hacia él. Si no hubiese llevado una camisa blanca se habría confundido con la noche. Se trataba de un negro de estatura media, pero de sólido porte. Blandía un arma punzante en la mano derecha, probablemente de asta.

—Vamos —dijo—, deme todo lo que tenga.

—Dime dónde se encuentra la casa de Papá Justicia —habló Blackraven— y no será esta noche la que te toque morir.

Se escucharon unas carcajadas, y calculó que, detrás de él, había, en realidad, dos o más hombres, a corta distancia. El corpulento comenzó a aproximarse y Blackraven, a retroceder. Lo circundaron los tres salteadores que echaban fintas con sus rudimentarias armas blancas, mientras el que parecía el jefe repetía su exigencia.

—Les daré mi reloj de oro —ofreció Blackraven, y metió la mano dentro de su chaqueta.

Los sorprendió. Sin volverse, lanzó hacia atrás el cuchillo que llevaba a la cintura, que terminó hundido en el pecho de uno de los ladrones. Enseguida desenvainó la espada oculta en su bastón y, con movimientos veloces, redujo a los otros dos. Uno, herido en el estómago, se escapó dando tumbos hasta desaparecer en la oscuridad. El otro, el jefe, permaneció en el suelo con la bota de Blackraven atravesada en la garganta.

—Dime dónde se encuentra la casa de Papá Justicia y te dejaré vivir —le exigió, mientras le apoyaba la punta del estoque en la mejilla.

El negro, frangollando, le dio las señas. Blackraven retiró la espada y caminó hacia el que aún permanecía tendido en el suelo. Le desenterró el cuchillo de un jalón y limpió la hoja en su camisa. Al pasar cerca del jefe de la banda, le señaló a su

compañero y le aconsejó:

—Será mejor que lo lleves con algún quimboto o morirá desangrado —y se alejó sin volver la vista atrás.

La casa de Papá Justicia era de las pocas construidas con argamasa y tejas. Llamó a la puerta y debió esperar algunos minutos hasta escuchar que alguien se acercaba. Papá Justicia se llevó una gran sorpresa al verlo y, sin pronunciar palabra, se hizo a un lado y le indicó que entrase.

—Amo Roger, qué honor —dijo—. Creí que nos comunicaríamos a través de Somar.

Le señaló una silla y le ofreció una porción de casabe.

—No he venido a indagar acerca de la revuelta de esclavos. Otro asunto me trae hasta aquí.

—Pregunte nomás, amo Roger.

—¿Qué sabes de Isaura Maguire?

—Ya le dije todito lo que sabía, amo Roger.

—¿Qué sabes de su hermano, Tomás Maguire?

—Lo conozco —admitió el anciano—. Es tropero, de los que acampan cerca del río.

—Y a su amigo Pablo, ¿lo conoces también? —Justicia asintió—. ¿Qué puedes decirme de ellos? ¿En qué andan esos dos?

Papá Justicia caviló antes de confesar:

—Tomás y Pablo están conmigo en la revuelta, amo Roger.

Blackraven se puso de pie de modo súbito.

—¿Qué tienen que hacer esos dos imberbes en una revuelta de esclavos?

—Tommy dice que no es una revuelta de esclavos solamente. Él dice que es una revuelta por la libertad de todos, de esclavos y criollos. Tommy es un buen muchacho, amo Roger, un poco exaltado, lleno de ideas de igualdá y libertad. Él dice que odia a los que someten a otros.

Hablaron acerca de la evolución de la revuelta, de los preparativos, de la estrategia y, sobre todo, de la participación del joven Maguire. Si bien Blackraven conocía los pormenores, que el hermano de Melody tomase parte en la conspiración echaba una luz inesperada a la información.

—Como hasta ahora —indicó, al tiempo que se dirigía a la puerta—, mantenme informado a través de Somar. Buenas noches, Justicia.

—Buenas noches, amo Roger.

Sabas se agachó detrás de unos tiestos a la espera de que Blackraven se despidiese y abandonara la casa de Papá Justicia. Le habría complacido asaltarlo por detrás y degollarlo para hacerle pagar los ochenta verdugones que le marcaban la espalda. Pero no tenía valor para hacerlo; había visto cómo ése solo hombre se

deshacía de tres salteadores con poco esfuerzo. Le bastaba con la conversación entre Papá Justicia y Blackraven, ya sabría él cómo sacarle provecho.

Comenzaban a caer las primeras gotas de lluvia cuando Blackraven llegó a su casa. Eran alrededor de las tres de la mañana. No solía dormir muchas horas, ni siquiera lo hacía profundamente, pero esa noche lo seducía la idea de un buen descanso. Hacía calor, así que, mientras cruzaba el patio y la sala, se iba quitando la chaqueta y desanudando la lazada. Al entrar en su habitación, ya llevaba la camisa en la mano.

—Festejo que te muestres tan ansioso por desnudarte —dijo Bela, desde la cama—. Ven aquí, querido, yo te quitaré los pantalones.

Envuelto en un silencio ominoso, Blackraven abandonó su dormitorio y, a grandes zancadas, se dirigió a la habitación donde Melody descansaba. Se acercó a la cama y corrió la gasa del dosel. La muchacha dormía con serenidad, con la mano izquierda cruzada sobre el pecho. No se había quitado el cintillo y eso lo complació. Ansiaba besarla en los labios, pero se abstuvo por temor a despertarla.

En el corredor lo esperaba Bela, apenas cubierta con una bata translúcida.

—¿Por qué no me preguntaste cómo se encontraba miss Melody? Apenas llegué, yo misma me molesté hasta su habitación para verla dormir como un ángel.

Blackraven la arrastró hasta su dormitorio. Echó el cerrojo antes de hablar.

—Dame la llave de esta casa —le exigió.

—Roger, querido...

—No vuelvas a entrar sin mi autorización.

—¿Es por esa muchacha, verdad? Es por ella que me apartas de ti.

—Bela, sabes que no soy un hombre paciente. Dame la llave y vístete.

—No. Yo soy tu mujer y tengo derecho a entrar aquí cuantas veces me plazca.

—Lo nuestro ha terminado —manifestó Blackraven, y Bela se quedó mirándolo, con expresión pasmada—. No puedo arriesgarme. Tarde o temprano, Valdez e Inclán terminará por saber lo que hay entre nosotros y eso no me conviene. Vamos, dame la llave y vístete. Despertaré a Somar para que te acompañe de regreso.

—No. No quiero irme. Quiero estar contigo. Quiero que me hagas el amor.

—Bela, por favor, tienes que entender. Si tu esposo se entera de lo que hay entre nosotros...

—Antes parecía no importarte que yo estuviera casada.

—Fue una equivocación enredarme con la mujer de mi socio. No deseo tener problemas con él.

—Valdez e Inclán no vivirá para siempre, Roger. Está viejo y achacoso. No le queda mucho tiempo. Entonces, tú y yo podremos casarnos y ser felices. —Blackraven la miró, alarmado—. ¿Crees que soy estúpida? ¿Crees que no me doy cuenta de que me dejas por miss Melody? Nada te importa de Valdez e Inclán. Es por

ella que me haces a un lado. Yo soy tu mujer, no esa salvaje protectora de negros. ¿Qué puede darte ella? No tiene refinamiento alguno, es una criolla sin clase ni estilo. ¡Jamás permitiré que me abandones por alguien tan vulgar! Antes de verte con ella, la destruiré.

Blackraven se precipitó sobre Bela, la sujetó por los brazos y la sacudió con violencia.

—Jamás he golpeado a ninguna mujer, Bernabela, pero en este momento me siento muy tentado de hacerlo. Olvídate de mí, lo nuestro fue una aventura. Yo no te amo y jamás me casaría contigo. En cuanto a Isaura, no te atrevas a acercarte a ella o conocerás de lo que soy capaz.

—Tú conocerás de lo que soy capaz. Te demostraré que tu dulce miss Melody no es el ángel que te tiene hechizado.

—Vamos, vístete —ordenó, mientras le alcanzaba el vestido—. Te quiero fuera de aquí. La llave —exigió de nuevo.

Bela la tomó de su escarcela y se la arrojó a la cara. Poco le importaba; tiempo atrás había mandado hacer una copia.

Capítulo XV

Pese a que la tormenta de la noche anterior no había azotado a Buenos Aires de acuerdo con lo pronosticado, Blackraven no pudo disponer la partida hacia el Retiro temprano por la mañana. Alrededor de las siete, mientras desayunaban, un grupo de esclavas se presentó en la casa de San José reclamando al Ángel Negro. Melody las congregó alrededor de la mesa de la cocina para que le explicaran el problema.

La noche pasada, en casa de los Cañarte, habían fallecido dos criaturas, el hijo menor del patrón y el bebé de Palmira, una de las esclavas. Los niños no tenían una semana de nacidos y, por las descripciones de los síntomas, Melody dedujo que se los había llevado el mal de los siete días, una especie de alferecía que atacaba a los recién nacidos y que podía evitarse colocando aceite de palo en el cordón umbilical.

La señora Cañarte inculpaba al bebé de Palmira por la muerte de su hijo; decía que le había contagiado su peste. Ordenó que vistieran a su hijito de San Miguel Arcángel y al negrito, de diablo. Palmira suplicaba y lloraba, pero la patrona se mostraba inmovible. En el salón principal, atestado de velas y crucifijos, se colocaron los dos pequeños ataúdes, uno blanco, el otro negro, y en cada uno, un angelito y un diablillo.

—Isaura —trató de razonar Blackraven—, ese pequeño, por muy muerto que esté, es propiedad de la familia Cañarte y nada puedes hacer. Si sus amos deciden vestirlo de diablo están en su derecho.

—Por amor de Dios, Roger, no digas eso. ¿No te compadeces de esa pobre madre doblemente sufriente, por la muerte de su hijo y por la deshonra de verlo vestido como el diablo? Iré a lo de Cañarte y lo sacaré de allí.

—¡Isaura, no harás nada de eso! —se enfadó Blackraven—. ¿Con qué derecho irrumpirías en esa casa y te llevarías el cadáver? Terminarás en la mazmorra del Cabildo.

—Roger, ayúdame, por favor.

Dos horas más tarde, Blackraven volvió a su casa acompañado del procurador del Cabildo, don Benito de Iglesias, quien, conmocionado por la historia del negrito disfrazado de diablo, emitió una orden para que se le quitara el infamante atuendo. El funcionario convocó al comisario del barrio de Monserrat, donde tenía lugar el velatorio, para que los escoltase en caso de que les ofrecieran resistencia.

Melody, Blackraven, el procurador Iglesias y el comisario se presentaron en la sala de la familia Cañarte. El espectáculo resultaba tan burdo y grotesco que Melody debió reprimir su impulso de dar gritos y echar por tierra el decorado. El aire, viciado por el calor, el gentío y las velas, se volvía irrespirable a causa del incienso que dos turibularios aventaban a los cajones mientras un sacerdote, indolente al disfraz del niño y a las súplicas de Palmira, oficiaba el responso. La voz monótona del cura se

mezclaba con los lamentos de las lloronas, que, contratadas para la ocasión, con sus pañuelos llenos de cebolla para atizar las lágrimas, fingían una pena que no sentían. Algunas señoras se disputaban el cuerpo del angelito porque, antes del entierro, querían que visitase sus casas y las bendijera. Melody observaba el entorno y se preguntaba si nadie era capaz de advertir que la miseria humana se había desplegado dentro de esa sala.

A la orden del procurador Iglesias, la señora Cañarte armó un jaleo de gritos y llanto hasta que su esposo intervino.

—Proceda —le indicó al comisario, y arrastró a su mujer a los interiores de la casa.

La concurrencia se acalló, incluso las lloronas enmudecieron, cuando una muchacha alta, de extraño cabello rojizo y envuelta en un chal negro, se aproximó al cajón del hijo de Palmira y lo levantó en brazos. Un murmullo se expandió por la sala; algunos se preguntaron si acaso no se trataba del Ángel Negro, ese paladín de los esclavos que muchos creían una leyenda. Los presentes seguían los movimientos de la joven, que acomodó al bebé sobre una mesa y, antes de comenzar a quitarle el traje de diablillo, lo besó en la frente. La negra Palmira, a su lado, lloraba en silencio.

Al igual que el resto, Blackraven se prendó de la paz de Melody. Se la veía serena y hermosa con el niño en brazos. Lo colocó sobre la pieza de brocado blanco que él le había regalado el día anterior y lo envolvió. Algunas mujeres comentaron que la vara de ese género se pagaba a peso de oro, otras señalaron el magnífico solitario que llevaba en la mano izquierda y ninguna perdió de vista que había llegado escoltada por el conde de Stoneville.

Roger Blackraven, por su parte, meditaba: “Quiero que esta mujer sea la madre de mis hijos. Que se alimenten de sus pechos y que hereden su nobleza y valentía”. Aquel pensamiento lo tomó por sorpresa. Él nunca había deseado tener hijos, por el contrario, al igual que Victoria, los consideraba un fastidio. Con Isaura, en cambio, todo era distinto.

—Aquí tienes a tu hijo, Palmira —habló Melody por primera vez, y le entregó el niño.

La esclava se echó al suelo y le besó los pies. Melody se acuclilló frente a ella y le insistió en que lo tomase.

—Usted es un ángel, señorita —lloriqueó la mujer—. El ángel de los esclavos.

Melody se detuvo ante el cajón del hijo de los Cañarte, lo besó en la frente y se marchó con Blackraven, el procurador y el comisario por detrás. Ya en el carruaje, se desmoronó sobre el pecho de Roger, acometida por una desazón física y espiritual. Él la rodeó con sus fuertes brazos y le susurró:

—No quiero que vuelvas a sufrir de este modo. No más Ángel Negro.

De camino al Retiro, los ánimos mejoraron gracias a la presencia de un amigo de

Blackraven, un joven llamado Pierre Désoite, de alegre personalidad. A Melody la distrajo su cultivada conversación. Le gustaba la geografía y preguntó sin tregua a Blackraven acerca del Lejano Oriente. Al igual que el señor Désoite, Melody se quedó boquiabierta escuchándolo describir el puerto de Macassar, el reino del Siam, las islas de la Sonda y el Mekong y el Menam como si hubiese nacido allí.

—¿Cómo ha llegado su excelencia a conocer estas regiones lejanas del planeta? —se intrigó.

—Ante todo, señorita Isaura —dijo Blackraven—, soy un navegante. Desde muy joven me hice a la mar y a éste le debo todo lo que tengo.

Era un espléndido día estival, de temperatura moderada y cielo límpido que resaltaba el paisaje, cuya feracidad se había exacerbado con la lluvia de la noche anterior. Desde la ceja de la barranca, asomado a la ventanilla, Pierre Désoite admiró la armonía arquitectónica del Retiro y, una vez dentro de la propiedad, elogió la belleza del jardín.

—La señorita Béatrice —explicó Melody—, la prima de su excelencia, es quien se ocupa de su cuidado. Nadie como ella para hacer florecer a la más pertinaz de las especies. Las plantas parecen rendirse a sus extraordinarias manos.

—Mi madre —comentó Désoite— poseía el mismo don. En primavera, su jardín alcanzaba tal exuberancia que ella solía decir: “Es casi vulgar”.

Melody sonrió al avistar a Jimmy, que, junto con Víctor y con Angelita, jugaban con canicas en el pórtico. Leonilda, Elisea y Béatrice se congregaban en torno a un arriate de santa ritas donde unos rodrigones se habían aflojado con la tormenta. Las acompañaba un caballero, que levantó la vista al sonido del carruaje. Se trataba de William Traver.

Somar desplegó la gradilla y ayudó a descender a Melody, que corrió hacia los niños, en tanto Blackraven se ocupaba de presentar a Désoite.

—Estimado Pierre —dijo Roger—, le presento a mi prima, la señorita Béatrice Laurent. Béatrice, querida, él es el señor Pierre Désoite, el amigo de quien te hablé.

Désoite se inclinó ante la mano extendida de Béatrice y la besó con delicadeza.

—Encantado de conocerla, señorita —expresó en francés.

Béatrice no pronunció palabra y se limitó a contemplarlo con cierta perplejidad que hizo carraspear a Traver.

—Roger —habló Béatrice—, éste es el señor William Traver. Señor Traver —dijo a su vez—, permítame presentarle a mi primo, Roger Blackraven, conde de Stoneville.

Se dieron las manos al estilo inglés e inclinaron apenas el torso.

—Excelencia, es un honor conocerlo —manifestó Traver, en un pesado acento escocés—. Le agradezco su invitación. Es un día magnífico en un sitio magnífico.

—Hace unos momentos llegó el arpa —anunció Béatrice, tomada del brazo de

Blackraven, mientras caminaban hacia la casa— y no sabíamos si esperarlos para el almuerzo —añadió—. Estábamos a punto de comenzar sin vosotros.

—Una contingencia de último momento nos retuvo en la ciudad.

—Nada grave, espero —se preocupó Béatrice.

—Nada grave, querida —aseguró Blackraven.

Se dispensaron una mirada significativa antes de que Béatrice susurrara:

—Necesito hablar contigo.

—Más tarde.

Durante la comida, Traver se mostró tan locuaz como taciturna la señorita Béatrice. Melody lo achacó a lo irregular de su conducta y a la escandalosa llegada junto con Blackraven. De todos modos, advirtió que no la miraba a ella sino al joven Pierre Désoite, que lucía a gusto, comía con fruición y hablaba a la par del escocés. Blackraven, por su parte, se mantenía callado y vigilante. Cada tanto, le lanzaba unos vistazos que la hacían sonrojar.

Melody los deleitó con el arpa en la sala, en torno al café y los dulces. Béatrice se dijo que el ardor con que su primo contemplaba a la institutriz hablaba a las claras de que la reclamaba como de su propiedad.

—Miss Melody —le habló Víctor al oído—, cante mi tonada favorita, por favor.

Se trataba de una canción en gaélico que su padre le había enseñado de niña y que relataba las aventuras de un duende y un hada. La voz de Melody deleitó a los invitados con ese matiz grave tan peculiar. Abstraído como estaba, Blackraven igualmente escuchó cuando Traver le susurró a Béatrice:

—¿En qué lengua canta miss Melody?

Se mantuvo sereno, y nadie habría advertido la tormenta que esa pregunta desató en su interior. ¿Qué clase de escocés era Traver que no reconocía el gaélico, lengua común de Escocia e Irlanda? Si bien era cierto que la de uno y otro país presentaban grandes diferencias, parecía imposible que un escocés no reconociera el gaélico, cualquiera que fuera su origen. Incluso él, inglés, lo habría distinguido entre miles.

—Es un día maravilloso para permanecer en la casa —puntualizó Béatrice—. ¿Por qué no le enseñamos la tahona y la noria al señor Désoite, Roger?

Traver y Désoite, junto con la señorita Leonilda y con Elisea, marcharon delante, en dirección al molino, mientras Melody se mantenía en retaguardia con los niños y Sansón, que avanzaban a paso lento en consideración de Jimmy. Béatrice se tomó del brazo de Blackraven y aprovechó el momento de soledad.

—Tú y miss Melody me teníais en ansias mortales, querido —protestó—. Si bien ayer me dijiste que no volveríais hasta el anochecer, nunca imaginé que haríais noche en la ciudad.

—La tormenta nos retuvo allí.

—¿Qué ocurre entre tú y miss Melody, Roger? —preguntó a boca de jarro.

—¿Tú qué piensas?

—Roger, por amor de Dios. Os veo llegar a los dos juntos después de que habéis desaparecido todo el día de ayer, ¿qué puedo pensar? Esto es muy irregular.

—Anoche le pedí a la señorita Maguire que fuese mi esposa. Ella ha aceptado. Béatrice se detuvo y se quedo mirándolo.

—¿Así, tan súbito? Roger, hace apenas unas semanas que la conoces. —Él hizo un gesto despreocupado, y ella admitió—: Sí, ya sé, a ti no te inquietan esos argumentos. Haces siempre lo que deseas, cuando lo deseas. De todos modos, Roger, has pensado... —se interrumpió, y pareció meditar la prudencia de sus palabras—. ¿Miss Melody, la próxima duquesa de Guermeaux? —se animó a preguntar.

—Me extraña, Marie. Tiempo atrás manifestaste que esas cuestiones te tenían sin cuidado.

—Me tienen sin cuidado —aseguró—. Pienso en miss Melody y en lo que deberá afrontar al convertirse en tu duquesa. Ella no está preparada para ocupar ese sitio.

—El título de mi padre me importa un ardite. Sólo cuenta que Isaura sea feliz.

—Te desconozco.

—¿Tan vil me crees que me juzgas incapaz de amar sinceramente a una mujer?

—No te juzgo vil, y lo sabes, pero jamás pensé que las mujeres fueran de relevancia para ti, Roger.

—En verdad no lo eran hasta que Isaura apareció en mi vida.

—¿Tanto la amas? —Blackraven la contempló con el gesto severo de quien no bromea—. Entonces, sólo me resta desearte felicidad y prosperidad a su lado —y lo besó en las mejillas—. Dios te ha premiado por tu caridad para conmigo y con Víctor poniendo en tu camino a una joven como miss Melody. Créeme, querido, nunca conocí a una criatura más pura y bondadosa.

—Te creo, Marie.

Reiniciaron la marcha.

—El solitario que lleva miss Melody, ¿es el anillo de compromiso?

—No conseguí nada mejor.

—Oh, pero es magnífico. Además reparé en la cantidad de paquetes y cajas que Trinaghanta bajó del coche. De seguro no me equivoco si digo que son para ella.

—Bien sabes que prácticamente no tenía qué ponerse. Ha sido muy difícil lograr que aceptara lo que le he comprado.

—Has hecho bien en obsequiarla con largueza aunque ella se haya resistido. No deberíais vivir bajo el mismo techo ahora que vais a casaros —añadió deprisa, como si pensara en voz alta.

—Isaura es mía, Marie —dijo Blackraven, con estudiada calma—. No me separaré de ella hasta la boda por complacer las reglas de una sociedad de la cual siempre me he mofado.

—Por ella te lo pido, Roger. La destrozarán.

—Yo la protegeré. Nadie le hará daño. Jamás. —Blackraven miró a su prima de soslayo y comentó—: Aún te noto reflexiva. ¿Hay algo que te inquiete? ¿Se trata del señor Traver?

—No, no. En realidad pensaba en tu amigo, el señor Désoite.

—¿Acaso no es de tu agrado?

—¡Todo lo contrario! Me ha parecido un joven por demás agradable y animado. Sucede que, al verlo, me he puesto un poco triste. ¿Sabes, Roger? Sus enormes ojos azules y sus rizos dorados han agitado en mí los recuerdos de mi querido hermano. Incluso el modo en que se expresa, la manera en que sonrío, esos hoyuelos que se le forman junto a las comisuras. En fin, me ha parecido que mi hermano se encontraba de nuevo frente a mí.

—Quizás haya influido el que sea francés.

—Tal vez —admitió Béatrice—. Mi hermano murió hace muchos años y aún no me resigno. Pensar que un niño tan saludable, vivaz e inteligente haya terminado escrofuloso y contrahecho en una prisión como la del Temple me resulta demasiado doloroso para aceptarlo.

—Se dice que tu hermano no murió en el Temple, Marie.

—Sí, sí, ya me has dicho que se rumorea que salió con vida de esa espeluznante prisión. Pero han pasado tantos años que mis esperanzas languidecen. Hoy, al conocer a tu amigo, han vuelto a mí todos los recuerdos de los años felices. ¿Sabes, Roger? Siempre trato de imaginar cómo habría sido mi hermano Luis Carlos de haber alcanzado la edad adulta. Nos separaron cuando él tenía ocho años, y nunca más volví a verlo. Como residía en la celda de abajo, mi tía Elizabeth y yo solíamos escucharlo. Los guardias y ese grosero de Simon, su tutor, lo alentaban a beber y a blasfemar e insultar. Nosotras llorábamos y agradecíamos que mi madre no estuviera allí para atestiguar la decadencia de su hijo.

Blackraven le pasó un brazo por los hombros y la acercó a él.

—Vamos, querida, no quiero que te desanimes en un día como éste. Olvidemos el pasado que es tan doloroso, para los dos.

—Tampoco me olvido de que, al igual que nosotros, tú padeciste terriblemente. Pero eres más fuerte. Nunca te he visto quebrado.

—Tú eres una mujer fuerte, Marie. Has pasado por tanto y aquí estás, incólume y saludable, con una sonrisa para mí.

—¡Mi querido Roger! —exclamó, y se abrazó a su cintura.

Los alcanzó un griterío proveniente del molino. Algunos esclavos salieron en bandada como espantados por una aparición. Se escucharon ladridos y exclamaciones, entre las que predominaba la voz del senescal Bustillo. Blackraven se dio cuenta de que Traver y Désoite no se hallaban a la vista y corrió en esa dirección.

—¿Qué ocurre? —se inquietó Melody, cuando alcanzó a Béatrice.

—No lo sé. Escuchamos un jaleo —y señaló hacia el molino—. Roger ha ido a ver qué sucede.

—Permanezcan aquí con la señorita Béatrice —ordenó a los niños.

Se asomó al molino y divisó a Bustillo que sujetaba a su perro por el collar, mientras Blackraven le dirigía una filípica. Sentado en un fardo de forraje, con Traver, Leonilda y Elisea en torno, se hallaba Pierre Désoite, que se sujetaba el brazo izquierdo; tenía la camisa rasgada y, entre los dedos, se le escurría la sangre de una herida.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—Ese perro endemoniado lo atacó —explicó Leonilda.

—Me pregunto si está rabioso —dijo William Traver.

—Quédese tranquilo, señor Désoite —expresó Melody—, el perro no padece de rabia. Es un animal arisco, eso es todo. Ya ha mordido a varios de los trabajadores y ninguno ha presentado síntomas de hidrofobia.

—Deberían sacrificarlo —espetó Traver.

—Es un gran cazador de ratas, mantiene este lugar libre de ellas. El culpable es Bustillo, que lo suelta durante el día para amedrentar a los trabajadores.

—Vamos a la casa —indicó Blackraven, contrariado—. Allí Trinaghanta sabrá cómo curar esa herida.

En la sala, Blackraven, de un golpe seco, abrió en dos la manga de la camisa de Désoite y le descubrió el brazo. Varias cabezas se inclinaron para estudiar la herida. Aunque se trataba de unas insignificantes cortaduras donde el perro había hincado los dientes, Béatrice soltó un corto quejido, se incorporó de inmediato y se retiró algunos pasos.

—¿Ocurre algo, señorita Laurent? —se preocupó Traver—. Luce muy pálida.

—La herida me ha impresionado, eso es todo —masculló—. Iré a mi dormitorio a recostarme un momento.

Después de las curaciones, el grupo permaneció en la sala donde se dedicaron a jugar al tresillo. Melody, que no compartía el gusto por las cartas, tocó el piano. El día anterior había comprado varias partituras que deseaba ensayar.

Antes de la cena, Blackraven se excusó y marchó a su escritorio. Somar llamó a la puerta segundos después.

—Esta noche, cuando todos se hayan marchado a dormir, saldré para la ciudad. Necesito que alistes a Black Jack.

—¿Qué ocurre? —se inquietó el turco—. Te noto preocupado.

—Es a causa de William Traver. Lo he invitado a pasar la noche en el Retiro y ha aceptado. Por lo tanto aprovecharé para ir a su casa e investigar quién es en realidad. Por cierto, no es escocés como asegura. Quiero que, en mi ausencia, te mantengas ojo

avizor y montes guardia cerca de las habitaciones. Si es necesario, le pides a Servando que te eche una mano.

—¿Te quedarás en la casa de San José?

—No, regresaré apenas termine mi investigación. —Somar se disponía a dejar el despacho cuando Blackraven le ordenó—: Dile a Isaura que quiero verla.

Melody lo encontró en la sala de billar, con la pierna izquierda apoyada en una esquina de la mesa verde, mientras aventaba las bolas con la mano. Lucía abstraído y no se animó a llamarlo. Al verla bajo el umbral, Blackraven salió a recibirla.

—Somar dijo que querías verme.

La tomó por la cintura y cerró la puerta. Sin que mediaran palabras, la apoyó contra la pared y comenzó a besarla. Melody le echó los brazos al cuello y se abandonó a ese apasionado momento. Blackraven cargó el peso de su cuerpo sobre el de ella y la mantuvo prisionera contra la pared, y Melody enseguida percibió el bulto que crecía a la altura de su vientre.

—Sí, deseaba verte —dijo Roger—. Deseaba tocarte. Ha sido un tormento tenerte cerca el día entero y no poder estrecharte entre mis brazos. Sabes a las cerezas del rosoli. Eres tan dulce, tan mía.

—Roger —suspiró Melody cuando Blackraven apartó su boca de la de ella y le pasó los labios por el escote—. No —musitó sin firmeza al advertir el derrotero de sus manos.

Echó la cabeza hacia atrás, ofreciéndose, reprochándose no mostrarse escandalizada mientras los dedos de Blackraven le tocaban los pezones que asomaban a través de la delgada muselina del jubón. No podía detenerlo, había perdido el mando sobre su voluntad y, por extraño que pareciera, no sentía pudor. Blackraven la manejaba a su antojo; ella, simplemente, caía víctima del sortilegio que las manos y la boca de él operaban sobre su cordura. Entendió la emoción que inspiraba en las otras mujeres y no se atrevió a volver a juzgarlas.

Era la primera vez que acariciaba los pechos de Isaura, la primera vez que apreciaba su generosidad de hembra joven y fértil. Se los imaginó llenos de leche, a sus hijos saciándose con ellos, y la erección se intensificó de un modo doloroso. Pronunció un insulto en inglés y se quedó quieto, a punto de desgraciarse. Jamás le había ocurrido, ni en sus épocas de zagal. Las imágenes que acudían a su mente no lo ayudaban a conservar el precario equilibrio, y si seguía pensando que deseaba penetrar en lo más profundo de ella se humillaría.

Melody abrió los ojos y detuvo las manos de Blackraven cuando intentaba quitarle el jubón.

—No —dijo, con desesperación súbita—. No quiero que me veas desnuda. Nunca.

—Tu cuerpo es mío ahora —declaró él—. Te veré desnuda y te gozaré así cuando

y donde quiera, cuantas veces quiera.

—No —repitió—. Estás haciéndome sufrir con lo que dices.

—Así que estoy haciéndote sufrir —se molestó Roger y, casi con torpeza, la obligó a voltear.

Melody sintió la tersura del panel de madera sobre la mejilla y apoyó ambas manos a la altura del rostro para sostenerse, aunque, en rigor, era el cuerpo de Blackraven el que la mantenía contra la pared, con un brazo en torno a su cintura. La besaba en la nuca, le mordisqueaba el cuello y le chupaba el lóbulo de la oreja, mientras su mano le acariciaba la curva de las nalgas, un acto que, por impensable, la dejó muda. Sin importarle su turbación, Blackraven insistía en que ella le pertenecía, que pronto la convertiría en su mujer y que, con sus manos y su lengua, la conquistaría palmo a palmo; que nadie tendría derecho a ella excepto él y que mataría a quien osara siquiera mirarla con apreciación.

—¡Lo mataré! ¡Lo juro! —aseguró, mientras le levantaba la falda y le pasaba los dedos por la pierna con la misma vehemencia de su declaración.

Melody contuvo el aliento cuando Blackraven aflojó la jareta de su calzón y se deslizó dentro, acariciándole los glúteos, buscando la entrepierna, internándose con delicadeza.

—¡No, por favor!

—Calla —le ordenó él, y enseguida agregó con gentileza—: Eres suave aquí abajo. Y estás húmeda. Preparada para mí.

—¡Roger, por favor!

Después de esa desesperada súplica, Melody no consiguió articular palabra. Se mordió el labio y apretó los ojos. Sus sentidos se habían cerrado, no veía, no escuchaba, no olía, sólo el tacto parecía haberse aguzado hasta el punto de hacerle creer que su cuerpo se reducía a ese pequeño y abultado órgano que los dedos de Blackraven manipulaban como si lo conocieran desde hacía tiempo.

—Dime —le susurró con ironía—, ¿estoy haciéndote sufrir?

Melody admitía que, en alguna ocasión, según cómo se moviera sobre la montura, había experimentado un peculiar e intrigante cosquilleo. Las caricias de Blackraven convertían aquellas cosquillas en raudos espasmos que se entremezclaban con una dolorosa puntada.

¿Por qué agitaba la pelvis? ¿Por qué lanzaba quejidos? Sus manos se aferraron a la moldura del panel en busca de sustento, las piernas le tallaban, sus articulaciones se quebraban, el caos le gobernaba el cuerpo, la mano de Blackraven se agitaba a un ritmo creciente en torno a ese bulto secreto que ella acababa de descubrir. De algún modo intuía que aquel rito presagiaba un final apoteósico.

Ocurrió al mismo tiempo: se le secó la boca, un grito murió en su garganta y el cuerpo se le convulsionó al efecto de una súbita descarga del más exquisito y puro

placer, que se propagó en ondas circulares por sus extremidades. Comenzó a gemir como si fuera presa de un dolor agudo, y entendió a medias cuando Blackraven le habló al oído.

—¡Isaura, qué magnífico es escuchar tus gemidos! Nunca me cansaré de hacerte gozar. Algún día tus gemidos y los míos se confundirán. Entonces, tu carne y mi carne serán una sola.

Melody mantenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás sobre el torso de Blackraven, mientras sus pechos agitados golpeaban la pared. Junto a los últimos estremecimientos fue diluyéndose la tensión de sus miembros. Se soltó de la moldura y sus manos se deslizaron por la pared hasta quedar laxas a los costados de su cuerpo. Sólo la fuerza de Blackraven la sostenía en pie.

Roger la dio vuelta y se asustó al verla tan pálida; incluso sus labios habían perdido la coloración. La cabeza le pesaba y tenía el cuerpo desmadejado.

—Isaura, abre los ojos —le ordenó, pero ella se limitó a levantar las comisuras en una lánguida sonrisa.

La cargó en brazos y la llevó hasta el sillón. Le acercó el borde de un vaso y la obligó a beber un sorbo de brandy, que le quemó la garganta. Tosió y volvió a echarse sobre el respaldo. Se llevó la mano a la entrepierna, donde un latido, que se debilitaba, era el último rastro de la sensación que la había dejado medio inconsciente.

Blackraven se sentó junto a ella, la acomodó sobre su pecho y le besó la sien.

—¿Qué me ha sucedido, Roger? ¿Qué ha sido eso que he sentido?

—Tu primer orgasmo, algo que se repetirá una y otra vez cuando esté dentro de ti. Esto es un anticipo, para que nunca dudes de que, conmigo, jamás sufrirás, sólo gozarás.

La arrogancia y el desparpajo de Blackraven la estremecieron.

Se incorporó a medias y lo observó como si estudiara sus lineamientos para retratarlo.

—Fue maravilloso lo que acabamos de compartir —dijo él—. Eres tan apasionada. Te permitiste gozar libremente y me diste todo lo que pensaba tomar de ti.

Melody desvió la mirada, afectada por ese momento de intimidad, escandalizada por las palabras de Blackraven, un poco insegura, también avergonzada. Le pasó la punta del dedo por la hendidura de la barbilla y por el filo de la recia mandíbula, y descubrió que la nariz, recta, algo ensanchada a la altura de las fosas nasales, le confería un aire primitivo al conjunto. Le acarició los labios, y notó que el superior era delgado en contraposición a la generosidad del inferior. Ya le crecía el bozo, otorgándole a las mejillas aquella tonalidad azulada que ella encontraba tan varonil. Se acordó de la ocasión en que lo vio desnudo en la playa. Si cerraba los ojos, volvía

a tenerlo frente a ella, la piel brillante de agua, los músculos tensos bajo la piel bronceada, los anchos hombros, las gruesas piernas, el tatuaje.

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo Melody.

El silencio cayó de nuevo sobre ellos. Los ojos de Blackraven se habían puesto negros y la seguían con una atención que ella no se animaba a enfrentar. Le habló sin mirarlo:

—¿Se supone que está bien que un hombre toque a una mujer ahí, donde tú me has tocado?

—Sí —contestó él—, ahí y donde más le plazca.

—Ah —musitó, y enseguida se apresuró a señalar—: Tus cejas no se separan en el entrecejo. Forman una única línea muy oscura sobre tus ojos.

—Legado de algún antepasado siciliano —dijo él.

—¿Siciliano?

—No deberías odiarme tanto por ser inglés, amor mío, sólo un poco, pues por mis venas también corre la sangre de sicilianos, españoles y austríacos.

—No te odio. Eres maravilloso para mí.

—¿De veras, Isaura? —dijo en un tono de inocente expectación que la hizo sonreír.

—De veras, Roger. Me gustas mucho, muchísimo. Eres el hombre más apuesto que conozco. Aunque no me refería sólo a eso. Pensaba en lo que hiciste esta mañana por Palmira y su bebé.

—Lo hice por ti.

—No importa. Fueron ellos dos, pobrecitos, los que se favorecieron con tu acto de bondad.

—Gracias a ti no iré al Infierno, adonde seguro habría ido si no te hubiese conocido.

—No —expresó Melody, con ímpetu—, tú jamás habrías ido al Infierno.

Blackraven le pasó la mano por la nuca y la atrajo hacia su rostro. La besó con delicadeza, en los labios, en los párpados, en las mejillas. Isaura le había entregado el don de su confianza y lo amaba a pesar de sus defectos, lo redimía de las oscuridades del pasado y del presente.

Se contemplaron con intensidad. Blackraven se instó a regresar con sus invitados, pero no hizo ademán de dejar el sillón. No podía apartarse de la mirada de Melody, y advirtió que sus ojos pasaban de una tonalidad casi turquesa a un profundo verde esmeralda.

—El color de tus ojos se asemeja a los matices del Mediterráneo en un día soleado. —Le acarició la mejilla con el dorso de la mano, y Melody la buscó con sus labios y la besó.

—¿Siempre seremos así de felices?

—Siempre —respondió Blackraven—. Te amo, Isaura. No puedes imaginar cuánto.

—Roger, amor mío.

Melody volvió a descansar sobre el pecho de Blackraven, meditando que nunca se había sentido tan segura y protegida, ni siquiera en vida de Fidelis. Sus fantasmas se desvanecían en las brumas del pasado, y el futuro ya no se presentaba como un monstruo invencible.

—Le has contado a la señorita Béatrice acerca de lo nuestro, ¿verdad? —Blackraven dijo que sí—. Está disgustada conmigo.

—¿Por qué habría de estarlo?

—Porque cree que soy poco para ti.

—No cree semejante cosa. Y si lo creyera, ¿qué más daría? A ti sólo debe importarte lo que yo piense. Los demás no existen. ¿Está claro? —Melody asintió—. Isaura, sé que no te gustará escuchar lo que te diré, pero me complacería que lo entendieses porque lo digo por tu bien. No deseo que vuelvas a exponerte como lo hiciste hoy en casa de los Cañarte. Es cierto que te ayudé a conseguir que le quitaran ese disfraz al pequeño y que tomé cartas en el asunto porque te vi muy afectada. En el futuro, no volveré a hacerlo. Hubo *personas* en ese salón que juzgaron tu acto de arrojo como una afrenta. Eres demasiado inocente para entender la bajeza humana. Pero debes saber que, cuando alguien ve amenazada su posición, reacciona de manera imprevista. Tú, ayudando a los esclavos, estás poniendo en evidencia algo que nadie quiere ver ni cambiar. Y terminarán haciéndote daño para detenerte. Por supuesto que nadie te tocará un pelo porque yo lo impediré, pero no quiero que te expongas inútilmente.

—No me expongo inútilmente. Lo hago por los africanos, que tanto padecen.

—¿Y no piensas cuánto padecería yo si algo te ocurriese?

Blackraven conocía la índole humana y *sabía* que, al estallar la rebelión de los esclavos, la mayoría se volvería contra el Ángel Negro. Dirían que los había soliviantado, que les había llenado la cabeza de ideas de igualdad, libertad y justicia.

—¿Qué podría ocurrirme? —preguntó Melody.

—Nada bueno, por cierto.

—No tendré corazón para despedirlos si acuden a mí con algún problema.

—Lo harás por mí. Por Jimmy, si por mí no es suficiente.

—Eres tan fuerte —dijo Melody, mientras deslizaba sus manos bajo las mangas de la camisa y le acariciaba los poderosos antebrazos—, me resulta imposible creer que algo podría quebrantar tu espíritu. En realidad, tú eres invencible.

—Pero tú eres mi debilidad —y le puso las manos en los hombros al decir—: ¡Si algo llegase a ocurrirte! No quiero pensar en eso pues enloquecería.

—Nada malo me ocurrirá. Exageras.

—No soy un hombre de naturaleza alarmista, Isaura. Lo que te digo tiene su fundamento. Quiero que me obedezcas en esto.

—Esas pobres gentes no tienen nada; tú, en cambio, lo tienes todo. Eres egoísta al pedirme que los abandone.

—Soy conocido por ser egoísta —se endureció—. Tú no sabes cuán posesivo soy con aquello que me pertenece. Y tú eres mía, lo más valioso que poseo.

—No soy de tu propiedad. Haré lo que quiera. No le temo a esos pecados de la ciudad. Seguiré ayudando a mis amigos los africanos.

—No lo harás —dictaminó Blackraven, y se puso de pie.

Llamaron a la puerta. Era Trinaghanta. La cena se serviría en pocos minutos. Melody marchó a su dormitorio para cambiarse y Blackraven se quedó en el despacho, enojado.

Elisea se escabulló hacia la torre, trepó la escalera caracol que ya conocía de memoria y se precipitó en el campanario. Servando la recibió en sus brazos y la besó.

—Sólo cuento con un momento antes de la cena —advirtió la joven.

Servando la acostó sobre el jergón que desde hacía tiempo les servía para yacer y le quitó la ropa con manos impacientes. Aunque hacían el amor a diario, el imperioso ardor se desataba en él cada vez que veía a Elisea, como si veinticuatro horas antes no se hubiesen amado con el mismo ímpetu. Después permanecían echados, los cuerpos bien juntos, mirando el badajo inmóvil y escuchando el arrullo de las palomas. Elisea traía las sobras del mediodía que escamoteaba cuando Siloé se recluía en su pieza a fumar la pipa, más allá de que Servando le aseguraba que en el Retiro se comía bien, al contrario de lo de Valdez e Inclán, donde los esclavos se las arreglaban con mondongo y otras achuras despreciadas por los blancos.

—¿Cuándo nos fugaremos? —preguntó Elisea—. Ya no soporto esta situación.

—Hay cosas que debo hacer primero —explicó Servando, con paciencia.

—¿Qué cosas? Siempre respondes lo mismo y no me dices qué cosas son ésas.

—Será porque no debes saberlas.

Elisea se incorporó, disgustada, y Servando la obligó a volver a su lado.

—No te vayas aún, no quiero separarme de ti. Cuéntame algo agradable. Cuéntame qué hiciste hoy, por ejemplo.

—No te gustará lo que tengo para contarte. Se trata de tu adorada miss Melody.

—¿Qué ocurre con ella?

—Su rumoreo que es la amante del señor Blackraven.

—¿Qué dices? ¿Por qué la calumnias?

—Ninguna calumnia. Ayer desaparecieron el día entero y pasaron la noche en la ciudad. Regresaron esta mañana, los dos juntos en el carruaje, con muchísimos paquetes y cajas. Ella llevaba en la mano izquierda, con mucho descaro debo decir,

un solitario que habrá costado una fortuna. Angelita me contó que Jimmy le preguntó a su hermana quién se lo había regalado.

—¿Y?

—Miss Melody respondió que había sido el señor Blackraven.

—¡Carajo!

—¿Y a ti por qué te importa?

—No te das cuenta de que está forzándola.

—¿Cómo lo sabes? Hoy lucía muy feliz.

—Está forzándola, sé lo que te digo. Es imposible que miss Melody haya aceptado como amante a un hombre que, además de poseer esclavos, sea inglés.

—Tú no conoces nada de la naturaleza de las mujeres. Nadie podría creer que una joven como yo se haya enamorado de un negro como tú. Y bien, aquí me tienes cada día, entregándome a ti para que te preocupes por miss Melody como no lo harías por mí.

Se separaron disgustados. Elisea se fue y Servando permaneció echado en el jergón con la cabeza apoyada en las manos. Meditaba. Habría preferido no enterarse de la intriga de miss Melody con el amo Roger. Ahora se debatía entre ocultárselo a su amigo, Tommy Maguire, por su bien, o confesarle lo que sabía.

Pierre Désoite, algo soñoliento gracias a la infusión de adormidera de Trinaghanta, se excusó apenas acabada la cena. Blackraven llamó a una esclava y le ordenó que lo acompañase y asistiera. Los demás permanecieron en la sala, escuchando las interpretaciones de Melody en el arpa.

Blackraven la seguía con ojos insistentes. En un momento ella alzó la cabeza y sus miradas se cruzaron. La expresión de tristeza en el semblante de la muchacha lo afectó y debió ahogar el impulso de tomarla entre sus brazos y de susurrarle que olvidase lo que acababa de ordenarle, aunque él sabía que, con la sublevación en puertas, las correrías del Ángel Negro debían terminar; quizá ya era demasiado tarde y no se libraría de las sospechas. Las autoridades y los hombres de fuste comenzaban a impacientarse, en tanto que el rumor de que el Ángel Negro había tomado parte en el incendio de la Real Compañía de Filipinas adquiría fuerza. Así se lo había marcado su espía Zorrilla.

Se la veía frágil y etérea, allí de perfil junto al arpa, sus dedos acariciando las cuerdas, arrancándoles sonidos acuosos, y el espléndido cabello suelto hasta la cintura. La deseó y supo que no sólo la reclamaba con su cuerpo sino también con su alma. La indiferencia a la que lo había condenado esa noche le demostró el influjo que ella ejercía sobre su ánimo, y pensó en hacer los arreglos para la boda dentro del mes. Más allá de eso, no pasaría mucho hasta llevarla a su cama.

Melody y los niños se retiraron a descansar, y los demás no tardaron en seguirlos. Las esclavas terminaron de cerrar ventanas y postigos, y, poco a poco, el Retiro fue

silenciándose. Blackraven dejó su dormitorio, se dirigió a la planta baja y, de allí, a la zona de las caballerizas, donde Somar sujetaba a Black Jack por las riendas.

—Designé a Traver la última habitación del ala este —le informó—, bien apartado de Isaura, de Marie y de Luis. No te muevas de la planta alta, mantente cerca de ellos.

Montó de un salto y se aventuró en la noche. Si no se presentaba ningún contratiempo y si Black Jack mantenía un buen ritmo, alcanzaría el centro de la ciudad en media hora. De acuerdo con la información suministrada por O'Maley, Traver alquilaba dos habitaciones en la residencia de una viuda en la calle de la Piedad, detrás de la Catedral. No le costó ubicar la casa, en esquina con la calle de la Santísima Trinidad, adonde daban los fondos. Con la misma agilidad con que trepaba los mástiles de sus embarcaciones hasta alcanzar la cofa, se subió a un árbol cuyas ramas invadían la propiedad de la viuda. De pie sobre la tapia, saltó al vacío y cayó sobre un lecho de esponjosas plantas. Sacó el puñal de su bota y se dirigió hacia la casa, que presentaba un aspecto de lúgubre abandono.

Pese a que hacía tiempo que no se dedicaba a irrumpir en propiedades ajenas, lo invadía la misma excitación de épocas pasadas. Encendió su yesquero. Se movía de modo austero y silencioso, y avanzaba con la misma elegancia de un gato negro. No le costó sortear la primera puerta, cuyo cerrojo cedió a la ganzúa. Sabía que Traver ocupaba las dos habitaciones que daban a la calle de la Piedad, por lo que debió cruzar todo el largo de la casa.

Una vez en los dominios de Traver, se atrevió a encender varias velas; si la viuda o alguno del servicio doméstico se levantaba, creería que se trataba del inquilino. Se tomó varios minutos para memorizar la disposición de los muebles y demás elementos. Ambas habitaciones, una que hacía de dormitorio y la otra de recibidor, amobladas con sobriedad, presentaban un aspecto inocente. Una pesquisa concienzuda pronto le reveló que Traver no era un comerciante. Los pocos volúmenes de su biblioteca estaban escritos en francés, y no había ningún libro de caja ni contables. No halló cartas de créditos ni recibos ni facturas, nada que le indicara que ese hombre se dedicaba a algún tipo de actividad comercial. Requisó entre sus ropas, la mayoría de sastres parisinos. Le llamó la atención un arcón a los pies de la cama y no se equivocó al sospechar que tenía un doble fondo, donde se topó con varias armas de fuego.

Aunque las intenciones de Traver de ocultar su verdadero origen e identidad podían ser muchas, algunas inofensivas, Blackraven, por experiencia, supo que se relacionaban con su prima Marie. Le urgía contar con una prueba incontestable para actuar. Volvió a mirar a su alrededor, buscando el sitio en donde él habría ocultado sus secretos más peligrosos. Sin cuadros en el dormitorio ni en la pequeña sala, sólo crucifijos, las posibilidades se reducían. Ningún tablón del piso presentaba

hendeduras o se mostraba flojo. Examinó el escritorio y los cajones, el ropero, el arcón de nuevo, el colchón relleno de lana, hasta que sus ojos descansaron en el ornamentado respaldo de la cama, coronado por dos bolas de sólida madera de jacarandá. Enseguida supo cuál guardaba los secretos de Traver: en la parte posterior de la bola izquierda, un cabello pegado con saliva servía de testigo. Levantó la bola, ahuecada ex profeso, y encontró un rollo de papeles: cuatro mensajes donde se combinaban palabras en francés y números, sin duda, en un lenguaje cifrado. La caligrafía coincidía con la de la nota que Traver le envió a Béatrice aceptando la invitación al Retiro.

Le llevaría días desentrañar el criptograma. Leyó las notas hasta memorizarlas y volvió a enrollarlas, las acomodó con precisión, colocó la bola en el espaldar y pegó el cabello con saliva. Antes de abandonar la estancia, la recorrió con ojos atentos. “Todo en su sitio”, concluyó. Apagó las velas, las metió en su faltriquera y volvió a internarse en la oscuridad de la casa.

Hacía días que no dormía varias horas. El cansancio y las emociones comenzaban a hacer mella en su cuerpo y en su mente. Se dijo que podría pasar la noche en la casa de San José, a unas cuadras de la pensión de la viuda; de todos modos, siguió camino al Retiro. No se trataba de Traver; confiaba en la habilidad de Somar para mantenerlo a raya. Volvía por Isaura. Una urgencia dominante lo guiaba hasta ella aunque se negara a necesitarla de aquel modo. Se exponía, y eso resultaba inaceptable.

Se dedicó a analizar los propósitos de Traver. La nacionalidad del sujeto estaba fuera de discusión: era francés, probablemente espía de Bonaparte. Hasta ahí su intervención parecía inocua, ninguna sorpresa. Ya sabía él que, desde hacía algunos años, Buenos Aires y Montevideo, como puntos codiciados por la Inglaterra y la Francia, se encontraban plagados de espías.

En este caso, el olfato le indicaba que las pretensiones del falso escocés iban más allá del espionaje. ¿Por qué acercarse a Marie cuando existían porteñas ricas y agraciadas? Marie no era hermosa, se la tenía por una arrimada que vivía a expensas de un pariente y que carecía de dote. Por supuesto que podía alegarse amor, a pesar de que a él le costara creer en las casualidades. Una oscura idea cruzó por su mente y le sacudió la somnolencia: su peor enemigo conocía la verdadera identidad de Marie ya que había tomado parte en su rescate. Trató de convencerse de que Simon Miles respetaría el severo código que marcaba que las cuestiones de faldas no se mezclaban con el trabajo. Aquel nombre y los recuerdos asociados lo llevaron a apurar a Black Jack. Se topó con Somar en la planta alta.

—Ninguna novedad —informó el turco—. Aunque miss Melody tuvo una noche agitada.

—¿Qué sucedió? —preguntó, alarmado, mientras marchaba hacia la habitación de Melody.

—Tranquilo, ella está bien —dijo Somar, y le pasó un candelabro—. Se trata de Jimmy. Se descompuso en medio de la noche.

—¡Maldición!

—Él está dormido ahora. Miss Melody hizo lo que los médicos le indicaron para estos casos. Le dio su medicina y logró tranquilizarlo. ¿A ti cómo te fue?

—Ratifiqué mis sospechas. Mañana te explicaré. Ahora ve a descansar.

Blackraven abrió la puerta del dormitorio de Melody sin arrancar un chirrido de los goznes. Levantó la palmatoria y la escena que vio lo emocionó hasta calentarle los ojos: Melody, sentada en el suelo junto a la cabecera, dormía con los brazos apoyados sobre la cama de Jimmy. Al acercarse, notó que los hermanos tenían las manos tomadas y las cabezas muy próximas. Sintió celos, convencido de que Isaura, por su hermano, haría cualquier cosa; por él, en cambio, se había negado a abandonar a “sus amigos, los africanos”.

Se arrodilló junto a ella y le apartó los mechones que le cubrían la frente. La joven se movió sin despertarse. La cargó en brazos y la llevó hasta su cama, la acomodó y la cubrió con la sábana. Se inclinó y la besó varias veces.

—Roger —musitó Melody, sin despegar los párpados, reconociendo su perfume.

—Aquí estoy, mi amor, aquí estoy.

—Jimmy —dijo, y comenzó a sollozar, abrumada de sueño y dolor.

—No llores. Jimmy duerme, él está bien. Descansa ahora, cariño. Estás extenuada.

—Roger, no pienses mal de mí. No estés enfadado conmigo, por favor.

Blackraven se mordió el puño mientras un nudo le cerraba la garganta. Apoyó sus labios sobre los de ella y la besó apenas. Sintió que las manos tibias de Melody le buscaban las mejillas.

—No estoy enfadado contigo. Te amo demasiado para estarlo. Eres mi vida, Isaura, lo más importante para mí. Sólo deseo que seas feliz.

—Tú me haces feliz, Roger.

—Isaura —susurró, la frente apoyada en la de Melody, los ojos cerrados, de pronto agobiado por el cansancio y las miserias de su vida—. Ámame, Isaura, ámame siempre.

—Sí —musitó ella, casi dormida.

Blackraven permaneció unos minutos contemplándola. Parecía una niña, simple, ingenua. “Eres un misterio para mí, Isaura Maguire. ¿Cómo has conseguido que un cínico como yo, mundano e impenitente, albergue por ti este sentimiento tan puro que algunos llamarían amor? Ni siquiera entiendo lo que me sucede contigo”. Tiempo atrás Victoria le había dicho que el amor no era bonito sino poderoso, capaz de quebrar la voluntad más férrea, torcer la moral de un calvinista y suavizar la naturaleza de un malvado. En aquella instancia, él se había mofado. En ese momento

entendía que Victoria había estado en lo cierto.

Capítulo XVI

Béatrice no concilió el sueño en toda la noche. Harta de la cama, se echó el albornoz sobre los hombros y salió al balcón. Desde pequeña había disfrutado del amanecer. Evocó los jardines de la casa paterna donde le gustaba aguardar la salida del sol en compañía de Roger, su primo más querido. Apenas dos niños, evadían la tutela de las criadas y corrían tomados de las manos por los laberintos de ligustro.

Suspiró y regresó al dormitorio. Aquellos años felices y lejanos formaban parte de un pasado que a veces parecía salido de su magín. Sacudió la cabeza para apartar la nostalgia y se concentró en el presente, que le daba una oportunidad junto a William Traver. Se vistió con coquetería para bajar a desayunar.

Los únicos presentes en el comedor, William Traver y Pierre Désoite, se pusieron de pie al verla. Béatrice presidió la mesa, ya que Blackraven avisó que se ausentaría. Tampoco estaba miss Melody, y una esclava le informó que los niños desayunaban en la sala de estudios con Elisea y la señorita Leonilda.

—Es probable —especuló Béatrice— que su excelencia haya ido a recorrer la propiedad y un contratiempo lo haya detenido. Espero que su brazo no le haya dado mala noche, señor Désoite —expresó, en referencia a la mordedura.

—En absoluto. He dormido plácidamente.

—¿Me permite ver la herida? —pidió Béatrice en un acto de atrevimiento que sorprendió primero y molestó después a Traver.

Como no llevaba casaca, sólo un chaleco sobre la camisa, Désoite se levantó la manga y le mostró las heridas que Trinaghanta no había vendado para promover su cicatrización. Eran cuatro cortes pequeños.

—Ahora sólo resta esperar que no se infecten —comentó Béatrice.

—Oh, no —expresó Désoite—, soy un hombre de disposición muy sana. Nunca se me ha infectado una herida.

Béatrice le sonrió y movió la cabeza con garbo para dirigirse a Traver:

—¿Es de su gusto el café, señor Traver?

—Muy bueno —replicó, cortado.

—Es de la plantación de su excelencia en Antigua.

—Es reconfortante encontrarme con unas *madeleines* tan exquisitas como éstas —comentó Désoite—. Me recuerdan a las de mi infancia.

—¿De veras? —se interesó Béatrice—. Para ser compatriotas, señor Désoite, usted y yo no hemos intercambiado impresiones acerca de la Madre Patria. Dígame, si no es imprudente preguntar, ¿dónde nació usted?

—En las afueras de París —respondió.

—Bellísima ciudad —acotó Traver.

—Sí —dijo Béatrice, pero su gesto apático desmintió la afirmación.

—Como toda gran ciudad —opinó Désoite—, tiene sus luces y sus sombras.

Hablaron acerca de las bondades y desventajas de ciudades como Londres y París. Traver describió las bellezas de Edimburgo, y Béatrice manifestó su deseo de conocerla algún día, lo que suscitó miradas cómplices entre ellos.

—¿Ha pensado en radicarse en Buenos Aires, señor Désoite? —se interesó Traver.

—La encuentro muy de mi gusto, pero aún no lo he decidido.

—¿Es usted avezado en algún oficio? —insistió.

—Soy dibujante y tengo nociones de arquitectura.

—¡Oh! —se admiró Béatrice.

—Su excelencia me comentaba ayer que un miembro del Consulado, el doctor Manuel Belgrano si no recuerdo mal...

—Así es —ratificó Traver.

—Pues el doctor Belgrano propició años atrás la apertura de una escuela de geometría, arquitectura y dibujo. Si bien dejó de funcionar en el 1800 por falta de apoyo económico de las autoridades, su excelencia asegura que el doctor Belgrano nunca abandonó la idea de reabirla. Ha prometido presentarnos en la tertulia. Una escuela de dibujo es un proyecto ambicioso del cual me gustaría participar. Su excelencia me ha asegurado que le ofrecerá al doctor Belgrano costear los gastos de la reapertura y asignar un monto anual para la escuela en calidad de donación.

—Es maravilloso —se entusiasmó Béatrice—. Además estoy pensando que sería de provecho que usted, señor Désoite, le diera clases de dibujo a los niños. ¿Por qué no se queda una temporada en el Retiro? Miss Melody estaría agradecida si usted iniciase a Víctor y a Jimmy en las nociones de la geometría también.

—No sé si deba —dudó Désoite.

—¡Por supuesto que sí! —insistió Béatrice con un entusiasmo que Traver no le conocía.

El hombre carraspeó, incómodo, celoso. Después de eso, el ambiente se tornó tenso, e intercambiaron pocas palabras mientras acababan el desayuno. Traver bebió su último trago de café y mencionó un compromiso en la ciudad que le impedía permanecer por más tiempo en el Retiro. Blackraven se presentó en la sala cuando el escocés se disponía a partir y le reiteró la invitación para la tertulia del primer domingo de febrero. Lo acompañó hasta la entrada principal donde un esclavo sujetaba las riendas de su caballo.

—Gracias por su hospitalidad, excelencia.

—Será bienvenido cuando guste —dijo Blackraven.

—Que tenga usted buen día, señorita Béatrice.

—Nos vemos en la tertulia, señor Traver.

—Espero que reserve para mí las primeras piezas de baile.

—Será un placer.

De nuevo en la casa, Béatrice le sugirió a Blackraven que Pierre Désoite pasara una temporada en el Retiro.

—Hoy mismo marcharemos a la ciudad a buscar sus pertenencias —dijo Roger, dirigiéndose al joven— y le anunciaremos al doctor Moreno que usted completará la traducción aquí, en el Retiro.

Melody se despertó a las doce. No recordaba haberse levantado a esa hora en su vida. Le dolían los músculos y un sopor le impedía levantar los párpados. Se tranquilizó al comprobar que Jimmy aún descansaba en su cama. Moviéndose apenas la pesada cortina y vio el cielo límpido y el sol.

En la cómoda descubrió que Trinaghanta había llenado el aguamanil, incluso le había echado unas gotitas de esencia de azahar. Vertió el agua en la jofaina y se enjuagó el rostro varias veces, mientras cavilaba acerca de los quehaceres. Llamaron a la puerta con una suavidad que reconoció como de Trinaghanta. Abrió y le indicó que entrara. Susurrando, le reprochó que no la hubiese despertado más temprano.

—El amo Roger —se justificó la muchacha— me ordenó que no lo hiciera. Debíamos dejarla dormir, a usted y a su hermano. Lo siento.

—¿Su excelencia está en la casa?

—No, partió a la ciudad. Volverá por la tarde.

Melody se decepcionó, aunque enseguida resolvió que ponerse en movimiento sería el mejor recurso para enfrentar las horas hasta que Blackraven volviera, como también para quitarse de la cabeza la enfermedad de Jimmy.

Fue a misa y se mantuvo ocupada atendiendo a su hermano convaleciente, a Víctor y sus lecciones, y disponiendo con Miora el destino de cada género adquirido en la ciudad; la urgía terminar el atuendo para la tertulia.

Cada tanto le echaba un vistazo al solitario en su mano izquierda. ¿Por qué la quería un hombre como Blackraven? Ella lo había enfrentado y desafiado; tampoco se olvidaba del violento encuentro con Tommy en la caballeriza y del ataque a traición de Pablo. Debería odiarla. Blackraven, en cambio, decía que la amaba, y ella le creía y, de algún modo, ya no reparaba en que a él se lo tenía por libertino y mujeriego.

En rigor, Isaura Maguire era su propio escollo. A veces juntaba coraje y se sentía capaz de exponerle a Blackraven sus miedos y conflictos; minutos después se derrumbaba y decidía poner fin a la relación. En esos vertiginosos días, había pasado varias veces de la euforia al abatimiento. En definitiva, estaba aterrada.

Béatrice entró en el cuarto de costura donde Miora y Melody deliberaban acerca del diseño para el traje del sarao.

—¡Qué magnífico género! —exclamó, y lo restregó entre sus dedos—. Es una seda de superior calidad. ¡Y el color! ¡Qué azul tan intenso! Me recuerda al de la capa

de los reyes franceses. Imagino que lo usarás para la tertulia. ¿Ya sabes cómo será el vestido?

Melody negó con la cabeza, al tiempo que intentaba discernir si había burla o enojo en la actitud de Béatrice.

—¿Aceptarías algunas sugerencias?

—Nada me complacería más —contestó Melody con una sonrisa.

Béatrice le tomó la mano.

—Estoy feliz por vosotros —dijo, y no dio tiempo a nada pues enseguida agregó—: El azul del vestido te sentará de maravillas, querida. Acentuará el turquesa de tus ojos y el blanco de tu piel.

—El color de mi cabello lo arruina todo, ¿verdad? —se lamentó Melody.

—¡Sandeces! Ese rojizo tan peculiar se realzará de manera extraordinaria con el azul de la seda.

Béatrice marcó los lineamientos de un modelo por el que madame Odile no habría presentado reparos. Melody lo juzgó muy escotado.

—Lo único que importa —aseguró Béatrice— es que Roger estará de acuerdo con mi elección. Ya verás. —Y se marchó en busca del señor Désoite.

—Como Trinaghanta está con Jimmy —le dijo Melody a Miora—, iré donde las lavanderas.

—Quizá —musitó la esclava—, ahora que vuestra mercé será la señora de la casa, el amo Roger no quiera que se mezcle con nosotros.

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó Melody sin enojarse.

—Por ai lo dicen, miss Melody, que usted y el amo Roger andan enredados en amores.

—Pues nada impedirá que siga siendo vuestra amiga —aseguró.

—Eso es bueno —farfulló Miora, y se inclinó sobre la mesa para estudiar el corte del género.

Eran las cinco de la tarde. Siloé estaría disponiendo la olla con leche para repartirla entre los hijos de las lavanderas. Hacía tiempo que no participaba de esa costumbre, desde que Blackraven prohibió que se hiciera en su propiedad. Se ató un mandil a la cintura y ayudó a cargar la olla barranca abajo. Avistaron el sitio ocupado por las lavanderas, donde las sábanas, los manteles y las demás prendas se desplegaban sobre las rocas cubiertas de verdín. Las mujeres cantaban y conversaban, a veces formaban rondas y bailaban. Nunca les faltaba el mate o la pipa. Presentaban una robusta contextura, grandes manos estropeadas por la lejía y un recio carácter. No admitían a los blancos en su imperio a orillas del Plata, a excepción del Ángel Negro, a quien recibieron con alegría.

Melody, que conocía a muchas de ellas, se interesó por sus familias y sus problemas. Habló con Polina, una joven a quien su patrón había dejado encinta y que,

pese a su estado avanzado, seguía enviándola a lavar. Muchas de esas mujeres daban a luz a orillas del río, asistidas por sus compañeras. Sobrepuestas de lo peor del parto, dejaban al bebé sobre un cuero y seguían con su tarea. En general, esos niños no cumplían los siete días de vida.

—¿Hasta cuándo seguirás viniendo, Polina? —se enfadó Melody—. ¿Es que tu amo no tiene corazón?

—No lo tiene, miss Melody. Él quiere los riales que hago lavando. Eso es lo único que le importa.

—Caramba, Polina.

Melody se interrumpió al escuchar unos gritos. Alcanzó a distinguir a un grupo de muchachos que se divertían atormentando a las lavanderas. Les pisaban las sábanas limpias, les arrojaban piedras, las imitaban bailar y hablar y las escupían.

—Otra vez los mandingas —se lamentó Polina.

—Vamos, miss Melody —la apremió Siloé—. Si esos jovenzuelos la ven aquí habrá problemas.

La cabellera de Melody llamó la atención de uno de los pendencieros, que la señaló al resto. Lanzaron exclamaciones y se aproximaron casi corriendo. Formaron un círculo en torno a ellas. Melody se colocó frente a Polina para protegerle el vientre.

—¿Cómo una flor tan blanca y hermosa se deja ensuciar por tanto lodo? —habló uno de ellos.

—¡Déjenos pasar! —vociferó Siloé.

—Sí, claro —contestó otro, haciendo una reverencia, y enseguida le tiró un manotazo que le dio en pleno rostro—. ¡Yo no recibo órdenes de negras sucias!

—¡Bastardo! —masculló Melody, y abrazó a Siloé.

Otro sujetó a Polina, que comenzó a llorar. Las demás lavanderas y los niños se habían acercado para insultarlos y arrojarles bolas de barro.

—¡Malditos bribones! —se enfureció Melody—. ¿Es que ni siquiera respetáis a una mujer embarazada?

—Esto no es una mujer —dijo el cabecilla—. Es una esclava con un esclavo en la barriga. Y tú eres una preciosura a la que me gustaría hacer gritar pero no de fastidio sino de placer.

El grupo festejó la broma soez con carcajadas que se acallaron de pronto cuando Melody se movió con la rapidez de una serpiente y le dio una bofetada. El muchacho quedó perplejo, la mano sobre la mejilla. Con lentitud deliberada, se volvió hacia Melody.

Blackraven justo alcanzó a ver cuando, de un golpe de revés, la tiraba al suelo. Lanzó un bramido áspero, inhumano, profundo. La muchedumbre, lavanderas y pendencieros por igual, se dispersaron en desordenada carrera ante la imagen de esa

mole con ojos de diablo que se lanzaba sobre ellos. El que había golpeado a Melody, un muchacho alto, de complexión vigorosa, se quedó donde estaba y lo aguardó con una mueca de jactancia. Cerró los puños y extendió los brazos.

—Lo conozco —habló cuando Blackraven se plantó frente a él—. Usted es el conde de Stoneville, y ésta —dijo, señalando a Melody— debe de ser su puta, la que llaman el Ángel Negro.

Le soltó una trompada. Blackraven la atajó con la mano izquierda y le torció el brazo hasta ponerlo de rodillas. *Ipsa facto*, descargó la potencia de su puño en el estómago y en el morro del joven, que se desplomó, inconsciente. Dos de sus amigos se precipitaron para vengarlo y, segundos después, terminaron huyendo con la nariz rota y un labio partido. Los otros mantuvieron distancia, atónitos ante semejante despliegue.

—Quiten esta basura de aquí —les ordenó mientras se limpiaba la bota sobre el pecho del que había agredido a Melody.

Regresó junto a ella. Siloé la obligaba a echar la cabeza hacia atrás mientras le cubría la nariz sangrante con su delantal.

—Amo Roger —balbuceó la cocinera.

—Está bien, Siloé. Yo me haré cargo ahora. Presiónalo contra tu nariz —le ordenó a Melody, y le pasó su pañuelo.

La tomó en brazos y la cargó hasta la casa.

—Bájame —se quejó ella—. Puedo caminar. —Al no obtener una respuesta, insistió—: ¡Bájame! Soy demasiado pesada. No podrás subir la barranca conmigo a cuestras.

—¡Cállate! Has conseguido enfurecerme, Isaura. —Con acento menos incisivo, le indicó—: Cúbrete la nariz y sujétate a mi cuello.

Melody hizo como se le ordenó y cerró los ojos. Quería sentir la fuerza de los brazos que la rodeaban y olvidar que él estaba furioso.

—Roger...

—Ahora no, Isaura. Hablaremos después.

Subió la barranca con agilidad y entró por la parte trasera hasta la cocina. Al verlos, Miora lanzó una exclamación.

—Ve a buscar a Trinaghanta —le pidió Blackraven, mientras acomodaba a Melody en una silla y la obligaba a apoyar la cabeza sobre el respaldo.

Aparecieron otras esclavas y, a una indicación, trajeron agua y paños limpios. Trinaghanta entró en la cocina, apartó el pañuelo y tanteó la nariz.

—¿Está rota? —preguntó Blackraven, con una nota de ansiedad.

—Sólo sangra.

—Termina de atenderla y después llévala a mi despacho.

—Está furioso —se lamentó Melody.

—No —dijo Trinaghanta—. Está angustiado porque la ama a usted demasiado.

Melody se quedó perpleja. Trinaghanta nunca se había mostrado locuaz, menos en referencia a Blackraven.

—Le temo a su enojo —confesó.

—El enojo del amo Roger es algo de temer. Pero con usted, miss Melody... Con usted, él es otra persona.

—¿Otra persona?

—Desde que la ama a usted, él es feliz.

Melody trató de descubrir celos en el gesto flemático de Trinaghanta. Quería preguntarle acerca de Blackraven, de su vida, de su trabajo y de sus mujeres, nadie lo conocía como esa extraña asiática. Guardó silencio; por un lado, el instinto le marcaba que Trinaghanta no revelaría nada más; por el otro, no estaba segura de querer saber.

Reclinado sobre su buró, Blackraven escribía con trazos rápidos. Trinaghanta dejó a Melody cerca de la puerta y abandonó la habitación sin hablar. Él seguía concentrado en el documento que redactaba, como si ella no estuviera allí. ¿Qué escribía? ¿Quiénes eran las personas que lo visitaban? ¿Cuáles eran sus negocios? ¿Qué sabía de ese hombre?

Él se puso de pie y la miró como estudiándola antes de hablar.

—Nunca más, ¿me oyes? *Nunca más* vuelvas a exponerte de la manera en que lo hiciste hoy en la playa.

—Roger... —Se interrumpió al verlo avanzar.

—¿Qué crees que habría ocurrido si yo no hubiese llegado? ¿No entiendes que ese maldito cobarde podría haberte hecho mucho daño? ¡Por Dios! —Le clavó los dedos en la carne de los brazos—. ¡No quiero pensar en esa posibilidad! Mira cómo te ha lastimado. Mira cómo la sangre manchó tu jubón. Sentí que algo maligno se apoderaba de mí al verlo golpearte. ¿No eres capaz de entender que me vuelvo loco de ansiedad creyendo que, en cualquier momento, podría ocurrirte una desgracia a causa de tu descuido?

Aunque Melody inclinó la cabeza, le parecía estar viendo su ceño implacable.

—¿Acaso no te ordené anoche que dejaras de velar por los esclavos?

—Sí, me lo ordenaste —admitió Melody.

—¿Entonces?

—Yo no dije que te obedecería.

A su pesar, Blackraven contuvo una sonrisa y, como en los primeros encuentros, admiró la valentía de Melody.

—¿Por qué te preocupas tanto por esas gentes, Isaura?

—Porque sé lo que sienten, sé cómo sufren. Conozco la desazón que la esclavitud causa en el alma de una persona.

—Tú nada sabes de la esclavitud.

—Eres tú quien nada sabe de mí.

—¡Pues quiero saber! —se apasionó él, y volvió a aferrarla por los hombros—.

¡Cuéntame!

—¡No, no! —se asustó ella, e intentó zafarse.

—¿Por qué no? ¿Qué tengo que saber?

—¡Déjame!

—¿Qué tengo que saber, Isaura?

—¡Nada, nada! ¡Déjame ir!

—Está bien, está bien —la tranquilizó Blackraven y la abrazó—. No llores, cariño. Nada me dirás si no quieres. No llores, por favor. No puedo verte llorar.

La condujo al sillón y la sentó sobre sus piernas. Un hematoma comenzaba a tomar color en el filo de la mandíbula, cerca de la barbilla. La besó en ese lugar, y arrastró los labios hasta la comisura donde volvió a besarla, y después en la boca.

—Entiéndeme, cariño —le pidió—. Dime que entiendes mi desesperación. Necesito saber que estás a salvo, que no te arriesgas. Ya te lo dije ayer: si me faltases, el dolor acabaría conmigo. Dime que tú sientes lo mismo por mí. Dime que si yo te faltase, la vida carecería de sentido para ti.

—Claro —musitó ella—. Pero también me haría muy infeliz perjudicarte por ser quien soy. Roger, a veces pienso que, aunque este amor que siento por ti es sincero e inmenso, te perjudicará. Y te amo demasiado para perjudicarte.

—¿Me amas, entonces? —preguntó él, mientras la besaba en el cuello y le pasaba las manos por los senos.

—Sí, te amo.

—Dilo de nuevo.

—Te amo, Roger.

—Eso es lo único que cuenta. Tú jamás me perjudicarías. Quiero que lo entiendas de una vez: no te apartarás de mi lado.

La besó con el apremio que había mantenido a raya, que un poco se mezclaba con la angustia que experimentó al verla recibir el golpe. Le pasó una mano por la nuca y la empujó para penetrar en su boca. Escuchaba la respiración agitada de ella, prueba de su excitación y su desconcierto. Melody sintió la erección de Blackraven en su trasero. Él le abrió el jubón y con sus dedos le apretó los pezones apenas cubiertos por la tela de la almilla.

—Roger, por favor —suplicó—, no me toques de este modo. No puedo pensar ni hablar cuando lo haces. Y necesito decirte algo.

—Habla —dijo él.

—He decidido que no dejaré de ayudar a mis amigos los africanos.

Él irguió la cabeza, y Melody aprovechó para ponerse de pie y prender los

corchetes de su jubón.

—No puedo hacerlos a un lado ahora. No sería honorable de mi parte.

Se miraron. Blackraven inspiró hondo y, apoyando las manos en las rodillas, dejó el sillón con actitud de cansancio.

—¿Los eliges a ellos y no a mí, entonces?

—No entiendo por qué tengo que elegir entre ellos y tú.

—Por tu bien debes dejar de lado tus actividades con los esclavos.

—No.

—Estoy pidiéndotelo, Isaura. Por tu bien —insistió.

—Te avergüenzas de mis tratos con los africanos.

—No me conoces. Si me conocieras, no dirías eso.

—¿Por qué no puedo seguir ayudándolos, entonces?

—Porque es peligroso.

—No le temo al peligro.

—Lo sé. Yo tampoco. Pero desde que entraste en mi vida, he comenzado a temerle a una posibilidad: a perderte. No estoy dispuesto a dejar que te arriesgues por un sueño vano que a nada te conducirá. Y que tampoco salvará a los esclavos de la situación en la que viven.

Los ojos de Melody se llenaron de lágrimas.

—No elijo entre ellos y tú, Roger. Elijo entre mi libertad y tú. Mi libertad —añadió— es primordial para mí. Sin ella, creo que nunca alcanzaría la felicidad, ni siquiera a tu lado.

Se quitó la sortija.

—Si es eso lo que quieres —dijo Blackraven—, no seré yo quien insista en que cambies de parecer.

Melody le entregó el anillo y abandonó el despacho conteniendo el llanto que desbordó en la soledad del patio.

Enda Feelham entró en la cocina arrastrando los pies. El silencio de la casa le pesaba. Se echó en una banqueta y soltó un suspiro. Como de costumbre, se puso a meditar en lo que nunca habría de ser, por ejemplo, que Fidelis Maguire la amara y no su hermano James. Al mayor de los Maguire, ella sólo le había inspirado cariño y agradecimiento. Recordó por qué aceptó la proposición matrimonial de Jimmy e, incluso tantos años después, siguió pareciéndole una decisión acertada: aunque como su cuñada, prefería permanecer cerca de Fidelis, convencida de que tarde o temprano lo enamoraría.

Su plan peligró cuando Fidelis habló de abandonar la Irlanda. Después del martirio sufrido en prisión, el joven había perdido la paz, y su amada Glendalough no lo confortaba como en el pasado. Vivía escondido, esperando que, en cualquier momento, alguien lo delatara —las autoridades inglesas lo daban por muerto— y los

soldados vinieran a llevárselo. A la sazón, Enda ya estaba embarazada y no logró convencer a su esposo, Jimmy Maguire, de que emprendieran todos juntos el viaje al Nuevo Continente. Enda lloró a escondidas la mañana en que Fidelis partió al puerto de Cork para conchabarse en el primer barco que lo condujese a los Estados Unidos.

Los Maguire creyeron que Fidelis había muerto en el naufragio del *Saint Bridget*, la única nave que zarpó rumbo a Norteamérica por esos días. Ignoraban que a último momento Fidelis había conocido a un español que le habló de la abundancia del Virreinato del Río de la Plata y lo convenció para que lo acompañase a buscar fortuna en esas tierras del sur. Pasarían años hasta que los Maguire conocieran la suerte del hijo mayor, que se había marchado pobre, con la esperanza y la voluntad como únicos bienes, para volverse un hombre de posición y dinero en unas tierras españolas del confín del mundo.

Enda lloró a escondidas, esta vez de felicidad. Su vida volvía a tener sentido porque, a pesar de adorar a su hijo Paddy, sin Fidelis nunca había vuelto a sentirse completa. Aunque su suegra sostuviese que la aparición de su primogénito se debía a un milagro de San Patricio, ella sabía que el patrono de la Irlanda no tenía nada que ver sino el poder de su magia, una fuerza milenaria, transmitida de generación en generación, que se rastreaba hasta el gran sacerdote druida, Frisio.

Jimmy dejó en claro que, aunque su hermano prosperase en otras tierras, él jamás abandonaría el valle de Glendalough. Enda no era mujer de polémicas ni discusiones. Cuando su esposo la contrariaba, simplemente invocaba a las fuerzas que la acompañaban y les pedía su intervención.

El menor de los Maguire cayó enfermo días más tarde y, a pesar del esmero de su esposa en cuidarlo, empeoró a ojos vistas. Sin dinero para acudir al único médico del pueblo, consultaron a las curanderas. Ningún brebaje ni rito parecía conjurar el mal de Jimmy, que seguía vomitando y retorciéndose en su camastro de paja.

Los pueblerinos desconfiaban de Enda Feelham, quien, hasta su matrimonio con James Maguire, había llevado la vida de una asceta en el bosque. Regresaron los comentarios que la tenían por bruja, e incluso hubo quienes aseguraron que sabía de venenos. Seamus Maguire y su esposa no dieron crédito a las habladurías. Enda era una buena mujer, que había salvado la vida de Fidelis y ahora intentaba salvar la de Jimmy. Pero Jimmy murió.

Por fin liberada, Enda no perdió tiempo y le envió una carta a su cuñado Fidelis pidiéndole ayuda. “Después de la muerte de mi adorado James, Paddy y yo hemos quedado sumidos en la mayor de las miserias. Por eso te ruego, querido hermano, que nos acojas a tu sobrino y a mí en el seno de tu hogar, donde te seremos de gran utilidad”. Casi un año más tarde, llegó la respuesta de Fidelis junto con una suma de dinero que hablaba de su riqueza.

Enda llegó a *Bella Esmeralda*, la estancia de Maguire en Capilla del Señor, y

enseguida sufrió el primer revés al conocer a su esposa, Lastenia Castaneda y Cazón, una criolla de belleza indiscutible y maneras de princesa.

—En tus pocas cartas —le reclamó Enda—, nunca nos hablaste de que habías contraído nupcias y de que tenías tres hijos.

—Mis padres esperaban que yo regresase a la Irlanda para buscar esposa —se justificó Maguire—. Jamás me habrían perdonado que hubiese tomado una mujer de estas tierras. Por eso se los oculté y lo seguiré haciendo.

Enda descubrió, alejado del casco de la estancia, un bosquecillo donde acudía de noche a convocar a los espíritus para que la ayudasen. Se deslizaba con sus enseres de magia y potingues y amanecía en trance salmodiando maldiciones contra Lastenia, que parecía tener un espíritu fuerte y voluntarioso pues sus hechizos no lo quebraban. Rebotaban y se convertían en cosechas perdidas, tormentas feroces, partos malogrados, terneros deformes.

Una mañana muy temprano, Enda se embozó y salió a caminar. Necesitaba meditar. Ningún conjuro resultaba para deshacerse de Lastenia y comenzaba a perder la paciencia. Se internó en el bosque y se sentó sobre un tocón. Desesperada y frustrada, cerró los ojos y convocó al espíritu de Frisio con tal devoción que, al volver en sí, no se acordaba dónde estaba. Levantó los párpados y miró en torno, maravillada ante el espectáculo del suelo cubierto por setas que momentos atrás no existían. El corazón le dio un vuelco al recordar que Lastenia y la cocinera los juntaban a menudo para preparar guisos.

Enda conocía de hongos y sabía diferenciar los buenos de los malos. Esa mañana, en el bosque, la mayoría de las setas eran inofensivas. A punto de perder las esperanzas, al pie de un tronco, escondido bajo una hoja, halló un *muscaria*, con alcaloides tan poderosos como para matar a un caballo. Lo escondió en su delantal y volvió a la casa.

De acuerdo con su presunción, Lastenia y la cocinera habían estado recogiendo hongos, maravilladas de la abundante cosecha. Los lavaron y trozaron y prepararon un guiso que sirvieron al mediodía. En un momento de distracción, mientras la cocinera servía las porciones, Enda dejó caer minúsculos pedazos del *muscaria* en un plato con guiso.

—Déjame ayudarte, Cándida —le propuso a la cocinera—. Yo llevaré los platos a la mesa.

—Gracias, señora Enda —contestó la mujer, sorprendida.

A pocas horas del almuerzo, Lastenia se recostó a causa de una indigestión y pidió un té de boldo.

—Usted no debería comer sandía —le reprochó Fidelis—. Tiene un estómago muy refinado.

La indigestión empeoraba, y Lastenia comenzaba a presentar signos de

deshidratación. Al médico sólo le tomó unos minutos pronunciar su diagnóstico: intoxicación por ingesta de seta venenosa. Se le prescribieron purgantes y lavativas y una sangría que sólo agravaron el cuadro. En medio de dolorosos retortijones, Lastenia murió siendo aún muy joven. Fidelis expresó su pena con un arranque de ira que hizo volar los frascos con hongos y, a gritos, los prohibió.

Dos años más tarde, Enda no lograba su propósito. Fidelis, prisionero de la memoria de Lastenia, no advertía sus esfuerzos para conquistarlo, aunque llegaron a ser tan evidentes que su cuñado terminó por manifestar que no volvería a casarse. Enda vivió el rechazo como un insulto, y el amor que había gobernado su vida transmutó en odio. Sólo le quedaba Paddy, hacia quien orientaría sus esfuerzos para convertirlo en dueño de *Bella Esmeralda*. Se dijo: “Con Fidelis muerto, nada me costará manipular a sus tres hijos”.

Debido a la prohibición de cocinar hongos, Enda debió aguzar su imaginación y su conocimiento acerca de los tósigos para eliminar a su cuñado. “¡Si tan sólo me hiciera de un poco de arsénico!”, se lamentaba, un veneno similar al azúcar o a la harina, que, en dosis pequeñas y constantes, mata a la víctima sin dejar vestigio. En nada reparó para conseguirlo, ni siquiera la detuvo que el boticario fuera un viejo desagradable y grosero cuando lo sedujo para acceder con libertad a sus redomas llenas de polvos y hierbas.

En general se creyó que el dolor por la pérdida de Lastenia quebrantó la salud de Fidelis, un hombre a quien muchos conocían por “Toro” debido a su recia contextura. Aunque algunos sospecharon, entre ellos Domingo, el capataz, que una mano negra operaba en contra de la familia Maguire, Fidelis fue enterrado sin que mediaran denuncias ni intervenciones oficiales. No habría valido de nada, se convencía Domingo, pues el comisario y el juez de paz eran deshonestos además de compañeros de juerga y delitos de Paddy Maguire.

Enda no contó con que su hijo se enamorara de Melody y, pese a que no aprobaba la relación, terminó por aceptar que simplificaba su plan. Ya se habían quitado de encima a Tommy calumniándolo de abigeato, y poco faltaba para que Jimmy le hiciera compañía a sus padres. Una vez desposados, Melody quedaría, junto con sus bienes, bajo la tutela de Paddy. El plan era perfecto.

Pero Enda tampoco contó con la obstinación e intrepidez de Melody Maguire, que en una noche destruyó los sueños de felicidad de su hijo al atacarlo con un cuchillo y darse a la fuga junto con Jimmy. ¿Qué había sido de ella? ¿Adónde había ido a parar? ¿Habrían muerto a manos de alguna banda de salteadores o entre las garras de una alimaña? Sus sentimientos eran contradictorios pues, por un lado, le deseaba toda clase de tormentos, en tanto que por el otro anhelaba que aún viviese.

Levantó la mirada y se percató de que la cocina había quedado en la oscuridad. La noche cayó sin que ella se diera cuenta. Dejó la silla como si el cuerpo le pesara y

se embozó con una mantilla negra, cubriéndose el rostro por completo. Le habían asegurado que un señor de la ciudad, Diogo Coutinho decía llamarse, alquilaba una habitación en lo de doña Novela y que, antes de marcharse a dormir, le gustaba beber unas ginebras y jugar a los naipes en la pulpería de Sixto. No le costaría encontrarlo. Había llegado a Capilla del Señor días atrás y le daba por merodear la estancia y preguntar por Melody.

Enda se apostó cerca de la pulpería aunque lejos de la luz que echaba un fanal, y esperó. El trapo que servía de puerta se abrió una y otra vez para dar paso a los parroquianos hasta que salió un hombre alto, más bien fuerte, al que Enda jamás había visto. Era él, con ropas finas, atildado a pesar de que la bebida lo hacía caminar medio ladeado.

—¿Señor Coutinho?

Diogo entrecerró los ojos y no logró distinguir quién lo llamaba. La pequeña figura de negro avanzó hacia la luz. Se quitó la mantilla y le mostró el rostro.

—¿Señor Coutinho? —insistió.

—Diogo Coutinho a sus pies, señora —respondió, junto con una inclinación.

—Mi nombre es Enda Maguire. Soy tía de Melody. Dicen que su gracia anda preguntando por ella.

—Es verdad, señora.

—¿Usted la conoce?

—Claro que la conozco.

—¿Está bien ella?

—Muy bien, señora.

—¿Podríamos hablar en un lugar más apropiado, señor Coutinho?

—¡Con el mayor de los gustos, señora! Doña Novela no se opondrá si ocupamos su sala por un momento. Por favor, sígame.

Capítulo XVII

Después de romper con Melody, Blackraven se mantuvo alejado del Retiro, en parte por orgullo, aunque también por cobarde, porque no soportaría volver a verla y saber que no tenía derecho a tocarla, a sentirla suya. La pérdida de Melody lo había dejado aturdido y, pese a que se empeñaba en sus asuntos, nunca se la quitaba por completo de la cabeza. Se encontraba pensando en ella mientras los independentistas le planteaban sus inquietudes, o cuando visitaba las obras de la curtiembre, o en compañía de alguna dama de sociedad en tanto le servían el té y lo adulaban.

De noche, en la soledad de la casa de San José, rumiaba su ira y se dedicaba a odiarla, mientras vaciaba una tras otra las copas con clarete. Ebrio, se arrastraba hasta la cama, donde soñaba con ella para despertar de un sobresalto, agitado y envuelto en sudor. Se recriminaba haberse dejado dominar por un sentimiento peligroso que lo exponía y le restaba fuerzas cuando más las necesitaba. Él conocía cuán profundo y duradero llegaba a ser ese tipo de dolor; lo había experimentado en el pasado, consecuencia de otra separación.

La actitud de Melody lo llenaba de furia y de celos, también lo desconcertaba. Anteponía su libertad a él. Una mujer no amaba la libertad, por el contrario, le temía. La libertad podía significar desprotección. Una mujer buscaba el cobijo de un hombre y el de su dinero. En ese sentido, él era perfecto y cualquier mujer habría vendido el alma al diablo para convertirse en su amante, ni qué decir en su esposa. La *carte blanche* del conde de Stoneville era de las más codiciadas entre las mujeres de la sociedad londinense y parisina, aunque muchas se habrían entregado a él sólo para tocar su cuerpo de marinero y gozar de sus técnicas en la cama, que, se murmuraba, las había aprendido en un harén turco.

Pero ya sabía él que a Isaura Maguire esas cuestiones la tenían sin cuidado. Le importaba poco el dinero y nada la posición. Lo dejaba sin artificios para reconquistarla, no sabía a qué argucias echar mano si una gargantilla de brillantes habría hecho tanta mella en su corazón como una ristra de ajos. ¡Oh, Dios, cómo la amaba! En ocasiones la desesperación se convertía en dolor físico, una puntada en el pecho, un nudo en el estómago. “¡Maldita muchacha!”, exclamaba con frecuencia, y descargaba su puño sobre lo que tuviera cerca. Se torturaba preguntándose cómo estaría pasando Melody esos días de distanciamiento y se lastimaba al concluir que, mientras pudiera ayudar a sus amigos los africanos, se encontraría feliz. Él valía menos que un esclavo. ¿Qué clase de criatura era Isaura Maguire? ¿De dónde había salido?

No se conformaba con haberla perdido. No admitía la derrota, no formaba parte de su vida. La recuperaría como fuera. Una jovencita de veintiún años no lo sumiría en ese estado. Nadie tenía tanto poder sobre su temperamento. Isaura Maguire podía

ir olvidándose de su libertad, de sus negros y de sus caprichos. Le pertenecía porque ésa era su voluntad.

El sábado al mediodía, mientras almorzaba, un esclavo del Retiro se presentó en la casa de San José con un mensaje de la señorita Béatrice. “Tu ausencia de tantos días y la falta de noticias me inquietan. Me pregunto si tendrán que ver con la falta del solitario en la mano de miss Melody. De todos modos te recuerdo que mañana a las cinco de la tarde llegarán nuestros invitados a la tertulia. Sería una grave afrenta si el conde de Stoneville no estuviera aquí para recibirlos”.

La nota le proporcionaba la excusa para volver. De todos modos, no lo haría de inmediato, todavía quedaban cuestiones por zanjar en la ciudad. En menos de una hora, debía comparecer en el Fuerte, la residencia del virrey, donde el marqués de Sobremonte lo esperaba. Habían coincidido en casa de Santa Coloma el día anterior, y el marqués se había interesado en cambiar opiniones en privado con el enigmático conde de Stoneville, de quien había obtenido las impresiones más variadas.

El propio Sobremonte salió a darle la bienvenida a la antesala y le indicó que se pusiera cómodo en su despacho.

—¿Una copita de jerez? Es de la mejor calidad —aseguró el funcionario español.

—Con gusto, excelencia.

Rafael de Sobremonte era un hombre agradable, más apto para socializar que para administrar una colonia, con cierto talento para cuestiones militares demostrado durante sus años como subinspector de tropas y milicias de los virreyes Avilés y del Pino.

Blackraven lo notó ansioso, casi angustiado. Tocaron temas intrascendentes a pesar de los esfuerzos del virrey por abordar uno que le quitaba el sueño: la posibilidad de una invasión inglesa.

—En diciembre pasado —comentó—, naves de vuestro país recalaron en las costas del Brasil. Mis informantes aseguran que un tal Popham se hallaba a cargo de la flota. ¿Lo conocéis, excelencia?

Blackraven lo conocía muy bien.

—He escuchado hablar de él —contestó.

Sir Home Riggs Popham no le merecía un buen concepto. En su opinión, era un aventurero con alma de pirata que se escudaba en la honorabilidad conferida por ocupar un cargo de la Marina británica. Su amistad con otro personaje oscuro, el venezolano Francisco de Miranda, no hacía más que confirmar las sospechas. Poco más de un año atrás, en octubre de 1804, mientras Blackraven pasaba unos días en la mansión de Wimbledon de su amigo Henry Dundas, vizconde de Melville y primer lord del Almirantazgo, Popham y Miranda junto con el ministro Pitt el Joven, viajaron desde Londres para acompañarlos durante la cena. Miranda y Popham intentaron disfrazar sus verdaderas intenciones —hacerse de una parte del oro de las

colonias como botín de guerra— al exponer sus planes para atacar Venezuela y las costas del Plata. En el estilo florido de Miranda, se marcó lo imperativo de una intervención de la Inglaterra para evitar que las colonias de la América del Sur siguieran financiando a Bonaparte. Tampoco se soslayó el peligro de una invasión francesa a esas tierras, de por sí atestadas con espías de Fouché.

—Hemos sabido —añadió el venezolano— que las colonias en la América del Sur exportan a la metrópoli metales preciosos por un valor de veinte millones de libras anuales. —Guardó un silencio deliberado y paseó la mirada por los rostros atónitos de Melville y de Pitt. Blackraven no lucía conmovido—. De esos veinte millones —prosiguió—, dos tercios van a parar al bolsillo de Napoleón.

Pitt, reacio a las colonias después de la experiencia con los Estados Unidos, se interesó en qué tipo de intervención británica se proponía.

—Mis informantes aseguran —habló de nuevo Miranda— que los pueblos americanos, el venezolano en especial, esperan con ansias la ayuda de la Inglaterra. El yugo español se ha tornado insoportable. No les importa pasar a ser colonia inglesa si con eso consiguen sacudirse a los españoles.

—¿Está usted seguro de eso, señor? —intervino Blackraven.

—Muy seguro, excelencia.

Blackraven ensayó un gesto elocuente que manifestó su desacuerdo.

—Permítame transmitirle mi opinión —dijo Roger, y se volvió hacia Pitt, como si Miranda no fuera digno destinatario de sus explicaciones—. Por cuestiones de negocios, mantengo estrechos lazos en varias de las colonias americanas y he llegado a conocer acabadamente la idiosincrasia de estos pueblos. Es cierto que son sumisos en sus palabras, pero renitentes y forzados en sus obras. Se equivoca aquél y demuestra conocer mal a estas gentes si espera colaboración por parte de ellos para cumplir sus propios deseos. Para convertirlos en aliados deberán asegurarles la independencia absoluta. En caso contrario, los convertirán en sus enemigos.

Popham y Miranda se disgustaron, y Melville, como anfitrión, medió para apaciguar los ánimos y propuso que se redactase un memorando en donde se expusieran los pros y contras de una intervención en la América española. Días más tarde, Blackraven se hizo con una copia de dicho documento, aunque no volvió a saber de sus autores. Y ahora Sobremonte ratificaba lo que Papá Justicia le había confiado tiempo atrás, que Popham, al mando de una flota de navíos ingleses, había merodeado las costas del Brasil.

—Supongo —dijo el virrey— que es un poco osado de mi parte preguntaros, excelencia, si vuestro país tiene planes para invadir estas tierras.

Blackraven dejó escapar una risotada abierta y franca.

—En verdad, muy osado. De todos modos, no me encuentro en posición de decirles cuáles son las intenciones del gobierno de mi país pues las desconozco. —

Con una sonrisa, Sobremonte dejó en claro que no le creía—. De todos modos —prosiguió Roger—, estando nuestras naciones en guerra, sería poco prudente no pensar en la posibilidad de un ataque.

—Ciertamente —coincidió el virrey—. Estoy atado de pies y manos ya que nada puedo hacer más que meditar en esa posibilidad, en la de un ataque. Godoy —el virrey hablaba del primer ministro del rey Carlos IV— no comprende la acuciante situación en que me hallo. No tengo soldados ni armas ni municiones —se lamentó—. La invasión que sufrimos en 1801 por parte del Brasil cuando la guerra con el Portugal parece no haber servido de nada. No escarmentamos. Se muestra sorprendido, excelencia, de que os confíe estas cuestiones de estado, ¿verdad?

—Realmente sí —admitió Blackraven.

—¿Es acaso posible ocultar el estado calamitoso de mi infantería cuando vagabundean por las calles en uniformes que parecen harapos?

Para cambiar de tema, Blackraven se interesó en el libelo que, días atrás, había cubierto las calles porteñas, el que O'Maley le mostró la noche en que decidió enviar un anónimo al virrey con las señas del lugar donde se congregaban los jacobinos.

—Oh, eso —dijo Sobremonte, con aire apesadumbrado—. Gracias a mi trabajo de inteligencia —remarcó—, llegamos a saber dónde se escondían esas sanguijuelas francesas. En el sótano de la propiedad habían instalado una imprenta. Apresamos a tres de ellos, aunque no son todos, e incautamos panfletos del mismo tenor que pensaban repartir en breve.

—¿Ya se conoce quiénes siguen en libertad? —se interesó Blackraven—. ¿Acaso se sospecha de alguien?

—Los prisioneros no tardarán en confesar —respondió, evasivo, y ocultó que los tres habían muerto a causa de las torturas, sin quebrarse. Eso, Blackraven ya lo sabía.

Conversaron por algunos minutos antes de que Roger se pusiera de pie para despedirse.

—Os reitero la invitación a la tertulia que mi prima Béatrice está organizando para mañana a las cinco en el Retiro.

—Allí estaremos, excelencia —dijo Sobremonte—, la señora virreina y yo.

“Otro día sin Roger”, pensó Melody y se metió en la cama. Rezó y se dispuso a dormir sin conseguirlo, aunque habría debido de sentirse exhausta ya que desde hacía varias noches no conciliaba el sueño con facilidad.

Agradecía la presencia del señor Désoite porque no tenía cabeza para ocuparse de la educación de Víctor. Tampoco la entusiasmaban las lecciones para los hijos de las lavanderas y había delegado por completo en Siloé y en Trinaghanta la tarea de repartir el vaso de leche por la tarde. Estaba ocurriendo lo que había sospechado: la vida sin Roger era incompatible con la dicha.

Ese día se había angustiado cuando la señorita Béatrice comentó que temía que

Blackraven hubiese dejado Buenos Aires.

—¿Sin despedirse? —se extrañó la señorita Leo.

—Usted no conoce a su excelencia —replicó Béatrice—. Él es impredecible.

—Quizás está en Montevideo —conjeturó Elisea— y sólo se trata de un viaje de pocos días. Solía hacerlo en el pasado.

—Mañana es la tertulia —se preocupó Béatrice—. Le enviaré una nota a San José. Con la ayuda de Dios, quizá se encuentre allí. Lo conminaré a regresar de inmediato.

Melody guardó silencio durante el intercambio de impresiones, esforzándose por mantener la calma y por mostrarse ajena y desinteresada. Más tarde, no se animó a preguntarle a la señorita Béatrice si había recibido contestación a su nota.

Dejó la cama al escuchar que Víctor la llamaba. Otra pesadilla, de seguro. Cruzó aprisa el corredor que separaba las habitaciones que daban sobre el balcón con las que miraban hacia la parte posterior de la propiedad.

Blackraven, recién llegado de la ciudad, se desvestía en su dormitorio cuando escuchó la voz del niño. Se asomó por la puerta entreabierta del cuarto de Víctor y los vio conversar.

—Era un perro gigante el que quería comerme, madre —dijo Víctor.

—De seguro no tan grande como Sansón.

—Sí, mucho más grande. Sansón no podía con él. Yo tenía mucho miedo, madre.

—Fue sólo un sueño y tú sabes que los sueños no son de verdad. Están en tu cabecita y nada más. Vamos —lo instó—, a dormir ahora.

Melody se inclinó para besarlo y Víctor le echó los brazos al cuello y la abrazó con fervor.

—La quiero mucho, madre.

—Yo también te quiero, hijo.

Melody arropó al niño, sopló la vela y dejó la habitación. Blackraven la esperaba en el pasillo. Del susto, se llevó la mano a la boca y dio un paso hacia atrás. Descalza como estaba, recibió la impresión de que él era aún más alto. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros, y tenía el salto de cama apenas atado a la cintura y abierto a la altura del pecho.

—¿Por qué permites que te llame “madre”?

—Hace tiempo me lo pidió y no tuve corazón para negarme.

—Nunca tienes corazón para negarte a nadie excepto a mí.

Melody bajó el rostro, pero Blackraven la obligó a levantarlo.

—¿Por qué lloras? —preguntó con frialdad.

—Lloro porque estoy feliz de que hayas vuelto. Estos días sin ti han sido un tormento.

—No fui yo quien se apartó de tu lado. Fue tu decisión.

—Ya no estoy segura de que haya sido la decisión correcta. ¡Oh, Roger! No quiero pensar que sin ti mi vida no tiene sentido.

—¿Por qué no? —se enfureció él y, tomándola por los brazos, la sacudió con rudeza—. ¿Por qué no, si yo siento lo mismo? ¿Cómo demonios crees que han sido mis días desde que dijiste que no me querías a tu lado? Un infierno es poco. ¡Ah, Isaura! ¡Maldigo el día en que te conocí si con tu indiferencia me sumirás en algo peor que un infierno!

—¡No maldigas ese día! Yo te amo, Roger. Te amo tanto que a veces pienso que no puedo respirar si no te veo.

—¿Por qué me has hecho sufrir de este modo, entonces? —La exaltación con la que hablaba traslucía el rencor que aún lo dominaba—. ¿Por qué me has obligado a pasar estos días de amargura pensando que te había perdido? ¡Podría matarte con mis propias manos!

—¡Perdóname! ¡He sido una cobarde! ¡Una cobarde! —y se puso a llorar.

Él se llevó una mano al rostro y se apretó los ojos con la punta de los dedos.

—Ven —le dijo—. Hablemos en mi dormitorio. Aquí terminaremos por despertar a los niños.

Melody caminó sin pronunciar palabra, deseando que él la abrazara o que, al menos, le pasara una mano por el hombro. Blackraven cerró la puerta tras de sí, le indicó un asiento y arrastró una silla frente a ella.

—Isaura —dijo, y su voz profunda y varonil le erizó la piel—. Isaura, mírame. —Le obedeció—. Dime por qué rompiste nuestro compromiso. Quiero la verdad. Si no tienes valor para decirme la verdad, entonces no digas nada.

Melody se pasó la manga por la nariz y él enseguida le alcanzó un pañuelo.

—Gracias —musitó.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Sólo estoy juntando fuerzas para contarte la verdad.

—Isaura —repitió él, y la ternura con que dijo su nombre le hizo levantar la vista—. Isaura, mi amor, háblame. Soy yo, el hombre que te ama más allá del entendimiento, el que una vez te rogó por el don de tu confianza. ¿No vas a concedérmelo? ¿Crees que no sería capaz de comprender cualquier cosa que tuvieras para decirme? Isaura, he vivido en este mundo lo suficiente para conocer todas las miserias humanas. He atestiguado situaciones que me han arrebatado la capacidad de sorprenderme. Nada de lo que digas me escandalizará o hará que te ame menos.

—¿Me lo prometes? —quiso saber ella, y la expresión de niña asustada lo alcanzó en el corazón.

—Tienes mi palabra.

—¿Sabes, Roger? Mi libertad es muy importante para mí. Y no mentí cuando te dije que, sin libertad, no puedo ser feliz. Pero no fue eso lo que me llevó a romper

nuestro compromiso. Ésa fue una excusa que yo misma me esforcé en creer hasta que me animé a enfrentar mis fantasmas y entender que son ellos los que me separan de ti. Los fantasmas de mi pasado. Quiero compartirlos contigo, Roger. Necesito tu fuerza para sacarlos de mi vida. Ya no soporto más el dolor, los remordimientos y la humillación. Quiero que me ayudes, por favor.

—Te ofrezco toda la fuerza de la que soy capaz. Te daría mi vida, y lo sabes.

Melody le acarició la mejilla. Él le besó la mano y le sonrió. Después, sin mirarlo, desató el cinto de la bata y la hizo resbalar hasta su cintura. Apartó la trenza, se bajó el tirante del camisón y se movió hacia un costado para mostrarle la espalda.

—Mira, Roger. Yo las llamo los estigmas de mi vergüenza.

Él acercó la palmatoria y simuló estudiar las marcas del carimbo por primera vez. Intentó tocarlas, pero Melody se apartó.

—¿Quién te hizo esto?

—No puedo creer que esté mostrándotelas. No sé de dónde sale este valor.

—De nuestro amor, Isaura. Confía en él. Ahora dime, ¿quién te hizo esto?

—Mi primo, Paddy Maguire.

—Dime dónde vive. Ahora mismo salgo a buscarlo. Ese maldito infame no verá el nuevo día.

—No, Roger.

—¿Me pides que no acabe con él después de lo que te hizo?

—Paddy está muerto. Yo lo maté.

Blackraven se quedó callado, mirándola.

—Deseo contártelo todo, desde el principio. Sé que compartiendo contigo esta carga será más liviana de ahora en más.

Durante el relato, Blackraven dejó la silla varias veces. Pero Melody lo necesitaba cerca; entonces, estiraba la mano y él volvía a sentarse frente a ella. Las maldades de Paddy Maguire le arrancaron insultos y lágrimas y, al ver la pena y la impotencia reflejadas en sus ojos azules, Melody se cuestionó si aquella necesidad de aliviar su conciencia no era, en realidad, un gran acto de egoísmo. Al final, terminaron abrazados, llorando como niños.

—¡Isaura! ¡Amor mío! —repetía Blackraven, incapaz de hallar las palabras, agobiado ante la sórdida confesión. Que la mujer que amaba hubiese sido víctima de un ser tan vil resultaba intolerable. El dolor amenazaba con quebrarlo. Su dulce y frágil Isaura en manos de un gusano como Paddy Maguire. Blackraven se dio cuenta de que, ni en los peores momentos de su vida, había experimentado tamaña desolación.

—Temía que después de revelarte la verdad me despreciaras. Temía que dejaras de amarme.

—Te amo más aún, si eso es posible —aunque, en realidad, lo que había

recrudecido en él era el sentido de la posesión y de la protección que ella le inspiraba.

Melody quedó floja entre los brazos de Roger, la mejilla húmeda pegada a su pecho. Él le acariciaba el cabello y le besaba la coronilla. Con suavidad, la obligó a incorporarse. Se miraron con fijeza y en silencio, y los ojos de Melody volvieron a llenarse de lágrimas.

—Isaura, quiero absorber tu dolor. Quiero hacerlo mío y librarte de él.

—Ya lo has hecho, Roger. Por primera vez en mucho tiempo, me siento libre de verdad.

—A mi lado serás feliz, Isaura. —Hablaba con el tono incisivo de quien está acostumbrado a mandar y a ser obedecido—. Olvidarás el pasado y disfrutarás el presente. Yo me encargaré del futuro. Nunca volverás a padecer necesidad alguna. Te daré a manos llenas, a ti y a Jimmy. Vivirás protegida y cuidada como una reina. Serás la dueña de mi vida y yo, el dueño de la tuya.

—¡Te eché tanto de menos estos días! —sollozó Melody—. Creí que enloquecería de angustia y de tristeza.

—No llores. Ya estoy aquí y nada me apartará de tu lado.

—Perdóname por no haber sido sincera contigo, por haberte hecho sufrir a causa de mi cobardía.

—A la luz de tu historia, comprendo tantas cosas —caviló Blackraven—. El pánico que veía en tus ojos cada vez que intentaba tocarte o besarte; tus pesadillas; tus ansias de libertad; tu compromiso con los esclavos; el valor que te empeñas en mostrar cuando, en realidad, mueres de miedo. No eres cobarde, cariño, por el contrario, eres muy valiente. —Se quedó callado, como en trance; de repente, exclamó—: ¡Qué hermosa eres! Como si la pureza y la bondad de tu alma se reflejasen en la nobleza de tus facciones. ¿Qué he hecho para merecerte? Nada, de seguro. Por alguna arcana razón, Dios me ha premiado enviándote a mi vida. —Melody le sonrió—. Ven aquí —le dijo, y la obligó a sentarse sobre sus rodillas.

Le apartó los mechones de la cara y la besó en la frente, sobre la sien, en la mejilla, en el mentón, le acarició la espalda pasando la mano por la parte más delgada de su talle y la tomó por la nuca para besarla en los labios, de un modo exigente, tratando de extinguir el deseo y la angustia de los días pasados. Ella entrelazó sus dedos en el cabello de Blackraven y respondió abriéndose para él, buscando su lengua con timidez primero, pero, a medida que la pasión se intensificaba y que Blackraven la estrechaba con más fuerza, se dejó llevar por el erotismo y la lujuria permitiendo que él penetrase en su boca con fiereza. Sus respiraciones agitadas y el roce de las manos de Blackraven sobre la bata eran los únicos sonidos. Melody gimió en la boca de Roger, entre asustada y excitada. La erección de él crecía, y eso la aterraba. Blackraven se apartó, y ella aprovechó para ocultar la cara en su hombro.

—Estoy tan cansada —mintió.

—Entonces te llevaré a descansar.

Apagó la vela de la palmatoria, la cargó en brazos y la depositó en su cama. Ella, de un salto, se puso de pie al ver que él se quitaba la bata y quedaba desnudo.

—No —dijo.

La habitación se hallaba a oscuras, apenas iluminada por la luz de la luna. Una sombra bañaba el cuerpo de Blackraven volviéndolo más oscuro. Melody se quedó mirándolo con el mismo descaro de la mañana en que lo descubrió nadando en el río. Blackraven la atrajo hacia él.

—Estoy en desventaja, cariño —le susurró sobre los labios—. Es la segunda vez que me ves desnudo y yo no conozco más que tus hombros.

—¡No! —se desesperó Melody cuando la bata cayó a sus pies—. ¡Por amor de Dios, no me quites el camisón!

—Isaura, por favor, cálmate. No haré nada que no desees, pero necesito saber qué te ocurre.

Blackraven le permitió que tomara distancia.

—No quiero que me veas desnuda —y siguió caminando hacia atrás, en dirección a la puerta.

—¿Por qué? Eres mi mujer, tengo derecho —dijo, y avanzó hacia ella.

—Tu cuerpo es perfecto y yo odio el mío. No quiero que tú lo odies también. No soportaría la vergüenza —aseguró aprisa, y trató de escapar, pero Blackraven cerró la puerta con el pie y la obligó a regresar a sus brazos.

—Escúchame bien, Isaura Maguire: me tiene muy sin cuidado lo que tú pienses acerca de tu cuerpo. Yo lo encuentro magnífico y tentador como un dulce. Te deseé desde el primer momento en que te vi, cuando aún no sabía que eras tú, aquella mañana que, montada sobre Fuoco, saltaste la cerca y tu gloriosa cabellera se sacudió con el viento. Ahora, definitivamente, el deseo se ha vuelto una obsesión y si no te hago mía esta noche saldré al balcón y comenzaré a aullar como un lobo, ¿entiendes?

A pesar de sí, Melody rió, con la cara oculta de nuevo en su pecho. Él le deslizó los dedos por los brazos hasta alcanzar las tirillas del camisón. Tardó unos segundos antes de desnudarle los hombros. Se inclinó para besarlos, primero uno, luego el otro, demorándose, golpeándole la piel con el aliento, en tanto sus manos tiraban el camisón hacia abajo. Melody había cerrado los ojos para individualizar cada sensación, cada caricia, la de los labios, la de sus dedos, la de su respiración. El linón le lamió la cintura y las piernas hasta terminar en el suelo. “Estoy desnuda”, se dijo, pegándose a Blackraven hasta sentir el vello de su torso sobre los pezones. Aquel contacto la fascinó y le pareció que resumía la rotunda hombría de él y la tímida feminidad de ella.

—Entiendo tus temores, cariño, pero son infundados. Eres perfecta.

—Está oscuro y no puedes verme —se empecinó Melody.

—Estoy viéndote con mis manos. ¿No sientes la pasión con que te recorren? La forma de tu cuerpo me evoca a un reloj de arena.

—Nunca vi un reloj de arena.

—Un reloj de arena —susurró Blackraven— es así —y le pasó las manos por los costados del cuerpo—. Tan afinado aquí —y le apretó la cintura—, tan generoso en otras partes —y ahuecó las manos para contener sus nalgas—. Quiero que disfrutemos este momento, Isaura. Por favor, te imploro, deja de lado tus miedos. Amémonos sin que nada importe, excepto tú y yo.

En señal de asentimiento, Melody le pasó los labios por los pectorales, mientras con sus manos le recorría los brazos, le apretaba los músculos, seguía la línea de sus tendones. La fuerza que despedía Blackraven tenía que ver con un poder animal y primitivo que la desestabilizaba. Enseguida se dio cuenta de que una energía se apoderaba de él, transformándolo del hombre lógico que todos conocían en un ser irracional. Temblaba de excitación y hacía ruido al respirar por la boca. Le mordisqueaba los hombros y le humedecía la piel arrastrando los labios por la base del cuello. Le sostenía los pechos con las manos y, con sus dedos, le tocaba los pezones. Melody no se animó a detenerlo; le temía en ese momento.

—Me vuelves loco —le dijo, con voz ronca—. Estoy loco por ti. ¿Qué estás haciéndome, muchacha? Eres como una hechicera, me tienes a tu merced. Ansiaba tu cuerpo hasta sentir dolor, y ahora es mío. ¡Dios, tú eres mía!

Cayó de rodillas sobre la alfombra de lana, y sus labios se apoderaron de un pezón. Melody, azorada, veía cómo él lo chupaba con la misma fruición de Jimmy cuando Lastenia, su madre, lo amamantaba. Le pareció la escena más íntima que ella y Roger pudieran compartir. El estómago se le tensó y un dolor punzante le invadió la entrepierna, obligándola a aferrarse a la cabeza de Blackraven.

Soltó el pezón y recorrió el vientre de Melody, besándoselo, mordiéndoselo también, hurgando en su ombligo con la lengua; sus manos le acariciaban los glúteos y descendían al lugar recóndito que ya le había enseñado.

—Estás tan húmeda y caliente —lo escuchó jadear, mientras sus dedos se entretenían en esa parte secreta—. Te deseo tanto que temo hacerte daño.

Melody le imploró:

—Basta, Roger. No me sostengo en pie.

—Déjate caer —le ordenó, y la obligó a echarse sobre la alfombra.

Se recostó sobre ella, evitando cargar todo el peso de su cuerpo, y volvió a besarla en los labios con exigencia.

—Roger, te amo tanto.

—Me fascina la coloración que toma tu voz cuando estás excitada. Grave, profunda.

Su boca volvió a la de ella, en tanto con los dedos le restregaba el pequeño bulto

entre las piernas. Era tan hermoso cómo la tocaba, cómo sus cuerpos se amoldaban. Ya no podía pensar ni temer. Llevaba la cabeza hacia atrás, arqueaba la espalda, le ofrecía todo su cuerpo que de pronto le parecía hermoso.

—Isaura, escúchame —le pidió, mientras le apartaba el cabello de la cara—. Te haré cosas esta noche que te escandalizarán. Pero es mi deseo que te aflojes y que me permitas prepararte. Lo que haré será para que el dolor sea el menor posible.

—¿Voy a sufrir?

—Sólo esta vez. Después, te aseguro que todo será placer.

—Tú eres muy grande allí abajo. Lo recuerdo del día de la playa.

—Lo sé, cariño. Trataré de hacerte el menor daño posible.

—Confío en ti, Roger.

La luz de luna caía sobre la piel de Melody, acentuando su blanca untuosidad. Él pensó en cuánto la amaba, en qué inexperta era, le preocupaba lastimarla. Sin desviar sus ojos de los de ella, movió los dedos hasta penetrarla. La sintió estremecerse y vio su mueca de inquietud. Melody le empujó los hombros en un acto inconsciente por quitárselo de encima.

—Tranquila —le ordenó, y, mientras sus dedos seguían penetrándola, con el pulgar le acariciaba donde la hacía gemir y olvidar—. Eso es —la alentó—, cierra los ojos y siénteme.

Melody entreabrió la boca y dejó escapar el aire, después jadeó y enseguida gimió. Esa respuesta lo llenó de satisfacción, e inspiró cada uno de sus ahogos. Se dio cuenta en qué momento Melody perdía contacto con la realidad; podía saberlo por el movimiento inconsciente de sus manos, que le apretaban la carne y le clavaban las uñas, por el modo en que sacudía la pelvis, por su cabeza que se movía de lado a lado y su ruidosa agitación. La escuchó suplicar: “¡Por favor, Roger!” al tiempo que su vagina se tensaba en torno a sus dedos previendo el inminente orgasmo. Cuando por fin la tensión explotó en el cuerpo de Melody y ella expresó su desahogo entre gemidos de goces lascivos, Blackraven se quedó contemplándola, absorto.

Aún permanecía agitada, con los ojos cerrados, cuando Blackraven le tomó la mano y se la guió hasta su miembro. Los dedos de Melody se cerraron en torno a algo suave y duro, y Blackraven tembló y profirió un sonido ronco y sofocado. Se acomodó sobre ella y, con delicadeza, le indicó que separase las piernas. La penetró milímetro a milímetro, esforzándose por contenerse, aunque le resultaba difícil, ella era muy estrecha y él estaba muy excitado.

—No, por Dios, no te muevas —le rogó.

Blackraven apretó los ojos y se detuvo. La idea de estar hundiéndose en la tibieza húmeda de esa mujer, la más deseada, la más amada, dominaba su mente y su cuerpo, y el control se volvía casi imposible. Siguió penetrándola hasta hallar la barrera esperada. Entonces, se retiró para regresar con una embestida sorda y firme que la

desbarató de su virginidad con un rasgón que lo hizo estremecer como si experimentase el dolor de ella. Melody gritó y le clavó las uñas y los dientes en los hombros hasta quedar tensa y quieta, con la cabeza echada hacia atrás. Blackraven se mantuvo inmóvil, temiendo hacerle más daño.

—¿Aún me amas?

—Sí —musitó ella, con la garganta tirante.

—Eres tan estrecha —se justificó—. Pero ahora será más fácil.

—Siento un latido ahí, donde tú estás.

—Yo también lo siento. Intenta calmarte, ya pasará. Piensa en algo bonito.

—En ti.

Blackraven rió, evitando moverse demasiado, y le besó la frente.

—Recuerda el día del picnic con los niños.

—El día que me retaste a una carrera —evocó ella, siempre con los ojos cerrados.

—Sólo quería alejarte para apoderarme de esos labios que tanto me tentaban. Que tanto me tientan —y le dibujó el contorno de la boca con la punta de la lengua—. Ah, tu boca, Isaura... Aún sigues siendo un misterio para mí. Tu cuerpo confiere la idea de lujuria cuando, en realidad, eres una niña en tu corazón. Mi dulce niña —expresó, con una nota de emoción.

—Pero ya soy una mujer. Tú acabas de hacerme mujer.

—Acabo de hacerte mi mujer. No lo olvides.

Al notarla más relajada, se inclinó sobre su boca y la penetró con la lengua. El beso se volvió ardoroso a medida que las embestidas se reiniciaban. Alcanzó uno de sus pechos y se llenó la boca con un pezón suave y protuberante y lo succionó. Eso pareció enloquecerla.

Quería que olvidara el sufrimiento, y estaba lográndolo. La vagina de Melody se convulsionaba en torno a su miembro, apretándolo, conteniéndolo, incitándolo. Sus cuerpos se movían a un ritmo salvaje, iban y venían, adentro y afuera. Melody se aferraba a la espalda de Blackraven como si temiese caer a un abismo. Aun doliéndole y latiéndole, no podía frenar el movimiento de sus caderas y acallar los lamentos que brotaban de sus labios.

—Rodéame la cintura con las piernas —le ordenó, sin aliento.

Algo en él cambió. Melody levantó los párpados y lo miró. Blackraven se había apartado y, con los brazos extendidos a los costados, seguía moviendo la cadera, golpeándola, empujándola, cada vez con mayor ímpetu y velocidad. Melody se sacudía, Blackraven la movía con cada embestida. Echó los brazos hacia atrás y se tomó a las patas de la mesa de noche como si se preparara para un desenlace peligroso. Blackraven lucía tan concentrado, con los ojos apretados y esa mueca de dolor. Melody pensó que jamás lo había sentido tan suyo. Una emoción le oprimió el pecho, la intimidad que compartían la pasmaba, él dentro de ella, sus cuerpos

desnudos tocándose, cada centímetro de su piel en contacto con cada centímetro de la piel de Roger. Ya era su mujer, ¡cómo la turbaba ese pensamiento! Levantó la cabeza y dirigió la mirada al punto en donde sus cuerpos se unían, ahí donde el vello renegrado de Blackraven se enredaba con el rojizo de ella, donde el vientre sudado de él se aplastaba contra el agitado de ella, una y otra vez. Cerró los ojos y subió aún más las piernas.

Blackraven se tensó, arqueó la espalda y llevó la cabeza hacia atrás. Tenía el cuello enrojecido y los tendones tirantes e hinchados; su nuez de Adán sobresalía y se movía con rapidez. Entonces, empezó a gritar y a sacudirse como víctima de una convulsión. A Melody le pareció que transcurría un largo tiempo de gemidos y estremecimientos, y temió que la voz ronca de él despertase a todo el Retiro. Por fin, Blackraven se desplomó, jadeando como si hubiese estado ahogándose, y exclamó en inglés: “¡Oh, Dios!”.

“¿Qué fue eso?”, se preguntó, sin advertir que su cuerpo aplastaba a Melody. ¿Era posible que él hubiese vivido una experiencia nueva en el sexo? ¿Él, que ya lo conocía todo? Porque, sin duda, lo que acababa de sentir era nuevo. A la luz del amor de Isaura, todo lo demás palidecía. Tuvo miedo de perderla, y él no sabía cómo enfrentar ese temor. La abrazó posesivamente, le cubrió el rostro con besos y pensó: “Que nunca me faltes porque ya nada tendría valor”.

Sabas contó las monedas y las escondió en el sitio donde guardaba sus tesoros. Le habían prometido cincuenta pesos por el encargo que estaba a punto de realizar; acababan de darle la mitad y los veinticinco restantes se los darían una vez cumplida la misión. Se calzó la boina, empuñó el cayado para espantar jaurías y se dirigió hacia el norte, a la parte de la costa ocupada por los troperos. Aún no amanecía, una hora conveniente para llevar a cabo el trabajo, y ni se detuvo a meditar cómo lo haría pues lo juzgaba fácil, casi un juego de niños.

En cambio, se dedicó a pensar en el día en que él y su madre consiguieran los papeles de la libertad. Le faltaban alrededor de cuatrocientos pesos, una cifra fabulosa, que pronto reuniría ya que la información con la que contaba bien valía esa fortuna, aunque debía hacerse de datos más precisos como el día exacto y la hora de la revuelta.

Volvió sobre el tema de la libertad. No sólo se trataba de sacarse de encima el yugo de la esclavitud; también había que contemplar cuestiones fundamentales como dónde vivirían y de qué trabajarían. Había visto a demasiados libertos implorar el cobijo de sus antiguos amos porque no podían mantenerse y no tenían dónde alojarse; incluso sabía de esclavos que morían como perros en la calle, hambrientos y desnudos, pues sus antiguos patrones no los admitían de regreso. Nadie se ocupaba de esos pobres infelices. Ciertamente, la libertad podía convertirse en una trampa más peligrosa que la esclavitud.

Acudiría a Papá Justicia. Él le haría un sitio en su casa, la mejor del barrio del Mondongo. Sabía que Justicia y su madre, Cunegunda, habían sido amantes en el pasado. Incluso fantaseaba con que él era el fruto de ese amor a pesar de que Cunegunda lo negaba. A Sabas lo tenía sin cuidado; él idolatraba a Papá Justicia y lo creía su padre. ¿Qué no podrían conseguir juntos Cunegunda y Justicia, los hechiceros más temidos de Buenos Aires?

Lo molestaba que Papá Justicia se hubiese unido a los cabecillas de la conjura de esclavos. En realidad, estaba celoso, no sólo de su amistad con Tomás Maguire sino de la consideración y el afecto que mostraba por el yolof Servando. Al final, Servando se quedaba con lo más precioso que tenía en su vida: Papá Justicia y la niña Elisea. Llegaría el tiempo de la revancha, y él se cobraría una a una las afrentas.

El campamento de los troperos se hallaba en silencio. Se movió con cautela entre las tiendas. Como había supuesto, la carreta de Tomás Maguire y de Pablo estaba vacía, pues era la hora en que los muchachos acostumbraban a darse un baño en el río. Levantó el cuero y se deslizó dentro. Esperó a que sus ojos se habituasen a la penumbra antes de lanzarse a la búsqueda en un espacio reducido, aunque caótico. A punto de perder las esperanzas, un brillo captó su atención. Se acercó y sonrió con alivio y satisfacción al descubrir la cadena y la medalla de oro de Tomás Maguire colgada de un gancho, junto a su cabezal. El joven jamás se separaba de ella excepto para bañarse. Sabas la descolgó y la ocultó en el ruedo de su boina. Antes de abandonar la carreta, se cercioró de que nadie lo viese.

Capítulo XVIII

NOTAS DE UN SICARIO

Entrada del día miércoles 14 de agosto de 1805

Las averiguaciones avanzan con lentitud. He vuelto a París en dos ocasiones, sin mayor éxito en mis pesquisas. De mis incursiones nocturnas en Londres no ha surgido ningún dato revelador. Definitivamente, el lacre tan peculiar de la nota del Escorpión Negro no se encuentra disponible en ninguna tienda londinense. Un comerciante nos dijo que existen caballeros con aspiraciones a alquimistas que fabrican sus propias pastas. Adquieren la goma laca, la trementina y la tintura que coincide, por ejemplo, con el color de sus escudos, para obtener un sello que los diferencie. A la luz de este comentario, la pista del lacre queda trunca. Resulta evidente que el Escorpión Negro es de estos caballeros, aunque estimo que no lo hace movido por sus aires de distinción sino para despistar. Desirée sugirió investigar a quienes compran goma laca y trementina, pero enseguida desestimamos la idea al enterarnos de que dichas sustancias son ampliamente requeridas, en especial, en medicina. Todos los boticarios y médicos de Londres pasarían a ser sospechosos, lo cual sería inadmisibile.

Nos concentramos en la pista del sello del escorpión. Debe de tratarse de una pieza de orfebrería muy fina, ya que, a pesar de la pequeña dimensión de la figura, sus rasgos y perfiles están claramente tallados y delineados. Es asombroso cómo se distinguen sus patas, sus tenazas, incluso el venenoso aguijón de la cola. Inspira miedo y admiración. En estos meses hemos visitado a muchos joyeros de la ciudad sin mayor éxito, aunque ayer, un judío de la Strand llamado Isaac Lienzo nos aseguró haber visto esa figura aunque no recordaba dónde. Con el estímulo de una recompensa, el judío prometió hurgar en su memoria. Desirée le dejó su tarjeta.

Esta noche, mientras escribo, Desirée asiste a una cena en la mansión de los Musgrove, padres de Frederick Musgrove, el de la lista de Fouché. Por fin, después de tanto tiempo de espera, lady Sommers, quien arregla la vida social de advenedizos y nuevos ricos por una generosa cantidad de libras, ha conseguido que la invitaran. Se trata de una oportunidad única, pues allí se presentarán también Conrad Phillips, Simon Miles —los otros de la lista— y lord Bartleby, jefe del Departamento Exterior a cargo de los espías ingleses.

Tengo que admitirlo: Desirée es la mujer más hermosa que conozco. Desde niña fue promisoria, y el tiempo ha revelado que mis presunciones fueron sobrepasadas. Su belleza es agresiva y exuberante, como la naturaleza y el clima del lugar que la vio nacer. Suelta, la rubia cabellera le toca la cintura;

ella, en público, la recoge en cintas de raso; a veces, con tenazas calientes, la llena de tirabuzones. Cuando me permito solazarme, le pido que se desnude y que se pasee frente a mí con el cabello sobre sus redondeados pechos. Enseguida dejo mi sitio para deslizar las manos bajo ese espeso manto y buscar sus pezones, duros y dispuestos.

Para la cena en lo de Musgrove, decidió llevar un vestido de seda color índigo que el modisto Worth nos cobró a peso de oro. Acepto que vale cada libra desembolsada pues pocas veces la he visto tan arrebatadora. Usó la gargantilla de púrpura en juego con las arracadas. Al ayudarla a colocarse los guantes de raso negro sentí deseos de ella, pero conseguí reprimir mis instintos. Esta noche, si tenemos suerte, Desirée terminará en la cama de alguno de los sospechosos.

Como de costumbre, con mi disfraz de cochero, me dirigí a la zona trasera para aprestar el carruaje alquilado. Allí me topé con nuestros colaboradores, Rupert y Peter, que traían una novedad sorprendente. Esta tarde, en las profundidades de Hyde Park, Peter descubrió a Simon Miles con un hombrecillo renco, su ojo izquierdo oculto tras un parche oscuro. Ringleau, el informante de Fouché. Le había resultado imposible escuchar lo que hablaban. Terminada la secreta reunión, el francés se encaminó hacia Blackfriars, y Peter lo siguió. A pocas cuadras, demostró por qué es el hombre de confianza de Fouché cuando, al descubrir que lo seguían, se perdió sin mayor esfuerzo en los hediondos callejones. A Peter, habilísimo rastreador, sólo le quedó admitir su fracaso.

Partimos a la cena con nuevas perspectivas. A punto de eliminar a Simon Miles de nuestra lista de sospechosos, descubríamos que el inglés pasaba a ocupar el primer sitio. Al igual que a Musgrove y a Phillips, lo habíamos investigado en profundidad sin hallar pistas que, de algún modo, lo relacionaran con la red de espías, ni la inglesa ni la francesa. Es un hombre de alcurnia aunque la fortuna de su familia ha conocido tiempos mejores. De hecho, trabaja para acrecentar su magra renta. De aspecto intelectual, dedica su tiempo libre y su dinero a la literatura. La francesa es su debilidad, lo que explica los viajes a París, las estrechas relaciones con hombres de letras franceses y las asiduas visitas al salón literario de madame Récamier. Originario de Cornwall, es soltero y conduce una vida apacible, sin excesos. Alquila un apartamento en la planta superior de una pensión de la calle Cockspur, no tiene prometida y su vida sexual se limita a una visita semanal a un burdel de St. Giles-in-the-fields. Se dice que no se repone de un amor contrariado de la adolescencia. La dama en cuestión se habría casado con un amigo suyo que la hizo muy infeliz, para volverse una adúltera al sucumbir a los ruegos amorosos de Miles. Se desconoce el final de la historia, aunque estiman

que no es halagüeño, ya que nuestro sospechoso se mudó a Londres para olvidar. ¿Qué clase de personalidad tiene, en realidad, Simon Miles? Con ese aire intelectual y distraído luce inocuo.

Entrada del día jueves 15 de agosto de 1805

Anoche, Desirée consiguió captar la atención del sufriente amante de Cornwall al recordarle, en perfecto francés, pasajes enteros de “L'école des femmes” de Molière. Miles le reveló que sus obras preferidas son “Le mariage forcé”, “Le Tartuffe” y “Le sicilien”, a lo que ella respondió con una declamación de los diálogos más ocurrentes de dichas obras. Miles no salía de su asombro. Conversaron lo que duró la cena. Después, mientras los caballeros se apartaban para fumar sus vequeros y beber oporto, Miles incurrió en una gran falta al protocolo cuando prefirió la compañía de esa exótica mujer que sabía de Moliere quizá más que él.

Los beneficios reportados por la invitación de los Musgrove no se limitaron a la conversación con Simon Miles. Como era de esperarse, en presencia de lord Bartleby, jefe de los espías ingleses, las damas le inquirieron acerca de los famosos Pimpinela Escarlata y Rosa Azul, dos héroes a la altura de Horatio Nelson. Una declaró que encontraba al espionaje como el oficio más “romántico”. Lord Bartleby, quizás algo entrado en copas, quizá para presumir frente al auditorio femenino, aseguró que no eran éstos los espías más valiosos de la Inglaterra. Desirée dio un respingo y el corazón le palpitó con fuerza al escuchar las palabras que Bartleby pronunció a continuación: “Nadie conoce al Escorpión Negro, y sus proezas son secretas. Pero es a él a quien debemos la salvación y gloria actual de nuestro reino”. Un murmullo atónito cruzó la sala. Era la primera vez que se mencionaba el nombre del Escorpión Negro en un lugar distinto de los barrios bajos de París.

“Oh, sí”, pronunció sir Musgrove, el anfitrión, “usted mencionó al Escorpión Negro tiempo atrás en el club”. Varios caballeros asintieron. Bartleby, que sólo buscaba lucirse con las damas, prosiguió: “Boney —así llaman los ingleses a Bonaparte— nos habría invadido varias veces y con éxito, debo agregar, si el Escorpión Negro no lo hubiese impedido”. Enseguida quisieron conocer la identidad del espía, a lo que Bartleby respondió con solemnidad: “Si lo supiera, no lo diría. Aunque debo confesarles que la identidad del Escorpión Negro y la de los cinco espías que trabajaban a sus órdenes se fueron a la tumba junto con mi antecesor. Por supuesto, como es norma de este oficio, no quedaron registros de ninguna naturaleza”. Siguió un prolongado recuento de las gestas señeras del Escorpión Negro. Las damas se abanicaban con vigor y lanzaban suspiros de tanto en tanto, mientras los caballeros bebían y escuchaban con extrema atención.

Frederick Musgrove hizo una sugerencia: “En vistas de las dificultades que estamos atravesando con la Francia y de las amenazas que nos acechan, ¿no sería oportuno encontrar y convocar al Escorpión Negro para que se reintegre a nuestras huestes? Su experiencia sería de un valor inconmensurable”. “Estamos trabajando en ello”, fue la enigmática respuesta de lord Bartleby.

¿Con cuánto recompensaría el Departamento Exterior a quien le revelase la identidad del Escorpión Negro?

Suena la campanilla de la puerta principal. Voy a abrir. Un mensajero. Recibo el sobre y dejo caer unos chelines en su mano. Es para Desirée. Lo abro, deprisa. “Encantadora señora, ¿sería usted tan complaciente y se dignaría a acompañarme a cenar esta noche, a las siete, en mi residencia del 8 de la calle Cockspur? Ansío mostrarle mi biblioteca. Prometo que podrá tomar el libro que guste. Su humilde servidor, Simon Miles”.

Capítulo XIX

A la mañana siguiente, la de la tertulia, Melody amaneció en la cama de Blackraven y enseguida notó que el solitario había vuelto a su mano. Se tapó la boca para contener una risita al evocar lo vivido en esa habitación. Ni un atisbo de culpa o aflicción empañaba su dicha, aun cuando pensaba en Lastenia y en lo escandalizada que se habría mostrado al enterarse de que su hija se había entregado a un hombre que no era su esposo.

Después de aquel grito oscuro y doliente y de quedar laxo sobre ella, Blackraven se incorporó y la llevó a la cama. Ocultos tras el dosel, sólo el contacto de sus pieles les advertía de la intimidad compartida. Un aroma peculiar manaba de sus cuerpos, que Melody también identificó con esa intimidad, una mezcla de sudor limpio y el olor que despedían sus partes secretas. Se ovilló contra el pecho de Blackraven y le recorrió los pectorales con diminutos besos, mientras, con la punta de los dedos, le marcaba el contorno de los músculos. ¿Por qué un conde tenía el cuerpo de un plebeyo, como de herrero o de estibador? No se animó a quebrar la quietud y prefirió callar.

Momentos después, sintió los labios de él sobre su cuerpo, en todas partes; sus manos también la tocaban, desde las piernas hasta los brazos y el cuello y las mejillas; le enredaba los dedos en el cabello y en los rizos del pubis también. Blackraven se empecinaba en el silencio, y su boca sólo se abría para lamer sus pechos, para jugar con su ombligo. Se escuchaban el roce de sus pieles y la agitación de él. En un susurro impaciente, le preguntó:

—¿Cómo te sientes? ¿Podrías recibirme otra vez?

Aunque sabía que Melody había sufrido y que aquella experiencia por momentos la había asustado y escandalizado, Blackraven no lograba sofrenar su excitación, y se maldijo por canalla.

—Creo que podría —la oyó decir.

La abrazó con fervor y le imploró al oído:

—¡Perdóname! No debería haberte mencionado la posibilidad de intentarlo otra vez esta noche. Sé que has padecido.

Melody le apoyó una mano sobre la boca.

—Me has hecho tu mujer, Roger. Y he sido muy feliz. Soy muy feliz. Gracias a ti.

—Sí —dijo él, con pasión—, te he hecho mi mujer. Mi dulce Isaura —murmuró, apocado de repente—. ¿Aún padeces?

—Siento una molestia, nada más.

Blackraven dejó la cama. Parecía moldeado en oscuro bronce, y la piel le brillaba a causa de la transpiración. Sus glúteos se apretaban a cada paso, marcando una depresión a los costados. A la luz mortecina de la noche, de algún modo apreció

mejor el vigor que emanaba de su figura. Un sentimiento inusual, algo entre el orgullo, la dicha y el deseo, le acentuó la molestia entre las piernas.

Blackraven volvió con las manos ocupadas: traía una jofaina y una esponja. Las dejó sobre la mesa de noche y se sentó en el borde de la cama. Se miraron, él le sonrió y le pasó la mano por una pierna.

—Tienes la piel tan suave —se admiró—. ¿Acaso te quitas el vello?

—No pasas un año en un burdel y sales indemne de allí —bromeó Melody—. Sí, me quito el vello, como me enseñaron las muchachas de madame Odile. ¿Es escandaloso, verdad?

Blackraven se inclinó y le depositó una ringlera de besos, desde la rodilla hasta el monte de Venus.

—Sí, muy escandaloso, pero me alegro de que sigas la costumbre de esas sabias muchachas. La encuentro muy seductora. Ahora abre las piernas.

Melody obedeció. Blackraven era del tipo de hombre al que, por instinto, no se deseaba contrariar. Lo vio embeber la esponja y estrujarla para quitar el exceso de agua. La sensualidad flotaba en el ambiente y, a pesar de ser novedosa para ella, tuvo la impresión de que la había compartido con él cientos de veces. La oscuridad, que disimulaba la desnudez de sus cuerpos, la resguardaba de sus vergüenzas, y se preguntó cómo habría sido si las bujías hubiesen ardido, mostrando sus imperfecciones a un ser tan perfecto como él.

Blackraven le pasó la esponja entre las piernas con extrema suavidad, levantando un olor ferroso que Melody identificó con el de su sangre virginal.

—Espero no haber manchado la alfombra —se afligió.

—Ojalá así sea —la contradijo él—. La conservaría manchada, como un recuerdo de esta noche.

La operación con la esponja húmeda se repitió varias veces, hasta hacerla sentir fresca y limpia. Los párpados le pesaban y, aunque se esforzó por levantarse y marchar a su habitación, terminó quedándose dormida. Al despertar, permaneció en la cama, holgazaneando, admirando el anillo en su mano izquierda, reviviendo la noche anterior.

Trinaghanta se deslizó en el dormitorio y caminó en puntas de pie hacia el tocador. Melody buscó el camisón entre las sábanas y se lo puso de prisa. Cuando la mujer volvió a aparecer, le dijo desde la cama en tono casual:

—Buenos días.

—Buenos días, miss Melody. ¿Le agradecería tomar un baño?

—Nada me complacería más.

En tanto Trinaghanta preparaba la tina, Melody quiso saber de los niños.

—Están con el señor Désoite, dibujando el campanario.

“¡Bendito sea el señor Désoite!”, que durante esos inciertos días le había aliviado

la tarea.

—¿Y su excelencia?

—Trabajando, en su despacho.

Blackraven había pasado las primeras horas de la mañana en un estado de agitación que le dificultó concentrarse en los mensajes cifrados hallados en la habitación de Traver. Deseaba volver a su cama donde Melody seguía durmiendo, pero se impuso terminar con la tarea y se conminó a no molestarla ese día.

Poco duró su decisión. Cuando Trinaghanta se asomó a la puerta y le informó que miss Melody acababa de tomar un baño, subió los escalones de dos en dos. La encontró en el tocador, canturreando con esa voz grave que lo había dejado sin aliento al decirle que lo amaba. Estaba frente al espejo de caballete terminando de ajustarse el salto de cama. El baño encerraba un ambiente íntimo, apenas iluminado, cálido y fragante a causa del vapor del agua y del perfume de los aceites y del jabón.

Se colocó detrás de ella, a escasos centímetros, pero no la tocó. Se miraron por el espejo.

—¿No te molesta que lleve tu bata, verdad? —preguntó Melody, nerviosa, y fingió concentrarse en su peinado—. Trinaghanta dijo que no había inconveniente.

Se quitó las presillas que le sujetaban el rodete, y la cabellera se derramó con la fuerza de su peso, ocultándole la espalda hasta la cintura. Blackraven admiró la exuberancia aleonada de esos bucles rojizos y, sin que Melody lo notase, refregó uno entre sus dedos.

—Todo lo mío es tuyo —dijo, y el matiz serio de su voz la afectó.

—Y todo lo mío es tuyo, Roger. Aunque no has hecho un buen negocio conmigo, pues nada tengo. Sólo a Fuoco, que es tuyo si lo deseas.

La intensidad de Blackraven a veces la asustaba. Madame Odile le había advertido acerca de la naturaleza insaciable de los hijos de Marte, el dios de la guerra. Él, en ese momento, tenía cara de guerrero, dura, severa, atemorizante. Le pegó el cuerpo a la espalda y le rodeó el vientre con los brazos.

—Eres tú lo único que quiero de ti —le exigió al oído—. Te quiero toda, tu cuerpo, tu alma y tu corazón. ¿Son míos, Isaura? ¿Me los has entregado?

—Sí, sí —afirmó ella, mientras él le besaba el cuello y se llenaba la concavidad de las manos con sus senos.

La bata no era capaz de preservarla de la dureza que latía y crecía en la entrepierna de Blackraven. El calor de sus manos traspasaba la seda; no hallaban reposo y la tocaban por todas partes, no quedaba sitio que no hubiesen conquistado. Un impulso desconocido la llevó a mover el brazo hacia atrás y acariciar su bulto. Él sufrió un espasmo violento y largó un resuello, y Melody percibió que sus dedos le apretaban la cintura para sujetarse. No había esperado esa audacia por parte de ella.

—¡No! —exclamó Melody, al ver que Blackraven desataba el lazo de la bata.

—Quiero verte —jadeó él—. Por amor de Dios, *necesito* verte.

—No, por favor —le imploró.

Él siguió adelante. La bata se abrió dejando entrever un pezón. Blackraven tomó el candelabro y lo colocó frente al espejo, y la pequeña recámara se llenó de luz. Melody apretó los ojos como si con ese acto consiguiese escapar del examen. La seda le lamió los hombros y los costados del cuerpo antes de caer a sus pies. Por fin, desnuda frente a él, se dijo: “Acabemos con esto”.

Era más hermosa de lo que había imaginado, más plena, más mujer, más deliciosa, le hacía acordar a una modelo del Renacimiento.

Isaura Maguire era una mujer de contrastes feroces, toda ella era un misterio, porque la Naturaleza la había moldeado para ser cortesana, pero un ángel le había donado su corazón. Supo con certeza que jamás se saciaría de ella, como si se tratase de una infusión que le calmaba la sed para atizársela momentos después.

Le rodeó el cuello con una mano y percibió que sus pulsaciones aumentaban al acariciarle un pezón; lo fascinaba la tersura y la palidez rosada de esa piel. Su mano, oscura, grande y tosca, sobre el níveo vientre de Melody le dio una magnitud de cuán diferentes eran, de la fragilidad de ella, de la rudeza de él. Le apartó el cabello y se quedó estudiando las marcas del carimbo. Al darse cuenta de que Melody se molestaba, se inclinó y las besó, una a una.

—Si estas cicatrices son tuyas, entonces son mías también. No las tengo marcadas en el cuerpo pero sí en el corazón. Seamos uno, Isaura. Dame tu dolor y líbrate de él.

Jamás había visto un vello pubiano de esa tonalidad, rojizo oscuro, un color que le hizo pensar en el cinabrio. Enredó sus dedos en él hasta alcanzar el punto en el que Melody dio un respingo.

—¿Estás adolorida, amor?

—No.

—Tengo tantos deseos de ti. Anoche me hiciste el hombre más feliz.

—¿Y ahora, Roger? ¿Ahora estoy haciéndote feliz? ¿Te complazco?

—Sí —respondió con vehemencia—. Deseo tanto hacerte el amor. Depende de ti. No sé cómo te sientes esta mañana.

—¿Ahora? ¿De día?

—De día, de noche, a la hora y en el lugar que quieras.

—Entonces, tómame, Roger, por favor.

La cargó en brazos y la llevó a la cama. Comenzó a desvestirse con premura. Melody intentó echarse la sábana encima, pero Blackraven la arrancó de la cama y la tiró al suelo. Desprotegida, se acurrucó sobre su vientre y le dio la espalda. Blackraven siguió quitándose la ropa, sin dejar de mirarla.

—Tienes el trasero más tentador que he visto.

—Roger, por favor.

—Es cierto, cariño. Nunca había visto algo tan delicioso.

La cama se hundió bajo el peso de Blackraven. Melody se mantuvo quieta, boca abajo. Él se acomodó junto a ella y escondió el rostro en su cabello.

—Recuerdo el día en que te conocí, deseé ver tu pelo derramarse sobre tu cuerpo desnudo.

—Siempre te sales con la tuya, ¿verdad?

—Siempre. Aunque no creí que me costara tanto convencerte. Aún me acuerdo de ese primer día. Me hiciste perder los papeles por el asunto de Miora, ¿puedes creerlo? Me sorprendías, me dejabas sin palabra, me enfurecías y segundos después me hacías bajar la guardia.

—Yo te temía muchísimo.

—Sí, lo recuerdo. ¿Ya no me temes, verdad? —Se colocó sobre ella y, con la punta de la lengua, le dibujó el contorno de la oreja, de la mandíbula, del cuello, del redondeado hombro. Deslizó las manos entre Melody y el colchón hasta encontrar sus pezones.

—¿No me temes, verdad? —insistió.

—A veces. —La contestación se escapó en forma de jadeo.

—Haré que nunca más me temas. Quiero que seamos uno solo, ya te lo dije.

Melody escondió la cara en la almohada para sofocar un grito de placer cuando Blackraven la penetró con el dedo. Se arqueó como autómatas, inconsciente de que se refregaba contra la erecta virilidad de él. Blackraven se acomodó sobre ella, le abrió las piernas y, desde esa posición, se internó en su cálida suavidad.

Melody volvió a arquearse, llevando la cabeza hacia atrás, mordiéndose para sofocar una protesta. La asaltaban sensaciones contradictorias y no habría sabido definir si experimentaba dicha o miedo. Le dolía, le latía, le provocaba placer, la escandalizaba, la hacía feliz. Blackraven empujaba como si quisiera alcanzar el centro de su ser. Pensó que, para muchos, lo que estaba haciendo era pecado. El rostro de su madre, que a veces se desdibujaba en su memoria, volvió a presentarse con nitidez, y se dijo que jamás podría contárselo al padre Mauro, su confesor. Blackraven le habló como si le leyese la mente.

—Sólo piensa en mí, en este mundo que estamos creando tú y yo. Este mundo es nuestro, sólo nuestro, Isaura.

—Roger —dijo, pero no pudo seguir adelante y comenzó a gemir como si sufriera.

—¡Isaura! —exclamó Blackraven, presa de un violento orgasmo.

Ambos se tensionaron en el gozo. El clamor de él atenuaba los lánguidos quejidos de ella, e iba disminuyendo al ritmo de sus embestidas. Al levantar los párpados, Melody descubrió el antebrazo de Blackraven, aún extendido cerca de su rostro, con los músculos en rígida tensión. Le gustaba todo de ese hombre, hasta el mínimo

detalle, ese antebrazo, por ejemplo, peludo, bronceado y fuerte. Se sintió dichosa, como si fuese dueña de un gran tesoro. Y ella, que no había tenido ni esperado nada, pensó que era la mujer más rica del mundo.

Blackraven cayó sobre la espalda de Melody y volvió a hundir el rostro en su pelo, apreciando el agradable aroma de sus bucles con cada agitada inspiración que tomaba. Le descorrió los mechones que le ocultaban la mejilla y le besó la sien. Sabía que la abrumaba con su peso, pero no conseguía apartarse de ella. Le contempló el perfil de ojos cerrados y labios entreabiertos, y se sintió tan feliz que casi rompió en una carcajada.

—¿Así que era aquí, en el confín del mundo, donde te escondías, tesoro mío?

Varios esclavos fuertes, entre los que se contaba Servando, movieron la mesa de roble para veinticuatro personas a un costado de la sala, y dos esclavas la cubrieron con un mantel de hilo blanco sobre el cual se acomodaría el ambigú. Otras domésticas habían bajado las arañas y les colocaban velas nuevas, en tanto un grupo se encargaba de los candelabros de plata. Con suerte, no los encenderían sino al final de la tertulia, cuando los invitados comenzaran el lento regreso a la ciudad. Eso ayudaría a mantener la sala fresca en un día de calor.

Béatrice dirigía órdenes a unos y otros, poniendo de manifiesto su naturaleza puntillosa y obsesiva. Blackraven la observaba desde el umbral con una sonrisa. Habían compartido el desayuno temprano esa mañana, y sabía que estaba nerviosa y de mal genio.

—Vaya —se quejó la mujer—, por fin te dignas a aparecer. Necesitaba tu opinión en varios asuntos y debí resolverlos por mi cuenta. Después no te quejes.

—Sabes que jamás pondría reparos a tus decisiones, Marie.

—¿Dónde está miss Melody? —preguntó, con aire severo—. No la he visto en toda la mañana.

—En la planta alta, imagino.

—Me pregunto si esta noche veremos el hermoso solitario que le regalaste en su mano izquierda. No lo ha llevado durante estos últimos días —apostilló, como para sí.

—Se lo verás, como debe ser. Ella será mi esposa, pronto.

—Roger, querido —pronunció Béatrice, y cambió el acento—, sería conveniente que, mientras dure el compromiso, miss Melody y tú vivierais separados. Es pésimo para su reputación que duerman bajo el mismo techo.

—Ya tocamos ese tema —dijo, y Béatrice se sorprendió pues él jamás le hablaba en ese tono.

—¿Qué dirás a los invitados? Verán el anillo en su dedo, querrán saber.

—Marie, te preocupas demasiado en dar explicaciones a los demás. Déjalos que piensen lo que quieran, igual sacarán sus propias conclusiones que nada tendrán que

ver con la realidad.

Como era domingo, fueron a misa y después almorzaron en el comedor de diario, frugalmente en vistas del banquete que los aguardaba en pocas horas. Los niños le explicaban a Melody que el señor Blackraven los había autorizado a asistir un rato a la tertulia, hasta que comenzara el baile. Angelita se preocupaba por el vestido, en tanto Víctor y Jimmy pensaban en los manjares y en las bromas que gastarían a las niñas casaderas.

Se retiraron a descansar una hora antes de prepararse para la reunión. Melody, al ver a Servando entre los esclavos que movían muebles y acomodaban sillas, se acercó para saludarlo.

—Babá —lo llamó.

—Miss Melody —dijo el yolof, sin mirarla, retorciendo la boina entre sus manos.

—¿Qué tienes?

—Nada, miss Melody. ¿Qué desea?

—Nada en particular. Saber cómo estás, si hay alguna novedad, si alguien necesita algo. No sé, Babá, nunca tengo que justificar por qué deseo hablar contigo.

—Pero ahora que pertenece al amo Roger quizá ya no deba hablar conmigo.

Melody se quedó muda, entre sorprendida y molesta.

—Yo no pertenezco a nadie, Babá. Lo sabes.

—Se dice que usted es del amo Roger ahora.

—Vamos a casarnos.

Servando levantó la vista, y una mirada recelosa se cruzó con la de Melody.

—¿Nos abandonará, entonces?

—¡Jamás! —aseguró, demasiado pronto pues, en rigor, no había vuelto a tocar el tema de los esclavos con Blackraven—. ¿Se lo has dicho a mi hermano Tomás?

—No.

—No se lo digas, por favor. Yo misma quiero hacerlo.

—Se pondrá hecho una furia. Lo tiene bien atravesado al amo Roger.

—Lo sé, por eso te pido prudencia. Yo hablaré con él.

—Como usted mande, miss Melody. Mi primera fidelidad está con usted.

Melody apoyó su mano en la oscura del esclavo y la apretó en señal de agradecimiento. Se despidieron sin palabras. Melody caminó hacia el patio principal, aunque el calor allí resultaba tan agobiante que decidió buscar cobijo en su dormitorio. A decir verdad, necesitaba estar con Roger. Pero él había expresado que iría a su despacho a solucionar temas pendientes, y no se animó a importunarlo.

No deseaba participar de la tertulia. No pertenecía a la casta que asistiría, no la querían tampoco. La despreciaban por ocuparse de los esclavos y la despreciarían aún más cuando se enterasen de que se había enredado con el conde de Stoneville. Le parecía que el vestido azul Francia que Miora le había terminado el día anterior no

era adecuado, que sus pechos se le escaparían al primer movimiento brusco. Y ella solía ser brusca, su madre siempre se lo marcaba. Tampoco sabía bailar, no recordaba las lecciones de Lastenia. Se convertiría en el hazmerreír, en el blanco de las pullas y críticas de los amigos de Blackraven.

Se tiró en su cama e intentó descansar. La despertó una caricia en la frente.

—Isaura —dijo Blackraven, al tiempo que Trinaghanta *corría* las cortinas y daba paso a la luz.

—Roger, mi amor —suspiró, y dejó caer sus párpados de nuevo—. ¿Y los niños? Tengo que aprestar su ropa y peinarlos.

—Descuida, la señorita Leo se ocupa de ellos. Mira quién ha venido a visitarte.

—Veo que está consintiéndola demasiado, excelencia. Se ha vuelto una perezosa.

—¡Madame! —exclamó Melody, y abandonó la cama.

—¡Mi niña!

—Las dejo a solas —anunció Blackraven y, con un ademán, le indicó a Trinaghanta que lo acompañara fuera.

Melody acercó la silla del tocador para Odile; ella se sentó en el borde de la cama.

—¡Qué magnífico solitario! Debió de costarle una talega.

—Su visita es muy oportuna —se alegró Melody—. Hoy la necesito.

—El Emperador piensa igual. Fue él quien me mandó llamar. —Melody levantó las cejas—. Me envió esta nota a casa, hoy por la mañana. Te la leeré porque está en francés.

—Al menos permítame conocer su caligrafía.

De trazos claros y grandes, algo inclinada hacia la derecha, denotaba la firmeza y decisión de su autor. En el sello de lacre, distinguió el águila bicéfala del escudo colgado en el despacho. Madame tomó el papel y leyó.

—“Mi estimada señora, espero que al recibir mis saludos se encuentre usted en perfecto estado de salud. Le escribo para rogarle, si no es inoportuno, que venga a hacernos una visita al Retiro esta tarde. Mi adorada Isaura la necesita. A sus pies, Blackraven. P. D. Mi carruaje pasará a buscarla a las tres de la tarde por su casa y la llevará de regreso”. —La señora dobló la nota y la devolvió a su escarcela—. Ah, querida —suspiró—, has sido tan afortunada al encontrar a un hombre como el Emperador. Dime, ¿por qué me necesitas? ¿Qué ha ocurrido? —La miró con intensidad, entrecerrando los ojos—. Ya eres mujer. La mujer del Emperador.

—¿Tanto se nota? —se desalentó Melody, y se cubrió las mejillas coloradas.

—Sólo una mujer como yo notaría esas sutilezas, querida, no te desanimes. Nadie más lo percibirá. ¿Estás bien? ¿Cómo te sientes?

—Muy extraña, madame. Me ha hecho cosas que ni usted, con lo poco prejuiciosa que es, aprobaría.

—Lo dudo —desestimó, con un aventón de mano—. Yo aprobaría cualquier cosa

que me hiciera el Emperador. Querida, tienes que entender que, entre un hombre y una mujer, todo está permitido en tanto y en cuanto los dos lo deseen y ninguno resulte lastimado.

—Mi madre jamás me habría dicho eso.

—Ya hemos hablado de que tu madre era una mujer triste y amargada. Ahora dime, olvidando a tu madre y a todos los demás, ¿cómo te has sentido? ¿Has sido feliz entre sus brazos?

El rubor de Melody se acentuó y los ojos se le iluminaron.

—Muy feliz, madame. Oh, claro que hubo mucho dolor.

—Es normal las primeras veces. Poco a poco irás tomando confianza y no volverá a doler. Debes entregarte con fe ciega a ese hombre. Hazme caso. Él te adora, Melody. Pocas veces he visto a un hombre de la talla del Emperador mirar a una mujer con la reverencia con la que él te mira a ti. Me atrevería a decir que tú eres la primera mujer a la que Blackraven ama verdaderamente.

Melody ponderó esas palabras y se preguntó, no por las amantes de Roger, que sabía numerosas, sino por las mujeres que él había amado. Si bien le había dicho que, como a ella, jamás había amado a nadie, le pareció inverosímil que un hombre como él, en ocasiones puro fuego, no hubiese sentido antes con la misma intensidad.

—Esta tarde habrá una tertulia en el Retiro.

—El Emperador me lo informó mientras subíamos. Me dijo que era su deseo que te animase y te ayudara a prepararte.

—No quiero asistir.

—Debes hacerlo. Es tu deber como anfitriona. No me mires con esa cara. El Emperador te considera su mujer y cuenta contigo para hacer de señora de la casa.

—La señorita Béatrice es la señora de la casa.

—Tú también lo eres. Vamos, de pie.

Al final, Melody se divirtió. Con sus escandalosas ingeniosidades, madame Odile la hizo reír y olvidar sus temores. Acomodó sobre el tocador todos los frascos y avíos que Blackraven le había comprado. Le indicó que se quitase esas ropas y que, en bata, se sentase frente al espejo. Le soltó el cabello y la estudió. Comenzó por untarle las manos, los brazos, el cuello y el escote con una mezcla de alcanfor, aceite de almendras dulces y cera de abejas que le suavizó y humectó la piel. El frío del alcanfor la refrescó en tanto que la delicadeza de madame logró serenarla. Embebió un trapo en una loción de hamamelis con el que le limpió el rostro y usó una de rosas para devolverle el brillo a sus mejillas.

—No será necesario el polvo de arroz —dictaminó Odile—. Tu blancura natural es adorable. Además, al Emperador no le gustará verte maquillada en exceso. Destacaremos esos enormes ojos que tienes y los labios, nada más. Ni siquiera añadiré carmín en tus mejillas.

Melody quedó conforme con el tocado, un rodete en la coronilla adornado con una tira de perlas; aunque algunos rizos le caían sobre las sienes, madame Odile decidió no quitarlos pues, en su opinión, le otorgaban un aspecto fresco y juvenil. La ayudó a vestirse, los calzones, las medias de seda, las enaguas, la crinolina, los chapines de raso, la almilla, el ajustado corsé y por fin el vestido. Madame no lo comentó, pero una gargantilla y un par de aretes habrían completado la estampa espléndida de Melody.

—Tengo mi perfume en el bolso. Ven, querida, te pondré un poco.

—Roger me compró un perfume —y se lo mostró.

—*Frangipani*, ¡qué acertado! —La perfumó con generosidad, incluso en la hendidura que formaban sus apretados senos.

Blackraven entró en la habitación y la contempló en silencio con una expresión difícil de desentrañar. En realidad, se había pasmado ante la transformación de Melody, y la severidad de su mueca se debía a que no deseaba compartirla con una caterva de hombres que no apartaría la vista de su voluptuoso escote.

—¿No está adorable mi niña, excelencia? —preguntó Odile—. Será la más hermosa de la tertulia.

—Eso me temo —masculló.

—Excelencia —simuló sorprenderse la mujer—, ¿no será usted del tipo celoso y posesivo, verdad?

—Lo soy, madame.

Odile se rió y entrelazó su brazo en el de Blackraven. Con disimulo, le dijo:

—No la mire así, excelencia. Está asustándola.

—Estás preciosa, cariño. Me he sorprendido al verte.

—Te entiendo, Roger. Yo misma no me he reconocido en el espejo. ¿Qué deseas que cambie? ¿Quizá debería quitarme el color de los labios? Están muy brillantes a causa de la manteca de cacao. Tampoco debería haberme remarcado los ojos, ¿verdad? El vestido es escandaloso.

Blackraven la tomó por la cintura, y el delicado talle de Melody quedó encerrado entre sus manos. La estudió de cerca y se apartó un poco para admirar el corte del vestido que le delineaba las curvas. Se inclinó y le besó el escote, sobre la piel desnuda.

—Llevas el perfume que te compré.

—Me lo puse para ti.

—No te descuides o devoraré tus labios como si fueran una fresa.

Melody se puso en puntas de pie y lo besó en el cuello, embriagándose con el perfume de algalia con el que Blackraven solía mojarse después de la rasurada.

—He venido a traerte esto —dijo él, y extrajo un estuche del interior de su chaqueta—. Ayer, antes de volver al Retiro, pasé a buscarlo por lo del orfebre.

Melody acarició el terciopelo verde antes de levantar la tapa. Se trataba del aderezo de brillantes y zafiros que le había prometido tiempo atrás. Se le antojó demasiado, y pensó en aquéllos que no tenían nada, en los esclavos, alimentados a mondongo y achuras, y en los niños del orfanato que solía visitar con el padre Mauro. El gesto de expectación de Blackraven, como el de un niño ansioso, le impidió mencionarle sus escrúpulos.

—Es bellissimo, Roger —y volvió a ponerse en puntas de pie para besarlo en los labios—. Gracias, mi amor. Nunca tuve algo tan hermoso.

—¡Excelencia! —se pasmó Odile—. ¡Qué soberbio aderezo! Parece comprado a propósito del vestido.

Blackraven colocó la gargantilla en torno al cuello de Melody, y Odile la ayudó con los colgantes.

—Ha hecho un excelente trabajo, madame. Isaura, sin duda, será la mujer más apetecible de la tertulia, y yo me lo pasaré espantando a los majagranzas que intenten quitármela.

—No se queje, excelencia, que tiene con qué hacerles frente —señaló Odile, y le pellizó el músculo del brazo.

Blackraven se excusó; en breve comenzarían a llegar los invitados. Trinaghanta apareció momentos después con el servicio de té.

—Madame —suspiró Melody, mientras le pasaba una taza—, me sentiría tan tranquila si usted se quedase esta tarde. Sería un gran consuelo para mí tenerla cerca. Usted me indicaría cómo conducirme, cómo bailar. Es la primera vez que tomo parte en una reunión con gentes decentes.

—Nada me complacería más que acompañarte, querida. Pero es imposible. La mayoría de los hombres que asistirán hoy al Retiro son clientes de mi burdel. ¿Te imaginas sus mohines si me viesen entre los invitados? No te preocupes, aún queda media hora. Será suficiente para refrescar esos pasos de baile que tu madre alguna vez te enseñó.

Béatrice paseó la mirada por la sala con satisfacción. La llegada del virrey y de la virreina había marcado el momento de mayor esplendor de la tertulia. La gran sala del Retiro se hallaba atestada de gente de calidad y rango, que departían en grupos, algunos en torno a la mesa, otros más alejados, tomando mate o la gran variedad de bebidas. La orquesta del maestro Corelli ejecutaba adagios y suaves melodías, preludio del baile. Las domésticas entraban y salían con bandejas, mientras algunos mulecones abanicaban con paipais a las matronas de fuste.

Béatrice pensó que se podía adivinar la inclinación ideológica de cada invitado por el modo en que vestía. Los jóvenes criollos que en secreto pugnaban por la libertad lo hacían al estilo borbónico o francés, más bien recargado y cuidado, con calzones blancos a la rodilla, también llamados *culottes*, casacas de vivos colores que

se abrían hacia atrás, camisas con encaje en la pechera, puños con puntilla conocidos como “llorones” pues se derramaban sobre la mano, y zapatos de taco alto y grandes hebillas doradas. Era el estilo de Manuel Belgrano, el muchacho pálido y de refinadas facciones que conversaba con Roger en el patio principal.

En contraste, los tenaces defensores de la Corona Española —Manuel de Anchorena, Gaspar de Santa Coloma y Juan Larrea— presentaban un severo atuendo de larga casaca negra cerrada hasta el cuello donde apenas asomaba una golilla blanca, y calzones, ocultos por las calcetas. Por lo general, llevaban un sombrero redondo de ala ancha. “Sólo mirarlos”, pensó Béatrice, “y ya me siento acalorar”. Otros personajes lucían atuendos privativos de su oficio: los médicos empuñaban bastones amarillos con borlas negras; los militares lucían sus trajes con veneras y medallas. Don Francisco de Lezica y don Anselmo Sáenz Valiente, los alcaldes de primero y segundo voto, enristraban sus varas de justicia a modo de lanzas al tiempo que proferían sus pareceres. Los oidores de la Real Audiencia se destacaban por sus capas cortas y encarnadas que colgaban de un hombro, además de una mueca de superioridad inherente al cargo.

Blackraven, de fraque negro, con camisa blanca de popelín, resultaba el más elegante. “Debido a su tamaño”, caviló Béatrice, “ese traje es la mejor elección”, y ocultó una sonrisa tras el abanico al imaginarlo en el recargado estilo borbónico, sus gruesas piernas confinadas en los *culottes* y las duras facciones de gitano enmarcadas en una nube de encaje. Seguía en el patio principal, ahora circundado por una pléyade que lo escuchaba con respeto. Aunque concedía toda su atención a los invitados, un ojo conocedor habría advertido que a menudo buscaba entre el gentío al objeto de su mayor interés: miss Melody.

Béatrice lo descubrió observándola en ese instante. La muchacha regañaba a Jimmy y a Víctor en una esquina del patio. Se veía muy hermosa en ese vestido de seda azul. Por cierto, su belleza desconcertaba. Muchos habrían opinado que sus fuertes rasgos —el oscuro arco de las cejas, los altos pómulos, los ojos grandes y algo rasgados, los labios gruesos, la decidida barbilla— se asemejaban a los de una mujerzuela. Ella, en cambio, los encontraba armónicos y delicados; a veces se quedaba admirándola, en especial cuando tocaba el arpa. En definitiva, aunque miss Melody tuviera labios negroides —eso solía decir doña Bela—, la palidez de su rostro presentaba la belleza inmarcesible de una princesa austríaca. ¿Se parecería a su madre? ¿Tendría algo de su padre, el irlandés? La tonalidad del cabello, sin duda. ¿Qué mezcla de sangres le habría impreso esos lineamientos tan peculiares, convirtiéndola en esa atractiva criatura de contrastes? Al verla ataviada con los mejores géneros y joyas, y ese adorable tocado, admitió que la sorprendía que, detrás de esa muchacha de ropas bastas y cabellos alborotados, se hubiese escondido una beldad que le había quitado el aliento a la mayoría de los caballeros de la tertulia.

No se engañaría: sentía celos de miss Melody, no de su belleza sino del amor que le inspiraba a Roger. “¡A Roger!”, exclamó para sí, a quien ella había juzgado un libertino incurable, incapaz de tomar a ninguna mujer en serio, excepto a ella, su adorada Marie. Siempre pensó que, para su primo, ella era la única, la más importante. Había arriesgado el pellejo para liberarla de la sórdida realidad a la que los sucesos históricos la habían condenado; se erigió como su protector, la escondía en el fin del mundo, le daba a manos llenas, la consentía. No se resignaba a compartir el corazón de Roger y, a pesar de que el amor que los unía era fraterno, la invadía ese sentimiento de envidia y celos del cual le habría gustado desembarazarse. Le vinieron a la mente las palabras de Shakespeare: “El regocijo hiere a fondo un alma torturada”, y se abatió.

Sus ojos se cruzaron con los de William Traver. Él la contemplaba con una intensidad que le calentó la sangre, tiñéndole las mejillas. Esbozó una sonrisa con timidez, escabulléndole a su mirada, sintiéndose hermosa, deseada y amada. Alguien se dirigió a Traver, y Béatrice aprovechó para darse vuelta y agitar el abanico sobre su acalorado rostro. Jamás pensó que, a esa edad, creyendo que se consagraría como solterona, un hombre la deseara, menos aún que la amara. La vida le daba una oportunidad con William Traver, y poco le importaban los recelos de su primo.

No supo si se trató de la audacia que el sentimiento de Traver le imprimió a su ánimo o de una certeza que, después de varios días de cavilaciones, la invadió al fijarse en el señor Désoite, pero terminó por aproximarse y llamarlo por su verdadero nombre.

—Luis Carlos —dijo, en un susurro apenas audible.

El señor Désoite se volvió con rapidez.

—Luis Carlos —insistió Béatrice, con ojos arrasados.

El joven la miró con una seriedad que no transmitía extrañeza sino desconfianza. Béatrice cerró su abanico, ensayó un gesto elocuente y marchó hacia los interiores. Désoite dudó un momento antes de seguirla. En el otro extremo del patio, William Traver observaba el intercambio con atención.

Como Blackraven nunca amaba u odiaba a nadie, sino que juzgaba a las personas desde el punto de vista de la utilidad, no se hallaba cómodo con ese sentimiento de profunda ojeriza que estaba experimentando por Bruno Covarrubias. En resumidas cuentas, deseaba borrarle de un trompazo la sonrisa y volarle los dientes. Había mariposeado alrededor de Melody toda la tarde. Si no hubiese estado tan furioso, se habría desternillado de risa al evocar el gesto de palurdo de Covarrubias al descubrirla en la sala. El esclavo le pedía los guantes y el sombrero, y el joven abogado seguía mirándola con ojos de besugo.

En ese momento, nada le parecía gracioso, pues Covarrubias, al sonido de la primera pieza, se había apoderado de Melody y la conducía al centro del salón para

bailar un minué. Alguien le apretó la cintura con familiaridad. Se dio vuelta, medio enfadado, y se topó con Bernabela.

—¿No me invita a bailar, excelencia?

—Será un placer, doña Bela —contestó, movido por los celos.

Se dio cuenta de que Melody los observaba, y se inclinó para escuchar un comentario de su compañera y reír. Bela, a quien no escapaba la intención de Blackraven, manifestó:

—Creo que miss Melody se ofendió conmigo. —Roger arqueó una ceja—. Aunque no entiendo la causa. Yo sólo le pregunté a cuántos esclavos les compraría la libertad con ese aderezo que tú le obsequiaste.

—Bela, te lo advierto: déjala en paz.

—¿Por qué habría de hacerlo? —se fastidió—. Ella me quitó lo que más amo en este mundo.

—No sabes lo que dices.

—Por supuesto que lo sé. No admito que una jovencuela de clase baja, fea y vulgar me arrebatase a mi hombre.

—¡Baja la voz!

—¿Qué sabes de ella, Roger? —se impacientó—. No conoces nada acerca de su pasado. Bien podría ser una delincuente. Intuyo que no es trigo limpio.

Blackraven siguió inmutable, aunque un persistente aleteo de sus fosas nasales y la línea de sus cejas que se volvía más negra y gruesa la previnieron: no debía jugar con el león.

Melody había soportado demasiado en esa fiesta: las miradas ominosas, los cuchicheos, los bruscos cierres de abanico, los comentarios solapados y los desaires, aunque nada la molestaba tanto como ver a Roger y a doña Bela disfrutando de una pieza de baile. Se preguntó de qué hablarían. La furia se agitaba en su interior y la volvía desmañada; no lograba recordar las indicaciones de madame Odile, se olvidaba los detalles de los pasos, de las entradas y las salidas, y ya había pisado al pobre Bruno tres veces.

—Miss Melody —dijo Covarrubias—, ¿podría hacerle una pregunta?

—Sí, Bruno, dígame.

—¿Es cierto lo que se dice acerca de su compromiso con el señor Blackraven?

—Sí, es cierto.

Covarrubias le apretó la mano y le hizo doler.

—¡Cómo es posible, miss Melody! ¿Usted y Blackraven? Él no la merece, de ningún modo. Usted es demasiado para ese mujeriego y libertino. ¿Sabe con cuántas de las damas que visitan hoy el Retiro tuvo asuntos ese señor? Con varias, le aseguro.

Melody trató de separarse, pero Covarrubias le apresó la mano y siguió conduciéndola por el salón.

—Usted es un ángel. Él, en cambio, es un hombre corrupto e inescrupuloso, capaz de llegar a cualquier extremo por un poco más de poder o dinero. Es insaciable. ¡Es bastardo, hijo de una ramera! —escupió al fin, y se quedó callado y agitado.

Melody soltó la mano de su compañero y se alejó de la hilera de bailarines. Covarrubias la siguió con gesto afligido y la detuvo por la muñeca. Blackraven dejó a Bela y se desplazó por el borde de la pista con la actitud de un depredador, concentrado en la mano del abogado que osaba tocar a Isaura.

—Melody —pronunció Bruno, en tono de súplica.

—Suélteme.

—Le ruego que perdone mi exabrupto. Usted sabe que yo la amo, con todo mi corazón, y el dolor de saberla en manos de un hombre como Blackraven está matándome.

—Lo que me apena es que usted haya resultado un prejuicioso. Si el señor Blackraven es bastardo me tiene sin cuidado. Por otra parte, no creo en las acusaciones que usted, con tanto descuido, pronuncia acerca de su persona.

—Perdóneme. Volvamos a la pista de baile.

—Lo siento, Covarrubias —dijo Blackraven, y el abogado se apartó con un sobresalto—, mi prometida bailará el vals sólo conmigo.

Guió a Melody hasta el centro del salón. En lo que iba de la tertulia, se había mantenido alejado de ella, y los chismes acerca de su relación parecían carecer de fundamentos. Una de las matronas, doña Rosario de Lavardén, apelando a la autoridad que sus años y su alcurnia le otorgaban, le preguntó a boca de jarro si había pedido a miss Melody en matrimonio. Blackraven le dispensó una sonrisa entre condescendiente e irónica antes de hablar.

—¿Vuestra merced lo desaprobaba?

—Bueno —balbuceó la señora—, yo no conozco... Es una hermosa joven, por cierto. De todos modos, yo no sé... En fin, ¿qué podría decir?

—Disfrute la tertulia, doña Rosario —pronunció Blackraven, y se alejó después de una inclinación.

En ese momento, las habladurías tomaron un nuevo cariz. De algún modo, hasta los menos perceptivos y observadores percibieron el halo de sensualidad que envolvía a la pareja, incluso notaron el sentido de posesión de esa mano sobre la cintura de la muchacha.

—Estás angustiada —dijo Blackraven—. ¿Qué te dijo Covarrubias para ponerte en este estado?

—Nada. Es que tú quieres que baile el vals y yo no sé hacerlo. No quiero avergonzarte frente a tus amigos.

—Estas personas no son mis amigos. Y no me avergonzarás. Sólo relájate y déjate conducir por mí. La palabra vals proviene del alemán, *walzen*, que significa girar.

Esta danza no es más que eso, Isaura, girar y girar sobre nosotros mismos.

En especial los más viejos se alborotaban con ese “baile de abrazo”. Lo consideraban indecente por lo intimista. Las generaciones jóvenes, en cambio, lo encontraban de su agrado y comenzaban a imponerlo. Entre los brazos de Blackraven, mientras bailaban al compás de una exquisita música, Melody se sintió etérea. “Uno, dos, tres, uno, dos, tres”, repetía y giraba. Blackraven la conducía con una habilidad que se contraponía a su corpulencia. Los valeses se continuaban, y ellos seguían danzando, despreocupados de las miradas y de los cuchicheos tras abanicos. La mirada de Blackraven nunca se apartaba de la de Melody y, en tanto la joven ganaba confianza, su cuerpo se relajaba.

A continuación del patio principal, en dirección a la zona de la servidumbre, había un pequeño cuarto donde Béatrice solía retirarse a leer o a coser. Allí la encontró el señor Désoite, sentada en su mecedora, la vista fija en una miniatura de engaste de oro y piedras preciosas. Entró y cerró la puerta. Béatrice levantó la mirada y le sonrió.

—¿Cómo sabe usted mi verdadero nombre? —preguntó en francés—. ¿Acaso se lo ha mencionado el señor conde?

Béatrice dejó la mecedora y se acercó.

—¿Te acuerdas de esto? —y le entregó la miniatura con el retrato de una mujer rubia.

Désoite se la colocó en la palma de la mano y la observó por algunos segundos. Las lágrimas le bañaban las mejillas cuando habló.

—Al igual que las demás pertenencias de mi madre, la creí perdida durante los días de la Revolución.

—¿Te acuerdas del secreto que guarda esta miniatura?

Sin vacilar, el joven la dio vuelta y enseguida halló el mecanismo que, al accionarlo, levantó una tapa ovalada. Dentro había tres mechones de un rubio casi platinado.

—Ella me la entregó antes de que la confinaran en soledad —explicó Béatrice—, antes de que la enjuiciaran.

—¿Acaso tuvo usted acceso a la celda donde la tenían prisionera? —inquirió Désoite—. ¡Dígame, por favor! —suplicó, con la voz cargada de desesperación conmovedora.

—Yo no tenía acceso a la celda. Yo vivía en la celda, junto con ella y con mi tía, madame Elizabeth.

A pesar de que la tertulia se desarrollaba a pocos metros, el silencio que sobrevino se asemejó al de un páramo en invierno. Désoite había dejado de respirar; contenía el aire al igual que la pregunta que no se atrevía a formular. Béatrice volvió a sonreírle y le acarició la descarnada y húmeda mejilla.

—Mi adorado hermano Luis, mi pequeño y dulce Luis. Soy yo, tu hermana mayor, Marie Teresse Charlotte, a la que solían llamar Madame Royale. Tú y yo somos los hijos de Luis XVI, rey de la Francia y Navarra, y de María Antonieta Josefa Juana de Habsburgo-Lorena, archiduquesa de Austria y reina de la Francia y Navarra.

La palidez se pronunció en el semblante de Pierre Désoite como reflejo de su turbación. Soltó un soplido, una exclamación también y cayó en la mecedora. Se tomó el rostro con las manos y lloró con profunda amargura. Béatrice se precipitó a su lado y lo acunó. Más tranquilo, el joven volvió a levantar la vista y, mientras estudiaba a esa mujer, las memorias de la infancia, de los años felices, lo aturdíán.

—¿Cómo no te he reconocido, Marie? —se preguntó.

—Eras muy niño cuando nos separaron en la prisión del Temple, y yo he cambiado.

—No, ahora que te miro advierto que sigues siendo la misma. Dime, ¿acaso el conde te dijo quién era yo?

—Nuestro primo Roger no me ha dicho palabra. Supongo que te ha traído aquí para que te reconozca, algo que hice sin dificultad.

—El conde aún duda de que yo sea Luis XVII.

—No puedes culparlo, Luis. Los impostores le han hecho difícil tu búsqueda. Te ha traído hasta aquí para protegerte porque considera que es muy probable que tú seas el hijo de Luis XVI.

—¿Cómo me has reconocido, Marie?

—Apenas te vi, sentí la más profunda emoción. Y no se trataba de que fueras francés, detalle que Roger había deliberadamente soslayado al informarme de que pronto nos visitaría un amigo. Supongo que no deseaba predisponer de ningún modo mi imaginación. En fin, al verte días atrás descender del carruaje, sin haber escuchado siquiera tu voz, el corazón me dio un vuelco porque pensé: “Éste es mi hermano Luis Carlos”. Callé, por prudencia, decidí sofocar mis expectativas y esperar. Más tarde, cuando el perro mordió tu brazo y pude ver esa marca de nacimiento que tienes cerca de la muñeca, ya no albergué duda alguna.

—La marca que se asemeja a la flor de lis.

—Eso solía decir nuestra madre con orgullo, ¿recuerdas? —El muchacho bajó la vista—. Los días en tu compañía sólo han servido... Luis, ¿qué tienes? ¿Por qué lloras, querido? No, por favor, no más lágrimas.

—¡Perdóname, Marie! —sollozó—. Por mi culpa murió nuestra madre.

—Luis, ¿qué dices? Tú no tienes culpa alguna, querido. Ya cálmate.

—La culpa me agobia desde tan temprana edad —se lamentó—. Sí, fue a causa de esa confesión que Hébert me hizo escribir y rubricar donde infamaba tan injustamente a nuestra madre, que ella murió guillotizada. ¡Fui un cobarde! —exclamó, apretando los dientes, castigando con su puño la mesa—. Me amenazaron

con el cadalso y me quebré. Desearía estar muerto.

—¡No digas eso! ¿No te das cuenta de que me has devuelto la alegría de vivir? Sólo deseo que vivas, y que vivas para siempre conmigo. Nunca volvamos a separarnos, Luis. ¡Tantos años de desdicha! Roger ha propiciado nuestro reencuentro. Ahora viviremos felices.

Béatrice lo abrazó con fuerza, como si, al aferrarse a su hermano menor, se aferrase a la vida misma. Se escuchó un golpe, el de la puerta que batía contra la pared. William Traver miraba el cuadro con ojos inyectados de odio. Le había tomado mucho rato encontrarlos, se había perdido varias veces en los laberínticos pasillos de esa mansión, pero al fin había dado con ellos para descubrir lo que sospechaba: eran amantes.

—¡Señorita! —exclamó, ciego de ira.

—¡William! —prorrumpió Béatrice—. ¡No es lo que cree! ¡Aguarde! Puedo explicárselo.

Luis se quedó solo, con la miniatura en la mano. Accionó el mecanismo y abrió la tapa de nuevo. Pasó el dedo por los delicados mechones rubios que pertenecían a los tres hijos de Luis XVI y María Antonieta: Madame Royale, Luis José, muerto a los ocho años, y Luis Carlos, o Luis XVII, rey de la Francia y Navarra.

Melody escuchó que Blackraven y unos hombres mencionaban al comerciante vasco Martín de Álzaga.

—La reciente muerte de su sobrino le ha impedido asistir esta tarde al Retiro —informó Manuel de Anchorena.

—Entiendo que se trató de un asesinato —comentó Blackraven.

—Sí —replicó Gaspar de Santa Coloma, con cierta incomodidad y sorpresa ya que su amigo Martín deseaba que el asunto no adquiriese estado público.

—Ojalá apresen al culpable —deseó Roger, y los demás asintieron.

—De todos modos —expresó Juan Larrea—, el señor de Álzaga le ruega a su excelencia que lo reciba en su casa de San José cuando nos visite en la ciudad.

—Oh, pues bien —dijo Blackraven—, mañana tengo planeado ir a la ciudad. Iré yo mismo a la casa del señor Álzaga, si eso no es inoportuno para él.

—¡Claro que no! —aseveró Santa Coloma, y su entusiasmo demostraba que, cualquiera que fuera el negocio que su amigo Álzaga tuviera entre manos, una tajada terminaría en su faltriquera.

Melody los vio alejarse con aprensión. No le gustaba Martín de Álzaga, en realidad, lo despreciaba. Había labrado su fortuna, que algunos estimaban vastísima, gracias al contrabando y al comercio negrero. Se lo tenía por hombre de férrea voluntad, de rápida inteligencia y objetivos claros, capaz de las acciones más inescrupulosas para alcanzarlos. Tiempo atrás, Papá Justicia le había contado que *El Joaquín*, un barco negrero propiedad de Álzaga, había partido desde Mozambique

hacia las costas del Plata con un cargamento de trescientos un africanos. Al tocar puerto en Montevideo sólo quedaban treinta. Las autoridades de la Junta de Sanidad, lideradas por el doctor Juan Cayetano Molina, con el apoyo del gobernador Ruiz Huidobro, pusieron en cuarentena a *El Joaquín* hasta descartar la posibilidad de una peste. Álzaga, que peleaba por la liberación del barco y del resto de la carga, alegaba que los negros no habían muerto a causa de una peste sino de sed. A Melody la estremecía la liviandad con la cual el comerciante admitía que su carga había perecido torturada a causa del racionamiento del agua, situación que ocurría con frecuencia debido a que, en los puertos del África, se cargaban menos toneles con agua dulce para dar espacio a los productos que se contrabandearían en Buenos Aires. No deseaba que Roger hiciera negocios con Álzaga, pues su dinero estaba manchado con la sangre de los africanos.

Melody se quitó el vestido con la ayuda de Trinaghanta. A pesar de la almilla, le quedaron las marcas de las ballenas del corsé impresas sobre la piel. Contempló en el espejo la gargantilla de brillantes y zafiros, admirada de la perfección de las gemas y de lo hermosa que se sentía con esa alhaja. Doña Bela le había preguntado a cuántos esclavos le compraría la libertad cuando la vendiese. Apretó las piedras, decepcionada de sí pues de pronto le pareció que no podría deshacerse del obsequio de Roger ni siquiera para comprar la libertad de aquéllos por quien tanto se preocupaba.

Se trataba de una noche calurosa, por lo que aceptó de buen grado que la cingalesa la asistiera con un rápido baño de esponja. Estaba a gusto en compañía de la exótica sirvienta, no la embarazaba que la viese desnuda ni que le confiriera el trato de una princesa; lo hacía sin obsecuencias ni exageraciones. Entre ellas se había entablado un tácito acuerdo de confianza, y resultaba asombroso que se hubiesen conocido apenas semanas atrás. Hacía días que no se preguntaba si era o había sido la amante de Blackraven y deseaba ganarse su amistad.

Cómoda y limpia, sentada frente al espejo, Melody se dejó desarmar el peinado y trenzar el cabello. Cerró los ojos, aletargada por las manos de Trinaghanta, por la acción sedativa del sonido de su respiración y por el cansancio que comenzaba a mellar sus fuerzas.

Los últimos invitados, los hermanos Rodríguez Peña, se habían ido cerca de las nueve de la noche, una hora peligrosa para enfrentar el camino a la ciudad. Blackraven les ofreció habitaciones en el Retiro, pero don Saturnino adujo que su cochero era un gran baqueano, conocedor de la zona y que no había riesgo. Melody agradeció cuando la puerta se cerró tras ellos. Habría preferido que Béatrice tomase el lugar de anfitriona; ella y la señorita Leo eran dos inexpertas.

—¿Y mi prima, la señorita Béatrice? —había preguntado Blackraven a Trinaghanta, una vez despedidos los Rodríguez Peña; la muchacha le respondió que

no sabía de ella—. Búscala. Dile que deseo verla en mi despacho. —Después, se dirigió a Somar—: Asegúrate de que todo esté en orden y luego vete a descansar.

Melody salió al balcón. Todavía escuchaba a Trinaghanta en el dormitorio que recogía las prendas y acomodaba el tocador con sigilo para no despertar a Jimmy. Se desató la bata, extendió los brazos e inspiró. Había comenzado a soplar una leve brisa que se enredaba en la batista de su camisón y le hacía flamear el salto de cama. Miró en dirección al río, y la imponencia de aquel paisaje oscuro, con destellos blancos de luna llena, le dio miedo y la cautivó también, sensaciones antagónicas como las que le producía Roger Blackraven.

Covarrubias lo había acusado de libertino y de don Juan, lo había llamado inescrupuloso y deshonesto. Como estimaba a Bruno, la inquietaba que un hombre de sólidos valores opinara en esos términos de Blackraven. Se convenció de que lo movían los celos. De igual manera, la aterraba dudar y desconfiar. Las palabras de Covarrubias estaban afectándola más de lo que se atrevía a admitir. Necesitaba ver a Blackraven para que sus vacilaciones se esfumaran. Volvió al dormitorio y le habló a Trinaghanta en voz baja.

—¿Sabes si su excelencia está en su habitación?

—No creo, miss Melody. De seguro, aún se encuentra en la biblioteca.

De hecho, no lo encontró en el dormitorio. Se dirigió a la planta baja, cruzó el patio principal y entró en la casa, oscura y silenciosa. Los esclavos, después de poner un poco de orden en la sala, se habían retirado a descansar. Abrió la puerta del despacho y Sansón caminó a su encuentro.

—Ve a cuidar de Jimmy —le indicó, y cerró tras el terranova.

Escuchó el golpe seco del taco contra la bola y se dirigió a la sala contigua. Blackraven circundaba la mesa estudiando el próximo tiro.

Llevaba el torso desnudo y el pelo suelto. A pesar de la intimidad compartida, su semidesnudez y corpulencia la turbaron, e hizo un esfuerzo por mantener la ecuanimidad. De algún modo, el tatuaje que lucía en el brazo izquierdo la llevó a pensar en los calificativos con que Covarrubias lo definía. Había algo sórdido en torno a ese dibujo, como si se tratara de la expresión visible de la parte oscura.

Blackraven levantó la mirada y la vio esperando en la puerta. Le sonrió con una calidez reconfortante. Dejó el taco sobre la mesa y se acercó. La envolvió en sus brazos y la apretó contra su pecho, embriagándose del aroma a *frangipani* y a jabón, percibiendo la vulnerabilidad y los celos de ella. La tertulia la había afectado.

—Tenía tantos deseos de ti. Pero no quería molestarte esta noche. Imaginé que estarías muy cansada.

—Estoy muy cansada. De todos modos, necesitaba verte. Yo también tenía deseos de ti —admitió, en voz baja.

Blackraven volvió a abrazarla, sonriendo, dichoso. La separó un poco y le tomó el

rostro entre las manos.

—Mi dulce Isaura. Has tenido que soportar tanto a lo largo de esta tarde por mi causa. Perdóname, no debería haberte expuesto a esta feria de hipócritas.

—Nada me molesta si tú me dices que me amas, si tú me dices que soy importante para ti.

—Isaura —se emocionó Blackraven—. Te amo tanto que a veces me asombro. Yo, que había perdido la capacidad de sorprenderme, desde que te conocí no he hecho otra cosa que sentirme vivo. Reconozco que soy un hombre frío y calculador, evito los vicios porque no deseo que nada domine mi mente ni mi cuerpo. Me gusta estar en control de todo. Y ahora, que tú tienes el control sobre mí, me siento dichoso.

—Yo no deseo dominarte, Roger. Sólo deseo hacerte feliz.

—Lo haces, amor mío. Tú quizá, por ser tan joven, no comprendes el valor que tu entrega tiene para mí. Me has dado todo al confiarme tu inocencia, al convertirte en mi mujer. Soy un hombre de grandes riquezas, Isaura, pero cuando pienso en mi posesión más preciada sólo tu nombre viene a mi cabeza. Isaura, Isaura... Podría repetir tu nombre mil veces.

La besó con pasión. Ella necesitaba de su intensidad y urgencia porque de ese modo se convencía de que ella era todo para ese hombre tan poderoso, con eso se conformaba, nada le importaba de su origen, de sus negocios y ambiciones. Las dudas se desvanecían, sus palabras sonaban sinceras y borraban las pronunciadas por Covarrubias esa tarde.

—¿Qué es ese juego que juegas? —preguntó Melody—. Siempre quise saber.

Blackraven levantó la cabeza y miró en dirección a la mesa de billar. De pronto, le gustó la idea de enseñarle.

—En inglés se llama *billiard*. En castellano, billar.

—¿Es un juego muy difícil?

—Yo siempre digo —manifestó Blackraven— que en el billar se combinan dos destrezas: la puntería necesaria para el arco y la flecha, y la rapidez mental del ajedrez. ¿Te gustaría aprender?

Melody asintió. Blackraven le entregó un taco y le explicó cómo asirlo, cómo colocar los dedos, cómo y dónde pegarle a la bola blanca. Melody se inclinó sobre la mesa; Blackraven, ubicado detrás de ella, le indicaba al oído a cuál bola debía apuntar.

La lección duró poco. Melody enseguida sintió el miembro endurecido de Roger contra sus nalgas y la lascivia de sus dedos. Cerró los ojos y se mordió el labio. Se quedó quieta, inclinada, con el taco en la mano, indefensa ante el deseo turbador que nacía de sus piernas, abrumada por el erotismo de ese hombre al que esa noche necesitaba agradar. Ella quería ser la mejor, la única.

Blackraven, asido a los pechos de Melody, le susurró al oído:

—Sabía que el *frangipani* era tu perfume. —Le apartó el cabello y le buscó la nuca para mordérsela con delicadeza—. Es como tú, dulce e incitante. —Le tomó el cuello y la obligó a volver la cara para besarle los labios—. Eras la más hermosa esta tarde. No podía quitar mis ojos de ti.

—La más hermosa era Anita Perichon —contradijo Melody, movida por los celos, pues había escuchado a Melchora Sarratea cuando mencionaba que Blackraven y la mujer de Thomas O’Gorman habían sido amantes.

—No tiene tu porte ni tu cabellera de diosa pagana. Ninguna mujer del salón se comparaba a ti, Isaura. Ninguna mujer que conozco se compara a ti. Tú eres única. He recorrido el mundo y visitado lugares exóticos, he visto increíbles fenómenos y conocido a personas muy interesantes. Sin embargo, el día en que te vi por primera vez me dejaste boquiabierto. Tú eres única —repitió, mientras la besaba en los hombros.

Melody sonrió, aunque sus labios pronto abandonaron la sonrisa para entreabrirse y dejar escapar un quejido cuando los dedos de Blackraven le apretaron los pezones y él comenzó a refregarse en su trasero.

—¿Sabes? —dijo él—. Deseaba que la tertulia terminara porque sólo pensaba en hacerte esto. Te has vuelto mi obsesión.

—Soy tu vicio —le recordó Melody.

—Mi vicio, sí, tú eres mi vicio, algo de lo que no puedo prescindir para vivir.

Comenzó a quitarle la bata, y ella se movió para facilitarle la tarea. Con una mano impaciente, él empujó las bolas hacia los extremos y la obligó a recostarse sobre la pana verde. Aún llevaba el camisón, el de fino linón que le había comprado en la ciudad. Deslizó la mano por la cara interna del muslo de Melody hasta alcanzar la húmeda tibieza de sus labios.

—Roger —balbuceó, al asalto de una inesperada corriente de placer.

Blackraven le quitó el camisón, dejándola desnuda sobre la mesa. Guardó un silencio reverente mientras admiraba su piel surcada por venas azules y el níveo cutis en contraste con el rojo de sus labios. No la asustó la gravedad de esa mirada ya que había cierta vivacidad en sus ojos azules, un brillo peculiar que decía que, más que serio, estaba extasiado. Blackraven le rodeó los tobillos y la obligó a levantar las piernas y a apoyar los pies sobre el borde de madera.

—Separa los talones —le indicó.

Primero lo sintió en su vientre, después le pareció que le besaba el pubis y que le olía el vello. Medio se incorporó, asustada y escandalizada, al percibir la boca de Blackraven entre sus piernas. La renegrida cabellera de él le bañaba los muslos. Se quedó muda, confundida, tratando de entender lo que estaba viendo. Esa práctica debía de ser pecado. La avergonzaba.

—Roger, no —y, con una mano, trató de apartarlo.

Él la ignoró y siguió hurgándola con la lengua. Un espasmo la devolvió sobre la mesa cuando los labios de Blackraven envolvieron y succionaron el pequeño bulto que la hacía gritar. Frenética de placer, Melody gemía, se aferraba a las troneras y movía la cabeza de un lado a otro, el cabello ocultándole la cara. “Busca volverme loca”, pensó, y se imaginó sobre la mesa de billar, en aquella postura humillante, la cabeza de Blackraven hundida entre sus piernas, los gemidos que ella profería y los ruidos que él hacía con la boca, y le dio por reír al pensar en la mueca de la señorita Béatrice si acertase a entrar en aquel instante.

Él la abría con los dedos y la penetraba con la lengua, lamía los pliegues de su carne, y volvía a chupar. El placer era tan acendrado que pronto la despojó de cualquier pensamiento que no fuera la intimidad con ese hombre. Se curvó, como si le ofreciera los pechos, y se aferró a la cabeza de Blackraven buscando intensificar aquella confluencia de energías poderosas. Respondiendo a su súbito ardor, las manos de él se deslizaron bajo sus glúteos para atraerla y profundizar la penetración.

Melody se mordió el puño cuando la envolvió aquella oleada de placer devastadora, y enseguida sintió el peso de Blackraven que se inclinaba sobre ella, le apartaba la mano de la boca y la besaba, con labios mojados y calientes, compartiendo con ella su propio sabor. Quedó laxa, los ojos cerrados, la boca entreabierta, los puños aún apretados; sus piernas se resbalaron hasta colgar de la mesa, descansó los brazos en cruz sobre la pana y dejó caer la cabeza a un costado. Entremezclado con su propio jadeo, le pareció escuchar el golpe de la hebilla del cinto de Roger contra la madera y el roce de la tela de sus pantalones cuando se los bajaba. Sintió después el imperio de sus manos que la tomaron por la cadera y la acomodaron cerca del borde. La penetró con gentileza, y las palabras que le dirigió se entrecortaron a causa de breves agitaciones que lo asaltaban.

—Así es —la alentó—, relájate para que pueda entrar completo dentro de ti. Estás tan tibia y apretada. ¡Qué difícil es dominarse contigo! —Retuvo el aliento y apretó los ojos hasta lograr el dominio—. Nunca he deseado a una mujer tan intensamente. Isaura, mi amor. —Se frenó, soltó el aire y volvió a hablar—. ¿Puedes sentirme? Siénteme entrar dentro de ti, Isaura, quiero llegar profundo dentro de ti. Dime si te hago daño.

Ella no participaba. Desmadejada y sin fuerzas, se dejaba tomar y besar. Blackraven le levantaba las piernas, le apretaba la carne de los muslos, se hundía dentro de ella y la llenaba.

—Isaura, mírame.

Melody abrió los ojos y le acarició las ásperas mejillas.

—Estás temblando.

—Sí —admitió Roger—. Ya te dije que me vuelves loco.

Levantó las piernas, ajustó los pies en la espalda de Blackraven y comenzó a

menearse en armonía con las acometidas de él, que adquirieron un ritmo salvaje, como si nunca llegara a penetrarla lo suficiente.

—¡Isaura! —exclamó, y lo repitió hasta que sus palabras se convirtieron en roncos gemidos que se mezclaron con los de Melody.

Después de aquel orgasmo, no hubo momento de relajación. Permanecieron quietos, tensos, aferrados uno al cuerpo del otro, él todavía dentro de ella, las respiraciones agitadas golpeando sus pieles húmedas, las piernas de Melody cruzadas en la espalda de Roger y sus brazos apretados en torno al cuello de él.

—No puedo retirarme de ti ahora. No aún.

—No lo hagas —le pidió ella—. No soporto la idea de separarnos. —Le pasó los labios por la cara y, al oído, le susurró—: Te amo, Roger Blackraven.

—Me has hecho gozar el orgasmo por el que todo hombre daría la mitad de sus bienes.

Blackraven rió de dicha y la besó en las mejillas, en los párpados, en los labios.

—Pocas veces te vi reír. Y me gusta cuando lo haces. Eres tan hermoso. Me cuesta creer que seas mío.

Blackraven pareció desestimar su escrúpulo. Se incorporó y la ayudó a levantarse. Melody se quedó sentada en el borde de la mesa mientras él se abrochaba el pantalón.

—¿Eres mío, Roger? ¿Sólo mío? —insistió, y enseguida se puso colorada—. Tus invitadas de esta tarde... Esas señoras... pues algunas de ellas te deseaban, lo sé. Ana Perichon es muy delicada, ¿no crees? Parece una muñeca.

Blackraven echó la cabeza hacia atrás y explotó en una carcajada.

—Recuerdo cómo solía sacarte de quicio apenas nos conocimos. Ahora eres tú quien me fastidia. ¿De qué ríes?

—Estás celosa, y eso me complace. Dime, ¿quién anduvo hablándote pestes de mí? ¿El mastuerzo de Covarrubias? ¿Qué te dijo para predisponerte en mi contra? ¿Te habló de nuevo de amor? ¿Se atrevió después de saber que eres mi prometida?

—No —le mintió—. Se limitó a asegurarme que eras un mujeriego y un libertino, pero eso yo lo sabía. A mí no me causa gracia alguna escuchar decir a Melchora Sarratea, que te contempla con cara de bobalicona y agita sus pestañas cada vez que la miras... Sí, es cierto, no te hagas el tonto. En fin, ella asegura que tú y Ana Perichon fueron amantes.

Aunque no tuvo reparos en sacar a colación el amorío de Blackraven con la esposa de O’Gorman, al pensar en doña Bela se sintió incómoda y supo que no se lo mencionaría, como si el asunto fuera demasiado perverso para tomarlo a la ligera. Por instinto concluyó que así como el devaneo con Ana Perichon carecía de importancia, el amorío con la mujer de Valdez e Inclán revestía un carácter distinto.

Blackraven levantó el camisón y la bata del suelo y la vistió como si se tratase de una niña.

—Eres demasiado joven e inocente —apuntó— para comprender que esto que tenemos, esto tan profundo y verdadero que sentimos el uno por el otro, está más allá de las frivolidades que mencionas. Ni la belleza cuenta ni el refinamiento ni la casta social. Ni siquiera mi pasado. Aquí sólo contamos tú y yo, Isaura y Roger, desnudos en cuerpo y alma, compartiendo una intimidad plena que pocos han llegado a conocer. ¿Entiendes que mi amor por ti es un tesoro de valor inconmensurable que no arriesgaría por nada ni por nadie?

Melody levantó la mirada y se encontró con los ojos de Blackraven. No había dureza en su expresión, más bien pesar.

—Roger, lo siento.

—No vuelvas a dudar de mí.

La calzó antes de ayudarla a bajar de la mesa. Él cambió el gesto, le acarició los hombros y se inclinó para hablarle.

—El aire está estancado en esta habitación y el calor resulta agobiante. Me apetece un baño en el río. Acompáñame.

—No sé nadar.

—No importa. Yo soy buen nadador. Aprendí en aguas turbulentas. Créeme, Isaura, nada te sucederá si estás conmigo.

Aunque no la atraía la idea de sumergirse en las fangosas profundidades del Plata, asintió y caminó junto a él en esa noche de luna llena. Mientras se dirigían a la barranca tomados de la mano, conversaban con tranquilidad, y Melody tuvo la impresión de haber conocido a ese hombre toda su vida. Lo miró de soslayo y se dio cuenta de que la fortaleza de él la hacía sentirse confiada en medio de ese paraje desolado.

—Quiero que sepas —dijo Blackraven— que además de intercambiar lánguidas miradas con Melchora Sarratea, esta tarde cumplí uno de tus deseos. Finalmente llegué a un acuerdo con Warnes y le compré la familia de esclavos.

Melody lo detuvo y le arrojó los brazos al cuello. Él la levantó en el aire y la hizo dar vueltas.

—Así que deberé comprar la mitad de la población negra de Buenos Aires para que mi mujer me demuestre un poco de cariño.

—¡Gracias, amor mío! ¿Cuándo los traerán? ¿Cuándo llegarán?

—En unos días, supongo, cuando la papeleta quede resuelta. Vivirán en la casa de San José, donde pronto se llevarán a cabo algunas reformas. Dice Warnes que Ovidio, el esclavo, es un buen escayolista. Será útil en San José, entonces.

Alcanzaron la orilla y se mojaron los pies. Melody admitió que el agua estaba deliciosa, y se quitó la bata y el camisón mientras Blackraven se despojaba de sus botas y de los pantalones. Cuando ambos quedaron desnudos, él la tomó por los hombros y la pegó a su pecho.

—Amo el contacto de nuestras pieles y el olor que se les impregna después de habernos amado.

La cargó en brazos y se adentró con ella en el río. En las partes más profundas, Melody se trepaba a la espalda de Blackraven y, tomada de su cuello, chapaleaba para ayudarlo con el peso. Donde Melody hacía pie, jugueteaban y se arrojaban agua, se abrazaban y se besaban. Él desaparecía de la superficie y la asustaba acariciándole el trasero, y también le gustaba sostenerla en brazos, con las piernas de ella ajustadas a su cintura, y girar y girar, como si bailaran el vals.

—Tienes frío —señaló Blackraven—. Vamos, ya es tiempo de salir.

Melody corrió, instándolo a atraparla. Él estuvo sobre ella en dos zancadas, y rodaron sobre la marisma como un solo cuerpo. Melody se acercó al oído de Roger y le dijo:

—Quiero hacerte lo mismo que tú me hiciste sobre la mesa de billar. Quiero sentirte en mi boca, conocer tu sabor. ¿Es eso posible? ¿O se trata de una práctica que sólo los hombres les hacen a las mujeres?

—Me volvería loco de excitación si lo hicieras, pero quiero saber si es tu deseo. No te obligues a complacerme de ese modo.

—Deseo hacerlo con todo mi corazón. Aunque temo que no sé cómo. ¿Y si no logro complacerte?

Blackraven le sujetó la mano y la guió hasta su sexo.

—Tócalo. Siente cómo está. Sólo con mencionar que deseas satisfacerme de ese modo has conseguido ponerme así. ¿Qué no lograrías con tu lengua y tus labios?

Pabló abandonó la tienda que compartía con Tommy Maguire y caminó para alejarse del ruido y del calor del campamento de troperos. En su prisa por ganar la paz de la noche, trastabilló varias veces y profirió insultos, algo que no acostumbraba. Ese día, su carácter se había alterado por completo y, de apacible y callado, se había convertido en un intratable capaz de golpear a quien se interpusiera en su camino. A Tommy Maguire, para empezar, que, desde la desaparición de la medalla y la cadena de oro, lo importunaba con un humor de perros. Tommy insistía en que no lo lamentaba por el valor material de la joya sino por el sentimental ya que era el único bien que le quedaba de Lastenia, su madre. Algo supersticioso, lo consideraba un mal augurio y hablaba de posponer el ataque a los asientos negreros.

Ante esa idea, Pablo se le opuso por primera vez en años. Hacía meses que planeaban el golpe, no tirarían por la borda semanas de adiestramiento y planes a causa del robo de una simple medalla que en nada se relacionaba con los acontecimientos del futuro. Llevarían a cabo el ataque y se harían de un buen botín que los ayudaría a salir de pobres. Ya no toleraba llevar esa vida nómada, plagada de carencias y miserias. Por demás contaba Melody, a quien se había propuesto recuperar. No lo haría vistiendo harapos y conduciendo una carreta.

Alcanzó las estribaciones del Retiro, la propiedad donde ella trabajaba. Subió la barranca y contempló la mansión. En alguna de esas ventanas descansaba Melody. Lo sorprendió una añoranza por el pasado que le llenó los ojos de lágrimas. Se volvió hacia el río, buscando apartarse de las imágenes de *Bella Esmeralda*.

Avistó a alguien en la playa. En realidad, había dos personas allí, una pareja de esclavos amantes, acostados sobre la marisma. Chasqueó la lengua y se dispuso a retirarse. Ni de chico le había gustado husmear en la intimidad ajena. Volvió a mirar; algo en aquella mujer atrapó su atención. Con sigilo, buscando mimetizarse en la oscuridad, descendió por la barranca hasta alcanzar una maleza donde ocultarse.

La mujer se hallaba a horcajadas de su amante y, con el torso inclinado, parecía deleitarlo al lamerle las tetillas. El hombre se contorsionaba y gemía y apoyaba sus manos sobre la espalda de ella. La mujer se incorporó y, al llevar la cabeza hacia atrás, su larga y espesa melena se derramó sobre las piernas del hombre. La luz de la luna dio de lleno sobre los bucles cobrizos que Pablo habría conocido entre miles.

Cayó de rodillas y se cubrió la cara con las manos, de repente mareado y descompuesto. Sollozó el nombre de Melody, agitando la cabeza, apretando los ojos. No quería volver a mirar, sabía que no debía hacerlo, por su bien, por el de ella. Una curiosidad malsana lo llevó a apartar las manos y observar aquel espectáculo, su delicada Melody sometida a la lascivia de ese aristócrata inglés, decadente y corrompido, que la obligaba a lamerlo en sus partes íntimas. Eso era cosa de putas. Se notaba su impericia; él, sin embargo, estaba enloquecido de excitación. ¿Cómo lograría extorsionarla? ¿Con qué la habría amenazado para forzarla a ese acto aberrante? Había sido un estúpido al no reparar en la pretensión de Blackraven sobre Melody la noche del establo. Lamentó no haberlo matado con aquel puntazo.

Debería intervenir y arrebatársela de las manos de ese sucio inglés, pero no tenía valor. Le pareció que Blackraven era un contrincante invencible. Pablo lo había visto en aquella sola ocasión, la del establo, oculto tras el almiar, y todavía recordaba cómo lo había impresionado. El inglés parecía envuelto en un aura intangible de peligro y violencia.

Al dolor se sumó la humillación por la cobardía. Ciego de ira e impotencia, comenzó a barajar las posibilidades. Blackraven estaba desnudo e inerme; él, en cambio, llevaba un puñal en la faja; quizá no se tratara de un dislate hacerle frente si lo tomaba por sorpresa. Se puso de pie y desenvainó el arma cuando la orden de Blackraven lo alcanzó con nitidez.

—¡Isaura, detente! No explotaré en tu boca.

La asió por las caderas, la levantó en el aire y la hizo deslizar por su miembro erecto con un gemido ronco. Melody lanzó un quejido que no pareció de dolor y enseguida pronunció las palabras que se clavaron como espadas en el pecho de Pablo.

—¡Roger, amor mío!

La imagen de aquella magnífica y desconocida mujer que se mecía sobre la pelvis de ese hombre, hacia los costados, hacia atrás y hacia delante y que actuaba como poseída por un demonio, lo dejó boquiabierto. Ésa no era su dulce e inmaculada Melody. Blackraven la tocaba en todas partes, el frenesí de sus grandes manos reflejo del delirio que lo dominaba. Lo dobló la pena y se quedó allí, de rodillas, la cabeza echada hacia delante, el puñal aún en la mano, llorando.

Capítulo XX

Después del desayuno, Blackraven le indicó a Béatrice que deseaba hablar con ella a solas. La mujer apenas asintió, impartió algunas órdenes a las esclavas y lo siguió con aire de gran dignidad. Melody observó que lucía trasnochada, los bonitos ojos celestes enmarcados por círculos violeta. Ella, que tampoco había dormido mucho, se sentía plena y vital, y deseaba volver a sus actividades.

—Pasa, Marie —indicó Blackraven—. Luces cansada. ¿No has dormido bien?

—Hacía demasiado calor —se justificó.

—Ayer desapareciste de la tertulia. Después te mandé llamar —dijo, con tono de reproche—. Necesitaba hablar contigo.

—¿No te explicó Trinaghanta que ya estaba en cama, con una terrible jaqueca?

Blackraven asintió y le indicó el sofá. Se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros.

—¿Cuándo has dejado de confiar en mí, Marie?

—¿De qué hablas, Roger?

—Hablo de que algo te perturba e inquieta, y tú demoras en decírmelo. ¿O quizá tu intención es ocultármelo?

Béatrice bajó la cabeza y negó.

—Pensaba decírtelo hoy mismo. Roger, querido, has encontrado a mi hermano. Has encontrado a Luis XVII, rey de la Francia.

A ojos vistas se notaba la conmoción de Blackraven. Aunque había esperado ese momento —albergaba pocas dudas respecto de la identidad del joven Désoite—, la confirmación de su prima Marie implicaba la culminación exitosa de un proceso comenzado años atrás cuando, de algún modo, recuperar a sus primos, más allá de la política y de los intereses de la Corona Británica, significaba recuperar parte de su pasado.

—¿Estás segura?

—Absolutamente. Creo que tú también lo has estado todo este tiempo.

—Sabes que cuando me separaron de vuestro lado —le recordó Blackraven— Luis Carlos ni siquiera había nacido. Sólo contaba con tus memorias, necesitaba tu confirmación.

—La tienes, querido. Hemos recuperado a Luis Carlos.

Se abrazaron en silencio.

—Marie —dijo Blackraven—, debes perdonarme por haberte ocultado mis sospechas acerca de la verdadera identidad de Désoite. Entenderás que no quería influenciarte. Eras la única en quien podía confiar.

—Lo entiendo, Roger. No tienes que pedirme perdón. Tú no, querido, que eres nuestro salvador, el mío y el de Luis. —Le acarició la mejilla experimentando la

misma sensación de abandono y celos del día anterior—. ¿Cómo diste con él? ¿Cómo sospechaste que Désoite era mi hermano?

—Ah, Marie, es una larga historia llena de escollos, de idas y vueltas, de malentendidos, de impostores, de decepciones y traiciones. Pero un meticuloso trabajo de inteligencia fue achicando el cerco en torno a Désoite, el verdadero Luis. ¿Y tú, cómo has sabido que Désoite era tu hermano?

—Recordarás que apenas lo vi sufrí una fuerte impresión. Llámalo instinto, no sé, una voz interior me susurró que yo había visto esos ojos celestes y esos rizos rubios en otro tiempo. Me tomé varios días para conocerlo, para ganarme su confianza y conseguir que me contase de su pasado y de su persona. Le gusta dibujar, habilidad que ha tenido desde niño. Su carácter benévolo y alegre no ha cambiado con el tiempo, al igual que su salud y su apetito. La marca que tiene en su brazo izquierdo, una marca de nacimiento similar a una flor de lis, me confirmó que estaba frente a mi hermano perdido. Ayer, durante la tertulia, me encontraba de un ánimo peculiar y juzgué propicio revelarle que conocía su verdadera identidad.

—¿Cuál ha sido la reacción de Luis?

—Ha sufrido una fuerte impresión. Jamás esperó reunirse conmigo. Al confrontarlo, lo sometí a la prueba final. Le mostré esto. —Abrió la mano y le enseñó la miniatura de María Antonieta—. Enseguida le pregunté si recordaba el secreto que esta miniatura guardaba. Él, sin dudar, la dio vuelta, accionó este mecanismo y la abrió.

—¿A quiénes pertenecen? —se interesó Blackraven al ver los tres mechones.

—A mis hermanos y a mí. Mi madre jamás se separaba de esta miniatura. La llevaba prendida a su justillo, siempre. El día en que la condujeron a otra celda, el día en que la alejaron de tía Elizabeth y de mí en el Temple, cuando comenzó aquel infame proceso que culminó con su ejecución, ella me la entregó. Yo la he conservado como mi bien más preciado.

—Entiendo.

Guardaron silencio mientras contemplaban el pequeño retrato. Blackraven también pensaba en su madre y en cuánto había anhelado, durante los oscuros años de su infancia y su primera juventud, tener una imagen de ella. El dolor había dejado una honda marca en su corazón y en su carácter.

—Dime, Roger, ¿por qué tardaste tanto tiempo en traer a Luis a esta casa?

—Luis necesitaba habituarse a su nuevo destino. Además, yo consideraba que el momento no era adecuado. Al llegar a Buenos Aires, la situación difería ostensiblemente de lo que yo esperaba encontrar. Isaura y tú habían tomado las riendas y se habían rebelado contra mis indicaciones. Además, necesitaba tener la certeza de que Buenos Aires fuera una plaza segura para tu hermano.

—¿Lo es?

Blackraven hizo un gesto elocuente con las cejas y la boca, y Béatrice se llenó de miedo.

—Sí, creo que sí —le mintió para tranquilizarla—. ¿Has comentado con alguien acerca de la verdadera identidad de Désoite? —Béatrice negó con la cabeza—. Debes ser cauta, Marie, y proseguir con la farsa de que Luis es Désoite, un amigo mío.

—Ya veo —susurró, y no se atrevió a mencionar que esa tarde, después de misa, planeaba hablar con William Traver, que no había querido escucharla la tarde anterior.

—¿Qué futuro le aguarda a mi hermano, Roger? ¿Qué puede esperar de la vida?

—Eso depende de él. Si es su anhelo más vivo recuperar el trono de la Francia lo ayudaré, al igual que un grupo de monárquicos franceses y políticos ingleses interesados en restaurar a tu familia. No será fácil. Me atrevo a decir que será una lucha encarnizada que no sólo deberemos entablar con el actual emperador sino con tu tío, el conde de Provence, que echará mano a cualquier treta para que tu hermano no salga a la luz. Debes saber que él aspira a convertirse en Luis XVIII.

—¡Arpía! Él y el traidor de Felipe Igualdad. —Béatrice se refería al primo de su padre, el duque d'Orléans, llamado Felipe Igualdad por los revolucionarios, quien en 1793 había votado por la ejecución de Luis XVI—. Mi madre solía advertir a mi padre acerca de la verdadera índole de esas dos escorias. Pero él era demasiado benévolo y nunca los puso en su sitio.

—¿Sería de tu agrado que tú y tu hermano recuperasen el lugar que les corresponde como Borbones de la Francia? —Ella sacudió los hombros, con algo de resentimiento en el ademán—. Debes saber, Marie, que Luis Carlos ha padecido mucho. Esos sufrimientos han moldeado su temperamento hasta llevarlo a pensar que él no es digno de ocupar el sitio que dejó tu padre.

Béatrice se cubrió el rostro y dejó escapar el llanto.

—¡Pobre hermano mío! ¿A qué crueldades lo han sometido? ¿Qué padecimientos ha sufrido? ¡Era tan pequeño y ya soportaba toda clase de maltratos!

—Con el tiempo —la consoló Blackraven— irá olvidando. Tú lo ayudarás. Por el momento, se quedará aquí con nosotros, en el Retiro, disfrutando de esta vida que parece agradarle. Mis hombres lo custodiarán como hasta ahora y ningún mal caerá sobre él.

—¿Crees que alguien atente contra su vida?

—No lo descarto, Marie. Como te dije, hay muchos interesados en que tu hermano no vuelva a aparecer. Al igual que yo contrataba gente para encontrarlo y protegerlo, otros contratarán gente para matarlo. —Béatrice se llevó la mano a la garganta y puso cara de espanto—. Marie, cálmate. Si te hablo con sinceridad es porque creo que eres demasiado inteligente para engañarte con mentiras piadosas. De todos modos, es mi deseo que no te inquietes por la seguridad de Luis. Mis hombres,

como ya te dije, lo protegen día y noche.

—Gracias, querido —y lo besó en la mejilla.

Blackraven decidió marchar hacia Buenos Aires sin despedirse de Melody; si lo hacía, terminaría llevándosela a la cama, olvidando las obligaciones en la ciudad. Le habló a Somar antes de partir.

—Necesito ver a Justicia una de estas noches, aquí, en el cuarto patio, a la hora de costumbre. —El turco asintió—. ¿Qué hay con Milton y Shackle? —Blackraven preguntaba por los marineros que custodiaban a Luis.

—Se turnan para la vigilancia.

—Quiero que envíes mensaje a la Ensenada de Barragán. Necesitaré algunos de mis hombres aquí, la mayor cantidad de la cual el contraamaestre pueda prescindir. Este lugar es inmenso y debemos redoblar la custodia. ¿Dónde está Isaura?

—En la sala de estudio, con los niños y Luis.

—Dile que regresaré por la tarde.

Al llegar a Buenos Aires, Blackraven se dirigió a casa de su socio, Alcides Valdez e Inclán. Lo encontró guardando cama.

—O’Gorman —dijo Alcides en referencia a su médico— asegura que se trata de una indigestión debido a lo que comí y bebí ayer en el Retiro.

Blackraven asintió y le informó que iría a visitar las obras de la curtiembre.

—Si tengo tiempo antes de partir hacia el Retiro —añadió—, volveré para comentarte los avances. Quiero que envíes a Diogo a casa de Warnes para finiquitar la compra de esa familia de esclavos de la que te hablé ayer. Deberá llevarlos a la casa de San José. Ahora me marcho.

Al cerrarse la puerta tras Blackraven, Alcides se echó sobre las almohadas y lanzó una maldición. Debía admitir que, en los años que llevaban juntos, su socio se había equivocado sólo una vez: la noche en que se metió con su mujer.

Bela aguardaba a Blackraven en la sala. Le sonrió y enseguida le acarició las solapas de la chaqueta. Intentó besarlo, pero él apartó la cara.

—¿Cuándo me devolverás a mi hija mayor y a mi hermana?

—¿No preguntas por tu hija menor? Ella también es invitada en el Retiro.

—No. Quiero saber de Elisea y de Leonilda.

Blackraven sacudió los hombros.

—Ellas son libres de dejar el Retiro cuando deseen, aunque saben que pueden quedarse el tiempo que gusten. Entiendo que a Elisea le sienta el aire puro del campo. La ayuda en su convalecencia.

—¿No interfieren en tu asunto con la institutriz?

La apartó para seguir su derrotero. Bela caminó a su lado hasta la puerta principal.

—Magnífico aderezo el que lució miss Melody ayer en la tertulia, aunque lo

considero demasiado para una simplona como ella. A mí nunca me hiciste un regalo tan costoso, querido.

—Eso es porque nunca pensé desposarte. Buenas tardes, Bela —y salió a la calle.

—Eso está por verse —dijo la mujer en voz baja.

Escuchó los inconfundibles pasos de Cunegunda y, sin volverse, le ordenó:

—Dile a Sabas que lo siga. Quiero conocer todos sus movimientos.

Blackraven cabalgó por la calle Larga, la que conducía a la zona de las barracas, a orillas del Riachuelo, donde se hallaba su nueva curtiembre. Debido a las demoras, se habían contratado más alarifes, y el lugar era un gentío. Intercambió impresiones con el sobrestante y lo convocó para el día siguiente en la casa de San José. Le apremiaba iniciar la remozada. Después de la boda y apenas se sufrieran los primeros fríos invernales, dejarían el Retiro y se instalarían en la ciudad. Hacía días que estudiaba la conveniencia de pasar todo el año en el Río de la Plata, no sólo para evitar un desarraigo prematuro a Melody y a Jimmy, sino por sus negocios e intereses. El asunto de Luis XVII se sumaba a las circunstancias que lo empujaban a tomar esa decisión tan inusual. Él era, sobre todo, un corsario, y como tal nunca se demoraba mucho tiempo en el mismo puerto.

Cerca de las dos de la tarde, almorzó en casa de Manuel Belgrano, frente al convento de los dominicos. Los miembros varones de la familia Belgrano Peri pertenecían a la Tercera Orden de Santo Domingo y exigían en sus testamentos ser enterrados con el hábito de la misma.

Al igual que en las demás colonias españolas, en Buenos Aires el catolicismo se respiraba por doquier y, con sus fiestas y conmemoraciones, pautaba la vida de los porteños a la par de las estaciones. Las mujeres oían misa a diario, la del mediodía, ya que la de las seis de la mañana era para las clases bajas y los esclavos, y dedicaban gran parte de la jornada a las distintas plegarias, a tono con las campanadas de los conventos que marcaban las horas canónicas: maitines y laudes, a los que seguían las horas menores —la prima, la tercia y la sexta—, a continuación el Ángelus, la nona, las vísperas, las completas y el toque de ánimas, por las almas del Purgatorio. Las campanas sonaban también para anunciar los funerales de algún renombrado miembro del clero, y en caso de incendio o de invasión. Aunque en un principio el carillón componía un agradable atractivo, con el tiempo hasta llegaba a fastidiar.

Blackraven se decía que, de acuerdo con la devoción cristiana de los porteños, Buenos Aires debería de haber sido ejemplo de moralidad y buena conducta, lo que se daba de bruces con la mordacidad que usaban para referirse a Isaura, que sólo deseaba ayudar a los más débiles. La paradoja era burda.

Ese mediodía, a la mesa de los Belgrano, también se sentaron los Rodríguez Peña, el dueño del *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, Hipólito Vieytes, y el infaltable Juan José Castelli. En tanto duró el almuerzo, con platos que iban desde el

conejo, la carne vacuna, hasta una variedad de peces de río, acompañados con vinos cuyanos, no mencionaron las intenciones independentistas; comentaron sobre la tertulia del día anterior y, casi al final, sobre el desbaratamiento de un grupo de franceses con tendencias jacobinas que conspiraba contra la autoridad española. A Blackraven la palabra “desbaratamiento” le sonó ostentosa y, a pesar de que cada comensal narraba una versión distinta, simuló desconocimiento y se limitó a escuchar.

Después del almuerzo, ya en la sala, mientras fumaban y bebían bajativos, fueron al grano. La creación de una milicia se presentaba como una acción primordial en el plan para expulsar a los españoles del Plata.

—Conformar un ejército se convertirá en una empresa titánica —se desalentó Nicolás Rodríguez Peña, que pensaba en cuántos pesos debería desembolsar para financiarlo.

—Si bien no será tarea fácil —coincidió Blackraven—, creo que las circunstancias no pueden ser más favorables para encararlo en este momento cuando la España sufre una de sus crisis económicas más profundas en siglos y no envía ni un real para sostener a sus ejércitos coloniales. No es un secreto que Sobremonte se siente inquieto ante la falta de armamento y soldados disciplinados.

—No implicará una gran batalla deshacerse del virrey —apuntó Belgrano—. Con una pequeña milicia lo lograríamos. De todos modos —prosiguió—, desde la génesis de esta revolución debemos crear un brazo militar fuerte y numeroso ya que la reacción del rey podría ser violenta. Quizás una revolución lo sacuda del letargo en que se encuentra y decida desplegar todas sus fuerzas.

—Es una buena visión —admitió Blackraven—, aunque dudo que ése sea el caso. Los conflictos intestinos de la corte española lo mantendrán ocupado y no reparará en un levantamiento. Por ahora, Carlos IV debe lidiar con Godoy y el Príncipe de Asturias que no le dan tregua. Por supuesto que habrá una reacción, pero no será desmesurada. Bien organizados, podremos sofocarla. Insisto, señores, es el mejor momento. La coyuntura es ideal. No olvidemos —agregó— que la creación de la marina será impostergable también.

Hablaron de la forma de gobierno que seguiría a la expulsión del virrey. Belgrano volvió a declararse partidario de una monarquía parlamentaria como la de la Inglaterra, y aunque Blackraven coincidía en que se trataba de la mejor forma de gobierno, se preguntó quién, entre tanto criollo bruto, sería el rey y quién ocuparía las bancas de un parlamento. En cuanto al aspecto económico, Belgrano repitió los principios que sostenía desde su regreso de la España: libre comercio e impulso a la agricultura y las industrias. En este sentido, Blackraven no opuso objeción.

—¿Qué sabéis de las otras intendencias del virreinato? —preguntó, y el desconocimiento fue general.

Belgrano y Castelli balbucearon unos comentarios que, en definitiva, sirvieron para demostrar que nada conocían del interior porque nada les importaba. Castelli aventuró:

—Nos seguirán apenas sepan del golpe en Buenos Aires —y los demás apoyaron su juicio.

—Lo dudo —manifestó Blackraven.

—¿Lo duda? —se asombró Vieytes.

—De acuerdo con la información que poseo al respecto, la producción del interior es vendida casi en su totalidad a los porteños. Las intendencias, por lo tanto, viven de Buenos Aires. A pesar de competir con el contrabando, logran hacerse de los ingresos que les permiten subsistir. Ellos reaccionarán del mismo modo que los contrabandistas: se opondrán a la independencia porque necesitan del monopolio para seguir abasteciendo a Buenos Aires.

—Podrán abastecer a Buenos Aires igualmente —adujo Castelli.

—No, ellos saben que sus mercancías son de inferior calidad que las europeas y las asiáticas. Conocen también la preferencia de los porteños por los ultramarinos. Si el libre comercio se decreta, se decreta también su sentencia de muerte.

—¿Qué haremos, entonces? —se desazonó Nicolás.

—Armar un ejército suficientemente fuerte para controlar no sólo a Buenos Aires y a Montevideo, sino a las principales ciudades del interior.

Antes de despedirse, acordaron una nueva reunión a corto plazo. A la sazón, Blackraven, basándose en su experiencia militar, habría elaborado un informe acerca de la milicia y la marina ideales. Nicolás Rodríguez Peña, miembro del Regimiento Fijo de Caballería desde 1795, haría otro tanto. Se compararían los proyectos para tomar decisiones.

Su último compromiso de la tarde le llevó más de una hora. Martín de Álzaga lo recibió en su casa ubicada en la calle de la Santísima Trinidad en el barrio de Monserrat, a pocas cuadras de su tienda, un negocio de abarrotes bien provisto, con varios empleados.

Aunque en ocasiones pasadas le había expresado lo contrario, Blackraven sabía que Álzaga no se interesaba en la producción del Retiro. En realidad, lo atraía su flota, capaz de trasladar mercancía de los puertos europeos, asiáticos y africanos más ricos. Incluso sospechaba la codicia del vasco por la estratégica ubicación del Retiro, a orillas del Plata, lejos de la custodia de la Aduana. ¿Sabría que la propiedad contaba con pasajes secretos que, bajo tierra, unían vastos depósitos con la orilla del río, depósitos capaces de albergar miles de bultos y toneles, incluso seres humanos?

La incipiente relación con Martín de Álzaga presentaba sus pros y contras; entre los primeros se podía mencionar la posibilidad de enriquecerse gracias a las operaciones que, a diario, realizaba el vasco; en cuanto a los contras, perder la

confianza que, con trabajo, se había granjeado entre los criollos independentistas significaba un punto de capital importancia. Nadie desconocía la ojeriza que se tenían.

Álzaga le indicó el sillón a Blackraven mientras servía unas copas con oporto.

—Gracias —dijo Roger—. Excelente calidad —admitió.

Se preguntaba por cuál de los asuntos lo abordaría, por el de los criollos independentistas, el del Ángel Negro o el del negocio naviero.

—La señora Magdalena —Álzaga hablaba de su esposa— y yo hemos lamentado no haber concurrido ayer por la tarde al Retiro. Le agradezco la invitación, excelencia. Pero cuestiones de índole familiar nos han impedido concurrir.

Blackraven asintió y siguió bebiendo.

—Se trató de una reunión inusual para la época del año, pero muy entretenida según los comentarios de mis amigos. —Álzaga carraspeó—. Si los rumores son ciertos, excelencia, no querría dejar pasar la oportunidad para felicitarlo por su compromiso con la señorita Maguire. —Blackraven inclinó la cabeza en señal de agradecimiento—. La señora Magdalena opina que es una buena muchacha, muy caritativa.

—Es una valiosa opinión la de su señora esposa.

—Sí, lo es, excelencia. —Hizo una pausa, como si buscara las palabras, y prosiguió—: Creo que la juventud de la señorita Maguire la lleva a actuar, en ocasiones, de un modo un tanto... digamos... imprudente. —Blackraven levantó las cejas y puso cara de asombro—. Verá, excelencia, se trata de este incómodo asunto del Ángel Negro. Estoy convencido de que la señorita Maguire procede con la mejor intención. De todos modos, su comportamiento alborota a la negrada, los vuelve ariscos y pendencieros. Algunos se han puesto muy irreverentes con sus patrones y...

—¿Usted sinceramente cree que el accionar de la señorita Maguire está provocando entre los esclavos esto que vuestra merced me refiere? —El tono de Blackraven, entre amenazante, incrédulo y risueño, agitó el ánimo de Álzaga, haciéndolo sentir como un estúpido.

—Bueno... Por cierto, excelencia, algo está alborotando a la negrada. Los desafortunados sucesos acaecidos semanas atrás en la Real Compañía de Filipinas lo demuestran.

—No creo que se haya tratado de un ataque perpetrado por esclavos —se opuso Blackraven—. Un ajuste de cuentas con Sarratea, quizá. Según entiendo, los atacantes contaban con caballos y armas, algo que los esclavos están lejos de poseer.

Álzaga suavizó la mirada; le interesaba hacer negocios con ese inglés y no deseaba enfadarlo.

—Podría ser —admitió—. Han llegado hasta mí comentarios alarmantes acerca de esclavos que se enfrentan a sus dueños y los desafían.

—Será porque sus dueños los tratan como bestias. Ya todos conocemos la naturaleza mansa y sumisa de la mayoría de los africanos, pero todo tiene un límite. Cualquier criatura se rebelaría ante un trato vejatorio.

—Claro. De todos modos...

Blackraven dejó su silla y Álzaga se detuvo, abrumado por la robustez de ese hombre. “No tiene pinta de inglés”, meditó, y se puso de pie.

—Mire, Álzaga, mi prometida, la señorita Maguire, al mostrarse benevolente con los negros sólo manifiesta una cosa: ser una buena cristiana, con un corazón sensible y piadoso. En el tiempo que llevo en Buenos Aires, jamás la he escuchado mencionar a los esclavos la palabra libertad o rebelión. Ella sólo se limita a ayudarlos, a hacer su vida un poco más llevadera. Nada más —apostilló—. Me fastidia que, en una sociedad católica a ultranza como lo es la porteña, no se sepa apreciar a una cristiana que, al igual que el buen samaritano de la parábola de Jesucristo, se ocupa del bienestar de cualquiera, sin importarle la nacionalidad o el color de su piel. Ahora bien, si entre la negrada existen grupúsculos alborotadores tendrá que buscar en otra dirección. La señorita Maguire se pasa el día entre mis esclavos, ayudándolos y escuchándolos, y yo no he advertido ninguna señal de rebelión o insubordinación. Creo que eso es prueba suficiente para desbaratar su teoría.

—La contundencia de sus palabras me ha convencido —admitió Álzaga, y Blackraven prefirió secundar la farsa pacifista—. Le suplico que dejemos de lado este asunto. En realidad, me interesa discutir una cuestión más importante con usted, excelencia, si me concede otros cinco minutos.

—Adelante —dijo Blackraven, y volvió a la silla.

—Se trata de su nueva curtiembre. Estoy interesado en comprar gran parte de su producción.

Se demoraron algo más en las cuestiones de negocios.

Los días siguientes, Blackraven necesitó pasar la mayor parte del tiempo en la ciudad, aunque por la tarde volvía al Retiro para estar con Melody. Ese jueves había sido una jornada dura, con complicaciones en las obras de la curtiembre que terminaron en una discusión con el arquitecto, y una visita inesperada de Álzaga y Santa Coloma para proponerle un negocio de importación de muebles.

En su camino de regreso, le volvieron a la mente los mensajes cifrados de Traver, que estaban dándole problemas. Quizás había perdido la habilidad para decodificarlos o se trataba de una nueva técnica a prueba de espías. Pensó en Marie y en el afecto sincero que la unía a ese hombre. Desde pequeña, había sufrido tantas decepciones que no se atrevía a prohibirle seguir adelante con Traver. Pero William Traver no era William Traver ni era escocés. No habría modo de evitar que Marie saliera herida.

Entró en su propiedad y divisó a lo lejos, cerca del campanario, a Luis y a los niños y se acercó al trote ligero.

—Excelencia —dijo Luis, y se inclinó.

“Pensar que eres el rey de la Francia y te inclinas ante mí”, caviló Blackraven, mientras desmontaba. Se inclinó a su vez y, con una mirada significativa, le dio a entender el respeto que le inspiraba. Luis sonrió con calidez.

Los niños le enseñaron sus acuarelas. Jimmy poseía un gran talento. Le revolvió el cabello en una torpe caricia, y las mejillas del muchacho se motearon de púrpura.

—Señor, ¿cuándo me enseñará a montar? —quiso saber Víctor—. Miss Melody podría hacerlo, pero no quiere enseñarme sin su autorización.

—A mí también me gustaría aprender —manifestó Angelita.

Blackraven estudió la actitud de Jimmy por el rabillo del ojo. Montar era de las actividades que jamás podría realizar sin poner en peligro su vida.

—Ya veremos —dijo.

—Mi hermana podría enseñarles con Fuoco si su excelencia no tiene tiempo —propuso Jimmy—. Ella es una gran jineta.

—Lo sé, Jimmy. Hablaré con la señorita Isaura y arreglaremos el tema de las lecciones de equitación. —Los niños manifestaron su alegría—. Ahora sigan con las lecciones de dibujo. No hagan perder el tiempo al señor Désoite.

Rumbo a la casa, pasó cerca de Milton que, apoyado en un árbol, montaba guardia a varas de Luis. Blackraven lo saludó y el marinero se quitó la boina.

—Capitán Black —dijo—. Gusto de verlo.

—Lo mismo digo, Milton. Días atrás envié por más hombres para la vigilancia.

—Somar nos comentó su decisión a mí y a Shackle esta mañana. Se lo agradecemos, capitán. Este sitio es muy extenso.

Al entrar en la casa, su ansiedad comenzó a transformarse en ira cuando, al preguntar por Melody, la negra Siloé le informó que había bajado al río, con las lavanderas. Miora, que le temía hasta el punto de perder el habla, se quedó mirándolo sin pestañear.

—¿Qué sabes tú que me miras de ese modo?

—Miss Melody no fue al río por su voluntad —farfulló—. Vinieron a buscarla.

—¿Cómo es eso? Explícate.

—Una de las lavanderas está en problemas —intervino Siloé— y pidió por miss Melody. Por eso vinieron a buscarla, amo Roger.

Blackraven masculló un insulto en inglés, se quitó la chaqueta y la arrojó en una silla. Salió dando zancadas en dirección al río, algo inclinado hacia delante, con la vista fija en el suelo. Los esclavos, que terminaban la jornada, se apartaban y lo contemplaban con miedo. La ira lo dominaba y negros pensamientos ocupaban su mente. Así como la había amado hasta el extremo la noche anterior, en ese momento deseaba matarla. Le había prohibido que regresara a ese lugar, y ella osaba desobedecerlo, poniendo su vida en peligro una vez más.

Las lavanderas habían dejado sus bateas y tablas para arracimarse cerca de unas piedras cubiertas por sábanas. Estiraban el cuello y cuchicheaban. A medida que Blackraven se aproximaba lo alcanzaban unos alaridos de dolor. Se abrió camino entre las filas de esclavas.

—¡Isaura! —vociferó, al verla acuclillada junto a la sufriente negra.

Melody se puso de pie de un salto y lo miró con pánico y desconcierto. Blackraven la observó de la cabeza a los pies. Tenía sangre por todas partes, en las mejillas, en la frente, su mandil estaba empapado, incluso oscuros manchones le salpicaban la falda.

—Isaura —repitió, casi en voz baja.

Melody se movió hacia un costado y le señaló a la parturienta en el suelo. La imagen lo sobrecogió. La mujer, echada sobre un cuero, con las piernas abiertas, estaba desangrándose. Un recuerdo que siempre intentaba olvidar lo golpeó como una cachetada. Se puso rígido y apretó los puños.

—Roger —gimoteó Melody—, por amor de Dios, ayúdala.

Levantó a la muchacha del suelo sin esfuerzo, pues, no obstante su embarazo, no pesaba mucho. “¡Dios mío!”, exclamó. “Es apenas una niña”. No tenía más de quince o dieciséis años.

—¡Miss Melody! —gritó la muchacha, y estiró la mano.

Melody se la sujetó de inmediato, trotando para acompañar el paso de Blackraven, que ya se dirigía hacia la barranca. Atrás quedaban las lavanderas, azoradas.

—Tranquila, Polina, aquí estoy, a tu lado. Confía en él. Quiere ayudarte.

Blackraven sabía que si no detenían la hemorragia la muchacha pronto quedaría exangüe. La vida se escurría de su cuerpo como una cálida humedad que le mojaba los brazos y le empapaba la camisa blanca. Trinaghanta no sabía qué hacer. Debía tomar una decisión antes de llegar a la casa. Se preguntó a qué médico convocar cuando la mayoría se negaba a atender a los esclavos. Para eso existían los curanderos o quimbotos. “¡Samuel Redhead!”, exclamó para sí, y un nuevo impulso lo hizo correr el último trecho.

Gritó el nombre de Siloé, quien se asomó a la puerta y, sin hacer preguntas, le indicó el camino a su pieza. Acomodó a la muchacha, ya inconsciente, en el camastro de la cocinera y enseguida ordenó a Miora que fuera por Trinaghanta. Salió al patio y llamó a Servando.

—Mande, amo Roger —dijo el yolof.

—Sígueme.

Se adentraron en la casa. Rara vez Servando lo hacía, lo tenía prohibido a menos que se lo indicaran. En el pasillo, rumbo al despacho de Blackraven, se topó con Elisea y la señorita Leonilda.

—Vayan a la pieza de Siloé —les ordenó Roger, sin detenerse—. Quizá vuestra ayuda sea requerida. Pasa, muchacho —dijo a continuación.

No había tiempo que perder. Sacó un pedazo de papel, encendió su yesquero, derritió un poco de lacre e imprimió su sello, el del águila bicéfala, símbolo de los Guermeaux.

—Tomarás mi caballo, que es el más rápido, y volarás a la ciudad. Irás a casa de la viuda de Olazábal, en la calle de la Santísima Trinidad.

—La conozco, amo Roger. —Solía ir a esa casa donde le compraban achuras y cortes de carne.

—Bien. Pedirás por el doctor Samuel Redhead, que se hospeda allí, y le entregarás esto. Dile que es de vida o muerte.

El esclavo se retiraba cuando Blackraven lo detuvo.

—Llévate a Fuoco para el doctor Redhead.

Servando corrió hasta el establo. Blackraven, mientras tanto, se tomaba una copa de brandy antes de regresar a la pieza de la cocinera.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Somar, al verlo beber de ese modo.

—He cargado hasta la pieza de Siloé a una de las lavanderas. Estaba desangrándose en la playa mientras daba a luz. Había sangre por todas partes.

—Eso se puede ver —comentó el turco, y señaló la camisa y los pantalones de Blackraven—. Supongo que miss Melody está detrás de todo esto.

—Sí. Fui a buscarla a la playa con ganas de estrangularla por haberse escapado de nuevo y allí la encontré, circundada por las lavanderas, de rodillas junto a la pobre diabla que paría, tomándole las manos. ¿Qué hacer? Me pidió ayuda, desesperada, como si de su hermana o de su propia madre se tratara.

Esa locuacidad no era propia de Roger. Somar advirtió que el espectáculo lo había afectado más de lo que deseaba admitir. Sin duda, la vista de la muchacha en trabajo de parto le había removido viejas memorias.

—Iré a ver cómo se las arreglan Isaura y Trinaghanta. Tú quédate cerca de la entrada principal. Samuel llegará en un rato. Servando fue a buscarlo.

—¿Samuel Redhead? —Blackraven asintió—. Creo, entonces, que la muchacha tiene esperanzas.

De vuelta en la pieza, le pareció que había demasiada gente. Les ordenó a Miora, Elisea y Leonilda que se marcharan. La esclava había vuelto en sí; tenía un aspecto alarmante, la piel de su rostro había adoptado un color grisáceo, al igual que sus labios, y respiraba con un silbido. Trinaghanta lo miró para darle a entender que nada podía hacer.

—Ya mandé por un médico —le informó.

Melody apretaba el bajo vientre de Polina en un elemental torniquete, y Blackraven notó que le temblaban las manos.

—Siloé —dijo—, ayuda a la señorita Isaura que ya no tiene fuerzas para seguir apretando.

Posó su mirada en Polina, que se mordía los labios para no gritar de dolor, avergonzada por la presencia de ese hombre.

—Pronto estarás bien, muchacha. Un doctor viene en camino —la animó, y salió de la pieza.

Ya oscurecía. Se quedó junto a la contraventana de su despacho, contemplando el parque del Retiro, pensando. Una hora más tarde, Somar le indicó que dos jinetes se aproximaban. Él mismo abrió la puerta principal. Redhead, de pie en el pórtico, advirtió su camisa ensangrentada y se alarmó.

—¡Roger!

—No soy yo el herido —aclaró, con una mano en alto.

—¿De qué diablos se trata todo esto?

—Mejor lo ves tú mismo, Samuel.

Sin pronunciar palabra, se limitaron a marchar deprisa. En su camino hacia la cocina se cruzaron con algunas esclavas que encendían los candelabros de pared. Aunque Blackraven no deseaba entrar en la pieza de Siloé, lo hizo detrás de Redhead. El médico paseó su mirada por el pequeño cuarto y la detuvo en Melody, que le sostenía la mano a Polina, a la sazón, inconsciente de nuevo.

No necesitó explicaciones. Se lavó las manos en la jofaina, se calzó los lentes de cristales redondos y comenzó a impartir órdenes. A la negra de pañuelo rojo de pie en la cabecera le ordenó que hirviera agua y trajera sábanas y toallas limpias. Se dirigió a Trinaghanta, la exótica esclava de Blackraven, que se manejaba con soltura y cumplía sus órdenes en silencio. Podía entender por qué Roger la mantenía a su servicio. Le entregó unas hierbas para un emplasto efectivo contra las hemorragias y también le indicó que preparase una infusión con una extraña raíz.

—Le devolverá el vigor para pujar —explicó en inglés.

Melody se sentía reconfortada y segura en la presencia de ese médico pelirrojo; los lentes le atenuaban la gravedad del gesto.

Polina despertó gracias a las sales que Redhead le pasó bajo las fosas nasales, bebió la infusión y recuperó un poco de fuerza, incluso llegó a sorber algunas cucharadas de agua con miel.

—Ánimo, muchacha —dijo el médico.

—Cuando termines, Samuel —expresó Blackraven—, te estaré esperando en la sala con la cena.

“Samuel”, repitió Melody. Debía de tratarse de Samuel Redhead, el médico de quien Papá Justicia le había hablado, “el de la cabeza como el fuego”. Simpatizó con ese hombre que, en ocasión del desastre del barco negrero de Álzaga, *El Joaquín*, había concurrido a inspeccionarlo en nombre del Protomedicato, arriesgándose a

alzar una voz a favor de los esclavos y en contra del trato vejatorio que les imponían. Sin duda, aquel día se había ganado un influyente enemigo.

El parto fue largo y penoso. La lavandera se aferraba a ambas manos de Melody con tal vigor que le clavaba las uñas, lastimándola. Había sangre por doquier, las sábanas se habían encharcado, incluso los lentes del médico estaban salpicados. Nadie albergaba esperanzas, ni por el niño ni por la madre, aunque cierta decisión en el semblante de Redhead le transmitía paz a Melody.

Con un grito de profundo dolor, Polina dio a luz a un niño, que emitió un chillido similar al de un gatito. Ambos, la madre y el recién nacido, estaban exhaustos. Redhead acercó el bebé a su madre, que lo besó en la frente sucia y viscosa antes de desvanecerse.

Entre Melody y Trinaghanta se ocuparon de asear al pequeño y envolverlo en improvisados pañales y mantas. No tenía buen semblante. Melody lo acurrucó en su pecho y lo besó en la frente.

—Temo, señorita —dijo Redhead—, que ni el pequeño ni su madre pasen la noche.

Los ojos de Melody se llenaron de lágrimas.

—Gracias, doctor.

Redhead abandonó la pieza. En la pieza contigua se topó con Béatrice, quien se ocupó de entregarle lo necesario para que se higienizase.

—Cuando su merced termine, lo acompañaré al comedor. Su excelencia aguarda con la cena.

—Gracias —replicó Redhead, en un modo cortante.

En tanto, Melody pensaba: “Debería bautizarlo”. Lo acomodó junto a su madre, aún dormida, y lo arropó.

—Te llamarás Rogelio, por Roger, a quien, quizá, si Dios quiere, le debes la vida.

Después se arrodilló junto al camastro, se hizo la señal de la cruz y se mojó la mano en la jofaina. Derramando unas gotas sobre la frente del bebé, musitó:

—Rogelio, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Que Dios y la Virgen te bendigan, a ti y a tu madre.

Miora y Trinaghanta se ofrecieron para cuidar a Polina y al bebé. Melody salió al cuarto patio por un poco de aire. Allí se habían reunido los esclavos en torno a Papá Justicia que agitaba su bastón de quimboto y salmodiaba en una extraña lengua. En la otra mano sujetaba una muñeca de trapo envuelta en un pedazo del chal de Polina que había quedado en la playa.

No era la primera vez que Melody presenciaba esos ritos tan peculiares, que por momentos adoptaban un ritmo frenético. Estaban prohibidos, al igual que los candombes, y se preguntó qué diría Blackraven si los pillase. Aunque mostraba cierta inclinación por la fe católica, se notaba su incredulidad, por lo que Melody concluyó

que Roger dejaría a los africanos tener su fiesta en paz. Se quedó en silencio con la vista al piso, meditando que si la raptasen y la obligasen a profesar otro credo, ella seguiría sintiéndose cristiana.

Terminada la ceremonia, los esclavos se congregaron en torno a Papá Justicia para hacerle pedidos o tocarlo. El quimboto los escuchaba con paciencia y les dirigía algunas palabras antes de despacharlos. Uno a uno, los negros volvieron a la barraca. Papá Justicia y Melody cruzaron una mirada.

—Papá Justicia.

El anciano le besó la frente.

—Querida niña —dijo.

—¡Qué propicio que te aparecieras esta noche! ¿Deseas ver a Polina?

—No, el quimboto de la cabeza como el fuego ya ha hecho todo por ella y su guachito. Ahora queda en manos de Dios y de la Virgen —expresó, como si fuera un piadoso católico.

—Había tanta sangre —se quebrantó Melody.

—Polina ha sufrido mucho, sin duda. Pero gracias a ti la ha atendido uno de los mejores médicos de la ciudad.

—Gracias al señor Blackraven —interpuso Melody.

—Lo ha hecho porque tú se lo pediste.

—Lo habría hecho sin que yo se lo pidiese. Roger —dijo, cayendo en el familiar trato— es un hombre de gran corazón.

—Claro que lo es —expresó el anciano—, por eso se ha ganado el tuyo, que es de oro puro.

—No quiero que Polina regrese a casa de su dueño, Papá Justicia. Es un mal hombre.

—Melody, no puedes salvar a todos los esclavos de la ciudad. Polina deberá regresar a casa de su amo.

—Le pediré a Roger que la compre.

—El amo Roger ha sido más que bueno contigo y te ha ayudado a salvar a muchos de los míos. Pero él no puede hacerse odiar por los porteños, mi niña. Debes entender eso. Él tiene asuntos importantes acá y no puede echarse a toda la ciudad en contra.

—¿Qué asuntos, Papá? ¿Con el señor Álzaga?

—¡Yo no sé naa de sus asuntos, mi niña! Sólo sé que el amo Roger es muy importante, y los hombres como él siempre tienen asuntos importantes.

Redhead se fijó en el aspecto señorial de la mujer que lo guiaba hasta la sala. Le llamó la atención su acento afrancesado y la tonalidad de su cabello, de un rubio infrecuente entre las porteñas. Apenas entraron, Blackraven abandonó el sillón y les salió al encuentro. A pesar de que se había cambiado la camisa y pasado un peine por

su larga cabellera negra, no presentaba un aspecto muy pulcro, ya le crecía la barba y lucía agotado.

—¿Necesitas algo, Roger?

—No, gracias. —Béatrice hizo una corta reverencia y se marchó—. Samuel, adelante, por favor. Tu cena está servida. Ya mandé a preparar una de las habitaciones de huéspedes. Te quedarás esta noche aquí y mañana te llevaré de regreso a la ciudad.

—Me quedaré, por supuesto, pero en la habitación de mi paciente. Temo que no pase la noche.

Blackraven asintió. Se sentaron a la mesa.

—¿Y el niño?

—Probablemente siga la suerte de la madre.

A pesar del cansancio, Redhead tenía un hambre voraz y echó un vistazo apreciativo a la tortilla y a las dos perdices que despedían un sugestivo perfume a romero. El vino, de Burdeos, no lo sorprendió, acostumbrado a encontrar la mejor bebida en la mesa del conde de Stoneville. Hacía años que conocía a ese excéntrico aristócrata inglés y siempre le resultaba interesante su compañía. Se habían enfrentado en el pasado, cada uno conocía los secretos del otro, y en el presente su relación se desenvolvía en términos amables. No eran amigos, pero se respetaban y admiraban. Al igual que Blackraven, él no era hombre de hacer migas fácilmente, y se preguntó si, además de Somar, su sirviente turco, Blackraven alguna vez se habría abierto a una amistad.

—¿Qué asuntos te tienen tan ensimismado?

—Ya sabes, lo usual —contestó Redhead—. Mis pacientes, los compromisos del Protomedicato, Elisa... Y un asesinato.

—Eso se puede decir de ti, Samuel, que nunca te andas con chiquitas.

Redhead le explicó lo que Blackraven sabía: que habían degollado al sobrino de Martín de Álzaga, Manuel Balbastro y Álzaga, hijo de su prima. Habían hallado el cadáver días atrás frente a la iglesia de San Francisco.

—¿Y qué es lo que presumes? —se interesó Blackraven, y conjeturaron durante un rato hasta que Roger dijo—: Quizá se trate de una venganza de los esclavos.

—¿Qué relación encuentras entre un joven petimetre como Balbastro y los esclavos?

—No olvides *El Joaquín*.

El médico miró a su amigo sin pestañear.

—¿Por qué lo mencionas?

—No soslayes, Samuel, a quién pertenece ese barco negrero.

—Álzaga —contestó Redhead—. Yo también he pensado en la venganza como motivo.

—Los esclavos están alborotados. Las ideas del haitiano L'Ouverture han

alcanzado estas costas y, sumadas a las ideas de la Revolución, están calando en nuestros negros.

Se quedaron en silencio. Le gustaba que Redhead pudiera permanecer callado sin incomodarse. Había gente que, aunque no tuviera nada sensato que decir, seguía expresando necesidades.

—Sabes, Samuel —retomó Blackraven—, que puedes contar conmigo. —Redhead se mostró sorprendido y halagado—. Ten cuidado, el Río de la Plata no es tan manso como aparenta. ¿Qué me cuentas de Willie? —preguntó de prisa, saltando de un tema a otro sin pausa.

—La última vez que supe de él se dirigía al Cabo.

—¿Continúa en el 71 de Highlanders?

—Eso creo —vaciló Redhead.

—¿A las órdenes de?

—Un tal comodoro Popham.

—Ah, ese gusano.

Blackraven acompañó al médico de regreso a la pieza de Siloé. Trinaghanta le daba de beber a Polina la infusión prescrita por Redhead, mientras Melody sostenía al niño en sus brazos. Lo contemplaba con ternura, le rozaba la frente con los labios y había tanta compasión y dulzura en sus ojos que ambos se quedaron a la entrada, en silencio, admirándola.

—Isaura —susurró Blackraven—, vamos, cariño, debes descansar. Entrégale el niño a Siloé. Ella se hará cargo.

El trato familiar tomó desprevenido a Redhead, que se amparó en su hermetismo para ocultar la impresión. Debió suponerlo: un viejo zorro como Blackraven no perdía las mañas, aunque cierta reverencia en el modo de dirigirse a la muchacha lo llevó a concluir que no se trataba de un devaneo. Lo había visto departir en Londres, ensoberbecido a causa de la fascinación que provocaba en el sexo débil hasta el punto de volverse irónico y, en ocasiones, displicente. Lo contrario ocurría con esa joven, como si ella marcara el paso entre ellos.

—Permítame quedarme esta noche junto a él, excelencia. Ha padecido tanto, pobre ángel mío, necesita mucho cariño. Debe de estar aterrado y su madre no puede hacer nada por él.

—Siloé lo tendrá en brazos toda la noche y lo llenará de arrumacos, ¿verdad, negra linda?

—¡Claro, amo Roger!

—Vamos, cariño. Luces exhausta. Es mejor que duermas esta noche. Serás de utilidad mañana. Además, Samuel se quedará velando por Polina y su niño.

—¿De veras, doctor Redhead? —El médico asintió con un remedo de sonrisa—. ¡Oh, qué amable de su parte! ¡No sé qué habríamos hecho sin usted! Gracias. Por

todo.

—Miora —dijo Roger—, asegúrate de que el doctor Redhead tenga todo lo que necesita. Buenas noches.

Subieron en silencio a la planta alta. Blackraven le pasó una mano por el hombro y Melody apoyó la cabeza en su pecho. De pronto se acordó de los niños.

—La señorita Leo se ocupó de ellos. Hace rato que duermen. Ven, vamos a mi cuarto. Una tina con agua fresca nos espera para relajarnos después de tanta tensión.

—Esta noche quiero dormir en mi habitación —expresó Melody.

Blackraven levantó las cejas como si hubiese escuchado un dislate.

—Roger, compréndeme. ¿Qué pensarán de mí la señorita Leo y la señorita Béatrice? Que soy una cualquiera. Estoy segura de que ya saben que he dormido contigo. Dirán que...

—¿Que tú y yo nos amamos apasionadamente y que pasar la noche separados nos resulta un suplicio?

—No pensarán eso. Dirán, en cambio, que soy una cualquiera.

—¿Te sientes una cualquiera siendo mi mujer, Isaura?

—No —prorrumpió.

—Isaura —habló Blackraven, con paciencia—, durante el día sólo pensé en volver a casa para estar contigo. Cuando por fin logro librarme de mis compromisos y obligaciones, llego al Retiro y me encuentro con una situación distinta de la que anhelaba encontrar. Está bien, había que ayudar a esa pobre muchacha. Lo hicimos. Pues ahora sólo pido un momento de paz a tu lado, cariño. Sólo eso. ¿Es demasiado para ti? —Melody bajó la vista, avergonzada—. No voy a privarme de tenerte por lo que puedan decir. Yo no me conduzco por la vida mirando a los demás, Isaura.

—Es pecado. No estamos casados —alegó, sin mirarlo.

—Yo me casé contigo la noche en que te hice mía. Tú eres mi esposa. El ritual que en breve celebraremos será un acto formal desde mi punto de vista, para complacer al resto. Cariño, es lo que tú piensas de ti misma lo que cuenta.

Melody se puso en puntas de pie y lo besó en la comisura. Blackraven le pasó los brazos por el talle y la atrajo hacia él hasta que sus labios se encontraron. Él había estado bebiendo coñac y tenía un sabor agradable en la boca. Siguió besándola en el cuello, y el tacto áspero de su barba le erizó la piel.

—Déjame ir a ver a Jimmy y te alcanzo en un momento.

—No tardes.

Al entrar en el dormitorio de Blackraven, lo vio desnudo, echado sobre la cama. Él se incorporó de inmediato y le salió al encuentro. La despojó de sus sucias ropas, le deshizo la trenza y le desparramó el pelo en la espalda. La tina de cobre, redonda y de gran diámetro, cubierta por un lienzo, despedía aromas que sólo Trinaghanta sabía combinar, y Melody se preguntó en qué momento había abandonado la pieza de Siloé

para preparar el baño. Se acomodaron en el agua tibia, Blackraven apoyado en la bañera y Melody en él, y por un momento cerraron los ojos y se dejaron conquistar por el poder sedante del agua. A Blackraven le gustaba sentir la suavidad del cabello de Melody sobre el pecho y la ligereza de sus manos en las rodillas. Apenas quebró el silencio para decirle:

—Te amo, Isaura. No sabes cuánto te amo.

—¿Por qué me amas, Roger? ¿Qué te atrajo de mí?

—Pues que me rechazaras, por cierto. Eres la única que se ha atrevido.

—¡Vanidoso!

—Ya no más —susurró él—. Ahora soy un esclavo echado a tus pies.

—Yo no sé por qué te amo —admitió Melody, dejándose acariciar por Blackraven—. Sólo sé que cuando te veo se me corta el aliento, cuando me tocas me palpita fuerte el corazón y cuando me amas eres capaz de hacerme olvidar de todo.

—Deseo amarte ahora.

Melody se dio vuelta y él se movió para permitir que lo rodeara con las piernas.

—Gracias por haber ayudado a Polina. —Blackraven asintió, y siguió besándola en los hombros—. Bauticé al niño, quizá no pase la noche. Lo llamé Rogelio, tu nombre en español.

—¿Qué de bueno he hecho para merecerte? —se preguntó.

—¿Sabes por qué te amo, Roger? Porque me hiciste sentir libre y completa otra vez. Una verdadera mujer. Eso hiciste de bueno.

—Siento celos de esa esclava que acaba de parir, y de Jimmy, y de Víctor, incluso de Covarrubias y de los demás esclavos, de todos los que obtienen tus atenciones y ocupan tu mente. Siento que ellos están antes que yo. A veces creo que, de los dos, yo soy el que más te necesita.

—Si es así, excelencia, debería experimentar unos celos rabiosos por el señor Blackraven, pues es él quien ocupa mis pensamientos, día y noche; es en él en quien más pienso y, aunque calle para no envanecerlo, se lo digo a usted, excelencia: el señor Blackraven es el centro de mi vida y no podría vivir sin él. —Él la miró con suspicacia—. Oh, Roger, amor mío. ¿Es que no soy capaz de transmitirte lo que hay en mi corazón?

—¿Me necesitas, Isaura? A veces creo que prescindirías de mí fácilmente.

—Te necesito, Roger. Hoy te fuiste sin despedirte y casi me echo a llorar. ¿Por qué lo hiciste de nuevo? ¿Por qué te fuiste sin avisarme?

—Para hacerte sufrir —le mintió.

—Lo lograste. ¿No entiendes que, cuando no estás cerca de mí, me sumes en un gran desasosiego? Te necesito.

—¿Sí? ¿Me necesitas?

—Sí.

—Necesitas esto, ¿verdad? —y comenzó a refregarla sobre su miembro erecto.

—Sí —jadeó.

—¿Y esto? —y le estimuló un pezón con la lengua.

—Sí. Todo. Necesito todo de ti.

No la tomaría hasta que se lo implorase. Aún seguía enfadado con ella porque había vuelto donde las lavanderas.

—Soy tan feliz porque eres mío.

—¿Cuán feliz?

—Inmensamente feliz —admitió, entre gemidos.

Blackraven se había propuesto enloquecerla de excitación. Aunque en la vida diaria la compartiera con todos, en la intimidad le demostraría que era de él; y también pretendía que ella le confesara, aunque fuera con movimientos y jadeos, cuánto lo necesitaba.

Melody agitó su pelvis contra el vientre de Blackraven, enfebrecida de deseo. Él sabía dónde tocarla. Las caricias y las incitaciones se prolongaban y a ella le costaba respirar. Buscó entre sus piernas y comprobó que Blackraven estaba listo. Ante ese contacto, él lanzó un soplido y la mordió en el hombro.

—¡Roger, poséeme!

La tomó en la tina, y después, sin apartarse de ella, la levantó en el aire, chorreando agua, y la depositó en la cama, donde empaparon el cobertor. Allí siguió amándola, acabando y recomenzando una y otra vez, sintiendo que su miembro se endurecía dentro de ella.

—Esto no puede ser normal —dijo Melody, sin aliento—. Tanto placer.

—No, no lo es.

Con su experiencia, Blackraven sabía que no se trataba de la pasión que compartían durante el sexo lo que convertía su relación con Isaura en única, sino la posterior, la que permanecía latente aun saciados. Un roce, una mirada, un suspiro, un gesto de ella le volvían de agua la boca.

Todavía la mantenía apretada contra su cuerpo cuando le susurró:

—¿Sabes que soy bastardo?

—Sí.

—¿Entonces? —Se apartó para verle la cara.

—Entonces, ¿qué?

—¿No te importa?

Melody se rió.

—Es lo que piensas de ti mismo lo único que cuenta.

—Es lo que tú piensas de mí lo único que cuenta —retrucó él.

—Pienso de ti que me importa bien poco de quién eres hijo, cómo fueron las circunstancias de tu nacimiento o si tus padres estaban casados cuando te

concibieron.

—Hay quienes sostienen que un hijo nacido fuera del matrimonio es un fruto maldito.

—¿Y tú das crédito a esas estupideces?

—Durante algunos años me importaron, y mucho.

—Madame dice que Dios me compensó de tantas penas poniéndote en mi camino. Tú eres un regalo del Señor, sin duda, lo eres. Y un regalo del Señor jamás estaría maldito.

Blackraven parecía reconfortado y algo somnoliento.

—Quisiera que me hablaras de tus padres —pidió Melody— y de tu vida antes de conocerme.

—Algún día —repuso él.

Capítulo XXI

Blackraven convocó a Somar a su despacho.

—Hoy, muy temprano —manifestó el turco—, llegaron los hombres desde la Ensenada de Barragán.

—Ya era hora —dijo Roger.

—Son ocho, diez en total, con Shackle y Milton, suficientes para mantener bajo vigilancia la propiedad. —Blackraven asintió—. ¿Estuviste anoche con Papá Justicia?

—A causa del revuelo con la lavandera —explicó—, decidí postergarlo.

Somar se quedó callado, y su mirada llevó a Blackraven a instar:

—Vamos, habla. Dime lo que te ocurre.

—¿Has decidido quedarte más tiempo del habitual en el Río de la Plata, verdad?

—¿Tú deseabas partir hacia otro sitio? —le preguntó, con sarcasmo.

—No. Sabes que voy adonde tú indiques que debo ir. Estoy pensando en Amy, que atracará en unas semanas en Saint John's para pasar una temporada contigo en la hacienda de Antigua, como es habitual.

—Ya no pasaré temporadas con Amy ni con ninguna otra mujer, Somar. Lo sabes. —El turco asintió, con gravedad—. De hecho, para que veas que no soy un desalmado con tu adorada Amy, ya le escribí a la hacienda de Antigua explicándole que permaneceré por algunos meses más en el Río de la Plata.

Somar quería y admiraba a Amy Bodrugan como si fuese su pequeña hija. Blackraven y la joven, también oriunda de Cornwall, se conocían desde la infancia y habían compartido situaciones límite. En opinión de Somar, Amy era la única mujer a la altura de Roger. Conocía y amaba el mar como él y llevaba la misma vida errante. De hecho, Amy capitaneaba un bergantín de la flota de Blackraven. Sus hombres la llamaban *Captain Black Cat* (capitana Gata Negra) por la costumbre de vestir de ese color, por su habilidad para trepar por los obenques hasta la cofa y por las piruetas que ejecutaba en los flechastes. Algunos maliciosos insistían que lo de *Black* le venía por ser la mujer de Blackraven.

Durante el almuerzo reinó un ánimo alegre. A diferencia de otras casas porteñas, en la mesa, Blackraven admitía que se hablase. Las mujeres y los niños se admiraban del milagro que significaba que Polina y Rogelito hubieran superado la noche. Antes de irse, Redhead había dado esperanzas. Los niños, en especial, celebraban la presencia de un bebé en el Retiro, y Angelita pidió permiso para cambiarle los pañales. Todos se dirigían a Melody, observó Blackraven; ella era el centro del interés.

—He decidido —anunció— que comenzaré con vuestras lecciones de equitación —y apuntó a Víctor y a Angelita.

Los niños se quedaron quietos y se limitaron a sonreír pues, si bien podían hablar,

tenían prohibido cualquier tipo de manifestación durante las comidas. Enseguida miraron a Melody, como solicitando su aprobación.

—Será maravilloso que aprendáis a montar —dijo ella.

Blackraven se quejó: “Soy yo el amo y señor de esta hacienda y ella quien ostenta la verdadera autoridad. Se la ha ganado en buena ley, pues no le temen como a mí sino que la veneran”. El pensamiento, desprovisto de enfado o envidia, lo colmó de orgullo, y lo llevó a reflexionar en lo agradable que era compartir la mesa con tantas personas. De todos modos, admitió, sin Isaura el conjunto se habría reducido a una cáscara.

Pasaron a la sala de música y, mientras aguardaban a Elisea que había ido a buscar unas partituras, Blackraven se dirigió de nuevo a su pupilo.

—Víctor, si quieres departir en las cortes europeas algún día deberás tomar también lecciones de esgrima y danza.

—¡Claro, señor! ¡Sí, señor!

Elisea, que se hallaba en la primera sala buscando las partituras de *La marcha turca*, próxima a la puerta principal, corrió a atender los insistentes, más bien groseros, golpes. Tomás Maguire quedó mirándola por un momento bajo el dintel, ella también lo miró y de pronto se apartó para que no la atropellara.

—¡Señor! —se escandalizó—. ¿Dónde cree que va? ¿Quién es usted?

Tomás Maguire había conseguido pasar la vigilancia de Shackle diciendo la verdad:

—Soy el hermano de miss Melody. —El parecido con Jimmy hablaba por sí mismo.

Resuelto a cumplir su cometido, Tommy se adentró en la mansión llamando a gritos a su hermana. Irrumpió en la sala de música antes de que los presentes pudieran reaccionar.

—¡Tommy! —exclamó Jimmy, dichoso, aunque la sonrisa se le esfumó al ver la cara de su hermano.

—Señorita Leo —habló Blackraven—, lleve a los niños al cuarto de estudio. Dejadnos a solas con el señor Maguire.

Tommy aguardó a que los demás se hubiesen marchado para insultar a Melody.

—¡Ramera! —exclamó, y le dio una bofetada de revés, echándola al suelo.

Aunque la acción de Maguire lo tomó desprevenido, Blackraven actuó con rapidez: se precipitó sobre Tommy y le dio un golpe en la mandíbula que lo dejó cerca de Melody. Ella lo cubrió con su cuerpo, abrazándolo.

—¡No, Roger! ¡Por amor de Dios! ¡No vuelvas a golpearlo! ¡Lo matarás!

Furioso, Blackraven tomó por el antebrazo a Melody y, de un jalón, la obligó a soltar a su hermano y ponerse de pie. Le estudió el rostro. Por fortuna, no había cortes ni sangre, sólo un enrojecimiento en el pómulos que se convertiría en un cardenal.

—¡De pie, maldito cobarde! —le gritó a Maguire, y le pateó la bota—. ¡Arriba! A ver si te atreves con un hombre.

Lo levantó por las solapas con una mano mientras con la otra lo despojaba del cuchillo que llevaba en la faja.

—Desgraciado —le dijo cerca de la cara—. Vuelves a tocar a tu hermana y no repararé en sus súplicas. Simplemente, te degollaré.

Blackraven escuchaba a sus espaldas el sollozo y las palabras entrecortadas de Melody.

—No volveré a golpear a mi hermana —pronunció Maguire—, la mataré. Prefiero verla muerta a convertida en la puta de un inglés.

Roger, de un empujón, envió a Tommy de nuevo al piso.

—Ella no es mi puta, imbécil. Es mi prometida. Pronto será mi esposa.

—¡Sobre mi cadáver! —juró Maguire, y escupió a los pies de Blackraven.

Melody se acuclilló junto a su hermano.

—Tommy, por favor.

—¡Bah! —la rechazó—. Sal de mi vista.

—Yo deseaba contarte, hace días que deseo hacerlo. Habría preferido que no te enterases por terceros. Yo quería explicarte. ¿Fue Babá, verdad? Él te contó.

—Servando no ha dicho palabra. Ha sido Pablo, que después de pasarse varios días ebrio hablando sandeces, me confesó que te vio en la playa revolcándote con este inglés. ¡Por Dios, Melody! ¿Cómo has podido traicionar a nuestro padre de esta manera?

—Tommy —suplicó ella, y se cubrió el rostro.

—Te casarás con Pablo —le ordenó—. A pesar de todo, el pobre diablo sigue queriéndote.

—¡No lo haré! Yo no lo amo.

—Tú harás lo que te digo.

—Nuestro padre habría deseado que me casase por amor.

—Nuestro padre te hubiese asesinado antes de verte convertida en la ramera de un inglés. Te casarás con Pablo.

—¡Basta! —tronó la voz de Blackraven—. Me sorprende la paciencia que estoy teniendo contigo, Maguire, sin duda, en consideración a tu hermana. Te pido que te marches en este instante o te aseguro que no te gustarán los métodos a los que echaré mano para sacarte de mi propiedad.

—Mis hermanos se vienen conmigo —lo provocó Tommy.

Blackraven soltó una carcajada hueca, cargada de desprecio, y Melody pensó que le temía más en ese momento que cuando se mostraba abiertamente enfadado.

—¿Y adónde piensas llevarlos a vivir? ¿Bajo el toldo de una vieja carreta? ¿Con qué dinero piensas alimentarlos, vestirlos y costear las medicinas de Jimmy?

—¡Son mis hermanos! Yo responderé por ellos.

—Te acuerdas demasiado tarde de tus obligaciones.

—Tommy, por favor, vete —sollozó Melody, y trató de asirlo.

—¡Suéltame! No pierdas tiempo, recoge tus cosas y las de Jimmy. Te vienes conmigo.

Blackraven hizo el ademán de abordarlo por la fuerza.

—¡No, Roger! ¡No le hagas daño! ¡Vete, Tommy! Por amor de Dios, vete.

—Usted, hijo de mala madre —acusó Maguire—, responderá por el honor de mi hermana, mañana a las cinco de la mañana, en la Alameda.

Melody profirió un alarido y se colgó de las solapas de Blackraven, suplicándole con la mirada.

—Cualquiera que fuese el arma que eligieses para batirte a duelo conmigo, yo te ganaría. De ese modo perderías la vida, lo cual me tiene muy sin cuidado, y yo me ganaría el odio eterno de tu hermana, que es lo único que me importa. Así que ahórrate tus baladronadas. No aceptaré el duelo. Isaura se casará conmigo y será mi mujer. Ahora vete —y le arrojó el facón a los pies.

Una nota perversa cambió el tono de Blackraven, o quizá se trató del ceño que se pronunció y volvió más siniestro su semblante, lo que fuese hizo retroceder a Tommy, como si de pronto tomase conciencia de que lidiaba con una bestia de siete cabezas. Recogió el cuchillo y lo devolvió a su faja, dio algunos pasos hacia atrás, levantó el puño en dirección a Blackraven y se marchó corriendo.

Béatrice, que había permanecido en la sala contigua, entró y tomó a Melody en sus brazos. A pesar de los sentimientos contradictorios que la muchacha le había provocado en los últimos días, en ese momento le inspiró compasión.

Blackraven se mesó el pelo mientras las observaba partir, sumido en una profunda desolación. Él quería consolarla, cargarla en brazos y llevarla a un refugio donde juntos se curaran las heridas. Pero no se atrevía por temor al rechazo.

Debía detener a Maguire o terminaría muerto, y eso significaría un golpe fatal para Melody. El levantamiento de los esclavos era una empresa demasiado riesgosa para estar a cargo de un exaltado que anteponía la pasión a la razón. Dejaría de lado las ventajas que ello podría aportarle a sus planes de erosionar el gobierno virreinal y a los monarquistas y acabaría con la conjura de Maguire. La noche anterior, a causa del incidente con la lavandera, no había hablado con Papá Justicia. Trataría de verlo ese mismo día.

Acababa de violar otra orden de Blackraven: había vuelto a lo de madame Odile. Después de la pelea con Tommy, la perfecta armonía de Melody se quebró y la alegría de su temperamento desapareció. El Retiro, junto con ella, parecía sumido en sombras.

Melody cuestionaba todo, en especial su amor por Blackraven. No dudaba de la

sinceridad de ese amor —sólo Dios sabía cuánto lo amaba— sino de la prudencia de amarlo. Si se casaba con él perdería el cariño de su hermano y el respeto de su padre, y cargaría sobre su conciencia haber traicionado y destruido a su familia. Tiempo atrás, había sufrido al presenciar el desbande de los Maguire tras la muerte de Fidelis y no admitiría una nueva separación.

Necesitaba desahogarse con la única persona a quien se atrevía a contarle todo. De algún modo expresaría el agobio y la culpa que las palabras de Tommy le habían infundido. Él tenía razón, ella era una ramera y había traicionado a su padre. La avergonzaba, tanto que no las miraba a la cara, saber que la señorita Béatrice y la señorita Leo conocían su espíritu lujurioso, y se reprochaba comulgar en misa cuando no se había confesado con el padre Mauro. Se iría al Infierno. Ante esta afirmación, madame Odile soltó una carcajada.

Evitaba a Blackraven, se afanaba en las lecciones de Víctor, en sus actividades con los esclavos, en ayudar a las domésticas, cualquier excusa para no verlo. La confusión crecía cuando su mirada encontraba la de él. Blackraven toleraba su frialdad durante el día. Por la noche, en cambio, con la bata sobre el cuerpo desnudo, la aguardaba fuera mientras ella terminaba de arropar a Víctor. Entonces, le apoyaba la mano en el antebrazo, y Melody se estremecía con el ardor de la primera vez. El distanciamiento impuesto a lo largo de la jornada se convertía en una encendida pasión.

Él la envolvía con sus brazos, la inclinaba para besarla y después la arrastraba hasta la cama donde le hacía el amor; sus embestidas a veces la asustaban, la lastimaban, y ella disfrutaba; había un perverso sentimiento de placer asociado al dolor y a la fuerza con que Blackraven la penetraba en esos encuentros sin palabras ni confesiones ardientes. Mudos, envueltos por los sonidos de sus cuerpos, se entregaban a ese frenesí donde el deseo resultaba más fuerte que las penas.

Pero Melody no pasaba la noche con Roger. Abandonaba la cama, se ponía a medias la saya y la blusa y se marchaba a dormir a su habitación; algunas veces, se acostaba junto a Jimmy y, mientras lo abrazaba y lo escuchaba respirar, lloraba.

Una noche, al salir del dormitorio de Víctor, Blackraven no la tocó sino que se inclinó sobre su oído y le susurró:

—¿No se te ha ocurrido pensar que ahora tú y yo somos una familia?

Melody no se fijó en la tristeza de Blackraven ni en la ansiedad infantil con que aguardaba la respuesta. Sólo pensó en que Tommy y Jimmy componían su verdadera familia y que a ellos les debía lealtad. Roger nunca le había inspirado la idea de familia y no se lo imaginaba en el papel de padre. Sin responder, se movió hacia un costado para marchar a su dormitorio, pero Blackraven la tomó por la cintura y trató de besarla. Ella apartó la cara y se quitó sus manos de encima.

—Nunca te me niegues —se enfadó él, y la empujó contra la pared.

La tomó allí, de pie, mientras la besaba quitándole el aliento. Melody se resistió e intentó apartarlo hasta que Blackraven la levantó en el aire y ella lo envolvió con sus piernas para recibirlo. Él temblaba a causa de la excitación y del esfuerzo que hacía; sus piernas se tensaban mientras con la pelvis ejecutaba embates cortos y violentos. Melody pegó la cabeza a la pared y estiró los brazos buscando de qué aferrarse. Su mano encontró el marco de la puerta y sus dedos se volvieron blancos al asirse y centrar en ellos la rigidez previa al alivio.

Madame Odile la escuchó con mansedumbre hasta que no le quedaron lágrimas por derramar. La sorprendió al decirle con acento despreocupado:

—No es tan grave. Creía que me dirías que el Emperador se había acostado con otra. Deja que tu padre descanse en paz y que tu hermano haga su vida. Tú haz la tuya. Con el tiempo, Tommy entrará en razón. Ahora vuelve al Retiro antes de que el Emperador empiece a preguntarse dónde te encuentras. Y deja de torturarlo con tu indiferencia —le ordenó, al despedirla.

El consejo de madame no la satisfizo. Los celos la perseguían y no lograba deshacerse de la culpa. Levantó la vista. A paso lento, Fuoco y ella habían alcanzado la zona del matadero. Ninguna muchacha de buen ver se habría atrevido en ese sitio, menos aún habría barajado la posibilidad de adentrarse en un mundo tan sórdido. Melody, en cambio, juzgó una excelente oportunidad para hablar con Servando y preguntarle por Tommy.

Se dio cuenta demasiado tarde de que dos jinetes se aproximaban. Como no los conocía, apuró el paso hacia el edificio del matadero y casi de inmediato se detuvo al escuchar una voz familiar que la llamaba por su nombre. Se quedó mirando, haciéndose sombra con la mano. Al reconocerlos, el corazón le dio un vuelco que le provocó un dolor agudo en el pecho. Permaneció quieta, aturdida por la sorpresa.

—Paddy —dijo cuando lo tuvo enfrente.

—Sí, Paddy.

Como seguía mirándolo, atónita, Paddy se echó a reír. Quien lo acompañaba, Gotardo Guzmán, el comisario de Capilla del Señor, se unió a las carcajadas.

—¿Crees que soy un ánima en pena? Nada de eso, prima. Estoy hecho de carne y hueso —aseguró, y se golpeó el brazo.

—Aquella noche —balbuceó Melody—, yo...

—Me heriste —completó Paddy—, gravemente, pero mi madre me salvó. Y me dejaste tu marca —y se señaló el mentón mutilado, donde Melody le había propinado una dentellada.

—¿Cómo me has encontrado?

—Ah, prima, ésa es una larga historia. Te la contaré de regreso a casa. Vamos, urge volver. No quiero que la noche nos encuentre en medio de la nada.

Melody reaccionó. Hincó los talones en los costados de Fuoco y jaló de las

riendas para obligarlo a darse la vuelta. El comisario se las arrebató de la mano, y enseguida Paddy la desmontó y la sentó delante de él. Melody se sacudió y gritó, pero la fuerza de su primo consiguió doblegarla. Le tapó la boca y le acercó algo a la altura de los ojos.

—Quieta —le dijo al oído—. Tómame un instante para ver esto. —Se trataba de una cadena y una medalla, ambas de oro—. Las reconoces, ¿verdad? —Los gritos amortiguados de la joven le dieron a entender que sí—. Deduces bien: tengo a Tommy y lo mataré si no vienes conmigo a *Bella Esmeralda*.

En ese instante, con la vista enturbiada, Melody sólo pensó en Blackraven. Una profunda tristeza la dejó quieta y callada. Lo había condenado a un trato infame a causa de sus vacilaciones y temores, y se maldijo por no haberle expresado cuánto lo amaba y cuánto deseaba seguir a su lado.

Elisea divisó a miss Melody que, por el camino del Bajo, se acercaba al matadero a paso tranquilo. Se quejó entre dientes y se golpeó la pierna con el puño. Ése era un mal día. No había encontrado a Servando en el matadero; estaba vacío; los achuradores ya habían llenado sus espuestas y partido a vender la mercadería. Probablemente andaban por el lado del convento de los Recoletos, a quienes proveían a diario. Contaba con tiempo para dirigirse hasta aquella zona y volver al Retiro antes de que su tía Leo notase la ausencia y le endilgase un sermón. La aparición de miss Melody no la ayudaba. Debería esconderse y aguardar a que se alejara para seguir camino.

Desde su ubicación, en cuclillas tras una pirca, atestiguó el atraco sufrido por la institutriz. La aterraron los semblantes ominosos de los dos hombres y la manera en que se reían, y se tapó la boca para no gritar cuando el más joven, quien la llamaba “prima”, la sentó delante de él en su montura. Agachó la cabeza, apretó los ojos y repitió la oración del ángel de la guarda hasta que le pareció que el ruido de los cascos se desvanecía. Se puso de pie y lanzó un grito: Sabas la miraba con ojos risueños como si hubiese estado observándola largo rato.

—¡Negro estúpido! —lo insultó, disimulando el miedo con la rabia—. Has podido matarme del susto.

El esclavo seguía mirándola; en sus comisuras despuntaba una sonrisa artera.

—¡Baja la vista, negro igualado! ¿Acaso no se te ha enseñado que no debes mirar a tus patrones a los ojos?

—Servando la mira a los ojos —objetó Sabas— y en otras partes también —añadió, y le rozó un pecho.

Elisea le propinó una bofetada respondida con una mueca entre divertida y diabólica que le puso la mente en blanco. Entendió que de nada valdrían las amenazas de azotes u otro tipo de castigo. El esclavo mostraba de un modo palmario la decisión de tomarla. Caminó hacia atrás, en dirección al matadero, al tiempo que evaluaba las

posibilidades. En el edificio encontraría algún arma, aunque enseguida recordó que don Bustillo, el capataz, se las entregaba a los achuradores para guardarlas bajo llave apenas terminaban de emplearlas. Le quedaba huir y esconderse. Se preguntó si Sabas, patituerto y robusto, torpe para caminar, lograría alcanzarla.

El esclavo le adivinó la intención al verla levantar el ruedo de su guardapiés. En una reacción felina, saltó la pirca y la asió por los hombros. Ambos terminaron en el suelo, donde Sabas comenzó a besarla y a manosearla. Elisea estiró el brazo, manoteó una piedra y lo golpeó en la sien. El esclavo, más sorprendido que lastimado, se incorporó, sujetándose la cabeza, y Elisea aprovechó para escapar. Corrió hacia el matadero, donde se refugió en un cuartucho para guardar canastas cuya puerta de madera se confundía en la pared; ella había visto a Servando abrirla, en caso contrario, jamás la habría distinguido.

Permaneció en alerta tensión y contuvo el respiro. Sabas entró minutos después, con un gesto de enajenado que la estremeció. Si la encontraba, la mataría. Hundió la cara entre sus rodillas y rezó un Padrenuestro detrás del otro, un Ave María detrás del otro, sin reparar en el tiempo en que permanecía en ese trance.

Levantó la vista, algo borrosa, y observó entre las maderas. No se veía ni oía a nadie. Se le ocurrió que Sabas podría hallarse agazapado, aguardando a que ella se mostrara. Esperó, torturada por la idea de que perdía un tiempo precioso en que los raptos se alejaban con miss Melody. Movié apenas la puerta y estudió el entorno por la rendija. Había varios sitios donde el esclavo podría haberse ocultado, nunca lo sabría, tendría que aventurarse. Se ató un nudo con su guardapiés a la altura de las rodillas y salió corriendo hacia el Retiro sin echar un vistazo atrás, como si Sabas estuviera pisándole los talones.

Al entrar en el cuarto patio, Siloé y Miora, que echaban grano a las aves del corral, la llamaron, pero Elisea siguió corriendo en dirección al despacho del señor Blackraven repitiendo en su mente: “¡Ojalá que esté! ¡Ojalá que no se haya marchado a la ciudad!”. Abrió la puerta y, mientras recuperaba el aliento para hablar, descubrió a Blackraven sentado en su escritorio; el señor Désoite y la señorita Béatrice lo acompañaban. Los tres la miraron con desconcierto.

—¡Miss Melody ha sido raptada!

Blackraven estuvo sobre ella en un santiamén; la tomó por los hombros y le ordenó que se explicara. Elisea, al borde de un colapso nervioso, se echó a llorar. Béatrice apartó a Roger y guió a la muchacha hasta el sillón donde Luis le alcanzó una copa con brandy. La obligaron a beber unos tragos mientras le dirigían palabras de aliento. Blackraven, con las manos sobre la cabeza, contemplaba a Elisea con ganas de estrangularla.

—¡Habla ya, muchacha! —explotó por fin.

Elisea les explicó lo que había visto y oído. Miss Melody había sido raptada por

un hombre al que llamó “Paddy”.

—¿Paddy? —se alarmó Blackraven—. ¿Estás segura?

—Sí —aseveró con firmeza, y les detalló el resto del diálogo.

Ya no era el mismo al del instante previo a la noticia del rapto de Melody. Todo se había esfumado; su poder y sus riquezas no valían de nada. Sólo quedaba el amor que sentía por ella y la ansiedad por recuperarla. Nunca había experimentado ese miedo. Si hubiese tenido que explicar lo que sentía, debería haber dicho que no soportaba estar confinado dentro de su propio cuerpo. Sufría física y emocionalmente. Le parecía que los caballos no galopaban con la velocidad necesaria ni sus hombres los soliviantaban lo suficiente. Habría deseado volar.

En rigor, odiaba el miedo. De niño había temido con frecuencia, por eso aborrecía ese sentimiento que lo humillaba y al que asociaba con los años más oscuros de su existencia. Su fuerza física y su lucidez habían sido clave para erradicarlo. Ya no temía por él, y, al lanzarse al abordaje de barcos enemigos con un puñal en la boca, su estoque en la mano derecha y una pistola en la izquierda, se creía invencible. Disfrutaba cuando se plantaba ante el enemigo con una actitud más intimidante que las armas que blandía; le gustaba verlo temblar. Su destreza y ferocidad en la lucha lo habían convertido en un corsario temido. *Captain Black* era una leyenda, y sus hazañas comenzaban a canturrearse en las tabernas de los puertos.

Pero en ese momento se trataba de Isaura, por eso tenía miedo. Nunca lo había sentido por otra persona, quizá porque nunca había amado del modo tan inexplicable en que amaba a esa muchacha. Una mezcla de impotencia y rabia amenazaba con volverlo loco. Imaginar el sufrimiento de Isaura o pensar en que llegaría tarde para salvarla era la peor tortura que le había tocado padecer.

Lanzó un grito, y Black Jack galopó a mayor velocidad, dejando atrás a Somar y al grupo de marineros que lo escoltaban a Capilla del Señor. A pesar de que pronto caería la noche, había decidido continuar. Se arriesgaría a que los caballos quedaran mancos e incluso a que un guadal se tragara una montura completa. Con luna llena tenían posibilidades, y él las aprovecharía.

Somar le dio alcance y galopó a su lado en silencio. De tanto en tanto lo miraba por el rabillo del ojo. Pocas veces lo había visto tan preocupado.

—¿Qué ha dicho el baqueano? —quiso saber Blackraven—. ¿Cuánto falta para Capilla del Señor?

—Son catorce leguas hacia el norte —informó el turco—. Él asegura que a este ritmo llegaremos a media mañana, a mediodía quizá. Pero creo que los caballos no resistirán.

—Resistirán —aseguró, sin mirarlo, con voz cavernosa.

El silencio volvió a caer sobre ellos. Blackraven sopesaba las alternativas y diseñaba planes. No sabía con qué se encontraría en *Bella Esmeralda*; cabía, la

posibilidad de que tuvieran que enfrentar a un grupo armado de peones. Agradecía la oportuna decisión que lo llevó a convocar a varios de sus marineros al Retiro, en caso contrario, en ese momento, él y Somar habrían tenido que enfrentar a Paddy y a su gente solos, pues de igual modo, habría rechazado la oferta de los esclavos para ayudarlo a recuperar al Ángel Negro.

Antes de abandonar el Retiro, mientras aprestaban los caballos, lo convocaron en el cuarto patio, donde, con Servando como corifeo, le comunicaron su intención de acompañarlo hasta Capilla del Señor.

—Miss Melody se merece que demos la vida por ella —manifestó Servando, y los demás lo refrendaron con murmullos de aprobación.

Blackraven paseó la mirada por sus esclavos. Se alimentaban bien y presentaban un aspecto inmejorable; sus músculos se marcaban al blandir las herramientas que empleaban para trabajar la tierra; otros se habían provisto de palos y piedras. Avistó a algunas mujeres, entre ellas a Polina, todavía macilenta y enflaquecida, con Rogelito en brazos.

—Os agradezco este ofrecimiento, pero mis hombres y yo, que estamos acostumbrados a la batalla, traeremos a la señorita Isaura sana y salva. No pasará mucho tiempo antes de que volváis a verla. Por el bien de Jimmy, no mencionéis que ha sido raptada, más bien apoyad nuestra versión que asegura que ha marchado a pasar unos días a casa de su amiga, madame Odile.

Somar lo sacó de sus recuerdos al preguntarle qué sabía acerca de Paddy Maguire. Blackraven le contestó con laconismo y, pasado un momento, le dijo:

—Casi que me alegro de que ese mal nacido esté con vida. Siempre me quedé con ganas de hacerle pagar todo el sufrimiento que le causó a Isaura.

—Es hombre muerto —sentenció Somar.

Alcanzaron *Bella Esmeralda* antes del amanecer. Habían cabalgado como forajidos, evitando los poblados y los caminos con tráfico. Gotardo Guzmán, el comisario que ya no ocupaba ese cargo, conocía la zona y los condujo por atajos. Fuoco llegó a la estancia empapado y echando espuma por la boca. Melody marchó al establo para ocuparse del bienestar de su caballo. Paddy la vio alejarse y no dijo palabra.

Bella Esmeralda se hallaba en estado de abandono. La vegetación ocultaba la casa tras su exuberancia, nadie recogía las hojas del jardín y la fruta se pudría a los pies de los árboles; ya no se adivinaban los límites de la huerta que su madre solía cuidar con esmero; las gallinas, los gansos y los pavos deambulaban picoteando incluso dentro de la sala, mientras los perros, trasijados y envueltos en nubes de moscas, se echaban por cualquier parte para sacudir la cola y masticarse las pulgas. A lo lejos se divisaban los potreros, con pocos animales.

Melody caminaba y contemplaba el entorno con total desapego. Nada sentía, ni

bueno ni malo, y tuvo la impresión de ver ese sitio por primera vez. Se acordó del Retiro, del orden que imperaba desde que ella tomó las riendas, y se mordió el labio para controlar el llanto.

—Roger —necesitó murmurar—. Roger, ven a buscarme.

Se topó con Enda camino a su antigua habitación. Se miraron a los ojos, y Melody vio con claridad, en el gesto amargado de su tía, el odio y la envidia que la habían dominado desde que puso pie en esa casa. Debieron dar crédito a las advertencias de Lastenia. Dos demonios se habían apoderado de *Bella Esmeralda* y acabado con la familia.

Enda la detuvo por el brazo y Melody, en un movimiento inesperado, la empujó contra la pared y le apretó el cuello.

—Nunca jamás —le advirtió— vuelva a ponerme una mano encima. No tengo nada que perder. La mataré si vuelve a hacerlo. Manténgase alejada de mí y no habrá problemas.

En la habitación se encontró con Brunilda, del servicio doméstico, que se ocupaba de armar la cama. Se abrazaron y se contaron la suerte que habían corrido. Brunilda le dijo que el señor Patricio estuvo entre la vida y la muerte durante varios días. En el pueblo aseguraban que la señora Enda había sellado un pacto con el propio Lucifer para salvar la vida de su único hijo. La habían visto en el monte la noche siguiente a la de la huida de la niña Melody, desnuda frente a una hoguera, salmodiando en una lengua extraña, al tiempo que degollaba y destripaba gallinas y armaba montículos con sus vísceras. Los más imaginativos vinculaban ese rito con la desaparición del bebé de un peón. “Se lo dio al maligno a cambio de la vida del señor Patricio”, afirmó Brunilda.

Enda esperó a que su hijo se hallara fuera de peligro para comunicarle la desaparición de Melody y de Jimmy. Paddy rugió y aventó cosas hasta que la debilidad lo dobló y quedó echado sobre la almohada, sollozando con la boca medio abierta y saliva escurriéndole por la comisura. Recuperada la salud, se dedicó a beber, apostar y putañear, sin interesarse en la estancia. Para cubrir sus deudas de juego y otros vicios, se vendieron los muebles, la platería, la cristalería, los manteles de hilo y las joyas. Dilapidada esa pequeña fortuna, se comenzaron a malvender los animales, las carretas, los arneses y albardas, los avíos del campo y los esclavos. A esa altura, no quedaba nada de valor.

Brunilda se marchó a la cocina y Melody se recostó en la cama. No quería dormir por temor a que Paddy la asaltara como la última vez, pero el cansancio la venció. Se despertó a causa de un mal sueño y, al incorporarse, lo descubrió sentado junto a la cabecera. Dio un grito y se evadió hacia el otro lado de la cama. Agitada, con el corazón en la garganta, se quedó mirándolo, esperando que la atacase y la ultrajase. Paddy había perdido la lozanía de la juventud y se le notaban en la abultada papada y

en la enrojecida nariz los vicios y desarreglos. Había engordado, llevaba el pelo largo y sucio y, a pesar de que se había mudado de ropa, no lucía mejor que antes.

—Deberás acostumbrarte a verme cada mañana —dijo en ese duro y cadencioso inglés de los irlandeses—. Así será de ahora en más.

—Libera a Tommy —le exigió Melody—. Ya estoy aquí, como deseabas. Ahora quiero verlo en libertad.

—No hasta que hayas pronunciado los votos frente al sacerdote.

—¿De qué hablas?

—Nos casaremos. En breve llegaré el párroco de la Exaltación de la Cruz.

—¡Prefiero estar muerta a casarme contigo!

—Tú no morirás. Tommy lo hará en tu lugar. Te casas conmigo o el muchacho muere.

Rodeó la cama y se acercó a ella. Cruzaron una áspera mirada, y Melody distinguió en los pómulos y en la nariz de Paddy venitas azules y violáceas que denotaban su afición por la bebida. Sintió asco de ese hombre.

—Debería castigarte por haberme dejado medio muerto aquella noche —dijo él, con acento benévolo.

Su aliento apestaba a alcohol.

—Yo lamento no haber hundido más profundamente el puñal, maldita basura.

Aún lo lastimaba el odio de Melody. Sus mejillas se colorearon y sus ojos se inyectaron de furia.

—Cuida tu lengua, querida prima. No estás en posición de insultarme.

La tomó por la cintura y trató de besarla, pero Melody alejó la cara. La obligó a volverse y apretó su boca sobre la de ella. La excitación lo sorprendió; hacía tiempo que no se enardecía con una mujer; la bebida y el mal dormir lo tumbaban en la cama y, si lograba mantenerse despierto, le costaba consumir el acto. Las prostitutas se mofaban de él, al igual que los parroquianos.

—Lo que tú pretendes tomar por la fuerza —declaró Melody— yo ya se lo entregué a otro voluntariamente. Él es un hombre, no un cobarde como tú, y lo amo con todas mis fuerzas.

Paddy tardó en reaccionar y lo hizo de mala manera, la abofeteó una y otra vez y terminó por arrojarla al suelo.

—¡Sí! —exclamó Melody, quitándose la sangre de la nariz con la manga—. Me entregué a Roger Blackraven porque lo amo. Y cada vez que tú me tomes por la fuerza yo estaré pensando en él. ¡Roger es el amor de mi vida!

—¡Cállate, perra! —y la pateó en el estómago.

Melody creyó que moría; un vacío se formó en torno a ella, oscuro y apretado, sin aire ni luz ni sensaciones. Quedó ovillada en el suelo mientras se sostenía el vientre y escondía la cara en las rodillas. No advirtió cuando Guzmán y Enda se metieron en la

habitación y apartaron a Paddy que seguía dándole puntapiés en la espalda.

—¡Detente, animal! —lo increpó Guzmán—. O serás viudo antes de casarte.

Enda le ordenó que llevara a su hijo a la sala y lo tranquilizara con algo fuerte mientras ella se hacía cargo de Melody. La curó lo mejor que pudo, lamentando que el padre León tuviera que verla tan estropeada.

—Usarás mi mantilla de encaje para cubrirte.

La ceremonia se llevó a cabo en lo que tiempo atrás se destinaba como escritorio de Fidelis. No quedaban muebles ni libros; la lámpara de bronce había desaparecido al igual que el candelabro de plata y los óleos. Melody derramó amargas lágrimas ocultas por el espeso entramado del encaje y murmuró un sí cuando el sacerdote le enunció los votos. Firmaron el libro parroquial junto con los testigos, Gotardo Guzmán y Brunilda.

Apenas se retiraron el padre León y Guzmán, Melody abandonó su mutismo para exigir:

—Quiero ver a Tommy. Ahora.

—Lo verás cuando yo lo juzgue conveniente.

—¡Ahora! —se empecinó.

—Ahora —dijo Paddy— tengo otra cosa en mente. Tú y yo tendremos nuestra noche de bodas aunque sea a plena luz del día.

Melody retrocedió, pero alguien la detuvo por los hombros.

—Como su esposa —dijo Enda—, debes cumplir con tus obligaciones maritales.

Paddy tomó a Melody por la cintura y la cargó como un saco al hombro. Abrió la puerta de su recámara de un puntapié y la tiró sobre el colchón. En cuatro patas, Melody se evadió hacia el extremo opuesto y buscó escabullirse en dirección a la puerta. Paddy la interceptó y la hizo rebotar sobre el colchón al empujarla. Se colocó a horcajadas sobre ella y terminó de desnudarse.

—Más te resistes, más me excitas. —La cubrió con su cuerpo—. ¡No sabés cuánto he soñado con este momento! —exclamó y, mientras la besaba, iba arrancándole la blusa, la falda, el *justillo*. Con cada rasgón, ella se sentía un poco más muerta.

Paddy comenzó a lamerle los pechos, y Melody bramó hasta sentir sabor de sangre en la boca. La tocaba por todas partes y la hurgaba en su intimidad, trataba de separarle las piernas y meter su miembro dentro de ella. Ni escuchaba sus propios gritos ni se daba cuenta de que luchaba como un felino. En realidad, le parecía que estaba quieta ahogándose en una marea de desesperación y asco.

Ni ella ni Paddy advirtieron el griterío en la parte delantera de la casa ni las botas que fustigaban los tablones del piso, tampoco el estruendo de la puerta al dar contra la pared. Alguien asió a Paddy por el cabello, lo jaló y lo arrojó al suelo. El hombre levantó la vista hasta dar con el rostro oscuro y brutal de una mole que parecía medir

diez pies. Esos ojos negros ejercieron una honda impresión en él. Lo observaban con fría calma y hablaban del dominio de ese hombre y de su naturaleza infrangible. Se alejó hacia atrás, deslizándose sobre su trasero, implorando clemencia.

Blackraven se acercó a su víctima y le propinó un puntapié en el costado. Paddy lanzó un quejido y no tuvo tiempo de recuperar el aire pues recibió otro, y otro más. Resultaba ominoso el silencio en el que Roger actuaba, sólo se oían su agitada respiración, el ruido de huesos rotos y los gemidos de Maguire, que, a gatas, alcanzó la mesa de noche y tomó el facón que allí había. Blackraven caminó hacia él, le pateó la mano y el puñal voló para desaparecer bajo la cama. Acto seguido, lo tomó por detrás y, dándole la espalda a Melody, le sostuvo la cabeza por el pelo. Le habló en voz baja cerca del oído.

—Ahora pagarás con tu vida uno a uno los tormentos que le causaste a mi mujer. Desearás no haber nacido. ¡Maldita sea la ramera que te trajo a este mundo!

Lo degolló con el puñal que escondía en la bota. El cuerpo de Paddy, de bruces en el piso, se convulsionó y se encharcó en sangre.

Somar, que había mantenido distancia, intervino para encargarse del cadáver, mientras Blackraven se ocupaba de Melody, ovillada en la cama, las rodillas bajo el mentón y las manos entrelazadas en las pantorrillas. Se mecía y balbuceaba. Al percibir que la tocaban, profirió alaridos y agitó sus extremidades. Blackraven se echó junto a ella y la sujetó por detrás. Ella siguió gritando y moviendo la cabeza.

—Tranquila, mi amor, soy yo, Roger. Tu Roger. Reconoce mi voz, ¿es que ya la has olvidado? Estás a salvo, nada malo va a ocurrirte. Aquí estoy, tranquila ahora. El peligro ha pasado. —Con resolución, le dijo—: Voy a sacarte de aquí.

La levantó en brazos y advirtió que Somar había quitado el cuerpo y sólo quedaba una mancha oscura sobre el tablado. Salió al corredor y se topó con Brunilda, que sin palabras le indicó que lo siguiera.

—Ésta era la habitación de don Fidelis y doña Lastenia.

—Pon a hervir agua —le ordenó Blackraven, y cerró la puerta con el pie.

Acomodó a Melody en la cama y se ubicó junto a ella, que seguía temblando entre sus brazos. Un sollozo apagado vino después, sin fuerzas. Blackraven la apretaba contra su pecho, le besaba la cabeza y le susurraba palabras de amor. La conmoción fue cediendo y el llanto languideció hasta convertirse en suspiros. Melody guardaba silencio con la vista perdida; por instinto sabía que estaba a salvo, de algún modo conocía esos brazos que la sujetaban y esa voz que le hablaba en la nuca.

Blackraven le quitó los jirones de ropa y los botines. Estaba muy golpeada, los cardenales mancillaban la piel de su rostro y de su cuerpo. Anegado de impotencia y de odio, se mordió el puño al tiempo que sus ojos enrojecidos continuaban estudiándola tras un velo de lágrimas.

El dolor de Blackraven alcanzó a Melody y la rescató del letargo. Entonces lo vio,

con el gesto contraído en una mueca amarga, doblegado por la pena y el cansancio. Advirtió con qué delicadeza la movía para desnudarla y se dio cuenta de los esfuerzos que hacía para no romper en un llanto abierto. La nuez de Adán le subía y le bajaba y hacía ruido al tragar su emoción. Melody estiró la mano y le barrió las lágrimas con una caricia.

—Oh, Roger... —gimoteó.

—Isaura, amor mío —y se inclinó para besarla en los labios.

—Estoy sucia y siento asco de mí.

Con el baño listo, Blackraven cargó a Melody en brazos y la sentó en la tina. Le ordenó a la doméstica que buscara ropa limpia y después se arrodilló para enjabonarla. Melody guardó silencio por un largo rato. La acción de la esponja sobre su cuerpo la purificaba y serenaba.

—Él tiene a Tommy —expresó, incapaz de pronunciar su nombre—. Me dijo que lo había raptado. Me mostró la cadena y la medalla de oro de mi hermano, las que eran de mi madre. Tommy jamás se separa de esa cadena. Me obligó a casarme con él, me amenazó con matarlo.

A Blackraven lo enfureció la confesión, no obstante, por el bien de Isaura, mantuvo cautela sobre sus impulsos.

—Ese matrimonio no es válido, Isaura.

—¿Dónde está mi hermano? ¿Dónde lo tiene?

—Mis hombres y Somar están recorriendo la propiedad y la casa. Si está prisionero aquí, nosotros lo encontraremos. Trata de olvidar, cariño.

Pero Melody necesitaba hablar.

—Él pretendía ejercer sus derechos de esposo sobre mí cuando tú llegaste. ¿Qué habría ocurrido si no te presentabas? —Lloró, asolada por las imágenes vividas—. Le dije que cada vez que me forzara, yo estaría pensando en ti. Le dije que tú eras el amor de mi vida. Eso lo enfureció.

—Creí que me moría cuando Elisea nos dijo que te habían raptado. Ella lo vio todo, gracias a Dios, y corrió al Retiro a contarnos. Sólo ahora que te he recuperado vuelvo a sentirme vivo. ¡Por Dios, Isaura! No sé de qué habría sido capaz si algo malo te hubiese ocurrido. Sentí miedo.

Entendió que el tormento padecido por ese hombre se comparaba al de ella; acababa de confesarle que había sentido miedo y eso, en un hombre como él, no debía de ser fácil.

—Roger, durante estas horas de martirio, sólo podía pensar en ti. Es extraño, pero ni Jimmy ni Tommy ocupaban mi mente. Sólo tu nombre se repetía una y otra vez en mi cabeza. Roger, perdóname. Perdóname por haber puesto a los míos antes que a ti. Ahora entiendo que tú eres el centro de mi vida y que si no te tengo nada tiene sentido. ¿Ya ves cuánto te necesito?

—Isaura...

Se besaron, pero Melody aún cavilaba sobre los últimos minutos con Paddy, y las escenas con su primo la tornaron fría.

—¿Él está muerto, verdad?

—Sí.

—¿Tú lo mataste?

—Sí. Lo que debí hacer el día en que me mostraste las cicatrices que tienes en la espalda.

—En ese momento lo creíamos muerto.

—Debí asegurarme. Mi negligencia no tiene perdón. Podría haberte costado la vida.

—No puedo dejar de pensar en Tommy. ¿Dónde estará?

—Lo encontraremos, no te preocupes.

—Quiero que mi tía Enda abandone esta casa. Hoy mismo. Ahora.

—Así se hará.

La envolvió en una toalla y la sacó del agua.

—Mandaré llamar a un médico para que te revise. Estás muy golpeada.

—Sólo quiero descansar.

Brunilda le prestó algunas de sus prendas; estaban limpias y olían bien. Melody, con ayuda de Blackraven, se pasó un camisón por la cabeza y se echó en la cama, cerró los ojos y soltó un suspiro.

—Le traje una valeriana a la niña —dijo Brunilda—, para que pueda dormir.

Melody bebió la infusión y se sintió reconfortada. Blackraven se acomodó a su lado y, con la cabeza apoyada en una mano, la contempló dormir. No se avenía a dejarla pese a que lo aguardaban varias decisiones antes de emprender el regreso. Se calzó con desgano y salió en busca de la doméstica.

—Quédate junto a ella, no te muevas de su lado. Si despierta, me buscas. —A uno de sus hombres le ordenó montar guardia en la puerta—. Nadie puede entrar en esta recámara excepto yo.

Por la parte de afuera, se aseguró de la confiabilidad de los postigos de la ventana. Dos de sus hombres terminaban de cavar una fosa de considerable profundidad a los pies de un roble, cerca de la casa; el cadáver de Paddy Maguire, envuelto en una sábana, esperaba a un costado.

—Hemos investigado los alrededores —informó Somar—. Hay un grupo de casuchas hacia el norte, de los peones. Se han marchado casi todos. Según Brunilda, la doméstica, sólo quedan ella y Braulio, un esclavo, pero no lo hallamos por ninguna parte. No hay animales ni vacas ni caballos. Todo es un gran desorden.

—Hace tiempo que nadie se ocupa de poner a producir esta tierra. Hará falta una gran cantidad de dinero para devolverla a su estado de esplendor, amén de los

impuestos que se deben de adeudar y que será imperioso pagar.

—¿Piensas hacerte cargo?

—Lo hablaré con Isaura más tarde. Ella dice que Maguire secuestró a su hermano Tomás y que, bajo amenaza de matarlo, consiguió traerla de regreso a *Bella Esmeralda*.

—El muchacho no está acá —aseguró Somar—. Yo mismo me ocupé de revisar la casa y los alrededores. No olvides que Maguire tenía un cómplice. Elisea habló de dos hombres. Quizás él lo tenga.

Blackraven asintió, mientras se masajeaba el mentón con aire preocupado.

—Interrogaremos a Brunilda. Tal vez sepa quién era ese otro.

—Ahora —dijo Somar— me gustaría que me acompañases a la casa, hay algo que desearía mostrarte.

En la cocina, detrás de unos anaqueles en el guardamangel, Somar había hallado la puerta de un sótano. Usaron una lámpara de aceite para descender por la precaria escalera, y Blackraven temió que no soportara su peso. El lugar se hallaba en orden, vacío, excepto por una mesa y un armario ubicados en el extremo más alejado a la entrada. En su primera inspección, Somar había forzado la cerradura del armario. Abrió las puertas y pasó la lámpara frente a los estantes. Había frascos de varios tamaños, libros, cuadernos, plantas secas, pequeños animales disecados —sapos, ranas, lauchas— y otros embalsamados. Al acercar la lámpara a un frasco, descubrieron el feto de una cabra nadando en un líquido ambarino. Los demás contenían partes de animales, vísceras, ojos, lenguas, corazones. Blackraven apartó la vista, asqueado.

—Alguien practica la brujería en esta casa. Sin duda, es la vieja con la que nos topamos en la entrada. ¿Dónde está ahora?

—Ha desaparecido —dijo Somar.

—¡Mierda!

Blackraven revisó los cuadernos, escritos de puño y letra en gaélico. Los libros, con diseños de figuras diabólicas y exóticos símbolos, estaban en inglés, y detallaban conjuros y ritos druidas, fórmulas y ensalmos.

—No es una bruja cualquiera —opinó Somar—. Es una mujer culta, sabe leer y escribir. También conoce de tósigos —agregó—. Mira, esto es raíz de acónito, extremadamente venenosa. Éstas son semillas de digital. En ciertas dosis mata en cuestión de segundos. Creo que esto es cicuta, y en este frasco hay polvo de arsénico. Y éste, con olor a almendras, es cianuro.

—¿Dónde aprendiste tú tanto de venenos? —se pasmó Roger.

—No subsistes por mucho tiempo en un harén si no aprendes de estas cosas. Aquí —prosiguió Somar— guarda hongos, que por las características de los himenium —se refería a la parte inferior de los sombreros—, son tóxicos. ¿Ves? Tiene volva, otra

característica de los hongos venenosos.

—La madre de Isaura murió a consecuencia de comer un guisado de hongos. Y su padre murió en circunstancias poco claras, de una enfermedad gástrica que lo mató en semanas. Un día era un hombre saludable y fuerte, otro día no pudo dejar la cama acometido por una gran debilidad.

Sus miradas se encontraron, y una sombra de inquietud cruzó el gesto de Blackraven.

—Podría haberse tratado de un envenenamiento por arsénico —especuló Somar—. En dosis bajas suministradas con regularidad, provoca un cuadro similar al de un mal gástrico e intestinal.

—No tengo dudas, Somar. Los padres de Isaura fueron envenenados por la madre de Maguire.

—¿Vas a confesárselo a la muchacha?

—No lo sé. No quiero que sufra más penas en esta vida. Aún está conmocionada por lo que padeció a causa de ese gusano. Temí por su cordura —dijo.

Brunilda los puso en la pista de Gotardo Guzmán, a quien definió como “un Satanás, compañero de cazurrerías del señor Patricio”.

—¿Dónde puede encontrarlo? —repitió la muchacha, con desprecio—. ¿Dónde más? En la casa pública, con alguna de esas malas mujeres.

—Esta noche —le habló Blackraven a Somar al dejar la cocina— le harás una visita a Guzmán. Que te acompañe Peters, que es hábil con el torniquete. Lo torturas hasta que te confiese dónde tienen a Tommy. Antes de enviarlo al Infierno junto con Maguire, le dices que vas de mi parte, por haber osado meterse con mi mujer.

Al relámpago le siguió un sonido atronador. Blackraven apartó un poco la cortina y miró el cielo. Un nuevo refusilo iluminó las nubes grises, recortando la silueta del paisaje, confiriéndole un aspecto fantasmagórico. Desde allí se veía el roble a cuyo pie habían sepultado a Paddy Maguire. Las primeras gotas golpearon el cristal y en pocos segundos se desató una lluvia torrencial.

Blackraven desvió la mirada un instante para vigilar a Melody que dormía. Horas antes, habían cenado en la habitación y él debió obligarla a llevarse unas cuantas cucharadas de guiso a la boca. Guardaba silencio y todo el tiempo pensaba en sus hermanos. Tommy era la mayor preocupación.

Volvió la vista al exterior. Siempre lo habían fascinado las tormentas, en especial cuando las contemplaba desde lo alto de los riscos de Cornwall y veía los rayos caer en el mar. De pronto lo asaltó la melancolía. Quería hacerse a la mar con Isaura, alejarla de sus penas y recuerdos, apartarla de los sitios que la entristecían. ¿Sería feliz en Cornwall? Quizá prefiriese Londres; de seguro disfrutaría pasear por las calles de París. De todos modos, no era tiempo de partir.

Un rayo de peculiar intensidad iluminó el cielo y dibujó el contorno del roble

contra la noche. Había alguien de pie bajo el árbol, que de inmediato fue tragado por la oscuridad en cuanto la fugaz luz se consumió. Sobrevino otro rayo, y esta vez Blackraven no tuvo dudas: ahí estaba la madre de Maguire, junto a la tumba de su hijo. Ella miraba en dirección a la ventana, como si supiera que la espiaban. Los ojos le brillaban como los de un gato y ejercieron un efecto hipnótico en Roger.

El trueno lo sacudió del trance. Se echó la camisa encima y corrió hacia el exterior, pero la mujer había desaparecido. Ordenó a sus hombres que registraran la propiedad, no podía hallarse lejos. Regresó al dormitorio empapado y furioso. Melody dormía en la misma posición. Se lavó los pies embarrados, se secó el pelo y se quitó la ropa. Tendido de espaldas en la cama, pese a la actividad de su mente, se durmió. Horas más tarde, lo despertaron unos golpeteos en la puerta.

—¡Capitán Black! —Era uno de sus hombres.

—¿Qué quieres? —gruñó en voz baja.

—Mejor venga a la sala, capitán. El hermano de miss Melody está aquí.

Se vistió de prisa y se pasó los dedos por el pelo para desenredarlo. Nunca creyó que se sentiría feliz de volver a ver a ese imprudente muchacho.

Tommy se encontraba fuera de sí. Dos hombres lo sujetaban por los brazos, al igual que a Pablo. Cuando Blackraven se presentó, con el torso desnudo y los pelos sueltos, Tommy se sintió intimidado y cayó en la cuenta de que en ninguno de los anteriores encuentros el inglés había hecho uso de toda su potencia física.

—¡Inglés hijo del demonio! —profirió, igualmente—. ¿Qué carajo hace en la casa de mi padre? ¿Cómo se atrevió a poner pie en mis tierras?

—Vine a rescatar a tu hermana. Por si no te has enterado, tu primo la raptó ayer cerca del mediodía.

—Por eso estamos aquí. Servando nos avisó y vinimos a salvarla.

—Habrías llegado tarde, Maguire. Yo se la arranqué de los brazos cuando el hijoputa trataba de violarla.

Tommy se quedó callado, su mirada fija en la de Blackraven.

—Dígale a sus hombres que me suelten —vociferó.

—No hasta que muestres un poco de sensatez. Deja de gritar que tu hermana duerme. Cuando estés dispuesto a hablar como persona civilizada, entonces les diré a mis hombres que te suelten.

—¡Ésta es mi casa, maldito pirata inglés! ¡Usted no puede darme órdenes en mi propia casa! ¡Suélteme!

Melody, envuelta en una manta, descalza, con la cara soñolienta y el cabello ensortijado, apareció en el recibo.

—¡Tommy! —exclamó de alegría, y corrió a abrazarlo—. ¡Estás a salvo! ¡Gracias a Dios! Temí que algo terrible te hubiese ocurrido.

Con un ademán de cabeza, Blackraven ordenó a sus hombres que soltaran a los

jóvenes.

—Vayan aprestando los caballos —les indicó—. En cuanto tomemos un rápido desayuno, partimos hacia el Retiro. Los caballos han tenido tiempo para recuperarse.

Los hermanos se sentaron y conversaron por un largo rato. Blackraven se mantuvo aparte, al igual que Pablo, y se limitó a escuchar.

—¿Cómo supo Paddy dónde encontrarnos? —se preguntó Tommy.

—No lo sé —admitió Melody.

—Quizá llegó a saber de ti del mismo modo que yo, por tu fama como el Ángel Negro, el paladín de los esclavos.

—Quizá.

—Algo bueno ha surgido de este dramático suceso —apuntó Tommy—. Hemos recuperado *Bella Esmeralda* y nos hemos sacudido de encima al miserable de Paddy. Ahora podremos recomenzar. Iremos a buscar a Jimmy y viviremos aquí, con Pablo, como antes.

—Yo volveré con Roger, al Retiro. Y Jimmy se quedará conmigo.

Tommy armó un jaleo que afectó sobremanera a Melody. Blackraven intervino.

—Maguire, sé razonable. Este sitio necesita mucho dinero y trabajo para comenzar a dar algo de frutos, sin mencionar la fortuna que se debe en impuestos, porque estoy seguro de que tu primo jamás cumplió con esa obligación. Entiendo que quieras recuperar tu tierra y verla producir otra vez. Pero tus hermanos no tienen por qué padecer necesidades mientras *Bella Esmeralda* da algo de dinero.

—Deje de opinar, inglés. Nadie le ha pedido su parecer. Y quiero que antes del mediodía usted y sus matones abandonen mis tierras.

—Nos iremos en cuanto hayamos terminado de aprestar las monturas. Ahora, si me permites, quisiera tener unas palabras contigo en privado.

Tommy lo miró con desconfianza, algo sorprendido también, de igual modo lo siguió hasta el escritorio de Fidelis.

—¿Dónde están los muebles? —preguntó—. ¿Y los libros de mi madre? ¿Y los candelabros?

—Tu primo los vendió para costear sus vicios, según entiendo. Debes saber además que tu tía Enda ha desaparecido.

—¡Bah, que se pudra! Es una mujer inútil y siempre apañó al miserable de su hijo.

—Yo no me apresuraría en formar un juicio sobre ella. En la despensa de la cocina descubrimos una puerta que conduce a un sótano. Allí abajo hay toda clase de venenos. Suponemos que le pertenecen, pues hallamos cuadernos con anotaciones en gaélico. Sospecho que fue tu tía Enda quien envenenó a tus padres.

—¿Qué? Esa mujer no mataría a un pájaro.

—Como tú digas —se fastidió Blackraven—. Creí que debías saber lo que recelo,

por tu propia seguridad. Esa mujer, a mi criterio, es peligrosa y sigue suelta. Te advierto que Isaura no conoce mis sospechas acerca de la muerte de tus padres y no lo sabrá, al menos por un tiempo, hasta que se sobreponga de lo que acaba de vivir. La encontré muy golpeada y en estado de conmoción.

—¡Ojalá ardas en el Infierno, Paddy!

—Antes de dejar tus tierras —dijo Roger—, quería hacerte un ofrecimiento. —Tommy lo contempló con impaciencia y apenas inclinó la cabeza en señal de consentimiento—. Quisiera comprarte *Bella Esmeralda*. —Levantó una mano para detener el exabrupto de Maguire—. He recorrido la propiedad y, créeme, tu primo hizo un buen trabajo si se había propuesto destruirla. No cuentas con animales ni herramientas ni peones. Yo, en cambio, cuento con el dinero para volver floreciente este lugar. Tú serías el administrador y la estancia estaría a nombre de tu hermana.

—Vosotros, malditos ingleses —pronunció Maguire—, le robasteis a mi padre la tierra en la Irlanda, no permitiré que volváis a robársela aquí. ¡Fuera de mi propiedad! ¡Fuera, maldito pirata ladrón!

Capítulo XXII

NOTAS DE UN SICARIO

Entrada del día domingo 22 de septiembre de 1805

Ni Simon Miles ni Frederick Musgrove ni Conrad Phillips, los tres restantes de la lista de Fouché. Ninguno es el Escorpión Negro, como ya lo suponía. Ahora el dilema se debate entre dos nombres, quizá tres.

Una semana más tarde de haberlo visitado recibimos una nota del joyero de la Strand, Isaac Lienzo, aquél que aseguraba haber visto el sello del escorpión. “Tengo información que la ayudará en su búsqueda. Venga a verme hoy por la tarde con aquello que prometió. Su humilde servidor, Isaac Lienzo”.

Nos atendió en la trastienda, un sitio penumbroso y caótico que coincidía con el aspecto poco cuidado del joyero. La invitó a sentarse mientras yo permanecía de pie a sus espaldas. Le presentó un libro que levantó polvo cuando lo apoyó sobre el escritorio. Lo abrió por la marca que había hecho doblando la punta superior de la hoja. “Es un catálogo de joyas italianas del Renacimiento”, explicó. “Lo adquirí tiempo atrás en una subasta para copiar modelos. Éste es”, dijo, con satisfacción, “el sello que buscabais”. Nos inclinamos sobre el dibujo. Experimenté una fuerte emoción y podía sentir cómo palpitaba mi vena en el cuello. Sin duda, era el mismo. Conocíamos el sello de memoria, cada detalle, la precisión de sus partes y la exacta proporción de sus medidas, lo habríamos reconocido entre miles.

Junto a ese diseño del escorpión, había un trébol de cuatro hojas de tonalidad oscura. “¿Y este trébol?”, preguntó Desirée. “No es un trébol”, aseveró el judío, y le contó una interesante historia.

Benvenuto Cellini, el conocido escultor y orfebre del Renacimiento, desde los cuarenta y cinco años y hasta el final de sus días vivió bajo el mecenazgo de Cósimo de Médicis, en Florencia, donde se ganó el favor de su protector y pasó a formar parte de una logia secreta de librepensadores fundada por el propio Cósimo. El consejo supremo de la logia, compuesto por doce personas, como doce son los signos del Zodíaco solar, le pidió a Cellini que diseñara y confeccionara doce anillos que los representaran y los distinguieran, como un símbolo secreto que sólo los miembros sabrían reconocer. Tomando las cuatro virtudes que, a juicio de la logia, todo hombre de bien debía poseer, sabiduría, templanza, conocimiento y sentido de la belleza, Cellini bosquejó cuatro círculos entrelazados para tallarlos en ópalo negro. Los contornos sobresalientes de dichos círculos conformaban el trébol de cuatro hojas, aunque una mirada más atenta advertía, sobre la cambiante piedra, que los lineamientos se completaban en el interior, formando una flor. La simplicidad

del diseño no habría honrado el buen nombre de Cellini si no hubiese sido por lo que ese trébol, o más bien, esos cuatro círculos intersecados ocultaban. Al accionar una diminuta y precisa bisagra, el trébol se levantaba para revelar un signo del Zodíaco, y era ahí, en el diseño del signo zodiacal, tallado en oro, donde Cellini había desplegado su extraordinaria destreza como orfebre.

Lienzo dio vuelta varias páginas de su catálogo y nos mostró los once anillos restantes. Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, cada signo contaba con un diseño perfecto y meticuloso. Según nos refirió Lienzo, los anillos habían sido entregados a los doce miembros de mayor jerarquía dentro de la logia en una ceremonia que se repitió de generación en generación a medida que los hijos y nietos de los cofrades se hacían cargo de las dignidades superiores. Cada familia había conservado por siglos el anillo recibido aquel día de diciembre de 1548.

Desirée formuló la pregunta que a mí me barbotaba entre los labios: “¿A quién le tocó el anillo con el escorpión?”. “Aquí asegura”, expresó el joyero, “que el escorpión fue destinado a Vittorio Quirino di Bravante, un noble siciliano amigo de Cósimo de Médicis. A pesar de que la logia se disolvió a finales del siglo XVII, el anillo, según este libro, aún se encuentra en poder de los Bravante, aunque este ejemplar ya tiene sus años”, añadió, “y el anillo podría hallarse en cualquier parte, en el seno de cualquier familia o en manos de un coleccionista. Últimamente ha surgido un gran interés por la obra de Cellini”.

Necesitábamos dar con los descendientes de Vittorio Quirino di Bravante, debíamos hacernos del árbol genealógico de esa familia. El instinto me indicaba que nos hallábamos sobre una pista firme. Por primera vez sentía que me aproximaba al Escorpión Negro, y la excitación me agitaba la sangre y me alteraba al punto de trastornarme el sueño, algo infrecuente en mí. Pero éste espía ha logrado meterse en mi cabeza, en mi cuerpo, en mi alma, y hasta que no lo encuentre no viviré en paz.

Desirée me recordó que lady Sommers conoce de memoria el pedigrí de la mayor parte de la nobleza inglesa y francesa, y si su proverbial memoria le falla consulta alguno de sus libros, como el *Baronetage*, si de un baronet se habla, o *The book of earldom*, si a un earl o a un conde se refiere, y así para cada condición en la escala social. Incluso tiene un libro que se ocupa de la oficialidad de las fuerzas militares de Gran Bretaña.

Lady Sommers nos confesó que nada sabe de la nobleza siciliana. Para remediarlo organizó una velada en su casa de Mayfair e invitó a un diplomático napolitano que pronto cayó cautivo de las insinuantes miradas con que Desirée lo favorecía a través de la mesa. Tomasso Dapassano representa en la Inglaterra a su majestad Fernando IV, soberano del Reino de Nápoles.

Encantado de que una mujer que hablaba su lengua natal, se mostrara interesada en él, Dapassano terminó sintiéndose el centro de la velada. Alentado por el excelente vino francés y una verborrea natural, habló de sí mismo y de sus predilecciones. La historia y las vidas de los hombres preclaros de su reino constituían su mayor interés. “¿Los Bravante?”, repitió, con una sonrisa presuntuosa. “¡Pues, claro! Originarios de Palermo, Sicilia, y emparentados con la casa de Borbón, pero no por el lado correcto de la cama”, aclaró con un guiño. “¿Puedo ser tan indiscreto y preguntarle qué interés os lleva a inquirir por esa noble familia siciliana?” Desirée le respondió que había llegado a su conocimiento que poseían una pieza de arte que, desde largo tiempo, deseaba adquirir. “Estoy dispuesta a ser muy generosa”, agregó.

Hace años que Tomasso Dapassano vive en Londres, incluso casó con una inglesa muerta dos años atrás de tifus. Sin hijos, se afana en su trabajo y cumple con algunos compromisos sociales para dedicar el resto del tiempo a su entretenimiento favorito: leer libros y documentos históricos y coleccionar árboles genealógicos de las rancias familias de la península italiana.

Su invitación no tardó en llegar. Dos días después de la cena en casa de lady Sommers, Dapassano le envió una nota a Desirée donde le pedía que lo acompañase a merendar. Ocupaba la planta superior de una elegante casona apocas cuerdas de la Abadía de Westminster, que contaba con una habitación cuyas paredes se hallaban empapeladas por los árboles genealógicos de las familias patricias de su península natal, algunos muy ornamentados, con escudos de armas y retratos de los miembros importantes. El de los Bravante no sobresalía especialmente, pero ahí estaba, y se remontaba a los tiempos medievales cuando Roger du Brabante, un varego comerciante de esclavos, llegó a las costas del mar Tirreno.

Dapassano hizo una revisión general de la mentada familia, destacando a tres de sus miembros: un general, gran amigo de Cósimo de Médicis que, unido a la Santa Liga, se distinguió en la batalla de Lepanto; un pintor renacentista que, si no hubiese muerto a los veintidós años en un duelo, habría alcanzado gran renombre; y un cardenal famoso por su poderío y vida disoluta.

“Aquí es donde los Bravante emparentaron con los Borbones, la familia reinante en las Dos Sicilias”, y apoyó su dedo casi al final del gráfico, sobre el nombre de una mujer: Fedora di Bravante (1732-1752). Su nombre confería la idea de pasión y belleza, y su juventud al morir hablaba de una vida trágica.

Dapassano asegura que Fedora di Bravante fue una beldad, admirada por sus suaves lineamientos y la donosura de sus actos. Un aire de gran dignidad carente de melindres la destacaba entre sus pares, que la copiaban y envidiaban. Casada desde los doce años con un aristócrata toscano, el conde di

Cavalcanti, Fedora vivía en Florencia, aunque viajaba a Palermo con frecuencia para visitar a su familia. En 1751, los Bravante pasaban una temporada en Portici, residencia de la corte de Nápoles, donde Fedora los alcanzó para su acostumbrado encuentro anual.

Se dice que, al verla, el rey de las Dos Sicilias, Carlos VII, quedó mudo en medio de una alocución que dirigía en honor del nuevo obispo. La atracción fue mutua, pues si bien Carlos VII presentaba el aspecto de un Borbón de pies a cabeza, con su larga nariz y ojos saltones, era un progresista, amante del arte, de cálida y sencilla personalidad, cualidades que ejercieron una atracción irrefrenable en la idealista Fedora, lastimada por el desamor del conde, cuyos únicos intereses se reducían a la caza y al juego. En pocas semanas, Fedora se convirtió en la amante de Carlos VII, y la corte de Nápoles quedó estupefacta, volviéndose un nido de chismes y hablillas, pues era la primera vez que el rey traicionaba a la reina, María Amalia de Sajonia.

Cuentan que Carlos en una oportunidad le confesó a su ministro de confianza en referencia a la joven siciliana: “Aunque lucho contra mí mismo, no puedo resistirla, simplemente no puedo”. Calogero di Bravante, padre de Fedora, orgulloso del favoritismo del rey por su hija, escribió al conde di Cavalcanti para anunciarle que la muchacha pasaría otra temporada con ellos.

El romance continuó incluso después de que Fedora le informó al rey que estaba encinta. Cuando los Bravante expresaron la conveniencia de que su hija se retirase a Sicilia, a la casa de campo que la familia poseía en las afueras de Palermo, el rey aseguró que no podía vivir sin ella y le ordenó permanecer en Nápoles.

Isabella di Bravante nació en una habitación del palacio real el 5 de noviembre de 1752. El propio rey asistió al parto y nombró a la niña en honor de su madre, Isabella di Farnesio. Fedora, que no había presentado complicaciones durante el alumbramiento, al día siguiente amaneció afiebrada. Creyeron que se trataba de la leche que no bajaba, y las comadronas recetaron lo que se acostumbraba para ese caso. La leche bajó, aunque la fiebre siguió subiendo hasta hacerla delirar. Carlos VII convocó a los médicos más renombrados de la ciudad que nada pudieron hacer. Fedora murió diez días más tarde a causa de una infección.

Devastado, el monarca se encerró con el cuerpo de su amante en la habitación y lloró aferrado a su demacrada mano. Se la enterró con honores en el cementerio real, a pesar de las quejas y el descontento de María Amalia. A ese punto, los Bravante decidieron que había llegado el momento de volver a Palermo con la pequeña Isabella, a cargo de su nodriza, Michela. “Es mi hija”, expresó el rey, con imperio, “y conmigo vivirá”. Los Bravante dejaron Nápoles

y vieron ocasionalmente a Isabella hasta que, en 1759, partió junto con la familia de su padre hacia Madrid, donde Carlos VII, rey de las Dos Sicilias, se convertiría en Carlos III, rey de la España.

“Es decir”, habló Desirée, algo pasmada, “que Isabella di Bravante es medio hermana del actual rey de la España, Carlos IV”. Dapassano asintió con solemnidad y agregó: “Y medio hermana de Fernando IV, actual rey de Nápoles. Poco sé qué fue de Isabella, tan sólo que vivió desde muy joven en la Francia, donde tuvo un hijo ilegítimo, a quien llamó Alejandro, Alejandro di Bravante”.

“Isabella aún no ha muerto”, apuntó Desirée, e indicó el espacio vacío junto al año de su nacimiento. Dapassano reconoció que no lo sabía con certeza, “aunque”, añadió, “lo más probable es que la guillotina la haya alcanzado como a tantos aristócratas durante la época del Terror”.

En cuanto a Alejandro di Bravante, nada se conocía de su paradero, como si la tierra se lo hubiese tragado, al igual que a su madre. ¿Habría pasado a manos de Alejandro di Bravante el sello del escorpión? ¿Sería Alejandro di Bravante el Escorpión Negro o su madre, Isabella?

Desirée preguntó con buen criterio: “¿Es ésta la única línea sucesoria de los Bravante? ¿Son Alejandro e Isabella los últimos de ese linaje?”. Dapassano contestó: “Los Bravante han sido una familia diezmada por las enfermedades y la guerra. Sus varones morían jóvenes, sin dejar descendencia. En Palermo, una ciudad de gente supersticiosa, se comenzó a hablar de “la maldición de los Bravante”. Se podría decir que ésta es la última descendencia de esa familia, al menos así surge de mis investigaciones, las cuales juzgo muy concienzudas”. Hizo una pausa en la que demoró la vista en el árbol genealógico pegado a la pared. “Sí”, expresó al cabo, “Alejandro sería el último de los Bravante, eso es si la maldición no lo alcanzó y ya está muerto”.

Hasta aquí en cuanto a los Bravante. Nuestro segundo posible Escorpión Negro surgió de una manera increíble, por casualidad, y vino de manos de Simon Miles.

Desirée necesitó compartir la cama con Miles pocas veces para concluir que no reunía las características del Escorpión Negro. Atormentado por los recuerdos, el odio y el miedo, era un individuo romántico, inseguro y previsible, que sólo encontraba placer en la literatura francesa, una patética vía de escape a sus penas. Decidimos que siguiera frecuentándolo porque no podíamos soslayar el extraño encuentro que Peter atestiguó entre Miles y Ringleau tiempo atrás en Hyde Park. Algo ocultaba, se traía entre manos un peculiar negocio, hablaba de que pronto saldría de la pobreza, de que nunca volvería a mendigar ni a trabajar, lo hacía con una insólita pasión, la mirada repentinamente iluminada, no de dicha sino de odio.

Un amanecer en el que Miles se encontraba más melancólico que de costumbre y bastante ebrio, le confesó su triste historia de amor. Se refería a ella como “Victoria, mi amada”. Ningún calificativo habría hecho justicia para describirla; su belleza no conocía parangón, su nobleza la convertía en un ángel, su ingenio y gracia, en la compañera perfecta. Miembro de una de las familias más exaltadas de la región, no vivía de acuerdo con su rango debido a las estrecheces a las que los imprudentes manejos financieros de su padre la habían confinado. Sufría con sus viejos vestidos y sus zapatos llenos de agujeros, con la comida escasa y ordinaria, con el deterioro de la vieja mansión familiar y con la falta de carruajes y caballos.

Victoria y Simon se habían querido desde niños, movidos por los tiernos sentimientos de la infancia; años más tarde, cuando comenzaron a tomar conciencia de su propio género y del opuesto, reconocieron, en esa afinidad de la niñez, a un amor apasionado que los gobernaba con fuertes riendas, que los atraía y los propulsaba a los brazos del otro. Miles sólo vivía para ella, y ella, sólo para él.

Hasta que el Bastardo puso sus ojos en Victoria como el cazador que elige a su presa. El Bastardo, como Miles llamaba a su adversario, un vecino de la región, de alta condición y de vastísima fortuna, con el cual había trabado una sincera amistad años atrás, regresó después de vagabundear por el mundo largo tiempo, más rico y más hombre que cuando se marchó entre gallos y medianoche. Roger Blackraven era su nombre, ostentaba el título de conde y era heredero del ducado de Guermeaux.

La amada, que en el pasado había despreciado al Bastardo por su condición de tal, se deslumbró con su riqueza y se dejó llevar por la seducción inherente a un libertino como él. Obnubilada por tanto esplendor y despliegue de virilidad, aceptó ser su esposa. Simon Miles intuía que el Bastardo no la amaba, que había más de revancha y odio en su propuesta matrimonial que de afecto.

No se equivocó. El Bastardo, un hombre sin principios, terminó por mostrar su verdadera naturaleza llevando la vida de calavera a la que estaba habituado. Viajaba a menudo, descuidaba a su esposa, la trataba con desprecio y se mofaba de sus celos y pataletas cuando ella le arrostraba las cartas que las amantes le enviaban a su propia casa. “Tú, que antes me despreciabas por mi condición de ilegítimo, ahora te vanaglorias de contar con mi fortuna para satisfacer todos tus caprichos. Admítelo, Victoria, eras una puta que se vendió al mejor postor, sin reparar en aquello que tanto te disgustaba en el pasado, que yo fuera el hijo ilegítimo del duque de Guermeaux”. Victoria sufría porque creía amarle.

Simon Miles la abordó una tarde, al final del servicio dominical. Ella estaba

sola, como de costumbre, y le permitió que la acompañase de regreso a su enorme y vacío palacio de estilo isabelino. Lo invitó a tomar el té, ejecutó unas piezas en el piano y jugaron al whist, y, cuando se hizo la hora de cenar, él aceptó compartir la mesa con ella. Pasaron una velada agradable. Al despedirse, Miles la besó en los labios. Victoria sucumbió al deseo tanto tiempo postergado y se entregó a él.

Se convirtieron en amantes, y las mejillas pálidas de la amada volvieron a teñirse de rosa; desaparecieron las ojeras y ganó en peso, lo que le devolvió la gracia a su figura. Los rumores comenzaron a circular entre las familias de la región. No la condenaban tanto por su adulterio sino por haberse casado con un hombre como Blackraven, bastardo, libertino e hijo de una ramera.

Se citaban en casa de Victoria y hacían el amor a lo largo de la noche hasta que los primeros rayos de sol les anunciaban que debían separarse antes de que el servicio doméstico comenzara a trabajar. Miles encontraba cada vez más difícil dejar a su amada, y buscaba excusas durante el día para asistir a los lugares adonde ella concurría, a una reunión de la Sociedad de Beneficencia en el templo, a una tarde de té y cartas, durante las visitas a los arrendatarios, en fin, sólo pensaba en su amada y sólo actuaba por ella.

Huirían, Victoria abandonaría al Bastardo, lo dejaría todo y comenzaría a vivir de nuevo en un sitio alejado, como la señora de Simon Miles. El plan presentaba escollos que parecían insalvables; la afrenta que significaría para los padres de Victoria y la falta de dinero contaban entre los más importantes; la reacción del Bastardo no los intimidaba menos. Era un hombre poderoso, con amplios recursos; los encontraría, la acusaría de adúltera y bígama, y Victoria terminaría en prisión y repudiada.

Miles se dijo: “Lo chantajearé si es necesario para que nos deje tranquilos”. Tiempo atrás, en la época en que él y el Bastardo eran amigos, Miles lo había ayudado a rescatar a una parienta de las zarpas de la Revolución en la Francia. Dada su afición por la literatura de ese país, su excelente manejo del idioma y su aspecto anodino, Blackraven lo juzgó como la persona ideal para llevar a cabo el cometido. Su participación se redujo a viajar en un coche privado desde una casa de campo en las afueras de Laon hasta París y desde esa ciudad a Calais, junto con la parienta, con salvoconductos falsos y haciéndose pasar por su esposo. En cada mesón donde se detenían para comer o dormir, aparecía Blackraven disfrazado de una manera distinta y se las ingeniaba para cambiar unas palabras con la fugitiva.

Una noche, casi al final de la misión, en tanto Miles se aprestaba para acostarse en la habitación de una posada de Calais, la muy conocida “Paja y Heno”, escuchó a través de la puerta una conversación que Blackraven y la

muchacha sostenían en el cuarto contiguo. A él le habían dicho que el nombre de su supuesta esposa era Béatrice Solange Laurent; Blackraven, en cambio, la llamó Marie.

Por temor, Miles decidió ocultar a su amigo que conocía el secreto. Blackraven entró en la habitación y, al ver el gesto alterado y las manos temblorosas de Miles, le dirigió una mirada interrogativa para luego volverse hacia la puerta común. Supo de inmediato que su amigo lo había oído todo. “Por tu seguridad habría preferido que nunca lo supieras”, manifestó Blackraven. “Te doy mi palabra de honor”, juró Miles, “de que nunca revelaré este secreto”.

En este punto, Miles se mostró inflexible, y, por más que Desirée insistió, no pudo sonsacarle lo que oyó a través de la puerta aquella noche, aunque debió de tratarse de una revelación de extrema gravedad.

Por Victoria, en cambio, había estado dispuesto a faltar a su palabra, a pesar de que se trataba de un acto vil en el que pagarían justos por pecadores. ¿Qué culpa tenía esa pobre muchacha de estar emparentada con un ser abyecto como el Bastardo? De todos modos, la sangre no tenía por qué llegar al río si Blackraven se avenía a dejarlos en paz.

No tuvo oportunidad de extorsionarlo. Los acontecimientos se precipitaron y, en unas horas, todo acabó.

Se suponía que Blackraven no volvería para la Navidad a su casa. Miles y Victoria, olvidados del entorno, entregados a su momento de amor, se incorporaron en la cama con una exclamación y se taparon con las sábanas al descubrir a Blackraven que los contemplaba desde su altura de casi seis pies y medio. Victoria comenzó a llorar, en tanto Miles, en el apuro por ponerse los pantalones, se enredó en los pernils y terminó en el suelo. Blackraven soltó una risotada antes de indicarle: “Cuando seas capaz de vestirte, sal de mi casa. Después ajustaremos cuentas tú y yo”. Miles supo que moriría si su amigo lo retaba a duelo. Lanzó un vistazo de compasión a Victoria, tomó su chaqueta y sus botas y se fue.

“¡Actué como un cobarde! ¡Un cobarde! ¡Un maldito cobarde!”, profirió, deshaciéndose de la melancolía y de la borrachera para transformarse en un ser furioso, desconocido, sediento de venganza, prisionero del más acendrado odio. “Jamás debí dejarla sola con esa bestia”, dijo, más para sí, “pero el miedo me paralizó y huí como un cobarde. Nunca supe qué ocurrió entre ellos, nunca lo sabré. Al día siguiente me enteré de que Victoria había desaparecido. Se formaron cuadrillas para buscarla, hombres, mujeres e incluso los niños la buscaron pues era muy querida entre los arrendatarios de Blackraven. Al atardecer, antes de que el sol se pusiera por completo, hallaron sus ropas en la

cima de un risco y una carta para su esposo. Se había suicidado. No hallaron el cuerpo, el mar nunca lo devolvió. Eso dijeron las autoridades, pero yo sé que Victoria jamás se habría suicidado, era temerosa de Dios y de sus leyes”, señaló. “Blackraven la mató y se deshizo del cadáver, montando esa farsa para despistar a las autoridades”. Desirée, con criterio, le marcó la existencia de la carta. “¡Bah!”, se mofó Miles. “Bien podría haberla obligado a escribir esa carta antes de matarla. Incluso podría haberla escrito él mismo, imitando su caligrafía”.

Ayer por la noche, Miles le dijo a Desirée: “En pocas horas me convertiré en un hombre rico. Nos casaremos y viviremos felices, libres de preocupaciones”. Ella le rogó que le contase de qué se trataba. “La hora de la venganza largamente pospuesta ha llegado. Ahora es a mí quien sonrío el destino y, de un solo golpe, me desharé de mi peor enemigo y me llenaré los bolsillos de libras”. No resultaba necesario que aclarase que la venganza caería sobre Roger Blackraven. Desirée le dijo que deseaba acompañarlo, que temía por su seguridad. “Tu seguridad estaría en juego y yo, completamente loco si te llevase a la Piscina de Londres a cerrar un trato con un espía francés”.

Le dio un beso apasionado y la guió hasta la salida. Ella se envolvió en su dominó y trepó al coche. Dos calles después, me indicó que me detuviese. “Estoy segura”, me dijo, “de que el encuentro con Ringleau será esta noche, en el puerto, en la Piscina de Londres”.

Oculté el coche en Saint James’s Park y caminé hasta la pensión de Miles en la calle Cockspur. La puerta permanecía abierta para los inquilinos que aún no acababan de llegar. Un silencio sepulcral remarcaba mis pasos a medida que trepaba las escaleras. Miles se hallaba aún dentro, lo escuchaba moverse de una habitación a otra, parecía llevar prisa. Utilicé la llave que le había dado a Desirée. Lo encontré en su biblioteca, mientras abría una caja de hierro que yacía sobre el escritorio. Levantó la tapa y hurgó entre los papeles hasta sacar un sobre. Cerró la caja y la devolvió a la biblioteca, donde la ocultó detrás de unos tomos. Me vio al volverse. Yo me escondía tras la máscara de La Cobra, y mi aspecto debió de atemorizarlo.

“¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado en mi casa?”, tartamudeó, y manoteó un cortaplumas. “No se me acerque”, y me intimó con el arma. “Deme ese sobre”, le ordené a medida que me acercaba. Miles arrojó una finta y yo lo tomé por la muñeca hasta obligarlo a abrir la mano y dejar caer el arma. Saqué mi puñal y se lo coloqué bajo el mentón. Me entregó el sobre sin necesidad de que se lo pidiera de nuevo. Estaba abierto y no tuve dificultad para extraer la carta y leerla en tanto mi arma seguía hincándose en la garganta de Miles.

La nota, escrita en inglés, rezaba: “Simon, tu odio y el mío tienen un mismo destinatario y por razones similares. Desde mi posición nada puedo hacer para vengarme. Tú, en cambio, lo conseguirás con la información que te daré y que le confiarás a los franceses. Ellos se encargarán del resto. Buscarás a Thiers, el mesonero de “The king and the lady”, y le dirás que necesitas ver a Rigneau. Por unas libras, él te concertará una cita con el espía número uno de Fouché. El encuentro deberá ser en un lugar público e irás armado. Cuídate de que no te siga y usa un nombre falso. A Rigneau le confiarás lo que te revelaré a continuación”. En letras remarcadas, de mayor tamaño, proseguía: “El cuervo negro es, en realidad, el escorpión negro”.

Leí varias veces esa frase: “The black raven is, in fact, the black scorpion”. ¿Roger Blackraven el Escorpión Negro? Admito que se trató de un momento de gran confusión. Había entrado en esa habitación con la certeza de que Miles me proporcionaría algún elemento para extorsionar a Rigneau en el futuro si las circunstancias lo requerían, y me topaba, por casualidad, con la posible solución a mi acertijo. Miré el pie de la nota. La firma del emisario la componían cuatro letras, tres en mayúscula: A. V. e I.

“Vamos, hable”, lo increpé, “¿qué sabe del Escorpión Negro?”. “Nada, nada”, se espantó Miles, “sólo lo que le escuché decir a lord Bartleby”, se refería al jefe del Departamento Exterior, a cargo del espionaje británico. “¿Qué sabe del Escorpión Negro?”, insistí, y le infligí un corte en el cuello, a la altura de la yugular. “¡Nada, nada! He sabido de él por los comentarios que han circulado en el club, que es un espía muy escurridizo, hábil en extremo, y que lord Bartleby lo quiere de regreso para que entrene a sus hombres”. “¿Usted cree que Roger Blackraven es el Escorpión Negro?” Miles levantó las cejas, muy sorprendido. Se quedó callado, mirándome, y lo insté a contestar apretando el cuchillo en su carne. “¿Cómo conoce a Blackraven? ¿Quién es usted?”, me preguntó. “No soy yo quien responderá a las preguntas esta noche”, le dije, e insistí. “Sí, Blackraven podría ser el Escorpión Negro”, admitió, “aunque poco me importa si lo es. Esta nota me ha proporcionado un motivo para vengarme de ese bastardo y así lo haré, más allá de que sea verdad o mentira lo que allí se expresa. Le echaré encima a todos los espías franceses, ellos se harán cargo de ese maldito bastardo”.

Lo apuñalé en el cuello. Murió minutos después, desangrado.

¿Quién es, en realidad, el Escorpión Negro, Alejandro di Bravante o Roger Blackraven? ¿Por qué no Isabella di Bravante? El acertijo parece no tener fin.

Fouché se impacientó.

—¿Cómo que la misión fracasó? Deberías haber concertado la cita en París, no en

Londres. Nada habría fallado en ese caso. Incluso, habríamos apresado al sujeto para sacarle la información a la fuerza, ahorrándonos una fortuna.

—Así lo dispuso Mr. King —se justificó Ringleau.

A Fouché no le gustaba aquel asunto. El tal Mr. King —un nombre falso, no cabía duda— aseguraba conocer la identidad del Escorpión Negro y ofrecía la información a cambio de una suma escandalosa. El emperador había aprobado el gasto, a regañadientes, y Fouché sabía que si el dinero se perdía, su cabeza rodaría.

—Cuando estuviste en Londres —habló Fouché—, ¿te entrevistaste con Mr. King?

—No. El nunca se presentó a la cita.

—¿Y el dinero? ¿Dónde está el maldito dinero?

—No quise arriesgarme a cruzar el canal con esa suma encima. La deposité en una cuenta que Thiers posee en la Casa Tellson, con corresponsalía en París. Mañana mismo iré a retirarlo.

Fouché experimentó un gran alivio y volvió a ocupar su butaca.

—El dinero está a salvo —manifestó—, pero no tenemos el nombre del Escorpión Negro. ¿Qué ocurrió?

—Como le dije, Mr. King nunca se presentó —explicó Ringleau—. En cambio, lo hizo la ayudante de La Cobra.

—¿De qué hablas? ¡Y ahora me lo dices!

—Disculpe, señor, pero de algún modo, La Cobra supo de mi arreglo con Mr. King. La noche en que debíamos encontrarnos en una taberna cerca de la Piscina de Londres se presentó su intermediaria. Me pidió que le transmitiera a usted un mensaje de La Cobra. En palabras textuales, la mujer dijo: “Dile a Fouché que no se interponga en el camino de La Cobra. El Escorpión Negro es nuestro”.

—¿Sabes, Ringleau? —expresó Fouché, en un inusual tono de confianza—. Creo que jamás le echaremos el guante al maldito Escorpión Negro. Quizá sea lo mejor. El emperador volvió a manifestarme su deseo de que forme parte de nuestras huestes. Y yo jamás podría consentirlo.

—Tengo novedades de Le Libertin, señor —informó Ringleau—. El último mensaje data de dos meses atrás. Él insiste en que cree haber encontrado a Madame Royale.

—Eso ya lo sabíamos. ¿Cuántas veces repetirá lo mismo? ¿Qué más agrega? ¿Nada con respecto a su hermano Luis?

—Nada, señor, aunque asegura que está sobre una pista firme.

—Por supuesto no dice dónde se encuentra.

—No, señor, como es su costumbre, trabaja en la sombra.

—Me pregunto qué lo lleva a aseverar con tanto optimismo que ha encontrado a Madame Royale cuando pocas personas podrían reconocerla.

Capítulo XXIII

Dejaron *Bella Esmeralda* pasado el mediodía y anduvieron a tranco regular. Blackraven decidió que harían noche al raso, en un claro que se divisaba desde el camino. Somar y los marineros se encargaron de prender una fogata y de cocinar las provisiones que habían comprado en Capilla del Señor, incluso cazaron un armadillo y lo asaron dentro de su caparazón, como Melody les indicó.

Salvo esa intervención, la joven se mantuvo apartada, ocupándose de Fuoco, mientras el caballo ramoneaba las hojas de los árboles. Podía escuchar la voz gruesa de Blackraven dando órdenes y a sus hombres que actuaban sin demora. Una tristeza la debilitaba, y pensó en echarse sobre la hierba y dormir. Aún se repetían en su cabeza las duras palabras que intercambiaron Blackraven y su hermano antes de dejar la estancia. El odio consumía a Tommy y no le permitía pensar con sensatez, al menos eso decía Roger.

Blackraven la tomó por sorpresa, se había aproximado con sigilo y ella no se dio cuenta hasta que le pasó los brazos por la cintura y la besó.

—No estés triste por tu hermano, Isaura. Es joven y arrebatado. Pronto entrará en razón y nos pedirá ayuda.

—No conoces a Tommy. Es muy testarudo y orgulloso, como lo era mi padre.

—La realidad lo hará entrar en razón. La estancia está en ruinas y él, sin dinero, nada podrá hacer.

—No debiste ofrecerle comprar *Bella Esmeralda* —le reprochó—. Sabías que se pondría furioso.

—La tierra es lo más importante para un irlandés, ¿eh? —Melody asintió—. ¿Qué debí hacer? ¿Ofrecerle un préstamo?

—Quizá.

—No confío en el buen juicio de tu hermano, cariño. Dudo de que ese dinero hubiese terminado invertido en la estancia.

—¿Y dónde lo habría invertido? —se impacientó Melody.

Blackraven, que conocía a fondo las actividades de su futuro cuñado, sólo levantó los hombros.

—No sigamos hablando de esto —propuso—. Han sido días muy duros para todos. Tratemos de despejar nuestras mentes y de pasar un momento agradable. Estoy feliz por haberte recuperado —y la pegó a su cuerpo—. Casi muero de angustia cuando Elisea me dijo que te habían raptado. Nunca sentí una desolación igual.

Comieron en torno a la fogata, y por un rato Melody se olvidó de sus problemas y hasta se rió al escuchar las anécdotas de los hombres de Blackraven. Le mostraron al *Captain Black*, un hombre distinto, igual de fuerte e imponente, pero desembarazado de los modos propios de la gente decente. Entre sus marineros, Blackraven se

convertía en un *privateer*, un corsario, que no era otra cosa que un pirata con licencia del gobierno inglés para atracar barcos de países enemigos. Melody sospechaba que, más allá de su título de conde y sus maneras de señor, los marineros le mostraron la verdadera naturaleza del hombre que amaba, la de un pirata arriesgado e impredecible. Quizá debería haber aceptado a Bruno Covarrubias, creíble y manso. Enseguida descartó esa posibilidad. No imaginaba otras manos sobre su cuerpo que las de Roger, ni a ella misma abriéndose y mostrándose a otro que no fuera él.

Divisaron los techos del Retiro al día siguiente, a media mañana. Al ver a los esclavos trabajar con ahínco, a Bustillo montado en su ruano y a las domésticas aireando las alfombras, a Melody le pareció que nada malo había ocurrido. Saltó de Fuoco y se precipitó en el interior de la mansión. Jimmy y Víctor dieron gritos de felicidad. Béatrice la abrazó en silencio y la besó en ambas mejillas.

—Gracias por cuidar de los niños —balbuceó Melody, y se limpió los ojos con torpeza—. Iré a cambiarme.

Jimmy no le soltaba la mano mientras preguntaba con insistencia por qué había partido sin avisarle. En consideración a él, Melody subía los escalones a paso lento y le mentía acerca de los motivos, que Jimmy parecía no creer.

—¿Tomaste tu medicina? —le preguntó, pues no tenía buen semblante.

—Sí, la señorita Leo me la dio.

—¿Dormiste bien?

—Más o menos. Estaba preocupado por ti.

—Esta noche lo harás pues ya estoy de regreso. Ahora ve a la sala de estudio con Víctor. Enseguida os alcanzo.

Jimmy se encontró con Blackraven, que le estrechó la mano y le palmeó la mejilla.

—Gracias por traerla de nuevo —dijo el niño.

—Un placer —contestó Roger.

—¿Ahora va a casarse con mi hermana, señor? —Blackraven le dirigió una mirada divertida—. A mí no me importaría —se apresuró a aclarar—, al contrario, estaría muy contento. A mí no me importa que su gracia sea inglés.

—Pues ahora que me has concedido su mano, muchacho, sólo resta pedirle a tu hermana que fije la fecha.

Entró en la habitación de Melody. Trinaghanta ya disponía el baño y apilaba las toallas.

—¿Le preparo su tina, señor?

—No será necesario, compartiré el baño con Isaura.

Melody se avergonzó y le lanzó un vistazo de reproche. Trinaghanta dejó la habitación y Blackraven la siguió hasta la puerta para echarle llave. Al volverse, recibió en la cara la prenda que Melody le arrojó.

—¡Sinvergüenza! —dijo conteniendo la risa—. ¡Descarado! Echas mi reputación al lodo sin importarte un ardite.

Blackraven la atrapó por la cintura y la llevó a la cama, donde le levantó la falda y se bajó apenas el pantalón antes de penetrarla. Melody se quejó levemente con la brusca irrupción. Blackraven la besaba sin darle respiro y buscaba jugar con su lengua.

—Quiero que fijes la fecha de la boda y quiero que se celebre lo más pronto posible.

Melody abrió los ojos y se encontró con la mirada intensa de Blackraven; sus oscuros párpados resaltaban el blanco de sus ojos de una manera asombrosa, y las pupilas dilatadas los volvían insondables. Permaneció en silencio pensando que ese hombre era capaz de cualquier hazaña, ¿acaso no había degollado a Paddy sin dudar?

—Te ataré a mí para siempre —insistió él—, y te haré jurar ante Dios que serás mía toda la vida. Habla, mujer, dime cuándo quieres que sea la boda.

—Roger, no sé.

—Será en una semana —dispuso—. Hoy mismo hablaré con el padre Mauro. —Se quedó mirándola al reparar en ese gesto de confusión que le sentaba muy bien, le marcaba el aire de niña que él encontraba tan sugerente. Más manso, le confesó—: Temí que desearas quedarte en *Bella Esmeralda*. Temí perderte.

—No —musitó ella.

Guadalupe Cuenca, la esposa del doctor Mariano Moreno, dejó los cubiertos sobre el plato, se limpió las comisuras con la servilleta y se dirigió a Melody, ubicada junto a ella:

—La admiro, señorita Maguire. —Melody la interrogó con una mirada de sorpresa—. Es usted un ejemplo de bondad cristiana. Conozco sus actividades entre los esclavos —se explicó—, usted hace mucho por ellos. Supe lo que hizo por el hijo de esa esclava, el que disfrazaron de diablillo, y nuestro vecino, el señor Bustamante, nos contó lo que hizo por su esclava Polina.

—No fui yo sino el señor Blackraven quien salvó la vida de Polina y la de su hijo. Su excelencia la cargó en brazos hasta la casa y llamó al doctor Redhead para que la asistiera. De otro modo, ambos habrían muerto a orillas del río. Y fue él también quien pidió intervención a las autoridades para que le quitasen ese disfraz al bebé de Palmira.

—El señor conde es magnánimo de verdad —acordó la señora Moreno—. De todos modos me inclino a pensar que el influjo del Ángel Negro habrá exacerbado su munificencia. —Sonrió, Melody también—. El señor Bustamante —prosiguió— asegura que, en cuanto Polina y su hijo puedan dejar esta casa, vendrá a buscarlos en su volanta. Está arrepentido de haber enviado a trabajar a la pobre muchacha en ese estado.

—Es una buena noticia —dijo Melody.

—¿Sabe, señorita Maguire?

—Llámeme Melody, por favor.

—Muy bien —dijo Guadalupe—. Usted tráteme de Lupe. Sabe, Melody, mi esposo, en Chuquisaca, osó levantar una voz a favor de unos indios yanaconas usados como esclavos en las minas.

—¿Acaso por las Leyes de Indias —se interesó Melody— no está prohibido esclavizar a los indios?

—Sí, está prohibido. Pero los encomenderos y las autoridades han hecho una lectura de esa ley muy favorable a sus bolsillos. La mita es moneda corriente en el Alto Perú. Supongo que un corazón tan sensible y humano como el suyo sufriría al ver a qué condición tan denigrante han sido condenados los indios del Potosí.

—Es difícil para mí comprender —declaró Melody— qué lleva a una persona a quitarle la dignidad a otra sólo para llenarse los bolsillos. ¿Acaso no morimos con lo puesto?

En el rostro le brillaba la bondad, en las maneras suaves y en la gracia impasible se adivinaba su buen origen. No debería sorprender que el conde de Stoneville se hubiese rendido a sus encantos. Guadalupe se sintió cómoda junto a esa polémica joven.

—Debido al enfrentamiento con los corregidores y los encomenderos —prosiguió—, mi esposo, mi hijito y yo debimos abandonar Chuquisaca.

—Lo siento —dijo Melody.

—No se aflija. Soy feliz aquí. Contar con su amistad sólo será en beneficio de esa felicidad.

—Sería para mí un gran honor —aseguró Melody, y sintió alegría.

Ubicado en la cabecera, Blackraven paseó la mirada por sus invitados. Marie escuchaba a William Traver; Luis se dirigía a Manuel Belgrano por el tema de la reapertura de la escuela de dibujo; Moreno y Vieytes polemizaban acerca de la interpretación del espíritu de una ordenanza real; Altolaguirre, su vecino, cuchicheaba con el padre Mauro, mientras su esposa, Concepción, le preguntaba a Leonilda por la salud de su cuñado, Valdez e Inclán; había escuchado que no se encontraba bien. También reparó en Castelli y en los hermanos Rodríguez Peña que hablaban de vinos.

Sus ojos se detuvieron en el extremo opuesto de la mesa, donde Melody ocupaba el lugar de anfitriona. No había sido fácil convencerla de que se sentara allí. “La señorita Béatrice debería ocupar ese sitio”, porfió varias veces. Temía que los invitados la condenaran por vivir bajo el mismo techo de quien todavía no era su esposo. “¡Sandeces!”, se dijo Roger. Días atrás, la desaparición de Melody lo había llevado a padecer una angustia tan visceral que desde entonces sólo contaba la

felicidad de verla sentada frente a él, y no le interesaban las cuestiones sociales. Lo importante se había reducido a lo auténtico, a la simpleza de los actos cotidianos, por ejemplo, a verla sonreír ante un comentario de la joven Guadalupe Moreno, o llevarse a la boca un pedazo de fruta, o pasar la lengua por sus labios para recoger el almíbar del zapallo.

En la sala de música le pidió que tocara el arpa. La aplaudieron con admiración y, mientras duraban los comentarios, Blackraven se acercó y le entregó una copa de aguamiel. Levantó la suya en alto y expresó:

—Amigos, quiero que os unáis conmigo en este brindis por mi prometida, la señorita Isaura Maguire, que en tres días se convertirá en mi esposa. —Un murmullo recorrió la estancia—. Por ti, Isaura. —Levantó la copa y sonrió, emocionado ante las lágrimas en los ojos de Melody. Se aclaró la garganta y agregó—: El próximo domingo, luego de la ceremonia que tendrá lugar aquí, en el Retiro, a cargo del padre Mauro, estáis todos invitados a compartir un almuerzo con nosotros.

Béatrice no encontraba una posición cómoda en la cama, tenía los ojos tan abiertos como a media mañana y sentía los latidos del corazón. Pensó en Melody y en Blackraven, desnudos en la cama. Había sospechado que ellos mantenían relaciones carnales incluso antes de la irrupción de Tomás Maguire aquel mediodía cuando acusó de ramera a su hermana.

Ella nunca había hecho el amor y le costaba imaginar una escena de pasión como las que Roger y miss Melody compartirían. Su primo era del tipo de hombre que incluso a una virgen le hacía pensar en las partes pecaminosas del cuerpo, y se imaginó los delicados pezones de Melody rozando el pecho áspero de Blackraven. Apretó los ojos y sacudió la cabeza sobre la almohada para deshacerse de esas imágenes.

No era feliz con la noticia del matrimonio de Roger y miss Melody. Oscuros sentimientos la invadían, los celos, la envidia. Se arrepentía de haber aceptado acompañarla a la mañana siguiente de compras para armar el ajuar. Roger se lo había pedido mientras le entregaba una importante suma de dinero. Aprovecharía el viaje para hablar con el señor Traver. Si bien el escocés aceptó la explicación de la comprometida escena entre ella y Luis el día de la tertulia, su trato no había vuelto a ser el mismo, y ya no hablaba de matrimonio. Por respeto a la promesa hecha a Blackraven, en aquella oportunidad Béatrice se abstuvo de confesarle sus verdaderas identidades y le mintió al decirle que el señor Désoite era su primo. No volvería a callar. Si Roger había decidido unirse a miss Melody, ella tenía derecho a hacerlo con el señor Traver, y no llegaría al matrimonio ocultándole a su futuro esposo quién era en realidad.

Le dolían los pies dentro de los botines de cordobán. Junto con la señorita Béatrice y escoltadas por Somar y Anita, la mulequilla, habían recorrido las tiendas

de Buenos Aires para armar su ajuar. *Trousseau* lo llamaba la señorita Béatrice con exquisita pronunciación.

También habían caminado por la Recova, un edificio de ladrillo cubierto por cemento en su parte más acabada y por piedras en otras, que se erigía en uno de los extremos de la Plaza Mayor, enfrentado al Cabildo. Detrás de la Recova, en dirección al río, se hallaba el Fuerte, la residencia del virrey.

En la Recova se desenvolvían las actividades comerciales de la ciudad, en especial la venta de alimentos. En la fachada sur se agrupaban las pulperías y tabernas, en tanto en el ala este se hallaban las carnicerías. Los carros con pescado se ubicaban entre el mercado de carnes y el Fuerte. Las legumbres, frutas y verduras se vendían frente a las tabernas, bajo la galería, mientras que los vendedores de aves y huevos levantaban sus tiendas en una línea que iba del ángulo norte hacia el sur.

Ninguna mujer decente se aventuraba en la Recova, por eso la señorita Béatrice despotricó ante la ocurrencia de Melody de pasearse entre los tenderos. Se quejaba del barro en las calles, de los olores, de la basura, del bullicio, de los perros, de las moscas y, sobre todo, de los esclavos que, al reconocer al Ángel Negro, las seguían como enjambre, pidiendo favores, agradeciendo los ya recibidos. Con paciencia, Melody se detenía, los escuchaba, les compraba sus labores o confites, les daba dinero, les dirigía una palabra cariñosa o de consuelo y los despedía. Compró duraznos para Blackraven —Trinaghanta aseguraba que era su fruta preferida— e higos y batatas para almibararlos porque a Jimmy y a Víctor les encantaban.

Al entrar en la casa de San José, callada y fresca, Melody sintió alivio. Indicó a Somar que llevara los paquetes a su habitación mientras ella se dirigía a la cocina para comer algo. La señorita Béatrice almorzaba en casa de Marica Thompson y no regresaría hasta la tarde.

En la cocina se topó con la esclava que Blackraven le había comprado a Warnes. La mujer enseguida supo que estaba frente al Ángel Negro. Cayó de rodillas, le tomó las manos y se las besó varias veces al tiempo que le agradecía. Melody la obligó a ponerse de pie y le indicó que jamás volviera a hincarse ante ella.

—Sólo lo haces ante Dios. ¿Cuál es tu nombre?

—Gilberta, señorita.

—¿Estás feliz en esta casa, Gilberta?

—Oh, claro que sí, muy feliz.

—Me alegro.

Desde el interior de la casa llegó el estrépito de unos martillazos y el sonido constante de un serrucho.

—Es Ovidio, mi esposo —explicó la esclava—. Él se da maña con la madera y es bueno con la escayola. El amo Roger le pidió que hiciera unas cuantas composturas. La casa quedará muy bonita para vuestra merced —y se inclinó en una reverencia.

—Estoy segura de que así será. ¿El señor Blackraven se encuentra en la casa?

—Está en su despacho con un señor. Yo mismita lo anuncié. El señor Álzaga.

La puerta se hallaba entreabierta, y las voces de ambos hombres, la de Roger gruesa y medida, la de Álzaga un poco más aguda y entusiasta, se filtraban por el resquicio. Hablaban del comercio negrero.

—Para su excelencia no será desconocido —apuntó el vasco— que por ser hijo de la España, yo cuento con ciertas gracias para esta actividad que no les son concedidas ni a los extranjeros ni a los hijos de estas tierras. A saber, yo no sólo puedo introducir negros en el virreinato sino también herramientas de labranza y enseres para los ingenios además de gomas, marfil, especias, ébano, sagú y cristal de roca. El negocio promete una suculenta ganancia y no hace falta decir que la misma está asegurada.

—Y vuestra merced necesita mis barcos para llevarlo adelante —manifestó Blackraven en ese modo directo que incomodó a Álzaga.

—Sin duda, contar con una flota de tal envergadura sería muy auspicioso para el negocio. Como de seguro su excelencia admitirá, el comercio de esclavos ofrece ventajas que lo distinguen de los demás, sin mencionar que contamos con exenciones en los derechos de entrada y de alcabala.

—Vuestra merced olvida —apuntó Blackraven— que por Real Ordenanza de 1793 se establece que las embarcaciones que se dediquen a este comercio deben ser españolas.

—Eso podría arreglarse —desestimó Álzaga.

—De todos modos, no me encuentro interesado en el comercio negrero ni en ninguno de sus derivados. Mis actuales negocios me mantienen muy ocupado y no creo que sea buen momento para encarar una nueva actividad.

Álzaga carraspeó para ocultar la frustración.

—Me dijo su socio, el señor Valdez e Inclán, que piensan inaugurar la curtiembre dentro de poco tiempo. —Blackraven asintió—. ¿Cuándo exactamente? Como su excelencia sabe, me interesa comprar parte de vuestra producción.

—En honor a la verdad, no lo sé —admitió Roger—. Las obras han sufrido retrasos. Aunque la fecha ronda el mes de julio de este año.

—Entiendo que se trata de una curtiembre de gran magnitud, donde se realizará un aprovechamiento integral del cuero.

—Será una de las más grandes. Contaremos con más de cien noques. —Álzaga levantó las cejas—. Pensamos superar las producciones actuales de suelas, cordobanes e introduciremos una innovación: las vaquetas, el cuero curtido de ternera. Todos serán de la mejor calidad. Quiero alcanzar el mismo nivel de curtido que el de los cueros de mi país, flexibles, delgados y resistentes.

—¿Quién lo proveerá del ganado para abastecer una producción tan ambiciosa? Yo cuento con relaciones que podrían mostrarse interesadas en aprovisionarlo con la

mejor materia prima.

—Le agradezco, don Martín. Su intervención en ese sentido será de gran utilidad. Aunque le confieso que estoy buscando hacerme de unas haciendas para no depender, al menos en gran medida, del ganado ajeno. Hay dos que me interesan, una en Capilla del Señor, la otra en las cercanías del Luján.

—Si llego a saber de alguna que esté a la venta se lo haré saber de inmediato. — Blackraven inclinó la cabeza en señal de agradecimiento—. Supongo que los curtientes se presentan como otro escollo por resolver —comentó Álzaga.

—Utilizaré los mejores, los que se extraen de la corteza del cebil. Entiendo que son más ricos en taninos que los de otros árboles.

Melody se alejó en dirección a su dormitorio. Ya no tenía hambre; una desagradable sensación le pesaba en el estómago. No le gustaba que Blackraven tuviera tratos con un hombre como Álzaga. ¿Eran muy diferentes Álzaga y su futuro esposo? Melody intuía que, si lo juzgaba conveniente, Blackraven no dudaría en echar mano del vasco para lograr sus objetivos, como había tratado de hacer con *Bella Esmeralda*; ahora entendía que su ofrecimiento para comprarla en nada se relacionaba con una actitud altruista, más bien con una especulativa.

Por la tarde, Blackraven partió a visitar a su socio, Valdez e Inclán, que aún guardaba cama la mayor parte del día a causa de una afección gástrica. Melody recibió a Guadalupe y a Marianito, su hijo de alrededor de un año. La incipiente amistad con la mujer del doctor Moreno se convertía en un gran solaz para ella.

—Es usted más joven que yo —se sorprendió al enterarse de que Guadalupe tenía dieciséis años—. Y ya con un niño. ¡Qué bello y simpático es!

Lo sentó sobre su falda y lo contempló de cerca, asombrada por el tamaño de sus ojos pardos y la belleza de sus pestañas. Lo besó en la sien, y un delicado aroma almizcleño la embriagó de pura y simple alegría. Ella quería darle un hijo a Blackraven, una criatura tan adorable como ésa que resumiera lo mejor de los dos. Tal pensamiento borró la tristeza que la desanimaba desde la conversación entre Roger y Álzaga porque, a pesar de todo, ella lo amaba con locura, aunque intuyese que él no le mostraba su lado más oscuro, aunque supiese que podía ser feroz y letal.

Blackraven decidió pasar la noche en Buenos Aires. Terminada la cena, Béatrice y Melody no accedieron a tomar café ni a tocar el piano. Habían permanecido distantes a lo largo de la comida y se limitaron a pronunciar cortas frases para responder a las preguntas y comentarios de él. Se despidieron y marcharon juntas hacia los interiores.

—Gilberta —le indicó a la esclava—, llévame el café al despacho y dile a Somar que necesito hablar con él.

Un propio acababa de entregar una carta de Nicolás Rodríguez Peña donde el militar detallaba particulares acerca de su proyecto para la creación de un ejército de

criollos. Blackraven rasgó el sello con impaciencia, leyó la misiva de un vuelo y la dejó a un costado junto a otros documentos. Abrió el cajón de su escritorio y extrajo los papeles donde había copiado los criptogramas hallados en poder de William Traver. Lo urgía descifrarlos. Durante la época del Terror y del Gran Terror los agentes franceses habían diseñado varios códigos. Nuevas claves se desarrollaban en tiempos de Napoleón que cambiaban de tanto en tanto para despistar a los ingleses.

Se puso de pie y caminó por la habitación con la vista al suelo y las manos tomadas en la espalda. Por un momento dejó de lado los mensajes cifrados y pensó en Marie. ¿Por qué había llegado tan tarde? A causa de su demora no habían vuelto al Retiro. Le exigió una explicación y obtuvo respuestas vagas.

—¿Me mandaste llamar? —dijo Somar, y entró en el despacho.

—¿Concertaste el encuentro con Justicia? —En vista de la noche forzosa que pasarían en la ciudad, había decidido aprovecharla para sostener una conversación largamente postergada con el quimboto.

—Estará aquí en breve —aseguró el turco—, por la parte trasera. Te avisaré apenas llegue.

Blackraven recomenzó su caminata y se detuvo frente a las cajas con libros que aún no había tenido tiempo de acomodar. Levantó la tapa de la más grande y enseguida lo vio, *Candide* de Voltaire. Se destacaba del resto, como si una luz cayera sobre su lomo. Ese libro, considerado la obra maestra del escritor francés, había servido para crear el código secreto más utilizado durante los primeros años de la Revolución.

Lo sacó de la caja, le quitó el polvo de un soplido y lo abrió. Como recordaba los mensajes de memoria, ahí mismo, aplicó el método para interpretar las notas y las palabras comenzaron a cobrar sentido. *Sigo pista firme. Creo haber dado con Madame Royale. Ella me conducirá a su hermano. Le Libertin.*

Aunque impertérrito con el libro en la mano, su espíritu se convulsionaba de aprensión. “Le Libertin”, murmuró, deprimido, incrédulo. Se trataba de uno de los agentes más antiguos y avezados de la Francia, con habilidades que habían hecho imposible al Servicio Secreto inglés echarle el guante. Conocido por su capacidad para imitar cualquier acento y su destreza con los disfraces, se había ocultado tras la fachada de disímiles personajes, un sultán turco, un cardenal veneciano, un aristócrata sueco y un capitán genovés contaban entre los más famosos. Su despliegue como comerciante escocés había sido soberbio, y él jamás lo habría pillado si Le Libertin no hubiese desconocido el gaélico. Blackraven comenzó a seguirle la pista en el 96, después de que el espía francés desbarató, en el puerto de Burdeos, la entrega de un cargamento de armas para los realistas, es decir, los defensores de la monarquía en la Francia. Había sido una masacre, y las víctimas se repartían entre los ingleses que comandaban el barco y los franceses que aguardaban el armamento. En

aquella oportunidad en la que Blackraven salvó el pellejo de milagro, juró acabar con Le Libertin.

Llamaron a la puerta. Era Somar. Papá Justicia había llegado.

—Deprisa —urgió Blackraven—, tráeme a O'Maley. Encuéntralo, no vuelvas sin él.

Al extender la mano y estrechar la de Papá Justicia, Blackraven, ya concentrado en las cuestiones que trataría con el liberto, fue al grano.

—Es perentorio que detengas la revuelta de esclavos.

—¡Amo Roger! —se sorprendió Justicia.

—Debes convencer a los cabecillas de que no es el momento propicio, deben cancelar la misión.

—No será fácil. ¿Qué razones les daría?

—Después del ataque sufrido por la Real Compañía de Filipinas, los negreros se han mantenido alerta. Saben que los esclavos están siendo influenciados por ideas de libertad e igualdad. De algún modo, esperan un ataque en cualquier momento y están preparados. Si se enfrentasen, sería una carnicería.

—No creo que esas razones detengan a Tomás Maguire. Es terco y voluntarioso.

—Lo sé —admitió Roger—. Desde que me confesaste que él era el cabecilla de esta alocada empresa, he meditado en que no debería llevarse a cabo. Maguire es un jovenzuelo precipitado que actúa guiado por sus pasiones, propias de la sangre que corre por sus venas.

—No será fácil detenerlo —insistió el negro—. Esta mañana se apareció por mi casa para decirme que había decidido adelantar el ataque. Intenta llevarlo a cabo en breve, quizás una vez pasado el Carnaval. Aunque Tomás no me lo haya dicho, yo sé que él piensa sacar una ventaja económica de esta revuelta. Y ahora que ha recuperado la estancia de su padre, necesita el dinero con urgencia. Me contó que si no pagaba los impuestos adeudados antes de abril, la Real Audiencia ordenaría el remate de la propiedad. Sus negocios con Álzaga, excelencia —dijo Justicia como al pasar—, se verían perjudicados si saliera a la luz que su cuñado está detrás de los ataques a los asientos negreros. —El quimboto sostuvo la mirada de Blackraven con un aplomo que hablaba de su coraje.

—Mis negocios con Álzaga no tienen nada que ver con esta decisión de detener la revuelta —manifestó, sin ofenderse.

—La decisión entonces tiene que ver con miss Melody. —Blackraven asintió, y Justicia dijo—: Al proteger a su hermano de su propia insensatez, busca protegerla a ella del dolor. Entiendo.

—Mantenme informado, Justicia.

—Así lo haré —y se despidió inclinando la cabeza.

Somar se presentó con O'Maley al rato. Blackraven lo invitó con un brandy antes

de preguntarle:

—¿Qué hizo hoy William Traver?

—No me preocupa tanto lo que hizo Traver —admitió el espía— sino lo que hizo su prima, excelencia.

—Explícate.

—Por la tarde, cuando la viuda de Avilés salió para visitar a su hija —O'Maley hablaba de la dueña de la casa donde Traver alquilaba dos habitaciones—, el escocés hizo entrar a su prima por la parte trasera, por el portón que da sobre la calle de la Santísima Trinidad. Allí estuvieron un buen rato. Después salieron por el mismo sitio. La señorita Laurent iba embozada y nadie la habría reconocido. Traver la acompañó hasta esta casa y se despidieron antes de alcanzar la puerta principal.

—¿Mi prima no iba acompañada? ¿Ni siquiera su mulequilla? —O'Maley negó con la cabeza—. ¿Qué hizo Traver después de despedirla?

—Regresó a lo de la viuda de Avilés y no ha vuelto a salir. Estuve montando guardia hasta que Somar me dijo que su excelencia me convocaba con apremio.

Blackraven conocía a O'Maley desde hacía muchos años. El irlandés era un hombre de aguda inteligencia y proverbial discreción; trabajaban juntos desde un principio, y había demostrado su destreza en misiones comprometidas.

—Nunca te lo mencioné —dijo Blackraven—, pero tiempo atrás requisé las habitaciones que ocupa Traver en lo de la viuda de Avilés. Traver no es escocés. Traver es Le Libertin. —El nombre afectó de inmediato tanto a O'Maley como a Somar—. Acabo de descifrar esta nota que encontré en su dormitorio. —Se la extendió al irlandés, que a su vez se la pasó a Somar después de leerla—. Le Libertin no tardará en deducir que el señor Désoite es Luis xvii. Lo más probable es que ya lo sepa y que esté enviando mensaje a quienes lo hayan contratado.

—¿Quiénes lo contrataron? —se impacientó Somar.

—No lo sé. Podría tratarse de Napoleón, del conde de Provence —se refería al tío de Luis xvii—, del propio gobierno inglés. Sea quien fuere, no puedo arriesgarme. Le Libertin tiene que desaparecer después de confesar para quién trabaja.

Una hora más tarde, O'Maley regresó a la casa de San José con malas noticias: Le Libertin había desaparecido, sus habitaciones en lo de la viuda de Avilés estaban vacías a excepción de un sobre con dinero dejado sobre la mesa junto a una nota que indicaba que se utilizase para cubrir el mes de alquiler.

—O'Maley, comienza esta misma noche con la búsqueda. Pídele a Zorrilla que te ayude. Le Libertin no puede estar muy lejos. Revisen las posadas, en especial “Los Tres Reyes”, y mantengan vigiladas las casas de los jacobinos. Somar —dijo, y giró para enfrentar al turco—, recorrerás el Bajo hasta llegar al Riachuelo. Si Le Libertin ha decidido cruzar a Colonia o a Montevideo necesitará tomar un bote.

Blackraven despidió a sus hombres y, después de guardar algunos papeles bajo

llave, se echó en el sofá y se cubrió el rostro con el brazo. Podía identificar la tensión en cada músculo y cada miembro. Al rato decidió que no tenía sentido esperar en ese sofá y marchó a su dormitorio donde Gilberta había encendido un par de velas. Sobre la mesa de noche encontró un plato con tres duraznos y una nota que decía: *Los compré para ti con amor. Tuya, Isaura.*

Se llevó uno a la nariz. Pocas veces un regalo lo había conmovido de esa manera. Ahora que se ponía a pensar, nadie le había regalado algo con tanto amor, buscando sólo su satisfacción y no una demostración de falsa devoción. No debía de ser fácil obsequiar al conde de Stoneville, un hombre que lo tenía todo. Isaura, con su encantadora simpleza, lo sorprendía una vez más.

La halló dormida, apenas cubierta por la camisa de noche, con aquella paz que experimentan los puros de corazón. Hacía años que él no dormía tan profundamente, ni siquiera toda una noche; se había habituado a un estoico régimen de cuatro o cinco horas.

La contempló sin atreverse a tocarla, advirtiendo cómo la calma y mansedumbre de Isaura le acallaban la mente y le relajaban el cuerpo. Su respiración se volvió más lenta y acompasada, y sintió una inesperada somnolencia en los párpados y en los miembros. Se quitó las botas y el pantalón, y se acomodó junto a ella, que apenas se movió cuando la rodeó con sus brazos.

A la mañana siguiente, antes de que partieran hacia el Retiro, Blackraven le mandó decir a Béatrice que la aguardaba en su despacho. A pesar de las preocupaciones y los acontecimientos del día anterior, había dormido como pocas veces en los últimos años, sumergido en una profunda inconsciencia de la que salió bien entrada la mañana cuando Melody le besó varias veces la boca. Quiso hacerle el amor, colmado de energía y deseo, pero una esclava llamó a la puerta y quebró la magia. Blackraven juntó sus cosas y se escabulló por el patio. La noche de descanso le serviría para enfrentar a Béatrice con ecuanimidad.

—Ayer llegaste muy tarde —le recriminó.

—Sé que por mi causa no pudimos volver al Retiro —admitió Béatrice—. Lo siento.

—¿Con quién pasaste la tarde?

—En lo de Marica Thompson —aseguró—, con algunas de sus amigas. El tiempo pasó como un suspiro. Cuando me di cuenta ya era casi de noche.

Blackraven dejó su butaca y caminó hacia Béatrice, que se mantuvo quieta y no se volvió cuando su primo, detrás de ella, le puso una mano sobre el hombro.

—¿Por qué me mientes, Marie? ¿Por qué no me dices la verdad?

—¿De qué hablas, Roger? —Se dio vuelta para mirarlo con aire impaciente.

—Hablo de que no pasaste toda la tarde de ayer en compañía de la señora Thompson y de sus amigas.

—¿Acaso me haces seguir?

—No a ti.

—¿A quién, pues?

—A William Traver.

Béatrice se puso de pie con un movimiento brusco.

—¿Acaso me inmiscuyo en tus asuntos con miss Melody?

No lo sorprendió la pregunta sino entrever en ese gesto ofendido y desconcertado sólo un disfraz de los sentimientos de Béatrice. Se puso incómodo, y prefirió obviar la pregunta.

—¿Dónde estuviste?

—Sabes que no apruebo tu matrimonio con ella —prosiguió Béatrice—, sabes que opino que es poco para ti y que me molesta el modo escandaloso en que os conducís. Y, sin embargo, mi opinión es de ningún valor para ti. Pues bien, lo acepto. Guardo mis pensamientos y no me inmiscuyo, porque te respeto. —Más apocada, expresó—: No entiendo por qué tienes que hacer seguir al señor Traver.

—Porque tu hermano y tú son mi mayor preocupación.

—¡Miss Melody es tu mayor preocupación!

—Marie —se molestó Blackraven—, estás siendo insensata. Esto no tiene que ver con Isaura, en absoluto —remarcó—, tiene que ver con Traver.

—William me ama, ¿es eso lo que tanto te molesta acerca de él?

—William Traver no es William Traver —aseguró Blackraven—, ni siquiera es escocés. —Béatrice se quedó quieta, sin pestañear, y con la boca entreabierta—. Lo siento —agregó—, pero es la verdad. No conozco su verdadero nombre, sólo sé que es un espía francés que se hace llamar Le Libertin.

Béatrice lanzó una carcajada y se dejó caer en la silla, donde se estrujó las manos sobre la falda con la cabeza amorrada en un intento por que su risa no deviniera en llanto.

—Quizá se trate de un error —tentó—, quizás estés equivocado. ¿Cómo pronuncias una afirmación tan comprometedoras con esa soltura? Si te equivocases, estarías destruyendo la reputación del hombre que a mí tanto me importa.

—No estoy equivocándome —contestó Blackraven con frialdad.

—¡Eres un soberbio! ¿Qué pruebas tienes para acusar a William? ¿Cómo sabes lo que sabes? ¿Cómo descubriste lo que descubriste?

—No te daré explicaciones, Marie. No acostumbro darlas a nadie, ni siquiera a ti. Sólo te diré que, si bien hace tiempo que desconfío de él, no fue sino hasta anoche que confirmé mis sospechas.

Le Libertin sabe que eres Madame Royale y quizás a este punto sospeche que el señor Désoite es, en realidad, Luis XVII.

—¿No existe la posibilidad de que estés confundiéndoelo con otra persona?

La desolación que le opacaba el semblante conmovió a Blackraven.

—Marie —susurró, y se acuclilló junto a ella—. Mi querida Marie —y le tomó las manos—. Lo siento tanto. No creas que fue fácil para mí decirte esto. Sé que estoy causándote dolor al revelarte la verdad acerca de Traver, pero no me queda otro camino.

Béatrice bajó la cara y rompió en un llanto amargo. Blackraven la envolvió con sus brazos e intentó consolarla. Como si evocase a los de su estirpe y el respeto que les debía, Béatrice se incorporó, se secó las lágrimas con un pañuelo y pronunció:

—No lo sospecha.

—¿De qué hablas?

—William Traver no sospecha que el señor Désoite es Luis XVII. Lo sabe. Yo misma se lo confesé ayer.

Blackraven se mordió el labio inferior para no explotar en insultos que, en esa instancia, de nada valían. Se paseó por la habitación mientras Béatrice permanecía quieta y callada, atenta a los fuertes pasos de Blackraven. Por primera vez, le temió.

—¿Irás a buscar a Traver ahora? —se animó a preguntar.

—Traver ha desaparecido. Anoche envié a uno de mis hombres a lo de la viuda de Avilés y encontró sus aposentos vacíos.

—¿Cómo consiguió dar con mi paradero? Fuiste muy cauto al sacarme de mi país y traerme aquí.

—En operaciones como la que llevamos a cabo para sacarte de la Francia se involucra a mucha gente, algunos conscientes de lo que están haciendo, otros completamente ignorantes. Ambos son peligrosos. Los primeros, porque pueden vender la información con la que cuentan; los segundos, porque, sin saberlo, pueden dar información que nos perjudique. Así es este juego, Marie. El riesgo lo es todo.

—¿Qué haremos? —quiso saber, y el tono de voz denunció su pánico.

—Por el momento, redoblar las precauciones.

Béatrice bajó la vista porque sabía lo que eso significaba: perder la poca libertad que tenía.

—Aún no he meditado los pasos a seguir —admitió Blackraven.

—Esto ocurre en un momento muy inconveniente. Espero que no trastorne tu boda con miss Melody —agregó, sin mala intención.

—Mi boda con Isaura se celebrará según lo previsto, pierde cuidado.

Capítulo XXIV

El día de la boda, Miora amaneció dando las últimas puntadas al vestido de Melody, una confección en brocado blanco cuyos lineamientos, trazados por madame Odile, iban de acuerdo con la moda de Versalles anterior a la Revolución, un estilo que subrayaba la cintura y levantaba los senos, con una basquiña prominente para abultar la falda y marcar los efectos de afinar y realzar. El escote llevaba un minucioso trabajo de bordado con perlas cultivadas que dibujaban una guirnalda de pequeñas rosas. En cuanto al tocado, Odile sujetó la cabellera de Melody al estilo madame Récamier y, con una pinza caliente, le acentuó los bucles en torno al rostro. Miora y Siloé confeccionaron una coronilla de flores de azahar que colocaron sobre la cabeza y la frente de Melody.

—Estás bellísima —dictaminó Odile—. El Emperador morirá de amor por ti.

—Ya muere, madame —apuntó Siloé—. Nunca se ha visto hombre más enamorado que mi amo Roger.

Desde muy temprano, el Retiro estaba movido, con esclavos que iban y venían, con órdenes vociferadas, charla continua, risas, tintineo de loza y cristalería, ruido de muebles corridos y aromas que se entremezclaban, el de la cera de abeja para lustrar la madera y el de la torta que se horneaba lejos, en la cocina. Blackraven se paseaba por las diversas estancias con aire de satisfacción; había dejado de lado las preocupaciones y ni siquiera el pensamiento que le destinó al duque de Guermeaux —era su cumpleaños— logró disgustarlo. En pocos meses, su padre se enteraría de la inconveniente boda de su único hijo, y la brecha que los separaba se ahondaría. Lo sabría por boca de su hermano menor, Bruce Blackraven, cuando recibiera la carta despachada el día anterior.

Se había acondicionado la sala de música para la ceremonia; después, un almuerzo para los pocos invitados; así lo había querido Isaura y él sólo pensaba en complacerla. Elisea había prometido tocar y cantar para animar el festejo. Una agitación similar a la de un niño a punto de recibir un regalo lo mantenía en movimiento, dando órdenes y marcando defectos. Estaba resultándole duro controlar la ansiedad por ver a la novia, que no abandonaría el dormitorio hasta que llegase el padre Mauro para casarla. Decidió montar a Black Jack para matar las horas.

No estaba preparado para la impresión que sufrió al verla. Confiado en su temple, no pensó que se le estrangularía la garganta y que los ojos se le enturbiarían. Le pareció una criatura exquisita y perfecta, envuelta en un brillo sobrenatural, un aura que se proyectaba de su piel diáfana y de su traje, sumiendo en penumbras el entorno, como en un juego de luces y sombras de un cuadro de Rembrandt.

Isaura guardaba más compostura que Roger, con una sonrisa plácida en los labios y las manos firmes sujetando el rosario de nácar y el brazo de su hermano Jimmy,

mientras acortaba la distancia con el improvisado altar. Nunca desvió la mirada de la de Blackraven, ella quería que él leyera lo que estaba pensando, que lo amaba y que ponía su vida y la de Jimmy en sus manos.

La señorita Leonilda y Martín Joseph de Altolaquirre sirvieron de testigos y firmaron, junto con los novios, el libro parroquial donde quedó asentado el matrimonio. También presenciaron la ceremonia Béatrice, Luis XVII, doña Concepción, Elisea, Angelita y Víctor, pálido y serio. Madame Odile había preferido atestiguar la boda desde la puerta junto a Trinaghanta, Miora y Siloé, y rehusó compartir el almuerzo por temor a que algún invitado la conociera.

Sentada a la cabecera de la gran mesa, frente a Blackraven, Melody paseó la mirada por los comensales y le pareció que los acompañaba la gente correcta; si bien la intimidaban, tan circunspectos y cultos, intuía que eran buenas personas. Al señor Feliciano Chiclana, que desde hacía rato conversaba con el doctor Belgrano, y a su amigo Antonio Ezquerrenea los veía por primera vez, aunque en general no conocía a ninguno de los invitados en profundidad. Melody se preguntaba por qué Blackraven se rodeaba de estos hombres y no de vecinos como Álzaga, Sarratea, Basavilbaso y Santa Coloma, muy considerados en la sociedad de Buenos Aires. Por fortuna, los Valdez e Inclán habían rechazado la invitación excusándose en el estado convaleciente de don Alcides, que envió como obsequio un carrocín tirado por dos magníficos picazos, un presente suntuoso que al mismo Blackraven sorprendió.

Melody admiró la soltura y la seguridad de su esposo para conducirse con los invitados; ella se mantenía callada por temor a cometer una torpeza. Sabía que esos porteños la conocían como el Ángel Negro y que, a excepción de los Moreno, desaprobaban sus actividades. Las lavanderas le habían comentado que la noticia de la boda del conde de Stoneville era la hablilla del momento y que muchas de las señoras de buen ver soñaban con ser invitadas. Se enteró también de que el doctor Covarrubias había viajado a Colonia del Sacramento donde pasaría una temporada de acuerdo con el permiso solicitado a la Real Audiencia.

—Melody —dijo el padre Mauro—, aquí la señora Moreno está diciéndome algo muy interesante.

—¿De qué se trata, Lupe?

—Le decía al padre Mauro que resulta inaceptable el estado calamitoso de algunos esclavos que, por viejos o enfermos, son expulsados de sus casas y vagan por las calles de la ciudad como almas en pena. En ocasiones amanecen muertos sobre la acera y el Cabildo se limita a recogerlos (a veces, después de varios días, cuando el olor se vuelve insoportable) y a arrojarlos en la fosa común.

—Creí que los Barbones se ocupaban de ellos —interpuso el sacerdote en referencia a los betlemitas que regenteaban el único hospital de Buenos Aires; los llamaban “barbones” por su costumbre de dejarse largas las barbas.

—¡Es que no dan abasto, padre! —se quejó Guadalupe—. Imagínese que el hospital de Belén ha sido erigido para quince camas y hoy día atiende entre cien y ciento cincuenta.

—De allí su propuesta de abrir una casa que recoja a estos desvalidos —dedujo el padre Mauro.

—Entiendo que quizá mi idea suene un tanto descabellada.

—En absoluto, Lupe —declaró Melody—. Es, de hecho, una maravillosa idea, incluso se me ocurre que esa casa podría albergar a los recién manumitidos que no tienen dónde vivir, hasta que puedan proveerse por ellos mismos. ¡Sería de gran servicio para los africanos! —se entusiasmó—. ¿Cuándo empezamos a trabajar?

—Melody —se extrañó la esposa de Moreno—, ¿acaso no partirá usted en viaje de bodas hoy mismo?

Melody se ruborizó antes de admitir:

—Es cierto. Su excelencia planea pasar unos días en Colonia, incluso habla de llegar hasta San Felipe de Montevideo. —Se inclinó para susurrar—: Pero yo no quiero llegar tan lejos, no deseo pasar tanto tiempo lejos de mi hermano. —A Guadalupe le explicó—: Sufre del corazón y su estado es siempre muy precario.

—Melody —intervino el padre Mauro—, sabes que todos estaremos pendientes, que Jimmy gozará de los mejores cuidados.

—Lo sé. Todos sienten gran cariño por él y lo cuidan quizá mejor que yo. Ocurre que él no está acostumbrado a separarse de mí. Eso lo llena de ansiedad en desmedro de su salud.

El señor Désoite propuso un brindis en honor de los novios cuando el almuerzo llegaba a su fin. Después se congregaron en la sala de música donde Elisea tocó el piano y Melody cantó varias tonadas, algunas en gaélico.

Sabas se deslizó por el campamento de troperos moviendo la cabeza en señal de saludo hacia quienes levantaban el mate o la botella de chicha. Le había llegado el cuento de que Tomás Maguire y su amigo Pablo estaban de regreso, noticia que lo animó pues, con la desaparición de esos dos, había temido que la revuelta quedase en la nada.

Debía ganarse la confianza de ese par, de otro modo jamás se enteraría de los pormenores. No correría con la misma suerte de la vez anterior cuando, de casualidad, escuchó una conversación entre Pablo y Tomás acerca del ataque a la Real Compañía de Filipinas para sustraer los carimbos. Álzaga y Sarratea lo habían compensado bien en aquella ocasión; si conseguía la fecha y la hora del próximo atraco, le darían la suma faltante para comprar la libertad de su madre y la de él.

La carreta de Tommy y Pablo ocupaba el sitio de costumbre. Los encontró pelando unas liebres.

—Sabas —dijo Tommy, con alegría—. ¿Comes con nosotros, amigo?

—No, don Tomás, hoy tengo candombe. Se dice que habrá comida y bebida grati.

—¿Ah, sí? ¿Cómo es eso? ¿No nos invitas, pues?

—No creo que vuestra mercé quiera ir. —Tomás y Pablo le echaron un vistazo entre risueño e inquisidor—. Es en el Retiro —se explicó el esclavo—, hoy hay fiesta ahí, por la boda del Ángel Negro con el amo Roger. Se casorearon esta mañana.

Cada uno reaccionó de acuerdo con sus temperamentos, Tommy acuchilló a la liebre entre insultos y blasfemias, mientras Pablo, en silencio, caminó hacia el río.

—¡Maldito, maldito inglés! Se salió con la de él, el muy hijo-puta. ¡Me las va a pagar, maldito mal nacido!

—Dicen que miss Melody lo quiere —terció Sabas.

—¡No lo quiere! —se precipitó Tommy—. Una Maguire jamás querría a un sucio inglés. Se casó por su dinero, por la seguridad de tener a un hombre fuerte a su lado. Se casó con él por Jimmy, para que nada le falte.

—No sé, don Tomás —fingió Sabas—, me parece que a usted no le conviene andar en pica con su cuñado. Es un hombre muy rico y poderoso. Es amigo de los más importantes de la ciudad. ¡Imagínese que es amigo de don Álzaga!

—¿Qué sabes de Blackraven y Álzaga? ¿En qué andan esos dos?

—¿Quiere que le averigüe, don Tomás?

—Sí, hazlo.

Los invitados habían dejado el Retiro hacía más de una hora. En opinión de Blackraven, se había tratado de una apacible y cálida reunión, por cierto muy distinta de la rumbosa fiesta con motivo de su boda con Victoria Trewartha a la que asistieron los grandes aristócratas ingleses, incluido el príncipe de Gales. De aquella oportunidad recordaba el hastío después de tres jornadas de celebraciones y el desagrado que le provocaba a pocas horas de casado que su esposa se cambiase el atuendo tres veces por día. En ese momento, sólo pensaba en Isaura y en una anhelada soledad junto a ella.

Recorrió la propiedad con Sansón para verificar que los guardias se hallasen en sus posiciones, ya que desde la desaparición de Le Libertin se había vuelto obsesivo con la vigilancia del predio. Las búsquedas no arrojaban luz sobre el destino del agente francés y cada día que pasaba sin noticias lo enfrentaba a una decisión que no deseaba tomar: sacar a Luis XVII y a Madame Royale del Río de la Plata.

Antes de alcanzar el pórtico, divisó a los esclavos que llegaban para el festejo de la boda del Ángel Negro. Había accedido al pedido de Melody permitiéndole organizar una celebración para los africanos, con comida y bebida en abundancia, y candombe, de seguro, aunque estuviese prohibido. No sólo participarían los esclavos de la casa de Valdez e Inclán y los del Retiro sino también los de varias cofradías y naciones.

Entró en la casa y la buscó por todas partes, en las habitaciones de la planta baja,

en el patio, en la sala de estudio y en su dormitorio, donde encontró a una esclava colocando ropa dentro de un bolso de cuero. La muchacha se quedó quieta al verlo asomarse a la puerta. Blackraven notó que el vestido de novia yacía extendido sobre la cama.

—¿Y la señora condesa? —preguntó, simulando su fastidio.

—En el cuarto patio, amo Roger, con los esclavos.

—¿Tú qué haces?

—Preparo la muda para miss Melody, digo, para la señora condesa, para su viaje.

—¿Ya ordenó la señora condesa que traspasaran el resto de sus cosas a mi cuarto?

—La muchacha negó con la cabeza—. Pues hazlo —ordenó Blackraven— y prepara la recámara contigua a la mía para el niño Jimmy.

Cerca de la parte trasera lo alcanzaron los primeros retumbos de tambor: el candombe había empezado. En la cocina, Siloé, secundada por Miora y un grupo de esclavas, se ocupaba de servir la comida para el festejo. Aunque los del Retiro, incluso los de la casa de la calle Santiago, estaban habituados a comer bien, los esclavos de las otras cofradías y naciones se sorprenderían al saborear manjares con pollo, carne y verduras que sólo los blancos se llevaban a la boca. La negra lucía entusiasmada llenando las cazuelas de barro.

—Por esta noche, nada de morcilla ni mondongo ni achuras —le dijo a Blackraven al verlo aparecer en la cocina—. Gracias, amo Roger.

—Agradécele a tu Ángel Negro —apuntó él, con ironía, y sonrió—. ¿Dónde está ella?

—Afuera, amo, con nuestra gente.

El cuarto patio y las barracas habían sido tomados por asalto, y a Blackraven le pareció que toda la negrada porteña se había dado cita esa noche para festejar su boda. El repique constante de los tamboriles y los platillos se entremezclaba con los cánticos en extrañas lenguas. Los destellos de las antorchas y de la fogata teñían la piel de los esclavos con una tonalidad untuosa y dorada. Descalzos y sucios, algunos llevaban viejos fraques y ropas de sus amos, incluso guantes blancos y chisteras, como en un intento por asemejarse a esa casta tan por encima de ellos, aunque un observador más incisivo habría descubierto cierta burla e ironía en el despliegue, como una falta de respeto subyacente que de algún modo les permitía expresar su resentimiento a quienes les habían quitado la libertad. Las mujeres lucían sus cabezas envueltas en coloridos pañuelos que armonizaban con los largos collares de cuentas sobre los escotes.

La vio enseguida. Isaura se destacaba como una perla sobre un lienzo negro, con su rojiza cabellera suelta y el brillo turquesa de sus ojos. Vestía una saya de basto género azul y una ajustada pelliza blanca. Su hermosura le robó el aliento. Era la reina del candombe sentada en el trono de la Cofradía de San Baltasar, con cetro y

corona, presidiendo la entronización de la imagen del santo antes de comenzar la danza. Sonreía y se inclinaba sobre Papá Justicia, de pie junto al trono, para hacerle algún comentario.

No quería que lo vieran, sabía que, en tal caso, la turba se acallaría y todo el encanto se desvanecería. Se ocultó en las penumbras, su levita negra lo ayudaba a mimetizarse en la oscuridad del entorno.

Finalizada la entronización, se formaron dos hileras, una de varones y otra de mujeres, para iniciar la primera etapa del candombe conocida como “calle y ombligada”, la hilera de las mujeres encabezada por una esclava vieja y entrada en carnes, llamada Abuela Negra, y la de los varones, por Papá Justicia, que haría de bastonero o escobero, es decir, marcaría el paso con su bastón serpenteante con manija giratoria para revolverlo en el aire.

Papá Justicia, previa reverencia, ofreció su mano a Melody para escoltarla hasta la hilera de mujeres; con él compartiría el baile. Blackraven se dio cuenta de que no era la primera vez que Melody participaba en ese tipo de festejo pues se conducía con seguridad. Volvieron a sonar los tambores y otros instrumentos caseros, como la quijada de un burro que se frotaba con otro hueso y el birimbao, una herradura con lengüeta la cual se hacía vibrar con un dedo; el negro lo ejecutaba con maestría y, como lo sujetaba entre los dientes, la melodía cambiaba dependiendo de cómo abriese la boca. Los cánticos parecían aúllos que soliviantaban los pasos de la danza. Los bailarines, al frenesí de los tambores, avanzaban y retrocedían después de un fugaz contacto de vientres. Agitaban las cabezas, sacudían los hombros y movían las caderas, mientras con los pies dibujaban coordinadas figuras. Resultaba asombrosa la agilidad de Papá Justicia en su rol de bastonero; mantenía en constante movimiento el taparrabos que le cubría los pantalones.

Melody se levantaba el ruedo de la saya para mover los pies con libertad; echaba los hombros hacia delante y los agitaba; sus pechos se sacudían dentro del precario confinamiento de la pelliza en sintonía con el resto de su cuerpo, que se ondulaba como cuando él le hacía el amor. Sintió rabia, celos y deseo. La abstinencia a la que Melody lo había sometido antes de la boda se tornaba insoportable.

Divisó a Anita, la mulequilla de Béatrice, que dejaba la cocina en dirección al baile. Le chistó, y la niña dio un grito al descubrir el brillo de sus ojos en la oscuridad.

—¡Calla, niña! —se enfadó entre dientes—. Soy tu amo, ven aquí. —La pequeña avanzó con desconfianza—. Ve y dile a miss Melody que Fuoco se ha echado y que luce muy enfermo. No le digas que yo te mando.

La niña corrió hacia el candombe y se deslizó entre las filas de bailarines.

—Miss Melody —la llamó—, Fuoco se ha echado y luce muy enfermo.

Debería haberle extrañado que hubiese luz dentro del establo, pero Melody sólo

pensaba en su caballo.

—Cierra el portón y pon la traba —escuchó.

Era la voz de Blackraven.

—Tu caballo está bien —dijo, y se materializó en el centro del establo donde brillaba el fanal—. Te he atraído hasta mí con un engaño.

Melody hizo como se le ordenaba, percibiendo la urgencia y el deseo de Blackraven crecer en torno a ella, acorralarla. Se apoyó en los tablones de la puerta, estremecida y sudada, mientras él se aproximaba. A un palmo de distancia, Blackraven se detuvo y le clavó una mirada ardiente que hablaba del enojo y de la excitación que alteraban su carácter. Él vio cómo la sangre le pulsaba en el hueco de la garganta y se dio cuenta de que estaba atemorizada. Le pasó un dedo por la curva de la mejilla.

—¿Qué haré para que me obedezcas? ¿Acaso tendré que atarte a mí?

—Me mandaron llamar —se justificó Melody deprisa—, querían felicitar-me, a ti también querían felicitarte. Tú no estabas, no te hallaba por ningún lado. Traté de...

—Calla —le ordenó, y se reclinó sobre ella, pasándole una mano por el trasero, apretándola contra su erección—. Mira cómo me has puesto, mira lo que has logrado con sólo verte bailar.

La sensualidad de Blackraven le hizo olvidar los festejos que tenían lugar afuera, el temor a su enojo y el sitio inadecuado en que se hallaban. En puntas de pie, le pasó las manos por la nuca y lo atrajo a sus labios con una codicia que a él le arrancó un gruñido de placer.

—¿Qué voy a hacer contigo que me abandonas en nuestra noche de bodas? ¿Están los esclavos antes que tu esposo?

El corazón de Melody tenía muchas palabras que pronunciar, todas las que había pensado a lo largo de ese día, pero su boca se empeñaba en callar. Era con su cuerpo que podía expresarse, refregándose contra el de él, su lengua buscándolo, los dedos enredados en sus cabellos, apretándolo contra sus labios.

Celoso y herido en su amor propio, Blackraven la apartó para exigirle:

—¡Dime que me deseas tanto como yo a ti!

—Sí, sí, te deseo. Te deseo tanto —le confesó en un arrebato—. Te deseo de día y de noche, cada vez que pienso en ti. Siempre. ¡Tómame, Roger!

La llevó en brazos hasta el montículo de paja y, en tanto se quitaba la ropa, advirtió que Melody se levantaba la saya, doblaba las rodillas y separaba las piernas.

—Mírame —la escuchó decir con esa voz grave, la que ella usaba para susurrarle después del orgasmo.

Melody se quitó los calzones y comenzó a acariciarse donde Blackraven le había enseñado. Sus dedos desaparecieron en la húmeda calidez de su vagina, provocándole una fugaz descarga de placer que le hizo apretar los ojos y morderse el labio. Él vio

cómo sus pezones se endurecían y elevaban el fino algodón de la pelliza. Se inclinó sobre ella y le sujetó la mano.

—No —expresó, con brutalidad, apretándole los dedos—. Ni siquiera soporto que tú misma te proporciones placer. Sólo yo, ¿entiendes?, sólo yo puedo dártelo.

—Entonces hazlo.

Blackraven se arrodilló delante de ella y le pasó las manos por las piernas dejándole marcas coloradas. Melody respiraba agitadamente, sus senos parecían desbordar a cada inspiración. Él, con actitud hambrienta, tiró del escote hasta desnudarlos. Sin apartar la mirada de la de ella, abrió la mano y le pasó varias veces la palma callosa sobre un pezón. La piel engrosada y dura de esa mano sobre la delicadeza del pezón estremeció a Melody, que se movió para ofrecerle el otro. Blackraven siguió tocándola y dándole gusto porque nunca tenía suficiente de sus gestos de excitación y de sus jadeos. Apoyó ambas manos a los costados de la cabeza de Melody, se inclinó sobre uno de sus senos y lo mordisqueó apenas. Ella respondió de inmediato, gimiendo, arqueándose, tomándolo por la cabeza, atrayéndola a ella, envolviéndolo con las piernas.

Los animales se inquietaron en los corrales, los caballos resoplaron y piafaron, los tambores y los cánticos africanos siguieron sonando en el exterior, pero ni Roger ni Melody escucharon. Se entregaban a esa pasión ingobernable que los aislaba de la realidad exterior.

Blackraven aplacó su desenfreno y la penetró con suavidad buscando prolongar el encuentro y saborear cada instante dentro de ella. Recordarla así para siempre, joven y fresca, vestida como plebeya, gimiendo sobre el almiar de un establo, sería para él una imagen que lo acompañaría hasta su muerte.

—Oh, Dios, ya eres mi esposa —jadeó en inglés, como solía hacer mientras la amaba, con voz enronquecida—. No sabes lo que eso significa para mí. Eres mía, Isaura.

—Y tú, mi esposo, mi todo.

“Mi todo”, repitió Blackraven, sintiéndose poderoso por el hecho de ser amado por esa mujer, y no le importó que Isaura amara a muchos otros, siendo que él sólo tenía corazón para ella, porque, en definitiva, él la amaba porque ella era así, distinta y desconcertante.

Sus ojos no la abandonaron; él la incitaba tratando de perpetuar el goce, deteniéndose cuando su miembro amenazaba explotar dentro de ella; siempre había algo de dolor involucrado en ese acto, para Isaura también. Se retiró y la puso boca abajo. Ella se dejaba mover con docilidad; su confianza ciega lo complacía como nada, le confería el dominio que tanto le gustaba desplegar en relación con ella. Que Isaura fuera débil y dependiente, y él, su hombre, fuerte y autoritario.

Melody sentía la paja rasparle los pezones, y los labios y dientes de Roger vagar

por la cara interna de sus muslos. Él le separó las nalgas, le pasó la mano y le refregó el miembro erecto. Melody tembló de excitación y gimió cuando se dio cuenta de que él la acariciaba con la lengua. Abrió un poco las piernas, incitándolo, y, echando el brazo hacia atrás, tanteó a ciegas hasta aferrar su miembro duro y grueso. Blackraven se estremeció al tiempo que profería un quejido gutural, como el lamento de una bestia, y a Melody se le puso la piel de gallina.

—¡No me toques! —le suplicó él.

La levantó por las caderas y la obligó a ponerse a gatas; él se alzaba de rodillas detrás de ella. Nunca la había poseído de aquella manera, “como la de los animales”, pensó, y se apretó contra su erección para provocarlo. Sintió las manos de él en sus nalgas y en la parte más fina de su cintura y supo que la tomaría con salvaje pasión.

Roger se sujetó el pene para guiar la penetración con un impulso enérgico, que a Melody le provocó una corriente fría en la espalda y en el vientre. Se meneó para acomodarlo dentro, para recibirlo más profundamente, y, ante aquel movimiento, él hundió los dedos en su carne y comenzó a pronunciar las embestidas hasta volverlas violentas y rápidas. Antes de que el orgasmo lo devastara, pegó el torso a la espalda de Melody y se llenó las manos con sus pechos, gritando el nombre de ella.

Los cantos ululantes de los africanos y el redoblar de los tambores ocultaron los roncros gemidos de Blackraven. Melody nunca lo había escuchado gozar de aquel modo y le parecía que nunca acabaría de empujarla y de gritar. Por fin, ambos se derrumbaron sobre la paja.

—Te amo tanto —lo escuchó decir.

Blackraven rodó sobre el almiar arrastrándola con él hasta ubicarla sobre su torso. Melody lo contempló pasándole la mano por la cara aún contraída en una mueca de dolor y placer. De repente exhausta, apoyó la cabeza bajo el mentón de él y cerró los ojos.

—¡Qué noche de bodas tan peculiar! —manifestó Blackraven—. El conde y la condesa de Stoneville haciendo el amor en un establo, sobre un montículo de paja.

—Pues a mí me ha parecido que el conde de Stoneville se lo ha pasado de maravilla en este establo, sobre este montículo de paja.

Blackraven se incorporó y la acunó en sus brazos.

—Es su condesa todo lo que el conde de Stoneville necesita. Vamos a nuestro cuarto, no he terminado contigo esta noche.

Sabas no bailaba el candombe porque lo hacía mal y se burlaban de él. Le gustaba mirar. Por unas cuartillas le había comprado una botella de chicha a un tropero y, mientras contemplaba el espectáculo, se dedicaba a beber. También pensaba en muchas cosas, en la niña Elisea, dormida en alguna habitación de esa casa, en Servando, que candombeaba cerca, en cómo se ganaría la confianza de Tomás Maguire y en la misión que le había encomendado.

Servando hizo una reverencia a su compañera de baile y la entregó a otro esclavo. Se quitó la golilla y se enjugó el sudor de la cara y del cuello. Sonriente, se quedó mirando el baile siguiendo el ritmo con un pie. Después, caminó hacia atrás, con actitud vigilante, hasta que las antorchas dejaron de alumbrarlo. Sabas se puso de pie y lo siguió.

Servando abrió la puerta de la torre y se escabulló dentro. Debió de subir corriendo ya que, cuando Sabas se paró al pie de la escalera y miró hacia arriba, no lo vio. El ruido del festejo ayudó a amortiguar el crujido de los escalones en tanto subía. Se llevó una desilusión al comprobar que la puerta de acceso al campanario tenía llave. Acercó el oído, pero los tambores y los cánticos le impidieron escuchar. Regresó a la planta baja y se escondió tras un parterre de azaleas.

La urgencia con que los acometía el deseo les impedía hablar, se desvestían el uno al otro y se amaban sobre el jergón de paja hasta que, saciados, compartían largos diálogos. A pesar de que hacía semanas que se encontraban todos los días, el ardor no menguaba. Servando estaba maravillado y sorprendido.

—Escucha lo que leí en el libro de Petrarca que me diste ayer —y le recitó de memoria—: “¿Es que quizá proyectas tus empresas para largos años venideros? Oh, ciegos, dejamos grandes proyectos para después de la muerte. Pues, conociendo como conoces el rápido curso de ésta, nuestra vida, ¿puedes entretejer largas esperanzas y confiar algo en el tiempo futuro? ¿o es que acaso voy a hacerlo cuando sea polvo, cuando un buitre ávido de sangre me devore los miembros y asquerosos gusanos desgarren mis entrañas? Ahora más bien, ahora es el momento, mientras puedas mover los miembros y frenar tu espíritu y mientras tengas libertad (la mejor de todas las cosas) y vida, cosas ambas que te pueden desaparecer en un momento”. La libertad —repitió Servando—, la mejor de todas las cosas.

—No me gusta lo que acabas de recitar —dijo Elisea—, lo haces como si con esas palabras justificaras alguna idea con la cual, sospecho, no estaría de acuerdo. Desde hace días tengo un mal presentimiento y vivo angustiada. Siento que estás por llevar a cabo una empresa a la que yo me opondría, de seguro. Te noto misterioso. Sé que algo me ocultas. ¿Qué es, Servando?

El yolof se puso de pie y se calzó los pantalones.

—Así como soy, un miserable esclavo, tú y yo jamás tendremos oportunidad de estar juntos a la luz. Siempre deberemos ocultarnos como criminales. Debo luchar por recuperar mi libertad, Elisea. Debo luchar para que los tuyos admitan que yo también soy un hombre.

—¡Servando, me asustas! ¿A qué te refieres con “luchar”? No me gusta tu mirada, hay algo que me ocultas. ¡Dímelo! Por amor de Dios, ¿en qué andas? ¡Me moriría si algo te ocurriese!

Servando la sujetó por los hombros, la acercó a su rostro y la contempló con una

mueca de rabia antes de decir:

—Esto que hay entre tú y yo está condenado a morir. —Elisea se echó a llorar—. No tenemos futuro, y lo sabes. Debemos enfrentar ese destino o hacer algo para cambiarlo. Y yo estoy dispuesto a cambiarlo, porque no quiero perderte.

—¿Qué harás? —preguntó Elisea, desesperada—. No quiero que hagas lo que quieres hacer. Sé que tu vida correrá peligro. Lo sé, puedo sentirlo.

—¡Tengo que hacerlo! Por favor, Elisea, compréndeme.

—¡No, no! —se empecinó la joven—. No quiero que me dejes, no ahora que voy a darte un hijo.

Se quedó callado, sin aliento, aunque la noticia no debería haberlo tomado por sorpresa después de las incontables tardes de pasión en el campanario. Elisea lo contemplaba con expectación esperando una frase que les cambiara la vida o los sacara del embrollo. Él tuvo miedo y sólo atinó a abrazarla.

No los distinguió apenas salieron de la torre del campanario, pasó un momento hasta que sus ojos se habituaron a la media luz; entonces los reconoció, a Servando y a la niña Elisea. La impresión lo echó hacia atrás, y por poco cae de espaldas. Se sostuvo con su cayado y permaneció quieto hasta recobrar el equilibrio. Habría jurado por la vida de su madre que el yolof se revolcaba con alguna de las esclavas de lo de Valdez e Inclán, con Visitación, por ejemplo, una de sus favoritas en el pasado. Jamás habría imaginado que la señorita Elisea fuese tan osada para aventurarse a esas horas de la noche.

Su asombro se convirtió en cólera, si bien no salieron de su boca los insultos que profería en su interior en contra de Servando, de la niña Elisea y de medio mundo. Los siguió y los vio despedirse cerca del cuarto patio. Servando no volvió a la fiesta, caminó hacia la barraca mientras la niña Elisea se deslizaba por el costado para entrar por la sala de música. Arrojó la botella vacía de chicha y la asaltó por detrás. Cayeron al suelo. Elisea gritó y se retorció como una gata hasta que Sabas le tapó la boca con una mano.

—Ahora es justo que me toque a mí.

Elisea abrió los ojos con desmesura y se movió bajo el peso de Sabas con desesperación. El esclavo le liberó la boca para levantarle la falda, y, aunque Elisea clamó hasta desgañitarse, el rugir de los tambores tragó sus alaridos y súplicas.

Capítulo XXV

Como la goleta atracada en la Ensenada de Barragán se había quedado con pocos marineros —la mayoría custodiaba el Retiro—, Blackraven mandó reservar dos lugares en la chalana que, a diario, cruzaba el río en dirección a Colonia del Sacramento. Sería muy inconveniente, tendrían que trepar a un carretón de ruedas gigantes, de ésos que, por dos reales, se adentraban en el río hasta la embarcación anclada a una milla o más de la costa, en algún sector libre de bajíos. Irían de pie, apretados, y se mojarían el calzado con el oleaje que ingresaría entre las maderas de la carreta. El viaje en la chalupa tampoco sería cómodo y quizás Isaura sufriese *mal du mer*.

Se dijo que una verdadera luna de miel debería haber tenido como marco los paisajes de la Toscana italiana o la campiña francesa, los Alpes en Suiza o las ciudades del sur de la España, no las costas del Plata. Pero no podía marchar lejos con Le Libertin acechando, y él necesitaba apartarse con Isaura de todo y de todos, ni siquiera llevarían a Trinaghanta.

Partirían a primeras horas de la tarde y llegarían al anochecer a la posada de un catalán al que le había enviado una misiva días atrás. Pese a lo limitado de Colonia, lo seducía la idea de caminar con Isaura por las callejas empedradas, comprar fruslerías, sentarse en un café y admirar el río. Después viajarían por tierra a Montevideo, y hasta podrían asistir al teatro.

Sus planes, aunque poco ambiciosos, se desbarataron cuando al mediodía, mientras él y Melody almorzaban en la casa de San José, un esclavo de lo de Valdez e Inclán se presentó con una nota. Blackraven leyó: *Don Alcides agoniza y pide por ti. Te suplico que vengas cuanto antes. Bernabela*. No se lo mencionaría a Isaura hasta asegurarse de que no se trataba de una artimaña. Metió la misiva en el sobre y la guardó en un bolsillo.

—¿Algún problema, Roger?

—Nada, cariño. —Se puso de pie—. Valdez e Inclán necesita verme. Aún no deja la cama después de su afección, así que iré a verlo.

—Claro.

—Estaré de regreso a las tres. Debes tener todo listo para esa hora.

—Gilberta y yo hemos terminado con los baúles. Sólo me resta esperarte.

—Acuéstate y descansa entonces. Te sentará bien para el viaje. Gilberta —le habló a la esclava apostada junto a la cabecera—, dile a Ovidio que no haga ruido con sus herramientas que la señora condesa va a descansar.

—Sí, amo Roger.

Con cierta premonición aceleró el paso por las angostas veredas, esquivando transeúntes. Le abrió Efrén y en su estilo lacónico le informó que el doctor

O’Gorman acababa de retirarse y que un sacerdote había tomado su lugar junto al amo Alcides. Entró en la sala y se topó con Bela y dos de sus hijas, la segunda y la tercera, Marcelina y María Virtudes, recién llegadas de sus retiros vacacionales con familias amigas. Se levantaron al unísono.

—¡Excelencia! —profirió Bela—. ¡Qué gentil de su parte venir con tanta presteza! Niñas, dejadnos a solas.

Las muchachas abandonaron la sala.

—¡Oh, Roger! —lloriqueó Bela—. O’Gorman acaba de decirme que es sólo cuestión de horas, que a duras penas pase la noche. ¡Valdez e Inclán morirá y qué será de nosotras! Como no contemos con tu generosidad y protección, quedaremos en la calle. Tú y yo sabemos que todo esto —y extendió los brazos para abarcar el espacio que la circundaba— es tuyo.

—Bela, cálmate, por favor —dijo Blackraven—. Tú y tus hijas no quedaréis en la calle. Nada os faltará.

—¡Querido, gracias! —y lo abrazó.

El sacerdote carraspeó para denunciar su presencia. Bela se dio vuelta, escondió la cara en el pañuelo y se echó a llorar.

—Resignación, doña Bela —pidió el cura—. Ya he confesado a don Alcides y le he suministrado los santos óleos. Cuando le llegue la hora, lo hará en la gracia de Nuestro Señor. —Se dirigió a Blackraven—: Excelencia, don Alcides pide por su merced.

—Gracias, padre.

El ambiente en el cuarto de Valdez e Inclán se hallaba sumido en sombras e invadido por un punzante olor que se mezclaba con el de las cortezas de alcanforero que hervían a un costado de la cama. Se aproximó a la ventana para abrirla.

—No lo hagas, la luz hiere mis ojos —explicó Alcides.

—El aire es irrespirable aquí.

—Así huele la muerte, amigo.

Blackraven se sentó junto a la cabecera. Todavía se advertía la cruz de aceite aromático que el sacerdote había trazado en la frente de Alcides. Éste levantó los párpados y miró a su socio a los ojos. Después habló con pausas, como si silabeara, y en voz tan baja que Blackraven acercó el oído.

—No luces impresionado por mi aspecto. Mis hijas huyeron al verme.

—Me mandaste llamar —le recordó Blackraven, y Alcides soltó una risita débil.

—Un hombre de negocios hasta el final, ¿eh? —Blackraven guardó silencio y continuó observándolo—. Sí, te mandé llamar, al igual que mandé por el padre Celestino. Había tantas cosas que confesar.

—Eso no es propio de ti —manifestó Blackraven—. ¿Confesarte, para qué?

—Ah, Roger, el aliento de la muerte lo cambia todo. Las imágenes comienzan a

danzar frente a nosotros y te muestran el lado que no supiste o no quisiste ver en el pasado. Últimamente me da por pensar en Almudena —se refería a la joven que había vejado en Madrid décadas atrás— y es como si el terror y la desesperación de ella se apoderasen de mí. Y después me vienen a la mente las otras. Miora... —balbuceó, y cerró los ojos, exhausto, sin aliento—. No merezco esta paz. Esta paz es propia de las criaturas como miss Melody, no como yo. Has sido afortunado en encontrarla, amigo. —Abrió los ojos, y su mirada estremeció a Blackraven—. Nada bueno habrías sacado uniéndote a una mujer como mi Bela. Ella y yo somos del mismo paño, nos mueven las mismas mezquindades. Tú, a pesar de no ser un santo, eres distinto, aún te queda un resto de decencia.

—¿Cuánto hace que sabes de lo nuestro?

—Casi desde el comienzo. ¡Ah, cómo te odié! Bela era mi bien máspreciado y tú me la habías quitado. Pero te temía y sólo me quedaba tramar mi venganza en silencio.

—¿Qué venganza? —Enseguida pensó en Le Libertin—. ¿Acaso revelaste la identidad de Marie Capet?

—No. Mi venganza era contra ti, no contra ella. —Dejó pasar un momento hasta recobrase; con un acento que transmitía angustia, le pidió—: Debes prometerme una cosa y jurarás por la vida de miss Melody que la cumplirás.

—Habla.

—Te harás cargo de mis hijas como si fueran tuyas. Al menos eso me debes.

—Lo haré.

—¡Júralo por la vida de miss Melody!

—Te doy mi palabra, es suficiente.

—¡No! Júralo por ella, lo único que cuenta para ti.

—Alcides, cálmate.

Un acceso de tos le oscureció la frente y el contorno de los ojos. Blackraven lo ayudó a incorporarse y se impresionó, pesaba muy poco. Entre espasmos, Alcides jadeó la palabra “sed”. Blackraven se movió hacia la cómoda, donde encontró un desorden de frascos con líquidos y polvos y, sobre un plato, varios granos de calomel. Había una jarra con horchata, que soltó un agradable aroma a almendras al verterla en el vaso. Le vinieron a la mente las palabras que Somar pronunció en el sótano de *Bella Esmeralda*: “Y éste, con olor a almendras, es cianuro”. Y enseguida evocó la noche en la casa de San José cuando Bernabela le dijo: “Valdez e Inclán no vivirá para siempre, Roger. Está viejo y achacoso. No le queda mucho tiempo. Entonces, tú y yo podremos casarnos y ser felices”.

—Tengo sed —insistió Valdez e Inclán.

Blackraven lo ayudó a sorber. La operación lo dejó extenuado. Se hundió entre los almohadones y dejó caer los párpados.

—Alcides, ¿qué te ha dicho O’Gorman? ¿Cuál es tu mal?

Valdez e Inclán movió los labios, y Blackraven se inclinó para oírlo.

—Simn...

—¿Simon?

—Simon Miles... —Su garganta se tensó, profirió un sonido afónico, y Blackraven identificó los estertores de la muerte. Le puso las manos en los hombros y lo sacudió.

—¡Alcides, háblame! ¿Qué tienes que decirme de Simon Miles?

Valdez e Inclán abrió los ojos de modo desorbitado, se mantuvo en vilo hasta que consiguió exclamar:

—¡Mis hijas! —y murió.

Cerraron los postigos y cubrieron los espejos y los cuadros con paños negros. Pusieron un lazo de crespón en la puerta principal y mandaron a comprar tintura negra para teñir los vestidos. Contrataron a las plañideras, llenaron la sala de cirios y corrieron los muebles para dar espacio al ataúd y a los asistentes al velatorio. No había tiempo de distribuir invitaciones, el cuerpo debía ser velado y sepultado cuanto antes ya que comenzaba a oler mal. Blackraven ordenó que se lo velase a cajón cerrado y que se abrieran algunas ventanas, aun en contravención del protocolo, para que circulara el aire en ese atardecer bochornoso; en tanto, la señorita Leonilda, apenas llegada del Retiro junto con sus sobrinas, mandó encender los pebeteros y quemar pastillas de Lima. Como Bernabela se había echado en un sofá a lamentarse, ella tomó las riendas de la casa con firmeza y buen criterio.

Melody desempolvó el vestido que usó durante el luto por su padre, el que le dio el nombre de Ángel Negro, y se cubrió con una mantilla de encaje que mandó comprar apenas se enteró de la muerte de don Alcides. Entró en la sala de los Valdez e Inclán del brazo de su esposo y percibió la hostilidad que le inspiraba a doña Bela y a algunos invitados. Saludó a la viuda y le dio el pésame en voz baja.

Angelita se mantuvo tomada de su mano, reprimiendo las lágrimas pues Bela le había prohibido llorar.

—Me gustaría que Víctor y Jimmy estuvieran aquí —manifestó la niña.

—Lo sé —respondió Melody—. Pronto volverás al Retiro.

—No creo que mi madre me permita volver.

—El señor Blackraven es tu tutor ahora, ésa fue la última voluntad de tu padre, y él decide qué debes o no hacer.

—Y usted, miss Melody, ¿le pedirá a su excelencia que me permita regresar?

—Lo haré, pierde cuidado.

—Gracias, miss Melody. Mi hermana Elisea luce muy mal, ¿no lo cree usted? Iré un momento con ella.

Melody estudió a la mayor de Valdez e Inclán, alejada de sus hermanas y

escoltada por su prometido, Ramiro Otárola, y encontró desmedida su congoja a juzgar por el poco afecto que don Alcides le había inspirado en vida. No acertaba a determinar si prevalecían los círculos oscuros en torno a sus ojos o la palidez de sus mejillas, o el contraste entre ambos. La descubrió mirando el sector donde se congregaban los esclavos; en realidad, Elisea contemplaba a Servando, que le devolvía la mirada con un descaro que si don Diogo lo hubiera advertido, lo habría encepado. Elisea se llevó el pañuelo al rostro para ahogar el llanto, y Otárola se inclinó para hablarle al oído. A Melody no pasó inadvertido el esfuerzo del yolof por guardar su sitio y no aventurarse dentro de la sala.

Mariano Moreno y su esposa saludaron a la viuda y, mientras el abogado se entretenía con sus amistades, Guadalupe caminó directo hacia Melody.

—Melody, ¡qué gusto encontrarla!

—Para mí también es un gusto, Lupe. Y le agradezco que no me haya llamado condesa. —Lupe sonrió—. Aquí todos lo han hecho y me he sentido muy incómoda.

—Mariano y yo creíamos que ya habríais partido en viaje de bodas. Dijisteis que lo haríais hoy mismo, el día después de la ceremonia.

—Ciertamente, nuestra intención era partir hoy a las tres de la tarde. Al fallecer don Alcides alrededor de la una, la mala noticia nos encontró aún en la ciudad. En cierta forma es un alivio que no hayamos zarpado hacia Colonia. Como era de esperarse, el señor Blackraven se ha hecho cargo de todo.

—¿Y el cuñado del señor Valdez e Inclán?

—Don Diogo sólo sabe acatar órdenes —fue la respuesta de Melody.

—No veo a la señorita Béatrice —mencionó Guadalupe después de echar un vistazo.

—Se quedó en el Retiro, a cargo de mi hermano Jimmy y de Víctor. No se los confiaría a nadie más.

Una esclava les presentó una bandeja con bebidas y buscaron un lugar apartado donde sentarse.

—¡Qué repentina la muerte del señor Valdez e Inclán! —comentó Lupe—. Sabíamos que sufría de una seria afección, pero jamás sospechamos que sería mortal.

—Nosotros tampoco. Nos ha tomado por sorpresa. Hasta ayer creíamos que don Alcides se hallaba en franca convalecencia.

—Lamento que esto haya ocurrido al día siguiente a vuestra boda. Pasado algún tiempo, podréis retomar la idea de vuestro viaje. —Melody asintió—. El señor Blackraven luce muy preocupado —señaló Lupe—. Entiendo que la amistad con Valdez e Inclán se remontaba a varios años atrás.

—Sí, muchos años, no sé cuántos —admitió—, pero muchos en verdad.

Siguió con la vista la figura de su esposo que se desplazaba de sala en sala, departiendo con la concurrencia. Ahora que Guadalupe lo marcaba, ella también se

fijó en la severidad de su ceño oscuro. ¿Lo habría fastidiado lo inoportuno de la muerte de su socio o se encontraría conmovido por su desaparición? Lo vio apartarse con Bela hacia los interiores y regresar al cabo muy disgustado.

—Sigo pensando en la construcción de una casa para albergar a los esclavos viejos y enfermos —expresó Guadalupe.

—Oh, sí, es una idea maravillosa.

Hablaron acerca de la factibilidad de encarar una empresa de esa envergadura, los posibles escollos, analizaron con quiénes podrían contar, quiénes se les opondrían, la mejor ubicación del hospicio, los servicios que prestaría, a cuántos desvalidos acogería. Melody se entusiasmó con el proyecto al punto de olvidar que se hallaba en un velatorio.

—Disculpe, señora Moreno —interrumpió Blackraven, con acento cortante—. Despídete, Isaura. Es tarde. Te llevaré a casa.

Hacía rato que había anochecido. Caminaron deprisa y en silencio, con una tormenta que los amenazó hasta el umbral. Ahí, en la puerta, mientras las primeras gotas golpeaban las losetas del camino de ingreso, Blackraven la tomó entre sus brazos y comenzó a besarla. Melody percibió, en sus labios y en sus manos, la desazón de Roger, y por instinto supo que no estaba triste sino enfadado.

—Eras lo único auténtico dentro de esa sala —le dijo al oído, y la arrastró dentro, hasta el dormitorio.

Dos horas más tarde, Blackraven dormía, desnudo, y Melody se dedicaba a estudiar cada detalle de su cuerpo. Llamaron a la puerta. Era Gilberta con la cena.

—Gracias —susurró Melody, y tomó la bandeja—. Es tardísimo, vete a descansar.

Dispuso los platos sobre una mesa pequeña, sirvió porciones de sáballo y verduras fritas y llenó las copas con vino tinto. Escuchó que Blackraven dejaba la cama y se aproximaba. Lo aguardó sin darse vuelta, conteniendo el respiro hasta sentir sus manos apretarle la cintura y sus labios en el cuello.

—Buena idea —dijo él, con voz ronca—. Después de haberte amado del modo en que lo hice, se me abrió el apetito.

—No has comido nada en todo el día —se quejó Melody— y, con tanto trajín, imaginé que estarías famélico.

Lo notó relajado mientras engullía. De repente, él dejó los cubiertos sobre el plato.

—No sabes cuánto lamento todo esto, cariño. Lamento que se estropeará nuestro viaje de bodas. Deseaba apartarme contigo por unos días, sólo pensaba en que estuviéramos a solas.

—Ahora estamos a solas, Roger. Compartir esta comida contigo, aquí, en nuestro dormitorio, es tan hermoso para mí como el más suntuoso viaje de bodas.

Blackraven se quedó callado, mirándola, con las palabras de Alcides resonando

en su cabeza: “Has sido afortunado en encontrarla, amigo”. Extendió la mano, sujetó la de Melody y la obligó a sentarse sobre sus piernas.

—¿Estás bien? —quiso saber ella.

—Muy bien, porque estoy contigo.

—Te ha afectado la muerte de don Alcides, ¿verdad?

—Me ha tomado por sorpresa —admitió, y enseguida agregó—: Por supuesto, lo echaré de menos. Ese pelafustán era parte de mi vida desde hacía años.

—Claro.

—Después del sepelio —habló Blackraven—, volverás al Retiro con Somar. Yo me quedaré aquí unos días para hacerme cargo de ciertos asuntos.

—¿Podré llevar a Angelita conmigo? Pobre niña, no desea estar en su casa.

—Así lo dispondré.

Después de una misa de cuerpo presente en Santo Domingo, se llevó a cabo el entierro en el cementerio de dicha iglesia de acuerdo con las indicaciones del propio Valdez e Inclán. Días antes había mandado comprar un hábito de los dominicos para usarlo como mortaja y realizado una donación al convento que se llevó la mayor parte de sus ahorros. Ambas conductas azoraron a Blackraven. Su socio había sufrido una profunda transformación a las puertas de la muerte, desbaratándolo de sus miserias, impulsándolo a confesar sus actos más rastreros.

No podía quitarse de la cabeza a Simon Miles. Si la venganza no involucraba a Le Libertin, ¿a quién entonces? No se le ocurría de qué modo encajaba ese rompecabezas. Por otra parte, le parecía que el aroma dulzón de las almendras en la bebida de Alcides se le había impregnado en las fosas nasales. Después del entierro, le pediría unas palabras a O’Gorman para descartar ciertas dudas. El instinto le señalaba que su socio había sido asesinado, y no le gustaba la tenacidad con que se colaba el nombre de Bernabela cuando meditaba sobre el asunto.

Isaura, de pie a su lado, escuchaba el sermón con aire ausente. ¿En qué estaría pensado? En Jimmy, probablemente, en la tristeza de Angelita, o en la petición de algún esclavo, en Víctor, quizás en Rogelito, a quien le había tomado cariño, en cualquiera menos en sí misma. Le preguntó al oído:

—¿En qué piensas?

—En Elisea. Angelita dice que amaneció indispuesta, con fiebres muy altas.

Por fortuna, Isaura se marcharía en un par de horas hacia el Retiro al cuidado de Somar, lejos de las miserias humanas que él afrontaría una vez finalizada la farsa a la que asistían.

Si a oídos del doctor O’Gorman habían llegado los comentarios acerca del *affaire* del conde de Stoneville con Anita Perichon, esposa de Thomas, su sobrino, no lo reflejó mientras Blackraven le preguntaba acerca de las circunstancias de la muerte de Valdez e Inclán. Sus respuestas no echaron demasiada luz, el médico se decía

desorientado y no podía explicar el porqué de una gastritis tan severa si don Alcides no era hombre de abusos. Había prescrito el tratamiento habitual para esos casos, sales de Edlitz, un tónico para reponer fuerzas y una dieta estricta; en las postrimerías echó mano de un sangrado.

—¿Le indicó que tomara calomel?

—No —se extrañó O’Gorman—. ¿Don Alcides lo tomó? Habría sido muy inconveniente pues se indica en caso de constreñimiento.

—Doctor —dijo Blackraven antes de despedirlo—, ¿sería tan amable de visitar a la señorita Valdez e Inclán? Me informan que guarda cama con fiebres muy altas.

—Me extrañó no verla durante las exequias —comentó O’Gorman—. Por supuesto que iré, en menos de una hora estaré por allí.

Blackraven volvió sobre sus pasos a la tumba de Alcides donde un zambo, esclavo de los dominicos, arrojaba tierra en la sepultura. Al verlo, el muchacho detuvo el trabajo, clavó la vista en el suelo y guardó silencio, retorciendo las manos sobre el astil de la pala.

—¿Cómo te llamas?

—Siberio, señor.

—Toma —dijo Roger, y le extendió un doblón, que el zambo se quedó mirando—. Vamos, tómalo. Recibirás otro igual esta noche si me abres el portón del cementerio alrededor de las doce.

Para Siberio, aquél no era un pedido inusual; ya le había tocado lidiar con quienes adoptaban conductas extravagantes hacia los muertos. Sí resultaba insólita la generosa cantidad que ese hombre con acento extraño le ofrecía. Era la primera vez que tenía un doblón en la mano.

—Está bien, señor —farfulló—. Esta noche, alrededor de las doce.

—Aprestarás dos palas más y ayudarás a desenterrar el ataúd. ¿Está claro?

—Sí, muy claro, señor.

En la casa de la calle Santiago, Blackraven volvió al cuarto de Alcides y descubrió que la cómoda estaba limpia de frascos; los calomelanos también habían desaparecido. Convocó a Bernabela al estudio.

—He dispuesto que mañana por la mañana Covarrubias proceda a la lectura del testamento de Alcides. Como bien sabes, antes de morir, él hizo una donación más que generosa a los dominicos, casi la totalidad de lo que tenía, incluso donó la platería.

—Como si con eso hubiera podido comprar un lugar en el Paraíso, el muy mal parido —soltó Bela.

—De seguro en el testamento dejó dicho que yo me convertiría en el tutor de sus hijas. Asimismo, me lo pidió antes de morir. Por lo tanto, ellas pasan a estar a mi cargo desde este momento. Nada les faltará y cada una llegará al matrimonio con una

dote digna de una Valdez e Inclán.

—Gracias, querido.

—En cuanto a ti y a tu hermana, la señorita Leo, podéis estar tranquilas, viviréis bajo mi protección y no echaréis de menos las comodidades a las que estáis habituadas. Por supuesto, esto cambiará si decides volver a casarte.

—¡Jamás volveré a casarme! Si no es contigo, no lo haré con nadie. ¡Qué ironía! Ahora que estoy libre, ahora que podríamos iniciar una vida juntos, tú estás atado.

Blackraven siguió hablando con una mueca de fastidio.

—En cuanto a tu hermano Diogo, tendrá que ganarse el alojamiento y lo que se lleve a la boca. Te advierto, Bela, no quiero interferencias en este sentido. Diogo ha demostrado habilidad para manejar a los esclavos y sería útil en la nueva curtiembre. Trabajaré de sol a sol o tendrá que dejar esta casa.

—Como tú digas, Roger.

Bernabela lo acompañó hasta el vestíbulo.

—¿De qué hablabais O’Gorman y tú después del entierro?

—De las extrañas circunstancias en las que murió tu esposo —contestó Blackraven.

—¿Extrañas circunstancias? —se molestó—. ¡Muy extrañas por cierto! En rigor, me sorprende que no muriera antes con todo el brandy que se echaba al colete.

—Alcides era moderado, y tú lo sabes. La única vez que lo vi ebrio fue en aquella oportunidad en Londres, la noche en que lo conocí.

—Pues algo le hizo mal, algo le licuó las tripas y el estómago, porque lo único que hacía era vomitar y defecar. ¡Bendita la hora en que murió! Ya no soportaba el hedor, el asco.

Se quedó con los puños apretados al costado del cuerpo y los ojos enrojecidos fijos en los de Blackraven.

—Buenas tardes —se despidió Roger, disgustado.

Enfiló hacia la calle de la Santísima Trinidad, a lo de la viuda de Olazábal donde el doctor Samuel Redhead alquilaba unas habitaciones. Como no lo halló, pidió lo necesario para escribir una nota.

Espero que los días de resurreccionista en Londres estén frescos en tu memoria. Te pasaré a buscar esta noche, alrededor de las doce. No firmaría la misiva, el sello con el águila bicéfala, símbolo de los Guermeaux, le bastaría a Samuel.

Detuvo la carreta frente a lo de la viuda de Olazábal a la hora convenida, en una noche sin luna. Levantó la lámpara de sebo y la movió tres veces en círculos. Se escuchó el chirrido de goznes y el sonido regular de unos pasos. La figura embozada que emergió de las sombras trepó en el pescante sin pronunciar palabra y acomodó su maletín bajo el asiento. Redhead habló después de unas cuadas.

—Supe que hoy enterraron a tu socio, Valdez e Inclán. ¿Es una vana presunción

la que tengo o esta excursión nocturna tiene que ver con eso?

—Ninguna vana presunción —confirmó Blackraven—. Lo enterramos en el cementerio de los dominicos. Hacia allá vamos.

—¿Alguna sospecha fundada para perturbar el eterno descanso del buen hombre o simplemente perdiste el poco juicio que te quedaba y me arrastras en tu locura?

Blackraven rió por lo bajo.

—Nunca he sido un hombre sensato, y lo sabes. —Redhead emitió un sonido ininteligible a modo de anuencia—. Con todo, creo que esta noche esclareceremos una sospecha: Valdez e Inclán fue envenenado. Sólo una cosa deseo advertirte: el cadáver está en muy malas condiciones.

—Lo imagino. El calor que hizo hoy tampoco habrá colaborado —apostilló el médico.

El portón del cementerio daba sobre la calle del Rosario, trasera al convento, solitaria y de pobre iluminación al igual que la mayoría del barrio de Monserrat. El zambo, cumpliendo su parte, les permitió el acceso. Avanzaron entre lápidas y estatuas de ángeles hasta columbrar, al nivel del suelo, una lámpara que echaba luz sobre un sector de tierra removida. Siberio ya había comenzado a cavar.

No hubo intercambio de palabras. El esclavo les entregó las palas y siguió con su faena, mientras Redhead y Blackraven se quitaban las chaquetas, se arremangaban y se ponían a trabajar. No tardaron mucho tiempo en escuchar el crujido de la madera. Sacaron el ataúd ayudándose con las mismas cuerdas que lo habían bajado. Estaban exhaustos, en especial Redhead. Armado de maza y cortafierro, Blackraven golpeó hasta abrir la tapa. El hedor lo hizo tambalear y cubrirse el rostro con el antebrazo.

—Toma —indicó Samuel—, pásate esto bajo las fosas nasales —y le entregó una barra transparente de alcanfor.

Envolvieron el cadáver en una manta negra y lo cargaron hasta la parte posterior de la carreta.

—Buen trabajo —dijo Blackraven, y le lanzó a Siberio otro doblón—. Lo devolveremos antes del amanecer.

La calle se hallaba sumida en un lúgubre silencio apenas quebrado por el chirrido de las ruedas. Blackraven metió la mano dentro de su chaqueta y sacó un sobre con el que golpeó el antebrazo de Redhead para llamar su atención.

—¿Qué es esto?

—Tómalo —indicó Roger—. Contiene datos valiosos. Considéralo parte del pago por los servicios que estás prestándome esta noche.

Redhead soltó una risita corta e irónica antes de preguntar:

—¿Y qué clase de datos son esos a los que llamas “valiosos”?

—Ahí te detallo información sobre un grupo de franceses de extracción jacobina que podría estar relacionado con lo que investigas. Supe del nuevo asesinato —

apuntó.

—¿Por qué no me extraña que lo sepas? —se preguntó Redhead, y agregó a continuación—: Como ves, me mantengo entretenido.

En la casa de San José sacaron la mesa del comedor al patio principal, donde la brisa dispararía los hedores; la cubrieron con un hule antes de acomodar a Valdez e Inclán.

—¿Y los sirvientes? —se preocupó Redhead, mientras disponía el instrumental.

—Son unos pocos y duermen lejos de esta zona. No hay riesgos. ¿Serán suficientes estas dos lámparas?

—Sí. Necesitaré lavarme las manos. Además, quiero que me traigas un aguamanil y una esponja para limpiar el cuerpo.

Además de médico, Redhead era un hábil cirujano, de allí la destreza con la que practicó pequeñas incisiones en el bajo vientre para liberar los gases acumulados.

—Aléjate —ordenó—. No estás acostumbrado a estos hedores ni a estas imágenes.

Blackraven se sentó a cierta distancia desde donde se dedicó a contemplar la labor de su amigo. Saltaba a la vista que seguía un método. Primero revisó el cuerpo por fuera, de la cabeza a los pies, incluso dentro de la boca, en los oídos, entre los dedos, bajo las uñas, levantó los párpados y los genitales. Acabada esa revisión externa, inyectó un líquido en la vena del brazo derecho y esperó unos minutos antes de comenzar a utilizar la serie de instrumentos, algunos más delicados, otros de mayor envergadura para ejercer presión o llevar a cabo trabajos más groseros. Cada tanto, se limpiaba las manos y realizaba anotaciones.

Dos horas más tarde, Redhead devolvió los órganos al cuerpo y lo cerró con una basta costura. Se lavó las manos y los brazos con una pastilla de jabón que sacó de su maletín. Se aproximó a Blackraven secándose.

—Entre otros indicios externos, como el enrojecimiento de la piel, la disección me reveló una profunda corrosión de la cubierta estomacal y una inflamación importante del músculo del píloro.

—¿Lo que significa? —apremió Roger.

—Me has dicho que había bebido horchata y que, supones, le dieron granos de calomel. —Blackraven asintió—. Eso explicaría el estado de su aparato digestivo. Verás. El calomel contiene cloruro de mercurio y la horchata de almendras amargas, ácido cianhídrico o ácido prúsico. Al mezclarlos, se combinan en el estómago y se convierten en cianuro de mercurio, letal para cualquier persona. Existe otra posibilidad y es que le hayan suministrado el veneno directamente, disuelto en la horchata, y que la acción del calomel sólo haya servido para acelerar el proceso.

—Entonces —concluyó Blackraven—, mi socio murió envenenado.

—Por el estado del estómago y por otras particularidades, yo digo que sí. El

cianuro es uno de los venenos que actúan más rápido. En la forma de ácido cianhídrico y en sus sales sódica y potásica, es de altísima toxicidad; en una dosis desmedida podría matar en horas. —Redhead hizo una pausa antes de declarar—: Quien haya dispuesto el envenenamiento de tu socio es un experto en la materia.

Amanecía. Cansado, sucio y de mal humor, Blackraven se encaminó a lo de Valdez e Inclán. Entró por la parte trasera, y asustó a las esclavas que buscaban leña para encender el fuego de la cocina.

—¿Dónde está Cunegunda? —inquirió, de mal modo.

—En su pieza, amo Roger —contestó Gabina.

Como la puerta estaba con llave, Blackraven la abrió de un puntapié. La esclava no se inmutó y permaneció sentada en su camastro con un pollito que se revolvía entre sus manos; tenía las patas atadas con una cinta roja, en tanto Cunegunda se disponía a atarle el pico.

—Suelta a ese animal, vieja bruja. ¡Ahora mismo!

Blackraven guió al pollito con la punta de la bota hacia el solado y cerró la puerta. El espacio se achicó. Él, sin moverse, paseó la mirada, estudiando los frascos, las hierbas secas y los talegos colgados en la pared. Cunegunda persistía en su mutismo, con la cabeza gacha y las manos juntas y apretadas. Le temía al amo Roger porque poseía una recia voluntad.

—Dame esa caja que asoma bajo tu yacija.

—¿Qué busca, amo Roger?

—¡Dame la caja!

Dio vuelta el contenido sobre el jergón: un sapo seco con la boca y los ojos cosidos, una lagartija con varias agujas clavadas en el lomo, atados de hierbas secas, unas caracolas, piedras de colores, trozos de tela, muñecas rellenas de paja con astillas incrustadas en distintas partes del cuerpo, de todo menos un frasco con cianuro, ni siquiera granos de calomel.

Descolgó los trastos de la pared y los echó en la cama. Cunegunda lloraba. Blackraven hizo un lío con la manta y llamó a gritos a Gabina.

—Mande, amo Roger.

—Enciende una hoguera en medio del patio y quema esto, ahora mismo. ¡Vamos, muchacha, no te quedes ahí mirando!

—¡No, amo Roger! —suplicó Cunegunda.

—¡Cállate, bruja! —y volvió a cerrar la puerta—. Si no quieres terminar quemada en la hoguera por practicar brujería, ¡empieza a hablar! Dime dónde ocultas el cianuro con que asesinaste a Valdez e Inclán.

Cunegunda experimentó un momento de terror; se hincó y elevó las manos como si invocase a Dios.

—¡Soy inocente!

—¡Inocente como el demonio, vieja mañosa! Habla, estoy perdiendo la paciencia. Dime dónde escondiste el cianuro. ¡Habla! —y, aferrándola por el brazo, la obligó a ponerse de pie.

Sabas abrió la puerta y se quedó pasmado. Su madre lloraba porque el amo Roger la sacudía con brutalidad.

—Si en esta casa alguien murió envenenado tú has tenido que ver con eso. Será mejor que me confieses la verdad a mí y no a los guardias del Cabildo; ellos tienen métodos tan disuasivos como dolorosos.

—¡Suéltela! —se atrevió a intervenir Sabas.

Blackraven se dio vuelta, le echó un vistazo siniestro y lo empujó fuera. Volvió a cerrar con el pie.

—Tú y tu hijo, ambos terminaréis en las mazmorras del Cabildo, pues de seguro habréis tramado esto juntos. Vamos, ahora mismo os llevaré para que enfrentéis a la autoridad.

El grito de Cunegunda fue desgarrador, tanto que Sabas se animó a entrar de nuevo. Su madre se había echado a los pies del amo Roger y, abrazándole las pantorrillas, le imploraba piedad.

—¡No he sido yo! —insistía, ahogada en llanto—. ¡Yo no envenené al amo Alcides!

—Dime quién ha sido entonces. Dímelo o tú y Sabas os pudriréis en prisión.

—¡La señora Enda! —dijo, y lanzó un grito estridente después de pronunciar la confesión—. Ha sido ella, la señora Enda, la tía de miss Melody —y se echó de cara al piso.

La revelación tuvo el efecto de un golpe para Blackraven. Primero sobrevino una gran confusión. Lo cegó el esplendor de un relámpago y volvió a ver a la mujer bajo el roble de *Bella Esmeralda*, empapada, con la vista fija en la ventana. Había algo maligno en esa mirada, algo poderoso y perverso que estremecía. Las derivaciones de la confesión de Cunegunda lo abrumaron. La esclava volvió a hablar en el modo sereno de quien no tiene nada que perder.

—La señora Enda tenía fama de envenenadora. Entonces, doña Bela le prometió decirle dónde hallar a miss Melody a cambio de que la ayudase a deshacerse de su esposo.

Bernabela dormía con placidez. La noche anterior había sentido la libertad después de muchos años; con su esposo bajo tierra y la certeza de que nada le faltaría, experimentaba una sensación de bienestar y seguridad que la llevaba a creerse invencible, y, aunque le faltaba lo que más deseaba, se repetía que Blackraven volvería a sus brazos tarde o temprano.

La despertó un estruendo y se incorporó dando un grito. Blackraven caminaba a trancos rápidos. Se alegró al verlo y estuvo a punto de estirar los brazos y llamarlo

“querido” cuando advirtió el ceño que lo volvía ominoso. La boca se le secó y la palabra murió en su garganta. Sobre todo, la paralizó el silencio en que se movía hacia ella. Le quitó las sábanas de un jalón y la arrastró fuera de la cama a través del dormitorio hasta el tocador, donde le hundió la cabeza varias veces en la jofaina. La arrojó sobre una silla y le echó una toalla a la cara.

—Ahora que estás bien despierta, tú y yo sostendremos una larga conversación. Antes debes saber que acabo de estar con esa bruja negra que tienes por aliada. Resultó muy esclarecedora su confesión.

Se dio cuenta de que lo enfurecería si negaba la verdad. Cunegunda ya había hablado y volvería a hacerlo frente a la autoridad para salvar su pellejo, de eso no cabía duda; ni siquiera podía confiar en Diogo, que tampoco vacilaría en hundirla para sacar la cabeza fuera del agua. Repasó sus posibilidades y se dio cuenta de que estaba acorralada, de un modo u otro la muerte de su esposo la acusaba. Le contó todo, segura de que jamás la enviaría a prisión, ya fuera movido por un acto de piedad o por preservar su buen nombre tan asociado al de Valdez e Inclán.

—Supimos que miss Melody era de Capilla del Señor.

—¿Quién te dio esa información?

—Cunegunda la escuchó entre los esclavos.

—Isaura jamás le ha dicho a nadie de dónde es oriunda. Nadie lo sabía. ¡Dime cómo obtuviste esa información! —Le retorció el brazo y la hizo gritar.

—Del hermano de miss Melody —admitió—. Él no mostraba tanto prurito en hablar de su origen. Lo comentó frente a Sabas y éste se lo contó a Cunegunda.

Blackraven habría golpeado a su cuñado de tenerlo enfrente.

—Vamos, prosigue.

—Le pedí a Diogo que fuese a investigar porque tenía el palpito de que había algo oculto en la vida de miss Melody, algo con lo que podría alejarte de ella. Diogo viajó y conoció a Enda Feelham. Primero, entre los pueblerinos, supo de su fama de excéntrica, incluso hubo quienes hablaron de que era una bruja y una hábil envenenadora. Cuando la conoció, ella se mostró muy interesada en saber cuál había sido el destino de su sobrina, pero Diogo nada le dijo. Apareció días después en Buenos Aires y se presentó en esta casa. Lo demás puedes imaginarlo. Yo tenía una información que Enda Feelham deseaba conocer; ella, por su parte, podía ayudarme a deshacerme del hombre a quien yo ya no toleraba.

—Podía ayudarte a matar dos pájaros de un tiro —apuntó Blackraven—. Isaura y Alcides. Con un golpe maestro, te deshacías de las dos personas que se interponían en tus planes.

—Sí —admitió Bela.

—Dime dónde se oculta Enda Feelham.

—No lo sé. Es la verdad. La vi por última vez hace tiempo, cuando me proveyó

del veneno y me dio las explicaciones. Ya no volví a saber de ella.

Blackraven caminó por la estancia con la vista en el suelo.

—¿Qué harás conmigo? —se aventuró a preguntar Bela—. ¿Me enviarás a prisión?

—¿Y arruinar la reputación de tus hijas?

—¿Qué harás conmigo entonces? ¿Me perdonarás por los viejos tiempos?

Blackraven soltó una fría carcajada. Ella había escuchado que ese hombre podía ser despiadado —Alcides lo repetía a menudo—, pero no lo creyó sino hasta ese instante.

—¿Perdonarte? Podría haber entendido que desearas deshacerte de un esposo al cual te vendieron cuando eras poco mayor que la menor de tus hijas, un hombre viejo al que detestaste desde el primer momento; pero jamás entenderé ni, menos aún, perdonaré que causaras dolor a quien más amo en este mundo movida por un capricho. Pagarás caro tu osadía.

Bernabela se puso de pie en silencio y caminó hasta detenerse frente a Blackraven. Le sostuvo la mirada con aire desafiante, esperando la sentencia.

—Ingresarás en un convento de clausura donde vivirás hasta el día en que mueras. Diremos que así se lo juraste a Alcides en su lecho de muerte. Quizás en ese sitio enmiendes tu alma y expíes tus atrocidades.

—Te maldigo, Roger Blackraven, a ti y a tu descendencia, y pasaré los años que me restan de vida maldiciéndote.

Blackraven echó llave a la puerta y mandó encadenar el postigo de la ventana.

Capítulo XXVI

Miss Melody deseaba verlo en su sala privada. Terminó de cambiarse y corrió a la cocina.

—¿Puedo pasar, Siloé?

—Pues claro, Servando. Hace rato que la señora condesa pide por ti.

“La señora condesa”, repitió, intimidado también por el lujo de esa mansión en la que no le gustaba entrar. Se quitó el pañuelo de la cabeza y caminó hacia la parte principal. Se topó con los niños, que lo saludaron con afecto, y estuvo a punto de preguntarle a Angelita por su hermana Elisea.

—Pasa, Babá, y cierra la puerta.

Se quedó quieto cerca de la entrada, esperando a que miss Melody terminase de escribir, muy elegante y hermosa sentada junto a ese secreter que el amo Roger le había comprado después de la boda. La luz del crepúsculo le delineaba el suave perfil y le bañaba la cabeza arrancando destellos de oro y cobre a sus bucles. Los rasgueos de la pluma y el aroma del pachulí que se consumía en un hornillo acentuaban la paz de la pequeña habitación. Miss Melody echó arena sobre la carta y la sacudió en el aire; la dobló y la metió en un sobre.

—Ven, Babá, siéntate a mi lado.

—No está bien que un esclavo se siente en los muebles de los señores.

—Ven aquí ahora mismo y siéntate a mi lado. Y no te atrevas a llamarme “señora condesa”, que te daré un coscorrón por necio. —A Servando se le escapó una sonrisa sincera—. Vamos, ven, que soy la misma de siempre.

El yolof se sentó en la punta de una silla.

—Toma —dijo Melody, y le pasó el sobre—. Necesito que se lo entregues a mi hermano.

Melody sirvió café en dos tazas y le entregó una al esclavo. Nunca había bebido café, menos aún en vajilla tan refinada.

—Es muy sabroso —puntualizó Melody, y le presentó un plato con rosquillas y buñuelos—. Vamos, come, debes de estar famélico. Es bueno, ¿verdad? —dijo, refiriéndose al café—. El señor Blackraven lo trae de Haití, de la hacienda de un amigo. Él dice que esa isla del Caribe tiene el mejor clima para el cultivo del café. ¿Has escuchado hablar de Haití? —Servando negó con la cabeza, pero bien sabía él de Haití; de allí eran los negros marineros que les habían hablado de libertad e igualdad meses atrás y anoticiado de insurrecciones y levantamientos.

—Dice el señor Blackraven —prosiguió Melody— que es un sitio paradisíaco, con vegetación exuberante y clima cálido todo el año. Me gustaría conocerlo algún día. —Hizo una pausa para sorber el café—. Acabo de regresar de la ciudad —manifestó de pronto—. ¿Hay alguien de quién quieras saber su suerte?

Servando levantó la vista. Pensó que le preguntaba por alguna de las esclavas de la casa de la calle Santiago a la cual había dejado en estado interesante, por eso sufrió una honda impresión cuando Melody le habló de Elisea. Le temblaron las manos, y la taza tintineó sobre el plato.

Como la salud de Elisea declinaba desde la muerte de don Alcides y ningún esfuerzo parecía suficiente para restaurarla, después de cumplir con los ritos del miércoles de Ceniza, Melody fue a visitarla. Entró en la habitación sin llamar y encontró a María Virtudes, la tercera de don Alcides, afanada en armar un lío de trapos; le pareció que estaban empapados en sangre.

—Muéstrame eso —le ordenó, y la muchacha, pálida de pronto, se volvió hacia la enferma en la actitud de pedir instrucciones—. Déjame ver eso, María Virtudes.

De hecho, estaban empapados en sangre, demasiada para tratarse del período. Elisea sufría una hemorragia que, con la complicidad de su hermana, había ocultado al doctor O’Gorman.

—Por favor, María Virtudes, quema esto —y le pasó los trapos—, ya mismo.

—Sí, señora condesa.

Melody se sentó junto a la cama y estudió el semblante de Elisea que ya no ostentaba ese gesto altanero tan similar al de su madre; había perdido peso, nada quedaba de su lozanía.

—Cuéntame la verdad —le pidió— prometo ayudarte. —La joven se puso tensa y se mordió el labio para no llorar—. ¿Qué hay entre tú y Servando?

La sorpresa la paralizó; entreabrió la boca y aflojó los puños. El turquesa de los ojos de miss Melody se volvió esplendente, desbordó la órbita de sus ojos, le veló los rasgos y ocupó el entorno por completo. Hubo mucha paz. Le contó, necesitó hacerlo, no se detuvo a pensar en las consecuencias ni se preguntó si podía confiar en ella; tranquila, en voz baja a causa de la debilidad, fue narrando su historia y la de Servando, una bella historia de amor, dijo, aunque con final de tragedia griega.

—Te traeré un té.

Melody volvió con una infusión de lúpulo que le dio de beber sin mediar palabras. Al cabo, le informó:

—Mandé por Papá Justicia para que te cure. Él sabrá qué hacer contigo.

—Miss Melody, yo no deseo curarme, sólo deseo morir. Déjeme morir.

—Elisea, comprendo que éste haya sido un tiempo muy duro para ti, pero no pierdas la esperanza. Cuando sanes, vendrás de nuevo al Retiro donde tu convalecencia será rápida. Ahora sólo piensa en dejar esta cama, ya encontraremos una solución.

—Miss Melody —protestó, sin fuerzas—, usted no entiende. Yo no deseo vivir.

—Tendrás otros hijos —interpuso, pero al ver cómo se alteró Elisea, cambió de tema.

Un rato más tarde apareció Justicia y tomó el sitio de Melody junto a la cama. Miró los ojos de la paciente, le separó el párpado inferior, le estudió la lengua y las encías, le apretó la barriga y el bajo vientre, le escuchó el corazón y le hizo varias preguntas. Recetó dos brebajes y apartó a Melody.

—Esta criatura no tiene un mal físico. El mal lo tiene en el corazón. Se está dejando morir de desesperación y tristeza.

—Miss Melody —la llamó Elisea antes de que partiese—, ¿cómo lo supo? ¿Cómo supo de mi relación con Servando? ¿Se lo dijo él o acaso todos murmuran acerca de nosotros?

—Él nada me dijo y nadie murmura. Reparé en el modo en que se contemplaban el día del velatorio de tu padre, y de pronto algunas cosas tuvieron sentido, tus desapariciones en el Retiro, por ejemplo, que tanto alteraban a tu tía.

Servando, cabizbajo, escuchaba a miss Melody y se pasaba el pañuelo por los ojos.

—Lamento lo del niño, Babá. Según Papá Justicia, lo perdió a causa de su debilidad, ya sabes que convalecía de una severa afección; las impresiones que recibió al morir su padre y la decisión de su madre de ingresar en un convento no ayudaron en absoluto. Creí justo que lo supieras.

—Gracias, miss Melody.

—Babá, tú eres el único que puede sacar a Elisea de ese estado. Papá Justicia dice que se ha echado a morir, que ha perdido la esperanza.

—Conozco de eso —afirmó el yolof—. En el barco, mientras me traían al Río de la Plata, vi morir a muchos de los míos de ese modo. Lo hacían un poquito cada día, no comían, no bebían, no hablaban, sólo dormían o miraban fijo el mismo punto. Muchos murieron así, de tristeza.

—Ya me las ingeniaré para que vayas a verla. Déjame pensar en algo y te lo comunicaré. El señor Blackraven quiere que Elisea case con Ramiro Otárola apenas empiece el período de medio luto. Yo lo convenceré para que desista de ese propósito.

—Quizá sea mejor que Elisea despose a uno de su casta, miss Melody. ¿Qué futuro tendría una joven como ella junto a un negro como yo?

—No me vengas con esa bobada ahora. Tendrías que haberlo pensado antes de enamorar a la pobre muchacha. Será infeliz si desposa a Otárola y se morirá de pena.

—No hay lugar en este mundo para un amor como el nuestro.

—Lo sé, pero no me fastidies con tu pesimismo.

—¿Se lo dirá al amo Roger?

—El señor Blackraven tiene demasiadas preocupaciones para importunarlo con una más. Por el momento, yo me haré cargo de esto. Lo más importante es ayudar a Elisea a recuperar su salud. Después veremos qué hacer.

Por la noche, Servando visitó el campamento de troperos. Saludó a Tomás y a Pablo y se sentó junto a ellos en torno a la hoguera. Comían carne de vaca asada con la mano, el facón como única ayuda. Esperó a que terminaran para anunciarles:

—Me salgo de la revuelta.

—¿Qué dices? —se enfadó Tommy.

—Servando, sólo faltan algunas semanas para el ataque —razonó Pablo—, no puedes dejarnos ahora.

—Me salgo —se empecinó—. Hasta ayer lo más importante para mí era esta rebelión. Pensaba en vengarme y en matar blancos, sólo en eso. Pero hoy... Hoy todo ha cambiado y nada me interesa de la revuelta. Tengo cosas más importantes que atender.

—¿Qué hay más importante que tu libertad? —vociferó Tommy, pero Servando no le contestó.

—Es para usted, don Tomás —dijo en cambio, y le pasó el sobre—. De miss Melody. Ya me voy.

—¡Sí, vete ya, negro flojo! —vociferó Tommy, y le arrancó la carta de la mano.

—Adiós, Servando —saludó Pablo.

—Adiós.

Melody se puso la bata y salió al balcón. El predio del Retiro se hallaba custodiado e iluminado con cientos de teas que ardían durante la noche. Varios hombres armados lo recorrían en los cuatro puntos cardinales. Blackraven le había dicho algo sobre mal entretenidos y ladrones que asolaban la región; de igual manera, el despliegue seguía pareciéndole exagerado.

Creyó escuchar sus botas en el tablado del pasillo y regresó al dormitorio. Lo aguardó con expectación, temiendo que se tratase de Somar que acostumbraba pasearse por la planta alta cuando Blackraven hacía noche en la ciudad. La puerta se abrió y ahí estaba él. Melody corrió a sus brazos.

—¡Volviste! Ya había perdido las esperanzas de verte esta noche.

—Habría sido sensato quedarme en Buenos Aires —admitió él—, pero sólo pensaba en estar contigo. Cabalgué como un demonio hasta aquí.

Se besaron, y Blackraven no se dio cuenta de que la ansiedad lo volvía brusco y demandante.

—Tengo tantos deseos de ti —se justificó, y la cargó hasta la cama.

Melody pensó que quizá tuviese hambre, que podría correr a la cocina y traerle las sobras de la cena, o quizá prepararle un baño y pasarle la esponja para serenarlo. Lo desestimó apenas Blackraven la acostó sobre el colchón y comenzó a desnudarla.

Entonces, la urgencia de él se volvió la de ella. Lo hicieron con rapidez, Blackraven ni siquiera se quitó los pantalones, la acercó al borde de la cama, le levantó las piernas hasta apoyarle las pantorrillas en sus hombros y la penetró.

Tenía tantos problemas y cuestiones que a menudo le quitaban el sueño. Sólo Isaura poseía el talento para hacerlo olvidar, como una especie de narcótico al cual se había vuelto adicto. En caso contrario, después de la reunión con O'Maley, no habría arriesgado su montura y su pellejo galopando en medio de la noche como un loco sólo para probar sus labios y estar dentro de ella.

Más sereno, le permitió que lo alimentara y lo higienizara, mientras le enumeraba las anécdotas del día. En el pasado jamás habría imaginado que llegaría a agradecerle esa apacible vida conyugal, incluso se habría mofado de quienes la exaltaran; por cierto, habría juzgado anormal conformarse con una mujer.

—Hoy fui a visitar a Elisea. Me acompañó Somar —se apresuró a decir.

—Que yo sea el tutor de las hijas de Valdez e Inclán no significa que debas sentirte responsable por ellas —señaló Blackraven—. Sé que Elisea no fue muy amable contigo en el pasado.

—Eso ha cambiado —dijo en modo casual, y enseguida añadió—: La encontré mal, Roger. Su salud está quebrantada al igual que su ánimo. Iré a visitarla con frecuencia.

—Sería inconveniente para ti.

—Por el contrario. Aprovecharé también para vigilar las obras en San José.

—De ninguna manera —se enojó Blackraven—. De eso me encargaré yo.

—Roger, sé que la desaparición de don Alcides te ha echado una carga abrumadora sobre los hombros. Déjame ayudarte con aquello que puedo. Yo me haré cargo de San José. Una demora en las reparaciones nos obligaría a quedarnos durante los meses fríos en el Retiro, y eso sería perjudicial para Jimmy. Por otra parte, ¿qué color de pintura elegirías? ¿Con qué tapizarías las sillas del comedor? ¿Y qué telas usarías para las cortinas? Ésas son cosas de mujeres.

—Te ocuparás de esos detalles si así lo deseas —concedió Blackraven—, pero de ninguna manera entrarás en tratos con alarifes, carpinteros y pintores. Eso está fuera de discusión, Isaura.

Podrás viajar a Buenos Aires, para visitar a Elisea y hacer aquello que te plazca, pero Somar será tu sombra y no harás nada sin él.

—Le pediré ayuda a la señorita Béatrice, ella tiene un gusto exquisito.

—Preferiría que Béatrice no abandonase el Retiro. —Como Melody hizo un gesto inquisidor, Blackraven explicó—: Mientras estés fuera, quiero que ella se quede a cargo de la casa. Traerás al Retiro las muestras de tela y demás, de modo que ella te aconseje.

—¿Podrás prescindir de Babá por unos días en el matadero? Quiero que él me acompañe y me asista.

—¿No te basta con Somar?

—Roger, Somar es tu hombre de confianza, tu amigo. Una cosa es que me cuide

(algo que bien podría hacer yo misma) y otra muy distinta sería usarlo como el muchachito que carga con mis compras.

—Él hará lo que yo le ordene, incluso corretear detrás de ti lleno de paquetes.

—Tú podrás ordenarle lo que te venga en gana, pero yo no lo humillaré.

—Cuando te pones tan belicosa sacas a relucir lo mejor de tu sangre irlandesa. Y eso me excita.

Se arrodilló frente a ella, le abrió la bata y le levantó el camisón hasta las rodillas. Se las acarició y se las besó, mientras Melody seguía parlotando acerca de sus actividades en la ciudad, decía algo sobre Guadalupe Moreno, sobre un hospicio. Su voz y el modo en que movía las manos denotaban su entusiasmo. “¡Con qué poco es feliz!”, se dijo. La miró, simulando que le prestaba atención. En realidad, estaba pensando que ya había alcanzado todo en esta vida.

Al día siguiente, intercambió unas palabras con Somar antes de partir hacia Buenos Aires.

—Isaura quiere que tú y Servando la acompañéis a la ciudad a menudo. Ya sabes, no quites tus ojos de ella. Con Enda Feelham suelta por ahí no puedo estar en paz.

—¿Aún no le dices que sospechas que esa mujer envenenó a sus padres?

—No es una sospecha, Somar, es una certeza. Después de la muerte de Alcides, ¿qué puedo pensar? De todas maneras, aún no se lo menciono a Isaura. Anoche estuve con O'Maley —agregó, sin interrumpirse—. Acaba de volver de Montevideo. Ni rastros de Le Libertin.

—¿Qué piensas hacer?

—Sacar a Marie y a Luis del Río de la Plata. Ha dejado de ser un sitio seguro para ellos.

—Podrías esperar un tiempo, quizás O'Maley y Zorrilla den con Le Libertin.

—Aunque le echase el guante —razonó Blackraven—, jamás sabría si está confesándome la verdad acerca de la identidad de quienes lo contrataron para liquidar a Luis XVII. Tampoco sabría con certeza a quiénes les informó sobre su paradero. No existe otra posibilidad: debo buscar un nuevo escondite.

—¿Qué te detiene? ¿Por qué no zarpas mañana mismo?

—La muerte de Alcides vino a complicarlo todo —se justificó, y de inmediato chasqueó la lengua y movió la cabeza—. A ti puedo confesarte que, en realidad, no me avengo a dejar a Isaura por tanto tiempo. Si el fantasma de Enda Feelham no nos acechase sería más fácil partir. Y tampoco olvides ese impulsivo hermano que tiene, con aires de abolicionista. Temo que la meta en problemas. Justicia no ha logrado convencerlo para que desista de la rebelión. ¡Y pensar que yo puse las armas en manos de esos imprudentes! —se lamentó.

—¿Cómo imaginar que uno de los cabecillas era el hermano de miss Melody? En su momento lo juzgaste oportuno para tus planes y actuaste en consecuencia.

—Sí, sí —dijo Blackraven—, pero ahora desearía quitarle las armas, darle una buena paliza y ponerlo a trabajar.

Tomás Maguire se calzó el sombrero y saltó de la carreta. Pablo lo despidió con esa mueca entre amarga y aniñada que solía poner cuando de Melody se trataba; sabía que iba a encontrarse con ella. Habían pasado casi veinte días desde la mañana en *Bella Esmeralda*, y había jurado no volver a verla después de su matrimonio con el inglés. No iba por Melody sino por Jimmy, que pedía por él a diario, al menos eso rezaba la carta que le entregó Servando el día anterior. A ella no le dirigiría la palabra, ya era demasiado tarde para hacerla entrar en razón; además, parecía ciega, ¿cómo no se daba cuenta de que se había unido a un filibustero de la peor ralea?

Sabas decía que Blackraven andaba en tratos con Álzaga y otros negreros, que frecuentaba a Manuel Belgrano y a los hermanos Rodríguez Peña, que visitaba al virrey en el Fuerte, que tenía influencias en todas partes y que se acostaba con muchas mujeres, incluida la esposa de su socio. Era un hombre de varios mundos, de ésos que quedan bien con Dios y con el diablo. Escupió a un costado y lo insultó.

Pensó en Sabas, en su buen trabajo como informante, y examinó la posibilidad de convocarlo para la revuelta. Después de la defección de Servando, necesitaban un sustituto, y Sabas parecía apropiado. Su adiestramiento debía comenzar cuanto antes y, pese a que jamás igualaría la habilidad de Servando, era mejor que nada. Hablaba con pasión de alcanzar la libertad, al tiempo que albergaba un marcado resentimiento hacia los blancos. Eso bastaría. En rigor de verdad, no podía darse el lujo de ponerse exigente, la revuelta debía llevarse a cabo cuanto antes, por cierto antes de que la Real Audiencia enviara a remate *Bella Esmeralda* por impuestos largamente adeudados. Necesitaba trescientos pesos, lo que pretendía obtener con el asalto a la tienda de Álzaga. Pablo se haría de otro tanto en la Real Compañía de Filipinas, suficiente para poner en marcha la estancia. Le preocupaba que Papá Justicia hablara de posponer la conjura. El viejo quimboto justificaba sus reparos con argumentos sólidos que comenzaban a calar entre los sublevados; sostenía que aún no era tiempo, que los negreros se hallaban inquietos después del ataque al asiento de Sarratea y que habían aumentado la vigilancia. ¿Qué le ocultaba Papá Justicia? ¿De dónde sacaba la información que compartía a medias?

Los vio de lejos, cuando alcanzaban el confín de la propiedad de Blackraven cerca del río. Caminaban despacio por el bien de Jimmy, que lucía agitado y se encorbaba para respirar. Corrió hasta él y lo abrazó con efusión, mintiéndole al decirle que había crecido desde la última vez, que ya pronto alcanzaría su estatura. Melody se mantenía apartada y los contemplaba con una sonrisa.

—Tengo que regresar al campamento —dijo Tommy al cabo, y Jimmy le echó los brazos al cuello.

—¿Por qué tenemos que vivir separados? —se quejó, entre lágrimas.

—Pronto regresaré a *Bella Esmeralda* y tú vendrás conmigo.

—¿Y Melody?

—Ella ya eligió su destino.

—¿Por qué has vuelto? —habló Melody por primera vez—. ¿Por qué no te quedaste en *Bella Esmeralda*?

—Porque, tal como tu esposo dijo, está destruida y necesitamos dinero para volver a levantarla. He venido a buscar dinero.

—Yo podría conseguirte ese dinero.

—Jamás aceptaría el dinero de un pirata inglés.

—No seas necio, Tommy. El dinero de Roger es tan bueno como el de cualquiera si es para salvar *Bella Esmeralda*.

—¿Y traicionar la memoria de mi padre? ¡Jamás! Tú te vendiste como una ramera, yo no.

Melody le dio una bofetada, que enseguida lamentó. Jimmy se echó a llorar.

—¡Eres una perra! No vuelvas a tocarme o te molere a golpes. Tú ya no eres mi hermana, no tienes derechos sobre mí.

—Tommy, perdóname —le suplicó, y trató de asirlo por el brazo, pero él levantó la mano para amenazarla.

—Jamás te perdonaré que te hayas unido a ese inglés. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por dinero? ¿Por esas bonitas ropas que llevas?

—¡Porque lo amo!

—¿Cómo puedes amar a un hombre como ése? Si no es por inglés, deberías despreciarlo por libertino, mujeriego y timador.

—¡El señor Blackraven es bueno!

—Jimmy —dijo Melody, y se arrodilló frente a él—, no te agites, cariño. Vamos, despídete de Tommy. Debemos regresar.

—Sí, el señor Blackraven es *muy* bueno —se mofó Tommy—, tan bueno que anda en tratos con el principal negrero de Buenos Aires, el inescrupuloso de Álzaga.

—¡Eso es mentira! —se enfureció Melody.

—¡Ciega! No ves porque no quieres. Blackraven es inglés hasta los tuétanos y, por un poco más de poder y dinero, vendería a su madre.

Cada noche, mientras Melody se aprestaba para la cama, él tocaba la ocarina. Le gustaba verla trenzarse el cabello, esa costumbre que ella ejecutaba con aire ausente y habilidad, parte de la rutina matrimonial a la que estaba volviéndose tan devoto. Le gustaba el rápido movimiento de sus dedos al atar el final de la trenza y cómo disponía sobre el tocador el cepillo de marfil que él le había regalado. Se notaba que no había poseído “cosas hermosas”, pues las atesoraba como joyas. Daba gusto obsequiarla, sus ojos adquirían el brillo de los de una niña y sus mejillas se arrebolaban mientras abría el paquete. No existían bagatelas, cualquier objeto que él

le entregase valía oro.

En ese rito nocturno, a continuación de la trenza, seguía la loción de madreselvas, que primero frotaba entre sus manos, despidiendo un aroma que llegaba hasta la cama. Después, con el pie en el borde de la silla, retiraba el camisón y se pasaba la crema por las piernas. Sus pechos se sacudían al movimiento de las manos, y hacía un gesto con la boca, como si la preparara para lanzar un beso.

Ese gusto por compartir la habitación y las costumbres de su esposa era una novedad; jamás lo habría permitido con Victoria, que apilaba los vestidos en cualquier parte, regaba el piso con chapines y chanclos y olvidaba sus accesorios debajo de las sábanas; una vez él se pinchó con el alfiler de un prendedor de rubíes. Melody, ya fuese por consideración a la servidumbre o por cuidar sus cosas hermosas, era muy prolija, incluso se ocupaba de sus pantalones y botas cuando se los quitaba por la noche. De igual manera, prolija o no, jamás habría consentido en que durmiesen en cuartos separados; de hecho, la sola idea le parecía insoportable.

Dejó la cama y se aproximó al tocador. Melody había vuelto a sentarse frente al espejo y se contemplaba. Advirtió cierta vacilación en sus labios y una mirada fugaz que encontró la de él y que enseguida evitó. Se acuclilló junto a ella y le rodeó la cintura con las manos.

—Deja que te ponga unas gotas de *frangipani*, quiero que huelas a *frangipani* mientras te hago el amor.

Melody sacó el frasco del estuche y se lo entregó. Blackraven usó la tapa de cristal para ir levantando el camisón y dejar un surco de perfume en su piel. Se tomó del respaldo y del borde del tocador al sentir el frío del cristal entre sus piernas y, con ojos cerrados y labios apretados, se esforzó por resistir la excitación, como si de ese modo lo castigase por tener la fama que tenía. No se le negaría, él no lo toleraba, se creía dueño de su cuerpo, y en cierta forma lo era porque, cuando la tocaba, ella dejaba de ser ella y sólo pensaba en volverse una carne con él. Era consciente de todo, pero no podía actuar para evitarlo. El cristal seguía hurgando entre sus piernas, abriendo sus partes ocultas, dibujándolas, y ella trataba de no sentir; en honor de la verdad, trataba de no mostrar lo que estaba ocurriéndole.

Él conocía el origen de su silencio y de su fingida indiferencia. Somar le había contado acerca del encuentro con Maguire y de que ella y Jimmy habían regresado llorando. Lo molestaba que se expusiera a la estolidez de Maguire, que le permitiera lastimarla cuando él se empeñaba en protegerla, que le consintiera interponerse entre ellos y quebrar la perfecta armonía que habían alcanzado. Lo lastimaba que dudara de él, lo ofendía, lo enfadaba. Ella tenía que comprender que no era posesivo y dominante con cualquiera; ya habían intentado arrebátársela una vez, y allá afuera había gente que les deseaba el mal. Lo fastidiaba que tuviera a menos su preocupación. Si en ese instante no la hubiera deseado de ese modo, se habría

marchado a dormir a otra parte. La deseaba incluso a pesar de la pasividad de ella y de la actividad febril de él, pues era en la complementación de ambas, en la femenina y enervada entrega y en la masculina y enérgica posesión, cuando más se excitaba.

Después de haberla subyugado a fuerza de caricias y besos, se dedicó a contemplarla dormir. Ella no le mencionó la pelea con su hermano ni siquiera cuando se encontró entre sus brazos después del orgasmo; aún agitada, se limitó a acariciarlo y a besarlo, y él, que no apartaba sus ojos de los de ella, pudo leer sus pensamientos llenos de dudas y las preguntas que morían antes de nacer.

Recostó la cabeza sobre la almohada y, muy cerca de los labios de Melody, le pidió, susurrando:

—Isaura, confía en mí. Necesito que confíes en mí.

Esa semana la había visitado tres veces. Miss Melody lo hacía entrar por la puerta principal cuando doña Leo, Marcelina y María Virtudes oían misa de una en San Ignacio; en cuanto a don Diogo, se lo pasaba en la obra de la nueva curtiduría, a las órdenes del amo Roger. La casa de la calle Santiago, con los esclavos ocupados en la parte posterior, era el único testigo de aquellos encuentros que se habrían juzgado inaceptables.

En la primera visita se llevó una mala impresión, en parte a causa de la consunción de Elisea, pero sobre todo por el desprecio con que lo trató; no le permitió tocarla. Se ubicó junto a la cabecera y se quedó callado mientras le observaba el perfil que ella se encaprichaba en mostrar después de haberle exigido con voz apenas audible que se fuera. Pero miss Melody le había hecho señas de que tomara asiento y de que le tuviera paciencia. Y eso hacía él, le tenía paciencia.

Durante el segundo encuentro cruzaron pocas palabras, ella le dijo “gracias” cuando él levantó el pañuelo del suelo y también al descender la cortina para que entrara la luz. Cansado del silencio, Servando empezó a hablar; le contó que ahora ayudaba a miss Melody con las reformas de la casa de la calle de San José, que le gustaba ver cómo trabajaba el tapicero y que tenía ganas de aprender ese oficio; se estaba cansando de achurar. Elisea no pronunció palabra, aunque giró la cabeza para mirarlo.

—A ella le gustaba que yo le leyese —le comentó Servando a Melody.

—¿Tú sabes leer?

—Ella me enseñó.

—Ya veo. Pues bien, su excelencia tiene docenas de libros en su estudio. Ven, acompáñame. Están en esas cajas. Toma el que quieras. Su excelencia no los echará de menos por el momento.

Al verlo entrar en el dormitorio con el libro en la mano, Elisea, de pronto animada, hizo el intento de incorporarse, y Servando corrió a ayudarla. Era la primera vez que la tocaba, y el roce los afectó a los dos. Le leyó los primeros capítulos de *La*

princesa de Babilonia de Voltaire, y, si bien ella cerraba los ojos, no perdía detalle.

—“Todo lo que me dices es cierto —repuso Formosanta— pero, ¿es posible que el más grande de los hombres, y quizá también el más amable, sea el hijo de un pastor?”.

—¿Es posible —musitó Elisea, y se movió para mirarlo— que el más grande de los hombres, y quizá también el más amable, sea un esclavo?

Servando se hincó junto a la cama, le tomó la mano y la mantuvo apretada contra su boca.

—Elisea mía —dijo, con voz quebrada—, ¿aún me amas?

—Sí.

—Vive por mí, entonces.

Se inclinó para besarla, pero ella apartó el rostro.

—No —protestó apenas—, no soy digna, soy pecadora.

Capítulo XXVII

El final de los Carnavales y el comienzo de la Cuaresma marcaban una transformación en la ciudad, que cobraba vida con la vuelta de las familias de sus retiros estivales; se podía decir que, para el miércoles de Ceniza, ya estaban todas en Buenos Aires. En la Recova había más jaleo, más carretas y tenderos, más perros e inmundicias. Desde las primeras horas de la mañana se filtraba por las ventanas el pregón de los lecheritos, diestros jinetes de menos de diez años, quienes, con sus vasijas a modo de alforjas, vendían la leche recogida al amanecer en las quintas vecinas. Unos campanazos anunciaban al aguatero, que, subido a la yunta de los bueyes, guiaba el carro cuya tipa había colmado a orillas del Plata. Los buhoneros, los mendigos, los niños y los perros aportaban al bullicio general, acallado de tanto en tanto por el carillón de las iglesias.

Las señoras se volcaban a las calles otra vez; si vestían de negro indicaba que iban a misa, a menos que estuvieran de luto; para el resto del día, usaban colores vivaces, y jamás llevaban las cabezas descubiertas. Las jornadas se volvían más cortas y los vientos refrescaban. Las chupas y jubones, lo mismo que las mantillas, comenzaban a ser más gruesas o de lana, en tanto que los caballeros desempolvaban sus redingotes y capas de bayetón. La vida social florecía, y no había tarde de la semana que no se asistiera a una tertulia donde mucho se hablaba del último *on dit*, el escandaloso matrimonio del conde de Stoneville con el Ángel Negro. Algunas mujeres se cubrían con sus abanicos para señalar que resultaba improbable que ella hubiese conservado la doncellez hasta el día de la boda.

—¡Imposible! —declaraba Melchora Sarratea—. Imposible viviendo bajo el mismo techo con un don Juan como el conde de Stoneville.

En opinión de la mayoría, Isaura Maguire no sabía proceder como condesa, seguía ocupándose de las plagas y desdichas de los esclavos —hasta planeaba fundar un hospicio—, no vestía de acuerdo con su posición y andaba por la calle secundada por ese sacrílego con turbante y un esclavo alto en lugar del consabido mulequillo; rara vez aceptaba invitaciones y no había fijado un día para recibir en el Retiro. Casilda Igarzábal, la mujer de Nicolás Rodríguez Peña, salía en su defensa.

—La señora condesa espera a que las obras de la casa de San José terminen para invitarnos a departir con ella. Así se lo dijo su excelencia a mi Nicolás, que es su gran amigo.

Aunque en un principio se había tratado de una excusa, ocuparse de la remodelación llegó a cautivar el interés de Melody. Le gustaba ver cómo el orden le ganaba al caos y la belleza a la decrepitud. Los operarios jamás le dirigían la palabra, incluso bajaban la vista si la veían aparecer. Melody se movía entre andamios y escombros, con Somar y Servando por detrás, atenta a los pormenores, anotando

dudas y observaciones que discutiría con Blackraven después de la cena. A lo largo de esos días en San José había caído en la cuenta de que ésa sería su casa, la que compartiría con Roger y con los hijos que tuvieran. Un sentido de posesión ajeno a su temperamento la volvió exigente y detallista. Así se lo comentó a Blackraven una noche y pocas veces lo vio tan feliz.

—Ésa no es la única casa donde serás ama y señora —le informó, y pasó a enumerarlas, las haciendas de Antigua y de Ceilán, la mansión en Cornwall y la de Londres. También le habló de sus apartamentos en París y de la casa en Cerdeña.

Guadalupe Moreno era su gran amiga. Muchas veces la acompañaba a comprar géneros, a visitar al tapicero, al ebanista o al pintor, a quien, además de varias aguafuertes y óleos, le encargó una miniatura con su retrato para Blackraven; el joyero de confianza de Lupe lo convertiría en un guardapelo con engaste de oro.

Hablaban a menudo del hospicio para esclavos y analizaban dónde deberían ubicarlo. Visitaron una propiedad de Marica Thompson cerca de la Plaza de Toros llamada *Los Olivos*, en venta desde hacía algún tiempo y que, por su estado ruinoso, espantaba a los compradores. A Guadalupe le parecía conveniente por su bajo precio y a Melody la entusiasmaba remodelarla. A quién pedirían el dinero para comprarla y arreglarla seguía siendo tema de debate.

La mejoría de Elisea era motivo de dicha para Melody. En un principio de la convalecencia se mareaba al dejar la cama; días más tarde se mostró estable y prefirió la mecedora frente a la ventana.

Cuando el doctor O’Gorman le aseguró que, salvo una recaída, el peligro de perderla había pasado, Melody deseó correr para contárselo a Servando.

—Con prudencia, aprovechando el sol de la siesta —prescribió O’Gorman—, sería conveniente que Elisea fuera a la Alameda a diario.

Melody se ocupaba de llevarla los días que visitaba la ciudad. Servando extendía una sábana sobre la gramilla donde Melody ayudaba a Elisea a acomodarse. Pasaban una hora, a veces un poco más, bebiendo aguamiel y escuchando la lectura de Servando, que en los últimos tiempos se había aficionado a algunas obras de Shakespeare. Eran momentos muy agradables para los tres, con el río frente a ellos y el susurro de las hojas sobre sus cabezas. Elisea a veces ni pestañeaba, se quedaba inmóvil, y a Melody le daba por pensar que, por alguna razón secreta, la joven tenía el alma quebrada; se había dejado curar por el amor y la compañía de Servando, pero algo profundo seguía enfermo. Cansada de conjeturar, Melody dirigía la mirada al río, trataba de olvidar sus problemas y pensaba en Roger.

Lo necesitaba; podía pasar el día sin él, pero a la noche lo quería a su lado. Él estaba lleno de defectos, era posesivo, ¿cuántas veces le había recordado que ella le pertenecía? A veces tenía la impresión de que la amenazaba. Aunque se mostraba renuente a hablar de sí mismo, le exigía detalles pormenorizados de sus actividades,

las que corroboraría más tarde con Somar y Servando. Era celoso e intransigente, como la tarde en que la encontró hablando en la sala de los Valdez e Inclán con Covarrubias, apenas llegado de Montevideo. De igual modo, guardaba un lado suave, casi parecía un niño grande, y a veces la sorprendía pidiéndole con una mirada: “Ámame”. En ocasiones, después de hacer el amor, lo sentía vulnerable; se trataba de una fugaz percepción, y a ella le daban ganas de preguntarle: “¿Nadie te ha amado antes, amor mío?”, pero siempre callaba. Blackraven había sufrido, no lo dudaba. El dolor lo había asustado, enseñándole a ser cínico y frío, de ahí la coraza con que se protegía.

Los días que no iba a la ciudad, Melody atendía la educación de los niños —para ese entonces por completo en manos del señor Désoite—, organizaba las tareas del servicio doméstico, pasaba tiempo con Miora diseñando su vestuario o la confección de las cortinas para San José, montaba a Fuoco, se ocupaba de los esclavos y se dedicaba a responder las invitaciones que llegaban a diario. Le gustaba acompañar a la señorita Béatrice mientras trabajaba en el jardín. Le parecía que si la observaba y la imitaba terminaría por adquirir ese aire de nobleza del que ella carecía. En ocasiones la llenaba de preguntas acerca de lo que se esperaba de una duquesa, otras, mientras Béatrice aireaba la tierra de los malvones o quitaba la maleza, le ponía delante de los ojos las muestras de damasco de seda para los canapés o el terciopelo para las cortinas, y esperaba el veredicto.

La señorita Béatrice abandonaba el puesto de anfitriona de un modo sutil y natural, ya no se mostraba ni meticulosa ni exigente, como si los aspectos domésticos hubieran dejado de interesarle. Un cambio se operaba en su disposición; hablaba menos, se expresaba en voz muy baja y sólo parecía encontrar solaz en su jardín y en largas conversaciones con el señor Désoite. No se mencionaba a Traver desde su intempestivo viaje a Europa, y Melody se refrenaba de preguntar si el comerciante escocés volvería para desposarla.

Las visitas de madame Odile al Retiro una vez a la semana se habían vuelto parte de la rutina. Solían ocupar la sala privada de Melody, la habitación que Blackraven había destinado para ella, con una puertaventana al pórtico desde donde se veía el parque. Tomaban el té y conversaban, y no había tema que Melody se avergonzara de abordar con madame. Ahí radicaba la gran diferencia con Guadalupe Moreno, porque a veces, por pudor o por miedo a escandalizarla, no aludía a ciertos temas. Con madame Odile, Melody se convertía en un ser transparente y libre. A veces se daba cuenta de que actuaba de manera distinta de acuerdo con la persona con quien se relacionara, para algunos ejecutaba el papel de “señora condesa”, para otros se volvía el Ángel Negro y con los de la casa era miss Melody. Sabía que, en función del ámbito, debía desempeñarse con mayor o menor dosis de protocolo; en rigor, lo que la fastidiaba era descubrir que últimamente buscaba agradar. Del mismo modo en que

trataba de complacer a los amigos de Blackraven y demostrarles que llegaría a ser una gran duquesa, buscaba el beneplácito de los esclavos, convenciéndolos de que a ella un título nobiliario la tenía sin cuidado.

—Madame, ¿por qué no puedo experimentar esta libertad que siento junto a usted con Roger? Hay cosas que a él le oculto, y me siento mal por ello, pero no puedo evitarlo.

—Porque lo amas demasiado y temes perderlo. Sabes que a mí nunca me enfadaré lo que me digas, nunca me perderás, pues entre nosotras existe amistad, nada de pasiones ni arrebatos como los de tu relación con él. La pasión es la sal del amor, aunque también puede convertirse en su ruina.

Una tarde a fines de marzo, madame llegó al Retiro bastante inquieta. Saludó a Melody y enseguida le dijo:

—Tengo que tirarte las cartas —y sacó la baraja—. Mézclalas y corta con la izquierda.

Melody no necesitó que le indicara cómo acomodarlas; sin darlas vuelta, ubicó una en posición horizontal y seis en posición vertical.

—Ahora separa una carta más —apuntó Odile— y ponía a continuación de las otras seis, aunque más apartada. Ésa será la respuesta a los problemas.

La carta horizontal era el arcano cero, “el loco”. Madame le recordó que significaba insensatez e imprudencia.

—Es el tipo de persona —explicó— que cobra experiencia a golpes, a fuerza de disgustos. Suelen traer problemas a quienes los rodean y a sí mismos.

—Me hace pensar en mi hermano Tommy —admitió Melody.

La primera de las verticales era “la sacerdotisa”, misteriosa y secreta. Con ella nada se movía en la superficie sino en la oscuridad. Asimismo presagiaba cambios importantes.

—De seguro se concretarán durante la próxima luna —profetizó Odile—. Vamos, da vuelta esta carta. ¡Oh, la emperatriz!

—¿Qué significa? —se inquietó Melody.

—Es sobre todo el arcano del verdadero amor, el que produce frutos. —Le puso la mano sobre el vientre, y Melody negó con la cabeza.

Le siguieron “los amantes”, aunque en este caso madame dijo que los llamaría “los rivales” en cuanto simbolizaban la ruptura. “La rueda de la fortuna” hablaba de los cambios, del paso de la felicidad a la tristeza, de la abundancia a la pobreza.

—Anuncia un cambio que implica elección.

Apareció “el diablo”, la malicia, las pasiones perversas, la tentación de utilizar malas artes para conseguir un provecho, y después le siguió “la torre”, la carta de peor augurio entre los veintidós arcanos, ya que representaba a la desgracia que se mostraría de manera imprevista.

—Antes de dar vuelta la carta que apartaste al final, repasemos qué tenemos aquí. Sin duda se avecina un cambio, algo que de pronto alterará tu vida. Habrá dudas, recelos, misterios, y estarás compelida a hacer una elección. Por un lado, hay insensatez e imprudencia, también veo maldad, mucha maldad, y no sé si provienen de la misma fuente, aunque sí puedo decirte que actúan en conjunto para promover el cambio al que me refiero.

Melody dio vuelta la última carta con miedo. Era el cuarto arcano, el Emperador.

—Bien —pronunció Odile, y soltó un suspiro—, sin duda, él es tu destino, la respuesta a todas tus preguntas.

Martín de Álzaga tenía como hábito concurrir al café de los Catalanes después de misa los domingos. Esa costumbre la compartía con sus amigos más íntimos, Sarratea, Basavilbaso y Santa Coloma, a veces los secundaban Larrea y Manuel de Anchorena. Acabada la misa, se encontraban en el atrio de San Ignacio, departían con sus conocidos y marchaban cuando el sitio empezaba a despejarse.

Ese día, Sarratea se inclinó sobre el oído de su tocayo y le comentó:

—Ahí fuera está ese negro, el que llaman Sabas, el que pertenecía a Valdez e Inclán.

—A Blackraven querrás decir —manifestó Álzaga, y Sarratea, con labios sesgados, asintió.

—Hace rato que nos mira por el vidrio.

—Lo vi en el atrio, detrás de la reja. Nos buscaba con la mirada. Yo me hice el sonso.

—No olvides —lo instó Sarratea— que él nos vendió la información acerca del ataque que sufrió mi asiento negrero a principios de año.

—No le creíste.

—Es cierto. A pesar de eso, apresté unos guardias.

—Con todo, te costó unos cuantos reales en mercadería quemada.

—Ochocientos pesos, eso me costó. ¡Ni me lo recuerdes! —Sarratea bebió de un trago lo que le quedaba en el vaso y se preguntó—: ¿Tendrá algo para decirnos ese negro?

—Después del ataque a tu compañía —manifestó Álzaga—, estuve haciendo averiguaciones acerca de él. Es un esclavo sin oficio ni beneficio. Goza de ciertas prerrogativas en casa de Valdez e Inclán como hijo de la esclava favorita de doña Bernabela. Ahora que ella se recluyó en un convento, imagino que la situación habrá cambiado. Como no tiene nada que hacer, se lo pasa recorriendo la ciudad, conoce el Tambor y el Mondongo como la palma de su mano, se da con los troperos y pertenece a la Cofradía de San Baltasar. Sabe vida, obra y milagros de todos. Hace tiempo que medito lo ventajoso que sería contar con un espía como este Sabas.

Álzaga estiró su bastón y golpeó la pantorrilla desnuda de un muchachito de

plantón cerca de su silla.

—Mande, amo Martín.

—Remigio, ve a ver qué quiere ese negro ahí fuera.

El encargo sólo le tomó algunos segundos.

—Sabas pregunta si vuestra mercé es tan amable para dispensarle unos minutos. Él dice que le quiere decir algo importante a su gracia.

—Ve y dile que lo veré en una hora, en mi tienda.

Sabas caminó desde la esquina del café por la calle de la Santísima Trinidad, a la que algunos llamaban de la Compañía, hasta la Plaza Mayor; cerca de allí se encontraba la tienda de abarrotes de Álzaga. Lo esperó enfrente, sentado a la puerta de una pulpería, buscando pasar inadvertido. Había varios parroquianos bebiendo caña y jugando a los naipes. Alguien rasgueaba las cuerdas de una guitarra y cantaba un yaraví, que se mezclaba con el pregón de dos indios pampas que exponían pieles de jaguar, ponchos de lana y plumeros de avestruz.

Sabas dejó pasar algunos minutos después de que Álzaga entrase en la tienda, y dio varios rodeos para acercarse a la puerta y llamar. Le abrió Remigio, el mulecón, y le dijo que el amo Martín lo recibiría en su despacho.

—Aseguras tener algo importante para decirme —apuntó Álzaga.

—Así es, mercé. Muy importante.

—Habla pues. —Como Sabas no lo hizo, Álzaga lo instó—: ¿Qué pasa? ¿Por qué no hablas?

—Es muy importante.

—Eso ya lo dijiste.

—Tan importante que vuestra mercé me estará muy agradecido.

—¿Cuánto pides?

—Cuatrocientos pesos.

Álzaga se puso de pie de un salto.

—¡Negro soez e impertinente! ¿Qué puedes saber tú que valga tanto? Vamos, fuera de aquí antes de que te haga arrestar por estafador.

Sabas lo contempló con aplomo, y Álzaga le devolvió una mirada atónita, sorprendido de la sangre fría del negro.

—Admito que tienes cojones para venir hasta mí, sostenerme la mirada y pedirme plata a cuenta. —El negro seguía callado, con una mueca idiota—. Dime lo que viniste a decirme y yo juzgaré si la información vale algo.

—Hay quienes traman una conjura en vuestra contra, mercé. Y también en contra del señor Sarratea y del señor Basavilbaso. Los atacarán a los tres el mismo día, a la misma hora.

—¿Quiénes? —Sabas hizo silencio—. ¿Cuándo? —se exasperó Álzaga.

—Todavía no lo sé, pero lo sabré pronto, eso es si vuestra mercé aún está

interesado en que lo averigüe.

El vasco decidió que, una vez que el negro obtuviese la información, lo torturaría hasta quitársela por nada. Contaba con expertos que lo harían hablar en minutos. Ya lo había hecho en el 95, en oportunidad de la llamada “conspiración de los franceses”, cuando mandó triturar los huesos y lacerar la carne del mestizo José Díaz porque no quería soltar prenda.

—Sí, me interesa que lo averigües. Apenas lo sepas, vuelve aquí y te daré lo que pides.

—A vuestra mercé también le interesará saber —agregó el esclavo con flema— que conozco a la señora Amelia Cámara y a su hijo, el niño Martín.

—Negro maldito —masculló, descarnado de ira.

—Descuide, mercé. Esta boca está sellada. Aunque si algo llegase a ocurrirme, lo que fuere, por ejemplo, desaparecer el día en que vengo a traerle la información, entonces habrá alguien que irá donde su esposa, doña Magdalena, y le contará acerca de sus visitas a la casa de esa señora. También le dirá lo parecido que es el niño Martín a usted, mercé. —La mueca de ingenuidad se desvaneció de su rostro cuando dijo—: Yo soy negro, no idiota. Ahora debo irme, si vuestra mercé así lo dispone. Regresaré en unos días.

Sabas ya había abandonado el despacho, y Álzaga seguía con la vista fija en la puerta.

Traspuso el portón del Retiro a lomo de Black Jack y se aseguró de que los guardias estuvieran en sus puestos. Cerca del jardín, bajo un gran tilo, Béatrice y Luis tomaban el té, en tanto, a palmos de allí, Melody y los niños saltaban la soga. Víctor y Melody la movían, y Angelita saltaba; Jimmy y Sansón los observaban desde el césped. Blackraven pensó que sólo Melody conseguía que una niña de luto saltara, riera y cantara la tonadilla que acompañaba al juego. Entregó su montura a un palafrenero y se acercó a la mesa.

—Pensamos que sería una buena idea tomar el té en el jardín —explicó Béatrice—, como solíamos hacer en Versalles, ¿recuerdas? —Blackraven asintió—. Pronto comenzará a oscurecer temprano y ya no será conveniente hacerlo. Ven, querido, siéntate. Te serviré café.

—Iré a asearme y regresaré de inmediato.

De nuevo en el jardín, descubrió que los niños se habían sentado a la mesa y comían los pasteles y dulces de la negra Siloé.

—Buenas tardes —saludó, y se acomodó junto a Melody.

—¡Qué alegría que hayas regresado tan temprano! —le susurró ella, a quien todavía le saltaba el corazón al verlo aparecer.

El buen ánimo siguió durante la cena. Désoite mencionó a Mariano Moreno y su traducción de *Du contrat social*, y Blackraven, por su parte, comentó que había

estado con Manuel Belgrano, aún interesado en la reapertura de la escuela de dibujo. También hablaron acerca de Guadalupe Moreno y su idea del hospicio, de Elisea y su mejoría, y de las obras de San José.

Por un instante, Blackraven tomó distancia de aquella escena, y un negro pensamiento empañó su dicha. La armonía acabaría pronto, cuando él se llevase lejos a Marie y a Luis, y dejara a Isaura por mucho tiempo. Esa mesa, llena de gente, de voces y risas, componía la imagen de lo que había codiciado de niño, vivir rodeado de personas que lo amaran.

Más tarde, en el dormitorio, Melody se acomodó sobre sus piernas y le dio un masaje en la espalda con un aceite de Trinaghanta. Él estaba relajado, casi dormido, cuando percibió la respiración de ella en el cuello, y sus labios después, y la punta de su lengua sobre el contorno de la oreja. Nunca pensó que lo haría tan dichoso que Melody tomara la iniciativa, y permaneció quieto y en silencio para dejarla actuar. Escuchó que se quitaba la bata y el camión, y lanzó un resuello al darse cuenta de que frotaba los pezones contra su espalda. Tembló cuando Melody metió las manos entre él y el colchón para desatarle los calzones y bajárselos. Le besó el trasero, se lo mordió y le abrió las piernas para lamerle los testículos. Podía imaginársela, desnuda a horcajadas de él, inclinada sobre su espalda, el cabello suelto, los pezones oscurecidos de excitación y el vientre palpitante. Se dio vuelta y, en un acto rápido, la colocó debajo.

—Qué agradable sorpresa, cariño.

—Me has convertido en una lujuriosa. He pensado en esto todo el día.

—No sabes lo feliz que me hace saberlo —repuso él.

Un ceño le cambió la expresión.

—¿Qué ocurre?

Blackraven le hizo ademán de que callara y se incorporó a medias sobre ella. Melody no distinguía ningún sonido aparte del de los insectos y el croar de los sapos anunciando lluvia, hasta que escuchó que alguien rasguñaba la puerta.

—¿Qué es eso? —se asustó.

—Sansón. Quiere entrar. Algo lo inquieta.

—Al igual que a ti.

Blackraven dejó entrar al terranova, que fue directo a la contraventana donde comenzó a ladrar con los pelos del lomo erizados.

—¿Qué hay, muchacho? —le preguntó, mientras se vestía.

Se escuchó un disparo y los guardias comenzaron a vociferar.

—¡Roger! —se espantó Melody.

—Tranquila, debe de tratarse de algún ladronzuelo. Ya vuelvo. Quédate aquí y no salgas para nada, ¿está claro?

Lo vio tomar un arma de fuego de la caja que siempre permanecía con llave y asir

su estoque. Abandonó la habitación con Sansón por detrás sin volver a hablarle, dejándola angustiada. Se puso el camisón y la bata y se calzó con los chapines de satén. Apagó las bujías y descorrió el cortinado. Abajo se percibía una gran agitación, y Melody dedujo que los guardias corrían de un sector del parque a otro por las teas, que iban y venían. La ansiedad la llevó a abrir la contraventana y salir al balcón. Entró casi de inmediato pues creyó escuchar el llanto de Víctor.

Todo estaba tranquilo; de hecho, Víctor dormía plácidamente, al igual que Jimmy y Angelita. A excepción de Blackraven y de ella, nadie notaba el alboroto que tenía lugar fuera. Volvió a la habitación sin saber qué hacer. Encendió las velas y caminó en círculos, estrujándose las manos, repitiendo: “¡Dios mío, protéjelo!”. Volvió a la contraventana y, al apartar la cortina, se topó con William Traver. Soltó un alarido y se movió varios pasos hacia atrás.

—¡Señor Traver, casi me mata del susto!

—Lo lamento, miss Melody. Iba a abandonar su recámara cuando la escuché entrar.

—Descuide.

Enseguida comprendió que aquello era muy irregular, en cierta forma, absurdo. Ese corto intercambio de palabras la hizo sentir ridícula.

—¿Qué hace aquí? —se atrevió a formular.

—¿Dónde está la habitación del señor Désoite? —y caminó en dirección a ella.

Se quedó muda, más por el modo empleado que por la pregunta. Definitivamente, algo andaba muy mal. Se escucharon corridas en el pasillo, y las voces de Blackraven y Somar confundidas con los ladridos de Sansón. Melody volteó para huir, pero Traver se echó sobre ella y la sujetó por el cuello.

—Quédese quieta o le enterraré la daga entre las costillas.

Se abrió la puerta, y Blackraven quedó estupefacto en el umbral. Somar guardó su sitio detrás él; Sansón, en cambio, se precipitó dentro, mostrando los colmillos.

—¡Ordénele a esa bestia que se retire o la mataré!

—¡Sansón, ven aquí! ¡Ahora!

El perro volvió junto a su amo, que lo tomó por el collar.

—Suéltela. Le daré lo que pida, pero déjela libre.

—Me aferró a ella como a una tabla en medio del océano —advirtió Le Libertin—. Ella es mi salvoconducto para obtener lo que he venido a buscar. Su excelencia podría empezar por arrojar el arma que trae y deshacerse de ese bastón.

Blackraven se quitó la pistola de la cintura y, al igual que al estoque, la colocó en el suelo. Aparecieron Víctor y Jimmy, descalzos y soñolientos, seguidos por Béatrice y Luis, que entendieron de inmediato la gravedad de la situación.

—Vamos, niños —dijo Béatrice, con un aplomo que admiró a Blackraven—. Debéis regresar a la cama. Ésta es una reunión de mayores. Nada tenéis que hacer

aquí.

La vocecilla de Víctor y la de Béatrice fueron perdiéndose hasta desvanecerse, sumiendo a la habitación en un mutismo cargado de tensión.

—Déjela ir —insistió Blackraven—. Pídame lo que quiera.

—Haremos un cambio: miss Melody por el señor Désoite.

Luis avanzó hacia Le Libertin y, al pasar junto a Blackraven, éste lo detuvo y le ordenó en francés que se quedara donde estaba.

—¿Quién lo envía por él?

—No está en posición de hacer preguntas, excelencia.

—Dígame cuánto le han ofrecido. Doblaré esa cantidad. ¡La triplicaré!

Sansón se agitó y ladró de nuevo; sólo el vigor de Blackraven le impedía lanzarse sobre el espía.

—No haré negocios con usted, excelencia —aclaró Le Libertin—. No confío en su palabra. Entrégume a Désoite y le devolveré a la muchacha sana y salva. ¡Haga callar a ese perro! —se enfureció.

Blackraven hizo caso omiso y siguió hablando, aportando más bullicio en un intento por amortiguar el chirrido de la contraventana que se entornaba para dar paso a Shackle. El marinero se deslizó detrás de Le Libertin y lo acuchilló por la espalda. Melody sintió que el brazo de Traver se ajustaba en torno a su cuello y que el cuchillo le lastimaba el costado; un instante después, algo se desplomó detrás con un quejido. Estaba libre. Blackraven la sostuvo cuando las piernas le fallaron.

—¡Sacad el cadáver de aquí! ¡Sacadlo ahora mismo! Somar, que los demás requisen la propiedad. No sabemos si contaba con un cómplice. Ven, cariño —y la condujo a la cama.

Béatrice regresó al dormitorio cuando Shackle y Somar cargaban el cuerpo. No sabía qué sentir. Lo vio pasar entre espantada e impávida. Durante todo ese tiempo su corazón se había negado a la teoría de Blackraven y, en contra de toda lógica, creyó en la inocencia del hombre al que se había entregado. Los hechos cayeron sobre ella con contundencia y le demostraron que, una vez más, Blackraven no se equivocaba, William Traver no era tal sino Le Libertin, un sicario contratado por alguno de sus incontables enemigos. Al comenzar a vislumbrar las derivaciones de lo acontecido, echó la cabeza hacia delante y cerró los ojos, superada por el dolor.

—¿Estás bien? —le preguntó Luis Carlos.

—Sí, bien. ¿Cómo está miss Melody?

—Algo turbada.

—Iré por Trinaghanta —se ofreció Béatrice.

—Sí —habló Roger—, ve por ella. —A Luis le indicó—: Por favor, convoque a mis hombres. En un momento los alcanzo en mi despacho.

Blackraven no se apartó de Melody hasta verla más tranquila después de sorber el

jarabe de adormidera que le dio Trinaghanta.

—Roger, no te vayas —le suplicó cuando él se inclinó para besarla en la frente—. Dime qué ocurrió aquí esta noche. Todo es tan confuso.

—Hablaemos después. Ahora descansa. Trinaghanta se quedará contigo hasta que yo regrese.

En su despacho, Blackraven se enfureció con sus hombres.

—¿Qué clase de guardia montabais que Traver llegó hasta mi dormitorio en la planta alta? ¡Mi esposa podría haber muerto a manos de ese miserable!

Se dieron muchas explicaciones y se conjeturó por un largo rato. Blackraven levantó una mano y los mandó callar.

—Mañana mismo nos mudaremos a la ciudad. Allí la vigilancia será más acotada y, por ende, más segura. Vamos, marchad a preparar todo.

Capítulo XXVIII

Al principio no resultó fácil acomodarse en una casa donde quedaban varias habitaciones por refaccionar, con alarifes, escayolistas y carpinteros que invadían incluso las zonas terminadas, con andamios de dudosa estabilidad, latones con pintura y argamasa que obstruían los pasillos y entradas, y montículos de escombros y maderas que volvían más caótica la escena. Las plantas del patio principal, cubiertas de una capa blanquecina, estaban muriendo, y Gilberta no daba abasto para lavarlas y resucitarlas. El polvillo avanzaba como una neblina y lo cubría todo, reseca la piel y los labios, y a Jimmy le dificultaba la respiración, por lo que vivía confinado en una sala de la parte delantera donde la rendija de la puerta se cubría con un trapo húmedo.

A pesar de esos inconvenientes, Melody estaba feliz, ésa era su casa, donde, por primera vez en muchos años, se sentía la dueña. Los días pasaban, y la anarquía que parecía imposible de manejar iba dando paso a un orden incipiente con olor a pintura y a madera. Al final de cada jornada la emocionaba compartir las novedades con Blackraven, las sillas recién tapizadas, los pisos de roble nuevos, las cortinas de terciopelo, los óleos y aguafuertes o el género con que cubrirían las paredes. Había sido una audaz idea de la señorita Béatrice forrar la sala principal con brocado de seda color dorado, que irradiaba luz al efecto de cientos de bujías, algunas dispuestas en dos imponentes arañas de cristal, las demás en candelabros de pared.

Después de la tertulia de inauguración, Marica Sánchez de Thompson manifestó que había conocido el salón más fulgente del virreinato y que había tenido que hacerse sombra con el abanico para no terminar encandilada; Melchora Sarratea apuntó, por su lado, que resultaba un “escandaloso exceso” durante la Cuaresma.

Como había vuelto la costumbre del Ángel Negro de entrevistarse con los esclavos a la hora de la siesta, la parte trasera de San José se convertía en una cofradía en domingo. A veces no pedían sino que agradecían, y así la casa se llenó de aves de corral, cabritos, cerditos, huevos, marmitas con estofado de mondongo, frascos *con* dulce, confituras y conservas, utensilios de asta o madera, piezas de telar o largos collares de cuentas de vidrio o cerámica, y, pese a saber que para esas gentes se trataba de un gran sacrificio desprenderse de sus cosas, Melody las aceptaba pues Papá Justicia le había explicado que el rechazo se habría considerado un insulto. De algún modo, aquellos presentes volvían a ellos, los pobres, ya que los donaba al padre Mauro para su orfanato, a excepción de una cabrita a la cual Jimmy se aficionó. La llamó Goaty, por cabrita en inglés. Los esclavos lo pronunciaban Goti, y ese nombre le quedó.

A veces añoraba el Retiro, su soledad y lejanía, al río y a las lavanderas, a los esclavos, incluso al matrimonio Bustillo, sus cabalgatas por la mañana y la cama donde Blackraven le había hecho el amor por primera vez. Ella había cambiado para

siempre en aquel lugar, y cada una de sus habitaciones encerraba algún secreto que atesoraría la vida entera. De igual modo, admitía que la vuelta a la ciudad comprendía ciertas ventajas, por ejemplo, contar con un médico a mano en caso de una crisis de Jimmy o de Víctor —éstas ya casi habían desaparecido—; visitar a Elisea y llevarla a la Alameda todos los días; supervisar los trabajos de la casa y los encargos a tapiceros, ebanistas, modistas y demás oficios; caminar pocas cuadras y encontrar una respetable variedad de tiendas; y ver casi a diario a su amiga Guadalupe Moreno y a su hijo Marianito.

Blackraven la contemplaba presidiendo su mesa, y se colmaba de orgullo y adoración. Ella no había cambiado de modo significativo, todavía usaba el cabello en un rodete y prendas sencillas. Le gustaba aparecer en las tertulias con Isaura del brazo y causar honda impresión en los porteños, ella tan diáfana e inocente, él tan oscuro y enigmático.

Desde que llevaba la miniatura de Isaura en el bolsillo del chaleco, la contemplaba varias veces por día. El artista había sabido capturar la esencia de su esposa, el aire angelical que se manifestaba en la tonalidad de las mejillas y en los lineamientos suaves y redondeados, y también su determinación y valentía, reflejadas en la mirada inteligente y vivaz. El engarce era pobre, pero bastaba.

—Es un guardapelo —le había explicado ella, al tiempo que lo abría—. ¿Quieres que te dé un mechón de mi cabello? —y se rió cuando él le separó las piernas y le cortó un rizo del pubis.

El paso del tiempo se volvía una tortura y marcaba la proximidad con el momento en que debería abandonar Buenos Aires. No sabía cómo sería vivir sin Isaura y le temía a la añoranza. Otras secuelas tendría este viaje, entre ellas el aplazamiento de la organización de las fuerzas independentistas. Según las últimas conversaciones con Belgrano y sus camaradas, Blackraven se había propuesto destituir al virrey y reemplazarlo por un gobierno de criollos antes de fines de ese año; las condiciones eran propicias y lamentaba no poder aprovecharlas.

La revuelta de esclavos le quitaba el sueño, y no quería marcharse sin finiquitar ese asunto. En un principio se llevaría a cabo en Viernes Santo; después Maguire decidió adelantarla, pero el tiempo se acercaba y nada ocurría. Papá Justicia aseguraba que los confabulados todavía no tomaban una decisión. “¡Menudos líderes!”, pensaba, furioso. “Siquiera fueran capaces de fijar una fecha”.

También le preocupaba el destino de sus primos y se preguntaba dónde esconderlos. Antigua, Ceilán y Londres, tan vinculados a él, estaban prohibidos. Italia parecía el destino más lógico, aunque tampoco lo satisfacía. Al no conocer el rostro de su enemigo, el mundo entero se volvía un lugar inseguro.

Una tarde, el amo Roger lo convocó a la biblioteca. Se quitó el pañuelo de la cabeza antes de entrar. Enseguida vio que Somar también se hallaba presente, de pie

en un extremo de la habitación.

—Pasa, Babá. —El amo Roger lo llamaba por su nombre sólo en privado.

—Mande, amo Roger.

—¿Sientes gran afecto por tu señora, verdad? —El esclavo dijo que sí—. ¿Por qué?

—Porque miss... Porque la señora condesa me respeta. Ella dice que yo soy un buen hombre.

—Tu señora me ha pedido que te saque del matadero, no quiere que seas achurador. Desea que aprendas el oficio de tapicero. ¿Está eso bien contigo?

—Muy bien, amo Roger.

—Deberás enseñarle a otro esclavo tu oficio de achurador para que pueda reemplazarte en el matadero. Elegirás a quien tú desees y me lo comunicarás. Lo volverás tan bueno como tú, ¿he sido claro?

—Sí, amo Roger.

—Entiendo que eres un hombre inteligente, Babá. Sé que has estado leyendo mis libros —y apuntó a la biblioteca.

A Blackraven le gustó que guardara silencio y que no se justificara diciendo que la señora condesa lo había autorizado. Ésa era una verdadera prueba de afecto, pues prefería cargar con un castigo a comprometerla.

—Lo siento, amo Roger.

—Está bien. No tengo problema con que tomes cualquiera de mis libros siempre que lo devuelvas al mismo sitio.

—Gracias, amo Roger.

—Lo que te diga a continuación no podrás repetírselo ni al mismísimo Dios. Si lo hicieras, pagarías con tu vida, ¿me has entendido? —El esclavo asintió—. Pronto dejaré Buenos Aires por algunos meses, y la señora condesa no vendrá conmigo. Somar será el responsable de su seguridad, y tú estarás a sus órdenes. Lo obedecerás como si de mí se tratase y jamás cuestionarás lo que él te diga.

—Sí, amo Roger.

—Ahora Somar te llevará a un sitio del cual nunca podrás hablar. En caso de que la señora condesa o los niños corriesen peligro y Somar, por alguna razón, no estuviese para socorrerlos, tú los llevarás a ese refugio donde permanecerán hasta que yo en persona vaya a buscarlos. Allí encontrarán lo necesario para vivir una larga temporada. Asimismo, si esta situación llegara a presentarse, acudirás a un hombre que es de mi entera confianza y le referirás lo ocurrido. Antes de hablar con él, le darás una contraseña, ¿sabes lo que es una contraseña?

—Sí, amo Roger —Bien. Entonces, luego de la contraseña, le refieres lo sucedido. Él se pondrá en contacto conmigo.

Le extendió un papel que rezaba: *Eddie O'Maley, calle de la Concepción n° 78.*

Contraseña: “El rey hizo destruir el quemadero de Ben-Hinnon”.

Respuesta: “Para que nadie sacrificara más a sus hijos en honor a Moloc”.

Blackraven le quitó el papel y, mientras lo quemaba con un yesquero, le exigió que dijera en voz alta lo que había leído.

—De tanto en tanto, Somar te pedirá que lo repitas para comprobar que no lo has olvidado. Ahora ve con Somar. Él te mostrará el sitio del que te he hablado. — Blackraven lo detuvo antes de que saliera—: Babá, si me prestases un buen servicio y me guardases absoluta fidelidad, en tres años contando desde hoy, te haré un hombre libre.

Se dirigían al Retiro por la calle Larga. Somar montaba en silencio a su lado. Se había acostumbrado a ese hombre excéntrico, que vestía como loco y que daba miedo. A pesar de su traza de demonio, se decía que era bueno, pues nadie podía acusarlo de haber lastimado o castigado a algún esclavo. Se murmuraba que estaba enamorado de Miora, Siloé lo había sorprendido varias veces observándola con ojos mansos mientras la muchacha cosía. Hablaba mal el castellano, aunque se daba a entender.

Apenas cruzaron el Zanjón de Matorras, Somar dijo:

—Debes saber que la señora condesa corre peligro. Hay una mujer en alguna parte ahí fuera que desea hacerle daño. Su nombre es Enda Feelham y es la tía de mi señora. Si estás atento, sabrás reconocerla, pues es distinta de las mujeres de esta ciudad. Tiene el cabello rubio y la piel tan blanca que parece transparente.

—¿Cómo la de la señora condesa?

—Más blanca aún. Sus ojos verde claro parecen los de un reptil que vi una vez, son saltones. Es menuda y de baja estatura, y, aunque tiene el aspecto de una pobre mujer, es pérfida como una serpiente. Nunca permitas que se acerque a mi señora.

El yolof asintió, y Somar volvió a enfrascarse en su mutismo. Pensó que entrarían en el Retiro; en vez, siguieron en dirección a la costa. Con la llegada del otoño, anochecía más temprano, por eso, al alcanzar la playa, la oscuridad comenzaba a desdibujar los perfiles. Todavía a la distancia, elevada sobre el altozano que se desbarrancaba, podía adivinarse la silueta del Retiro.

Servando nunca había visitado esa parte de la costa, bastante alejada incluso del matadero, la parte más extrema hacia el norte de la propiedad. Se aproximaron a la barranca, cubierta de maleza y de una hiedra compacta que se derramaba hasta la playa. Somar se detuvo y le señaló unas piedras a orillas del río.

—Recuerda ese peñón. A esa altura, sobre la barranca, está la entrada al lugar secreto.

Con la ayuda de su cimitarra, sin cortarla, el turco separó la hiedra logrando una apertura por donde, encorvados, pasaron los dos. Se trataba de un túnel de aspecto bastante sólido, con paredes de ladrillos y ademes de quebracho. No podían erguirse

por completo, debían agachar la cabeza. Había un olor desagradable, a descomposición y humedad, el suelo resultaba fangoso y los sonidos, que se propalaban como un eco, anunciaban la presencia de alimañas. Somar le indicó varias teas apoyadas contra la pared.

—De tanto en tanto —dijo el turco—, vendrás a comprobar que las antorchas no se han estropeado. Sin ellas no podrás avanzar por esta oscuridad.

A Servando le pareció que el trayecto era infinito y el ambiente, asfixiante. Le hizo acordar a la sentina del barco donde viajó desde el África, y comenzó a sudar frío. Deseó no tener que volver a recorrer ese sitio espeluznante. Comenzaba a marearse cuando notó que el aire se tornaba fresco y menos denso. Unos pasos después se adentraron en un recinto cuadrado de enormes dimensiones y de techo abovedado; podía caber un ejército y su montura ahí dentro. Somar levantó la tea sobre varios fardos y jergones estibados sobre la pared de la izquierda.

—Hay vituallas para varias semanas —explicó—. Tasajo, galleta marinera, frascos con conservas, cebollas, pescado seco, legumbres, en fin, lo que comemos en los barcos. El agua deberás proveerla del río. Al igual que con las teas, vendrás cada tanto a revisar que nada se haya agusanado o echado a perder. Lo haremos ahora; hace semanas que yo no vengo. Ahí, en esa caja de madera, hay yesca, lámparas de aceite, pastillas de quinina para purificar el agua, esparadrapos, odres, brandy, no sé, después le echas un vistazo.

—¿Adónde da esa abertura? —Señaló una poterna de madera en la pared que enfrentaba al túnel.

—Estamos debajo de las barracas del Retiro.

—¡Oh! Con razón hemos caminado tanto.

—Esa puerta te conducirá al establo. Toma, aquí tienes las llaves. Sólo en caso de extrema necesidad deberás adentrarte en la casa.

Examinaron las provisiones y se deshicieron de unas cebollas podridas y de galletas enmohecidas. No hablaron durante el trayecto a la ciudad.

Como ese día se había levantado viento sur, Melody decidió no concurrir a la Alameda; en cambio, mandó buscar a Elisea para que tomara el té en la casa de San José. Sus hermanas y la señorita Leonilda la acompañaron. No conocían la propiedad, aunque habían escuchado hablar de la suntuosa remozada que la había ubicado entre las mejores de Buenos Aires. Melody observó que, mientras Marcelina, María Virtudes y la señorita Leo exclamaban y se azoraban ante los detalles, Elisea caminaba por detrás mirando el suelo.

Después de tomar el té, la señorita Béatrice propuso una partida de bacará, en tanto Marcelina ejecutaba unas melodías en el piano. Melody se acercó a Gilberta, que levantaba los trastos de la mesa, y le habló al oído. Regresó a la sala y se sentó junto a Elisea. Pasaron unos minutos antes de que le preguntara:

—¿Me acompañas a la biblioteca? Su excelencia posee un incunable y me gustaría mostrártelo.

Servando estaba allí. Elisea se detuvo en el umbral y avanzó ante el suave empujón de Melody.

—Los dejo solos. Estaré aquí fuera vigilando.

Servando no se animaba a tocarla, la actitud de ella lo prevenía, y costaba creer que semanas atrás se hubieran amado locamente en la torre del campanario.

—¿Cómo te sientes?

—Bien.

—Siéntate. No es bueno que estés de pie. Aún sigues débil. ¿Todavía lloras a tu padre? —Elisea asintió—. Tus hermanas lo han tomado mejor que tú, parecen muy resignadas. —La joven sacudió los hombros—. ¿Echas de menos a tu madre?

—A veces.

Servando intentó acariciarle la mejilla, y Elisea se puso de pie con actitud desmesurada.

—¡No! ¡No vuelvas a tocarme!

—Elisea, ¿qué ocurre? ¿Acaso has dejado de amarme?

—No.

El esclavo se llevó las manos a la cabeza en abierta confusión.

—¿Estás resentida conmigo por lo del niño? ¿Me culpas por haber perdido a nuestro bebé?

—¡No! —se desesperó ella, e hizo ademán de tocarlo, aunque se contuvo.

—¡Dime qué te ocurre! Te veo sumida en esa tristeza y dolor, y me vuelvo loco de angustia. No sé qué hacer para ayudarte.

—Ya lo has hecho. No he muerto, y eso es gracias a ti. Verte cada día, aunque sé que nunca podré tenerte, bastó para devolverme las ganas de vivir.

—Siempre me tendrás.

—No, nunca volveremos a estar juntos. Ya no deseo verte, Servando, ya no. Ahora tu compañía me hace daño.

Lo dejó solo en la biblioteca, pasmado y confundido.

Remigio, el mulecón de Álzaga, llamó a la puerta y esperó la autorización para entrar en el despacho de su amo.

—¿Qué quieres?

—Ahí está Sabas, amo Martín. Dice que tiene algo para usted.

—Dile que me aguarde fuera.

Cerró el cartapacio, guardó los documentos en el cajón y apiló los libros a un costado. Sacó los cuatrocientos pesos de la caja de seguridad y, al sentir el frío de las monedas en su mano, se puso de mal genio. Lo humillaba admitir que ese esclavo lo tenía bien agarrado. Su gente no había podido descubrir quién le servía de cómplice,

quién iría con el cuento a doña Magdalena en caso de que le ocurriese una desgracia. Pensaron en la negra Cunegunda, su madre, aunque la teoría se desbarató cuando se enteraron de que la mujer había ingresado en el Convento de las Hijas del Divino Salvador como parte de la dote de su ama. No le conocían amigos, es más, nadie lo quería entre la negrada. Álzaga sospechaba que ése cómplice no existía; de igual modo no podía arriesgarse y le pagaría lo acordado. Lo mandó llamar.

—¿Ya tienes la información?

—Sí, mercé.

—Habla pues.

—Los atacarán el lunes siguiente al Domingo de Ramos, al caer el sol. A usted lo atacarán aquí, en su tienda, y entrarán por la parte trasera, la que da al depósito. Al señor Sarratea, en la Real Compañía de Filipinas, y al señor Basavilbaso en su asiento, el de la calle Santo Cristo en esquina con la de Santo Domingo. Irán armados.

—¿Qué clase de armas?

—De fuego.

Álzaga ocultó la sorpresa y el desagrado. Había supuesto que se trataría de un grupo de infelices armados con palos y chuzos.

—¿Cómo se organizarán?

—En tres grupos de quince hombres cada uno.

—¿Quiénes encabezan la conjura?

—Son varios. Los principales son Tomás Maguire y un tal Pablo; no sé su apellido. También están el mulato Pedro, que es esclavo de doña Filomena Azcuénaga, el pardo Cristo, que es liberto, y el negro Milcíades, su cochero.

—Ya veo. —Álzaga embebió la péñola en el tintero—. ¿Qué hay de ese negro liberto al que llaman Papá Justicia? ¿No está él en esta conjura? Siempre anda alborotando con sus ideas.

—Él no, mercé —se inquietó Sabas—, él no tiene nada que ver en esto. Se lo juro —y se hizo la señal de la cruz sobre los labios.

—Dime otra vez los nombres.

Sabas así lo hizo y Álzaga tomó nota.

—¿Maguire? —preguntó—. ¿Acaso pariente de miss Melody?

—Su hermano, mercé.

“Vaya, vaya”, se dijo Álzaga.

Más tarde, en casa de los Escalada, se aproximó a saludar al matrimonio Blackraven. Por lo general, en presencia del conde de Stoneville, lo invadía una sensación de pequeñez e incomodidad; no tenía que ver con su rumboso título nobiliario —eso le importaba un maravedí— ni con su tamaño de galeote, sino con su poderío económico, ése que él tanto codiciaba.

Dos beneficios pretendía de Blackraven: primero, contar con su célebre flota para infiltrar mercancías y negros, no sólo en el Río de la Plata sino en todos los puertos americanos, desde Veracruz al Callao; segundo, obtener acceso a la amplia costa del Retiro, donde podrían desembarcar con tranquilidad. Aunque algunos lo juzgaban una leyenda, él no descartaba que hubiese túneles que unían la orilla con el interior de la propiedad.

Hasta ese momento, Blackraven se había negado a proporcionarle uno y otro favor. Su disposición cambiaría después del lunes posterior al Domingo de Ramos, cuando la vida de Tomás Maguire estuviese en juego.

Capítulo XXIX

Fouché sostenía que Le Libertin había vendido la información del paradero de Luis XVII a los Borbones en el exilio, mientras que Rigneau prefería la hipótesis de que el sicario se hallaba muy lejos —de allí la demora en sus mensajes—, o bien que había sido asesinado o puesto fuera de juego; no admitía el supuesto de la traición. En algo Fouché coincidía con Rigneau: ni el conde de Provence ni su hermano, el conde de Artois, poseían el dinero para tentar a Le Libertin.

—Yo confío en Le Libertin —aseguró el espía—. Además, los hombres que vigilan a los Borbones en Bélgica no han notado ningún comportamiento extraño. Nadie fuera de su círculo más íntimo los ha abordado en los últimos tiempos.

—Esa información de nada vale —se empacó Fouché—. Bien podrían sellar un trato con Le Libertin usando a alguna de las domésticas. Y nosotros jamás nos enteraríamos.

—Todos los que viven bajo el techo de los Borbones están bajo vigilancia —le apuntó Rigneau, con aire entre impaciente y ofendido.

—Igualmente. Hemos fracasado tanto en los últimos tiempos que no sé si estoy rodeado de ineptos o mis enemigos son invencibles.

Entró el emperador Napoleón, como acostumbraba, sin anunciarse, de modo espontáneo, el que empleaba en campaña, donde entraba y salía de las tiendas como un soldado más.

—¡Emperador! —exclamó Fouché, y, con una seña, despidió a Rigneau.

—Escuché que mencionabas a los Borbones —comentó Napoleón—. Imagino que ya sabes dónde se encuentra el hijo de Luis XVI.

—Justamente, majestad. Comentábamos que el sicario contratado para dar con él ha desaparecido sin dejar rastro alguno.

La mirada chispeante de Napoleón se ensombreció, y su silencio agitó la respiración del ministro.

—¿Crees que el conde de Provence ya encontró a su sobrino?

—No lo creo —opinó Fouché—. Tiempo atrás se comentaba que había contratado a un sicario para matarlo, pero era sólo un rumor. Para contratar ese tipo de encargos se requiere mucho dinero, y sabemos que los Borbones no cuentan con él.

—¿Qué me dices del Escorpión Negro? ¿Qué puedes decirme de él? ¿O acaso el famoso sicario que contrataste por una fortuna también desapareció?

—Pronto dará con él —se aventuró a expresar—. Es sólo cuestión de tiempo.

—Estoy cansándome de tus esperas, Fouché. Hace casi dos años que contrataste a La Cobra y nada sabemos aún. Fui capaz de vencer a un ejército cuyas fuerzas me superaban ampliamente en Austerlitz y no consigo atrapar a un hombre aunque contrate a los mejores sicarios. ¿Es tan omnipotente ese maldito espía inglés? —se

preguntó, con un tono que evidenciaba su cólera—. Quiero al Escorpión Negro en mi presencia antes de que comience el verano. Si él se hubiese encargado del asunto de Luis XVII, ya lo tendría en mi poder para entregárselo a su primo Francisco I como muestra de mi buena voluntad para con él y con su pueblo.

—Entiendo, majestad —balbuceó Fouché, y se inclinó para acompañar la salida del emperador.

Rigleau se presentó segundos después y encontró a su jefe echado en un sillón sosteniéndose la cabeza con la mano.

—Busca a La Cobra.

—Pero, señor...

—¡No me importa si tienes que levantar cada piedra de París o de Londres para dar con ese maldito sicario! Quiero que lo encuentres y le ordenes traer con vida al Escorpión Negro.

NOTAS DE UN SICARIO

Entrada del día miércoles 25 de septiembre de 1805

Debido a que nos encontramos en Londres, juzgamos sensato comenzar con la búsqueda de Roger Blackraven; eliminada esta posibilidad, viajaremos a la Italia para continuar con la de Isabella y Alejandro di Bravante. Presentimos que el Escorpión Negro es uno de ellos.

Consultada lady Sommers, explicó que su influencia no alcanzaba círculos tan elevados como los frecuentados por los Guermeaux y que no existía modo de ayudar a Desirée a relacionarse con dicha gente, aunque bien podía contarle la historia de esa familia, una de las más influyentes de la Inglaterra, ya que, al igual que Tomasso Dapassano con la nobleza italiana, ella ocupa su tiempo libre en estudiar la inglesa y la francesa.

“Es comúnmente aceptado”, expresó la señora, “que los Guermeaux llegaron a Gran Bretaña en 1066, junto con Guillermo, duque de Normandía, más conocido como Guillermo el Conquistador. Bruno de Guermeaux se destacó en la batalla de Hastings y obtuvo a cambio de sus leales servicios el título de duque y extensas propiedades en el condado de Cornwall, donde se han erigido como señores desde entonces. Aquí”, dijo, y señaló un punto en el diagrama, “comenzaron a llamarlos «cuervo negro» pues algunos de sus miembros cambiaron sus cabellos rubios por unos de azabache al mezclarse la sangre Guermeaux con la de la hija del primer duque de Alba, de la más rancia estirpe española, a fines del siglo xv. Pero vayamos a quien nos interesa”.

El actual duque es uno de los nobles con mayor poder y ascendiente en Gran Bretaña, dueño de varios escaños en el Parlamento. Sus decisiones son respetadas y esperadas con expectación ya que pueden sacudir los cimientos de

la endeble monarquía de Jorge III. Casó hace treinta y cinco años con quien se reputaba la mujer más codiciada de su época, lady Patricia Kent. Las riquezas de su padre —que heredaría por completo pues es hija única— no habrían sido necesarias para posicionarla en el primer lugar de las preferencias; con su belleza habría bastado. Se murmura que durante la primera temporada en Londres recibió cuarenta y ocho propuestas matrimoniales, las que rehusó sin dirigirles un pensamiento. Sucedió que lady Patricia depositaba sus anhelos en el joven conde, futuro duque de Guermeaux, que había visitado la casa de campo de su padre meses antes. Alexander Blackraven, que a la sazón se encontraba en el continente en su Grand Tour, supo del interés de la rica y hermosa heredera al volver de París. Apenas iniciada la temporada londinense, le propuso matrimonio, lo que Patricia no tardó en aceptar. La boda se celebró meses más tarde.

Conforme pasaban los años, la desazón se apoderaba de la joven pareja debido a que Patricia no concebía un hijo y los médicos no acertaban con la causa. En 1783, Alexander, temiendo convertirse en el primer duque de Guermeaux en no procurar un heredero para la dinastía, partió en un viaje de varias semanas del cual regresó con un niño de doce años al que reconoció como su hijo y nombró heredero del título y de su fortuna. Dicen que la duquesa se pasó meses sin dirigirle la palabra y que marchó a vivir a casa de sus padres. Alexander, en parte porque la amaba y también para evitar el escándalo, fue a buscarla y, tras acordar varias condiciones, logró traerla de regreso.

Dichas condiciones hablaban del encono que la duquesa experimentaba por el hijo bastardo de su esposo, y por ejemplo establecían que ella jamás debía cruzárselo, por lo tanto al niño se le prohibía visitar las propiedades en las que Patricia gustaba de pasar largas temporadas; como no soportaba el clima de Cornwall, la duquesa concedió que el niño fuera recluido en el viejo castillo familiar situado a orillas de un risco y a siete millas de la ciudad de Penzance; exigió también que, en caso de que ella produjera un hijo, el bastardo sería destituido de título y fortuna, los que pasarían al legítimo.

La duquesa nunca produjo el hijo legítimo, por lo tanto el bastardo, llamado Roger en honor a su abuelo paterno —era una tradición entre los Guermeaux que, quien heredase el ducado, llevase el nombre del abuelo paterno—, se convertirá en duque a la muerte de Alexander Blackraven; actualmente ostenta el título de conde de Stoneville. De acuerdo con el conocimiento de lady Sommers, Roger Blackraven se volvió, desde temprana edad, un muchacho muy salvaje, aunque desconoce los detalles de su vida. “Se mantiene alejado de Londres”, apostilló, “y algunos comentan que lleva la vida de un filibustero y que desdeña el título que heredaría de su padre”.

En el árbol genealógico, a un costado del conde de Stoneville, aparece un recuadro con la siguiente leyenda: “c. con Victoria Trewartha (1773-1801)”. El nombre coincide con el proporcionado por Simon Miles. Al preguntarle por los motivos de una muerte tan prematura, lady Sommers aseguró desconocer los pormenores, lo cual resulta extraño. Quizás el duque de Guermeaux apeló a sus influencias para que la oscura sospecha que cae sobre su heredero —el de haber asesinado a su esposa en un arranque de celos— no vea la luz.

El discurso de lady Sommers fue interrumpido por un sirviente con una esquela acabada de llegar. La señora puso cara de espanto a las primeras líneas. “¡Qué horror! ¿Os habéis enterado, querida? El pobre de sir Miles ha sido asesinado. En su propia casa. ¡Oh, Dios! Ya nadie está a salvo. Mañana serán las exequias a las diez y media, en el cementerio de St. George en la calle Uxbridge”. Desirée ofreció pasar a buscarla.

Entrada del día jueves 26 de septiembre de 1805

Hoy tuvieron lugar las exequias de Simon Miles. Llegamos al cementerio ubicado cerca de la parte norte de Hyde Park; yo me quedé sobre el pescante viendo al cortejo alejarse hasta el lugar donde se había abierto la fosa. Distinguí caras conocidas: nuestros antiguos sospechosos, Conrad Phillips y Frederick Musgrove, los padres de éste, en casa de los cuales cenó Desirée tiempo atrás, y lord Bartleby, jefe del Departamento Exterior, a quien lo mueve un deseo similar al nuestro, saber quién es el Escorpión Negro. Vuelvo a preguntarme: ¿cuánto estaría dispuesto a darnos el gobierno británico por esa información?

Lady Sommers, de pie junto a Desirée, movía sus pequeños ojos bajo el velo de gasa escrutando al cortejo con la pericia de los detectives de la calle Bow. Desirée sintió cómo el pequeño y regordete cuerpo de la señora daba un respingo al descubrir a un caballero que se destacaba por su altura, ataviado con un traje de severo corte y color; no usaba postizo, y llevaba los cabellos entrecanos recortados a la nuca. Presentaba duras facciones, aunque esa misma reciedumbre hablaba de la nobleza de su sangre. “El caballero de pie junto a la señora Musgrove”, susurró lady Sommers, “ése tan alto y apuesto, es sir Bruce Blackraven, tío del conde de Stoneville, por quien me preguntabais ayer mismo”. El hombre arrojó un puñado de tierra cuando le llegó su turno y, sin saludar a nadie, se alejó en dirección a un carruaje con pajes en librea azul y galones y alamares en plata; en un escudo tallado en la portezuela se distinguía un águila bicéfala.

Por fortuna, lady Sommers aceptó la invitación de una amiga para conducirla a su casa, de modo que pudimos seguir a Bruce Blackraven. Desde el pescante del coche, en tanto el cortejo se diseminaba y la tumba quedaba

abierta y sola, advertí que emergía de entre las estatuas y lápidas una mujer alta, de talle delgado, vestida de negro; una mantilla oscura le velaba el rostro. Se detuvo frente a la tumba de Simon Miles, lanzó una rosa roja al féretro y se quedó allí, su cuerpo meciéndose al impulso de un sollozo reprimido. Habría dejado mi puesto para acercarme y averiguar de quién se trataba si Desirée no me hubiese explicado, de prisa y agitada, que debíamos ponernos en marcha pues el coche con el escudo del águila bicéfala que acababa de pasarnos pertenecía al tío de nuestro sospechoso.

Lo seguimos a lo largo del día, primero hasta su club en la calle St. James, el más exclusivo, el Albion, donde se demoró por horas para después caminar —su carruaje lo seguía a paso de hombre— hasta una mansión de la calle Birdcage frente al estanque de St. James's Park, que, suponemos, le pertenece pues ingresó con su propia llave. De regreso en nuestro apartamento de Belgravia, convocamos a Rupert y a Peter y les encomendamos una misión.

Entrada del día sábado 28 de septiembre de 1805

Ayer, cerca del mediodía, los ladronzuelos ya se habían hecho de la cartera de sir Blackraven, por lo que, después de almorzar, Desirée se preparó con especial esmero para comparecer en la casa de la calle Birdcage; eligió un traje más bien sobrio en tonalidad verde Nilo, con cuello alto en puntilla. Le abrió un mayordomo en fraque de los mismos colores de las libreas de los lacayos, azul y plata. Desirée le entregó su tarjeta y dijo que necesitaba ver a sir Blackraven. “¿Por qué asunto, señorita?”, y la contempló de arriba abajo. Se disponía a contestar cuando los alcanzó una voz femenina que llegaba desde la sala del vestíbulo: “¿Quién es, Duncan?”. El mayordomo, leyendo la tarjeta, le respondió y a continuación agregó que venía a ver a su señor. “Hazla pasar”.

No se trataba de la esposa de sir Blackraven; se llamaba Constance Trewartha y se presentó como “una vieja amiga de la familia”. A Desirée no se le escapó que su apellido coincidía con el de la difunta Victoria. Constance la invitó a sentarse; es una mujer de grácil afabilidad, de lineamientos, si no bellos, apacibles, y cálida sonrisa, en cuya presencia resulta fácil sentirse a gusto.

“Sir Blackraven no se encuentra en casa. Acaba de salir”, aclaró. “Me pregunto si puedo serle de utilidad en algún modo”. Desirée sacó la billetera de su bolso. “¡Oh, la cartera de Bruce!”, dijo con familiaridad. “La perdió esta mañana. De hecho, salió a buscarla creyendo que podría hallarla en el club”.

Desirée le explicó que la había encontrado en la acera, a las puertas de un club de la calle St. James, el Albion. Al consultar con el portero del mismo club, éste sugirió que podía pertenecer a sir Bruce Blackraven pues había sido el último en salir. El joven se ofreció a devolvérsela, pero Desirée insistió en que

lo haría personalmente y consiguió que le proveyera la dirección.

“¡Qué gentil ha sido usted!”, se alegró Constance. “Molestarse hasta aquí cuando podría haber enviado a un propio pidiendo que fuésemos a buscarla. Estoy segura de que sir Bruce querrá conocerla y agradecerle. ¿Por qué no viene a cenar con nosotros esta noche?” Desirée se mostró halagada al aceptar.

“Veo que vuelve mucho la vista hacia ese retrato”, apuntó Constance. “La entiendo. El sobrino de sir Blackraven es un hombre de gran atractivo. Ese cuadro mide seis pies, diez pulgadas, y es tan sólo cinco pulgadas más alto que el original”. La mujer parecía muy informada acerca de las cuestiones familiares, y Desirée, simulando embarazo por su atrevimiento, le preguntó el nombre del caballero. “Él es Roger Blackraven, conde de Stoneville y futuro duque de Guermeaux. De hecho, ésta es su casa de Londres”. “¿Se encuentra su excelencia en casa?”, fue la pregunta que hizo sonreír a Constance y asegurar: “Oh, no. Eso sería un verdadero milagro”.

Por lo que había visto hasta ese momento, la casa era todo lo que su fachada prometía, de un lujo abrumador, quizás un poco recargada en un estilo ecléctico y desordenado, con piezas de arte tan disímiles como las de la Antigua Grecia y de China, máscaras de ébano del África y de oro del Perú; sobre el estante del hogar, se destacaba un conjunto de canopes que hasta quizá contuviesen las vísceras de algún faraón. A la entrada del comedor donde cenaron esa noche había dos tibores de porcelana azul y blanca de cinco pies de alto colocados sobre bases de caoba, del período de la dinastía Qing, los cuales, según aclaró sir Bruce, eran un regalo del emperador Qianlong para su sobrino, pues le debía a éste un gran favor. La decoración al interno de la estancia no era menos fastuosa, en especial una vitrina donde se exponía un juego completo de vajilla de jaspe de Josiah Wedgwood en un tono pastel entre el azul y el lavanda con relieves en blanco. Varias piezas originarias de Delft completaban el ornamento.

Sir Bruce Blackraven no es envarado como los de su clase sino más bien accesible y de un gran sentido del humor. Apenas Constance hizo las presentaciones y sir Bruce expresó su agradecimiento por haberle devuelto una cartera con muchas libras, Desirée le comentó que lo había visto en el cementerio el día anterior, durante las exequias de sir Simon Miles. La mención del nombre lo entristeció, y habló del “querido muchacho” con afecto; dijo conocerlo desde pequeño y mencionó que Miles solía concurrir a su casa en Cornwall para jugar con Roger. “¿Acaso usted es parienta del pobre Simon?”, a lo que Desirée contestó que su amistad era muy reciente.

Finalizada la cena, a tono con la exuberancia de la casa, sir Bruce las invitó a recorrer la galería de cuadros, un pasillo en el primer piso donde, de un lado

y de otro, se conservaban los retratos de los duques de Guermeaux y de algunos parientes destacados. Agregó, entre risas, que no hallaría el de él. Saltaba a la vista el contraste entre los miembros de la familia que conservaban los rasgos normandos —pálidas mejillas, cabellos claros y ojos celestes— y aquéllos de fuertes lineamientos latinos.

“Y éste es mi sobrino, actual conde de Stoneville, futuro duque de Guermeaux”. Habló sin apartar la mirada del retrato, visiblemente orgulloso. “¡Qué joven tan hermosa!”, exclamó Desirée al notar el cuadro contiguo al de Roger Blackraven. “Ésa era la esposa de mi sobrino. Victoria Blackraven. Murió en un accidente algunos años atrás”. Cambió de tema.

Aunque Desirée es una maestra de la simulación, lo que siguió le provocó tal sobresalto que Constance la sostuvo por el brazo y sir Bruce la obligó a sentarse. Todo surgió de un modo casual e insospechado al marcar que no existía parecido alguno entre Roger Blackraven y su padre. “No, claro que no”, ratificó sir Bruce. “Sucede que en mi sobrino es más fuerte la sangre de la familia de su madre, los di Bravante”.

Constance le hizo aire con su abanico en tanto llegaban las sales. “No debí tomar oporto”, se excusó Desirée, “no estoy acostumbrada”. Al pasar cerca del retrato de Blackraven, segura de que sus anfitriones no la veían, se quitó el guante y tocó el lienzo. Una imagen la encegueció, la de un hombre, la de Blackraven, que, a diferencia del cuadro, llevaba el pelo suelto; ella tembló, abrumada por tanta pasión y energía, poder y voluntad. El hombre emergía del agua, completamente desnudo, y la robustez y perfección de su cuerpo reflejaba la vanidad de su espíritu.

Hoy nos pasamos el día conjeturando sin llegar a nada. En la certeza de que Constance conoce la historia de cabo a rabo, nos hemos propuesto ganar su amistad como medio para desentrañar el misterio. Por fortuna, su peculiar situación —ser la amante de sir Bruce, cuya esposa permanece en Devonshire— la excluye de las actividades sociales de las que sir Bruce participa a menudo. Sola y sin amigas, aceptó de inmediato la invitación para tomar el té.

Entrada del día sábado 2 de noviembre de 1805

Hoy ha sido el día. Constance Trewartha acaba de irse. Por fin hemos esclarecido el misterio. Lo hemos sabido todo, con nombres, con fechas y lugares. Pocas veces en el curso de un trabajo he experimentado la ansiedad, la admiración, la cólera y el contento como con la búsqueda del Escorpión Negro. En ocasiones creí que nunca sabríamos de quién se trataba, pero dicha creencia ha sido un error puesto que jamás debí olvidar que yo soy La Cobra.

Sabíamos por Tomasso Dapassano que, en 1759, Carlos VII dejó la corte napolitana y se marchó a Madrid para convertirse en Carlos III, rey de la

España. Su hija ilegítima, Isabella, nacida de la siciliana Fedora di Bravante, partió con él pese a la oposición de los abuelos maternos. Hasta aquí el rastro de Dapassano.

No llevó demasiado tiempo ganarse la confianza de Constance Trewartha, pues confiada es su disposición. Las tardes de té en nuestro apartamento del barrio de Belgravia o en la mansión de la calle Birdcage se convirtieron en su mejor pasatiempo, y siempre se mostraba dispuesta a abrir su corazón y desvelar sus secretos. Casada a los quince años con un viejo amigo de su padre, se entregó por primera vez a sir Bruce cuando aún no era viuda y él ya estaba casado. El affaire llevaba treinta y ocho años, y no eran sólo amantes sino confidentes y amigos. Por eso, Constance Trewartha pudo contarnos lo que referiré a continuación.

De su abuelo Calogero di Bravante, a la pequeña Isabella sólo le quedó el anillo que había permanecido en la familia por centurias y que él jamás se quitaba del anular de su mano izquierda. El día de la despedida, la llevó aparte y se lo entregó. Por años, hasta que pudo colocárselo en el dedo medio, Isabella lo llevó al cuello, sin que nadie entendiera la devoción de la niña por una pieza tan tosca.

Isabella, de casi siete años, comenzó a vivir en el palacio madrileño protegida por su nodriza, la napolitana Michela, y mimada por su padre y sus hermanos. Solía visitar al rey Carlos III en su enorme despacho de altas paredes cubiertas por alegorías en tonos pastel y techos abovedados con amorcillos, ángeles y carruajes celestiales en los que fijaba la vista hasta marearse. Una multitud de ministros y asesores circundaban a su padre la mayor parte del tiempo, e Isabella se acostumbró a los rostros de Esquilache, Grimaldi, Wall y Devreux, y le resultaban familiares las menciones de la Junta del Catastro, el Consejo de Castilla y La Mesta. Le gustaba acompañar al rey mientras el señor Mengs pintaba su retrato, y también jugar con sus mastines.

En el invierno de 1766, a pocos días de la primavera, Carlos III llamó a comparecer a Isabella y, tomándole el rostro con ambas manos, la contempló con una sonrisa débil antes de manifestar: “Por fortuna, has heredado la belleza de tu madre”. A continuación, le explicó: “Marcharás a la Francia por una temporada con mi primo el rey Luis xv”, quien, desde hacía algún tiempo, gozaba de estabilidad y prosperidad después de la calamitosa Guerra de los Siete Años. Carlos III, en cambio, enfrentaba una crisis que terminaría estallando el Domingo de Ramos de ese año y que desembocaría en la destitución de Esquilache. Carlos necesitaba poner a buen resguardo a su adorada Isabella, pues sabía que, en caso de morir, su esposa la desampararía. La envió a Versalles, entonces, con Michela, una carta para su par Luis xv y

una dote que intentaba borrar su oscuro origen.

Más allá de saber que estaba siendo exiliada y que la “temporada” se extendería para siempre, Isabella, de disposición optimista, se conformó con su destino y fue feliz en Versalles, donde parecía vivirse una eterna fiesta. Destinaba el tiempo a pasear por los jardines de palacio, leer los libros prohibidos que circulaban entre las cortesanas, escuchar las anécdotas de la fallecida marquesa de Pompadour y escribir un diario y cartas a su padre y hermanos, a quienes echaba de menos.

En 1770 llegaría al palacio la futura delfina de la Francia, María Antonieta, hija de Francisco I, emperador del Sacro Imperio, quien, con el tiempo, se convertiría en la amiga y confidente de Isabella. Al cortejo de la princesa austríaca lo componía, entre otros, un joven conde inglés, primo de María Antonieta (sus madres eran primas hermanas), llamado Alexander Blackraven, que se obsesionó con Isabella apenas la vio. Para la joven de diecisiete años ésa fue la primera vez que un hombre le provocó los sentimientos de los que había escuchado hablar, ese aleteo en el estómago, las palpitaciones al verlo aparecer y el inevitable sonrojo. Alexander Blackraven estaba en la mente de Isabella día y noche, y despertaba por la mañana anhelando encontrárselo.

El conde lamentó que esa joven de belleza arrebatadora y dulce disposición fuera la hija ilegítima del rey Carlos de la España, pues él, como futuro duque de Guermeaux, no podría desposarla sin correr el riesgo de que su padre lo desheredara y le entregara el título a su hermano Bruce. La sedujo y la amó en tanto duró su estadía en Versalles, y siempre se maldijo por haberle prometido aquello que jamás le daría, su nombre. Dejó el palacio ignorando que Isabella ya llevaba a su hijo en el vientre.

Con sus apenas catorce años, la propia María Antonieta le escribió a Londres para reclamarle. El conde, a la sazón comprometido con lady Patricia Kent, ofreció manutención y ocuparse del futuro del hijo o de la hija cuando alcanzara cierta edad, a lo que Isabella se opuso, furiosa. “Aunque siempre lo amaré, no quiero volver a saber de él, su alteza”, le aseguró a María Antonieta, que la cobijó bajo su ala desde ese momento. De hecho, la futura reina de la Francia se convirtió en la madrina del niño nacido en una habitación de Versalles el 10 de noviembre de 1770, que llevó por nombre el de su padre en castellano, Alejandro, y por apellido, el de su madre, di Bravante.

Rodeado del cariño de Isabella, de Michela y de sus padrinos, María Antonieta y su esposo, el Delfín Luis, Alejandro creció en un mundo de laxa moral donde su bastardía jamás era mencionada ni condenada. Él amaba por sobre cualquier cosa a su madre y admiraba la persona de su abuelo, Carlos III, quien en su quinto cumpleaños le envió de regalo un estoque de acero toledano

“para que comiences tus clases de esgrima”, más allá de que tendría que esperar años para empuñarlo pues era tan alto como él. Jugaba con los otros niños de palacio, y sentía predilección por la pequeña princesa Madame Royale.

Su dómine y demás preceptores se maravillaban de la agudeza de Alejandro y, aunque indisciplinado, lo halagaban frente a su madre y a su madrina, algo que le causaba inmensa satisfacción. El profesor de esgrima se sorprendió cuando, a los doce años, Alejandro lo desbarató del florete. Ciertamente que el niño Alejandro no aparentaba doce sino quince, sólo la falta de bozo revelaba su edad, pues hasta la voz se le había vuelto gruesa.

“El día en que Bruce”, explicó Constance, “se enteró del modo en que su hermano se apoderó de aquella criatura, terminaron a los trompazos”. El duque de Guermeaux, mortificado por la falta de heredero, viajó a París y de allí a Versalles, donde su prima María Antonieta lo recibió con afecto a pesar de su mal comportamiento en el pasado. Vio a su hijo de lejos, practicando esgrima con un compañero, y quedó estupefacto ante tamaña muestra de destreza en alguien tan joven. Y después, al conversar con él valiéndose de artimañas para no darle su verdadero nombre, se dijo que ese muchacho era todo lo que él siempre había anhelado como un hijo.

A diferencia de María Antonieta, Isabella di Bravante no olvidaba la deserción ni la falta de nobleza del ahora duque inglés, y se negó a concederle una audiencia, hasta que intervino la reina y cedió. Se mostró fría y callada en tanto Alexander le daba excusas que llegaban doce años tarde, y reaccionó con toda la fuerza de su temperamento a la mención de llevarse a su hijo a la Inglaterra. “Jamás te lo daré. Ni siquiera a las puertas de la muerte te daría a mi hijo, pues si eso llegara a ocurrir, es su abuelo, Carlos III, quien desea educarlo y protegerlo. Has hecho en balde este viaje”. Recogió el ruedo de su vestido y abandonó la sala. Supo después que el duque de Guermeaux había dejado el palacio.

Con los días, Isabella recobró la compostura y volvió a sus viejas costumbres, entre ellas pasear por los jardines con Michela y Alejandro, sentarse entre los muguets —su flor preferida— a leerles un libro o a conversar. Alejandro, con una disposición natural para mantenerse vigilante y observar cuanto acontecía a su alrededor, fue el primero que avistó un coche que se acercaba por el camino y se detenía cerca de ellos. Se abrió la portezuela y descendieron dos hombres fornidos, con elegantes ropas y tricornios muy finos. Les sonrieron mientras se aproximaban y, desde alguna distancia, uno de ellos les hizo una pregunta que no lograron entender. Isabella reaccionó demasiado tarde; cuando se dio cuenta de la trampa, los hombres ya

forcejeaban con Alejandro. Michela dio voces de alarma, mientras Isabella, aferrada a los antebrazos de su hijo, trataba de arrancarlo de los secuestradores y atraerlo hacia ella; sus manos, que se escurrían, quedaron fugazmente tomadas con las de Alejandro hasta separarse. Días más tarde, repararía en la ausencia del anillo de ópalo de Calogero di Bravante, y desearía que hubiese quedado en la manito de su hijo. Corrió tras los hombres que cargaban a Alejandro y se colgó del cuello de uno de ellos; el otro le propinó un trompazo que la dejó descompuesta en el suelo.

Lo que siguió fue un pandemónium que casi llegó a convertirse en asunto de Estado para ambos reinos. Luis XVI envió soldados a custodiar los caminos y detener los carruajes de características similares al de los secuestradores; llenó de vigilancia los puertos e hizo requisar los navíos; mandó imprimir bandos ofreciendo una recompensa para quien proveyera datos y emitió una ordenanza prohibiendo al duque de Guermeaux el ingreso a la Francia. Por su parte, el rey de la Inglaterra protegió a su noble más influyente, habló a favor de sus derechos de padre y prohibió que se emitiera el salvoconducto para la señora di Bravante cuando ésta intentó cruzar el Canal de la Mancha.

En cuanto a Alejandro, siguió forcejeando e insultando aun cuando lo impulsaron dentro del carruaje y cayó en la cuenta de que sus posibilidades se extinguían en tanto se alejaban del palacio a velocidad vertiginosa. Gritó y pateó hasta que alguien le propinó una cachetada y, apretándole los hombros, le vociferó: “¡Soy tu padre!”. De una vez, sin pausa, le comunicó que pasaría a llamarse como su abuelo, Roger Blackraven, que viviría en la Inglaterra y que se educaría como el noble inglés que era. “Serás llamado conde de Stoneville hasta mi muerte, la que te convertirá en el nuevo duque de Guermeaux”.

Lo confinaron en un castillo al borde de un risco que parecía marcar el fin del mundo. No entendía cuando le hablaban pues, si bien dominaba varios idiomas, su madre no había querido que aprendiese el inglés. No le gustaba la comida, y a su padre le preocupaba porque perdía peso a ojos vistas; no respetaba a Mr. Simmons, su preceptor, el único con quien podía comunicarse pues sabía francés; lo obligaban a participar de la escuela dominical de una iglesia que no era católica, situación que lo aterraba, seguro de que se iría al Infierno; los niños lo miraban de soslayo y repetían entre dientes una palabra, la primera que aprendió en inglés: *bastará*. Unas niñas almidonadas, lideradas por la bellísima Victoria Trewartha, lo hostigaban con particular encono: además de recordarle su condición de ilegítimo, lo llamaban “*gipsy*” (gitano) o “*darkie*” (negro).

Según Constance, tres personas salvaron a Alejandro, o Roger, de vivir sumido en la pena: su tío Bruce y sus amigos Amy Bodrugan —tan despreciada

en Cornwall como Roger por tener un padre alcohólico y violento y una madre fugada con un palafrenero— y Simon Miles.

Después de una disputa con su hermano mayor, Bruce viajó a Cornwall a conocer a su sobrino, y el preceptor, Mr. Simmons, le informó que hacía dos días que no probaba bocado. En verdad, Roger estaba pálido y echado en su cama, y de nada valían las amenazas de castigo; parecía que quería dejarse morir, y firmeza y tozudez no le faltaban. Sir Bruce entró en su habitación y le habló en francés, le dijo quién era y se sentó en el borde de la cama. “Yo sé qué es lo que tú más deseas”. El niño ni siquiera lo miró. “Volver a ver a tu madre”. Sus ojos azules chispearon, pero no pronunció palabra. “Te llevaré a verla si tú me prometes hacer todas tus comidas”. “¿Cuándo?”, habló el niño por primera vez. “Cuando tu padre parta de viaje hacia Austria en el mes de agosto, yo te llevaré. Pero esto será un secreto entre nosotros”, y le extendió la mano para sellar el acuerdo.

Viajaron a París los tres, Bruce, Roger y Constance, y desde allí a Versalles. Hasta Bruce lloriqueó al presenciar el reencuentro de Isabella y Roger, que se precipitó a los brazos de su madre y se echó a llorar sin ningún viso de orgullo. Isabella, ahogada en llanto, sólo atinaba a pronunciar: “¡Mi Alejandro!”, y a apretarlo contra su pecho como si temiera que volvieran a arrancárselo. Un poco más serenos, se miraron a los ojos, e Isabella descubrió que su niño ya era un hombre. “Mire, madre”, dijo Roger, y le mostró el anillo en forma de trébol. “Nunca, ni un momento de todo este tiempo, me he separado de él”. Isabella dio un respiro profundo para aclarar su voz y le preguntó: “¿Has descubierto su secreto?”. Roger levantó la tapa de ópalo y su madre sonrió, orgullosa. “Este anillo del escorpión perteneció a los Bravante por siglos. Y no es coincidencia que tú y yo, querido hijo mío, hayamos nacido bajo su signo. Somos los más fuertes del Zodíaco y sólo Dios puede doblegarnos, nadie más. Nunca lo olvides”.

Allí, en el palacio donde había nacido, Roger se reencontró con lo que él consideraba su familia, la corte del rey Luis XVI. La despedida aconteció semanas después, y, aunque Isabella sentía que su corazón volvía a romperse al dejarlo ir, con el tiempo había comprendido que el destino de duque de Guermeaux era lo mejor que podía ocurrirle a su adorado Alejandro. En las mismas circunstancias (aprovechando un viaje prolongado de Alexander), Roger y su madre volvieron a encontrarse en Versalles, hasta que el duque de Guermeaux descubrió la treta de su hermano y lo amenazó con todo tipo de calamidades, la peor, prohibirle ver a su sobrino. Poco tiempo después, a la edad de dieciséis años, Roger marchó a Estrasburgo donde, gracias a la influencia paterna, ingresó en la exclusiva Escuela Militar. Le gustaba aprender

el arte de la guerra, a manejar armas y a pelear cuerpo a cuerpo. Su desempeño le granjeó las primeras jinetas de alférez antes que al resto de sus pares, y, aunque los maestros e instructores lo preconizaban y le pronosticaban un futuro brillante como militar, un día se fugó.

Amy Bodrugan, su compañera de aventuras en Cornwall, abandonó su casa, harta de las palizas y borracheras de su padre, y viajó, disfrazada de muchacho, hasta Estrasburgo para buscar a su único amigo. A Roger lo tentó la libertad de espíritu de Amy y su temperamento imprudente, y por primera vez experimentó fastidio por la implacable disciplina de la academia y el severo régimen de vida.

“Su padre lo buscó por mar y tierra”, explicó Constance, “y, en opinión de Bruce, el duque, en su tristeza y desesperación, mostró el cariño que siente por su único hijo. Roger volvió a la Inglaterra diez años más tarde, convertido en el hombre más fuerte y apuesto que conozco, rico como Creso y vanidoso como Lucifer. Se cree de veras invencible”.

Constance nos refirió acerca del matrimonio de Roger con su sobrina, Victoria Trewartha, de veinticinco años, que pintaba para solterona ya que, como consecuencia de la mala situación económica de su familia, no conseguía un candidato digno. Se sabía que Simon Miles, amigo de la niñez, la pretendía, pero el señor Trewartha se negaba a otorgar su consentimiento basado en la pobreza del enamorado. La única propuesta matrimonial factible la presentó el dueño del banco de Truro —un judío convertido al anglicanismo—, la cual Victoria rechazó sin dudar, más allá de la insistencia de su padre. “Por parte de Roger”, admitió Constance, “había mucho de lujuria y venganza en esa unión. En cuanto a Victoria, a pesar de su petulancia y caprichos, creo que estaba enamorada de él. Todo terminó de la peor manera, pero no deseo hablar de ello ahora”.

Ni siquiera después de la boda Roger Blackraven abandonó la vida nómada que llevaba desde hacía años. Como tiene patente para corso, se dedica a surcar los mares en busca de barcos de naciones enemigas. Posee una plantación en Ceilán, a seis millas del puerto de Colombo, donde se cultiva té, canela, clavo de olor y tabaco. Dicha propiedad posee extensos territorios forestados con árboles de madera comercial —ébano y satín—, frutales y resinosos, en especial los que producen caucho para fabricar el hule. Dada la profusión de cocoteros, abrió, en los arrabales de la capital, donde la mano de obra está más asequible, una fábrica para procesar los derivados del coco, desde la copra basta las fibras para cordelería.

Su plantación en Antigua no es menos próspera; allí se cultiva mayormente la caña de azúcar, aunque posee sectores con plantas de café. El ron producido en los alambiques de “La Isabella” está considerado de la mejor calidad.

Constance asegura que también es dueño de una propiedad en una ciudad de la América del Sur, cuya envergadura no se compara con las de Antigua y Ceilán.

“Su tío Bruce”, dijo Constance, “me confesó tiempo atrás que Roger sacó de la Francia revolucionaria a su madre y a su nodriza Michela disfrazadas de aldeanas. Y que salvó a muchos más de la guillotina, no sólo a nobles del Antiguo Régimen y a miembros del clero sino a gente común acusada de contrarrevolucionarios”. Sonrió antes de decir: “A veces nos preguntamos con Bruce si Roger no es la Pimpinela Escarlata o la Rosa Azul”.

No, es el Escorpión Negro.

Capítulo XXX

Ese Domingo de Ramos, de sol y cielo límpido, Melody organizó un día de campo en el Retiro. Invitaron al padre Mauro, a las Valdez e Inclán, a la señorita Leonilda e incluso a don Diogo. Colocaron la mesa bajo el tilo próximo al jardín de Béatrice. Después del almuerzo, el padre Mauro propuso una caminata por la vera del río. Blackraven y Somar se demoraron para conversar.

—Papá Justicia me ratificó anoche —expresó el turco— que será mañana, al caer el sol.

Blackraven levantó la vista para mirar a Melody. Iba del brazo de la señorita Leonilda, lucía plena y dichosa, conversaba y reía.

—Sospecho que alguien los ha vendido.

—¿A qué te refieres?

—A Maguire y a su cáfila de imbéciles, a ellos me refiero —contestó Blackraven—. Días atrás le pedí a Zorrilla que vigilase los asientos de Sarratea y Basavilbaso, incluso que los visitase en sus hogares y que tratase de averiguar si están al tanto de algo, sólo como medida de prevención. Anoche me dijo que, si bien no pudo sacar nada en limpio de sus conversaciones con los negreros, sí vio mucho movimiento de hombres armados en ambos asientos. Incluso, ha venido gente del campo para custodiar los predios. Demasiada coincidencia.

—Sí, demasiada. ¿Qué piensas hacer?

Blackraven soltó un suspiro y movió la cabeza con resignación.

—Haré lo único que me queda por hacer. Mañana por la noche iré a cuidarle las espaldas a ese sotreta de cuñado que tengo.

En un primero momento, Elisea se negó a volver al Retiro. Ni sus hermanas ni la señorita Leo entendían el porqué. Ella, simplemente, declaraba: “No volveré allí”. Evitaba cerrar los ojos, si lo hacía veía la cara repugnante de Sabas, hasta percibía el tacto de sus manos y de sus labios en el cuerpo. Se quedó en la sala escuchando el ajetreo antes de partir.

En sus recuerdos se deslizó una imagen de aquel sitio, la torre del campanario, y el frío que se había apoderado de su pecho cedió ante una repentina calidez. Pese a que no sería feliz, de igual modo anheló volver al lugar donde la dicha la había desbordado, donde nunca la agobiaron los problemas sino el placer que Servando le prodigaba. Entonces dijo: “Está bien, iré”.

Servando contaba entre los esclavos que los servirían durante el día de campo. Él condujo la carreta con los alimentos y las bebidas, y ayudó a transportar la mesa bajo el árbol. Después, desapareció. “Mejor así”, concluyó Elisea. Pidió autorización para permanecer bajo el tilo, con Miora y Siloé como compañía. Melody insistió en que una caminata por el río le daría color a sus mejillas, pero Elisea adujo que un

repentino cansancio la había acometido. El grupo marchó en dirección a la barranca, y las esclavas, a la cocina, con una pila de platos y cubiertos. Elisea dejó pasar unos minutos antes de escurrirse hacia el campanario. Caminó con rapidez y llegó muy agitada a la base de la torre. La ansiedad la volvió imprudente y subió corriendo. Casi no tenía aliento cuando alcanzó la puerta del campanario, estaba mareada y tuvo la impresión de que devolvería el almuerzo. Antes de que se desplomase, alguien la sostuvo.

—¡Servando! —exclamó.

—¿Qué has hecho? Estás muy pálida. Ven, acomódate aquí, sobre el jergón.

—¡No! —apenas musitó ella, pero Servando profirió un insulto y la obligó a sentarse.

—¿Qué has hecho? —insistió—. ¿Acaso has subido corriendo? ¿Con tu debilidad? Me dan ganas de... —Se mordió el labio; de pronto se llenó de compasión y trató de tocarla.

—¿Qué lees? —preguntó Elisea, esquivando la caricia.

Él dejó escapar un suspiro antes de contestar.

—Todavía no sé pronunciar su nombre.

—¿Shakespeare?

—Sí, ése.

—¿Qué obra de él lees?

—*La violación de Lucrecia*.

“Violación”, repitió Elisea, la palabra más sórdida y fea que conocía.

—¿Qué te ocurre? —se asustó Servando—. ¡Vuelves a estar pálida! ¿Por qué cierras los ojos? ¿Por qué te agitas? ¿Qué pasa? Elisea, háblame.

—Nada, nada —susurró—. Ya estoy calmándome, ¿lo ves? Léeme, vamos, léeme.

Servando, desorientado, se quedó mirándola. A veces le daba por pensar que las fiebres tan altas le habían arrebatado la cordura. No la conocía, ésa no era su Elisea, la joven arrogante de la que se había enamorado; otra, medrosa e insegura, había tomado su lugar.

—Lee —le ordenó de nuevo.

—“Dicho esto, pone su pie sobre la antorcha, pues la luz y la lujuria son enemigas mortales: el crimen, envuelto en la ciega noche, es tanto más tiránico cuando es menos visible. El lobo ha atrapado a su presa, la pobre cordera grita, hasta que con su propio vellón blanco su voz apaga, sepultando sus gritos, en el dulce pliegue de sus labios”.

Elisea oía en absoluto silencio, los ojos cerrados, las manos tomadas sobre el regazo y la cabeza descansando en la pared. Acompañaba a Lucrecia en cada momento del asalto que sufría a manos de Tarquino, podía describir lo que

Shakespeare había obviado. En parte, esos versos la reconfortaban, como si la soledad que la había abrumado se esfumara. Lucrecia le parecía una amiga en la amargura, alguien que la habría comprendido. Ya no era la única mancillada ni la única condenada al deshonor.

—“Como el pobre venado que, asustado, contempla salvajemente, buscando por qué camino debe escapar, o como quien desorientado en una enmarañada espesura no puede hallar directamente su camino, así Lucrecia consigo misma sostiene un debate, acerca de si es mejor vivir o morir, cuando la vida es vergonzosa y la muerte es deudora del oprobio”. ¿Por qué lloras? —se interrumpió Servando—. ¿Qué tienes?

Las lágrimas se escurrían entre sus pestañas y le bañaban las mejillas. Dijo, sin levantar los párpados:

—Aquella noche, la de la boda del señor Blackraven y miss Melody, yo también me debatí entre si era mejor vivir o morir.

—¡Elisea! ¿De qué hablas?

—Sentía asco, mucho asco, mi cuerpo me daba asco, quería deshacerme de él.

—Explícame, no entiendo. ¡Me vuelves loco con tus rodeos! ¿Acaso asco de mí?

Elisea abrió los ojos y se encontró con el rostro de Servando muy próximo al de ella, alterado y confundido.

—Mi Servando. Tú también has sido víctima de la misma infamia a la que yo fui sometida, porque sé que te he hecho sufrir con mi rechazo y mi silencio.

—¡Por Dios, Elisea! —clamó el yolofo, y se puso de pie—. Explícate o creeré que estás desquiciada.

—Aquella noche, la de la boda, la que precedió a la muerte de mi padre, después de despedirnos a la puerta de esta torre, corrí hacia el pórtico para entrar por la sala de música. Esa tarde, cuando nadie me veía, había quitado la falleba para poder entrar más tarde, después de nuestro encuentro. No alcancé nunca la sala. Antes de lograrlo, fui víctima del más horrendo ataque. —Se cubrió con las manos y se echó a llorar.

—¡Elisea! —Servando cayó de rodillas y la abrazó.

—¡No me hagas explicártelo! Entiéndelo tú mismo, por piedad. La vergüenza y el asco me atan la lengua y no puedo contarte lo que ocurrió esa noche sin que mi corazón se quiebre una vez más.

—Sólo dime su nombre.

—Sabas.

A la mañana siguiente, al despertar, Melody se dio cuenta de que Blackraven ya había dejado la cama. Se echó un peinador sobre los hombros y se sentó en el tocador para aprestarse. Sus ojos dieron con un sobre junto a los frascos de afeites y lociones. Lo abrió, creyendo que se trataba de un mensaje de Roger.

“Miss Melody, le suplico venga a verme al Convento de las Hijas del Divino Salvador hoy al mediodía, después del Ángelus. Bernabela Valdez e Inclán”.

Gilberta le aseguró que ella no había recibido ese sobre y, aunque preguntaron al resto del servicio doméstico, no dieron con la persona que lo había dejado sobre el tocador. Melody sabía que debía ir sola y no mencionar la misiva a Blackraven; en caso contrario, le prohibiría acudir al convento. Al igual que con el asunto del señor Traver, Roger se mostraba renuente a explicarle los motivos que llevaron a una mujer frívola como doña Bela a ingresar en un convento de clausura; lo de la promesa a Valdez e Inclán que se lo contara a otro, ella no era tonta. Le dolía desconfiar de su esposo; asimismo la ofendía que él desconfiase de ella y que no le abriera su corazón.

Al aproximarse la hora de la cita, se embozó con una mantilla de esclava, tosca y gruesa, y salió sin que Somar lo advirtiera. En cuanto a Blackraven, seguía fuera, y resultaba improbable que volviese para almorzar. Caminó rápido, sin levantar la vista.

Enda Feelham, que la seguía apenas la vio abandonar la casa, mantenía el tranco para no perderla. No le costó entrar en la casa de San José —Bernabela le había dado una llave— para dejar la carta sobre el tocador, incluso se había aproximado a la cama donde Melody dormía y le había tocado el pelo. Podría haberla matado, el esposo había salido temprano y no se escuchaba a los sirvientes ni al resto de la familia. Retiró la mano antes de que la tentación la llevara a trasegar sus planes. La hija de Lastenia debía sufrir antes de morir, tal como había sufrido su Paddy.

Melody llegó agitada y descompuesta de calor, y esperó unos minutos antes de tocar la campana del convento. La hicieron pasar al locutorio, una pequeña habitación sin ventanas, con una lámpara de aceite colgada del techo y una banqueta apostada a lo largo de una reja muy espesa, como filigrana. Cerró un ojo para observar por un agujero. El recinto contiguo era pequeño y lúgubre. No concebía que doña Bela hubiese accedido a enterrarse en vida en un sitio como ése a pedido de un hombre al que detestaba.

El roce de un hábito sobre el piso de piedra la alertó de que alguien se aproximaba. Se inclinó sobre la reja y la vio, tanta belleza desperdiciada tras la estameña del velo. A pesar del contexto y las vestiduras, su mirada seguía siendo la misma, fría y resentida.

Sobre todo, Bernabela envidiaba a Melody, no tanto por el hombre que le hacía el amor sino por la libertad de que gozaba, la que ella había codiciado desde el día en que la desposaron con Valdez e Inclán, la que recuperó con su muerte y que volvió a perder un día más tarde. El motivo por el cual no había hecho antes lo que se disponía hacer en ese momento se desvaneció el día en que puso pie en ese foso del Infierno: ya no necesitaba preservar la amistad de Blackraven para que, después de la muerte de Valdez e Inclán, las mantuviese a ella, a sus hijas y a sus hermanos. Se acordó de un proverbio que Roger le había dicho tiempo atrás —la venganza es un plato que se come frío— y dijo:

—Le agradezco que haya venido, miss Melody.

A contrapelo de lo que exigía de los demás, en ese caso le molestó que no la llamara “señora condesa”.

—Está bien, doña Bela. Vine sin dudar pues supuse que quería preguntarme por la salud y el estado de sus hijas.

—No. De mis hijas se ocupa Leonilda. Con usted deseaba hablar de Roger.

Los celos sacaron lo peor de ella, y objetó:

—Preferiría que llamara a mi esposo por su título.

—Miss Melody —manifestó, con acento obsequioso—, después de haberme acostado con él tantas veces no puedo pensarlo ni llamarlo de otro modo que no sea Roger.

Melody se puso de pie con intención de marcharse. Bela hizo otro tanto y, tomándose de la reja, le exigió:

—No se retire. Tengo cuestiones importantes que tratar con usted.

—Nada de lo que quiera decirme me interesa. Buenas tardes.

—Estoy convencida de que Roger no le contó que estuvo casado, ¿verdad? —Melody se detuvo—. Hay detalles escabrosos que usted debería conocer.

Aún de espaldas, Melody se debatía entre huir o quedarse. Una voz le insistía en que tomara asiento; otra le aconsejaba: “No te sometas a la malicia de esta mujer”.

—Hable de prisa —dijo, y se sentó—. No cuento con demasiado tiempo.

—Usted no es para un hombre como Roger. Covarrubias habría sido un esposo a su medida. Dócil y de carácter apacible. Sólo una mujer como yo habría estado a la altura de Roger Blackraven. Usted es poca cosa para él.

—No me quedaré para que me insulte. Hábleme de ese supuesto matrimonio del señor Blackraven o me iré.

—¡Supuesto matrimonio! Fue el matrimonio del que habló toda la sociedad londinense en su momento. Tuvo lugar hace algunos años. Ella se llamaba Victoria Trewartha y era de familia noble, aunque empobrecida. Debo admitir que, pocas veces en mi vida, he visto a una mujer tan hermosa como ésa.

Viniendo de doña Bela, el comentario la afectó sobremanera. No quería llorar, pero ya sentía tensa la garganta y un escozor en la nariz.

—El matrimonio no fue una unión exitosa. Roger no pudo con su genio y recomenzó la vida de aventurero y libertino a la que está acostumbrado. Victoria, por su parte, se buscó un amante para entretenerse durante las largas travesías de su infiel esposo. Una Navidad, Roger se presentó al improviso y los pilló en la cama.

—¡Oh!

—Las malas lenguas dicen que Roger se echó a reír, y yo lo creo capaz. Sin embargo, lo que vino después no es de risa. Victoria desapareció. Salieron a buscarla, Roger y muchos más. Horas después, hallaron, en lo alto de un risco, una carta junto a sus ropas. Se había suicidado arrojándose al mar. Nunca encontraron el cuerpo, y,

aunque no pudo probarse nada, las sospechas cayeron en Roger. Según se murmura fue él quien la empujó para que se estrellase contra las peñas en el mar.

Melody rompió en un llanto de niña. No le importaba si doña Bela la veía sufrir, sólo necesitaba echar fuera el dolor causado por esa confesión.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Porque quiero lastimarla. Sólo con haber liberado a mis pájaros habría bastado para querer hacerlo. Pero, además de eso, usted me despojó de Roger. Él era mío y usted me lo quitó.

Melody se instó a ponerse de pie y a huir de esa habitación enviciada de odio. Se sujetó de las rejas buscando apoyo para incorporarse. Bela entrelazó sus dedos con los de ella y se los apretó.

—¡Suélteme! ¡Déjeme ir! ¡Está haciéndome daño!

—Eso es lo que deseo, miss Melody. Hacerle daño. Mucho daño. Quisiera verla agonizar frente a mí.

—¡Déjeme ir! Ya me ha hecho usted mucho daño, puede estar satisfecha.

—No, aún quedan cuestiones por revelar. ¿Sabe, miss Melody? Siempre me intrigó saber qué diría el Ángel Negro si se enterase de que está casada con un hombre que amasó gran parte de su fortuna como negrero. Porque él no se lo ha dicho, ¿verdad?

—¡Eso es una calumnia! ¡Roger jamás traficaría con seres humanos! ¡No le creo! Se soltó de un jalón, lastimándose.

—Confróntelo —sugirió Bela—, dígame que le jure por la vida de usted que él no fue negrero en el pasado. Lo fue, se lo aseguro. E hizo muchísimo dinero como tal.

Melody corrió hacia la salida.

—¡Esto no termina acá, miss Melody! —la amenazó, golpeando la reja con el puño.

—¿Se encuentra bien? —se extrañó la monja que le abrió la puerta.

Melody no contestó y alcanzó la calle tambaleándose, llorando bajo el rebozo. Tomó cualquier rumbo, quería alejarse. Caminó varias cuadras y terminó frente a la iglesia de San Francisco. El interior se hallaba fresco y vacío, apenas iluminado. Al hincarse frente al Sagrado Corazón, cierta paz le permitió respirar con normalidad. No rezó ni lloró, tan sólo contempló la imagen de Cristo. Ideas diversas le venían a la mente, de modo caótico y errático, pensaba en qué ordenaría para la cena y un segundo más tarde se imaginaba a Roger aventando a su esposa desde un risco.

—¡Señora! —exclamó Somar al verla regresar de la calle—. ¡Por fin llega! Estaba volviéndome loco.

Melody no se detuvo y corrió a su dormitorio. Blackraven entró cuando ella vomitaba en la jofaina.

—¡Isaura! ¿Qué tienes? —Se precipitó a su lado y la sostuvo por los hombros—.

¿Qué sientes? ¿Qué te ocurre? ¿Dónde estabas? Casi muero de la angustia cuando Somar me dijo que no podía encontrarte.

Melody se limpió con una toalla y se recostó en la cama donde se echó a llorar de nuevo. Blackraven se sentó en la cabecera y le retiró el cabello de la cara.

—No me toques.

—¿Isaura! ¿Qué te ocurre? ¡Háblame! ¿De dónde vienes? ¿Con quién estuviste?

—¿Con doña Bela! Me envió una nota pidiéndome que fuera al convento. Y allí supe cosas de ti que me revolviaron el estómago.

—No creas lo que esa pérfida te haya dicho. Es una serpiente que lo único que quiere es separarnos.

—¿Por qué querría separarnos? ¿Porque fue tu amante y está despechada?

—Te prohíbo que vuelvas a verla. —Blackraven se puso de pie—. Mantente alejada de esa mujer. Es peligrosa, ¿entiendes? ¡No vuelvas a acercarte a ella!

—¿Es mentira que estuviste casado con una mujer llamada Victoria? ¡Dime! ¿Es mentira?

—No, no lo es.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque es parte de un pasado que quiero olvidar.

—¿Quieres olvidar que la mataste?

—¡No sabes lo que dices! En caso contrario, jamás habrías mencionado esa calumnia.

Melody hundió la cara en la almohada y se puso a llorar de nuevo. Blackraven volvió a sentarse en el borde de la cama.

—Siempre he sospechado que te guardas cosas, que no me dices todo acerca de tu vida. Hoy pude comprobar que mis sospechas no eran vanas. Yo te abrí mi corazón, Roger. Tú no hiciste lo mismo con el tuyo.

—Tú necesitabas hacerlo, cariño. Necesitabas sacar fuera ese dolor y compartirlo conmigo.

—¿Y tú no? ¿Acaso eres todopoderoso que no necesitas de mí?

La dio vuelta con rudeza y la sujetó al colchón por los hombros.

—Necesito de ti como del aire —le dijo, muy próximo, apretándole la carne en tanto le hablaba—. Eres de lo único que necesito para vivir, ¿entiendes? No sé cómo lo lograste, pero te clavaste en mi corazón, y ya nada puedo hacer.

—Habría preferido que me contaras acerca de tu esposa y de las sospechas que cayeron sobre ti. Fue humillante enterarme por doña Bela.

—No vale la pena hablar del pasado.

—Pero yo quiero que me hables de ella —se encaprichó—, quiero saber de Victoria.

—¿Para qué quieres saber, Isaura? No tiene sentido.

—¿La amabas?

—No.

—¿Por qué la desposaste, entonces?

—Porque era hermosa y pertenecía a la nobleza de Cornwall, de donde es oriunda mi familia, los Guermeaux. Los Trewartha, al igual que las demás familias de la región, me despreciaban de niño por ser bastardo. Años más tarde regresé rico, y los Trewartha eran pobres para ese entonces. Me casé por despecho y ella, por dinero. No podía terminar bien.

—Doña Bela dice que la descubriste con su amante.

—Sí, es cierto.

—¿Por eso se suicidó?

—Se tiró al vacío y cayó al mar. No sé por qué lo hizo.

—¿Sufriste?

—Sí, sobre todo por la culpa. Ella era muy joven y hermosa. Merecía otro destino. La culpa por su muerte vive conmigo.

Melody dejó la cama, mareada y lánguida. Tenía mal sabor de boca y se sentía sucia y transpirada. Llamaría a Trinaghanta para que le preparase un baño. Quería estar sola y en silencio.

—¿En qué piensas?

—¿Fuiste negrero, Roger? —Blackraven permaneció callado, contemplándola con fijeza—. Jura por mi vida que no fuiste negrero.

—Sí, lo fui.

Melody experimentó una honda tristeza que le quitó la poca fuerza que le quedaba. Se echó en un confidente y cerró los ojos.

—Isaura, permíteme explicarte.

Melody levantó la mano y Blackraven se detuvo.

—Déjame sola. Necesito estar sola.

Ese día, el de la revuelta, Sabas tenía que hacer dos cosas, la primera, sacar del medio a Papá Justicia para que no participara; la segunda, quitarse él mismo del medio para justificar su ausencia durante el ataque. Para la primera fue a ver a su madre al Convento de las Hijas del Divino Salvador; a esa hora la encontraría regresando del mercado.

—No permaneceremos por mucho tiempo en este lugar, m'hijo. La señora Enda nos ayudará a escapar.

—Usted no se escape, madre, porque así se convertiría en una cimarrona. A mí me faltan muy pocos riales para comprar la liberta. De algún lado los voy a conseguir. ¿Tiene lo que le pedí?

—Aquí está —y le pasó un saquito de tela—. Preste atención, m'hijo. No le vaya a dar más de dos puñaditos, así, mire. Si le da más de esto, me lo despacha pa lotra

vida. ¿Está claro?

—Sí, madre, está claro.

—¿Y pa qué anda necesitando dormirme al Justicia?

—Es largo de explicar, madre, y ahora no hay tiempo. Se lo diré más luego. Sólo sepa esto: hoy me voy a vengar del amo Roger, por lo que le hizo a usted y por los ochenta verdugazos que me dio a mí.

—Váyase con cuidado, m'hijo.

Nada detendría la furia de Maguire cuando le dijera que había sido Blackraven el felón que los había vendido a Álzaga, y, por supuesto, la traición comenzaría por Servando. Se adentró en el barrio del Mondongo ensayando las frases y gestos que utilizaría para convencer al hermano de miss Melody, aunque presumía que sería fácil conseguirlo. Llamó a la puerta de Papá Justicia.

—¡Sabas! ¿Qué haces aquí?

—Vine a visitarlo, Papá.

—Vamos, entra. Aguarda un momento. Voy a quitar la olla del fuego.

Como de costumbre, el jarro con que cebaba mate estaba sobre la mesa. Midió los dos puñados de polvo, los echó al agua y revolvió con el dedo. Enseguida apareció Papá Justicia con un plato de puchero.

—¿Quieres?

—Huele bien —dijo Sabas, y se sentó a comer.

Papá Justicia cebó un mate y se lo extendió.

—No, gracias. Ando con las tripas medio sueltas.

De camino a la casa de la calle Santiago, se detuvo en una pulpería y bebió tres vasos de ginebra. Llegó entonado a lo de Valdez e Inclán y se puso a manosear a Visitación, la preferida de Servando antes de la señorita Elisea. La esclava dio gritos y profirió insultos hasta que don Diogo se presentó con el látigo y lo agarró de la oreja.

—¡Estás borracho, negro vicioso! ¡Al cepo! Eres un vago sin remedio —le espetó, en tanto echaba cerrojo al madero que le inmovilizaba cabeza y manos—. Te buscaré un oficio o le diré a Blackraven que te venda por los dos pesos que vales.

Servando se acostó en el jergón y fijó la vista en el techo de la pieza. A riesgo de ligarse unos azotes, ese día no se había presentado en el taller del tapicero para dedicarse a buscar a Sabas. Cuando por fin dio con él en la casa de los Valdez e Inclán, le dijeron que don Diogo acababa de enceparlo por manosear a Visitación. No lo mataría encepado, así que tendría que esperar quizás hasta el día siguiente porque don Diogo solía levantar las penas por la mañana. Sería una larga noche de insomnio, como lo había sido la anterior, atormentado con imágenes espantosas de Elisea y Sabas, y asfixiado por un sentimiento de impotencia que ni siquiera experimentó cuando Pangú le echó la red y lo cazó como a un mono. No soportaba estar acostado,

se ahogaba con el llanto. A veces se quedaba dormido y una pesadilla lo sobresaltaba para comenzar con las lágrimas otra vez. Se recriminó no haberla acompañado hasta el pórtico y asegurarse de que entrara en la casa, y se golpeó la cabeza contra la pared hasta pelarse la frente y sacarse sangre.

Somar entró en la pieza.

—Levántate —le ordenó—. El amo Roger te necesita.

Se habría enterado de que no había ido al taller, y tendría suerte si lo dejaba ir con el lomo intacto. Caminó detrás del turco hacia la biblioteca y, recién al entrar, se dio cuenta de que no llevaba el turbante ni esos ropajes extraños sino chiripá y poncho de bayeta. Aunque la habitación se hallaba en penumbras, advirtió que el amo Roger también usaba vestimenta de campo y que se había soltado el pelo y tenía un sombrero a la espalda, con el barboquejo alrededor del cuello.

—Babá —pronunció Blackraven—, necesitamos tu ayuda esta noche. De lo que hoy te enteres aquí se irá contigo a la tumba, ¿está claro?

—Sí, amo Roger.

Una hora más tarde, salieron los tres a caballo en dirección a la Plaza Mayor, donde tomarían distintos rumbos, Somar hacia lo de Basavilbaso para custodiar a Pablo, y Blackraven y Servando, a lo de Álzaga, para ocuparse de Maguire y de Papá Justicia, a quien trataron de alertar de la sospecha de una emboscada, pero no hallaron por ningún lado.

Enlazaron las riendas al palenque y ocuparon una mesa en la pulpería frente al negocio de Álzaga, donde ya no atendían al público, pero se veía luz y el movimiento de los empleados acomodando las mercancías.

—Escúchame bien, Babá. Nosotros nos mantendremos ocultos y vigilantes. Si todo se desarrolla como mi cuñado planeó, sin inconvenientes, no intervendremos en absoluto. Si vemos que esto se desmadra, tú te ocupas de Papá Justicia y yo, de Maguire. Los ocultaremos por un tiempo donde Somar te llevó el otro día. ¿Recuerdas cómo llegar?

—Sí, amo Roger.

Blackraven distinguió a Tomás Maguire entre los pocos transeúntes que quedaban, a pesar de que iba embozado y con un sombrero de ala ancha sobre la frente. Lo delataron unos mechones de una tonalidad peculiar, entre rubio y rojizo, que se le escapaban a la altura de la nuca. Tres esclavos pasaron junto a Maguire y lo miraron de reojo.

—Ingresaremos por la parte trasera —indicó Blackraven—. Allí está el depósito, una especie de granero atestado de cajas, sacos y toneles. No nos faltará lugar para escondernos.

—Sí, amo Roger.

—Apresta tu arma. Andando.

Blackraven se trepó a un árbol con una agilidad que dejó boquiabierto a Servando, y desde allí examinó el panorama. Aún quedaban luces encendidas dentro de la tienda, y una calma y oscuridad sospechosas reinaban en el depósito. Bajó del árbol.

—No entraremos. Algo no me gusta. Aguardaremos aquí fuera.

Se ocultaron tras los ligustros de una casa vecina, y transcurrió un cuarto de hora antes de que escucharan pasos y susurros. Era de noche, sin luna, y la calle estaba privada de iluminación pública. Alguien encendió un fanal cerca de la tapia de Álzaga. Blackraven y Servando distinguieron al grupo de insurrectos que, aprovechando las sinuosidades de la pared, trepaban, todos al mismo tiempo.

No pasó mucho hasta escuchar la voz de alto y disparos. Como Blackraven había sospechado, algunos guardias se agazapaban en el depósito.

—¡Vamos! —ordenó.

Cruzaron la calle y se lanzaron dentro de la propiedad. Tiempo después, al meditar la proeza, Servando se preguntaría de qué modo pudo franquear la pared de dos metros y penetrado en esa marimorena sin que le temblara el pulso, blandiendo sus armas y gritando como un loco.

El amo Roger, en cambio, lucía más sereno, como si aquel espectáculo le resultase familiar y supiera cómo conducirse. Sorprendía la economía de sus golpes, con la culata del arma o bien con los certeros mandobles de su estoque, y lo hacía sin abrir la boca y con movimientos austeros y precisos. Ya había ubicado su objetivo y embestía lo que se interpusiera. Servando, por su parte, no encontraba a Papá Justicia en medio de ese enredo de cuerpos, alaridos y tiros, y le dolía el brazo derecho a causa de un corte cerca del hombro.

Blackraven derribaba a guardias e insurrectos por igual. Sabía que, si bien los esclavos mostraban gran denuedo, los hombres de Álzaga estaban masacrándolos y que la escaramuza terminaría pronto. Corrió el último trecho y se detuvo detrás de Tommy, que se debatía en una pelea a cuchillo. Apuntó por sobre la cabeza de su cuñado, y el guardia cayó de espaldas con un tiro en el pecho. Tommy, sorprendido, se dio vuelta para recibir un golpe en la cara que lo tiró, inconsciente.

—¡Babá! —gritó Blackraven, con Tommy sobre el hombro—. ¡En retirada!

—¡No he dado con Papá Justicia! ¡No lo encuentro por ninguna parte!

—¡Déjalo! ¡No hay más tiempo!

Esa noche, Servando tuvo una medida de la fuerza física de Blackraven cuando lo vio cargar ese peso muerto sobre las espaldas mientras corría y sorteaba obstáculos para alcanzar la parte trasera de la propiedad. Un guardia, que se desprendió de la trifulca, los siguió, ordenándoles que se detuvieran. Blackraven, que ya había usado la única bala de su pistola, tomó la de Servando, apuntó y lo derribó de un tiro en la pierna. Acercaron un tonel a la pared para ayudarse a transponerla.

—Salta tú primero y quédate cerca para recibir a Maguire.

—Pero, amo Roger, ¿cómo hará para subirlo?

—¡No me cuestiones y haz lo que te digo!

Saltó, como le había sido ordenado, y se pegó a la pared. Blackraven recostó sobre el filo de la tapia a Tommy y luego lo sentó.

—Sujétalo de las piernas que yo lo sostendré por los sobacos.

Por fin, Roger saltó fuera y volvió a echarse al hombro a Tommy.

—Ve a buscar los caballos, pero ten cuidado. Habrá guardias en la parte delantera.

De hecho, el comisario y sus agentes se precipitaban por la calle de la pulpería, alertados por los tiros y el escándalo. Los vecinos y los parroquianos se agolpaban a la entrada de la tienda, lo que aprovechó Servando para desatar los caballos del palenque y fugarse.

Blackraven atravesó a Tommy sobre la montura de Servando y lo aseguró con un cabestro al arzón.

—Llévalo a la cueva. ¡De prisa! —y azuzó al animal que galopó en dirección al Bajo.

Montó a Black Jack y marchó hacia la otra calle, la de la entrada principal al negocio de Álzaga. Desde la esquina divisó a un par de policías que apuntaban a cuatro negros esposados, formados en fila; el comisario y otros agentes, por su parte, sacaban a los demás, muertos o heridos, a la rastra. A los sobrevivientes les aguardaba la tortura. No vio a Álzaga, y conjeturó que el vasco mantuvo distancia durante el ataque.

Cansado, guió a Black Jack hacia la zona de la Plaza Mayor. Al llegar a su casa, comprobó que Somar seguía fuera. Se aligeró de ropas y se tomó un trago de brandy. Recostado en el sillón, pensó en Isaura y en el escándalo que estallaría cuando los negros confesaran el nombre de su hermano y de Papá Justicia. “Si tan sólo pudiera aislarla de lo que vendrá”, deseó.

Ese día, después de la aciaga confesión de Bernabela, Melody se encerró en su dormitorio y ni siquiera le permitió a Siloé entrar con comida. Aunque por momentos pensó en echar abajo la puerta, Blackraven respetó su decisión y se mantuvo alejado.

Escuchó los pasos medidos de Somar en el corredor y se asomó a la puerta.

—¡Por fin, amigo! Estaba preocupándome. —Somar ensayó una expresión de asombro, y Blackraven se justificó—: Estaba impaciente por conocer tu suerte.

—Estoy en una pieza, aunque aquello fue una masacre. Los esperaba un pequeño batallón armado.

—¿Qué ocurrió con Pablo?

—Lo dejé en la cueva. Ahí me encontré con Servando y tu cuñado, que seguía inconsciente. En cuanto a Pablo, está muy mal herido.

—Iré por Redhead, lo llevaré a la cueva. Podemos confiar en él.

—Redhead no podrá hacer nada por él, Roger. Tiene la mitad de las tripas fuera del cuerpo. Ya debe de haber muerto.

—¿Viste a Papá Justicia? —Somar sacudió la cabeza—. Es extraño, nosotros tampoco lo encontramos. Y no creo que haya participado del ataque de la Compañía de Filipinas. Él mismo te dijo que estaría con Maguire.

—¿Piensas lo mismo que yo?

—No —dijo Blackraven, con firmeza—. Papá Justicia no es el traidor.

Antes de acomodarse en una habitación para huéspedes, intentó hacerlo en la suya. La puerta estaba abierta. Se acercó a la cama, donde Melody dormía ovillada sobre un costado, con las piernas pegadas al pecho y las manos, al cuello, como si tuviera frío. Blackraven desenredó la sábana y la cubrió, y Melody se agitó sin despertarse.

—Te amo —le susurró, y la besó en la sien.

Tomás Maguire notó el gusto a sangre en su boca y abrió los ojos. Identificó cada puntada y malestar, y se dio cuenta de que su cuerpo había sido maltratado, como si un ejército lo hubiera baqueteado. Percibió el frío y la aspereza del suelo en la mejilla y, al mover la cabeza, descubrió una fuente de luz a palmos de él, una lámpara de aceite sobre una caja de madera. Vio unos pies descalzos y unas fuertes y oscuras pantorrillas a continuación. Ladeó aún más la cabeza hasta descubrir a Servando que se movía hacia una persona recostada en el piso.

El esfuerzo le agitó las puntadas en la sien y le aceleró la respiración. Apretó los ojos para ahuyentar el dolor. Quería averiguar dónde estaba y cómo había llegado allí. Recordaba a un hombre de ominosas facciones y cuchillo en alto que se abalanzaba sobre él; recordó también que lo vio caer de espaldas con un tiro en el pecho. Después todo se había vuelto negro.

Servando se puso de pie con trapos que goteaban sangre. ¿Quién sería el pobre infeliz? Y por primera vez Tommy se preguntó qué haría Servando allí. Intentó pronunciar su nombre, sin éxito, pues no consiguió emitir sonido, tampoco moverse, y se desesperó al ver que el esclavo se evadía por un hueco abierto en la tierra con un fanal en la mano. Debieron pasar largos minutos antes de que pudiera incorporarse. Apenas se irguió, vomitó, y caminó como ebrio hasta un odre con agua.

Se acercó al hombre en el piso y lo contempló desde arriba con desapego mientras sorbía. Cayó de rodillas al darse cuenta de que era Pablo.

—¡Pablo! ¡Pablo! ¡Despierta!

Como una lluvia de piedras, los recuerdos acudían a su mente.

—Tommy —musitó Pablo.

—Sí, soy yo.

El muchacho lanzó un quejido e intentó llevarse la mano a la altura del bajo vientre donde tenía una venda empapada en sangre.

—No te toques. Tienes un rasguño, nada más, pero debe de doler.

—¿Dónde estamos? —Tommy recorrió aquel sitio con la mirada—. ¿Qué pasó? Recuerdo... Creo que estaban...

—Calla, no debes hablar. Haz acopio de fuerzas. Debes recuperarte. ¿Tienes sed?

—Sí.

Lo ayudó a levantar la cabeza y beber unos tragos de agua.

—Tommy, escúchame. —Pablo lo aferró por el cuello y, con vigor inusitado, lo obligó a agacharse—. Fue Blackraven, él nos delató.

—¿Qué dices? ¿Cómo sabría él de la revuelta?

—Su sirviente, el que llaman Somar, estaba ahí. Llevaba la cara cubierta, pero al llegar aquí, creyéndome inconsciente, se quitó el pañuelo y lo reconocí.

—Oh, por Dios. —Le tembló la voz y el pulso, y de pronto se disipó la confusión inicial—. Ha sido Servando, él le ha confesado todo a Blackraven. ¡Maldito negro felón! ¡Maldito pirata inglés! ¿Qué habrá sido del resto? ¿Qué hacemos nosotros aquí?

—Blackraven ha querido salvarnos para evitar el odio de Melody. Por eso nos trajeron aquí.

—Tiene sentido —acordó Tommy, con los ojos nublados—. ¡Es un maldito hijoputa! ¡La va a pagar, maldito mal nacido! ¡Juro por la memoria de mi padre que la va a pagar!

—Tommy...

—Basta, no digas más. Descansa.

—Tommy, dile a Melody... —Se puso rígido, contuvo el aliento y, al soltar el respiro, murió.

—Pablo, Pablo, vamos, abre los ojos, ¡háblame! ¿Por qué no me hablas? —Lo sacudió con furia y, aunque sabía que estaba muerto, siguió llamándolo—: ¡Pablo, no me dejes, amigo! ¡Tú no me dejes también! —hasta que se dio por vencido, soltó un alarido y lloró con la cara sobre el pecho de Pablo.

Servando montó su caballo, oculto en la espesura de la vegetación a orillas del río, y galopó hacia la ciudad. Le quedaba ocuparse de Sabas, y no le importó que todavía fuese noche cerrada y que lo aguardasen horas de espera antes de que don Diogo lo liberase del cepo. Esperaría escondido en la parte trasera de la casa de Valdez e Inclán, no se movería de allí hasta dar con él, lo acecharía como había acechado a las bestias en su época de cazador. A pesar de que hacía dos días que no pegaba ojo, se mantenía firme y despierto sobre la montura, en una mano la rienda, en la otra el facón.

En Buenos Aires, dejó el caballo en la casa de San José y caminó hasta la calle de Santiago. Trepó la pared y cayó en el patio de la servidumbre. En unas horas comenzaría el movimiento, por lo que decidió esconderse en el techo de la

caballeriza. Desde allí tendría un panorama inmejorable de la situación. Alrededor de las seis, apareció don Diogo, se metió en la pieza del cepo y salió con Sabas tambaleándose por detrás.

—Hoy hablaré con Blackraven acerca de ti —le informó—. Ahora ve a lavarte que apestas, negro sucio, y más te vale que no reciba otra queja por tu causa, porque te mato a cuerazos.

—Sí, don Diogo.

Sabas apenas si se mantenía en pie. Con ayuda de Gabina, sacó agua del aljibe y se lavó ahí mismo sin jabón ni esmero.

—Te traeré algo para comer —dijo la esclava, y se metió en la cocina.

Sabas se echó sobre unos fardos y se quedó dormido, unos minutos, los que tardó Gabina en alcanzarle un mate y un mendrugo de pan. Servando advirtió que no parecía apenado por las horas de castigo ni por la amenaza de don Diogo, al contrario, se habría dicho que estaba animado. Sonó la campana. Elodia, la cocinera, salió con una olla para comprar la leche.

—¡No sabe, Elodia! —dijo el lecherito, y desmontó de un salto—. ¡Tremendo jaleo se ha armado!

Los esclavos se agruparon en el portón de mulas para escuchar al niño que les refirió los sucesos de la noche anterior en lo de Álzaga, Sarratea y Basavilbaso. Sus palabras se mezclaban con exclamaciones y lágrimas, pues las víctimas entre los negros eran muchas. Servando, que no apartaba los ojos de Sabas, lo vio estremecerse cuando el lecherito aseguró que Papá Justicia estaba preso.

—Dicen que los soldados del virrey entraron en su casa del Mondongo y lo encontraron durmiendo en una silla. Lo sacaron a la rastra y lo llevaron al Fuerte.

Sabas no se quedó para escuchar el final del relato. La noticia de la revuelta había tomado estado público, y podía verse la conmoción en la gente que se juntaba en las esquinas a polemizar. Servando se sorprendió cuando Sabas se metió en la casa del comerciante Martín de Álzaga, sobre la calle de la Santísima Trinidad. Salió al poco rato y caminó en dirección a la Plaza Mayor; allí se detuvo a la puerta del Cabildo para hablar con un mulecón. Servando lo conocía, se llamaba Remigio; pertenecía a Álzaga y lo acompañaba a todas partes. El mulecón se metió en el edificio y reapareció un momento después.

—Ven. El amo Martín te verá en el patio.

Aunque Servando no pudo acercarse ni escuchar lo que Sabas decía, una nefasta percepción comenzaba a formarse en su mente. Veía la severidad y el desprecio con que Álzaga contemplaba a Sabas primero, y la furia que lo acometió después, no porque gritase, pues se cuidaba de levantar la voz, sino porque su rostro, de una palidez malsana, se volvió rojo. El vasco dio media vuelta con una maniobra airosa y petulante y entró en el Cabildo. Sabas y Remigio salieron por el costado.

—Dicen que un negro lo delató cuando lo amenazaron con la tenaza.

—Papá Justicia no participó de la revuelta —se encolerizó Sabas—. Yo lo sé. Lo dejé dormido en su casa. ¿Acaso no estaba dormido cuando fueron a sacarlo los soldados?

—No te preocupes. El amo Martín lo hará liberar porque tú lo amenazas con irle con el cuento a doña Magdalena.

Sabas tomó hacia el Bajo y caminó por el río en dirección sur hasta alcanzar la altura del barrio del Mondongo. Pasó la zona de las lavanderas y se adentró en un bosquecillo solitario. Se notaba que lo conocía de memoria pues se desplazaba con seguridad. Alcanzó un gomero y se sentó sobre una raíz que emergía de la tierra. Metió la mano en el hueco del tronco y sacó una lata que, Servando recordó, le había desaparecido a la señorita Leonilda.

—Sabas —lo llamó.

—¡Eh! ¿Qué haces aquí? ¡Me estás siguiendo!

—Sí. He venido a matarte, por lo que le hiciste a mi mujer.

—¡Aléjate de mí! ¡Yo no hice nada!

El esclavo tomó un talego gordo de la lata, se lo pegó al pecho y se movió hacia atrás con pasos medidos. Cayó de espaldas al tropezar con un tronco caído.

—¡Aléjate!

—Fuiste tú, ¿verdad? Tú le dijiste a Álzaga de la revuelta de esclavos. Tú enviaste a la muerte a nuestra gente y ya veo que lo hiciste por dinero.

—¡Mentira! Este dinero me lo gané trabajando. Yo no sé nada de revueltas.

—¿Trabajando? ¡Mentira es lo que tú dices, Sabas! Eres el ser más despreciable que he conocido, nadie es tan bajo como tú. Me alegra ser quien te mande al Infierno.

Sabas intentó ponerse de pie, pero cayó de nuevo cuando Servando se arrojó sobre él y lo sujetó de los tobillos. Sacudió las piernas sin conseguir apartarlo, y sólo dejó caer la bolsa con monedas cuando se tomó la mandíbula después de recibir un puñetazo. Escuchó el rasgueo de la tela de sus pantalones. Abrió los ojos y tardó un momento en darse cuenta de que Servando sostenía un cuchillo cerca de sus genitales.

—Por Elisea —pronunció el yolof, y lo castró.

Los alaridos de Sabas rebotaron en los árboles. La sangre manaba a borbotones entre sus piernas. Servando, con el miembro y los testículos en la mano, lo miraba sin compasión, atestiguando el cambio rápido que se operaba en sus oscuras facciones al adquirir un color grisáceo. Arrojó lejos los genitales, como basura, y se acuclilló para consumir su venganza, hundiéndole varias veces el cuchillo en el pecho y en el vientre. Antes de abandonar ese lugar, se limpió las manos en los pantalones de Sabas y se apoderó de la bolsa con dinero.

Melody despertó y enseguida volvió a entristecerse. Roger Blackraven había sido

un negrero, en su opinión, la peor ralea, nadie más inhumano y perverso. El lujo y el dinero del que gozaban se debían en parte al tráfico de esclavos, y a ella se le haría insoportable ponerse los vestidos y las alhajas que él le había regalado. ¿Cómo habría tratado a los africanos que transportaba en el pañol del barco? ¿Los habría matado de sed al igual que Álzaga? ¿Los habría dejado morir de hambre?

Le dolía el ocultamiento, y habría valorado que él le hubiese confesado la verdad acerca de su pasado. Enterarse por doña Bela avivaba el rencor y los malos pensamientos. ¿Qué habría de cierto acerca de la muerte de su primera esposa? Le costaba creer que la hubiese asesinado, aunque también dudó de que hubiese sido negrero, y él mismo terminó por admitirlo. Nadie ignoraba que Blackraven era un hombre implacable, cuya cólera podía hacer temblar los cimientos, y muy celoso con lo que consideraba de su propiedad. Ella no olvidaba su indignación la tarde que la encontró conversando con Covarrubias en la sala de Valdez e Inclán. Pillar a su mujer en la cama con otro debió de sacar lo peor de él, y bien podría haberla arrojado por un peñasco.

—¡Oh, Dios, no! —sollozó, cubriéndose la cara.

Melody se dirigió al comedor a desayunar. No sabía cómo enfrentarlo; la única certeza era que no seguiría escondiéndose en el dormitorio. Blackraven y el señor Désoite se pusieron de pie al verla.

—Buenos días —saludó en voz baja, y ocupó su sitio.

—Luces demacrada, querida —apuntó Béatrice—. ¿No has dormido bien?

—No, no muy bien.

Melody percibía la mirada de su esposo sobre ella, no la abandonaba ni un instante. Sorbió el café con gran esfuerzo.

—Come algo, Isaura —lo escuchó decir—. Desde ayer que no pruebas bocado.

—No me apetece, señor —contestó, sin levantar la vista.

—¿Acaso tienes revuelto el estómago? —se interesó Béatrice—. Pues bien, eso podría significar que pronto habrá un niño. —Calló al toparse con la mirada severa y desorbitada de Melody—. Perdón —dijo, y siguió comiendo.

Ovidio, el esposo de Gilberta, entró en el comedor.

—Amo Roger, el señor de Álzaga quiere verlo. Dice que es urgente. Pregunta si la señora condesa puede acompañarlos.

—Haz que pase.

Álzaga no venía solo, lo escoltaban el alcalde de primer voto, don Francisco de Lezica, el procurador del Cabildo, don Benito de Iglesias —quien había intervenido en ocasión del bebé disfrazado de diablillo—, y dos comisarios de barrio, el de Monserrat y el del Alto. El alcalde y el procurador no lucían tan compuestos como Álzaga. El primero pasaba su vara blanca, distintivo del cargo, de una mano a la otra y carraspeaba, en tanto el segundo se pasaba el pañuelo por la frente y lo agitaba

cerca del rostro.

—Caballeros —dijo Blackraven—, por favor, acomodaos. ¿Deseáis un poco de café?

—No, gracias, excelencia —tomó la palabra Álzaga—. Ésta no es una visita de cortesía.

—No, imagino que no —acordó Roger—. Sentaos igualmente.

—Nosotros nos retiramos, excelencia —manifestó Luis, al tiempo que dejaba la mesa imitado por su hermana.

—Excelencia —manifestó Álzaga—, no son buenas noticias las que le traigo esta mañana.

—Sin rodeos, don Martín —lo instó Blackraven.

—Verá. Anoche tuvo lugar un desgraciado episodio. Sarratea, Basavilbaso y quien le habla fuimos atacados por un grupo de revoltosos, esclavos en su mayoría, que pretendía no sólo alzarse con parte de nuestro patrimonio sino ejecutarlos en el proceso.

—Lo siento —dijo Roger—. Veo que vuestra merced está ileso. Lo mismo deseo para don Martín y don Manuel.

Álzaga inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Me complace informarle que ellos están bien y nuestro patrimonio, a salvo. Tuvimos la fortuna de ser alertados a tiempo.

—Discúlpeme, don Martín, pero tratándose de un incidente tan luctuoso —señaló Blackraven— preferiría que mi esposa se retirase. No veo de qué modo este asunto le concierne.

—Es que hemos venido justamente a ver a la señora de usted, excelencia —explicó Álzaga.

—Excelencia —terció el procurador, el señor de Iglesias—, es muy penoso para nosotros tener que molestaros, pero ha ocurrido una contingencia que nos obliga a ello.

—¿Qué contingencia, señores? —se mosqueó Blackraven.

—Uno de los revoltosos, un esclavo de nombre Milcíades, que sobrevivió al ataque a la Compañía de Filipinas y cayó prisionero, confesó que uno de los cabecillas de la conjura es un tal Tomás Maguire. Entendemos que es el hermano de la señora condesa.

Melody se puso de pie y se llevó la mano a la boca. Blackraven se precipitó a su lado y la tomó por la cintura. El resto se puso de pie.

—Lo siento, señora condesa —dijo Iglesias—, no habríamos querido causarle este sobresalto, pero...

—Necesitamos saber dónde se esconde su hermano —disparó Álzaga.

—¡Álzaga! —tronó la voz de Blackraven—. Un poco de mesura en mi casa,

señor. Mi esposa está visiblemente conmovida. Es claro que ella nada sabe sobre el tema. Es más, hace tiempo que la señora condesa y su hermano se han distanciado por divergencias en asuntos de familia.

—Tommy —empezó a balbucear Melody—. Roger... Tommy... ¿Qué está pasando?

—Cariño —le susurró sobre la sien—, cálmate. Vamos, vuelve a tu silla. Estoy seguro de que nada malo le ha sucedido a Tommy.

—Le recuerdo, excelencia —intervino el señor de Lezica, alcalde de primer voto—, que su cuñado es un prófugo de la Justicia.

—Disiento con usted, vuestra merced. La participación de mi cuñado en la revuelta no es un hecho probado, y juzgo inadmisibles que se tome la confesión bajo tortura de un esclavo como toda prueba para dictaminar la culpabilidad de un hombre decente. Cualquier letrado apoyaría este razonamiento. Me resulta extraño que usted, experto en la materia, no lo haya advertido.

—Le ruego me disculpe, excelencia —se apenó Lezica—, pero...

—Igualmente —presionó Álzaga—, es imperioso dar con su paradero. Necesitamos que concurra a declarar, que dé pruebas fehacientes de sus actividades en la noche de ayer. Si es inocente, no tendrá dificultad para probarlo.

—Podrá ser muy imperioso —manifestó Roger— que mi cuñado concurra a declarar, señor Álzaga, pero eso no tiene nada que ver conmigo ni con mi esposa. Como ya le he informado, hace tiempo que no sabemos de él. Ahora, si me permiten, los acompañaré a la salida. Caballeros —y extendió la mano en dirección al vestíbulo.

—Al menos —se empeñó Álzaga—, la señora condesa podría indicarnos a qué se dedica su hermano y dónde suele residir, más bien dónde solía hacerlo antes del distanciamiento que vuestra merced nos refiere.

—Mi cuñado heredó de su padre una estancia en Capilla del Señor. Podrían empezar a buscar por allí, señores. Es todo lo que sabemos. Ahora insisto en que me acompañen.

Blackraven encontró a Melody inclinada sobre la mesa, llorando.

—¡Isaura, amor mío! —La ayudó a ponerse de pie y la condujo al sillón—. Vamos, tranquilízate. —Le entregó su pañuelo—. No llores, no puedo verte sufrir.

—¡Oh, Roger! No soportaré esta angustia por mucho tiempo. Tengo que saber qué ha sido de Tommy, necesito saber que está bien y que no está vinculado a esa revuelta.

—No tienes que angustiarte. Al menos sabes que está en libertad.

—Si es cierto lo que afirma Milcíades, que él era parte de la revuelta, podría estar herido, solo, sin nadie que lo asista. ¡No soporto pensar en eso! ¡Qué agonía!

—Lo encontraremos, yo me haré cargo. Ahora quiero que te calmes. Vamos, deja

de llorar.

La fuerza y la autoridad de Blackraven bastarían para acomodar el caos en que se había convertido la vida de su hermano. A veces la enojaba ese absolutismo de su esposo, como si todo y todos se hallasen bajo su esfera y no pudieran actuar sin su consentimiento. Pero había momentos, como ése por ejemplo, en donde contar con la supremacía de Blackraven la hacía sentir en tierra firme.

—Tommy tuvo problemas con la justicia en el pasado. Paddy y el comisario de Capilla del Señor los acusaron, a él y a Pablo, de abigeato, y tuvieron que huir para salvarse de la prisión. Ahora todo vuelve a empezar. ¡Nunca tendrán paz!

—Vamos a nuestro dormitorio. Quiero que te recuestes. Estás muy pálida y te tiemblan las manos. ¡Las tienes heladas! Le pediré a Trinaghanta que te prepare un té. Tú no debes apenarte. Yo me haré cargo de esta situación.

La besó en los labios, y Melody vibró como la primera vez. Quería acordarse de que estaba enojada con él y no desearlo de ese modo casi animal.

Blackraven la ayudó a acostarse, le acomodó las almohadas bajo la cintura y le quitó los chapines. Le alcanzó un vaso con agua y salió a llamar a Trinaghanta.

—¿Te sientes mejor? —preguntó al regresar.

—Sigo muy angustiada, Roger. No soporto estar aquí haciendo nada cuando mi hermano podría estar necesitándome. ¡Salgamos a buscarlo!

—Isaura, vuelve a acostarte —y la empujó con suavidad—. Sé juiciosa, cariño. ¿Adónde iríamos?

—Al campamento de los troperos, para empezar.

—Enviaré a Servando.

—Gracias.

Trinaghanta llamó a la puerta y entró con un té de manzanilla. Estaba caliente y dulce, y Melody se sintió mucho mejor después de los primeros sorbos.

—Vamos, Isaura, come estas figurillas de mazapán —la instó Blackraven—. Necesito verte comer.

Melody mordisqueó la masa sin entusiasmo.

—Trinaghanta, dile a Servando que necesito verlo.

—Servando no está, señora. No lo hemos visto desde anoche.

Al principio no supieron si eran carcajadas o gritos, pensaron que algún esclavo estaría jugándole una broma a alguien, o que se había armado una gresca. Pronto distinguieron alaridos de terror e insultos que se escucharon cada vez más cerca de la parte principal de la casa. Blackraven se puso de pie en el instante en que la puerta se abría y daba paso a Tomás Maguire. Melody lo contemplaba ajena al sentido de su presencia y no parecía darse cuenta de que su hermano blandía un arma que apuntaba a Blackraven. Sólo se fijó en el moretón del ojo izquierdo.

—Te voy a matar, hijoputa —lo escuchó decir, y ella, en un acto reflejo, saltó de

la cama y cubrió a Roger con su cuerpo.

Blackraven se tiró al suelo, arrastrando a Melody, que quedó aprisionada bajo su peso. La bala terminó embutida en la pared. Maguire, en tanto, contemplaba con mirada ausente la punta humeante de la pistola.

—¡Isaura! —se desesperó Blackraven; la tomó por los brazos y le pasó una mano por el pecho y el vientre—. ¿Estás bien? ¿Estás herida?

—No, no lo creo. Estoy bien.

—¿Por qué cometiste esa locura? ¿Por qué te interpusiste? ¡Podría haberte matado! ¡Desgraciado, miserable, maldito hijo de mala madre! —Se movió hacia Maguire y lo aferró por el cuello—. Podrías haber matado a tu hermana y yo te habría degollado.

—¡Quería matarlo a usted! —reaccionó Tommy—. ¡A usted, miserable inglés! ¡A usted, que mató a Pablo y a tantos otros!

—¡Pablo! —exclamó Melody—. ¿Pablo está muerto?

—¡Sí, muerto! Su último pensamiento fue para ti, desgraciada. Y tú revolcándote con este traidor. ¡Me das asco!

—¿De qué hablas, Tommy? —Se exasperó Melody—. ¿Qué estás diciendo? ¡Explícame!

—Tu esposo es un traidor. Supo de una revuelta que planeábamos en contra de los principales negreros y fue a advertirle a su compinche y socio, Martín de Álzaga. Cuando atacamos anoche, sus hombres estaban esperándonos. Fue una masacre. Casi todos murieron. Y habría sido mejor para los que quedaron con vida morir también, porque hoy deben de estar sufriendo la peor de las torturas.

—Roger —balbuceó Melody; trastabilló hacia atrás y cayó en el borde de la cama—. Roger, ¿qué dice Tommy? ¿Tú sabías?

—Por supuesto que él lo sabía. Servando se lo dijo todo. ¡Otro felón a quien descuartizaré cuando lo tenga enfrente! También nos vendió en aquella oportunidad cuando robamos los carimbos de la Compañía de Filipinas. Además de Pablo y de nosotros dos, él era el único que lo sabía.

—Estás desvariando, Maguire. No sabes lo que dices.

—Antes de morir, Pablo me dijo que Somar lo sacó de lo de Basavilbaso. Y yo vi a Servando en esa cueva del infierno en la que nos arrojaron. ¡Ahora atévase a jurar que usted no sabía de la revuelta! —Extrajo un puñal de la cintura y lo dirigió hacia Blackraven.

—Roger, ¿lo sabías?

—Sí, lo sabía. —El semblante de Melody se contorsionó en una mueca de llanto—. Isaura, por favor, ¿no creerás que fui yo quien traicionó a tu hermano?

Maguire se abalanzó con el arma en alto y Blackraven se apartó con agilidad.

—Detente, Maguire. No quiero hacerte daño.

—No me detendré hasta verlo muerto. Pagaré por las vidas de Pablo y de esos esclavos.

—Si me matases, el traidor seguiría vivo.

Tommy lanzó una finta, y Blackraven la esquivó moviéndose hacia el costado. Con rapidez, tomó el brazo de Maguire por la muñeca y se lo torció hasta aprisionarlo contra su espalda, en tanto lo sujetaba por el cuello desde atrás, reduciéndolo y obligándolo a soltar el cuchillo a causa del dolor.

—Yo no sé quién es el traidor. A Somar y a Servando los envié para protegeros, a ti y a Pablo, a riesgo de que los reconocierais y supusierais lo peor; pero no me importó porque vuestras vidas estaban primero. Si hoy estás vivo, es gracias a Servando. En cuanto a Pablo, Somar llegó demasiado tarde. Lo siento. Busca al traidor entre tu gente. Alguno te vendió por un par de doblones. Ahora quiero que te vayas y que te escondas porque tienes a toda la policía detrás de ti. Puedes contar conmigo, si lo deseas.

—¡Antes le pediría ayuda al mismísimo demonio!

Trinaghanta había ido a buscar a Shackle y a Milton, que no intervinieron hasta que Blackraven les indicó con un ademán de cabeza que se encargaran de Maguire.

—Denle un caballo y provisiones —les ordenó.

—No aceptaré nada de usted, maldito asesino y traidor.

—¡Tommy! —exclamó Melody, y se aferró al cuello de su hermano, impidiendo a los marineros que lo condujeran fuera.

—¡Suéltame! Tú también eres una traidora. Traicionaste a nuestro padre el día en que desposaste a este gusano. ¡Te maldigo!

Melody se estremeció al ver que su hermano desaparecía detrás de la puerta. Blackraven intentó abrazarla, pero ella se sacudió las manos de encima.

—Podrías haberle pedido que se quedara con nosotros. Sólo aquí estará a salvo. Bajo tu protección.

—Isaura, tu hermano jamás habría aceptado mi hospitalidad. Además, él sabe dónde esconderse. Si lo mantuviésemos aquí lo atraparían de seguro. No sabemos quién es el traidor, podría estar entre nosotros y delatarlo.

Melody lo enfrentó. Blackraven sufrió una dura impresión al verla transformada por la ira y el dolor, sobre todo lo afectó su mirada, de ojos inyectados y siniestros.

—¡Tú eres el traidor! ¡Tú los delataste con Álzaga! ¡Ah, toda esa parodia que montasteis esta mañana! ¡Qué incrédula y estúpida he sido!

—¡Isaura! —se enfureció Blackraven—. ¿Qué estás diciendo? ¡No sabes lo que dices!

—Tú eres un mentiroso, un hombre frío y calculador. Forjaste tu imperio sobre la sangre de los africanos. Nada te detiene, eres ambicioso y no tienes corazón.

—¡Calla! Te arrepentirás de lo que estás diciendo.

—Me mentiste, desde el principio. Jamás tuviste el valor para decirme que fuiste negrero. Y nunca mencionaste a tu primera esposa que murió en extrañas circunstancias. No puedo creerte. No confío en ti.

—Entiendo tus aprensiones. Y te pido perdón por no haber sido sincero, pero aquello no tiene nada que ver con esta acusación que tu hermano formula en mi contra. Yo no lo traicioné. Si hoy él está vivo es gracias a que yo mismo lo cargué fuera de la tienda de Álzaga donde iban a masacrarlo.

—¡Estuviste allí! —se conmovió Melody.

—Sí, estuve allí, y lo hice por ti. Porque no habría soportado verte sufrir por la muerte de tu hermano.

—¿Cómo supiste de la revuelta? ¿Quién te dio la información?

—No te lo diré, Isaura. No traicionaré a quien respeto por ganarme tu confianza.

—Si sabías de la revuelta, ¿por qué no trataste de detenerlos? Tú cuentas con ese poder.

—Me sobrestimas. Asimismo, ¿quién soy yo para impedirle a un hombre que haga lo que cree que tiene que hacer? Tu hermano no es un niño.

—¡Sí, es un niño! Un niño torpe y desmesurado. Y lo sabías. Con todo, dejaste que fuera a una muerte segura. Tú los traicionaste —insistió, casi sin aliento, en un hilo de voz.

—¡No, no lo hice! Debes creerme.

—No puedo, no puedo confiar en ti —se descorazonó—. Te miro y sé que me mientes, sé que no me dices toda la verdad. Quizá no los traicionaste, pero sabías de la emboscada que los aguardaba y los dejaste seguir adelante.

—Sólo sospechaba de la emboscada, no tenía la seguridad. Piensa, Isaura, ¿por qué habría querido hacer semejante cosa, dejarlos sufrir una emboscada?

Melody levantó la vista; tenía las mejillas con manchas púrpuras y blancas, y los ojos entrecerrados y endurecidos. Blackraven no encontraba vestigios de su dulce Isaura en esa mujer presa del odio. Le tuvo miedo porque presintió que deseaba herirlo, y contaba con el poder para hacerlo.

—Porque con Tommy fuera de juego te habrías apoderado de *Bella Esmeralda*.

Blackraven dio un paso hacia atrás, en tanto sus ojos se llenaban de lágrimas. Con la mano en alto, pronunció:

—Sal de mi vista si sabes lo que te conviene.

Y Melody huyó de la habitación.

Servando se agazapó y esperó a que la señorita Leo, Marcelina y María Virtudes se alejaran en dirección a la iglesia de San Ignacio para la misa del mediodía. Por fortuna, Elisea había decidido permanecer en casa. Entró por la parte trasera, donde las esclavas lo saludaron con afecto, algunas se le acercaron con meneos provocativos.

—¿Alguien ha visto a Sabas? —preguntó Gabina.

—Andará de vago, como siempre —aseguró Elodia, la cocinera.

—¿Qué te preocupas? Habrá ido a visitar a su mamita al convento —se burló Visitación, y las demás rieron a coro.

—Me envía el amo Roger —explicó Servando—. Debo buscar unos papeles de don Alcides en el escritorio.

—Pasa nomás —le indicó Elodia, y cada una volvió a sus quehaceres.

Abrió la puerta del dormitorio de Elisea con cautela. Ella estaba en su mecedora, frente a la ventana que daba al patio.

—No tengo hambre, Elodia —dijo—. Comeré más tarde.

—No soy Elodia.

—¡Servando! —Se puso de pie en un arranque—. ¿Qué haces aquí? Tío Diogo está al llegar. Si te encontrase...

—Me iré pronto. He venido a decirte algo. Luego me marcharé.

—Pasa y cierra la puerta.

Elisea corrió las cortinas y volvió a su mecedora, y Servando se arrodilló junto a ella. Le tomó la mano, enflaquecida y pálida, y la besó, satisfecho de que la joven no la retirase como en ocasiones pasadas.

—Ya no tienes nada que temer, Elisea mía. Ahora puedes vivir en paz.

—¿De qué hablas, Servando?

—Hablo del demonio que te hizo vivir aquel infierno. Él ya no existe. Ha muerto.

—¿Muerto? ¿Acaso...?

—Sí, yo mismo lo hice, por ti, también por mí, pero sobre todo por ti. Debes saber que ha sufrido mucho más de lo que te hizo sufrir a ti. Padeció horriblemente.

Elisea se echó a llorar. La desolación que la acometía nada tenía que ver con su regocijo cada vez que imaginó la muerte lenta y dolorosa de Sabas, sino más bien con la culpa por ser la causa de que las manos de Servando se hubiesen manchado con la sangre de una criatura despreciable; tal vez por eso su amado iría al Infierno.

A él no le molestó que llorase; lo prefería a la actitud abúlica que Elisea había adoptado en las últimas semanas; era una evidente reacción, y conjeturó que, al igual que volvía a derramar lágrimas, en el futuro podría obsequiarlo con una sonrisa. La abrazó, al cabo de tanto tiempo, sintiéndose parte de esa menuda muchacha.

—Algún día olvidaremos esto que nos ha pasado y seremos felices —la alentó.

—Nunca podré olvidar.

—Sí, olvidaremos.

Elisea se apartó de Servando, se despejó los ojos con la manga y lo miró con intensidad, como quien busca desentrañar un misterio. Pasaron largos segundos en silencio, contemplándose. Elisea meditaba que debería decirle que se fuera y que no regresara jamás, ¿qué esperanzas tenían? Buscó fuerzas para cumplir ese cometido y

no las halló. Su corazón quebrado necesitaba de ese hombre y sólo pudo pronunciar unas pocas palabras:

—Yo te amo, Servando, con todo mi corazón.

—Elisea, amor mío —dijo él.

—Pero estoy destrozada por dentro y no volveré a ser la misma. Dudo que pueda ser tuya alguna vez.

—No me importa. Si sólo me dejaras tomarte la mano, como ahora, y pasar un momento a solas contigo, conversando y leyendo, me harías feliz.

—¿Sí? ¿Con eso bastaría?

—Nunca volveré a tocarte si eso te hace daño, pero no me apartes de tu lado. Dedicaré mi vida a ti, Elisea, si me lo permites, y seré tu esclavo hasta que muera, y después también. Nunca te abandonaré.

Y le recordó el párrafo de la *Eneida* que para ellos tenía valor de juramento: “Ausente yo, te seguiré con negros fuegos, y cuando la fría muerte haya desprendido el alma de mis miembros, sombra terrible, me verás siempre a tu lado”.

Somar entró en el Retiro por la parte trasera usando el camino que bordeaba el río, el que iba hacia el norte. Halló a Blackraven en la biblioteca, echado en el sillón, con un brazo cruzado sobre la frente y una copa de brandy en la mano. Sansón se levantó y se acercó a recibirlo, dando ladridos amistosos y moviendo la cola.

—¿Dónde está? —preguntó Roger, sin dejar el sillón.

—Como suponías, en lo de madame Odile.

—¿La viste?

—No, dormía. Hablé con madame.

—¿Qué te dijo?

—Que llegó muy angustiada, llorando; que conversaron durante un buen rato y que después miss Melody se quedó dormida. Madame me indicó la conveniencia de que pasase la noche allí.

—¡No! —se opuso Blackraven, y lanzó un vistazo amenazador a su asistente.

—Madame asegura que no abriré el burdel esta noche en deferencia a ella.

—No me importa.

—Roger, por favor, tienes que entender razones. Es mejor que se mantenga alejada por lo menos hasta mañana. Está confundida y herida. Fueron demasiadas revelaciones, todas al mismo tiempo. Sólo lo de tu actividad como negrero habría bastado para enfurecerla. Eso sumado a lo de Victoria...

—No necesito que me enumeres los desaciertos que cometí. —Se puso de pie—. De igual manera, Isaura no debió dudar de mí. ¡Acusarme de lo que me acusó! ¡De querer apoderarme de *Bella Esmeralda*! ¡Es inadmisible! —Estrelló la copa en el hogar—. ¿Qué clase de monstruo cree que tiene por esposo? Si hubiera dejado que los emboscasen y me hubiese mantenido ajeno a este escándalo, hoy no tendría este

problema.

—Sabes que no es verdad —señaló Somar—. Si anoche no hubieses intervenido, hoy miss Melody estaría quebrada por el dolor, y tú, sufriendo al verla sufrir, sintiéndote culpable también. Hiciste lo correcto y eso es suficiente para que te calmes. Miss Melody es una de las pocas mujeres razonables que conozco.

—¡Razonable! ¡Muy razonable!

—Debes entenderla, Roger.

Blackraven se dejó caer en el sillón y soltó un suspiro. No, no podía entenderla, la herida que le había provocado con aquella infame acusación estaba volviéndolo loco de dolor y lo cegaba.

Siempre había sabido que no debía amarla del modo en que la amaba, que cometía un grave error pues esa clase de sentimiento lo debilitaba.

—En pocos días zarparé hacia Río, con Marie y Luis.

—¿Me embarcaré contigo?

—No. Te quedarás y cuidarás de ella. Cuenta con una asombrosa habilidad para meterse en problemas. —Abandonó el sillón y caminó por la estancia; se detuvo frente a Somar y le puso una mano sobre el hombro—. Eres el único a quien puedo confiársela. —Como si lamentara ese momento de flaqueza, usó un tono casual para continuar—: Sé que no es un buen momento para alejarme, con Enda Feelham suelta por ahí y Maguire prófugo, pero necesito tiempo para pensar. No estoy preparado para volver a verla. Además, ya es hora de que ponga a buen resguardo a mis primos. Los he descuidado de un modo imperdonable.

—¿Adónde irás después de Río?

—No lo sé.

Con el correr de las horas, Melody empezó a preguntarse acerca del origen de la revuelta, la idea que llevó a su hermano a embarcarse en una contienda de locos. Se culpaba al razonar que ella, en su papel del Ángel Negro, había influenciado en la conducta de Tommy y de Pablo. Por cierto, jamás debió pedirles que la ayudaran a robar los carimbos de la Real Compañía de Filipinas. Terminó cuestionándose su propia actitud, si ayudaba a los africanos desde la caridad o como revancha por lo sufrido a manos de Paddy; a veces le parecía que consideraba tan perversos como a su primo a todos los propietarios de esclavos, lo que constituía un prejuicio infundado.

Cuanto más analizaba el impulso de Tommy por conspirar contra los negreros, menos entendía las motivaciones. ¿Amor a la libertad y compasión por los esclavos? No parecían sentimientos propios de su hermano. De naturaleza imprudente y desatinada desde niño, Tommy siempre había carecido de sentido común, complicando lo simple y soslayando lo relevante. De todos modos, ya no lo conocía, había algo oscuro e innoble en él. Madame Odile le recordó el arcano cero, “el loco”,

asociado al tipo de persona que cobraba experiencia a fuerza de disgustos, acarreando complicaciones a quienes los rodeaban y a sí mismos.

—Sabíamos por las cartas —apuntó madame— que un cambio se avecinaba con la nueva luna. Siempre sospeché que de nada bueno se trataría cuando apareció la torre en la tirada.

—Y el diablo —se angustió Melody—. Las cartas predicen los acontecimientos que caerán sobre nosotros, arruinando nuestras vidas, sin enseñarnos cómo evitarlos.

—Acuérdate —dijo madame— de que las cartas te marcaron el camino al presentarte al cuarto arcano como la solución a tus problemas.

“¡El cuarto arcano!”, despotricó Melody. Lo odiaba por varias razones, en especial por haber permitido que su hermano avanzara en esa empresa descabellada, y también por haberla marginado, como si ella fuese un estorbo incapaz de proponer una solución viable. Él era, sobre todo, un gran mentiroso: ¿por qué jurarle que conformaban una sola carne cuando mantenía una vida paralela que no tenía intenciones de compartir? Más allá de eso, lo peor era seguir preguntándose si él había delatado a los conjurados. Si quería mantenerse en buenos términos con Álzaga, ponerlo sobre aviso de una revuelta liderada por su cuñado era la acción lógica a seguir. La solidez de ese razonamiento desbarataba a los demás, en los que ella trataba de exonerarlo. De todos los puntos oscuros, la conducta de Blackraven constituía el más difícil de esclarecer.

Melody formulaba pregunta tras pregunta y ninguna respuesta lógica.

—¡Me volveré loca conjeturando!

—Pues deja de hacerlo —la reconvino madame—. Has acusado al Emperador injustamente cuando ha sido tu hermano el causante de este entuerto.

—Usted siempre lo defiende.

—Lo defiendo porque estás exagerando. Me dices que el Emperador debería haber detenido a tu hermano. Quizás intentó hacerlo y no lo consiguió. Por lo que sé, tu hermano puede ser muy voluntarioso cuando se lo propone. Además, ¿por qué habría tenido que interferir en las acciones de un muchacho que ya está bastante crecido para tomar sus propias decisiones?

—Eso dice él —admitió Melody—. De igual modo, debió decírmelo, yo habría detenido a Tommy.

—Melody, querida, sabes que no cuentas con ningún ascendiente sobre tu hermano. Nada habrías logrado. Además, debes atender a las razones del Emperador para ocultarte lo de la revuelta, en primer lugar, evitarte una gran preocupación.

—Estoy igualmente preocupada. Muy preocupada.

—Otra vez —apuntó Odile—, gracias a la imprudencia de tu hermano.

—A Roger le convenía que Tommy se embarcara en la revuelta. —Madame puso gesto de extrañeza—. Sí, y le convenía también que ocurriera el desastre que resultó.

—¿De qué hablas?

—Era necesario sacar a Tommy del medio porque él quería echar mano de la estancia de mi padre, *Bella Esmeralda*. Yo lo sé, lo escuché decírselo a Álzaga.

—¡Melody! —se escandalizó madame—. Por amor de Dios, ¿no creerás eso del Emperador? Si no confías en su índole, al menos razona que un hombre de su fortuna puede hacerse de cualquier estancia. ¿Por qué ensuciarse las manos de ese modo por *Bella Esmeralda*? Estás siendo insensata.

—No existen demasiadas estancias de la envergadura de la de mi padre. Y Roger, para abastecer su nueva curtiembre, necesitará de muchas cabezas de ganado. ¡Ya no sé qué pensar! —se abatió—. No puedo confiar en él; quisiera, madame, pero no puedo.

Se echó a llorar sobre el regazo de Odile.

—Mi niña, estás confundida y es lógico. Ayer supiste por boca de esa pérfida algunos aspectos del pasado de tu esposo que te enfurecieron y te pusieron celosa también. Y hoy se desata este escándalo. No pienses más, deja que los hechos decanten y pronto verás con claridad. Cuando las pasiones nos dominan, no es bueno emitir juicios.

Odile quiso tirarle las cartas, pero Melody se negó pues temía lo que tuvieran para decirle. Se quedó dormida en la cama de madame y despertó mucho antes del amanecer; le tomó unos segundos entender dónde estaba y que la persona que dormía a su lado no era Blackraven sino madame Odile. La invadió una profunda añoranza de su casa y de su esposo y de la armonía compartida hasta que la maldad y la insensatez se ocuparon de trastornarla. Se mantuvo quieta para no perturbar a madame, mientras su mente volvía a caer en las conjeturas y preguntas del día anterior. Estaba cansada de darle vueltas al asunto y quería acabar con las dudas.

Volvió a San José alrededor del mediodía con temor de enfrentar a su esposo. Gilberta la siguió hasta el dormitorio y, después de contarle una sucesión de trivialidades, le informó que Blackraven se había ido al Retiro. Melody, que abría el ropero para sacar una muda, vio que faltaban sus chaquetas y pantalones. Primero sintió miedo y después, rabia. “Pues bien”, se dijo, “si va a dársele de ofendido, está bien conmigo”. No dudaba de que, tarde o temprano, Blackraven regresaría para pedirle perdón; después de todo, la agraviada, engañada e injuriada era ella.

Durante el almuerzo, se dio cuenta de que Jimmy había escuchado la discusión del día anterior, por su semblante taciturno y sus ojitos caídos. Habló el señor Désoite tratando de levantar los ánimos, aunque nadie parecía dispuesto a acompañarlo en su empeño; la señorita Béatrice también lucía muy desazonada. Terminada la comida, los niños marcharon a dormir la siesta, dejando a los adultos en un incómodo silencio.

—Si me disculpan —expresó Luis—, me retiro a terminar unas traducciones para

el señor Moreno. Es mi intención entregárselas antes de partir.

—¿Partir? —se sorprendió Melody.

—Yo le explicaré a la señora condesa. —Béatrice esperó a que Luis saliera del comedor para tomar la palabra—: Verás, Melody, es perentorio que el señor Désoite y yo dejemos Buenos Aires.

—No comprendo.

—Lo imagino. Creo que debo explicarte desde el principio. Mereces mi sinceridad.

“Al menos alguien así lo cree”, pensó Melody desde la ira.

—El señor Désoite y yo somos hermanos. Sí, entiendo tu sorpresa. Y lamento haber tenido que ocultártelo. Fuimos separados de niños, en la época de la Revolución en la Francia. Nuestros padres, al igual que muchos miembros de la nobleza, fueron guillotizados.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento!

—A partir de ese momento, tanto mi vida como la de mi hermano se convirtieron en un martirio, huyendo de un sitio a otro, cambiando nombre, casa, soportando la más extrema pobreza. Hasta que su excelencia dio conmigo y me trajo a vivir aquí, poniéndome a resguardo pues todavía hay quienes pretenden hacernos daño, en especial a mi hermano, quien fue muy difícil de hallar. Finalmente su excelencia lo consiguió y ha vuelto a reunirnos trece años más tarde.

—Puedo imaginar su dicha, aunque no comprendo por qué tenéis que dejar Buenos Aires, y de manera perentoria.

—El señor William Traver no era quien decía ser, bien recordarás aquella fatídica noche en la que tu vida corrió peligro. De hecho, Traver llegó al Río de la Plata siguiendo nuestra huella para matar a mi hermano. No sabemos si, antes de morir, tuvo tiempo de informar acerca de nuestros destinos a quienes lo enviaron. Aunque me duela, es una medida prudente dejar Buenos Aires.

Melody juzgaba extraño que un hombre tan joven y de aspecto inofensivo como el señor Désoite suscitara semejante proeza e interés, y se preguntó quién sería en realidad; sin duda, su nombre debía de ser falso. Hubo un momento en que la curiosidad casi la lleva a mostrarse imprudente y a cuestionar a la señorita Béatrice. Si Blackraven, una vez más, había elegido marginarla de sus asuntos, no sería ella quien contravendría esa decisión averiguando a sus espaldas.

—Espero que halléis un sitio en donde os sintáis cómodos y a salvo —expresó por fin.

Béatrice extendió la mano y aferró la de Melody; con voz quebrada, manifestó:

—Ha sido una gran alegría contar con tu amistad, Melody. Siempre te estaré agradecida por lo que has hecho por mi pequeño Víctor, a quien echaré tanto de menos.

—Mi eterno agradecimiento para usted, señorita Béatrice, que nos acogió a mi hermano y a mí cuando más lo necesitábamos. Estoy segura de que volveremos a vernos.

—Es todo muy triste —sollozó Béatrice.

—¿Cuándo os marcháis?

—Su excelencia aún no lo dispone. Él tiene que atender unas cuestiones antes de poder ausentarse por tanto tiempo.

El comentario la dejó sin respiro, aunque Béatrice no advirtió su mudanza y siguió hablando.

—Hoy por la tarde debemos reunirnos con él en el Retiro, desde donde partiremos rumbo a Ensenada de Barragán; allí está el barco en el que zarparemos.

Melody no quería seguir escuchando. Reiteró sus buenos augurios y se excusó para dejar la sala. Se encerró en su dormitorio y se durmió llorando. Despertó a la caída del sol. Caminó por la casa, evocando el entusiasmo con que había decorado las distintas salas, en ese momento, silenciosas y en penumbras. Entró en la cocina, donde halló a los niños comiendo dulces. Los contempló uno a uno y meditó que, sin el señor Désoite, tendría que ocuparse de nuevo de su educación. Los mandó a lavarse y a cambiarse para la cena. Jimmy se rezagó para preguntarle:

—¿Cuándo volverá el señor Blackraven?

Le extrañó que no se interesara por la suerte de Tommy.

—No lo sé —admitió.

—El señor Désoite y la señorita Béatrice se despidieron esta tarde y nos dijeron que marcharán lejos con el señor Blackraven.

—Sí, lo sé. De seguro, él vendrá a despedirse antes de emprender su viaje.

—Ayer estuvo Tommy —dijo—, pero la señorita Béatrice no me dejó ir a tu recámara. ¿Otra vez vino a pelear al señor Blackraven? —Melody asintió—. ¡Por eso él se marchará! Porque Tommy lo cansó con tanto grito. A mí también —declaró, y se fue.

Melody quedó estupefacta y se pasó un buen rato en ese sitio repasando las ocasiones en que Tommy había irrumpido para alterar sus existencias, desde la vez en el establo, en la que Blackraven resultó herido, hasta la última, el día anterior, en que intentó matarlo.

—Señora —la sobresaltó Gilberta—, ¿qué desea que preparemos para la cena? Siloé dice que podemos hacer sopa de pescado para aprovechar esa cabeza de pejerrey...

La esclava siguió parloteando, pero Melody no la escuchaba, exasperada ante la idea de ocuparse de menesteres domésticos.

—Sí, sí, la sopa estará bien —dijo, y caminó hacia su dormitorio.

Ya habían encendido las cornucopias del tocador y armado el rebozo de la cama.

Distinguió sobre la almohada un talego bien gordo y una nota redactada con mala caligrafía y errores ortográficos. “*Anjel Negro: este dinero es para los povres*”. No había firma. En un recuento veloz, se dio cuenta de que se trataba de una suma exorbitante. Pensó en el hospicio y decidió visitar a Guadalupe Moreno al día siguiente.

Somar apareció tarde, después de la cena, y encontró a Melody leyendo en la sala; en realidad, simulaba leer mientras aguardaba la llegada de Blackraven. Pese a que no era de índole orgullosa, aquel enredo había sacado lo peor de ella, volviéndola dura y empecinada, por lo que no preguntó por su esposo. El sirviente turco tampoco lo mencionó y, viendo que su señora no necesitaba nada, se fue a descansar.

Al día siguiente, el encuentro con Guadalupe Moreno significó un grato interludio.

—¡Más de ochocientos pesos! —exclamó la joven chuquisaqueña al conocer el monto al que ascendía la anónima donación—. Es maravilloso contar con esa suma en los albores de nuestro proyecto. Tu fama como Ángel Negro ha sido muy beneficiosa. —Días atrás habían comenzado a tutearse.

—No lo será cuando tengamos que postular entre las matronas de Buenos Aires para reunir lo que nos falta. Ellas detestan al Ángel Negro.

—Ya pensaremos en alguna argucia. ¿Crees que encontraremos una propiedad por ese monto?

—Quizás en las afueras de la ciudad —conjeturó Melody—. Contaremos con algo más en poco tiempo pues he decidido vender el carrocín y los dos caballos que los Valdez e Inclán nos dieron como obsequio de bodas. Podremos sacar una buena suma por ellos.

—Es un coche magnífico. ¿De veras quieres deshacerte de él?

—Sí, no lo quiero —replicó Melody, con una firmeza que impresionó a Lupe.

—¿Sospechas quién pudo haber dejado ese dinero sobre tu cama?

—No, no lo imagino —si bien ambicionaba que se hubiera tratado de Blackraven.

Aunque le costara admitirlo, deseaba que él llegara en medio de la noche y la despertara con sus caricias para hacerle el amor. Después de dos días de ausencia y falta de noticias, la angustiada incertidumbre le había alterado no sólo el sueño sino el temperamento; no tenía paciencia con los niños ni ánimo para pensar en los temas de la casa, y se lo pasaba atenta al menor sonido de cascos o de fuertes pisadas.

Somar se esfumaba durante el día y aparecía por la noche, y, tras corroborar que ningún problema se hubiera presentado, saludaba con una inclinación y se iba a descansar. Él no mencionaba a su amo y ella no preguntaba.

La ansiedad se convirtió en resentimiento y, como para el cuarto día se prolongaba la falta de noticias, ensilló a Fuoco y se lanzó en dirección al Retiro. Pese a que Blackraven le había prohibido que saliera sin escolta no estaba de humor para

cumplir órdenes, y fustigó al alazán que galopó hacia el Bajo. Aminó la marcha para cruzar el puente que franqueaba el Zanjón de Matorras, para retomarla apenas alcanzó el otro lado. Traspuso el ingreso al Retiro minutos después.

—¡Señora! —se sobresaltó el senescal Bustillo.

—¿Dónde está el señor Blackraven? —y tras un silencio, se enojó—: ¿Qué ocurre, Bustillo? ¿Por qué no me contesta? ¿Por qué me mira con esa cara?

—Señora —balbuceó el hombre—, yo creía que... Pues...

—¡Hable!

—El patrón se fue ayer por la tarde, señora, rumbo a la Ensenada de Barragán. Según me informó, se haría a la mar temprano esta mañana.

Quedó laxa arriba de la montura, los hombros caídos y la vista fija en el senescal. Se dio cuenta de que lloraba porque las siluetas comenzaron a desdibujarse.

—Señora, ¿quiere que la ayude a desmontar?

—No.

Sujetó las riendas y apretó los ijares de Fuoco, que galopó en dirección a la barranca. Aturdida por el golpe de los cascos y el sonido de su propio llanto, se dejó conducir hasta la playa, donde se apeó de un salto y corrió hacia el río, internándose en el agua, llamando a gritos a Roger hasta sentir dolor en la garganta. El Río de la Plata estaba inmóvil, sin una brisa que agitara su superficie; la claridad del horizonte le devolvía una imagen imponente y solitaria. La gran masa de agua se abría frente a ella y engullía sus gritos y su desesperación devolviéndole nada.

—¡Roger! ¡Vuelve a mí! —suplicó, avanzando hasta que el agua le dio al cuello—. ¡No me dejes! ¡Roger! ¡Llévame contigo!

Se calló al sentir que flotaba. La suavidad de la corriente la contenía en su densa frescura. Se imaginaba que llegaba al horizonte, que extendía la mano y alcanzaba el punto en donde se tocaban el cielo y el agua. Mantuvo los ojos abiertos, anegados de lágrimas y de río, fijos en el esplendor celeste que la envolvía y la acunaba. Después, le pareció que abandonaba el agua y se elevaba.

Somar la sacó del río, la acostó sobre la playa y la cubrió con su capa.

—¡Señora! ¡Señora mía! ¿Qué intentaba hacer? ¿Cómo me habría presentado ante mi señor si hubiese caído una desgracia sobre usted?

Melody movió la cabeza y encontró el rostro del turco muy próximo al de ella. Nunca había visto sus facciones de cerca, de una tonalidad olivácea, con grandes y profundos ojos negros, nariz afilada y mejillas enjutas; se fijó en los tatuajes de sus pómulos, extraños símbolos en tinta negra; usaba un bigote prolijo y delgado, y una barba le cubría el mentón; no le conocía el pelo, siempre llevaba turbante. Siloé decía que estaba enamorado de Miora, y los esclavos sostenían que era un castrado. Ella había visto al barbero de Capilla del Señor extirpar los genitales de ciertos caballos y toros de su padre, pero jamás imaginó que esa práctica se destinase a los hombres.

—Se fue, Somar —dijo llorando—. Se fue sin mí.

Somar la cargó en brazos y la sentó sobre Fuoco. Tomó las riendas y los condujo barranca arriba. Melody sollozaba sin fuerza, inclinada sobre la cruz del caballo. En la casa, Somar la llevó hasta la habitación principal y la acomodó en la cama. La dejó sola. Poco después, entró una esclava, que, en silencio, la ayudó a cambiarse de ropa.

—Tome, señora.

Somar había vuelto y le extendía un vaso. El líquido ambarino olía muy bien, y le recordó al aliento de Roger cuando la besaba después de haber bebido. Sorbió apenas.

—¿Está mejor? —Melody asintió—. Bien. Ahora acuéstese y trate de descansar.

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé, señora.

Melody bajó el rostro y empezó a llorar.

—Le dije cosas horribles. Estaba enojada y le dije cosas de las que me arrepiento.

El turco la contemplaba en un reflexivo silencio en el que Melody no halló ningún vestigio de reproche. Se pasó las manos por los ojos e inspiró, buscando calmarse. Vio que Somar pensaba marcharse.

—Somar, no te vayas, no me dejes sola.

—Señora, usted debe descansar.

—No podría. Por favor, hágame. Dime cómo conociste a Roger. Cuéntame de él, Somar. Por favor, lo necesito.

Después de intercambiar una mirada con Melody, el hombre asintió con aire de serena seguridad y acercó una silla a la cabecera.

—Lo conocí en un barco negrero.

En ese momento no la enfurecía que su esposo hubiera traficado con esclavos.

—Él era muy joven —prosiguió el turco—, muy valiente y algo alocado. No tuvo una infancia feliz, mi muchacho, y sufrió por ello. —Melody se movió para mirarlo, emocionada por la ternura con que se refirió a Roger—. Había dejado a los suyos para encontrar su propio camino y terminó en una nave de piratas que comerciaba esclavos. No se embarcó por su voluntad sino por la fuerza. Usted no sabe cómo es la vida en esos puertos del Caribe, señora. Uno debe estar atento o le rompen algo en la cabeza y de lo próximo que se entera es de que está en alta mar. Así fue con Roger. —Era la primera vez que usaba el nombre de pila de su señor, y a Melody la alegró la presencia de ese sirviente con quien compartía el amor por Blackraven—. Los otros marineros lo respetaban porque, más allá de su corpulencia, pronto descubrieron que era bueno para la lucha. Mi situación en el barco del capitán Ciro Bandor era comprometida ya que yo formaba parte de un botín; en cuanto tocáramos algún puerto del Asia donde un hombre como yo fuese apreciado para trabajar en un harén me venderían al primer sultán.

—¿Cómo llegaste a ser prisionero de los piratas?

—Atacaron nuestra nave en el Mediterráneo. Yo acompañaba a mi señora, la hermana del sultán Mustafá IV, que se desposaría con un rico califa del Mar Rojo. Nos tomaron prisioneros junto con la dote, que eran tres cofres llenos de joyas y monedas de oro.

—¿Tu señora también cayó prisionera?

—No, ella no —dijo—. La maté antes de que los piratas pudieran tocarla.

Melody, estremecida, quedó mirando al turco, que siguió adelante como si la respuesta hubiese sido de una obviedad y racionalidad que no admitía comentarios. Agregó que, en el barco pirata, a sus compatriotas y a él los redujeron a la calidad de esclavos; el trato era cruel, el trabajo, muy duro, y la comida, pésima. Por musulmanes, les tenían miedo y pensaban que toda clase de calamidades caerían sobre ellos si los mantenían por más tiempo en el barco. Sólo el gitano inglés (así apodaban a Roger) los trataba con consideración; bajaba al sollado y les ofrecía comida en buen estado y agua, a riesgo de su propia vida; tocar las provisiones se reputaba de los peores delitos. Somar y Blackraven se comunicaban en francés, ya que la madre del turco le había enseñado esa lengua.

El capitán Ciro Bandor mostraba por Somar un especial encono porque había asesinado a la princesa turca, privándolo de un poco de placer y de una gran recompensa en oro. Su trato era despiadado y despectivo y no pasaría mucho hasta que reclamase su vida. Un mañana, Somar le dio la excusa perfecta al dejar caer un balde con agua de mar sucia que empapó las botas de las cuales el capitán venía pavoneándose desde hacía tiempo. La furia de Ciro Bandor se desató enseguida y comenzó a castigarlo dándole puntapiés que no arrancaron un quejido al turco, lo que atizaba su ensañamiento. Incluso para el resto de la tripulación, se trataba de una medida desproporcionada, y comenzaron a murmurar entre ellos. Hacía tiempo que el descontento influenciaba el ánimo de los filibusteros a causa de los exabruptos del capitán, de su carácter atrabiliario y de sus decisiones desacertadas; sospechaban que se quedaba con una porción mayor del botín y eso resultaba imperdonable.

—¡Basta! Hasta aquí llegó, capitán.

Alguien sujetó el brazo de Ciro Bandor y se interpuso para que no siguiera golpeando al turco. El capitán levantó la vista y sus ojos se toparon con los azules, que a veces parecían negros, del joven gitano inglés. Le gustaba ese muchacho, porque, al igual que él, no le temía a nada, en especial a la autoridad. A veces lo pasmaba su inteligencia, y la sensatez de algunos de sus planes los había conducido a la victoria en más de una ocasión. Con todo, no admitiría que lo humillara frente a los demás.

—¿Quién eres tú, gitano, para decirme cuándo debo detener mi castigo?

—Ha sido suficiente, capitán. Terminará por matarlo.

Cuando Ciro Bandor ordenó que lo apresaran, nadie movió un dedo para cumplir

la orden. Sorprendido y desorientado, desenvainó su sable y su puñal y trató de herir a Blackraven, que evadió el mandoble dando un brinco y colgándose de un obenque.

Enseguida se lanzó a cubierta, empuñó su cuchillo y caminó hacia el capitán con la postura de quien acepta el desafío.

La lucha fue larga y sangrienta pues el capitán era un hombre hábil y estaba mejor armado, pero a Blackraven lo impulsaba un despecho que yacía bajo su reserva: no le perdonaba a Ciro Bandor haber entrado en la vida de pirata del modo en que lo había hecho; no renegaba de ese destino, pues estaba proporcionándole la fortuna que tanto ansiaba, pero no admitía que, en un principio, se lo hubiesen impuesto. Por último, cansados y heridos, Roger y Ciro Bandor se entreveraron en una pelea cuerpo a cuerpo donde la agilidad y juventud de Blackraven se impusieron. Los piratas lo vitorearon cuando colocó la estocada mortal en el vientre del capitán.

—Desde ese día —dijo Somar con gravedad— juré a Roger eterna amistad y fidelidad. Mi vida está consagrada a él desde aquel momento.

En algún punto del relato, Melody había comenzado a escuchar con la ansiedad de una niña, despojada de prejuicios y enojos, enamorada del protagonista, ese excéntrico y oscuro gitano inglés.

—Lo demás —retomó Somar— puede usted imaginarlo. Roger, a pesar de su juventud, quedó al mando del barco y continuó con la principal actividad, el tráfico de esclavos. Si de algo sirve —apuntó después de un silencio—, nuestros africanos nunca murieron de hambre o de sed. La dejo para que descanse. Cuando usted disponga, regresaremos a la ciudad.

—¿Somar?

—¿Señora?

—Dime la verdad, ¿algún barco de la flota de Roger aún se dedica al comercio de africanos?

—No, señora, ninguno.

—¿Lo juras?

—Yo jamás miento —se ofendió.

—Discúlpame. Es que me cuesta creer que Roger haya desistido de un negocio tan redituable.

—La entiendo. Si me permite, le contaré cómo fue que él decidió abandonar esa práctica. —Volvió al confidente y tardó en hablar, como si buscara el mejor modo de dar comienzo—. Hacía días que habíamos dejado el golfo de Benín, en el África. Llevábamos a más de cien negros en la bodega. Roger ordenaba que los sacáramos a cubierta a diario. Una mañana, él se hallaba en la serviola, desde donde tenía una buena perspectiva del barco, y se detuvo a contemplar a una africana que, apartándose del grupo, se había acercado demasiado a la borda. Si bien les concedíamos cierta libertad en cubierta, permanecíamos atentos pues a veces se les

daba por arrojarse. En ese caso, Roger se dio cuenta de que la muchacha no tenía intenciones de tirarse al mar sino de sujetarse con ambas manos, como si buscara un apoyo para no terminar en el piso de cubierta, de seguro atacada por *le mal du mer*. Allí se quedó, con ambas manos sobre la batayola, el torso inclinado, la cabeza echada hacia delante y las piernas algo separadas. Tiempo después, Roger me confesó que no recordaba haber sufrido una conmoción más grande al percatarse de que, entre las piernas de la muchacha, asomaba un bebé.

—¡Oh, por Dios! —se espantó Melody.

—La pobre muchacha parió sin proferir un quejido. El niño cayó en cubierta y apenas sollozó. Seguía unido a su madre cuando ésta lo recogió del piso, se subió a una aduja de cabos y se precipitó al mar.

Melody se llevó las manos a las mejillas y entreabrió los labios, desprovista de palabras, con ojos arrasados, de pronto muy pálida.

—Roger se precipitó a cubierta desde la serviola y se tiró al agua, aunque demasiado tarde, el mar se los había tragado. Se recluyó en su camarote y no volvimos a verlo hasta el día siguiente, cuando emergió del sollado para ordenar al timonel que virase el barco en dirección al África. Como el marinero lo miraba y no atinaba a proceder, Roger tomó posesión del gobernalle y empezó a vociferar órdenes para cambiar el rumbo. Echamos anclas en el delta del Níger, lejos de Cotonou y de Whydah, los principales puertos negreros del Golfo de Benín. Allí liberó a los africanos con provisiones. Para evitar un amotinamiento, le pagó a la tripulación más de lo que hubiésemos obtenido por ese cargamento en Río de Janeiro. Comandó el barco hasta Bristol, donde anunció a la tripulación que ése había sido su último viaje como negrero.

Se quedaron en silencio, sin mirarse. Melody se mordía el labio y se estrujaba las manos. Nunca había experimentado una tristeza tan honda.

—Cuando sucedió lo de la lavandera Polina —mencionó de pronto Somar—, el día que nació Rogelito, yo sé que Roger pensaba en aquella infeliz que se lanzó al mar con su bebé recién nacido. Fue muy duro para él agitar aquellas memorias.

—Entiendo.

Quizá Roger Blackraven nunca regresase, y ella jamás tendría oportunidad para expresarle que siempre lo amaría, no importaba cuánto tiempo transcurriese ni qué acontecimientos le tocasen vivir. Roger Blackraven era y sería el amor de su vida, el más grande y verdadero.

Hubo un fugaz momento en que su mirada se encontró con la del turco, y su corazón se llenó de agradecimiento y esperanza, y le sonrió con labios trémulos y le apretó la mano al tiempo que meditaba que nadie conocía a Blackraven como ese extraño de turbante.

—Roger volverá —dijo— porque tú estás aquí.

—Volverá, señora, pero no por mí.

Epílogo de la primera parte

Rigleau pagó el café y se puso en marcha sin prestar atención a la mirada sospechosa del camarero, acostumbrado a que su aspecto de histrión —el parche en el ojo izquierdo y una pierna más corta que la otra— provocara esa clase de prejuicios. En realidad, mientras caminaba por la calle d'Enfer, iba concentrado pensando en La Cobra.

Como siempre, le había costado llegar hasta el sicario, y de hecho aún no sabía si conseguiría entregarle el mensaje de Fouché. Procedió como de costumbre: publicó un aviso cifrado en el periódico *Le Journal de l'Empire*, dejó pasar cinco días y a las siete de la tarde del sexto se sentó a tomar un café en *L'ami Bertrand* (debía ocupar una mesa en la vereda) a la espera de que alguien, generalmente un chiquillo de la calle o un mendigo, se acercase simulando pedir limosna y le deslizase en la mano un papel con el lugar del encuentro. En esa oportunidad sería en la parte posterior de Notre Dame.

Dejó la calle d'Enfer y tomó por la de St. Jacques apurando el paso. Desde cierta distancia se veían las torres de la catedral gótica recortadas en un cielo de noche con nubes. Se movió por la vereda del Sena y, alcanzada la parte del ábside, cruzó la calle vacía. Se apoyó sobre un contrafuerte y, para simular aplomo, encendió un cigarrillo; con la otra mano sujetaba la empuñadura de su daga.

—¿Para qué me citó?

No consiguió determinar de dónde procedía la voz, que parecía rebotar y surgir de todas partes; ni siquiera habría podido afirmar si se trataba de La Cobra o de su intermediaria.

—Tengo un mensaje de Fouché. ¿Ya encontró al Escorpión Negro?

—¿Cuál es el mensaje?

Cierto tono de imperio en la pregunta le dio la pauta de que no lidiaba con su ayudante sino con el propio sicario, y la mano del cigarrillo comenzó a temblarle.

—Fouché dice que deberá traer con vida al Escorpión Negro. —Sobrevino un prolongado silencio que llevó a Rigleau a preguntar—: ¿Aún sigue usted allí?

—¿A qué se debe el cambio de planes?

—No tengo autorización para decírselo.

Rigleau se dio cuenta de que La Cobra estaba más cerca de lo que había calculado cuando, en un santiamén, se encontró reducido por la espalda y con el filo de una hoja en el cuello.

—Reitero la pregunta: ¿a qué se debe el cambio de planes?

—El emperador Napoleón lo ordenó así.

—¿Por qué?

—Quiere usarlo para que comande a nuestros espías.

—Dígale a Fouché lo siguiente: ya sé quién es el Escorpión Negro. Traerlo con vida le costará cinco mil libras más. Y otra cosa: sospecho que no será fácil tentarlo a que comande a los espías franceses. Si yo lo lograra, el emperador tendrá que ser muy generoso conmigo.

Lo obligó a ponerse de rodillas e inclinar el torso hasta tocar el césped con el mentón. Ringleau no habría podido indicar siquiera la dirección que tomó La Cobra pues ni el sonido de sus pasos sobre los adoquines lo alcanzó, como si de veras fuera una serpiente y se deslizara sobre su vientre.

Jueves 1º de mayo de 1806, Isla de Santa Elena, latitud 15º54' Sur, longitud 5º43' Oeste.

El comodoro sir Home Riggs Popham soltó la pluma en el tintero y se repantigó en la silla con aire de satisfacción. Nada había resultado fácil en su plan para invadir Buenos Aires. De todos modos, al día siguiente, zarparía con su flota rumbo a esa ciudad del Plata.

Si quisiera definir una fecha en la cual hubiese comenzado a cobrar forma la travesía a punto de concretarse, Popham juzgó que el 12 de octubre de 1804 era la correcta, pues ese día él y el venezolano Miranda cenaron, junto con el primer ministro Pitt, en casa del jefe del Almirantazgo, vizconde de Melville, para hablar sobre los asuntos de la América del Sur. También se hallaba presente el hijo bastardo del duque de Guermeaux, Roger Blackraven, a quien prefería olvidar pues, con sus comentarios mordaces, había puesto en riesgo el objetivo de esa reunión: lograr el apoyo del gobierno inglés para lanzarse a la toma de las principales ciudades de las colonias españolas.

Como consecuencia de dicha cena, Popham y su amigo Miranda redactaron un memorando de varias hojas fechado el 14 de octubre donde se exponían las razones para invadir las posesiones occidentales del Reino Español; no figuraban las personales que tenían que ver más con el botín que con la gloria de la Inglaterra. Dicho memorando fue aprobado por Pitt el 22 de octubre con la salvedad de que, mientras no existiese una declaración formal de guerra con la España, el ataque a las ciudades americanas debía postergarse, aunque todos sabían que la neutralidad de la Corona Española en el conflicto de la Inglaterra con la Francia era meramente nominal.

La declaración formal de guerra llegó poco tiempo después, el 11 de enero de 1805, e incluso acaecido este promisorio suceso no pudo emprenderse la expedición pues el aliado zar de la Rusia, Alejandro I Pavlovich, pidió prudencia al albergar esperanzas de atraer a los españoles para sacarlos del influjo de Boney, como los ingleses llamaban a Napoleón Bonaparte.

Después llegó la orden de escoltar la expedición confiada al mayor general Sir David Baird para recuperar el Cabo de Buena Esperanza (en manos holandesas, que

era como decir francesas) y Popham entrevió una renovada oportunidad para dirigirse hacia Buenos Aires. Después de la toma del Cabo el 18 de enero de 1806, ya instalados como autoridad, Popham se dedicó a persuadir al mayor general Baird de que lo proveyera con hombres y municiones para la conquista del Río de la Plata. Para eso había llevado el memorando refrendado por Pitt.

—Aquí el ministro Pitt estableció que no se haría nada en contra de las colonias españolas en tanto existiesen esperanzas de recuperar el apoyo de la España —se empeñó Baird.

—Mayor —dijo Popham—, después de recibir las noticias de las batallas de Trafalgar, Ulm y Austerlitz, ¿cree usted que deberíamos esperar que la España apoye la causa inglesa contra Napoleón?

—No —titubeó Baird—, en verdad no. Igualmente creo que deberíamos pedir instrucciones y aguardar.

—¡Serán meses de espera! Y, según mis informantes, el momento es ahora. Me aseguraron que Montevideo y Buenos Aires caerían ante una fuerza de seiscientos hombres. Así lo afirma Wayne —se refería al capitán de un barco negrero que acababa de llegar al Cabo desde el Río de la Plata— y lo refrenda esta misiva de mi amigo el señor William White, un norteamericano radicado desde hace años en Buenos Aires. Escuche, mayor —dijo, y le leyó un párrafo de la carta—: “Entonces, querido amigo, éste es el momento. Los tesoros provenientes de Lima se encuentran en el desguarnecido Fuerte de Buenos Aires a la espera de un convoy para transportarlos a la España, evento que puede acaecer de un día a otro”.

Popham dejó de leer pues el párrafo siguiente desvelaba que la generosa provisión de información por parte de White iba más allá de un impulso amistoso; el norteamericano necesitaba que Popham echara mano a parte de esas riquezas para después exigirle el pago de una deuda de larga data originada en negocios en común en la India; algunos afirmaban que ascendía a veinte mil libras; otros, a noventa mil.

A decir verdad, a Baird terminó por convencerlo la succulenta presa, pues era de consenso general que las arcas del tesoro de Buenos Aires se hallaban repletas de oro. En contra del entusiasmo de sus colegas, el brigadier Beresford se empeñaba en no prestar acuerdo aunque supiese que a él sólo le quedaba cumplir las órdenes de su superior.

Con vientos favorables, zarparon hacia el Río de la Plata el 14 de abril de 1806, con el general de brigada William Carr Beresford al mando, según indicación de Baird, y el regimiento 71 de Highlanders como única fuerza de línea. Días más tarde, a causa de una tormenta, dieron por perdida la nave *Ocean* que transportaba a doscientos hombres y, tanto Popham como Beresford, acordaron acerca de la necesidad de desviarse hasta la isla de Santa Elena para conseguir reaprovisionamiento. Lo que Beresford ignoraba era que Popham, tiempo atrás, había

planeado fingir la pérdida del *Ocean* para contar con una excusa válida que justificara un requerimiento de tropa y artillería a las autoridades de Santa Elena.

Con el gobernador de la isla, el señor Patten, se sometió a prueba una vez más el poder persuasivo del comodoro, que logró hacerse de ciento ochenta hombres, artillería y un barco mercante llamado *Justinia*.

Así, rearmados, dejarían Santa Elena a la mañana siguiente si los vientos lo permitían, para navegar sin escalas hasta las costas del Río de la Plata. Beresford ya había comunicado su postura de apoderarse primero del puerto de San Felipe de Montevideo y después de Buenos Aires, sede del virreinato. Esa idea se contraponía a los planes de Popham pues temía que, avisado el virrey de la caída del puerto, se alzase con el tesoro de la Corona hacia el interior del continente. Por esa razón, caerían primero sobre Buenos Aires.

Nota final

En una oportunidad, Isabella di Bravante le repitió a su hijo un viejo proverbio italiano: “El amor hace pasar el tiempo. El tiempo hace pasar el amor”.

De pie, junto a la borda del barco que lo alejaba de su esposa, con la vista nublada fija en la inmensidad del Océano Atlántico, Roger Blackraven se preguntó si aquellas palabras probarían su certeza. “El amor no es eterno”, se burlaba su alma incrédula, “tarde o temprano, morirá”. “Si muere”, replicó su corazón, “es porque nunca fue amor”. Y de pronto Roger supo que su historia con Melody aún no había terminado.

FIN DE LA PRIMERA PARTE



FLORENCIA BONELLI nació el 5 de mayo de 1971 en la ciudad de Córdoba, Argentina. Estudió Ciencias Económicas y se recibió de contadora pública, profesión que abandonó después de leer *El Árabe de Edith Hull*, libro que la impulsó a dedicarse profesionalmente a la escritura.

La publicación de su novela épica en dos volúmenes, *Indias Blancas* (2005), significó un salto en su carrera, logrando atravesar las fronteras de su país, con una potente historia sobre indios y criollos. Sus novelas históricas logran conquistar los rankings de ventas en la Argentina y en el exterior. Su obra ha sido publicada en España, Alemania, Portugal y en toda América Latina.